

Descubriendo a
Olympia

S.A. Kirchen

Descubriendo

A

Olympia

S.A. KIRCHEN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente, como intención de darle más realismo o amenizar la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Descubriendo a Olympia.

©S.A. Kirchen 2017

Diseño de portada: S.A. Kirchen

Imagen de portada: Irlanda Perceval

Encuadernación: S.A. Kirchen

Corrección: S.A. Kirchen

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual SafeCreative 1707032836124

Esta novela fue autopublicada en Amazon, julio 2017

CreateSpace.

ISBN-13: 978-1548690052

ISBN-10: 1548690058

Prólogo por
Cristina Del Moral
Autora de
«*Dichoso Favor*»

Que me hayan brindado la oportunidad de poder escribir el prólogo de esta novela, es una de las tantas maravillosas satisfacciones derivadas de mi pasión por la lectura y, como consecuencia de mi casi recién estrenada afición escritora.

Siempre he sido una devora libros, tal cual, enganchada a las páginas de muchas obras que me han transportado a sus diversos mundos paralelos o no. Personalmente, encuentro en las letras una medicina que no hayo en ningún compuesto farmacéutico existente, quizá porque ellas, ordenadas estratégicamente entre sí, provocan en mi organismo reacciones químicas que lo curan casi todo. Gracias a todo esto, conocí a la autora de este y otros libros que ya siempre formarán parte de mí. Una vez leídos ya no puedes dejarlos marchar nunca más, los guardas muy adentro, recordando de tanto en tanto alguna frase genial o alguna escena sublime. *Descubriendo a Olympia* llegó a mi vida cuando más la necesitaba. GRACIAS.

Ella me dio el ánimo que me hacía falta, me arrancó una sonrisa muchas mañanas para poder afrontar el día con actitud positiva, y me apartó las nubes en otras ocasiones, para que pudiera ver el sol.

¡¡¡OLYMPIA SOMOS TODAS!!!

Nadie tendría que sentirse inferior, menos guapa, incluso fea, rarita, fuera de lo estipulado e impuesto por los cánones de belleza que nos hostigan y oprimen. Las mujeres deberíamos defender nuestra identidad como seres únicos y fascinantes. Esta es una novela que te apasionará desde el principio porque, en la mayoría de los casos el lector se identificará con la protagonista

o no siendo así, deseará poder tener la valentía de Olymphia para reivindicar su identidad y originalidad, siendo singular. Solo puedo decir que he tenido el placer de estar presente en el nacimiento de esta historia desde el minuto cero y eso es algo que me enorgullece enormemente y me hace feliz.

Le deseo a S. A. Kirchen mucha suerte, pero sobre todo que tenga la ilusión y las ganas de escribir muchas novelas más.

A ti, que estás leyendo estas líneas, desearte que disfrutes mucho de este libro, que sueñes bonito y que rías por dentro y por fuera mientras saboreas esta fabulosa historia.

Cristina Del Moral

Queridas lectoras,
Antes de nada y sobre todo:

¡GRACIAS!



Olympia está aquí solo por vosotros.
Vuestros comentarios animándome, fueron
de gran ayuda para dar con el tiempo
para llegar a este momento.
Fue la catálogos de cura paliativa,
aumentó mi ego, lo reconozco.

Gracias una y mil veces más. Fuese
habría sido la desgracia mala.

Os transmito así, todo mi afecto y admiración

A my hubby,
el amor de mi vida.



Ese hombre que siempre me
encuentra perfecta y no duda en hacérmelo saber.

Soy fea.

Si fuera un bicho, me apartarían con un palo.

Sí, y no lo digo esperando que otro responda de manera complaciente: «*No, eso no es verdad, todos tenemos algo especial*», que, para el caso y analizando el contenido, está afirmando mi aseveración inicial.

Soy fea, y decir que no me importa añadiría a mis múltiples defectos el del embuste. Al observarme en el espejo, no veo nada en mí digno de mención, ni especial, ni relevante. Tengo dieciocho años dentro de un cuerpo de una niña regordeta de quince. Mi madre insiste en que he de hacer el cambio, que aún conservo las redondeces de la infancia. Qué ilusa es esta mujer.

A parte de fea, soy borde.

Adopté ese rasgo de carácter durante el instituto, cuando todos los chicos «guais» empezaron a meterse conmigo y con mis escasas aptitudes atléticas.

Sí, también soy torpe, pero torpe de las de caerse andando, de las de tropezar con la raya de un lápiz, de las de besar el suelo después de que una hormiga le haga la zancadilla.

Un sinfín de cualidades, como puede observarse.

El caso es que, por evitar convertirme en la mascota de la clase siendo el blanco vulnerable de empujones y burlas, en un arranque de mala hostia, le aticé a una de las tías *súperchachis* en un par de ocasiones, granjeándome con ello la fama de sociópata autista que me ha permitido pasar cuatro años de lo más cómoda, aprovechando el excedente de tiempo libre que otorga el no tener amigos, en estudiar compulsivamente con tal de obtener una calificación que me permitirá escoger la carrera que me venga en gana.

En verdad, no estoy sola del todo. Mantengo un par de amigas de la infancia. Si bien, al ser mi antítesis salgo poco con ellas, y cuando me decido, siempre a lugares que no implique juego de seducciones.

Sí, a mis dieciocho años sigo virgen. Pero más virgen, que la propia

Virgen. Vamos, que hasta la Virgen pensaría de mí, que soy gazmoña y mojigata, o pava. Aunque, teniendo en cuenta que soy fea y que salgo con dos amigas muy guapas, tengo las mismas posibilidades de ligar, que de aligerar y enfriar la atmósfera en Venus.

Tampoco me he sentido atraída por el sexo, ni he explorado mi intimidad para conseguir el placer que nadie osa ofrecerme, así moro en una tranquila espera, que a este paso será eterna si no logro romper el capullo y abandonar el estado larvario... Sospecho, conociéndome, que dentro de mi crisálida duerme, con suerte, una polilla, y siguiendo mi trayectoria existencial, preveo evolucionar en oruga procesionaria, esas que van pegadas una detrás de la otra, encadenadas de por vida para que no se las coman los pájaros, llenas de pelos, veneno y de color caca.

Hoy salgo. Me obligan a salir. Para cerrar una etapa dicen mis amigas. Puede que para ellas sí, yo aún ni la he abierto, en fin, que las acompañaré por darles el gusto, para mostrarles que puedo hacer el esfuerzo de ser sociable.

Fui a comprarme un vestido sexi, para no desentonar demasiado. Asociar sexi a mi cuerpo, es equivalente a coligar inteligente a Yola Berrocal. En conclusión, adquirí unos tejanos y una camisa; es preferible pasar desapercibida por fea a llamar la atención disfrazada.

Mi madre me ha prestado su neceser de maquillaje casi llorando de la emoción, al verme en disposición a utilizarlo. Solo por complacerla, me pintaré con brillo los labios y con rímel transparente embadurnaré las pestañas. Conociéndome, si uso el negro, que es más apropiado, me olvidaré de él en algún momento de la noche, me restregaré los ojos y pasaré a ser un feo panda o mapache.

—Tía, ¿qué te costaba venir peinada? —Cuando Ágata se pone en plan «tía» es insufrible.

—Me he peinado, ¿qué le sucede a mi pelo? —Si hasta en honor a la salida de chicas, me puse acondicionador... Creo que era acondicionador, tampoco leí el envase.

—Siempre vas con la cola, podrías probar a soltarte la melena una vez en la vida.

—¿Y no puedes decirlo directamente en lugar de soltar esa retahíla sarcástica? —Luego la borde soy yo, supongo que, al ser fea, es más fácil asociar peculiaridades desagradables a mi persona.

—Olympia, Ágata tiene razón, tienes un cabello precioso, has de

potenciar un poquito tus atributos. —La dulce Sandra, intentando suavizar la acidez mental de esa harpía que dice ser mi amiga.

—Eso tiene fácil arreglo. —Le daremos el gusto. Coletero fuera.

—Muchísimo mejor.

Observándome en el plexiglás de la marquesina del autobús, no hallo la diferencia, solo veo un tapón de corcho con pelo. Prefiero no continuar mirándome o reduciré más de tamaño.

Aprovecho para contemplar a Ágata y a Sandra. ¡Bendita genética! Son tan proporcionadas, tan agraciadas, tan atractivas, tan..., tan..., que mi cuerpo a su lado les permite lucirse más. Yo lo llamo «*La regla del realce*», y en llano viene siendo que, para que haya un guapo también ha de existir un feo. Con lo cual, han de sentirse agradecidas de que las acompañe.

Sí, lo sé, el que no se conforma es porque no quiere.

—Este sitio está a petar.

—Es la disco de moda, quien no viene aquí, está fuera del planeta.

—O tiene mejores gustos musicales.

—¿De qué gustos hablas, *Oly*? —Odio que me acorten el nombre. Si entero ya es *pa'* matarme, así es de vomiteras.

—De otros en los que bailar no lo asocie a ataque epiléptico.

—Tía, cambia el chip, o al final tendrás que pagar para que te desfloren.

—Mezclando el tocino con la velocidad, en su línea.

—Ágata, no seas cruel.

—Déjala, tiene que demostrar que sabe de lo que habla. —Otra de sus peculiaridades, es tan guapa como promiscua y alardea de ello. Cada cual presume de lo que puede.

—Tíos buenos a las seis. —También aborrezco profundamente cuando usa expresiones que ni ella entiende; porque para mí las seis es el sur, pero para ella que con suerte recuerda los cuatro puntos cardinales, colocarlos en orden sobrecargaría sus neurotransmisores.

—Son *súpermonos* y nos miran. —¡Cómo para no miraros si estáis dando saltitos, e intuyo que con todas las partes de vuestros admirables cuerpos!

—Hoy vuelvo sola —traduzco.

—Tía, no seas así, seguro que el pequeñito tiene su gracia. —*Japuta*.

—Pues búscasela tú.

—Tías, se acercan... ¡Joder!, ¡qué buenísimo está el moreno de las

greñas!

—¡Calla, tía! Me lo pido.

—Y una mierda...

Estoy alucinando con el grado de agudeza que demuestran ambas.

Hala, pues nada, aguantaré un rato más y me largo. Por muy virgen que sea tengo mi orgullo, quizá del tamaño de una uva pasa, pero ahí está.

He de plantearme lo de pagar por sexo, solo para comprobar que es tan bueno como certifican..., o mejor no, sea que le tome el gusto y me quede sin ahorros.

—Hola, guapas —claramente, el plural no me abarca—. ¿Qué hacéis aquí arrinconadas?

—Hay mucha gente para meterse ahí en medio.

—Me llamo Alatz, estos son mis amigos, Raúl y Jaime.

—Yo soy Ágata, ellas son Sandra y Olympia.

—¿Olympia? —Qué pasa, no tuve elección, vino impuesto.

—Sí, ¿necesitas que te lo deletree? —No tengo posibilidades con los guapos y no estoy tan desesperada para flirtear con el feo. Que yo también lo sea no implica aceptar por descarte, es decir, no caer bien a la manada me la suda.

—No, guapa..., sé juntar las letras. —Sé que lo de guapa va con segundas. Continúa sudándomela.

—Te felicito. —Me observa con interés morboso, lo cierto es que el tío está para hacerle un monumento, sin embargo, esa obra de arte se la están rifando las reinas del encanto.

—¿Sois de por aquí?

—No, pero habíamos escuchado de este sitio y nos apetecía venir. —Ah, ¿sí?

—¿A ti también? —Y yo pensando que todos los imbéciles se habían quedado en el instituto.

—No, yo estoy aquí para comprobar que no se excede el aforo.

—¿Eso no lo controlan en la puerta? —diría que busca mi mirada, aunque con estas luces estroboscópicas cualquiera osa asegurar algo.

—Bueno..., bueno... ¿Y vosotros de dónde sois? —Ágata se ha acercado con toda la idea de menear su lindo trasero a modo de reclamo y no perder la presa. Sandra también se insinúa para ganar posiciones y yo, me voy al baño durante el reparto y después regreso a casa.

—¿A dónde vas, guapa? —Barajo enviarlo a pastar al campo.

—A mear.

No estoy cómoda entre tanta gente dándose empujones haciéndose un hueco y convulsionar simulando una posesión diabólica, esto no es música.

¡A la mierda!, paso de hacer cola, ni tan siquiera tengo ganas de orinar. Estas ya tienen la noche organizada, prefiero irme sola a estar de aguanta velas hasta que decidan largarse a darle gusto al cuerpo, y a mí me dejen en casa igual a un animalito de compañía que les estorba. Me fastidia que, después de todo el tiempo invertido convenciéndome de que era positivo para mí, saltar de la madriguera y explorar el mundo fiestero y prosaico de los adolescentes de mi generación, concluya la noche más tirada que el palito de un *Chupa-Chups*, esperando al autobús para regresar a casa y el doble de hastiada de como salí.

—¿No ibas a mear? —Pero a este tío, ¿qué le pasa?

—Me perdí de camino al baño. —¿Por qué se sienta a mi lado?

—¿Qué haces aquí?

—Esperar al Mesías..., ¿tú qué crees?

—Pues tienes más posibilidades de que se te aparezca Dios a que se detenga el bus de línea. Es jueves, hoy no hay servicio nocturno. —¡Caca! ¡Yo y mi maldita mala suerte! Me va a salir la broma por un ojo de la cara.

—Pues nada, hoy taxi. —Me observa divertido. A mí esto de servir de payaso, me enfada—. Tus amigos te estarán esperando.

—No, ya les he dicho que me marchaba. —No puedo contener las carcajadas, menudo ridículo el de mis supuestas amigas—. ¿Te ríes de mí?

—¿Y tú de mí?

—No, aunque me resultas divertida.

—Yo te encuentro algo cargante, aunque tampoco me reía de ti.

—¿Por qué eres tan borde? —podría enumerar una letanía de motivos con la que rellenar un rollo de papel higiénico, pero en realidad, ni a él le interesa saberlos ni a mí contárselos, por lo tanto, mejor llamo al servicio de taxi y evito responder—. ¿Vas a contestarme?

—No.

—¿A quién llamas?

—A los *Cazafantasmas*.

—Tía, estás a la defensiva, yo solo pretendo echarte una mano.

Y, yo que me la echas... ¿Eso ha sido mi subconsciente?

¡Wow! Se ha despertado el lívido de su sepulcro. Aunque, como ya es costumbre en mí, en el peor momento y sin perspectivas de satisfacción... ¿A lo mejor va siendo hora de conocer mi cuerpo en profundidad? Jo, me avergüenzo imaginando la hipótesis de verme en el rastreo íntimo, buscando gratificarme por primera vez. En fin, lo apuntaré en mi lista de tareas pendientes antes de morir.

—No te molestes, puedo volver sola a casa.

—No pretendía llevarte en brazos. —Pero... ¡¿Qué le he hecho yo al mundo?! ¿No tengo suficiente con ser fea?

—Pues tampoco necesito que me escoltes.

—Acompáñame a mi piso, cojo las llaves del coche y te acerco. Tus amigas me han dicho que sois de las afueras, el taxi te costará un cojón.

—¿Qué te hace suponer que haré lo que me pides?

—Nada, chica, eres imposible. Espera aquí, ahora vuelvo. —Debo parecerle un cachorro desvalido, le doy pena. ¡Si es que no se puede ser más triste!

—¡Albert! —Ese grito también lo ha proferido mi subconsciente. Se detiene y es de agradecer. Corriendo mi desmaña se agudiza.

—Me llamo Alatz. —Tío lo siento, no suelo prestar atención a lo que he de olvidar rápido.

—Pues Alatz.

—Yo sí sé que te llamas Olympia.

—Es poco común.

—Como el mío. —Cierto, no lo había escuchado en toda mi existencia —. ¿Y qué haces saliendo de fiesta con unas tías tan...?

—¿Tan qué?

—¿Agradables?

—A ver si se me pega algo.

—¿No te gusta cómo eres?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque a mí, sí.

—¿Te gusta cómo eres? —Cosa lógica por otra parte. Debe de triunfar igual que el *Tamagotchi* lo hizo en su día.

—Sí, claro... Me refería a que me gusta, como eres tú. —Ahora mismo, en este instante, en este preciso momento, una mano invisible ha accionado la palanca de *stop* de emergencia y ha paralizado todos los engranajes que

articulan mi cerebro.

—¿Por qué? —Si yo no me gusto, ¿cómo voy a gustarle a nadie?

—Chica, no sabría decirte..., mola que no te comportes imitando a tus amigas. Marcas la diferencia.

—Soy diferente y eso mola. —Comparto este pensamiento en voz alta, para creérmelo, porque «mola».

—Sí, aunque estés con la espada en alza.

—¿Cuántos años tienes? —No comprendo por qué se parte de risa—. Pensaba que solo era una pregunta incómoda entre las mujeres.

—Me ha resultado sorprendente el cambio de actitud.

—¿Ahora me parezco más a mis amigas?

—No, ahora molas más.

Estamos en un edificio de apartamentos para estudiantes sin ascensor. Yo, que soy la cautela con patas, sin titubeos, voy pisando los escalones en donde planta el pie, como si en el resto hubiera bombas.

Aunque ahora, tras abrir la puerta de su casa, dudo si entrar o quedarme en el rellano.

—Pasa. No te asustes por el desorden, aquí solo viven tíos, te puedes hacer una ligera idea de cómo está todo.

—Yo vivo con mi madre, y también te puedes hacer una ligera idea de cómo está todo. Siente verdadera obsesión por el almacenamiento de cachivaches en un orden concreto, pobre de ti como se te ocurra mover una figurita o el marco de alguna foto... En pleno estado de ira, capaz sería de cortarte las manos a la altura de las muñecas. —Se ríe. Es guapo, qué duda cabe.

—Cierra y siéntate, por favor —sugiere divertido.

Me estoy saltando todas las normas básicas de prudencia, en las que siempre tanto han insistido mis padres. Bueno, no parece mal chico..., sin embargo, ¿los malos chicos gesticulan distinto? ¿Tienen alguna peca identificativa de *bad boy*^[1]? Indiscutiblemente, no. Entiendo, por esa sencilla regla de tres, que los buenos tampoco. Me fiaré.

Por hacer algo, mientras remueve basura, contemplo unas estanterías llenas de los grandes clásicos de la literatura, Jules Verne, Dostoievski, Poe, Dante..., presentes en todos los hogares para impresionar a los invitados.

—¿Estudias filología?

—No, derecho. Esos libros ya estaban aquí cuando vine.

Sigo distraída cotilleando los volúmenes, algo deteriorados, amarillentos y descuidados.

¿Cuándo he dejado de notar el ajetreo de la búsqueda? ¿Cómo ha podido acercarse tanto sin yo percibirlo? ¿Cómo puede oler tan bien? ¿Por qué tengo tanto calor?

¿Por qué no me doy la vuelta y le pregunto?

—¿Te gusta alguno? —Tú, me gustas tú.

—Los he leído todos. —O tengo los oídos taponados o mi voz se ha convertido en el susurro de un susurro.

—Son muy buenos, se pueden leer más de una vez.

—Sí, los he leído más de una vez, ya. —¡Dios, Olympia! ¿Podrías ser menos pava?

Levanta la mano y recoloca un mechón de mi pelo detrás de la oreja. Ese contacto me ha gustado mucho, aunque también es nuevo. Debería de llevar el pelo suelto más a menudo.

—¿Te apetece una cerveza? —Niego, si hablo no saldrá la voz. Me humedezco los labios, con suerte la próxima vez seré capaz de contestarle—. Tienes unos ojos preciosos.

¡Venga ya! Si no se ven dentro de mi cara de buñuelo rechoncho. Se intuyen en donde se hallan básicamente, porque todos los tenemos situados en la misma franja de la cara, pero no...

Oh, oh..., me está acariciando la cara..., se acerca a mi boca...

¡Peligro! ¡Peligro!

¿Qué hago? ¿Cierro los ojos? ¿Los mantengo abiertos?

¿Y qué coño hago con la lengua?

Pues..., ni cierro los ojos ni realizo movimiento alguno. Estoy acalorada, con las mejillas tintadas igual a las tapas del manifiesto comunista —libro que no estaba en la estantería, por cierto—, permitiendo que me bese, pasmada. Él debe sentir que está babeando a un *Nenuco*. En el mercado de los juguetes eróticos existen muñecas hinchables más colaboradoras que yo, estoy convencida de ello.

—¿No te gusta? —¿Que si no me gusta? ¡¿Que si no me gusta?!

—Sí..., solo que es la primera vez que alguien se atreve...

—¿Nadie te ha besado antes? —Jo, tampoco es para hacer una tesis—. ¿Puedo besarte más?

Afirmo, igual que aquellos perritos colocados en las bandejas traseras de los coches, moviendo la cabeza arriba y abajo algo descoyuntados.

Sus labios saben bien. Persigue mi complicidad y abro la boca, por hacer algo. Introduce su lengua tímidamente, levanto la mía, eso parece gustarle porque alarga el encuentro entre ambas. Una de sus manos se posa en mi pecho. Obvio, si no me esperaba el beso, el magreo mucho menos.

¡Ay, Señor de los Espacios Infinitos!, ¡qué ganas de pecar me han entrado!

—¿Quieres que siga?

—Sí —los mayores insisten en que no se debe mentir.

—Vamos a mi dormitorio, será más íntimo.

—Es que yo..., bueno... —¡Qué momento!, ¡qué momento!

—Si no te han besado nunca, entiendo que tampoco te habrán follado antes.

Ha pronunciado «follar» y..., ¡menudo cosquilleo vaginal!

Entramos, cierra y estoy en el centro de la habitación, ¿asustada? No, no creo que sea precisamente miedo.

—Primero, nos desharemos de toda esta ropa. —Puede que al verme desnuda prefiera hacérmelo vestida, o se arrepienta y me pague el taxi.

—¿Todo?

—Sí, es más práctico —sonríe.

Se saca la camiseta. No quiero mirar, pero miro, me aturullo y mis dedos no atinan con los ojales de los botones. Levanto los ojos, me topo con los suyos y más me avergüenzo de mi cuerpo. Inevitable comparar.

—¿Te ayudo?

Asiento, sumida en la inseguridad que mi físico me provoca, sin embargo, no voy a prohibirle nada. Orgánicamente estoy preparada para avezarme a nuevas experiencias.

—Tienes una piel muy suave.

—¿Sí? Gracias... —Me empuja hasta la cama. Agradezco la determinación de mi madre en cuanto a la depilación láser, solo faltaría que, bajo mis bragas de cuello vuelto, descubriera la Selva Negra.

—Voy a intentar que sea placentero y no lo recuerdes como algo frustrante..., para mí no es la primera vez.

—Es evidente.

Enarca una ceja en plan: «¿dónde lo llevo escrito?» Considero que no es

el momento de listar el inventario.

Se estira a mi lado y decide besarme. En esta ocasión participo de forma activa, está visto que la práctica hace al maestro. Sus manos recorren mi cuerpo, oprime mis pechos y acaricia los pezones conectados a mi intimidad por corriente alterna. Dibuja círculos en mi vientre, imagino a dónde le lleva la ronda.

Deseo que pase, ardo en pasión, curiosidad y apetito por sentir lo que sea que se siente. Palpa con delicadeza mi pubis y juguetea ahí abajo con sus dedos. En este instante, se evapora mi capacidad de contención. Me arqueo, me contraigo, me estiro, me encojo... Es imposible controlar los espasmos, a pesar de que él está encima disfrutando con mis pechos. Todo este arrebató interno está preparando a mi organismo para su primer orgasmo, lo sé, aunque no lo haya experimentado antes. Es indescriptible la intensidad sensitiva, ¿cómo he podido vivir sin esto hasta ahora?

Vale, vale..., desacelera y recuerda: solo tienes dieciocho años y eres fea.

—¿Estás bien?

—¿Tendría que estar mal? —ríe unido a mi boca. Tengo los labios inflamados. Sí, todos los labios.

—No..., ahora, me apetece estar ahí dentro, ¿me lo permites?

—Sí, creo que lo necesito.

Se arrodilla entre mis piernas; menos mal que está versado en el tema del desvirgue, yo había olvidado por completo la profilaxis. Una vez todo plastificado, vuelve a situarse encima de mí.

Retomamos los besos, acaricia mi cara como si fuera el rostro de una modelo de perfumes o maquillajes, en lugar de una Torta del Casar.

—Tienes unos ojos preciosos.

No respondo, me concentro en apreciar su invasión lenta y un pequeño pellizco me sobresalta. Él no se mueve ni un centímetro.

—¿Estás bien?

—Sí.

Sigue profundo y sale lento.

Repite la misma operación; en esta ocasión, nada de pulgaradas, solo aprecio plenitud. Poco a poco, sus exigencias y las mías se adaptan, él me penetra con intensidad y mi intimidad lo acepta con tremenda revolución. Así hasta que las sacudidas orgásmicas repiqueteen dentro de mi casta cavidad

hasta estallar.

Y sigue, sigue..., hasta que alcanza el clímax también.

Estoy estirada encima de la cama, en bolas. Él, al lado en plena fase refractaria. Repasando el proceso de deshonor, es este el instante más incómodo con diferencia. Ahora mismo no sé qué es lo que debo hacer abochornada ante mi determinación. Sí, a pesar del palpito del *gustirrinín* en la región en cuestión que aún late, estoy avergonzada.

En primer lugar, voy a levantarme y a cubrir este corpachón mío que no está previsto para exhibirlo demasiado.

—¿Qué haces? —lógico que estudie derecho, pregunta obviedades.

—Recojo mi ropa, y por no ir con ella en la mano, me visto.

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—A mí también, nunca lo había hecho..., ya sabes, con alguien como tú.

Pero, ¿qué?

¿Cómo?

¿Será imbécil?! ¿Cómo que con alguien como yo?

Queda patente que soy del género tonto, ya me estaba haciendo la absurda ilusión de haber ligado por mis encantos físicos y mi simpatía arrolladora.

—¿Te vas? —No, *chavalote*, si lo prefieres me quedo a masajearte los pies, ¡no te jode!

—Sí.

—Espera, me visto y te llevo a casa.

—No.

—Pero..., tía, ¿qué te pasa?

—Que eres un gilipollas.

—¡Oye, córtate un poco!

—No pierdas tiempo y sal a explicarles a tus colegas que te has tirado a la rarita..., que encima era virgen y más simple que el mecanismo de un botijo en el cuerpo de un..., ¡botijo!

—Tía, ¿de qué vas?, tampoco he dicho nada para que te pongas en ese plan tan estúpido.

—No, mejor no digas nada.

Salgo de su dormitorio, me persigue en pelotas con el *chismómetro*, ahí, oscilando de derecha a izquierda a modo de péndulo. Esta imagen me

perseguirá por el resto de mis días.

—¿Por qué eres tan estúpida? ¿Yo solo pretendía ayudarte?

Para flipar. No voy a molestarme ni en contestar.

Bajo las escaleras todo lo rápida que mi escasa habilidad motriz me permite. Camino un par de manzanas algo confundida y distingo un taxi.

¿Estoy arrepentida de lo que ha sucedido hace un momento? No, definitivamente, no.

¿Me ha gustado? Sí, rotundamente, sí.

¿Podía haber sido mejor? Supongo que, escogiendo con criterio al tiparraco, uno que no estuviera tan bueno, pero sin intención de utilizarme de mofa y escarnio ante los cenutrios de sus amigos, sí.

Como era de esperar, mi madre no se ha acostado todavía cuando llego a casa.

—¿Papá ya duerme? —asiente encogiendo los hombros—. No entiendo por qué me esperas despierta.

—¿Has venido en taxi?

—Sí, no me venía de gusto quedarme con Sandra y Ágata.

—¿Y han permitido que volvieras sola?

—Da igual mamá, no le des vueltas, no saldré más con ellas.

—Tendrías que encontrar compañías más afines a tus aficiones, cariño.

—Sí, lo intentaré. —Me tiro en el sofá y le cruje hasta el alma.

—Hija, te noto diferente.

—¿Más fea? —si le cuento a mi madre cómo he perdido la virtud, la descompongo.

—Olympia, tú no eres fea, te afeas, que es distinto..., si salieras a correr un ratito por las mañanas definirías tu cuerpo...

—¿Y mi cara? Si parezco una muñeca pepona.

—Tienes una boca muy sensual y una mirada preciosa.

—Déjalo mamá. Sé que no eres objetiva. —Le doy un beso en la mejilla y me levanto—. Voy a ducharme, huelo fatal.

—No sé qué decirte, distingo una fragancia masculina. —Creo que se ha descubierto otra tonalidad de rojo en mi cara.

—Se acercaron unos tíos y se presentaron, ya sabes..., se duchan en colonia.

—Pues esa huele bien —apunta suspicaz. Lo siento, pero no pienso añadir nada más.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cielo.

Sí que es cierto que el aroma es atrayente, es un perfume varonil y agradable. Toda yo huelo a él. ¡Mierda! Tengo que vaciar mi cabeza de tantas sensaciones.

Contemplando la evidencia física en mi ropa interior, reparo en que ya no soy..., mocita. Le daré una agüita, mi madre conoce mejor mi ciclo menstrual que yo misma. De tropezar con la prueba del delito, no iba a requerir ni reactivos ni el espectrómetro de masas, para averiguar de qué se trata y cómo ha llegado hasta ahí.

La charla me resultaría bien incómoda. Hay cosas que a una madre es mejor ocultarle, para que siga en su mundo feliz soñando que su hija no hace esas marranadas.

La ducha es un paliativo «elimina desvergüenzas», y, tras enfundarme el pijama de la Abeja Maya, que aumenta mi volumen, me lanzo a la cama repasando lo acaecido. Lo negativo de pensar en ello, son las ganas de repetir que me entran.

Presiento la terrible sensación de urgir vivificar todo lo que ese imbécil creído, me ha descubierto. Tendré que investigar en internet los métodos de auto satisfacción más al uso. Para empezar, algo sencillo, sin necesidad de instrumentalización, ni frutas, ni verduras...

¿En qué estoy pensando? ¿Cómo se me puede ir tanto la pinza por un único polvo de apertura?

¡Va, Olympia! A relajarse contando ovejitas y a dormir. Mañana será otro día, fijo que menos caluroso.

Hay días que debería de estar prohibido levantarse de la cama, pero por decreto ley. Un mecanismo controlador de las ondas del Karma capaz de determinar si salir de entre las sábanas, va a ser positivo para el mundo o para uno mismo.

Sin embargo, desgraciadamente no existe, y ese día, que, por lo general, se inicia despertándote tarde, continúa vistiéndote a trompicones, para después, angustiada con las prisas, sacudirte con la pata de algún mueble en el dedo meñique del pie —sí, justo ese, ese que solo tenemos para ir recibiendo golpes—. Y que recuerdes mientras te maquillas que la máscara de pestañas está grumosa por seca, asumiendo la fatalidad de que no te dará tiempo a tomar el café, y que, sin café, no eres persona.

Me intimida conducir en momentos como este. Puestos a suceder imprevistos, no querrá el universo irlos dosificando, ¡no, imposible!, los compilará todos en la misma jornada, para plantearte el suicidio como método paliativo a tanta desgracia junta. Haciendo acopio de valentía, decido ir a trabajar y, por romper con las supercherías, en coche, ¡con un par!

Llego tarde —cosa lógica si has salido tarde— y aparcando en la plaza asignada para empleados, constato que, justo hoy, nos acompaña el clan Sureda al completo. Me daría de cabezazos contra el volante si no fuera porque llegaría con la frente marcada.

¡Qué injusta es la vida cuando no te suena el despertador!

Trabajo para una empresa dedicada al diseño de interiores. No es un gran estudio de decoración, sin embargo, es todo un referente en el sector debido a que no solo proyectan y aderezan, también fabrican y montan los propios muebles que han de vestir las superficies anodinas de hoteles, pisos, locales, pabellones y aquellos espacios que demanden esos servicios. Es un negocio añejo, fundado y encumbrado desde la nada por el *tataratataratarabuelo*, traspasándose entre generaciones, contribuyendo cada cual con sus conocimientos y ganando prestigio con cada miembro que

recibía el testigo, hasta esta última.

El Sr. Sureda es un hombre recio, poco dado a las lisonjas, ni merecidas ni gratuitas, no obstante, tiende a confiar en el criterio de sus empleados y por lo general, nos deja hacer y deshacer a las tres diseñadoras con las que cuenta, que somos en realidad «chicas para todo». Tan pronto estamos redactando un informe de costes, como peleándonos con los proveedores, como diseñando muebles u otros elementos, como facturando, solicitando la portabilidad de las líneas de teléfono de la empresa..., y lo peor del asunto es que lo hacemos con gusto, disfrutando de nuestra profesión y de la libertad que nos confiere que deleguen en nosotras todas las responsabilidades corrientes del negocio.

El principal escollo para que nuestra felicidad no sea absoluta, son los dos hijos cafres del jefe. En los años de mi vida, no he visto tanta ineptitud agrupada en dos cuerpos tan arrogantes.

De no remediarlo la divina providencia, esta es la última generación de Suredas glorificando la empresa; los «Dos tontos muy tontos» pierden la cualidad de tontos si se comparan con este par de mendrugos.

¡Venga, Olympia! ¡Adelante!

—Buenos días, chicas. —Thais, tuerce la cabeza desde su mesa con disimulo, previniéndome sobre lo que yo ya sé; va a caerme la del pulpo.

—¿Qué te ha pasado? —murmura Leonor. Ella es algo más indiscreta y de una inocencia que raya la bobería, y justo eso la hace auténtica.

—Encontré al hombre de mi vida y me entretuve dándole el teléfono — contesto mientras cuelgo el abrigo en el armario. Ella pestañea veinte veces con la boca muy, muy abierta.

—Leo, se ha dormido, mujer. —Estoy convencida de que, si Thais no la saca del error se lo habría creído.

—¿Llevan mucho tiempo reunidos?

—Sí, han preguntado por ti unas ocho veces.

—¡Dios! Pues no tengo el chichi para farolillos.

—Ármate de paciencia y entra. La orden es: «*¡En cuanto cruce la puerta, que pase al despacho!*»

—¡Hostias! Estoy por irme. Puestos a llegar tarde, hago que no he llegado.

—Sé valiente, el mundo es de los osados.

—Solo los soldados rasos se ponen en primera línea de fuego para ir recibiendo balas... ¡Y yo sin munición, ni cafeína! Decidle a mis padres que

mi último pensamiento, fue para ellos.

—¿Y para Mateo? —Me guiña el ojo.

—Tengo pensado echarlo esta tarde de casa.

—¡Venga ya!

—Después te cuento, si sigo entre los vivos.

Voy hacia el despacho del jefe recolocándome la ropa, comprobando que todo esté en su sitio, que, con las prisas, no me haya vestido con lo de atrás para delante, que no lleve un lamparón en la solapa de aquellos de aparición inoportuna y que, el par de majaderos, no lo puedan usar como metralla vergonzante, porque son así de simples.

Tomo aire, golpeo un par de veces en la puerta y paso.

—Buenos días, me ha comentado Thais que me esperaban.

—Buenas..., tardes —puntualiza el tonto *number one*. Estoy entre aplaudirle la ironía o acercarme y darle una colleja a ver si espabila, aunque con la edad que tiene, veo improbable la mejora—. ¿Qué te ha sucedido? Sopesábamos llamar a los hospitales.

—No me ha sonado el despertador. —Qué ejercicio de contención verbal, poco ha faltado para responderle lo mismo que a Leo, pero más soez, a lo tío.

—Pues acuéstate antes.

—Hubiera dado lo mismo, el despertador no habría sonado igualmente.

—¡Imbécil!

—Bueno, dejemos este cruce de acusaciones y centrémonos en lo importante.

Tomo asiento en la mesa oval de madera de roble oscurecido y barnizada con un esmalte, que le confiere el brillo de un piano. Coloco los brazos sobre ella, pensando en lo poco práctico que es ese acabado y espero a que alguien se digne a explicarme, para qué es mi presencia imprescindible en esta reunión de gerentes.

—Olympia, se van a efectuar unas jornadas informativas sobre diseño de stands. Por lo visto, la crisis de estos últimos años ha dañado al sector y pretenden con esta iniciativa, incentivar a los fabricantes mostrando los beneficios que pueden obtener, al apostar exponiendo en las grandes ferias de muestras existentes y que, por lo visto, han perdido participantes y apoyo del público.

—Si adecuaran los cánones a abonar por los inscritos, a las

circunstancias actuales, no necesitarían informar a nadie sobre las ventajas a todos los niveles, que representa asistir a una exposición profesional.

—No puedo restarle certeza a tu razonamiento, sin embargo, eso se escapa de nuestras manos. El caso es que nos han instado a participar en ellas, ya que nuestra firma ganó el año pasado el galardón al stand mejor gestionado y vanguardista, y ahí es en donde son requeridos tus servicios.

—¿Insinúa que he de participar en esas jornadas como ponente?

—Mi padre no está insinuando nada, te informa de que el viernes viajas a Madrid, para que ofrezcas en nombre de Interiorismos Sureda, sugerencias sobre la metodología, el diseño y los materiales, con tal de que un expositor obtenga un gran número de visitas. —¿Era imprescindible utilizar este tono de menosprecio? Si tanto sabes, ¿por qué no vas a dar la charla tú? ¡Ah, claro! Se me olvidaba que eres igual a *Dos tontos muy tontos*, pero en uno.

—Gracias por la aclaración, no obstante, ya me imaginaba que, en una ponencia de diseño de stands, hablar de las rutas migratorias de la *aguja colipinta* está fuera de contexto. —Sí, tío, no me mires con esa cara, una tiene su umbral de estoicismo.

—Vale, haya paz. —Han empezado ellos.

—Resumiendo, el viernes he de presentarme, ¿dónde?

—En la Escuela Superior de Diseño de Madrid.

—¿Cuántos días?

—Hasta el domingo, todos los gastos de tu estancia los sufragará la empresa. —¿Qué menos!

—En tal caso, necesitaré que me faciliten el teléfono de contacto de la persona responsable para que me oriente un poco.

—Sí, toda la documentación necesaria está en este dossier, ellos se han encargado de reservar tanto el alojamiento como los transportes. Termina de aclarar los por menores.

—Bien, si eso es todo, vuelvo a mi puesto, tengo proyectos pendientes que no quisiera que se retrasaran por esto.

¡Ves cómo tenía razón! Los días que empiezan mal, siguen mal y acaban, fatal. Veremos qué nos deparan el resto de horas.

Mientras los Sureda continúan en el despacho, nosotras nos concentramos en nuestra rutina diaria.

Thais, intenta que los costes no se disparen, tanteando a los proveedores para que se adecúen en calidad y servicio a nuestras expectativas. Leonor,

prepara mil variables para un mismo presupuesto con la idea de que el cliente acepte uno de ellos, generalmente el más económico, aunque exigiendo cada uno de los elementos requeridos en su inicio, y yo, trasladando a escala 1:200 esos deseos, en muchas ocasiones, de un abstracto desquiciante, para desmenuzarlo en piezas que después se han de ensamblar, y que los operarios de la línea de fábrica, encargados de cortar, barnizar, lacar, acanalar, encolar, entre otras funciones, den vida al proyecto final.

Esas son nuestras funciones, siempre que en la jornada impere el orden. Lo habitual es terminar haciendo de todo menos bajar al taller a trastear con la seccionadora o a cantar con la aplacadora..., aunque, todo se andará.

Se abre la puerta del despacho y salen en primer lugar, Pedro y Pablo — sí, el nombre les va como anillo al dedo—, tan tiesos dentro de sus trajes a medida, que lo insólito es que no se hayan tronchado.

—Thais, envíame los informes de ventas del último trimestre antes de las dos. —¿Para qué los querrá, si no sabe leerlos?

—Sin problemas, Pedro.

—Me llamó Eduard Casals, ¿qué sucede con su presupuesto, Leonor? Está molesto por el retraso en la remodelación de su despacho.

Leo, que tiene cierta fijación con Pablo, y él, que lo sabe, la pone entre las cuerdas siempre que tiene ocasión. Resultado: ella se colapsa, mueve papeles nerviosa y torpe buscando la valoración solicitada que no hallará, por muy ante las narices que tenga el documento. Thais, disfruta disimulando la risa, fingiendo que prepara los informes.

Le echaré un capote, y como suponía no he tenido que escarbar hasta el lecho rocoso para dar con él. Deposito la documentación delante de su teclado.

—Gracias —farfulla acalorada—. Ten, Pablo.

—Pero... ¡Por el amor de Dios! Esto tiene más páginas que *El Quijote*.

—Sí, lo tuve que sujetar con un *fastener*^[2].

A Thais la respuesta le ha ocasionado un ataque de tos, yo ya no sé cuántas muecas inventar evitando la carcajada.

—¿Y esa absurdez se traduce en? —No hay ser más absurdo que tú en todo el planeta, difícil que entiendas las excentricidades ajenas, tío.

—Pues en que, de no aclararse, remodelará el despacho de la otra vida —musito.

—Olympia, tienes la pésima costumbre de hablar cuando nadie te lo pide. —¡Ay, Señor! ¡Llévame pronto!—. Leonor, ¿qué sucede para que esté paralizado?

—Que no se aclara. —¡Toma ya, mamón! ¡Leo, es mucha Leo! Yo hubiera añadido: «*so imbécil*», pero teniendo en cuenta que es el hijo del gerente, me conformo.

—Envíame una copia, pasaré a verle esta tarde con toda la documentación.

Finalmente, el séquito de Suredas, abandona la oficina y el ambiente se apacigua. Ponemos la radio y seguimos con nuestras tareas, mucho más relajadas.

A las dos salimos a comer a un restaurante de la zona en donde aceptan vales de empleado. Nos hemos acostumbrado a su cocina experimental, aunque ha habido días que ayunar habría sido preferible.

—Hola, trío.

—Buenas tardes —coreamos al unísono, igual a los buenos grupos de cantantes.

—¿Os traigo el especial del día?

—¿Cómo de especial es «el especial del día», Manel? —pregunta Thais. Muy a las malas, pedir un bocadillo tampoco es algo descabellado.

—De primero, una crema de calabaza con virutas de jamón del país y de segundo, secreto ibérico con guarnición de verduras de la huerta.

Nos observamos las tres realmente confundidas, ese no es un menú especial, es un menú apetecible.

—¿No está Estefanía? —Me falta glamour en la carta.

—Se ha clasificado para un programa de cocineros, estará unas semanas grabando..., bueno hasta que la eliminen. —Estoy convencida de que la han seleccionado de relleno, es imposible que sus guisos «a las mil ochocientas especias» sea referente de la buena cocina.

—Pues a ver si tenemos suerte y está hasta la final —apunta Leonor.

—Está complicado, hay mucha competencia. ¿Entonces el menú del día ya os va bien? —asentimos y marcha a la cocina.

—A nosotras, nos han hecho un favor... —musita Thais, mientras se coloca la servilleta en las pantorrillas.

—Yo iba a proponerles que, en lugar de las toallitas de limón, entregaran sobres con antiácido.

—A mí los postres me gustan.

—Leo, normal, no los elabora ella, los compran en un horno que hay a las afueras.

—Cambiando de tema, ¡vaya puntazo lo del viaje!

—A mí, me fastidian las formas imperativas, y asistir a convenciones insulsas, no me apetece mucho la verdad.

—Sí, son algo aburridas, aunque siempre puedes unirme a algún grupo y salir. Madrid tiene mil encantos y por la noche el ambientazo que hay es insuperable.

—Thais, la que va es Olympia, dudo que, sin conocer a nadie, intente conectar en plan colega fiestero, eso solo lo hace la gente normal.

—Yo si quiero puedo ser la mar de sociable, a ver tú qué te piensas, *Miss Fastener*. —Thais, esturrea la bebida por toda la mesa.

—Sí, ha sido un comentario de lo más idiota, pero es que está... ¡tan jodidamente bueno!

—¡Anda ya!, ¡si es más tonto que el que asó la manteca!

—Ya, muy brillante no es, aunque ¡menudo *polvazo* tiene!

—¡Leonor! ¡No me lo puedo creer! ¿La has escuchado?

—Se nos está haciendo mayor... —apostilla Thais enfatizando la frase con un suspiro.

—Id las dos a tomar aire fresco.

—Aquí, a la única que le hace falta tomar algo «fresco» es a ti... *Cielote*.

—Pues sí, porque soy más transparente para ese tío, que el aire.

—No vale la pena, con lo firme que va siempre, en la cama debe de ser igual de dinámico que un caballo de mármol. —Ahora la que esturreo la cerveza soy yo.

—Tía, ¡que te mueres!

—¡Joder! Sabéis lo activa que es mi mente. ¡Sacadme esa imagen de la cabeza! —Rompeamos a reír las tres.

—¿Y tú qué? ¿No mejora la cosa con Mateo?

—Ayer pegó un portazo y se fue. La verdad, es que llevamos tres meses viviendo juntos y dos de ellos peleando.

—Bueno, si los ratitos de reconciliación están bien..., compensa. —Leo necesita un meneo, pero un meneo de los buenos, para que pueda ver más allá del sexo.

—A mí ya no, cada vez me cuesta más ponerme en situación.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. En este momento, pienso que ambos nos hemos desilusionado, ni yo encuentro nada en él que me haga replantear la situación y reconducirla, ni creo que él lo encuentre en mí. Por eso se largó ayer, supongo.

—¿Y tú cómo estás?

—Pues, tendría que estar jodida y no, he dormido toda la noche del tirón, ocupando el colchón en plan estrella de mar.

—Y tan del tirón ¡cómo que te has sobado!

—Oh, oh..., tengo la sensación de que Mateo ha agotado su tiempo en el reloj existencial de Olympia —afirma, no sin razón, Leo.

—Olympia piensa lo mismo —murmura Olympia.

Tras una tarde, más o menos tediosa, dentro de lo que nosotras consideramos tedioso, y que para otros sería en perenne estado de estrés, regreso a casa. Está exactamente igual a como quedó cuando salí esta mañana, es decir, hecha un completo desastre.

Arranco recogiendo todo con lo que topo a mi paso, y ahí se inicia el germen de mi encono. No doy el perfil de avatar de madre abnegada.

¡Se acabó! Voy a ordenar sus mierdas por última vez.

Zapateando hasta el dormitorio, acciono la tapa del canapé de mi cama y saco las maletas de Mateo. Con más rabia que sentido común, estoy introduciendo de cualquier manera sus cosas en ellas, y, ¡oh, *mon Dieu!*, mira que se llega a almacenar porquería en tres meses escasos de convivencia. Para cerrar la maleta, he tenido que sentarme encima; todo sea que al abrirla salte por la presión. Tampoco es que me importe demasiado siempre que esto suceda fuera de mi casa.

Estoy la mar de tranquila tomándome un refresco, con los pies encima de la mesa auxiliar, viendo un programa de restauraciones americano, cuando escucho como la llave de Mateo hace girar el bombín de la puerta. Nota mental: «*cambiar mañana la cerradura.*»

—Hola. —Supongo que ya habrá visto las maletas en el recibidor.

—Hola. —Ni me inmuto.

—¿Por qué están esas maletas en la puerta? —¡Hombres! Siempre hay que explicárselo todo.

—Para que no hayas de entrar al dormitorio a buscarlas.

—¿A ti qué te pasa? ¿Me largas de casa igual que la basura? —¡Qué símil más bueno! Ni yo podía haberlo expresado mejor.

—Te largaste tú anoche y olvidaste tus cosas, he tenido la delicadeza de ayudarte con la mudanza.

—¿Ese es el valor que tienen seis meses de relación para ti? —Me levantaré del sofá y le quitaré la voz a la tele, no queda bonito mostrar tan poco entusiasmo cuando estoy cortando con él.

—¿Y para ti? No veo que tú hayas puesto mucho de tu parte.

—¡No me jodas! —expresión típica cuando no sabe cómo replicar.

—No, no tengo la menor intención de hacerlo.

—¿Qué esperabas de mí, Olympia?

—Pues no demasiado, creo que me hubiera conformado con que mostraras más entrega en el día a día.

—¿Me das puerta porque no te ayudo con las tareas domésticas?

—Eres muy cínico... No se trata de ayudar, se trata de compartir. Y no, no te dejo por eso.

—¿Entonces?

—Pues básicamente porque, si te quisiera, llegar y ver la casa como un vertedero, mientras tú te sobas los huevos en el sofá, solo sería una riña sin importancia.

—¿Desde cuándo sabes que no me quieres?

—¿Desde cuándo no me quieres tú a mí? —Tras un brevísimo duelo de miradas, vuelvo a sentarme y presiono el *mute* del mando a distancia de la T.V. recuperando el sonido ambiental. Él se gira dirigiéndose al recibidor de nuevo —. Deja las llaves en el cestillo de la entrada, por favor.

Veo un proyectil metálico cruzar desde la entrada hasta el pasillo, seguido de un portazo que poco ha faltado para partir el marco.

Bien, pues ya está, otro fracaso sentimental que anotar en la sinopsis de mi vida. No debo de tener activado el chip de la paciencia. Nunca consigo mantener la ilusión el tiempo adecuado para que progrese y se convierta en algo duradero. He de intentar ser más tolerante o menos exigente, sin embargo, no puedo atarme a alguien por disfrutar de compañía, yo necesito más que eso. Para mí convivir no es suficiente. Eso es lo que falla indefectiblemente en todas mis relaciones, busco algo distinto a la mera fidelidad o al gregarismo, algo que acelere el pulso y que encoja el buche. Si no lo hubiera sentido nunca, no lo demandaría, pero sé que existe, porque, a pesar de que solo fue un encuentro fugaz, y que él, era el típico chulito de disco-bar, que se ligaba a toda las churris que se le antojaba, a mí me marcó, pero tanto, tanto, que modificó mi conducta social, planteándome mejorar mi aspecto físico y, por qué no admitirlo, tuve el estómago tan lleno de mariposas, que la falta de apetito logró que desaparecieran mis redondeces y me convertí en un pibón o algo aproximado.

Y puede que, durante un corto periodo de tiempo, saberme deseada, me satisfizo, sin embargo, pasado ese lapsus de auto deleite, comprendí que a la única persona que deseaba encontrar, para pasearme por delante mostrándole lo que se estaba perdiendo, era a aquel imbécil que me desvirgó con dieciocho años, tratándome como lo que era en realidad, una tía borde, fea y rechoncha,

necesitada de un revolcón que le hiciera descubrir el brillo de las estrellas.

Estoy acostumbrada a desplazarme por motivos profesionales, generalmente siempre para fotografiar los espacios a decorar, tomar medidas, mostrar el proyecto en imágenes, matizar los materiales y los acabados; aquello estrictamente necesario que garantice la satisfacción final del cliente. Sin embargo, desde que presenté la tesina para conseguir el grado de Diseñadora de Interiores y tuve que exponerlo ante el profesorado, ni se me había pasado por la mente afrontar otra situación similar.

De por sí, ya me incomoda hablar en público. Frente a desconocidos me agarroto, pierdo la perspicacia y ante cualquier pregunta imprevista, también pierdo los papeles, aun dominando el tema, aun sabiendo defender la idea. Lo reconozco, a mí las multitudes me irritan. En honor a la verdad, confieso no soportarlas en cualquier ámbito, ya sea el club de moda, paseando por la ciudad o como ahora, en la estación del tren.

Por elegir, hubiera preferido el avión. Realizas el *check-in* a través de la web, llegas con tu equipaje de mano, te sientas, despegas, aterrizas y las únicas palabras que cruzas con los asistentes de vuelo, son: «*buenos días, ocupe su asiento, por favor*», y, «*Esperamos que haya disfrutado del trayecto. Gracias por confiar en nosotros*». Además de que te ahorras casi hora y media.

A la gran mayoría les resulta más agradable tomar el AVE, sin embargo, mi suerte utilizando este medio de transporte, raya la desesperación. Hoy sin ir más lejos, todas las conexiones van con retraso y llevo más tiempo esperando, del que voy a ocupar de viaje efectivo. Me causa tanta rabia llegar tarde por culpa de terceros, que se me ha despertado gazuza. Pillaré algo de la máquina expendedora de porquerías variadas, así en el tren no necesitaré levantarme en busca de la cafetería. Opino que, junto al billete deberían de obsequiar una brújula, porque soy capaz de cruzar todos los vagones y no hallar el restaurante.

A ver..., de todo ese montón de *snacks* carentes de nutrientes y con acopio de calorías, podríamos escoger... *Uhm...* ¿Dulce o salado? ¡Jo, qué

indecisión! ¿Por qué la vida es tan dura? Chocolates o patatas... Va, venga... ¡Chocolate! y, dentro de la gama expuesta, ¿qué pillo? ¡Ains...! ¡Maldita globalización! Mira, un Kit Kat de los de toda la vida. Selector «C8».

Marco concentrada para no equivocarme, no sería la primera vez que salivando delante de la mampara esperando un dulce, cayera otro distinto. Sí, justo ese que a nadie le gusta, colocado a caso hecho para fastidiarte y que vuelvas a gastarte los *pempins*.

Contemplo girar el serpentín empujando mi objeto de deseo y... ¡Cómo iba a ser todo tan sencillo! Se queda enganchado en precario equilibrio, sin llegar a caer al cestillo.

¡Cosmos, qué he hecho yo para merecer esto!, ¡será posible!, ¡solo quería un puñetero Kit Kat!

Menudo arrebató de ira trepa desde la uña del dedo pequeño del pie — sí, el de los golpes— hasta las orejas. Una furia irreprimible, solo liberada al arrearle un leñazo con ambas manos a la máquina, la sacude logrando que el *snack* se desprenda y de premio escupa un montón de monedas, desperdigándolas un metro a la redonda.

¡Malditos *Oompa Loompa*^[31], que viven dentro de las malditas máquinas de los malditos *snaks*, que solo sirven para que aumente el tamaño de mis malditas posaderas! Por culpa de ellos estoy aquí en cuclillas, recogiendo monedas como un mono cacahuets.

¡Wow! Menudo par de zapatos de tío, y bien lustrados, brillan igual a un diamante en el pompis de una oveja negra.

—Hola, creo que esto es tuyo. —Levanto la mirada y me encuentro... ¡Jopé! ¡Con lo que me encuentro! Hasta tengo que pestañear, ¿será un espejismo?

—Ah..., esto, sí. —Tiende su mano gentilmente, ¡tiende la mano! ¡Eh, *nivelazo*! Tómala, toda tuya, para ti.

—He visto púgiles con menos determinación y energía.

—Cuando me enrabio no dosifico la fuerza.

—Sí, lo he podido comprobar. —¡*Jopelines*, menuda sonrisa! de esas de anuncio de blanqueador dental..., estoy por preguntarle la marca del cepillo que utiliza. Pensándolo bien, con lo buenísimo que está, sería mejor pedirle el teléfono o darle el mío... ¡Olympia! ¡Por el amor de Dios, céntrate!

—Gracias por su ayuda.

—Un placer. —Estira de nuevo su mano—. Saúl Ginés.

—Olympia. —Disimuladamente, limpio la mía en la pernera del pantalón, que por suerte es negro.

—Interesante. —¿El qué?, ¿el nombre?, ¿el gesto?, ¿yo?

—Gracias. —Ser correcto siempre encaja, aunque no te estés enterando de nada.

—¿Viajas? —¡Vaya, chaval! ¡Con lo bien que ibas! Está visto que la perfección no existe, ¿para qué se imaginará que arrastro la maleta?

—Igual que tú, intuyo.

—¿Puedo preguntar a dónde? —¿Qué me das?

—A Madrid. —Se sorprende..., me tiene lela con la sonrisa.

—¿Qué coincidencia! ¿En AVE?

—Si llega, sí...

—¿Sola?

—Esa era la intención inicial.

—Pues nos podemos acompañar, a no ser que prefieras ir contemplando el paisaje.

—¿A 300km/h.? —Imposible.

—Sí, el territorio se desdibuja bastante.

—Además de que las vistas son algo..., yermas.

—Los Monegros no atraen demasiado, no. Entonces, ¿viajamos juntos?

—Bueno, vale. —Simulo desinterés, sin embargo, estoy decidida a sentarme delante y deleitarme con esa carita guapa. Estas cosas solo suceden una vez en la vida.

—Genial..., disculpa, tengo que atender una llamada.

Pues aquí lo va a tener complicado. Este país carece de una cobertura móvil adecuada a los tiempos que corren. Tanto vacilar con *Mobile World Congress*, para después comunicarte con los teléfonos de alta tecnología hablando en morse por señal deficiente. Finalmente, tras unos cuantos paseos buscando ondas, ha de salir. Aparte de las interferencias, aquí hay más ruido que en el patio de un colegio.

Cuando explique esto a las chicas, lo van a flipar. De hecho, sigo tan absorta en lo acontecido, que a punto estoy de perder el tren. Ni cuenta le he echado al tercer aviso de partida del convoy, y eso que está estacionado delante de mis narices, con las puertas abiertas a la espera de que acabemos de subir los cuatro rezagados que quedamos en el andén.

En vistas de no distinguir vestigios del macizo, o signo alguno de que haya subido, o de que lo de la llamada no fuera la excusa para esconderse de mí; entro en el vagón y busco mi asiento. Fue bonito mientras duró. Una anécdota a compartir el lunes con las mozas. Sin embargo, ¡chico imbécil!, podía haberse ahorrado toda la cháchara y la puestecita en escena de perfecto caballero de *novelucha* floja.

Y hablando de novelas, ahora qué recuerdo, Thais me ha dejado un libro y voy a darle una oportunidad. Insiste hasta la hartura en abrir mis horizontes literarios, que los clásicos están muy bien, pero que no debo mantenerme tan fiel a esas lecturas. La verdad, no es demasiado extenso. *El Principito* tampoco y mira que lo he llegado a leer veces; podría recitarlo y aún, cuando no sé en qué emplear el tiempo, le doy un repaso y encuentro alguna frase lapidaria.

Veamos..., de entrada, la portada es sugerente; para ser una obra romántica es atractiva. No has de forrar las tapas evitando las miradas acusadoras de las frías ni los salidos mentales. El prólogo es muy divertido —sí lo reconozco, debo de ser de las pocas personas en el mundo que los lee—, es incuestionable que, para Eva Molina, la escritora es alguien muy importante. El lenguaje empleado denota cercanía y cariño. Esto promete.

Me introduzco de lleno en la apasionante lectura de *Dichoso Favor* de Cristina Del Moral. Y no defrauda, me lo he ventilado en las dos horas y media de trayecto. No he podido evitar las carcajadas en un par de ocasiones, sin contar las mil contorsiones faciales encubriendo otras cuantas, y me ha irritado reconocer que todos los individuos ante problemas sencillos, buscamos el engaño como primera solución y que suelen resultar traumáticas. Que la amistad, si es sincera y recíproca, es uno de los sentimientos más reconfortantes que existen, que el amor encoge el estómago y nos hace vulnerables al dolor, que la vida cotidiana es rutina intensa cuando las obligaciones nos sobrepasan, y que el príncipe azul despinta, que puede asomar en cualquier momento, y para coincidir se han de tener los ojos bien abiertos.

Muy comprimido. Me lo leeré de nuevo esta noche en el hotel.

El taxi se detiene frente a la universidad. Allí espera la coordinadora del evento, me excuso, aunque por lo visto, no he sido la única en llegar fuera de tiempo, de hecho, los únicos asistentes fieles a la hora han utilizado otros medios de transporte, como el coche o el avión... Omíto repetirme.

Los organizadores deben de estar habituados a imprevistos similares porque han salvado parte de las intervenciones con otros conferenciantes en cartera, eso o que los impuntuales somos totalmente prescindibles. Los de relleno, para qué engañarnos.

En este instante mi cabeza es un bombo. Hemos ensayado las ponencias, para acotar los turnos. La mía, comparada con el resto, es de lo más escueta. No tengo la menor intención de hablar más de lo estrictamente necesario, además, así los de «retórica dilatada y florida» podrán explayarse sin cortapisas con el tiempo que a mí me sobra.

He de despejarme. Voy a aprovechar que tengo la tarde libre para hacer turismo. Siempre que vengo a la capital, es en un viaje relámpago, hoy tengo la oportunidad de disfrutarla y no voy a desperdiciar la ocasión. En previsión, ya había trazado una ruta enlazando horarios del transporte con las visitas.

Recorro la Plaza de Oriente, el Palacio Real, la Catedral de la Almudena, la Plaza de España, la Puerta del Sol, la Plaza Mayor —donde me tomo un *relaxing cup of café con leche*—, la Gran Vía, el Mercado de San Miguel. Entro en éxtasis en el Museo del Prado y después, callejeo, callejeo, callejeo..., hasta que, como ya dijo Rambo: «*No siento las piernas.*»

Llego al hotel, casi a rastras, fingiendo que no me duelen los pies, ni las rodillas.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy Olympia Fasol, dispongo de una reserva realizada a través de la Escuela Superior de Diseño.

—¿Me permite un documento identificativo, por favor? —le entrego el DNI, aunque el reconocimiento facial con esa foto será nulo—. Gracias.

Cumplimenta unos formularios, los firmo y me entrega la llave, ¡pero un pedazo de llave!, con un pedazo de llavero en metacrilato transparente que pesa más que la maleta. Mi cara de asombro advierte al recepcionista de que estoy más familiarizada con las tarjetas.

—Estamos renovando nuestras instalaciones.

—Mientras abra..., ¿podría indicarme dónde está el restaurante?

—En la planta baja. Tome el ascensor, está señalado en la consola numérica. Disfrute de su estancia.

—Gracias.

La habitación es una gozada, muebles en tonos cálidos y de líneas vanguardistas, la cama de dos por dos, que tengo intención de disfrutar en toda

su extensión. TV de plasma, un baño completo con ducha de hidromasaje..., nunca habría imaginado que asumirían la deferencia de escoger este tipo de alojamiento a modo de gratitud por la asistencia a las jornadas informativas, supuse algo más modesto.

Por no hacerles el desprecio, he tomado una ducha que me ha sentado a las mil maravillas, abusando del tiempo, del agua caliente, de los chorritos a presión en la espalda y las cervicales, de los *amenities*, que yo nunca me llevo a casa pero que sí utilizo, del inodoro... Así que, en una nube de placer sensorial me dirijo al restaurante. Le indico el número de la habitación al jefe de sala y me conduce a otro sector más íntimo pasando por delante del *buffet*. A mí ese comedor ya me parecía ideal para llenar la tripita.

Nunca me alojo en hoteles para turistas cuando me desplazo fuera de España. Valoro por encima de todo, la limpieza, y descarto los cutres de solemnidad, pero admito que de esta categoría jamás le he pasado la factura a los Sureda.

De nuevo en la habitación, tras una succulenta cena de menú —no descarto que sea la comida del *buffet* servida en la mesa—, vuelvo a abrir el libro que me ha prestado Thais, pero por más que lo intento, mis párpados caen, echando el cierre a una jornada llena de actividad.

¡Uhm!, qué sueño más reconfortante. Voy a tener que pedirle a Thais que me recomiende algún que otro libro del mismo corte. Hasta he creído dormir toda la noche abrazada a un escultural maromo talla Hollywood, con *sobeteo* de pectorales incluido, que una no es tonta, y ya que sueña, lo hace con garantías de goce.

¡Vaya por Dios! Me acaba de jorobar el deleite extrasensorial los ronquidos del vecino. Les instaré, mediante el buzón de sugerencias a que insonoricen mejor las habitaciones, lo considero más importante que cambiar las llaves por tarjetas. ¡Dios mío! ¡Qué manera de rugir! Estoy convencida de que hay leones que no llegan a esa octava. Podría jurar que lo tengo pegado al oído. Ni con la almohada sobre la cabeza amortiguo los bufidos.

Palpando ando en la mesita buscando el móvil por no abrir los ojos y acabar de despejarme. Son las... ¡Bah...!, todavía es pronto.

¡Ángela María! Se va a tragar la habitación. ¿Será de este mundo? ¿y si golpeo la pared? Aunque, si no se escucha a él mismo bramando, como no torpedee el tabique, mis nudillos pasarán inadvertidos. Tanto pensar me ha espabilado, aprovecharé para repasar el... ¡Ahhhhh!

—¡Joder!, ¡joder!, ¿qué pasa? —Tomo aire, sigo gritando ¿¡Qué caray hace este tío en mi cama!?!— ¡Hostias, tú! ¡calla, mujer!, vas a conseguir que vengan los de seguridad.

¡Coño, a lo mejor por eso grito!

Y voy a chillar más, ¡tú no mandas en mi histeria!

Sin embargo, antes de llenar los pulmones para proferir un nuevo berrido, mientras me adhiero entre el cabezal y la mesita, orillada en la esquina de la cama; tapa mi boca con tal ímpetu que me golpeo con la pared en la cabeza. Yo, me defiende arreando patadas y manotazos. Al no obtener el progreso deseado opto por clavarle todos los dientes.

—¡Serás bestia! —exclama soltando mi cara destemplado. Cojo a modo de arma defensiva la almohada. ¡Vamos, para matarlo a caricias! ¡Mi reino por un ladrillo!

—¡¿Qué haces aquí y por qué roncas?!

—No grites, haz el favor. Es mi habitación. —¡Y una mierda!

—¡No, perdona!, es ¡mi! habitación, ¿o piensas que he entrado por la ventana como las polillas?

—Tú sabrás cómo has entrado. Yo anoche, a través de la puerta, con la llave.

—Pues igualito que yo.

—Deben de habernos dado, a uno la llave de la habitación y al otro la del servicio.

—¿Y por qué no fuiste a reclamar a recepción?

—Llegué tarde, cansado y obviamente, aquí cabemos los dos.

—¿Has dormido conmigo toda la noche? ¡Eso es un abuso!

—No perdona, en todo caso, la única que se ha beneficiado de esta situación, has sido tú.

—¿De qué hablas?

—De que..., gatita —el tonillo sugerente sobra—, no te has cortado un pelo.

—Pero, ¡serás imbécil! —Le arreo un almohadillazo por gilipollas, y otro por abusón, y otro por maleducado..., pero, sobre todo, por gilipollas.

—¡¿Yo?! ¡Anda, para con la almohadita, maja!

—¡Abusón!, ¡perturbado!

—¡¿Tendrás valor?! Si te has pasado toda la noche encima, arañándome y sobándome sin pudor alguno —¡y se ríe! ¡Se ríe!

—¡No te hubieras dejado! ¡So asqueroso!

—Sí, mujer, ni que fuera idiota.

—¡Largo ahora mismo! ¡Pero ya! —Y continúo golpeándole con la almohada, como si fuera un garrote. Él se cubre con los antebrazos la cabeza. ¡Lo que daría por tener un yunque!, ¡o una metralleta!

—¡Que pares con la puta almohada! —Estira de ella y me la arranca de las manos—. No parecías tan histérica en el andén ayer por la mañana.

—¿Me has seguido?

—Deja de leer tanta novelita romántica, ¿para qué querría seguir yo a una energúmena? —Salgo de la cama, tiro del nórdico y me cubro dejando todos sus encantos al descubierto. Pero todos, todos.

—¿Has dormido...?, ¿has dormido en bolas a mi lado? —En gloriosas bolas. Desnudo está más bueno que con traje.

—Eres tú la que no has respetado el espacio.

—Largo.

—No, yo he pagado por esta suite, no me voy a ninguna parte.

—¡Genial! ¡Pues ya me voy yo!

—¿Y vas a salir así al pasillo? Por mí no te cortes, aunque podrías provocar un incendio.

—No. Antes tengo previsto darme una ducha en ese baño, a vestirme en ese baño y a hacer todo lo que se hace en un baño, antes de marcharme.

Rompe a reír a carcajadas mientras me agacho para coger el asa de mi maleta, furiosa, muy furiosa, poseída por algún diablo destemplado. Y..., ¿qué ven mis ojitos? Acabo de toparme con sus zapatos, y sin meditar las consecuencias me veo lanzándole uno de ellos que no esquivo y le endiña en toda la frente.

—¡Joder! —Sale de la cama de un salto. Yo cobardemente entro en el aseo y paso el pestillo—. ¡Me has abierto la ceja!

—Has tenido suerte, apunté a los huevos. —No es verdad, pero él no lo sabe.

—¡Abre!, quiero mirarme la frente.

—Encima del escritorio hay un espejo de nueve por uno cuarenta enmarcado de capé precioso, aunque los fantasmas no se reflejan.

—Son los vampiros, estúpida.

Escucho pasos alejándose. Es el momento de ducharme sin prisas. Dice que llegó cansado, y tuvo tiempo de acomodar sus útiles de aseo apartando los

míos. Se me ocurre una maldad.

¡Bwahaha... ha... ha!

A la par que termino de aclararme, voy vaciando por el sumidero todos los botes que dejó preparaditos para acicalarse esta mañana. Hala, guapo, hoy vas a tener que lavarte como los gatitos, a lamidos. Suerte que no posees mucho pelo corporal, chaval.

Con una dignidad que no merezco, abandono el aseo. Recompensada con mi pequeña venganza, logro a duras penas disimular una sonrisa malvada al imaginarle escupiendo sapos y culebras.

Sigue examinándose la ceja en el espejo. A lo peor me pasé un poco con el zapatazo. ¡Jolín! ¿Para qué narices existirá la conciencia?

—¿Me dejas echarle un vistazo?

—Capaz eres de meter el dedo dentro.

—Como quieras —no soy de insistir. Creo llevarlo todo, por lo tanto, mejor me marchó arrastrando mi *trolley*.

—Espera... —Se sienta en la silla del escritorio. Me acercaré a mirarle la herida. Lo prometo, únicamente miraré la pupa.

—No es nada, un rasguño algo escandaloso. Si te fías, pruebo a desinfectártela. —Me observa sin pestañear. Estamos muy cerca, percibo el aire que exhala.

—Vale.

Saco de mi bolso de mano un diminuto neceser en el que siempre llevo un set de primeros auxilios muy básico. Con una gasa estéril, limpio a toques delicados la raspadura, que no pasa de ser un arañazo superficial, para después aplicar *Betadine* en crema previniendo una infección.

—Bueno, ya está..., no te apures, no te quedarán marcas.

—Gracias, Olympia.

—No se merecen, Sergio. —Levanta la ceja sana y sonrío.

—Saúl, me llamo Saúl.

—Pues eso, Saúl, que no se merecen.

Me separo algo atribulada. Recoloco el vestido y me encamino hacia la puerta.

—¿Podríamos compartir la suite esta noche?

—Ni en tus mejores sueños. Entre mil motivos, roncás.

—¿Y tú?

—Yo no ronco. —Como mucho respiro fuerte y solo si estoy constipada.

—Quédate y te grabo esta noche. Así sales de dudas.

—Sergio... Saúl..., no eres nada gracioso y por descontado, que no pienso compartir contigo ni el aire. Disfruta de la suite.

Rompe a reír y abandono la habitación.

Sí, tú ríe, ríe... que quién ríe el último ríe mejor, con más ganas, con más fuerzas e imagina cortes de mangas y pedorretas.

Cuando llego a recepción entrego la maldita llave y solicito la cancelación de la reserva y la hoja de reclamaciones. No me apetece lo más mínimo encontrármelo por los pasillos o desayunando.

Menuda historia más rocambolesca.

Puede que el lunes, la percepción cambie y valore los hechos como sorprendentes y divertidos mientras se lo explico a las muchachas. Estoy más que convencida que se desternillarán de la risa hasta el punto del flato y el hipo, supongo que yo también. Hoy gana el cabreo y, reflexionando en global, creo que estoy más frustrada que enfadada. Puestos a abusar, podría haberle besado, tiene una boca muy apetecible...

Desvarío... Esto es producto de la novela de Thais, que a mí no me ha hecho ningún favor, al contrario, me ha dejado a medias y con ganas de más.

¡Ay, Olympia! ¡A ver cuándo espabilas, que vives en una nube de pedos!

Llevamos una semanita que no se la deseo ni al mismísimo Satanás. Bueno, a lo mejor al dúo de gilipueñas esféricas se la enviaba por encargo —sí, cada uno disponen de trescientos sesenta grados de sùmmum *gilipollismo*—, pero al resto, incluido a todos los demonios, no.

Nos estamos retrasando con los proyectos más importantes. Me encantaría decir que debido a contratiempos ajenos —excusa que nos vemos obligadas a esgrimir una vez tras otra—, sin embargo, la realidad es más estresante; no damos más de sí.

Parte del apuro se ocasiona debido a la presión ejercida por *Los Picapiedras*, sin intención de implicarse activamente, solo de ordenar. Nosotras les hemos expuesto en cada *briefing*^[4] la necesidad de ser honestos con los plazos de entrega, que es más correcto advertir con tiempo al cliente, a darle largas hasta perder su confianza y conseguir cabrearle.

Esto no sucedía cuando el Sr. Sureda estaba al cargo. Él se desvivía en complacer las expectativas del cliente, aunque haciéndoles entender que, para preservar la exclusividad y la calidad, era imprescindible seguir los criterios establecidos por la empresa y que hasta el momento habían sido sinónimo de éxito. No sabe, o si lo sabe no le preocupa, el flaco favor que le está haciendo al negocio dejando a los hijos al cargo. Ni tienen tacto, ni tablas, ni el entusiasmo necesario para ejercer de gerentes. Y como, al fin y al cabo, no somos más que unas asalariadas sin peso ni voto, nos ceñimos, aunque nos fastidie, a sus ilusorias pretensiones. ¡Nos zampamos cada bronca!

Cavilando en gente contenta..., a Thais la tengo enfadada hasta el infinito. Con las prisas, dejé en el hotel el libro que me prestó firmado por la escritora, y lleva cabreada conmigo desde el lunes, viéndome obligada a soportar en cada frase un apunte sarcástico, tan molesto como merecido.

Ya he contactado con la editorial. Se han comprometido en hacerme llegar otro también dedicado, y así se lo he comunicado a la damnificada, pero, hasta que no esté de nuevo en su poder no dejará de mirarme recelosa.

—Olympia, tienes una llamada de la *Promoprod*.

—Solo ha de contestar al mail —primero leerlo, luego responder; ¡mira que es simple el proceso!

—Insiste en hablar contigo. Ya le he comentado que está pendiente el tema de los colores.

—Así no se puede trabajar..., ¡pásamelo!

—Ahí va. —Respiro cambiando la inflexión nerviosa a suave y dúctil.

—Buenos días, Sr. Martínez.

—Buenos días, señorita.

—¿Ha podido comprobar los datos que le solicitaba en el mail? —¿Qué sé que no ha mirado?

—Prefería comentarlo antes. —Ni que estuviera escrito en esperanto.

—Pues dígame. —Que mi tiempo es infinito.

—Me pones un montón de medidas que no entiendo y las estanterías tienen pocos estantes.

—Nos indicó que era imprescindible disponer de un hueco de luz de treinta y cinco centímetros entre ellos.

—Pero solo hay cinco baldas por cada módulo y quedan treinta y ocho centímetros. —Venga, Olympia, impartamos la clase de aritmética básica de hoy, sumas, restas y divisiones.

—La medida total entre el suelo al techo es de doscientos cincuenta y siete centímetros, tenemos que descontar la pieza que utilizaremos para ajustar desde el mueble hasta el techo, y ha de ser de cinco centímetros para que el montador pueda cepillarla y adecuarla a las imperfecciones de techo.

—Sí, eso lo entiendo, pero sigue sin cuadrarme el espacio entre estantes.

—Nos quedaría una estantería de doscientos cincuenta y dos centímetros, a la que tenemos que restar los gruesos de la madera. El zócalo hace tres centímetros y la suma de los estantes y las bases veintiún centímetros, si dividimos ese resultado entre seis huecos obtenemos los treinta y ocho especificados en el plano remitido.

—Los gruesos..., vaya... —Claro, hombre, los gruesos ocupan espacio físico—. ¿Y no podemos buscar un material más fino?

—Sí. Aglomerado para lacar en densidad media de dos con dos centímetros o de uno con seis centímetros, aunque este grueso no se lo recomiendo si ha de colocar archivadores, es preferible apostar por el otro con tal de que el peso no combe los estantes.

—Olympia, ¿podrías decirle a Leonor que volviera a pasarme el precio con grueso dos con dos? —Le va a hacer una gracia...

—¿Post-formado o canto recto?

—Que me envíe las dos opciones. —Y en cinco más si las necesita. ¡Viva la indecisión!

—Por descontado.

—¿Cuándo podré tenerlo montado? —La pregunta del millón.

—Primero han de acabar los pintores, que en esta semana lo dejarán listo. Seguido le colocarán el parquet..., no obstante, la instalación del resto de elementos resta supeditada a la confirmación de las estanterías.

—Que Leonor me pase hoy el precio y esta misma tarde acepto el presupuesto.

—Recuerde que también ha de indicar el RAL para solicitar la laca.

—Oh, sí, pensé que ya lo habíamos escogido. Gracias por todo.

—A usted, Sr. Martínez.

Cuelgo. Suspiro.

Marco la extensión de Leo. Alzo el mentón para que me vea a través de las pantallas de cristal que separan nuestros despachos.

—Dime.

—*Promoprod...*

—¡Ayyyy...! ¡No! ¡Ocho veces van ya! —esto con deje de niña sin disposición a recoger el dormitorio.

—Te envío un mail con la distribución y los nuevos materiales.

—Estoy hasta arriba... Y a que, ¿lo quiere para esta tarde?

—¡Lees mi mente!, en ocasiones me asustas.

—Se me caerá el pelo de los nervios.

—Siempre le puedes pedir a *Pablo Mármol*, te incluya un bisoñé de plumas como retribuciones en especie. En el jurásico existían dinosaurios alados.

—El hombre no convivió con los dinosaurios. —He notado la saliva de la pedorreta a través del auricular—. Escucha, alma de cántaro, acaban de picar los de MRW, sal a abrir, te traen un paquete. Aquí cada cual que recoja su correspondencia.

¡Cualquiera se atreve a pedirle amablemente que me haga el favor!

Recorro el pasillo que nos separa. Leo me sigue con la mirada, alzo los dedos índice y corazón, los llevo a los ojos, para luego señalar hacia los

suyos, advirtiéndole de manera velada un: «*te vigilo*». Ella, muy elegante, responde levantando solo el corazón... ¡Qué grosera!

Vuelve a sonar el interfono, descuelgo.

—Mensajeros *MRW*, un paquete para Olympia. —Parece algo molesto.

—Sí, le abro.

—¿He de subir? —¡Será posible!

—Yo no voy a bajar.

Espero a que vuelva a sonar el timbre de nuestra planta.

—¿Olympia?

—Sí.

—¿Me indica su DNI?

—¿Por qué?

—Me lo exigen.

—Quién lo envía.

—*Wireless Start*. —No tengo ni la más remota idea de qué puede contener ni quién lo remite. Debe ser algún material de muestra... ¡Ahora a hacer de *Kate Beckett*! ¡Tanto cuesta avisar y poner una referencia! ¡Tanto cuesta!

—¿Me dice el DNI?

—¿Estoy obligada? —Tuerce la cara y suelta el aire con impaciencia. Puntea una PDA y la gira para que firme.

—Firmar, ha de firmar. Aquí, por favor. —Hago un garabato sobre la pantalla, tan desgastada, que no permite trazar redondeado.

—¿Le sirve así?

—Por mí como si pone una equis. —Uy, el señor no está teniendo un buen día.

—Gracias.

—A usted.

Mientras me dirijo hacia el despacho desembalo el paquete... ¡Que vivan las editoriales con palabra!

Es el libro de Thais y también está dedicado... Ay, Cristina, Cristina, con lo bien que narras, qué poquita imaginación para las dedicatorias. Ha escrito exactamente las mismas palabras que en el libro que perdí.

Tratando de retirar la burbuja del envoltorio, cae una tarjeta muy elegante en color negro matizado. El tacto me sorprende, es similar al de la seda. En el anverso aparece el nombre de la editorial, en barniz selectivo negro brillante,

que, por cierto, no me suena. Yo contacté con Ediciones Albores solicitando el libro, no a *Wireless Start*. Le doy la vuelta intrigada y... ¡No me lo puedo creer!

SAÚL GINÉS MONTALVÁN

Responsable de la Dirección Gráfica.

Sginesmontalvan@wireless.net

Tel. 652 215 125

¿Y ahora qué hago yo? ¡Jo, qué marrón!

No es imprescindible que le llame, la empresa de mensajería le pasará el recibo del servicio. Aunque después del zapatazo, es todo un gesto. Bueno, yo le curé la frente, estamos en tablas.

¡Ainsss! ¿Por qué nos hacemos mayores y tenemos remordimientos? Solo sirven para que no pueda centrarme en lo que he de centrarme.

Le llevaré el libro a Thais, así se le pasará la rabieta y dejará de responderme a base de ironías, ¡continúa de un mordaz espantoso!

Levanto la cabeza para que al descolgar conectemos las miradas, hablar así es menos frío.

—Thais, ¿tienes un momento para mí?

—¿De cuánto tiempo consta tu momento?

—Del justo para devolverte tu libro.

—Lo quiero encima de mi mesa, en *zero coma*.

Salgo sin poner objeción a su orden, no está el horno para bollos, prefiero entregarle «su tesoro» para que recupere sus modales de niña de colegio de pago y vuelva a considerarme digna de su cordialidad.

—Toma, aquí lo tienes, estoy por pedirte que me firmes un albarán.

—Trae..., ¡oh...! —lo abraza y le da un beso a la portada—, creí haberte perdido para siempre.

—¡Qué poca confianza!

—¿Pero? Pimpi..., ¿es el mío? —¿Por qué no me opondría con más firmeza cuando empezó a llamarme así?

—Ajá... El Sergio Saúl me lo ha enviado.

—¡Recórcholis! ¿No le habías abierto una ceja?

—¡Exagerada! No fue más profundo que el corte con un folio.

—A mí me tiras un zapato, me haces sangre y no sales viva de la habitación.

—Si te hubieras dado el susto que me llevé yo, tú le habrías lanzado la mesita.

—¿Y lo que disfrutaste? —le respondo con una mueca de repelús, totalmente ficticia.

—Si estaba sobada...

—¿Sabes cómo localizarle?

—¿Para qué? —Jugaremos al despiste, aunque, esta es larga como un carrito de hilo blanco, y las pilla de ida y de vuelta.

—Pimpi..., te dejo escoger el dedo que prefieres que me chupe.

—¿Por qué me haces esto? —Levanta ambas cejas y pestaña—; esperaba un poquito de ayuda por tu parte, un consejo de amiga, apoyo incondicional.

—Perdiste mi libro, ¿lo recuerdas?

—¡Te lo he devuelto!

—Tú no, ha sido el Sergio Saúl...

—¡Pues llámale tú!

—Yo no lo perdí.

—¿Y por qué no dejarlo así?

—Pimpi..., ¿hay algo que quieras contarme? —Odio a los individuos aptos para usar más sentidos de los que empleamos la gente normal.

—No tiene importancia.

—Vale, cuéntamelo.

—Pues..., bueno..., esto..., sabes, que, en ocasiones..., puntuales, pues me puede la rabia y..., bueno..., ya sabes....

—No, hija..., no sé.

—¡Coi! ¡Hay que explicártelo todo al detalle!

—Ayudaría que fueras directa al meollo de la cuestión, en lugar de balbucear como si tuvieras un plátano en la boca.

—¿Un plátano? —¿En qué estará pensando?

—Pimpi..., por favor...

—¡Ains! ¡Nada!, solo le vacié todos los efectos de aseo por el desagüe.
—Une las cejas y vuelve a pestañar.

—¿Todos?

—Pasta de dientes y productos de acogida obsequio del hotel, incluidos.

—Eres...

—¿Traviesa?

—¡Retorcida y maligna! ¡Si ya le habías abierto la ceja!

—Que lo llame has dicho...

—Yo soy él, y con las páginas del libro hubiera hecho origami^[5]..., y se me ha pasado otra posibilidad por la cabeza, menos lúdica, aunque igual de relajante.

—Y la retuerta soy yo...

—¿Y te preguntas por qué tus relaciones no pasan de los cuatro meses?

—No me lo cuestiono —mentira—, no superan el periodo de prueba para ser indefinidos.

—Llama a Sergio Saúl y discúlpate con él, el muchacho se ha comportado, pudiendo no hacerlo.

—No me disculparé, le agradeceré el gesto. —¡Solo faltaba!

—Pimpi...

—¡Qué! —exclamo a la par que abro la puerta de su despacho molesta conmigo misma por no tener el aplomo mínimo para no hacer, lo que no quiero hacer..., porque, no lo quiero llamar, ¿verdad?

—Se llama Saúl, no la cagues.

Aquí sentada en mi mesa atascada de papeles y planos, estoy dándole vueltas a la sofisticada tarjeta, con los monitores de los dos ordenadores mostrando las imágenes corporativas en el salvapantallas, y el teléfono bloqueado en modo «ocupado». Sé de dos, que han de estar acordándose de mí y de mis muelas, puede que hasta de las muelas de algún familiar mío, incluso puede que sean las de mi madre... ¡Pobre mujer! ¿Qué culpa tendrá ella de que yo sea una parálitica emocional?

Alzo la cabeza y me encuentro a Thais y a Leo, observándome con gesto de: «Tía, ¿a qué esperas?»

Entorno la mirada, levanto el auricular, se lo muestro a ambas y lo coloco en la oreja. Marco. No le voy a conceder más de tres tonos. Descuelga al primero...

—Saúl, buenos días.

—Hola, soy Olympia.

—¿Olympia? —¡Me mondo y me parto! Respira, nena..., respira.

—Sergio —lo nombro mal con todita la idea—, ¿hoy tienes el día tonto o

eres tonto todos los días?

Rompe a reír con tanta energía, que he de separar el auricular de la oreja para que no me perfora el tímpano.

—Veo que tu carácter no fue puntual propiciado por el susto.

—Oye, mira, solo quería agradecerte el detalle de devolverme el libro. Era importante para una amiga y la verdad es que me has hecho un favor.

—*Dichoso favor.* —Me revienta esa actitud de gracioso de instituto.

—Tampoco te pongas tan estupendo, porque con comprarle otro y pedir que me lo firmara la escritora, lo habría resuelto sin ayuda externa.

—No, mujer, me refería al título de la novela.

—Oh. —*¡Ups!*

—No te lo he devuelto antes, porque quise echarle un vistazo y..., ¿puedes creer que me lo he leído dos veces? —aquí Olympia, asombrada de que un hombre sea capaz de confesar que lee, y pasmada de que lo haga cuando el género es romántico...—. Me han encantado las historias paralelas, todo queda abierto a miles de posibilidades.

—No diría yo a tantas..., pero sí, está bien escrito. ¿Cómo tienes la ceja?

—Podríamos quedar y lo compruebas tú misma, ¿qué te parece? —Es guapo en el mismo grado que imbécil. No sé, es arriesgado, mi cupo de idiotas está cubierto.

—Tengo la agenda algo complicada. —Esa excusa, entre profesionales, siempre funciona. ¡De cuántos apuros me saca!

—Pero, comerás y cenarás, ¿no? ¿O es que tu metabolismo funciona con jabón? —Ilámame bruja, pero me olía la tostada...

—Te debo una disculpa.

—Te libero del abuso si comes el domingo conmigo.

—¿Este domingo? —Es una aceptación implícita, lo sé.

—¿Te va mal?

—Ni bien ni mal, ni, todo lo contrario.

—Pues listo, el domingo te recojo, pásame la dirección en un mail.

—De acuerdo, te enviaré un correo con mis señas. —O una excusa elaborada y plausible de las de hacer la ola.

—Olympia, no aceptaré excusas. —*¡Venga ya!*

—Te envío un mail...

—Perfecto. —*¡Y se troncha!*

—Nos vemos el domingo. Me gustaría decir que ha sido un placer hablar

contigo, pero mentiría. —¡Le va a entrar un ataque de hipo con tanta risa!

—Nos vemos el domingo.

Cuelgo y me encuentro a las dos alcahuetas en el despacho de Thais a la expectativa. Les doy diez segundos para que invadan el mío. Han abierto la puerta al siete, superando su marca.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? ¿Pedidos? ¿Presupuestos? ¿Limaros las uñas de los pies?

—No —responden al unísono.

—¿Necesitáis algo?

—La verdad.

—¿Sobre qué? —Vamos a hacerlas sufrir por chafarderas.

—Va, ahorrémonos tiempo, que no nos sobra.

—Le he dado las gracias.

—¿Y? —Podrían formar un grupo, se les da de muerte sincopar las voces.

—Se ha leído el libro... y le ha encantado.

—¡Oh! ¡Qué mono! ¿Y? —¡Oh! ¡qué pavas!

—Y me he disculpado por lo del jabón.

—¿Qué jabón? —Leo no está al corriente.

—Luego te lo explicamos comiendo —comenta Thais para no desviarnos del tema, que era justo lo que yo deseaba—. ¿Y?

—Como purga, me ha obligado a quedar con él para comer el domingo.

—¿Cómo purga? ¡No te lo crees ni tú! Pimpi..., se te ve todo lo que se conoce como plumero.

—¡Fuera de mis dominios! —Extiendo el brazo en dirección a la puerta.

—¡Qué bonito! Thais, ¿crees que Pablo me invitará a mí a algo?

—No.

Responde sincera, pasándole el brazo alrededor de los hombros, consolándola cómicamente. Sonrío cuando Thais se gira y me guiña un ojo. Tengo suerte de trabajar con ellas, nos respaldamos y complementamos, somos grandes amigas y, contando que la mayor parte del día estamos juntas, tener complicidad y comunicarnos de manera directa es esencial.

Son las diez de la noche del viernes. Zapeo los canales de arriba abajo, sin detenerme lo suficiente para que alguna de las porquerías que emiten capte mi atención lo justo para sucumbir al sueño.

Le debo un mail al que hemos bautizado como «el Sergio Saúl». He ido aplazándolo porque no estoy del todo segura de querer verle. ¿Y si le doy plantón? Ya no le debo ninguna disculpa. Además, no lo conozco de nada. Eso, tampoco es una justificación, todos los conocidos han sido desconocidos antes. Y con esta elucubración argumento mi disposición y curiosidad por saber si es tan idiota como aparenta.

¿Dónde he metido la tarjeta? ¡Como si no lo supiera! Estoy tan acostumbrada a poner excusas para no relacionarme con el resto del mundo, que si me las creo podré eludir la responsabilidad. No rijo.

De: Olympiafasol@icloud.com

Para: Sginesmontalvan@wireless.net

Comida *NO CITA* domingo.

23:33

Buenas noches Saúl,

¿Qué tal? He pensado, que, puestos a hacerlo más sencillo, podemos quedar en un punto medio.

Ya me lo confirmarás mañana.

Saludos.

O. Fasol

Con esto, yo ya he quedado bien.

Seguro que ha salido, como hace la gente usualmente los viernes, por lo tanto, mañana verá el mensaje tarde y yo tendré el pretexto óptimo, para decirle que, lamentablemente, al no contestar, di por supuesto que se le había olvidado.

Mira, ahora me siento más dispuesta a ver una peli desde la web, conectaré la tele al iPad con el micro *HMDI*, tengo interés en una de miedo, si las visionas en V.O., aunque sean estrenos, la calidad es buena y no se suelen escuchar las toses, los eructos, las risas y los comentarios de los piratas, que

tanta felicidad nos reporta a los beneficiarios de sus delitos contra la propiedad intelectual.

Y justo cuando estoy colocando el cable, parpadea una luz blanca indicando que tengo correo nuevo.

¿Será él?

De: Sginesmontalvan@wireless.net

Para: Olympiafasol@icloud.com

Rv: Comida ¿¿¿*NO CITA*??? domingo.

23:53

Buenas noches Olympia,

¿Pensabas que no te contestaría? ¿Que me había olvidado?

Para eso sirve la agenda y no de mala disculpa.

Contestando a tu NO CITA (cosa que yo no he insinuado), podremos buscar un punto intermedio, siempre que sepa en donde vives, porque yo sé en qué punto me encuentro, pero desconozco el punto en dónde te encuentras tú, es decir, seguimos teniendo una incógnita.

Así que, si sigues despierta, espero que me contestes, hoy a ser posible.

Saludos.

Saúl Ginés

Este tío no es normal. Me trata de superficial e inmadura, y me fastidia hasta el infinito que se haya dado cuenta.

Soy como soy, no pretendo ganar un premio a la mujer del año, no quiero a muchedumbre pululando en mi entorno solo para las conveniencias, no sé reírme sin ganas, ni hacer el ganso conscientemente para que gente que no va aportarme nada interesante, disfrute de risas vanas. Y tú, chaval, no vas a ser el primero.

¿Quieres quedar? Vamos a quedar, pero las reglas del juego las establezco yo.

De: Olympiafasol@icloud.com

Para: Sginesmontalvan@wireless.net

Rv:Rv:*NO CITA* domingo.

23:59

El sábado a las 12:00 en la fuente de Montjuïc

Ciao.

O. Fasol

¡A cascarla!

De: Sginesmontalvan@wireless.net

Para: Olympiafasol@icloud.com

Rv:Rv:Rv: *NO CITA* domingo.

00:03

No me intimidas.

See you later, pussycat^[6].

Ciao.

Sergio o Saúl (Como más te guste)

¡Pero tendrá descaró!

Sigue, sigue, guapito, que has ido a dar con la veta de roca.

Que no me levante el domingo sin hambre y te quedes esperando entre los guiris, o que aparezca y pruebes el agua freática, reutilizada, verde y pestilente de la fuente.

Me has dado margen de maniobra y yo teniendo tiempo...

¡Qué tiemble el infierno!

No he podido dormir en toda la noche. Se ha instalado en mi estómago una ansiedad de corte adolescente de lo más absurda y me ha mantenido en vela. Eso o la cena no me sentó bien. Tampoco comí demasiado, a decir verdad, no probé bocado, porque los malditos nervios ya habían empezado a fermentar igual al vino en barrica de madera, y el apetito se esfumó.

Lo que no entiendo de mí misma, es porqué me hallo en esta situación, cuando con haberme negado estaría el tema resuelto. No creo ser suficientemente interesante para que el esfuerzo de la insistencia le reporte a nadie ninguna satisfacción.

Lo que sí haré antes de marcharme es tender la ropa, porque de lo contrario, mañana no estará seca y la opción de ir el lunes a trabajar con unas cuantas hojas de parra, no me seduce en absoluto.

¡No puede ser!

El lavadero tiene cuatro dedos de agua, ¡será posible!

La consola de la lavadora clama en luces rojas intermitentes: ¡F5...!
¡F5...! ¡F5...!

¡Como si yo supiera qué significa F5!

¡Ostras! ¿Qué hago?

Uhm... Ante todo, tranquilidad. Nuestro informático siempre dice que la solución más sencilla es desconectarlo todo. Una lavadora no ha de diferir mucho de un ordenador, o por lo menos esta, que tiene ochocientos programas de lavado y cuatrocientos de secado del todo inútiles, porque yo constantemente utilizo el mismo. Probemos. Apago. Espero. Enciendo.

A ver, entre todas las chuminadas que esto hace, el desaguar debería de ser una... ¡Pues no, esa no está!

Es una máquina, solo es mecánica y electrónica, si la obligo a aclarar, por lógica ha de expulsar el agua. Vamos allá.

¡No iba a ser tan sencillo!

Y para postres, ahora no puedo abrir la puerta. ¡Esto a mano no pasaba!

A por la segunda alternativa, buscar las instrucciones e intentar descubrir que es F5, descifrando la frase escueta e imprecisa que, supuestamente, indica qué le sucede y cómo solucionarlo.

Demos gracias a ese cajón del recibidor presente en todos los hogares, en donde se guardan los documentos inútiles; recibos, nóminas, todas las cartulinas del censo desde que puedo votar, los impuestos, las garantías de los teléfonos..., ¡de todos los móviles desde que vivo sola! ¡Esto no tiene fondo! ¿Cómo es posible acumular tanto papel? ¿Y por qué entre esta montaña de celulosa no hallo los de la puñetera lavadora?

¡Aquí! ¡Por fin!

Página de averías..., F... ¡F5! Obstrucción en 3M..., busquemos 3M. Página de componentes, 3... ¡3M! Tubo de evacuación. Volvamos a la página de las averías, F5..., cómo solucionar avería F5... Avise al servicio técnico.

¡Avise al servicio técnico!

¡Menos mal que lo recomienda el manual!

De nuevo en el lavadero, mascullo improperios de los más feos que conozco. Con el recogedor he llenado el cubo de fregar ¡cinco veces!, podría comprar pececitos de colores y dejarlos nadar por aquí, tendrían más espacio que en una pecera de esas del tamaño de una copa, lástima que en el agua haya jabón... ¡Jabón!

¡Caca de la *súpervaca*! ¡El Sergio Saúl! ¡Ya no llego!

Salgo corriendo como es costumbre descalza, resbalo y caigo de culo...

—¡Eh, Santo de las lavanderas! ¿te debo algo? ¿no era suficiente con fastidiarme la lavadora?

Exclamo al cielo por si está vigilando riéndose de mí a mandíbula batiente. ¡Valiente asco de divinidad!

Empapada, enfadada, ¡harta de mi vida!, regreso al salón, frotándome el coxis intentando aligerar el dolor, con las lágrimas hacia adentro, sopesando la idea de ponerme una pinza en el párpado, por intercambiar las áreas de tortura.

Marco casi a puñetazos el número de mi «no cita», y espero impaciente a que dé señal la línea.

Primer tono... Segundo tono...

¡Ains, Sergio Saúl! ¡¿Quieres coger el teléfono?!

Tercer tono... Cuarto tono...

—¿Sí?

—¡Jo, hijo! ¡Lo que te cuesta contestar! ¡Ni que una tuviera todo el día!

—Creo que se equivoca —Compruebo la pantalla del móvil, contrasto el número con la tarjeta. Es el mismo, no me equivoco—. ¿Disculpe?

—¿Eres Saúl?

—¿Olympia?

—Hola. —Estalla a carcajadas.

—Tenía el presentimiento de que me llamarías.

—Pues no tenía la menor intención de darte el gusto, de hecho, me apetecía verte —se calla, creo que no miento, sin embargo, no estoy por la labor de que se imagine supuestos improbables—..., para empujarte a la fuente mágica. Lamentablemente, me ha surgido un imprevisto.

—Ya..., la agenda.

—No, listo..., la lavadora.

—¿La lavadora?

—Sí, ese electrodoméstico en donde introduces la ropa sucia y la devuelve limpia a fuerza de girar en una mezcla de agua y detergente.

—Sé lo que es una lavadora, Olympia. —El tono es entre simpático y exasperado.

—Te felicito. —Vuelve a partirse la caja a mi oído, yo creo que al punto de la lágrima.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito a un técnico..., ¿conoces a uno que trabaje un domingo?

—Sí, yo.

—¿Tú sabes arreglar lavadoras? —Inaudito.

—Sí. Dame tu dirección.

—¿Mi dirección?

—No, cielo, dime la de tu vecina, si te sientes así más cómoda. —¿Qué hago?, eso te pasa por chula, Olympia. ¡Me meto en unos lodazales!—. Nena, ¿respiras?

—Dr. Trueta, 1.

—Bonito barrio.

—Gracias.

—En unos 45 minutos estoy en tu casa.

—¿45 minutos?, ¿vienes andando?

—No, yo vivo a las afueras de Barcelona.

—¿Y cómo íbamos a quedar en un punto intermedio?

—Chica, cómo eres de dar tantas alternativas.

—Creo que te estás mal acostumbrando. —Ese airecillo chulesco es algo cargante.

—¿A qué?

—A ser el centro del universo y que el resto gire en tu órbita.

—Intento que así sea, ¿no es lo que haces tú?

—No, yo no necesito satélites para sentirme especial.

—Es evidente.

—¿El qué? —No quiero entender lo que estoy entendiendo.

—Olympia, nos vemos en 45 minutos. Ciao.

Cuelga.

Estoy en estado de shock. No tendría que acceder, porque a base de este cruce de ironías, mantiene la expectación, y replicando a sus impertinencias, consigue que yo hable demasiado, más de lo imprescindible.

Volvamos al lavadero, a ver si soy capaz de abrir ese aparato infernal antes de que llegue. No me gustaría darle motivos para pensar que soy la típica lerda —que lo soy—, incapaz de abrir una puerta hermética.

Lo he intentado todo..., la he encendido, la he apagado, he forzado la puerta, la he insultado, le he suplicado, la he golpeado, me falta llorar y escupirle, y, aunque dudo que ninguna de estas dos acciones termine por abrirla, me lo estoy planteando básicamente por cerrar el círculo de pataleo y que no se diga que no lo he probado todo.

Suena el timbre del interfono y caigo entonces que, obstinada en la lucha «humano versus máquina», ni me he peinado, ni aseado, ni vestido..., traduciendo, recibiré al Sergio Saúl en pijama de felpa, de esos que son suaves, calentitos y esponjosos, con un osito amoroso en toda la pechera. Igualito, igualito a los conjuntos que exhiben las mariposas de *Victoria's Secret*. Porque son mariposas, ¿no?, ¿o pajarillos? ¡Ay, yo qué sé!

—¿Sí?

—Sergio. —Hoy se ha despertado con chispa.

—Sube.

Ahora que me fijo en el suelo del recibidor, ¡está lleno de los papeles del «cajón-archivo»! ¡Chico desastre he organizado esta santa mañana! Podrían rodar un episodio de los *Fraggle Rock* en donde interviniera la *Montaña de Basura*. En este instante, a este mogollón de papel solo le falta hablar, y no lo

descarto.

Repiquetean las campanillas de la puerta. Cierro los ojos, tomo aire por la nariz, lo expulso lentamente por la boca, suspiro y finalmente, abro.

—Buenos días, Sergio. —Evalúa mi indumentaria, ¿sorprendido? *Noi*^[7], es lo que hay, me he despistado—. Siento no recibarte con el traje de los domingos.

—No importa —sonríe, contrariado. Lo he asustado, lo sé.

—Pasa, disculpa el desorden, no encontraba la garantía y...

—Te has peleado con todos los documentos que tenías guardados.

—Sí, no voy a engañarte.

Cierro la puerta, y no sé aún porqué, me pongo de puntillas sujetándome a su cintura y le planto un beso en cada mejilla, y él me los devuelve, y no son esos besos rápidos de hola o adiós, ni muchísimo menos, ha sido un beso de «sé hacerlo mejor». ¡*Uff!* mi propio desvarío me acalora.

—Esto..., he..., he intentado sacar el agua, pero la puerta está bloqueada...

—No te preocupes, nada precedido por un artículo femenino se me resiste. —Debe de sentirse el rey del mundo, le ha faltado golpear el pecho con los puños.

—Anda, «Señor de los Artículos», sígueme.

—¿Vas descalza?

—No, son zapatillas invisibles último modelo.

—Pues son más prácticas las de la temporada pasada con suela de goma, sobre todo, cuando estás trasteando con un electrodoméstico averiado y el suelo está mojado...

—Capto.

—¿A dónde vas?

—¿Al lavadero?

—¿Sin zapatillas? No.

—¡*Ains!* Espera, ahora vuelvo.

—No tengo la menor intención de marcharme, sin hacer lo que he venido a hacer.

Yo me desespero y él se ríe.

¡Estoy en mi casa! ¡Como si quiero meter los dedos en el enchufe! ¡O conectar positivo con negativo! ¡O chupar una pila de petaca!

Sí, sí, Olympia, mucho inconformismo interno, mucha indignación entre exclamaciones mudas que nadie atiende, pero tú te estas poniendo tus preciosas zapatillas de andar por casa con la cara de Elmo.

Ha encontrado él solito el cuarto de la colada. Ha sacado una tapita del inferior de la máquina y extrae una manguera muy fina. Coge un barreño, quita un diminuto tapón y comienza a vaciar toda el agua del bombo.

Realmente está muy bueno, lleva unos *Levi's* desgastados, que le marcan todo el trasero, y me tiene aquí con la cabeza inclinada, contemplando milimétricamente cada movimiento. No estoy con las babas goteando, porque ni he desayunado ni bebido un vaso de agua.

—¿Olympia? —Menuda pillada de marrón..., enderezo la cabeza, mal disimulando estar concentrada en otra cosa, retirándome el flequillo de la cara.

—¡Dime! —Demasiada efusividad he mostrado. Con lo bien que se me dan las mentiras y las justificaciones banales, hoy ando con la perspicacia bajo mínimos, he de comer algo, tengo carencia de glucosa en el cerebro.

—¿En qué piensas tan abstraída? —Si ya lo sabes, nene.

—En..., cu..., cuadros, pensaba en cuadros —Levanta una ceja —. ¿Qué pasa?, cada uno piensa en lo que quiere.

—¿Y en qué cuadro en concreto? —Coloca el tapón en la manguera y vacía el cubo en la pica de lavar, dándome la espalda— ¿Monet, Rembrandt, Caravaggio?

—Botero.

—Te gustan las formas redondeadas..., a mí también —se gira, frunce el ceño y arranca a reír a carcajadas. ¡Ha pillado por dónde iba!

—¿Quieres una cerveza o un refresco? —Intentaré cambiar de tercio.

—Mejor una Coca-Cola, prefiero beber comiendo.

Lo dejo allí, desmontando la consola digital de la lavadora, mientras yo despejo mi mente de camino a la cocina.

Prepararé un tentempié, cortando unas rodajas de longaniza de *pagès*^[8], unos tacos de queso curado, y el refresco en un vaso de tubo con hielo y limón. No me he entretenido demasiado, vuelvo con el aperitivo, apoyando la bandeja en un banco.

Me sonrío y niega.

—Solo es una muestra de cortesía.

—Se agradece, aunque no te libras de comer hoy conmigo.

—¡Menuda obsesión con la comida!

—No, justamente la comida no es lo que me obsesiona —responde concentrado en el módulo electrónico, comprobando el cableado.

—¿Qué es lo que le pasa? —finjo no enterarme de lo que ha querido decir, aunque sé, que él sabe, que yo sé, que lo sé. ¡Yo una obsesión, no había escuchado semejante sandez en toda mi vida!

—El ciclo de lavado y aclarado lo hace completo, el problema es en el centrifugado, se ha soltado una conexión y no recibe la señal, nada que no se pueda solucionar con algo de estaño y una soldadura.

—Oh... ¿Eso es un F5?

—¿F5?

—Es lo que decía en la pantalla —rompe de nuevo a reír ante mi ignorancia.

—Sí, supongo...

—¿Y por qué le ha sucedido?

—No la tienes bien asentada. Ahora la calzaré. No ha de volver a suceder, es una de las lavadoras más fiables del mercado.

—Yo la compré únicamente por su diseño. Compaginaba con el resto del mobiliario del lavadero.

—Tienes una lavadora, a la que solo le faltan ruedas y alas... ¿por pura estética?

—Y porque lava.

—Eres apasionante.

—Ya me dirás lo que te debo. —No sé de cuántas maneras seré capaz de darle la vuelta a sus insinuaciones, evitando replicar a sus desafíos.

—Una comida —sonríe con talante canalla, mirándome directamente a los ojos—, y no cuenta la de hoy, porque la de hoy, es por lo del jabón.

En este instante, creo que mi cara y mis zapatillas, tienen el mismo color. Puede incluso que el tono de mi rostro sea aún más brillante.

—Vale..., me hubiera salido más cara la reparación.

—Está en garantía..., te has ahorrado el tiempo.

—Aquí ya no soy de ayuda, voy a ponerme algo más... elegante para salir contigo a comer. El aseo lo encontrarás por dónde has venido a mano derecha, la primera puerta. Estás en tu casa.

Entro en el baño, hoy la ducha ha de ser con agüita fría. Tengo un mejunje

de enfados y hormonas alteradas, que tal como toque mi piel, van a transformar el líquido en vapor.

¡Qué hombre más intenso! ¡Y qué rico que está!

Cuando se lo cuente a las chicas mañana, no se lo van a creer.

Por lo general mi vida sentimental..., rectifico, mi vida en general, está falta de interés, es algo plana y monótona. Mezclarme con la gente en los lugares típicos atestados de humanidad, me incomoda. A Mateo, sin ir más lejos, lo conocí en la asociación de excursionistas a la que pertenezco. Empezó con el tonteo básico, parecía un tío interesante, hasta que dejó de serlo, lo confundí todo como ya es costumbre. No tengo nada malo a decir de él... Bueno sí, puedo escribir una saga, sin embargo, él de mí, también tendría miles de fundamentos para narrar otra.

Creo que, a Mateo, me acercó ese sentimiento tan péfido que es la soledad. Unimos dos soledades intentando encontrar compañía, y conseguimos duplicar la necesidad de estar solos. En cambio, este tío, me agita, y no me gusta, es lo más anti-Olympia que podía tirarme a la cara y a la vez, me atrae. Tiene algo, no sabría detallar el qué. Sí, no voy a engañarme, está *sabrosón...*, *sabrosón* y eso suma, no obstante, es esa sensación de saber demasiado de mí, mucho más de lo que muestro, incluso más de lo que yo misma sé, que me embauca.

He de mantener una distancia prudencial. Mis algoritmos vitales están dispuestos para caer en su embeleco y en cuatro meses encontrarme en la misma situación de siempre.

Salgo de la ducha, más fresquita de lo que entré, aunque con la misma empanada mental. Me embutiré en unos jeans nuevos bien justitos y rotos adrede —siguiendo la recomendación de los cánones estéticos de la moda actual—, un jersey de cuello desbocado con un hombro al descubierto y unos zapatos de tacón, elegantes, aunque discretos. ¡Estoy *pa'* comerme!, o para vomitarme según quien mire.

Lo encuentro en el salón, sentado en una silla de la mesa de centro, jugueteando con el teléfono, en definitiva, haciendo lo que todos hacemos cuando nos aburrimos.

—Estoy lista, cuando quieras nos marchamos —Alza la cabeza y junta el entrecejo. No era la mueca esperada y me veo obligada a repasarme a mí misma, por miedo a llevar la bragueta abierta o una teta fuera. Y no, todo está correctamente colocado y oculto—. Si tengo algún churrete de maquillaje,

dímelo, no te cortes.

—No hay en ti nada de más ni de menos. —¡Vaya memez!, soy deforme de horma, aunque sin exceso ni defecto en el número de piezas.

—¿Tienes hambre?

—Sí. —Me observa con abuso de firmeza y es abrumador.

—¿Nos vamos entonces?

—Sí, mejor.

—¿A dónde?

—¿A comer?

—Me refiero al lugar, tío lila.

—*Uhm...* ¿Elijo yo?

—¿Pagas tú?

—¿Tenías pensado pagar tú?

—En función del sitio. Aunque también podemos pagar a medias.

—Ni hablar, o pago yo o pagas tú.

—Pues pagas tú.

Recupera la risa contagiándome.

Salimos de casa. En un gesto no calculado —creo— posa su mano sobre el centro de mis lumbares y un escalofrío recorre mi espalda, erizándome el vello de la nuca. Estoy cruzando los dedos deseando que no lo haya percibido. Si piensa que con un roce tan tenue es capaz de provocar semejante reacción en mi organismo, su imaginación puede volar, y no estoy dispuesta a que sobrepase ciertas fronteras... Supongo.

—Para vivir en Barcelona capital, la zona es bastante tranquila.

—Está relativamente cerca de todo y lo suficientemente alejado para que el turismo ruidoso no lo encuentre atractivo.

—A mí la ciudad me desquicia. Viví mucho tiempo en la calle Gandesa, ¿sabes dónde está?

—Sí, cerca del *Pedralbes Center* —Es un niño bien—, ¿por qué te ríes ahora?

—¿Reconoces las calles por los centros comerciales?

—Consideré darte como referencia el Hospital de Barcelona, opté la frivolidad en pos de la aflicción.

—Es todo un ejercicio de agilidad mental mantener tu ritmo de elocuencia. —Pestañeo algo confusa. Para ser franca creía que era, al contrario. Tampoco voy a sacarlo de su error—. Mi coche está ahí.

—Vaya, «El Señor de los Artículos», es también «El Señor de los Anillos», ¡menudo coche!

—¿Te gusta?

—Tendría que estar ciega para no gustarme, y ni así. Los ciegos ven con las manos y esas líneas enamoran.

—¿Apasionada del motor?

—No entiendo ni pizca. Me atrae el diseño y los detalles, aunque asumo que todo irá en consonancia. ¿Puedo preguntarte algo?

—Prueba.

—¿Cómo un técnico en electrodomésticos puede permitirse un *R8 Coupé*?

—Con un *renting* muy caro —sonríe de lado, esas sonrisas que ocultan cosas.

—¿Solo reparando cachivaches? No te vas a quedar conmigo.

—Tú tampoco das el perfil para tener un piso en uno de los mejores distritos de *Barna*, con piscina comunitaria y jardinero.

—Mis padres murieron y con lo que heredé, me compré el apartamento.

—Se detiene en el semáforo, me mira compungido.

—Lo lamento, disculpa la ironía.

—¡Ah, ah! ¡Inocente! ¡Te lo has tragado!

—¿Será posible! —La expresión me confunde, ¿ofuscado?, ¿mosqueado?

—Opté en esta ocasión por la aflicción, para que compruebes si el regusto desagradable compensa.

Arranca, negando, aunque tuerce las comisuras en lo que podría ser una sonrisa.

Circulamos por el litoral y hoy la suerte acompaña. Es complicado no encontrar demasiado tráfico por el cinturón, siempre está atascado, da lo mismo el día o la hora. Conduce por la C32 tomando la salida de Gavà dirección a la playa. No estoy muy familiarizada con estos pueblos, crecí justo en la costa opuesta, he venido ocasionalmente para diseñar el interior de alguna vivienda, que son bastante exclusivas, pero no he llegado a pisar el paseo marítimo.

Callejamos hasta llegar a un restaurante con pinta de chalet rodeado de césped. Hay alguna palmera y setos bajos que no entorpece la visión, haciendo que el edificio de una planta acristalada en el centro del terreno, sea lo más llamativo del entorno. Carece de paredes, son ventanales que dan al jardín. Un

elegante cartel nos informa que accedemos a *El Torreón*.

Menos mal que fui rápida en decidir quién asumiría el coste de «la dolorosa», a mí estos dispendios imprevistos e innecesarios, me desestabilizan todo el mes.

Antes de permitir que pasemos al comedor, le consultan si tenemos reserva, y efectivamente, lo había previsto.

El jefe de sala, ahora sí, nos invita a pasar. Una vez más coloca su mano en la parte baja de mi espalda... ¡Y otra vez el repelús de gusto!

Ha cogido la carta muy rápido y sé cuál es el motivo: ocultar la sonrisa de satisfacción... ¡Lo ha notado y se regodea! ¡Pero qué feo!

—¿Habías estado antes?

—Visité a algunos clientes, aunque desconocía la existencia de este restaurante. ¿Tú eres de por aquí?

—Castelldefels, muy cerca de *Les Botigues*.

—Ah —ríe.

—No te suena.

—No, la verdad, conozco mejor el Maresme.

—¿Y si digo *Port Ginesta*?

—Sí, eso ya lo ubico..., tirando para el *Garraf*, ¿verdad?

—Ajá... ¿Siempre has vivido en Barcelona?

—No, qué va, antes de independizarme, vivía en *Sant Pol de Mar*... Va, te dejo que sueltes la gracia.

—¿Qué gracia?

—La de la hora.

—Pues no tengo la menor idea.

—Pues debes de ser el único.

—¿Serías tan amable de sacarme de mi ignorancia?

—En realidad es una tontería.

—No sería la primera que escucho.

—¿Insinúas que te aburro con necedades?

—Justo aburrirme, no... —Entrecierro los ojos y aprieto los labios. ¡Punto negativo!—. ¿Me lo vas a contar?

—Ahora me haces dudar. Mira, bien visto, si quieres saber de qué va, lo buscas en Google. —¿Es que todo se lo toma a cachondeo?!

—Pues nada, que sea internet quien abra mi mente.

A este paso te la abriré yo, pero de un martillazo. Y evitando cometer una

agresión, decido concentrarme en la carta, contemplando las fotografías de los platos por poner un punto y aparte con este duelo de sarcasmos, en dónde nos sentimos ambos tan cómodos.

Es todo altamente apetecible. Yo, que soy de comer más por los ojos que por la boca, me hallo indecisa. Pediría un poquito de todo, postres incluidos, y luego saldría a patinar tres horas, liberando así el cargo de conciencia femenino.

—¿Necesitas ayuda? —¿Perdona?

—No, sé leer y reconozco los ingredientes. —Por lo menos la gran mayoría.

—Te aconsejo *El Timbal de Ensalada de Aguacate con Gambas*. —¿Por qué me recomienda ensalada? Qué poca vista.

—Como entrante me apetece, *Lonchitas de Lomo de Salmón Marinado y Salsa de Eneldo*. —En realidad prefería la ensalada, pero... ¡quién se ha creído este para proponerme comer forraje!

—Como gustes —sonríe y niega—. ¿Te ofenderías si te sugiero el primero?

—Sugiere, sugiere...

—*Arroz a Banda con su Caldero de Pescado y Bogavante*.

—No me gusta el arroz.

—¿Qué? ¡A todo el mundo le gusta la paella!

—A todos menos a mí.

—Puede ser que no hayas comido nunca una buena paella.

—Puede ser que no me guste la paella.

—Me rindo... —Chico listo—. Entonces, ¿*Rossejat de Fideos con Langostinos y Pescado de Roca, Napado con All i Oli*?

—¿Todo tiene que llevar bichos? —A mí el marisco me impresiona poco.

—¿Tampoco te gusta la fideuà? —puestos a elegir, le dejaré marcarse el tanto imaginario.

—El plato que has escogido, ya me parece bien.

El camarero se acerca cuando cerramos la carta —estoy tentada a abrirla para cerciorarme si es algo mecánico, pero reprimo las ganas— y haciendo gala de una profesional corrección machista ancestral, se dirige a Saúl para que sea él quien le indique los platos escogidos.

—¿Saben los señores lo que desean tomar?

—Sí, serán dos entrantes de *Lonchitas de Lomo de Salmón Marinado y Salsa de Eneldo*, y el principal *Rossejat de Fideos con Langostinos y Pescado de Roca, Napado con All i Oli*.

—Todo un acierto —obviamente, no va a admitir que hemos escogido lo peor de la carta, si es que así fuera—. ¿Y para beber?

—Un Borgoña, *Antonin Rodet Chablis...*, la mejor añada, por favor.

—Por descontado, enseguida le servimos. Gracias.

Espero a que se marche el camarero para puntualizar..., no sería Olympia Fasol, si no lo hiciera.

—No has pedido agua.

—¿No has tenido suficiente agua por hoy?

—No la he bebido, llevaba jabón. —Imbécil.

—Pues verás como con ese vino, no echarás en falta el agua.

—Saúl, ¿por qué insistes en pensar por mí? Llevo haciéndolo solita desde... ¡Uff!, ¡ni se sabe!

—¿Habrías sabido escoger el vino adecuado?

—No, pero también habría pedido agua. —Frunce el ceño, coloca los codos en la mesa y se pinza el mentón. ¡Ves cómo es necesario tener agua en la mesa! Se me ha secado la boca repentinamente.

—Acostumbro a salir con mujeres menos exigentes.

—Mujeres... en plural.

—De una en una.

—Menudo caché.

—¿Tú no sales con hombres?

—¿De uno en uno? —ríe y me contagia. No es bueno que ría tanto en revulsivo a la risa de otro. Este otro en concreto, porque luego podría ser malo, muy malo para mí.

—No creo que existan demasiados tíos, que sean capaces de mantener el tipo a tu lado.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, me llevas la contraria por sistema.

—¿Lo dices por no querer comer paella? —vuelve a reír.

—No, mujer..., eres el inconformismo llevado a su máxima expresión, el espíritu de la contradicción; te posicionarías al lado de Satán solo por demostrar que hay más versiones —acaba de leerme el alma.

—El Lobo siempre será malo, si solo escuchamos a Caperucita...

—Caperucita era una víctima, el Lobo se comió a su abuela.

—¿Tú estuviste allí? —arranca a reír.

—La defensora de las causas imposibles —no es la primera vez que me catalogan así.

—Ni el tigre ataca por gusto, ni la gacela se pasa comiendo pasto todo el día.

—¿Y tú qué eres?

—Depende del tigre o la gacela que tenga delante.

—Buena respuesta —musita.

—Aunque hay algo de ti que me molesta. —Tuerce levemente la cabeza, confundido—. Por lo visto, yo soy transparente para ti..., sin embargo, tú eres completamente opaco.

Nos observamos, es complicado decir qué puede estar pensando en este instante. El reto de miradas lo ha roto el camarero con la comida. Sirve el vino en la copa de Saúl, este lo degusta, le da el visto bueno y se marcha.

—¿Qué quieres saber de mí? —El tono es serio, seductor, como todo en él, y me ha pillado con la guardia baja, porque realmente tampoco tengo especial interés en conocer nada en concreto.

—No se trata de que contestes a un cuestionario.

—Olympia, ¿qué quieres saber de mí? —Me acerco un poquito al centro de la mesa y bajo el tono.

—Te tiré un zapato a la cabeza, vacié tus productos de aseo por el sumidero, gestioné con poco tino una circunstancia insólita, no tuve el temple adecuado para manejar la situación, y tú en cambio, insistes en quedar conmigo... ¡Ostras!, ¡hasta me has arreglado la lavadora! —sonríe de medio lado.

—El Lobo se comió a Caperucita, porque se cruzó en su camino...

—Yo no soy Caperucita, no te confundas.

—No, imposible... Aunque a mí tampoco me apetece ser el Lobo cuando estoy a tu lado. —¡Jo, pues vaya, para uno que quiero que me coma! ¡Escúchate Olympia, pareces Caperucita en celo!

—Esto está realmente rico. —Técnica ochocientos cincuenta y dos de evasión marca Olympia.

—Sí, succulento.

No lo ha dicho mirando al plato, como sería lo propio, me observa a mí, se refiere a mí, está intentando llevarme al huerto, o al pajar, o a un hotel de

habitaciones por horas... ¡Uff, qué sofocón que tengo! No puedo dejarme arrastrar por su juego de seducción, me está avisando, se lo come todo, sin dejar ni una miguita en el plato.

¡Oh, Señor del Avituallamiento Carnal! ¿Por qué tendré una imaginación tan activa?

Con tal de evitar otro diálogo, repleto de dobles intenciones, o de una intención clara disfrazada de, ve tú a saber qué absurdo símil, he reconducido la conversación a temas menos escabrosos y más... fríos. Sin incluir la tan socorrida charla sobre el tiempo, hemos hablado de todo un poco, llegando así a los postres, un espectacular *Crumble de Manzana con Mascarpone a la Canela*, que estalla en mi paladar entre destellos de sabores exquisitos.

Me he despreocupado de la cuenta, el desconocimiento elimina cualquier sentimiento de atrición.

Es un domingo espléndido, ahora los días son más largos y aunque la incidencia de los rayos solares aún es lejana, apetece disfrutar de la luz.

—¿Tienes prisa?

—No, ¿por? —pregunta confundido.

—¿Te apetece caminar?

—Buena idea.

Dejamos su magnífico Audi aparcado al lado del restaurante. El paseo marítimo está a un par de calles; siguiendo la estela del resto de transeúntes, es imposible despistarse.

—Estas playas tienen mucha arena.

—Grano más grano menos a cualquier otra. —¡Vaya por Dios! ¿Ya se ha desinflado?

—¡Qué desapasionado!

—¿Desde cuándo trabajas para los Sureda? —¡Anda con lo que viene este ahora!

—Empecé como becaria, antes de acabar la carrera. ¿Los conoces?

—Tenemos clientes en común.

—¿Un técnico en electrodomésticos y una empresa de diseño de interiores? No encuentro la conexión. —Es que no existe, Sureda los compra al fabricante y los montadores de las cocinas los instalan. De no funcionar, se devuelven a la casa y lo cambian por otro nuevo. Creo que mi gesto desconfiado va a conseguir que se tronche de la risa.

—Eso es una afición, en realidad, mi socio y yo, disponemos de una

empresa encargada de la seguridad on line, instalamos alarmas, cámaras de seguridad y nos ocupamos de la prevención de incendios.

—¡Wow! ¿Y eso da para pagar la cuota mensual de tu coche y además vivir? —Cada vez me convenzo más de que equivoqué la profesión.

—Invierto en bolsa —responde a bocajarro. No le ha gustado la pregunta —. ¿Por qué diseño de interiores y no arquitectura?

—¿Por qué a unos le gusta más la carne y otros prefieren el pescado?

—Entiendo.

—¿Y tú?, ¿qué estudiaste?

—Acabé el bachillerato, enseguida empecé a trabajar y ganando dinero, ya no vi necesario dedicar tiempo en ir a clase, conseguir apuntes, sudar de nervios por los exámenes...

—Podrías intentarlo a través de la Universidad Abierta.

—No veo imprescindible tener un título universitario para demostrar que dispongo de cultura.

—La cultura se puede conseguir leyendo e informándose, pero formarse para ejercer una profesión en concreto, es más complicado.

—Tú tienes una carrera y yo un vehículo de doscientos mil euros.

—No pretendía ofenderte.

—Y no lo has hecho. —Sé que sí, pero no hurgaré con un palo para oír una confesión.

—Se está haciendo algo tarde, he de volver a casa.

—Vamos a buscar el coche, tenemos un trecho de vuelta —sonríe. Es un caramelito.

—Circular a esta hora por *Barna*, es un suicidio.

—¿Y cómo piensas regresar?, ¿volando? —¿insinúa que soy una bruja? De perder el empleo, lo contratarían en *El Club de la Comedia*.

—En tren.

—Te he traído yo, te devuelvo yo. —Me acabo de sentir un paquete con taras. No le haremos el feo.

—¿Si insistes?

—No he insistido.

—Lo ibas a hacer, así ahorro el gasto de energías intentando convencerte.

—Chica lista.

Estoy molida, cansada, exhausta, derrengada..., muerta. Tal como mi coxis dolorido toca el delicado asiento del exclusivo automóvil con el que me

ha vacilado, una pesadez en los párpados me impide mantener los ojos en posición *On*. Lo intento, juro haberme esforzado por no dormirme, sin embargo, entrando en la autopista me he abandonado al mundo onírico, reviviendo todo lo acontecido durante el día. De súbito, mi mente ha dejado de devolverme imágenes. Aprecio una caricia en mi mejilla que desciende por la parte derecha de mi cuello. Es muy agradable y sé que sonrío, aún dentro de la modorra de la siestecilla. Ahora algo suave repasa mis labios delicadamente, noto humedad en ellos..., ¿humedad? ¡Coño, me está besando!

Atino a abrir los ojos de par en par y, realmente ofendida le doy un empujón.

—¡Abusón! —rompe a reír a carcajadas. Estoy por soltarle tal sopapo que van a confundir su cara con una almendra garrapiñada.

—No he podido resistirme.

—¡No tiene gracia! ¡Podías haberme pedido permiso!

—No seas ridícula, estoy convencido de que te ha gustado. —Pues sí, ¿y qué?

—Esa no es la cuestión, te has aprovechado de mi debilidad.

—Olympia..., de todos los adjetivos que pueden describirte, ese no te simboliza.

—¡La próxima vez que quieras un beso me lo pides! —¿Puedo ser más absurda? Sí, puedo, y es más, puedo demostrarlo de seguir hablando.

—Quiero un beso.

—¿Quieres un beso?

—Sí, quiero un beso.

Y al tener el interior en plena revolución producto del arranque de mala uva, lo acerco a mí por la pechera y le plantifico un beso de esos de arrebatarse alientos, de los de fin de siglo fin del mundo, con lengua e ímpetu, y lo dejo trastocado. Él ha intentado marcar otro ritmo, uno más sensual, pero ¡ni de coña!, a ver si va a creerse el único con derecho al abuso, ¡faltaría más!

—¡Joder! —farfulla cuando desengancho, no sin dificultad, mis manos de su camisa y mis labios de su boca.

—No, para joder, búscate a otra. —Abro la puerta del coche y salgo con chulería, mucha chulería... ¡Qué bien huele y qué bien sabe!

—Olympia, me debes una comida —grita desde el interior.

—Cuando sepa si funciona la lavadora.

Escucho sus carcajadas, mientras maniobra y se marcha. Niego y sonrío,

introduciendo la llave en el portal. ¡Pero qué bien me ha sentado el morreo! Podría haberme recreado un poquito más, tampoco me lo hubiera impedido. Le ha excitado, he apreciado como se aceleraban sus latidos.

¿Qué pasa conmigo? ¡Estás tarada Olympia! ¡El Sergio Saúl no es príncipe para ti!

Es lunes de bostezos, espero en la *meeting*^[9] que lleguen Thais y Leo. Ellas viajan juntas, residen en las afueras y cambian tiempo en carretera por calidad de vida. Conociéndolas, he de prepararme psicológicamente para el tercer grado al que van a someterme. Es el canon arancelario sujeto a la amistad.

Escucho de lejos a Thais hablar algo molesta con Leo. Estas dos siempre están igual; a una, que le encanta dar consejos —más próximos a una orden por el tono y la forma—, y la otra, que es un espíritu libre, utiliza los consejos y las órdenes para hacerse lavados de oídos.

—Buenos días, guapa —saluda Leo, entornando las pupilas en señal de: «*la chapa que me está dando de buena mañana*».

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, Pimpi... Indignada, estoy ¡I N D I G N A D A! —¡Pues vaya novedad! Si es su palabra comodín. Se pasa indignada la mayor parte del tiempo, hasta me atrevo a decir que la parieron indignada.

—¿Te «*desindignas*» con un café? —Introduzco una de las cápsulas en la cafetera.

—¡Cuéntale...! ¡Lo va a flipar! —Observo a Leo con la ceja enarcada, empiezo a sentir curiosidad.

—Nada del otro jueves... —Esto promete. Si resta hierro al asunto es indicativo de suco.

—Del jueves no le expliques nada, detállale el viernes, bonita. —*Uhhmm...*, cuánta mordacidad.

—Salí de copas... —bufa cansada, eso aún hace más interesante la trama.

—¿Y estás mosqueada porque la muchacha se fue de marcha? —Ayudemos a las causas perdidas, apoyemos su integración compartiendo sus devaneos.

—No seas absurda, Pimpi. —No perderá la manía de llamarme Pimpi,

no..., ni sufrirá un esguince de lengua pronunciándolo.

—¿Entonces? —Me impacientan los misterios.

—Que te lo cuente ella.

—¡Qué me lo cuente alguien! ¡De verdad! ¡Qué angustia con vosotras!
¡Parecéis madre e hija!

—Me encontré a Pablo en el local.

—¿Mármol?

—Sí, el mismo.

—Se lo ha tirado —Thais acompaña el reproche con un mohín de asco
—, y en el reservado... ¡Qué inconsciente!

—Polvo morboso total..., *pillina*. —Codeo cómplice a Leo, no porque a mí se me haya presentado la ocasión, que no, si no porque me parece divino.

—Sois tal para cual. —No sé si molesta más su ademán de vieja amargada o el deje indulgente.

—Pero ¿qué hay de malo? Son los dos adultos.

—Pablito tiene novia. —Eso no lo sabía yo, ¿y cómo lo sabe Thais?

—¿Y qué? —Leo se defiende—, yo no traiciono a nadie.

—¿Tú también lo sabías? —¿Y por qué yo no?

—Sí, y seguramente se casarán. —*Uhm...*, ¿eh?

—Leo..., me acabas de dejar muerta.

—¡Va, Pimpi! ¿También vas a ponerte moralista?

—¿Yo? —No es que me parezca bien, pero ¿quién soy yo para juzgar conductas ajenas?

—Que no lo digas, no significa que no lo pienses.

—Leo, cielo..., ¿qué importa lo que esta o yo pensemos?

—No sé, me hacéis dudar. —¿Ahora dudas? ¡*Ainss!* Las conciencias nos delatan, monina

—A ver, desgrana, ¿cómo fue?

—Pues nada espectacular..., un mete y saca rapidito, para que no nos pescaran. —Pestañeo perpleja, Thais se ha atragantado y le chorrea el café por las fosas nasales.

—Mujer, no me refería a «eso...» me intrigaba el «antes de».

—¡Ah, bueno! A ver, estaba allí con mi amiga Magda, él apareció con otros amigos, el camarero nos trajo un cóctel y a mí, además, una tarjeta invitándome a compartir reservado.

—Encima de él —apostilla Thais a media voz.

—Vaya, es el prototipo del romanticismo moderno el tío.

—Os podéis hacer una idea del resto. —No, mejor no.

—¿Y ahora qué? —Sé que la pregunta es inocente, pero... ¿qué se comenta en estos casos?

—Le exigiré un compromiso formal por mancillar mi honor... ¡Hay qué fastidiarse!

—No te imagino hostigándole, la verdad.

—Me ha decepcionado bastante.

—Nena, el sitio no era el más adecuado para un cortejo con preliminares. —¡Tía, en un reservado de un local! Sin más elementos que un sofá circular en penumbra y una mesa auxiliar en el centro para la bebida. ¡Ostras, Leo! Has presupuestado un centenar de sitios similares, ¿qué esperabas?

—Fue como tirarme un pepinillo. —Ahora es mi turno para añusgarme con el café. Thais, amablemente, golpea el centro de mi espalda con la idea de que expulse el líquido de la tráquea conjuntamente con mis pulmones. ¡Qué baturra es!

—Para, para..., por favor. A ver, Leo, ¿has dicho «Illo»? —pregunto tosiendo, apoyando mi curiosidad con el típico gesto que describe algo pequeño expresado con los dedos.

—¿Ni pepino? —Thais, parpadea incrédula. Viendo el porte de Pablito, nadie lo diría.

—¿Pepino? ¡Ja! Demasiada manzana para tan poco gusano. —Thais y yo nos miramos. Estallamos en risas.

—¿Cómo voy a mirarlo ahora sin que mi imaginación vuele?

—Lo importante no es la cantidad, es la calidad —justificación de «*topicazo*».

—No supera los mínimos exigidos, ni en cantidad ni en calidad, ni en aguante... —Se aproxima al centro de la mesa, Thais y yo la imitamos, es la posición número doce del manual de las confidencias femeninas—. Porque iba sin bragas, de lo contrario, ni hubiera llegado a metérmela.

—¿Y qué hacías tú sin bragas? ¿Llevas ahora? —No sé si me asombra más la pregunta de Thais o la acción de Leo.

—Llevaba tanguita de hilo dental, ya me entendéis..., se aparta un poquito y *arreglao*.

—Yo nunca me he puesto uno de esos. —Thais acaba de cortocircuitarse.

—Tendrías que probarlos, son muy cómodos y no se notan con la ropa ajustada. —Intento darle un giro más práctico a la situación. Sé que a Thais le incomoda tocar ciertos temas íntimos explícitamente.

—Mis braguitas son la mar de sexis, cómodas y con costuras invisibles.

—No se pueden conjugar en la misma frase, cómodas, sin costuras y sexis... Cielo, el adjetivo sexi, pierde ahí el significado.

—Aún más, si son del mercadillo, de las de a un euro.

—¡Perdonad por no ser un pendón desorejado como vosotras!

—Una lástima.

Thais no es una pazguata, entra al trapo cuando bromeamos basándonos en los tópicos masculinos, sin embargo, saliendo de las generalidades, es un tema que prefiere evitar. Lleva con su chico, prácticamente desde que le salió el vello púbico. Tiene la sexualidad mitificada, un acto casi sagrado en el que es imprescindible la presencia del amor. Si yo me rigiera por esa tendencia recatada, seguiría tan virgen como cuando nací. Aunque debe de ser maravilloso la coexistencia del binomio amor-sexo, supongo que la complicidad es un plus de esmero..., o eso me imagino.

La mañana es, la típica mañana de lunes. Llegas a las nueve, te sientas con la mente despejada, animada, organizada para la fluidez sin colapsos y, a las diez y media, el caos se apodera de mi mesa. Odio los emergentes que aparecen en mi pantalla, cada vez que Thais o Leo, avisan de una urgencia, una incidencia, una llamada o un cambio en la agenda. La campanita del aviso es irritante hasta el infinito. Reconozco que eran mucho peor los malditos *Post-it*, inundando de amarillo el despacho, apareciendo en los lugares más insospechados. En definitiva, en este instante, el trío resplandor, estamos saturadas hasta los topes.

Por suerte los lunes, los Sureda, no acostumbran a venir al despacho. Cualquiera levanta la cabeza y contesta a los requerimientos profesionales de Pablito, sin muecas para evitar la risa. Sé que es infantil e inmaduro, pero, quién esté libre de pecado que tire la primera piedra y le dé en esa enorme cabeza, que podría sujetar tres cuerpos y que, según Leo, es lo único que tiene grande.

—Pimpi, ¿has acabado? Tengo más hambre que el que descubrió que las acelgas se comían.

—Sí, cojo el bolso y salgo.

Por lo visto, la cocina de intuición de Estefanía, está causando furor y aguanta como una leona entre los fogones. Me alegro por ella y por nosotras, la nueva cocinera les da un toque a sus platos, a lo abuela de toda la vida, que los limpiarías a lambidas.

Inesperadamente suena una campanita, el aviso cansino de los móviles cuando reciben un mensaje y que tanta gracia hacía al principio. Thais y Leo, se apresuran a comprobar sus respectivos teléfonos. Ellas disponen de vida social, yo ni me molesto. Mis padres nunca enviarían un *WhatsApp*, y mi hermana mucho menos, dejé de preocuparle..., ni sé. Eso suponiendo que alguna vez lo haya hecho. No puedo recriminar su escaso afecto hacia mí, nos soportamos por imposición, no por cariño. Ahora es feliz en Londres, con su riquísimo y apuestísimo marido, en su magnífica casa aislada, tomando el té de las cinco a las cinco en punto, en una taza de porcelana con el meñique levantado. Y al ser emocionalmente inestable, mis padres pasan más tiempo allí que en Sant Pol.

—Pimpi..., por extraño que parezca, el mensaje no es para nosotras.

—Qué raro. —Tengo a las dos observándome inquisitivamente. Desbloqueo el teléfono, abro la aplicación y... ¡venga ya!

—¿Quién es?

—El banco, me han concedido un préstamo personal de quince mil euros sin interés.

—Sí, claro..., y, déjame adivinar, ¿no será el director del banco el Sergio Saúl?

—Sois unas alcahuetas.

—¿Qué te dice? —¡Cotillas!

—Hasta donde yo sé, el correo, ya sea postal o virtual, es privado.

—Va comparte..., no podrá ser peor que lo de Leo, tus tangas no son tan escuetos. —¡Qué tía!

—Está preocupado por mi lavadora. —Fruncen ambas el ceño.

—Hablas en sentido figurado, ¿verdad? —Ahora la que junta las cejas soy yo.

—No, el domingo se me estropeó.

—¡Venga ya! ¡Qué avería más oportuna! —alzan los brazos, descontentas con la respuesta.

—Thais, has perdido todos los cafés de la semana. —¿A qué mueve Leo las manos emulando el baile de la victoria?

—¿Habéis apostado que se rompería mi lavandera?

—No, pavona, Leo dijo que te inventarías algo para no quedar y yo, que aún creo en las hadas y los unicornios, me aposté los cafés de toda la semana, confiada de que eras una tía madura.

—¿Y se lo tragó? —Leo sonrío enseñando su perfecta sonrisa de ortodancia.

—Vino a casa a repararla.

—Hablas en sentido figurado, ¿verdad? —Thais es estresante.

—¡Tía! ¡Qué pesada con los figurativos!

—¿El Sergio Saúl es técnico de lavadoras?

—No, pero sabe de electrodomésticos.

—Jo, ¡qué apañado el chaval!

—¿Y lo hizo bien? —¡Señor, concédeme paciencia! Fuerza también, y mucha, para mandarla al OPTOS^[10] y que se quede por allí orbitando.

—Lo hizo fantásticamente bien... Thais, en el sentido literal de la

palabra.

—Entonces, te arregló la lavadora.

—Sí, la dejó a punto.

—¿Y qué le pasaba? —pregunta cándidamente Leo. Ella seguro que no está buscándole las tornas a mis palabras.

—Que no centrifugaba.

—¿A quién le importa la lavadora?! —Thais pierde los papeles. Necesita sexo, incluso más que yo, que, si no lo tengo me apaño sola—. ¿Qué te hizo el Sergio Saúl?

—Me arregló la lavadora y me invitó a comer cerca de la playa.

—¡Oh! ¡Qué mono! —Sí, Leo, monísimo, no he dejado de pensar en él durante toda la noche, de múltiples maneras y en múltiples supuestos—. ¿Y ya?

—Mi tanga no era de hilo dental.

—Pues vaya tío más paradito.

—O tu Pablito *Mediatita*^[11] es demasiado rápido. —Thais, aplaudiendo los ritos tradicionales. Esta niña es más antigua que un helecho.

—No me ofendes. Pablito, tiene menos futuro conmigo que el pretérito perfecto simple. —Me meo.

—Entonces..., ¿nada de nada? —Thais insiste en el interrogatorio.

—Cuando me traje de vuelta, el muy pervertido, me besó... ¡Así, a la brava!

—¡Hija, cualquiera diría que te tocó una teta!

—Es una trasgresión de confianza.

—¿Y le abriste la otra ceja?

—No, lista, no...

—Te largaste. Como si lo viera —afirma Leo.

—No... —Las tengo a ambas absortas—. Le di un morreo, que casi lo dejo seco.

—¿¡Eh?! —Mira a dúo, qué logrado.

—Sí, me enfadé, me pidió que le besara y lo besé, pero con ganas y con lengua.

—Lo pusiste a tono y lo dejaste con la tienda de campaña bien montadita.

—Exacto.

—¿Y hoy te pregunta por la lavadora? —Pobre Thais, la estamos

trastornando.

—Le dije que volveríamos a quedar, si funcionaba.

—¿Y?

—Sabe que funciona, no le puedo mentir.

Me gusta correr bajo la lluvia, de hecho, solo salgo a correr si llueve. Los escasos transeúntes con los que me cruzo, deben de pensar que soy un ser desprovisto de sentido común, o con una obsesión insana por el deporte y, analizándolo bajo el manto de agua que me empapa, reconozco que es mucho de lo primero y nada de lo segundo.

Estoy en contra de cualquier castigo físico, más si cabe del auto infringido. Eso de sacar horas matinales o vespertinas, para machacarse en el gimnasio, es la manera de perder salud con la excusa universal de que el ejercicio es... saludable. Considero paradójico que las endorfinas se «coloquen» mientras el individuo suda sangre o arrastra la lengua con tal de acabar la tabla de entrenamientos recomendada. Sin embargo, aun ponderándolo así..., yo, salgo a correr. Asumo esas incoherencias como parte de mi ser; sabiéndome el espíritu de la contradicción, la esencia de la extravagancia, la discrepancia, la sinrazón..., la ridiculez, a fin de cuentas.

El agua del pelo me gotea por la espalda. Hoy no debería haberme aventurado a salir, aunque aplicando la lógica, lleva lloviznando toda la semana. Si evalúo la situación, no hay nada original en mi determinación; hasta podría ser que lo haga por el gusto de salir a correr.

Freno en seco llevándome las manos a las caderas. Con tal de recuperar el aliento que he perdido me inclino, girando en mi cerebro toda esa amalgama de pensamientos desvariados, similares a las imágenes poligonales y de colores flúor de un caleidoscopio.

Tras recuperar el resuello alzo la cara hacia el cielo para que el líquido elemento refresque mi cara. ¡Vaya! Acabo de recordar por qué corro cuando llueve, sencillamente, así el sudor no se siente ni se percibe. Sin embargo, durante esos instantes de abstracción, me percaté de un lamentable contratiempo, he de volver a casa, o bien corriendo, o bien andando. Estoy convencida de que ningún taxi se detendrá para recogerme y les disculpo, yo en su lugar tampoco me recogería.

¡Caca para mí!, no queda otra que relajar los hombros y agachar la cabeza, ¡qué decepcionante soy!

¿Yo genuina?, lo que soy es tonta, pero tonta en su expresión más absoluta, la tonta que amplifica la palabra, la que define el ejemplo, la que hace al prójimo listo. En fin, volveré corriendo, no hay otra opción ni remedio, como mínimo habrá quien opine en positivo sobre mi férrea voluntad de ejercitar mi cuerpo cada día, aunque si yo me viera corriendo bajo la tunda de agua que está cayendo, ratificaría que soy imbécil.

Inesperadamente dejo de sentir el repicoteo del chaparrón, me giro de inmediato, igual que si estuviera montada en un resorte y un enorme paraguas tipo sombrilla de color negro, me ampara del aguacero; lo sujeta el Sergio Saúl, ataviado con un traje gris que le sienta francamente bien, observándome con talante serio.

—Hola, ¿qué sorpresa? —y lo digo realmente sorprendida.

—¿No llueve en todo el año y sales a correr el único día que diluvia?

—Se corre más fresquito.

—El dicho es, nadar y lavar la ropa, ¿no me aseguraste que la lavadora ya funcionaba? —Me conduce con la mano en el centro de la espalda hacia la entrada del hotel *Arts*. Ese gesto elegante me gusta tanto como su tacto.

—Te has levantado con chispa —arranca a reír—. ¿Qué haces por aquí?

—He quedado para comer con unos amigos.

—¿Aquí?

—No, en un chiringuito de la playa. ¿Tú qué crees?

—Con lo poco que llueve en Barna durante el año, ¿eliges el único que diluvia para comer en un chiringuito playero? —El sarcasmo sabemos utilizarlo todos. Entrecierra los ojos y sonrío de medio lado. Cada vez lo encuentro más atractivo.

—Me hechizas. —¡Venga ya! ¿Me hechizas...? ¿Así se liga ahora?

—En tal caso, no te entretengo más.

—¿Piensas volver corriendo?

—No, ahora saco la escoba. Iba a hacerlo volando. —Entorna los ojos.

—Te pido un taxi, entra conmigo.

—¿Tú qué droga tomas?

—Tía, ¡qué difícil eres! —¡Y tú qué tonto!

—Pero ¿cómo pretendes que pase con esta pinta?, además, es más peligroso estar mojada y parada, que seguir corriendo bajo la lluvia.

—La conciencia no me va a dejar dormir.

—Te tomas una *Dormidina*^[12] y listos, mañana ni te acordarás de la conciencia.

—Tienes contestación para todo.

Frunce el ceño.

Frunzo el ceño.

Pestañea.

Pestañeo.

Y de continuar en esta batalla de muecas absurdas, se me secará la ropa.

—¡Hola socio! ¿Qué haces aquí afuera con la que está cayendo?

Me giro por alusión indirecta y experimento un brusco frenazo del pulso.

¡Menudo tío! Pero de esos de: ¡*Joer*, qué tío!

Deben de haber convocado a todos los dioses escapados del Olimpo a una recepción en el hotel. Yo, para nada acostumbrada a tanta perfección reunida, me encuentro confusa, fascinada y fea, tremendamente fea al lado de la muchacha que le acompaña, tan perfecta como él.

El Creador me otorgó el don de la oportunidad, y aquí estoy, sin maquillar, con la ropa pegada al cuerpo, el cabello recogido en una cola mal hecha chorreando, con mechones pegados a mi cara de póker y deseando escapar de entre tanta hermosura, para no ser el elemento fachoso que les aporta más esplendor por contraste.

Y el caso es, que su cara me es familiar. Ha de anunciar colonia, o ropa, o condones, ¡qué más da! En el metro no nos hemos cruzado, ni me ha cedido el asiento en el autobús, lo recordaría, hubiera sido capaz de sentarme encima.

—¡Hey, chaval! ¿Qué tal? —Yo sobro, si me voy de *extranjis* entre los saludos, ni se darán cuenta... ¡*Ufff!* ¡Maldito Pepito Grillo! No puedo esfumarme sin despedirme del Sergio Saúl.

—Esto... Saúl, nos vemos —musito estirándole de la manga igual que una mocosa de seis añitos.

—Espera un momento, por favor... —¿Para qué?, pienso volver corriendo, con la que cae, la escoba no despega.

—Tengo algo de prisa. —Y me estoy acartonando con la humedad y el frío.

—Os presento. —¿Eh? *Uhm...* ¿Eh? —Alatz Gorraiz y su esposa Miranda Stuart.

—Olympia Fasol, encantada. —¿Alatz? ¿Cuántos Alatz puede haber en el mundo? No..., imposible, este está más bueno, más definido, es más hombre que mi *desflorador*.

—Tienes un nombre muy bonito —la mujer sonríe afable, mostrando su magnífica caja de dientes, blancos luminosos. Yo achino los ojos y estiro la boca, es lo máximo que da de sí mis conductas sociales empáticas—. Gracias.

—¿Comes con nosotros? —¡Claro, monino! Ahora estiro de las mallas y la camiseta a lo stripper, saltan los corchetes y aparece el traje *Armani* de los imprevistos.

—No, en otra ocasión tal vez —respondo sin ironías a ese dechado de virtudes físicas, pero con menos vista que *Andrea Bocelli*.

—¿Te acompaño a casa y te cambias? —¿Qué parte de: «en otra ocasión», no ha entendido el Sergio Saúl?

—Saúl, agradezco la invitación, hoy tengo planes, mejor otro día.

—Espera, que te pido un taxi.

Tiene pensado salirse con la suya, y si yo digo que no, es que no.

La pareja perfecta me acompaña atentamente. Una amabilidad incómoda, ya que, el tío «*buenorro* que te deshaces», me observa intentando descubrir, no sé, alguna verruga o una mancha de nacimiento, que las tengo, aunque ocultas...

—Disculpa, Miranda —vuelve a sonreír. Deslumbra—. ¿Podrías hacerme el enorme favor, de comentarle a Saúl, que vuelvo corriendo?

—¿Pero está lloviendo? —Sí, ya lo sé guapo, no creo que encoja por mucha agua que me caiga encima.

—Oh, O.K., no *problem...* Vamos, Alatz, ellos se entienden —entre mujeres, no son necesarias tantas justificaciones.

—Un placer, Olympia, espero que coincidamos otro día con más tiempo.

—Seguro. —Seguro, que no.

Se acerca ella primero y nos damos un par de besos, su cutis es suave y aterciopelado. El marido, perdón, corrijo, el pedazo de marido, se aproxima, me sujeta por los hombros e imita el gesto, y...

Oh, *my goodness*^[13]!

Me separo bruscamente, reconozco que muy apresurada, no digo ni: «*adiós muy buenas*» y huyo a galope tendido.

¿Quién no reconoce aromas como el del café recién hecho, o el de una

tortilla calentita?

Hay fragancias que nos pueden transportar de vuelta a la infancia: un pastel en el horno, los pinos navideños, la cola blanca escolar, el olor de la calle después de la lluvia o el del mar. Los aromas se impregnan en nuestra memoria y, al percibirlos de nuevo, el tiempo nos devuelve las imágenes o las sensaciones de una época anterior. Y justo eso es lo que acaba de sucederme. Se ha activado mi memoria olfativa. He atesorado ese dato tan particular sin pretenderlo, y ha irrumpido igual a un corcho sumergido y sujeto a una losa en el fondo del mar, tras romperse la cuerda que lo mantenía hundido.

Es él, lo sé.

Es mucho más guapo de lo que recordaba.

Está casado.

Ella es preciosa.

Y simpática.

Él no debe de acordarse de mí. En mi defensa añadiré que, además mejoré físicamente, aunque sin alcanzar su grado de excelencia. El día que se repartió la belleza, ellos debieron madrugar y hacer cola, y yo estaba de las del medio.

El universo se ha confabulado contra mí, o me pone a prueba. Hace que me enfrente a situaciones de lo más incoherentes, sin sentido, sin necesidad y, sobre todo, sin una finalidad concreta.

Mejor voy a darme una ducha para entrar en calor, presiento que esta semana me tocará ir a trabajar con fiebre. Ya atisbo el movimiento de las bacterias por mi organismo... Otro virus es imposible.

Otro domingo lluvioso.

Sentada en uno de los taburetes de la cocina, contemplo mi *mug*^[14] XL rebosante de *Cola Cao*, que no me gusta, pero que prefiero al café de máquina o al de sobre, o al té, al que siempre he considerado agua sucia con sabor ambiguo y aroma a: «presunto melocotón» o «imagínate los frutos del bosque» o, aún peor, la temida esencia a: «éxodo a Ceilán». Por eso, y siguiendo la línea de mi manifiesto carácter inconformista ante lo usual, tomo cacao en polvo disuelto en leche entera de vaca —sí, de vaca, proteína animal con todas sus grasas, uperizada en origen— sin añadir azúcar..., mientras suspiro.

El estar sola no responde a una necesidad o a una decisión personal. Me considero un individuo de sociabilidad limitada. Expongo: soy educada y miento con las típicas frases atentas que complacen a la gente. Cito ejemplos: «*Te sienta bien esa sombra de ojos...*», «*Hoy te has levantado con el guapo subido...*», o mostrando algo de interés fingido, «*¿Dónde te has comprado esos zapatos? ¡Son magníficos!*». Adulaciones huecas para elevar los egos banales de ciertas personas con carencias de autoestima que precisan de ese refuerzo. Tampoco cuesta tanto obsequiar gentilezas, y si son felices así, ¿no estaré favoreciendo a corregir su frágil bienestar mental? He de reconocer que, en ese sentido, soy muy similar al resto, simulo interés por formar parte del conjunto. Para mí las modas son decepcionantes, sin embargo, cohesionan más que hablar del clima, que también sigue siendo un recurso válido.

Soplo el contenido de la taza leyendo sin interés *La Vanguardia*, empezando desde las últimas páginas, una más de todas mis manías tontas. Empecé a practicarla en casa de mis padres, durante la infancia. La asistenta padecía una insana necesidad de sentirse informada sobre la vida y milagros de la gente famosa. No estaba mal del todo, distraía comprobar el nivel de bienestar del que se rodeaban, además del corte educado y amistoso de los contenidos. Admito que no era mi lectura preferida, pero tampoco le hacía ascos. Cuando súbitamente emergieron de entre despojos de mondas de patatas y cebollas, seres superfluos cuyo mayor logro en su trayectoria vital había sido una esporádica relación sexual, o un pacto para poder vender exclusivas sobre «el momento», descubrí que lo mejor de la revista estaba al final, en las páginas de relleno, con sus pasatiempos, con sus curiosidades históricas, con sus pinceladas científicas de actualidad poco precisas, con sus trucos de

belleza tales como: «*Si desea conseguir un cutis desprovisto de los antiestéticos puntos negros, pruebe a mezclar gelatina con leche desnatada y caliéntela no más de diez segundos en el microondas. Emulsione hasta que tome cuerpo y reparta el unguento sobre pómulos, frente, nariz y barbilla. Deje que fragüe y retire la mascarilla lentamente*». Sí, lo acepto, es desagradable contemplar la pasta surtida del contenido de los poros dilatados, no obstante, la recomendación es altamente efectiva.

Meditando en soledad, con el cacao *mareao* de tanto meneo con la cucharilla, que hallara mi vocación en el diseño de interiores, es gracias a un suplemento de aquellos magacines de verano en los que se aportaban ideas sobre cómo restaurar un palé de pino sin tratar lleno de astillas, hasta convertirlo en una mesa de centro, funcional y vanguardista.

Seré crítica con mi decisión, y en vistas de que hay más diseñadores, que guijarros en un río, el anexo podría haberse destinado a algo más lucrativo o menos popular, nada atrayente, por ejemplo, a la profesión opuesta: técnica en derribos o análogos. Aunque sé, sin género de dudas, que habría sido totalmente improbable ponderar ese oficio de forma vocacional.

Por otro lado, la oposición familiar sería tan implacable que, con tal de fastidiar, habría estudiado minería o ingeniería de subsuelo, si es que eso existe.

Y suspiro por enésima vez, sujetando la cabeza con la mano libre, la que no aburre a la taza de *Cola Cao* con tantas vueltas, sopeso mis cavilaciones. Definitivamente soy menos original que un CD del top manta, me he colgado la acreditación de refractaria, cuando ese comportamiento no deja de ser la manera adolescente de llamar la atención de terceros..., ¿será eso?

¡Pues me he cubierto de gloria! Estoy más sola que el naufrago sin *Wilson*^[15].

Sí, son reflexiones algo deprimentes, me ha afectado el reencuentro con mi primer polvo. Y no es que fuera una proeza legendaria, solo estuvo bien, teniendo en cuenta que podría haber sido peor.

Recuerdo lo mal que lo pasé después, pensando en lo inconsciente de mis actos, cosa de lo más absurda, no sucedió nada de lo que lamentarme. Bueno, eso no es cierto del todo, se despertó la necesidad de repetir, que, teniendo en cuenta mi facilidad para interactuar con terceros, la segunda vez que tuve sexo —un noviete de fin de semana con el que tonteeé, por tontear con algo— volvió

a desgarrarme el himen.

Pierdo el tiempo pensando en Alatz. Para él, no debo formar parte ni de un apunte lejano en la memoria. Olympia es igual a idiota.

¿A cuántas pavisosas como yo debió de tirarse solo durante el tiempo de la carrera? Necesitaría los dedos de una mano, más los de los pies, más las manos y pies de, ve tú a saber cuánta gente, para ponerle número. Contando que aprobara a la primera..., contando que existan tantas incautas.

Ya he dedicado un rato considerable a resumir inquietudes y desvaríos... a mí misma. Tiempo perdido manteniendo infinidad de parlamentos íntimos malgastado en estas majaderías.

Mejor leamos un rato, sustentemos al cerebro intelectualmente, equilibrando los ciclos desatinados con otros agudos.

Contemplo la estantería, en forma de «V» de visto, en donde coloco todos los libros pendientes de lectura. Repaso los títulos. Hoy no me apetece leer nada romántico... ¿Misterio? no es mala opción, y... ¿fantasía? No sé, me da un poco de pereza. *Uhm...* ¿Y este? ¿*La División de lo Flatulencial?*, escrito por Jonathan Alwars..., estoy convencida de que, ni lo he pedido, ni lo he encargado, ni me lo han dejado..., ha de ser de Mateo.

Por lo general y bajo mi humilde punto de vista, basado en mi escasa experiencia, el sentido del humor de los hombres se divide en dos vertientes: la escatológica, en donde todo lo relacionado con el mundo de la mierda les parece la monda; y la sexual, en donde el envío masivo de pornografía explícita entre colegas, es lo más. Y si consiguen aunar los dos eslóganes: «sexo con mierda», roza la excelencia, alcanza el súmmum... De ahí que Torrente se haya convertido en saga. He de indagar si sobre ese fenómeno, existe algún estudio filosófico serio... ¡Pasando!, prefiero seguir desaprovechando mi vida hablando sola.

Me ha picado la curiosidad, abrámoslo, deleitemos nuestros sentidos... «*Ein Volk, ein Reich, ein Schließmuskel*^[16]».

Empezamos bien, desechos y nazis, buena mezcla.

«[...]Primer principio de la Termoexpulsión: *El pedo ni se crea ni se destruye, tan solo se dispersa*».

Por ese fragmento ya es merecedor de una oportunidad. Leer sin demasiadas expectativas mejora las historias, no todas; esta en concreto, me ha atrapado enseguida al describir una época tan nefasta y vergonzosa para la

humanidad de una manera tan sardónica.

El teléfono canta. Miro el dial... Papá.

—¿Qué tal papá?

—Hola, *tesorete*.

—¿Cómo estáis todos?

—Bien, mamá algo mustia, tanta lluvia la tiene encogida.

—Me sorprende que a mamá la encoja algo.

—Te echamos de menos. —¡Bobadas!

—Y yo a vosotros. —A ratos.

—¿Qué haces?

—Estoy en casa. —En ese piso de alto *standing* «lava conciencias» que me regalasteis—, leía.

—Hija podrías salir, socializar... —Ni que fuera un *sentinel*^[17].

—Socializo cada día, papá... —No sabes lo bien que se me da disimular y aguantar las ganas de no enviar a más de uno y de doscientos al pedo. ¡Vaya!, esa expresión ha debido ser consecuencia directa de la lectura. ¡Cómo influye la cultura en mí! ¡Me ahogo en sabiduría!

—Me refiero afuera del trabajo, *tesorete*.

—Salgo, papá..., pero hoy llueve —papi suspira, estará enamorado.

—¿Has ido por Sant Pol últimamente? —¿Y a mí qué se me ha perdido en Sant Pol?

—No... ¿No os envía la Sra. Carme la correspondencia y le riega las flores del jardín a mamá?

—Bueno, nunca está demás que te pases por allí y le des una vuelta a la casa.

—Vale, pasaré la semana que viene.

—¿No preguntas por tu hermana? —¿ha preguntado ella por mí?

—¿Cómo está mi hermana? —La entonación no ha sido la más apropiada, lo reconozco.

—Con muchas ganas de verte. —No me contengo y arranco a reír—. De verdad, ¡cómo eres!

—Vale, vale..., dile que yo también —sigo riendo, algo más comedida.

—Vendrás en Semana Santa, ¿verdad?

—¿Mamá ya ha pintado los huevos de Pascua para unirnos a la sosa e infantil celebración del «*Easter Egg Roll*^[18]»?

—¿Por qué eres tan cruda?, ¿tanto te cuesta disfrutar de tu familia unos días? —¿Disfrutar y familia? Mala liga.

—Te confirmo la asistencia si encuentro billetes baratos. Saldré el miércoles y volveré el domingo. Me quedaré en vuestra casa de *Hempstead*.

—Tu hermana estaría encantada de que te alojaras en la suya.

—Sí, y por eso eres tú el emisario. Va, papá, que ya sabemos el número de zapato que gastamos cada uno.

—Y el tuyo es bien estrecho.

—De verdad, esa costumbre vuestra de querer representar unión en donde no existe, es enfermiza.

—Solo deseamos mantener los lazos, ¿tan detestable te parece?

—No, es quimérico. Entre Ethel y yo nunca se ha gestado el mínimo de afinidad para que fluya, no digo el cariño, si no, un grado de apego.

—Si pusieras algo de tu parte.

—¿Y de qué iba a servir? Para vosotros, que solo reconocéis las relaciones «estatutariamente» sanas, valga de algo... A mí, sinceramente, pasar el mal trago de morderme la lengua y soportar las miradas de desprecio de su marido y acólitos, no.

—Olympia, eres igual de flexible que un dintel.

—¿Yo? ¡Ostras papá!, al final cambiaré de destino. El clima que voy a encontrarme no va a ser el idóneo para unas vacaciones.

—Eso ha estado fuera de lugar —esta conversación, me acelera, he de cortarle o acabaré hablando más de la cuenta y luego la tripa me duele. Cosa de los remordimientos.

—Papa..., te escucho entrecortado. —Las redes móviles, la excusa ideal para colgar y quedar medio bien, que también es medio mal, pero como en el centro está la virtud..., me salvo.

—Pues yo te escucho perfectamente, Olympia.

—¿Papá...?, ¿puedes buscar cobertura? —Mi nariz se estira centímetro a centímetro.

—Olympia... ¡Que ya nos conocemos!

—¿Papá...? No te escucho... ¿Papá?

Cuelgo.

Ya le llamaré más tarde, o mañana, o la semana que viene, o ya nos veremos cuando aterrice..., si aterrizo en Londres.

Vuelvo al libro, es la mar de entretenido. Por si insiste, eliminaré los

tonos. Efectivamente, es dejar el teléfono encima de la mesa auxiliar y oír el zumbido repiqueteando en el cristal.

Este hombre se ha propuesto enzarzarnos en una discusión sobre los lazos de sangre y hasta que no logre su objetivo, no parará... ¡Démosle el gusto!

—¡A ver, padre mío! ¿Qué parte de «*no me voy a quedar en casa de mi hermana*», no has entendido? Jodo mis súper merecidas vacaciones, para ir a un sitio que me seduce bien poco, con una meteorología de mierda, solo por ti y por mamá, así que no me presiones. Si tanto os fastidia que duerma en la vuestra, ¡ep!, ¡sin problemas!, no salgo de la mía. ¡Oye tú! ¡Arreglado! ¡Cada uno en su casa y Dios, en la de todos! —Hala, a bocajarro, así no me corta y pierdo el hilo.

—Hola, Olympia. —¡Viva yo y la manía de no comprobar quién llama antes de contestar! —¿Te pillo en mal momento?

—Sé que te estás aguantando la risa, así que no te cortes. —Me hace caso.

—En serio, me has dejado de pasta de boniato.

—Lo siento, para una vez que no iba contigo.

—Me quitas un peso de encima, creía que el único capaz de provocar tu ira, era yo.

—¡Pues sí que te piensas especial!

—Algo, sí..., ¿no?

—Algo.

—¿Cuánto?

—El peso atómico del Hidrógeno.

—Pues me quedo igual.

—Otra cosa para aprender, aunque esa deberías de saberla.

—Sí, por supuesto, es algo sumamente útil en el día a día. ¿Qué haces? A la par de enfadar a tu familia.

—Leer.

—¿Repasando el libro de Cris? —¿Habrás tomado café con la escritora? Menuda familiaridad gratuita. Es lo que tiene creerse tan guay.

—No, chaval, leo uno sobre pedos, si quieres te lo paso. —Le dará un ataque. Seré sincera, ha conseguido mejorar mi humor.

—Seguro que es muy interesante, el otro, como ya te comenté, lo leí dos veces.

—Cuando lo acabe te lo dejo.
—¿Haces algo esta tarde? —Oh. Vaya. ¿Hago algo? Piensa, piensa...
—Pues..., leer. —¡Pedazo de excusa!
—¿Y puedes leer después de que te deje en casa?
—Ah..., ¿piensas venir a recogerme y a traerme de nuevo?
—¿Me darás un beso si te lo pido?
—Contra el mal vicio de pedir, me reservo la virtud de no dar.
—¿Lo discutimos cenando?
—Esto..., ¿a dónde tienes pensado llevarme?
—A «*El Setè cel*».
—¿Al séptimo cielo? —Leo tiene razón, ¡qué mono es! —, ¿y cómo piensas llevarme? ¿Igual que *Aladdín* en una alfombra mágica? Con techo, a ser posible, la tarde está plomiza —ríe de nuevo.
—En coche, está cerca de *Sants*.
—Vale, acepto. ¿A qué hora te pasas?
—¿Ahora?
—¿Pero no has dicho, cenar?
—No me importaría pasar el día contigo, estoy solo.
—Qué feo ha sonado eso.
—¿Por?
—¿Con qué animal de compañía me asocias?
—¿Tú animal de compañía? ¡Imposible! —menudas risas se está echando a mi costa.
—Sigue. Lo estás bordando.
—Dócil no eres..., una fierecita. Me gusta.
—Anda Romeo de pacotilla, pasa a buscarme a eso de las ocho. Primero me acabaré el libro.
—Nos vemos..., *pussycat*.
—Saúl...
—Dime.
—Eres imbécil.

No sé por qué siempre acabo haciendo lo que no quiero, ¡vaya una inconformista de pacotilla!

Sí, vale, de acuerdo, el muchacho está muy requeté bien, tiene un *sex-appeal* brutal, infarta ya vista con traje, de sport o directamente, no se vista. Creo que nunca he salido con nadie que esté tan delicioso.

¡Hala Olympia! ¡Te estás yendo por los matorrales! ¿Matorrales? ¡No tengo remedio! Has de borrar de tu mente ese directorio de obscenidades, es una cita de amigos...

¿Se puede juntar en la misma frase «cita» y «amigos»?

Complicado lo tengo para contestarme —fuera del ámbito profesional— nunca me han citado ni tengo amigos. Acabo de romper con Mateo y no estoy afectada en demasía, en realidad, no me ha afectado en absoluto, sin embargo, es algo precipitado, ¿no? Eso suponiendo que el Sergio Saúl quiera algo más que un polvo, porque no soy una beata de misa de doce, sé lo que busca. Otra cosa es que lo encuentre...

Niña..., déjate de lo que él quiera o no quiera y céntrate en lo que quieres tú. ¿Qué es lo que yo quiero? Dudo que los planetas se alineen de nuevo para que un tío de sus características físicas, se vuelva a poner a tiro y me halle interesante.

Asimismo, parece animado y ocurrente, tampoco es requisito indispensable disponer de un coeficiente intelectual superior a la media para disfrutar de una noche loca. En ocasiones, me pregunto porqué he de cuestionármelo todo tantísimo. Estas contiendas entre mi ángel y mi demonio me producen jaquecas... inconsecuentes, el demonio se alzará con la victoria.

Va a tener razón mi padre, he de salir más, ampliar mis horizontes sociales, conocer a gente, conseguir engañar a algunos y crear con ellos lazos amistosos. Dejar de analizar con microscopio electrónico de veinte millones de aumentos, todo a lo que me enfrente, ser más tolerante, más complaciente, menos borde y arisca, mostrarme interesada ante temas populares, en definitiva, omitir mi identidad para ser aceptada por el resto. Aunque, con tal de evitar la úlcera que me provocará tanta confraternidad, mejor en dosis pautadas.

Si consigo llegar a ese paradigma de individuo apto para organizarse en tribus, ¿dónde quedará Olympia?

Por qué negarlo, estoy nerviosa. Tengo el estómago cerrado y las manos frías. Comencé a arreglarme a las cinco, para estar lo más perfecta posible — dentro de mis evidentes imperfecciones— y, ¡demos gracias a que empecé pronto! Ha sido un despropósito tras otro; una falda es demasiado larga, la otra deja ver parte del muslamen, el pantalón rosa me hace culona, el tejano es demasiado informal, el negro es excesivamente elegante... He optado por un vestido, no desentonaré y no me sienta mal del todo. Estoy casi convencida de que Einstein, enunció su teoría sobre la relatividad, basándose en supuestos similares al mío, donde tú piensas una cosa y el resto de la humanidad, todo lo contrario.

Pasada la primera parte de la epopeya, he creído desesperar buscando unos pantys. La mayoría son gruesos, de los que no se atisba el color de la carne ni estirándolos al máximo; vamos, los primos hermanos de los leotardos de lana, muy cómodos para ir a trabajar o para que Thais esconda esas bragas de cuello vuelto de las que es tan fan, aunque totalmente desaconsejados si deseas lucir sexi o impresionar a tu acompañante, así que, he vaciado el cajón de los calcetines, y, aparte de hallar casi veinte euros en monedas, han aparecido unas medias al fondo dentro de su blíster; negras, de la densidad adecuada y con una blonda elástica muy, pero que muy sugerente. Con ellas colocadas, pienso en Thais de nuevo, no cubren el trasero como los pantys y yo, evitando marcar la ropa interior, he optado por un tanguita escueto y delicado. Resumiendo, llevo todo lo conocido como culo, al aire. Menos mal, que el vestido es entallado y la falda no tiene vuelo. En ocasiones, hasta me sonrío la suerte.

Después de vestirme, le ha tocado el turno al maquillaje. Un reto para mí, que sé cómo utilizar el cepillo del rímel básicamente, porque en el estuche pone: «Máscara de pestañas».

Cubrí mi cara con una base de maquillaje y seguidamente, la lavé. No estoy acostumbrada a llevar mantequilla sobre la piel, y he repartido polvos compactos por unificar un poco el tono.

¿Y lo de la sombra de ojos? Épico. Cuando el derecho queda decente, el izquierdo está desproporcionado de color, cuando oscurezco el derecho con tal de igualarlo, el aspecto es el de un mapache harto a porros. Con sumo cuidado para no retirar el maquillaje, los despinto y con *eyeliner* de color morado —confío en el consejo de la dependienta, insistió en ese tono para resaltar el iris gris azulado indefinido de mis pupilas— trazo una línea sobre

el párpado superior y la difumino con el dedo, realizo la misma operación con el inferior y finalmente retoco las pestañas.

Por no tentar a la suerte, los labios se tendrán que contentar con brillo rosado muy sutil, no soportaría sonreír y llevar los dientes marcados de carmín. El rojo pasión dice poco sobre mí.

Ahora, espero, impacientemente, a que suene el timbre.

No sé estar mano sobre mano, pero con lo monísima que estoy, leer sobre una guerra química a base de ventosidades, no es adecuado.

Encenderé la tele. Cambiando canales, se irá consumiendo el rato que falta para que llegue el Sergio Saúl.

¡Mira, tú! Este «*docu-reportaje*» únicamente lo han repetido tres veces. Lo veremos de nuevo, así en la próxima emisión seré capaz de recitar los diálogos entre los entrevistados.

¡Venga ya! ¿Publicidad? ¡Lo corta que es la vida y lo largo que se hacen veinte segundos de anuncios!

¡El timbre...! ¡Por fin! He llegado a pensar que se había estropeado.

—¿Sí? —Como si no supiera quién es.

—Soy Saúl.

—Bajo, estoy lista.

Me abrigo y cojo el bolso de mano, echo la llave y mientras desciendo al vestíbulo se agudizan mis temores, ¿por qué me preocupa tanto causarle buena impresión? ¿Y por qué pregunto algo cuya respuesta ya sé?

Está de espaldas, las manos en los bolsillos del abrigo de lana con las solapas levantadas, tremendamente seductor. Le alerta el ruido de la puerta del ascensor al cerrarse, se gira. Solo puedo decir: ¡*Wow!*

—Buenas tardes, ¿qué tal? —pregunto algo absurdo, ya sé cómo está..., más bueno que comer pollo con las manos.

—Ahora genial. —Me acerco a darle un beso en la mejilla, sin embargo, gira la cara con toda la idea y nos damos un piquito. Sonríe canalla. ¡Qué malote!

—Eso es trampa.

—Me esperaba una reacción más visceral, es una buena señal.

—Me has pillado con la guardia baja. —¡Jo, a la altura de las rodillas! Si llevara bragas estarían en los tobillos...

—Tengo el coche aquí delante. —Abre el paraguas, yo paso el brazo alrededor del suyo—. Acabas de cambiar mi aversión por los días de lluvia.

Al llegar al coche, cortésmente espera que suba y cierra mi puerta, luego lo rodea por delante, abre la suya, pliega el paraguas, entra y cierra, todo con un garbo medido y distinguido.

—¿Qué tal la comida de ayer? —digo por hablar de algo... y por cotilla.

—Alatz no es que sea la alegría de la huerta, la verdad.

—Ah. —Hasta aquí mi intento de iniciar una conversación.

—Es un tío serio, con clase, se mantiene en esa línea de sobriedad, rozando la misantropía.

—No me dio esa impresión.

—Únicamente cruzaste un par de frases. —¡Ay, si yo te contara lo que hemos cruzado!

—Su esposa es una mujer hermosísima.

—Es bonita, sí.

—¿Solo bonita? —Entonces ¿yo qué soy? ¿un orco? Comparada con ella, tengo toda la cara de los pies de otro.

—Es una mujer de trato agradable, educada y comedida —¡Ja! Mira igualita a mí, me ha descrito en tres adjetivos—, plana y aburrida.

—Eso último, es una apreciación muy ramplona.

—Tú preguntas, yo contesto...

—Subjetivamente, porque la chica es preciosa. Dejando al margen su comportamiento, que es el correcto cuando vas de acompañante, físicamente es el sueño de cualquier hombre —sonríe de medio lado.

—Lo que acabas de decir, responde a una generalidad.

—Muy afincada en la mente masculina.

—A las mujeres, os confunde la publicidad, os regís por los cánones impuestos por las modas.

—Claro, claro..., tú, de poder escoger, en lugar de cenar con una modelo de primer orden, me señalarías a mí, estoy convencida.

—Te elegiría a ti, sin género de dudas. —¡Ja!

—Eres un «*bien queda*».

—¿No me crees? —pregunta asombrado.

—Uhm... No.

Pone el intermitente hacia la derecha, gira y entra en un garaje público. Yo tampoco me vería con corazón de dejar semejante objeto de deseo aparcado en la calle. Estira de la tarjeta y se abre la barrera, maniobra y aparca. Salimos del vehículo, él espera delante, me toma por sorpresa de la

cintura acercándome a su cuerpo..., rectifico, «El Cuerpo».

—Como has podido comprobar, no me atrae demasiado lo producido en serie.

—Tu coche está ensamblado en una cadena de montaje, es exclusivo solo en parte.

—No hablaba del coche.

Se pega a mi boca y me besa con ganas. Yo lo recibo y lo devuelvo con las mismas que él ha puesto, por no excederme ni ir de sobrada.

—Me gusta tu sabor y tu olor es delicioso. Dormir a tu lado controlando mis impulsos más primarios, fue... duro.

—Te hubiera ayudado, no acostarte desnudo, y en el diván.

—Hubiera ayudado que tú no estuvieras tan jodidamente buena. — Pestaño, debe de estar pensando en otra.

—¿No íbamos a cenar? —cambio de tema instantáneo.

—Sí, mejor vámonos, tú y la penumbra, es mala combinación para seguir dominándome.

Rompo a reír, besa mi mejilla y me toma de la mano, no aprieta, pero me sujeta con contundencia. Como si mi intención fuera la de huir. Chaval, si he dejado que me des un morreo con intercambio de ADN, sujetarme de la mano es el gesto más inocente que tengo previsto permitirte. Supongo.

Cae un *chirimiri*^[19] que nos obliga a llevar el paraguas abierto. Al darnos la confianza imprescindible para ir bien pegadita de su brazo, no me corto, todo sea que se me escape. A él tampoco parece molestarle.

El restaurante no tiene visos de ser demasiado ostentoso. El rótulo con el nombre se encuadra dentro de un arco en ladrillo visto envejecido sin tratar, que combina con las puertas en madera y cristal transparente. Dentro todo cambia, la decoración intercala estilos; es demasiado ecléctica, espejos ovalados enmarcados con molduras barnizadas en tono cerezo tipo: «divinos en casa de la abuela», infinidad de cuadros, diferentes muestras de mesas y sillas, apliques en las paredes de luz amarillenta y, para contrastar con todos esos elementos, un encerado que ocupa una pared al completo, con las especificaciones de la carta.

Lo contemplo con curiosidad, puesto que la inspiración nace en cualquier espacio. Podría aportarme ideas para alguno de mis proyectos pendientes.

Nos acompañan hasta un espacio junto a una pared con botellas

dibujadas, por si no había suficientes estanterías con vinos y bebidas.

—¿Qué te parece?

—Pintoresco.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Si es lo que querían conseguir, bueno...

—Supongo que no fue producto de la improvisación.

—La imagen debe de ir ligada a la filosofía que manifiesten los dueños.

De no ser así, pierde la esencia y no se trasmite nada.

—Es decir, los platos han de ser un reflejo de la decoración.

—Sí, y que se puedan comer, claro.

Se acerca un camarero para tomarnos notas.

—¿Qué les viene de gusto a los señores? —No me ha dado tiempo ni de leer la pizarra.

—Un poco de todo —¿para qué consultarme?

—¿Y de beber?

—Un vino que combine con los platos más elaborados. —Alzo una ceja y parpadeo. ¡Eoo! ¡Estoy aquíiiii!—..., y agua.

Estupendo, pasa de mí y lo arregla con ironía.

El camarero se retira.

—Gracias, por evitar que dedique unos minutos de mi vida a escoger lo que quiero cenar.

—No seas rancia. —¿Pero bueno!—. Te lo tomas todo a la tremenda, además, seguro que he acertado.

—¡Eres insuperable!

—¿En qué?

—Prefiero no decírtelo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Tú prueba.

—¿Estás sola?

—¿Piensas que si tuviera pareja estaría pelando la pava aquí contigo?

—Imagino que no, yo para las relaciones sentimentales, me he vuelto algo clásico. —¿Antes no lo era?

—Bueno, llamar relación, a dos besos, lo encuentro muy irreflexivo.

—Tú y yo, ya nos hemos acostado. —No sé si asustarme.

—No cuenta, estaba dormida, no hubo contacto sexual.

—Eso de que no hubo contacto, lo dices tú, estoy convencido de que hay

matrimonios que durante la noche se tocan menos.

—¿Me tocaste?

—Dormimos abrazados, prácticamente todo el tiempo. Aunque tú disfrutaste más de mi cuerpo que yo del tuyo.

Rememoro el maravilloso sueño que tuve, lo achaqué a la lectura del libro, a las sales de la ducha, a la magnífica cena..., cuando en realidad, fue su anatomía notable la que me ofreció el bienestar necesario para conseguir disfrutar de una noche increíblemente placentera. Ese recuerdo acaba de enlazarse con las áreas corticales paralímbicas de mi cerebro y ellas a su vez, se han conectado con otra zona situada un metro más abajo, obligándome a apretar los muslos con tal de detener el agradable cosquilleo que me asalta.

Estoy dudando entre beberme el vaso de agua o tirármelo por encima de la falda. Para antes de los postres estará seca.

—Esta conversación empieza a tomar tintes verdes —ríe incontentido—. Y sí, estoy sola.

—¿Tu familia no vivía en Sant Pol?

—Ajá, hace unos años se instalaron en Londres, por mantenerse cerca de mi hermana.

—¿Y por qué no se quedaron para estar cerca de ti?

—Lo justifican diciendo que soy más independiente.

—Eso es evidente, lo que no es del todo equilibrado.

—Bueno, tampoco hago méritos para que ellos elijan estar junto a mí. —Tuerce la cabeza y entrecierra los ojos, confundido con mi respuesta.

—¿Has estafado, robado, acosado...?, ¿asesinado a alguien?

—Eres igual de delicado que un *Peti-suisse*^[20] de morcilla. —Se atraganta del ataque de risa.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Das por hecho que las pillo todas y todavía tengo un puntito de inocencia.

—Aún no lo he visto.

—Contigo soy diferente, no me molesto en disimular.

—¿Y por qué necesitas hacerlo?

—La gente, por lo general, prefieren las excusas antes de la verdad y mil evasivas antes de una negativa.

—Soy un privilegiado. —Con ese cuerpazo, un dios.

—Según se mire. Te tiré un zapato.

—Me sentó peor la jugarreta con los productos de aseo —no disimulo la sonrisa maliciosa—. Te delata ese mohín.

—En este instante, decirte que lo siento, no viene a cuento.

—Fundamentalmente, porque no sería verdad.

—Me arrepiento de haberte dañado la ceja.

—No fue nada grave —sonríe y busca mi mano por encima de la mesa y la acaricia, entrelaza los dedos a los míos—. Con tus padres tampoco te cortas demasiado.

—Me retengo. Intento encontrar el punto medio entre decir lo que pienso y escudarme con mentiras.

—Eso agota.

—Desgasta bastante, por eso no suelo llamarles, evito situaciones desagradables.

—No hay un código que normalice las relaciones familiares, aunque a las madres les encanta tener a sus pollitos reunidos bajo el ala.

—Y mientras los pollitos se picotean los ojos, ellas miran hacia otro lado.

—¿Y qué haces para distraerte? Aparte de leer y correr los días que llueve.

—Estoy en un club de excursionistas, intento sacar tiempo y me implico todo lo que el resto de mis obligaciones me permiten. Salgo de tanto en tanto con mis compañeras de trabajo, que también son mis mejores amigas. Cine, teatro, lo que todo el mundo... ¿Y tú? —opto por la técnica de la pregunta, para no descubrirle que soy más sosa que una sopa de hospital.

—Pruebo a desconectar haciendo algo de deporte, aunque no soy constante y voy tanteando diferentes disciplinas. —Chico, pues con semejante anatomía, nadie lo diría—, sin embargo, si tengo un rato, me escapo con la bici.

—¡Qué rabia me dan los ciclistas domingueros!

—¡Pero bueno! Eso duele. A ver, explíquese usted.

—Ocupan todo el carril, van por carreteras en donde es imposible el adelantamiento, basculan y como los pilles en un repecho, mejor paras y te pones a buscar setas o esperas plácidamente a que te abrace la muerte.

—La bici se mueve con tracción humana, la velocidad en subida es limitada.

—Luego todos parados en el primer bar de carretera, atiborrándose de butifarra con *secas*^[21], a dos carrilleras —sigue riendo.

—En eso tienes razón.

—Menos mal, que la vuelta os pilla de bajada.

—Hay que tenerlo todo bien estudiado, esos detalles no se pueden despistar.

—¿No sería más práctico una bici estática en casa?

—Pues no, no es lo mismo. Un día, vas a venir conmigo. —¡Yo en bici!
¡Qué flipado!

—Si tienes un sidecar no hay inconveniente.

—¿No sabes ir en bici?

—Sí, pero no tengo resistencia para subir una pendiente de un dos por ciento.

—Podemos ponerle ruedines.

—He dicho resistencia, no equilibrio... —Me estoy viniendo arriba—. Se me ocurre otra posibilidad.

—¿Atar una cuerda de mi bici a la tuya?

—O ponerle un motor.

—¡Venga ya!

—Pues entonces la cuerda.

—Empezaremos por una zona plana, como el paseo marítimo.

—¿Empezaremos? Esa afirmación, suscita repetición.

—Espero hacerlo muchas, todas las que te apetezcan —¿hablamos de salir en bici? Necesito a Thais, domina mejor los figurativos—. ¿Te está gustando la cena?

—Sí, todo está exquisito.

—¿Pedimos el postre?

—A mí no me cabe un gramo más, se romperán las costuras del vestido si insisto en seguir comiendo. —Corona mi frase, su canalla sonrisa torcida.

—Entonces, pido la cuenta.

—Esta vez a medias.

—No, hoy te he sacado yo de casa..., ve anotándolas en tu agenda, me debes una comida y una cena.

—¡Qué presión!

El camarero se acerca, nos deja la cuenta y él se encarga. Paga con la

tarjeta, ayuda a ponerme el abrigo —en mi vida nadie se había tomado esa molestia—, y nos vamos. En esta ocasión soy yo quien busca su mano.

No llueve. Pierdo la excusa para colgarme de su brazo. El dicho popular «*nunca llueve a gusto de todos*», viene como anillo al dedo. ¡*Jodio* refranero!

—¿Tienes frío?

—Sí —miento.

—Pues no sé qué haces tan lejos, la mejor manera de conseguir calor, es uniendo dos cuerpos.

—Siempre que estén desnudos y se froten. —Pasa su brazo alrededor de mis hombros y me atrae hacia sí.

—No tengo inconveniente alguno.

—Eres muy dispuesto.

—Siempre, si vale la pena el esfuerzo.

—Afirmación y halago... Esa también es una combinación muy peligrosa.

Entramos al parking, introduce la tarjeta en el parquímetro y después la bancaria. Caminamos hacia el coche y cuando estamos justo al lado, me empuja tentadoramente hasta dejarme adosada a la columna. Él a su vez, se adhiere a mí. Su respiración entrecortada ya me seduce, su aliento mezclado con el dulzor del vino espumoso, me embriaga. Sus manos frías sujetando mi nuca acariciando mis pómulos y mejillas con los pulgares, me abrasan. La intensidad de su mirada, habla de lujuria sin pestañear.

Me tiene donde quiere, subyugada en su cerco de sensualidad. Todos mis flancos están al descubierto, ahora mismo solo veo dos posibilidades, la retirada o el avance. Sin embargo, aquí sigo, con medio cuerpo hacia abajo contraído por el deseo y con el otro medio, paralizado esperando acontecimientos. El que va a su ritmo, es mi corazón, de continuar en esa velocidad terminal a la que palpita, acabarán saltando las válvulas, las varillas, los balancines y todos los resortes que me compongan por dentro.

Tuerce la cabeza y busca mi boca, me besa suave, se detiene sin alejarse de mis labios.

—Podíamos tomar la última..., en mi casa. —¡Ahora sí que me da algo!

—Vives lejos. —Es evidente que a mi cerebro le falta riego.

—Es de noche, hay poco tráfico... Llegaríamos antes de enfriarnos.

—Mi casa está más cerca. En mi plaza de garaje, caben dos vehículos.

—Eso es toda una declaración de intenciones.

—Hasta podría dejar que te quedaras a dormir. —Roza sus labios desde la mandíbula hasta mi oreja, en este instante, creo que estoy pasando de estado sólido a líquido, o mis líquidos se licúan ¡Oh! ¡ya no sé ni razonar con lógica!

—No estaba pensando en dormir, *pussycat*.

Tal como se separa de mi oreja, me regala una sonrisa cargada de lascivia. Subo las manos hasta las solapas del abrigo y lo atraigo hasta mi boca. Ahora, dirijo yo la función.

Muerdo su labio sin presionar demasiado, mi lengua se enlaza después con la suya, acaricio su paladar. El calor nos consume. ¿Quién se acuerda de respirar?

Busca mi cuello, lame, muerde y besa, introduce su mano por debajo de mi vestido y halla mi piel.

—¡Joder! Esto no me lo esperaba —exclama atónito.

—Se agotará el tiempo del parking.

—No me obligues a parar ahora, mira. —Lleva mi mano hasta su entrepierna. ¡Jesús!—. ¿Cómo quieres que conduzca así?

—¿Quieres que lo hagamos aquí? —El morbo me puede, creo que yo también quiero.

—Lo necesito. —Vuelve a besarme con ansiedad, sabe que no voy a negarme.

—¿Y si nos ven? —cuestiono esto, mientras me doy maña en desabrochar su abrigo.

—Nadie va a decir nada, la columna nos oculta de las cámaras. —Debe de haber venido antes, ¡anda qué he pensado yo en la vigilancia! Meto mis manos en su bragueta. Gime en mi boca.

—¿Llevas gomas?

—¿Son imprescindibles?

—Si me la quieres meter, sí. —Como si yo supiera en dónde coño la ha tenido antes.

—¿Qué si quiero? Me van a estallar los huevos —farfulla a la vez que, con una mano busca su cartera, con la otra acaricia mi sexo y con la boca muerde mi cuello. ¿Sabrá hacer algo con las orejas? Tanta polivalencia es abrumadora—. Llevo toda la semana empalmándome cada vez que recuerdo el beso del domingo pasado. Toma, encárgate tú de ponerle la funda.

Saco el preservativo del envoltorio, desabrocho su pantalón y se la envaino. Él lleva un rato jugueteando con mi botoncito del gusto, entonándome,

lubricándolo con mi excitación; en un par de ocasiones, he notado los primeros escalofríos, y ahí se ha detenido, introduciendo el dedo, provocándome una sacudida, incrementando el deseo. Creo que su intención es que llegue al orgasmo a través de la penetración, y, si sigue haciéndolo tan bien, no le costará en absoluto.

Todo este clima de clandestinidad, inmoralidad e indecencia, me arrastra a una obscenidad sicalíptica, a la que nunca me había enfrentado, y, reconozco que es una práctica escandalosamente recomendable. Nadie debería morir sin disfrutar de una experiencia similar.

Me gira sin demasiada delicadeza, aunque el momento no se presta a unos preliminares tiernos y cariñosos, levanta mi abrigo junto a la falda del vestido.

—Tienes un trasero precioso. Toda tú eres preciosa. —Se coloca entre mis nalgas, yo apoyo mis manos sobre el marco de la puerta del coche, se sujeta a mis caderas recolocándome a la altura adecuada, pasa su mano hasta mi sexo de nuevo y entra con recelos. Hecho chocante, mi flor no es una caníbal, ¡si apenas come!—. ¡Joder, gatita! ¡Joder, cómo se siente esto!

Sale lento, noto toda la envergadura de su sexo. Sus dedos tampoco pierden el tiempo.

—Saúl, ¡por Dios!, ¡o una cosa o la otra!, esto es demoledor.

—Es lo que quiero, que cada vez que cierres los ojos, recuerdes lo bien que te lo he hecho pasar.

—Las primeras veces, no se olvidan nunca. —Mi cuerpo pide desahogarse—. Para...

—¿Ahora? No, gatita..., no. Ahora, te voy a llevar al séptimo cielo, pero de verdad.

Pellizca el nudo nervioso con el que lleva enredando un buen rato y todo por dentro palpita, se contrae, se expande..., no puedo reprimir un gemido algo más alto de lo adecuado. Traslada el dedo que tenía en mi vagina, dentro de mi boca, succiono y pierde el miedo. ¡Joder! ¡Qué si pierde el miedo!

Me enviste enérgico, con cada envite se le escapa un jadeo áspero muy sensual, sigo envuelta en la amalgama de placer del orgasmo clitoral, cuando las sacudidas se concentran en las capas internas y le absorbo, atrapándolo cual ventosa.

—¡Hostias...! gatita..., no..., hagas eso.

—¡No me jodas!

—¡Se acabó...! No puedo..., así no... ¡Dios!

Entra y sale, rápido unas cuantas veces, hasta que, en una de ellas, se entierra hasta el fondo y sin salir, empuja..., y se deshace.

Mi éxtasis se alarga unos segundos más, hasta que abandona mi cuerpo y se apoya en la columna. Reconpongo mi ropa, se saca el condón, lo anuda, da un paso para llegar a la papelera de la cara frontal del pilar, mientras se sube la bragueta. Se acerca, me toma de la cintura y me besa nuevamente.

—Eres una diosa..., ¿sigue en pie la última copa?

—Sigue en pie.

Salimos del parking, él con una sonrisa de satisfacción de incrementar el guapo, yo intentando disimularla. No me apetece dejar volar mi imaginación, para que mañana a las ocho tenga que desmontar el decorado nuevamente sola y rebosando sueños rotos, otra vez.

Todo el trayecto hasta mi domicilio, ha ido acariciándome la pierna, de tanto en tanto, sonrío y niega, ese gesto característico que viene a decir sin palabras: «¿*Qué le habré visto yo a esta tía?*».

Suena a un pensamiento alarmantemente derrotista, sin embargo, de ponernos uno al lado del otro, cualquiera con un par de ojos en la cara o un ciego con el tacto, llega a esa conclusión. Los individuos con atributos físicos de primer nivel, han de rodearse de otros individuos que se hallen en el mismo ranquin, como Alatz y Miranda. Yo, que soy del montón, que no hay en mí nada destacable, no pego con él, ni con selladores termoadhesivos. Aprovecharemos esa atracción hacia lo diferente que le impulsa y le conmueve, para pasárnoslo bien mientras dure.

Del garaje al piso, hemos conseguido mantenernos a raya, ha sido abrir la puerta y el huracán Sergio Saúl, me ha demostrado que sabe tanto del sexo morboso, como del sexo sensual y delicado.

Ahora duerme y yo le observo. Me gusta. Me gusta mucho.

Malo.

Malo.

Malo.

Apoyo mi cabeza en su pecho, le abrazo. Acepta mi contacto y hace lo propio rodeándome con uno de los suyos.

Cierro los ojos y un hormigueo contrae la zona que más actividad y más gozo ha experimentado durante la noche. Sonrío entornando las pupilas — aunque nadie pueda ver la mueca— al pensar en Leo y su tanga de hilo

dental... Creo que he superado su escarceo pernicioso cucurbitáceo con creces. Y a más, de premio lo traigo a casa, por si con lo del parking no había superado todas mis expectativas, y con todos sus órganos proporcionados en pleno uso y con pilas alcalinas.

¡Venga! ¡a dormir Olympia! Que mañana es lunes y te espera una semana complicada, y con el estómago bien colmadito de bichitos alados.

Es muy guapo.
Es todo un galán.
Es un amante excepcional..., y ronca.

¡Cómo ronca! Se traga la habitación completita, con mobiliario incluido, para vomitarla tras un rugido de gran felino y volvérsela a embuchar en la siguiente inspiración. Así durante toda la noche. En un par de ocasiones he estado tentada a taparle la cara con la almohada, poner fin a su agonía.

Y cuando el buen mozo no ronca, me sopla en la nuca. ¿Alguien en este universo es capaz de conciliar el sueño con una pistola de aire comprimido disparando indiscriminadamente sobre el cuello? Yo no.

Al inicio del martirio opté por chasquear la lengua —ese sonido tan peculiar que se obtiene pegando la sin hueso en la bóveda palatina— y funcionó, hasta que dejó de hacerlo. Luego me movía obligándole a variar la posición. Conclusión, el resto de la noche la he pasado saltando, procedimiento que ha sido eficaz a la par de extenuante.

Hace unos diez minutos se ha despertado, ocupa el baño, espero que no sea rencoroso y no se ensañe con mis productos de aseo, en ocasiones la mente humana es muy siniestra.

Aprovecharé la hora de descuento hasta el aviso del despertador, para holgazanear bajo el nórdico.

El invento más importante de la humanidad, incluso antes que la rueda, fue el catre. ¿Qué es un hogar sin cama? Podría ser una oficina o un local, pero nunca un hogar. No hay mayor placer que el confort del colchón cubierto por unas sábanas bien estiradas y suaves, con un fresco olor a ropa limpia. Las mías justo a recién lavadas hoy no huelen. Me cobijo con ellas y aspiro. Hay mezcla de aromas; a mi perfume, a su fragancia y a sexo... Constatar el disfrute de esta noche, provoca un cosquilleo en sálvese la parte, traducida en sonrisa de satisfacción tonta e involuntaria.

Cerraré los ojos, con suerte podré dormir este ratito, sin soportar el bramido cavernícola del Sergio Saúl.

—*Pussycat*...

—*Uhm*... —Sopla en mi cara suavemente. ¡Como si no hubiera tenido suficiente con la brisa nocturna!

—Me marcho, he de pasar por casa para cambiarme de ropa.

—¿Has desayunado? —Está sentado en el borde de la cama. Me peina con los dedos..., y a Olympia le gusta... Ronroneo.

—Sí. Te he preparado zumo y tostadas. —¿Eh?

—¿Tú has exprimido las naranjas?

—No, las he dejado al lado de esa porquería de exprimidor que tienes y ellas ordenadamente, se han sacrificado solas para ti... —Pestaño muy rápido—. ¿Por qué no tienes uno eléctrico como todo el mundo?

—Mi *Juicy Salif* es un objeto icónico del postmodernismo industrial.

—Es inútil para su uso —apostilla enarcando una ceja.

—Stark, no diseñó un exprimidor, si no una pieza de arte que rompe la línea entre la forma y la función, de ahí la controversia.

—¿Y tú eres capaz de sacarle el jugo a un cítrico con esa especie de araña de tres patas? —se está burlando de mí y mi gusto por lo extravagante. Eso está bien feo.

—No lo he intentado nunca, *Granini*^[22] lo hace por mí.

—Levanta y bébetelo, se oxidará y perderá las vitaminas. —Jo, igualito que mi madre.

—Podías hacer la gracia al completo y traerme el desayuno a la cama. — Levanta los brazos pidiendo clemencia a todos los santos auspiciarios que observen, seguido se dirige a la cocina y yo me siento, apoyando la espalda en el cabezal esperando avituallamiento... *Happy, happy, very happy*^[23].

—¿Necesita algo más la princesita?

—Sí, un masaje de pies.

—Eso más tarde, esta noche. —¿Cómo que...? ¿Qué?

—Saúl, hoy es lunes..., yo me veo incapaz de seguir tu ritmo.

—¿Por qué?

—Porque roncas —rompe a reír a carcajadas. Pensará que es una excusa frívola, pero yo solo recuperaré la noche de insomnio acostándome hoy antes. Si lo alargo a dos, pierdo facultades sensoriales—, roncas una barbaridad.

—Solo cuando estoy cansado y no duermo en mi cama.

—No sé..., no me das muchas garantías.

—Te recojo esta tarde y lo confirmas esta noche.
—Uf..., frena..., frena..., ¿aún no me he recuperado del polvo de ayer y ya preparas otro para luego?
—Eso también lo podemos decidir cenando.
—¡Ostras, Saúl! Funcionas revolucionado.
—Te has metido en mi psiquis, eres una obsesión...
—Pues la mejor forma de sanar una obcecación es dosificándola.
—¿Vas a prescribirme dosis para aliviar mi *Olympitis*? —Retira el vaso de zumo de mis manos.
—Con el tiempo me lo agradecerás. —Levanta la bandeja y la deposita en la mesita de noche—. ¿Se van a echar a perder las vitaminas del zumo?
—Ahora te inyecto las que te faltan esta mañana para que supliques por más esta noche. —Estira del nórdico y aquí estoy yo, igualita que cuando vine al mundo, pero con más carne.
—Las vitaminas no causan adicción.
—Mi polla, sí. —¡Olé el vocabulario refinado del niño!
—Vas a llegar tarde. —Se desnuda y tira la ropa al suelo. ¡Pedazo de espécimen de talla macizo que tengo delante!
—No me esperan para una microcirugía vascular..., podrán apañárselas sin mí.
—¡Oh!

Hoy el tráfico de la ciudad no me incomoda. No les grito a los taxistas que utilizan todos los carriles a sus anchas, ni presiono el claxon hasta agotarlo cuando las motos pasan casi rozando el retrovisor de mi coche, ni doy las largas a los insensatos que compraron el vehículo sin intermitentes o desconocen el uso de la palanquita, ni tan siquiera me irrita cuando un imbécil se salta un *stop* y he de presionar el freno con tanta fuerza que activa el ABS... Miento, a ese sí le he voceado unos cuantos términos del cajón de la ordinareiz. Aunque la furia ha pasado pronto.

Este Sergio Saúl cambia mi carácter matinal, me suaviza, o puede que me relajen todas sus atenciones y el exceso de endorfinas. Estoy confundida. Satisfecha, pero confundida.

No sé qué debe encontrar en mí tan fascinante para convertirme en una obsesión. Me observo en el retrovisor... ¡Jo, hoy, hasta me veo guapa! Sé que es el reflejo a sus halagos. Tampoco soy una gárgola, pero guapa a su altura no, ni acercarme.

Finalmente, le he convencido para que hoy cada cual disfrute de sus dominios; él en su casa y yo en la mía. Mi abuelita ya lo decía: «*Lo poco agrada y lo mucho enfada*».

Y es que, de no serenar lo que prende cuando está cerca, me colgaré de él como una gansa. Me gusta su estilo..., me gusta todo en general —que ronque no—, y sé que, Saúl, cuando detecte otra a su altura, inventará una ringlera de excusas con las que distanciarse.

Estoy acostumbrada a protegerme del rechazo social, en la época escolar aprendí a faltar y a pasar inadvertida por aquellos que, al carecer de personalidad se dedicaban a señalar las peculiaridades de los que no seguían al rebaño. Durante el Bachillerato, fui transparente y en la etapa universitaria mejoró mi aspecto sustancialmente, no obstante, se mezclan tantos estilos y caracteres en proceso de adaptación, que con suerte alguien capta tu presencia; a no ser que te signifiquen de alguna manera, formes parte de consejos y asociaciones de estudiantes o cualquier otra mamandurria.

Sin embargo, nunca me he enfrentado al fracaso, no sé qué nivel de frustración acarrea esa circunstancia en ningún aspecto, mucho menos el sentimental, en donde mis relaciones han sido de tránsito. El único que tuvo el privilegio de poseer las llaves de mi casa fue Mateo y mira, no me ha dado

tiempo ni a rumiar su aportación a mi biografía.

Dicen, que nadie pasa por la vida de otro sin dejar ni llevarse algo. Hilando fino, él abandonó algún calcetín desparejado detrás de la lavadora, un bote de colonia vacío, cuchillas de afeitar usadas..., nada reseñable, bueno sí, se olvidó un libro sobre pedos y nazis sublime.

Que se llevara él y yo haya echado de menos, nada. No nos importábamos ni lo mínimo para intentar mantener una relación cordial, aunque..., ¿alguien es capaz de ser amigo de su ex? Mateo y yo teníamos cierto *feeling*, nos gustaba hacer rutas de senderismo y..., poco más.

He de proponerle al Sergio Saúl una ruta de esas, estoy convencida que exploraríamos nuevos senderos..., trochas ocultas...

¡Toda la mielina de las neuronas está recubierta de «*Sergio Saúl eau de parfum*»! ¡Ellas, a su vez, haciendo sinopsis licenciosas y morbosas!

Contemplo los coches aparcados en el parking de la empresa y desaparece el punto impúdico tan agradable con el que estaba maniobrando.

En la *meeting* esperan con el café de la mañana, Thais y Leo, cuchicheando, nada nuevo, yo ocupo mi sitio.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días...—masculla Thais lacónica—, ¿pasa algo?, hoy es lunes, ¿no?

—Sí, hasta la doce de la noche.

—¿Y qué hacen aquí *Los Picapietra*? —Desconozco las costumbres Neolíticas, pero a estos dos les gustan menos los lunes que a los gatos el agua... O puede que no sean los lunes, y sea el trabajo. Afirmar que trabajan es un embuste tan gordo que, Pedro Botero de oírlo, no te da la opción de pasar por el purgatorio.

—No tengo la menor idea.

—Oye, ¿y a ti qué te pasa? —Thais encoge los hombros en un claro gesto de pasotismo total.

—Estará pre-femenina...

—Leo, ya la conoces..., «pre-femenina» se pone en plan soviético, no lacia y mustia. Además, no le toca, ella es la líder de la manada.

—Por cierto, a ti ¿cuándo te bajó? Llevo un descontrol. —Esta Leo vive en el planeta Despiste.

—Hace dos semanas. —Me giro hacia la acelga que está a su lado—. Thais, va mujer...

—Creo que Omar me engaña. —Leo y yo nos miramos, perplejas. ¡Es imposible!

—¿Le has visto con otra? —para qué ser sutil, ¿verdad, Leo?

—Si estuviera totalmente segura, no diría «creo».

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —a ver por dónde sale. Es de montarse unas películas.

—Me puse un tanga y me lo quitó. —Vale... Bien..., vamos por buen sendero..., para perderse.

—¿No es lo natural? A ver, no quisiera inmiscuirme en vuestros jueguecitos eróticos..., pero chica, viene siendo la norma —detalle.

—Claro, mujer..., te perfumas, te lo pones, babea, magreo, te lo quita..., te la mete y ¡fuegos artificiales! —¡Es tan *kuki* nuestra Leo! Tan feliz que, si expele una ventosidad, sale confeti.

—Sí, ya... En nuestro caso fue: me emperifollo, me entango, me meto en la cama, me *desentanga*, cinco minutos y..., hala, besito de buenas noches y a dormir.

—¿Habéis probado los geles de la pasión? —¿insinúa que uno es muy caliente y la otra es muy fría? Yo es que no acabo de entender demasiado el anuncio. Aún me pregunto, en qué zona se extienden... Lo sé, hay temas en donde todavía necesito esquemas..., menos el domingo, que estuve de lo más inspirada.

—Estaría cansado el muchacho. Hace un montón de horas —le disculpo, sé que Omar no es de poner cuernos, ¿o sí? El ser humano no tiene un patrón de comportamiento arquetípico, puede apagarse la llama y encendérsela otra... No expondré mis conjeturas, para eso está Leo y su candidez, a ella es más fácil perdonarle las meadas fuera de tiesto.

—O puede ser la cama. —Mi Leo, ¡qué aguda!

—La cama es grande y el colchón es nuevo —se justifica Thais, levantando el mentón.

—Y tremendamente aburrido. Has de buscar otros enclaves —sugerencia de la reina del morbo—, por ejemplo: el baño.

—La cocina —propongo.

—La galería.

—El escritorio —nota mental: «probarlo si el Sergio Saúl sigue teniendo interés en quedar otro día.»

—La ducha.

—El parking... —¡Caca!, me ha traicionado el subconsciente. Me observan ambas ojipláticas y boquiabiertas. Experimento los nervios que padecían los concursantes del «*Un, dos, tres*» cuando las *Tacañonas* hacían sonar las bocinas para que dejaran de enumerar por veinticinco pesetas.

—¿Cuándo lo has hecho tú en un parking? —Thais tan suspicaz, no se corta.

—Era una alusión novelera. —Levanta una ceja. Es razonable el gesto, «sexo y parking» no los fusiona la inocencia.

—Pimpi..., ¿tú has visto al Sergio Saúl? —Entrecierra los ojos, escudriñando mis pliegues cerebrales.

—No hablábamos de mí.

—¿Te lo has tirado en el parking?

—Leo, ¡pon un anuncio en prensa! O mira, mejor alquila la furgoneta al vendedor de melones y pásate por toda la ciudad con la proclama.

—¿Te lo has tirado en el parking? —repite susurrando, por si la primera vez no quedó clara la pregunta.

—No tengo obligación de dar descuento de mis intimidades.

—¿Me explicas qué hay de intimidad en un parking? —¡si yo te contara!

—¿Queréis dejarme en paz? ¿Una no puede ser imaginativa?

—Tía, imaginativa, es encima de la lavadora. En el parking es la dimensión desconocida.

—No exageremos..., esta se lo hizo en un reservado —intentemos desviar el tema.

—¡No te hagas la yonqui! —¿Eh?

—Leo, se dice *longui*... —Thais, siempre atenta con las correcciones lingüísticas.

—Pues eso..., *longui*.

—Mira, a ti, «*Reina del Morbo*», cuando encuentres un *partner*^[24] con una *titola*^[25] en condiciones, pruébalo, y a ti, «*Reina del Recato*», cuando te pongas un tanga no te metas en la cama, ahí luce poco.

Me levanto con mi dignidad intacta, sabiéndome observada por 2 pares de ojos inquisitivos. Durante la comida insistirán en conocer los detalles explícitos, pero no pienso aventar mis escarceos pasionales para soliviantar las apetencias sexuales adormecidas de terceros. El mío ha estado en coma mucho tiempo y a nadie le ha preocupado. Fin de la cita.

Tal como entro en mi despacho salta un emergente en la pantalla. *Los Picapiedras*, exigen mi presencia. Allá vamos... ¡Con lo relajadito que había empezado el día!

Toco educadamente con los nudillos en la puerta y paso. No es habitual que los lunes se organicen las visitas, lo usual es realizar el *briefing* los jueves, la semana ha ido aconteciendo y es el momento de exponer la línea de trabajo de la próxima.

—Buenos días —educación, ante todo.

—Buenos días, Olympia.

—¿Cómo tienes la agenda de visitas para esta tarde? —Pablo, habla sin molestarse en retirar la mirada del iPad. Para mí, que está jugando al *Angry Birds*, matando cerdos a *pollazos*. ¡Ups...!, no ha sonado nada bien y en vista de las apreciaciones que ha compartido Leo con nosotras, iba a ser ardua empresa conseguir tino.

—Completa desde la semana pasada.

—Anula la de las siete y media. —¿Perdona?

—A esa hora no se realizan visitas técnicas.

—¿Por qué no? —pregunta el otro, que sí me mira, sin gustarme las formas.

—Porque mi jornada laboral termina a las seis y media.

—Tienes permiso para entrar mañana más tarde. —Si acepto se creará un precedente.

—Puedo buscar un hueco y...

—El hueco es hoy a las siete y media. —¿Será posible? ¿¿Dónde se ha metido el padre de *Los Picapiedra*?!—. ¿Alguna objeción?

¿Puedo insultarte? ¿Mandarte a la mierda? ¿Decirte qué sé que la tienes pequeña?

¡Dios mío, no permitas que me muerda la lengua o moriré envenenada con mi propia inquina!

—Pues si no se ofrece nada más, mañana vendré después de comer.

—Tú ven cuando quieras, pero organiza tus obligaciones para que siga el curso habitual. —Ese curso, en el que vosotros os estáis tocando las pelotas todo el puñetero día, y nosotras pringamos como desgraciadas... ¿Cómo es posible que la dedicación, la responsabilidad y la entrega no se hereden? El Sr. Sureda siempre se ha mantenido como cabeza visible del negocio. No obstante, pensando fríamente, con lo estúpidos e inútiles que son, mejor que

participen poco.

—¿Tenemos los datos del cliente? —pregunto y señala, sin levantar la vista, la carpeta de su derecha.

—Es la remodelación completa de una casa. Ahí está la información precisa. —Pedrito tiende la carpeta y continúa observándome con talante inapropiado.

—Estaré en mi despacho.

He pagado el berrinche con la puerta. Estoy en pleno absceso colérico «nivel A», y se evidencia en los picores incontenibles de mi cuero cabelludo. Si me retrataran ahora mismo, podrían buscar el parecido razonable con un macaco despeluchado, aliviando la comezón a dos manos.

Llamada interna, Thais.

—Pimpi... ¿Estás bien?

—¡No! ¡Menuda tupa de tiranía cargo en lo alto, y solo son las diez!

—Calma, no te alteres..., ¿podemos ayudar?

—¡Qué va! He de cumplir con las visitas previstas y una de premio.

—Si tienes la agenda atestada, ¿cómo piensas organizarla?

—Fuera del horario laboral... Y ve tú a saber cuándo acabo, he de tomar medidas, valorar primeras impresiones y, para ponerle la guinda, está en *Sant Andreu de Llavaneres*. ¡Me cago en el copón bendito! —suena fatal, poco delicado. Necesitaba estallar de alguna manera.

—¿Copón? —¡Sí hija, un copón!

—Una copa grande, Thais.

—No te sulfures y cuida el vocabulario, ese no te pega.

—Lo siento, ¿te parece más fino «*depongo en el Santo Grial*»? ¿Más acorde a tu elegancia acústica?

—¡Ay, Pimpi...! ¿Y por qué no llamas y cambias la visita?

—Porque, por el tono y las formas, debe de ser alguien importante o un amigo... Se lo he propuesto y nones.

—Descarta lo de amigo, es imposible que alguien sea capaz de soportarlos sin obligación.

—Mira Leo...

—Ha escarmentado.

—Intentaré coordinarme y respetar la agenda. Voy más de culo que *San Pa' tras*.

—Ok.

—Gracias, Thais.

—A mandar.

Cómo odio las urbanizaciones. Por muy exclusivas que sean, el sentido de las calles es aleatorio, no siguen un patrón que facilite el llegar del punto «A al B» sin perderte más que un paraguas.

La señora del GPS insiste: «*Gire a la derecha cuando sea posible*», y, no sé si es una percepción mía, pero la última vez que lo repitió, la inflexión ya no era amistosa. Temo que el próximo aviso sea un berrido exasperado indicando: «*¡Que tires a la derecha, coño!*».

¡Como si fuera tan sencillo! Debo de andar cerca de Andorra, en busca de una calle que no sea dirección prohibida o sin salida. ¡Venga!, otra vez a desandar lo andado. ¡Qué cruz, me muevo entre Villa Arriba y Villa Abajo!

Nunca viviría apartada de un centro urbano con sus plazas y avenidas, sus comercios..., tampoco en todo el meollo. Para mí es imprescindible disponer de acceso al bienestar que ofrece tener a mano los servicios de primera necesidad, sin depender de vehículo propio o de un servicio público con frecuencias absurdas.

¡Por fin! Di con ella. Aparco justo en la puerta, dejando libre la entrada prevista para los vehículos. ¡Olympia, al lío!

Con puntualidad británica, presiono el timbre del video portero.

—*Good evening. Who is it?*^[26]

—*Good evening, my name is Olympia Fasol, I'm here on behalf of Interiorismos Suredas.*^[27]

—*Oh, well! Come in, please.*^[28]

Se abre la portezuela y paso aceptando la invitación.

Observo el jardín, demasiado cemento y piedra de río, ¡qué daño ha hecho la estética zen en estos últimos años! Asocian elegancia a un arenero lleno de guijarros blancos y grises con un rastrillo y cuatro cactus, acompañado de una edificación recta, sin la gracia de un tejado... Fachadas blancas e inmaculadas y ventanales, restando más personalidad si cabe al conjunto. Los entendidos en buen gusto estiman que es «*lo más*» en elegancia y exclusividad, y todos los borreguitos se ciñen a ese criterio como los fanáticos sectarios al líder sociópata loco de turno.

Subo una escalinata forrada en loseta antideslizante porosa en exceso — en donde perder las tapas de los tacones—, hasta otro jardín, una explanada de césped bien tupido con una piscina integrada, más otro espacio destinado a

meditar entre piedras y pinchos. Lo único destacable son las tumbonas que rompen con sus ondulaciones en tonos ocres, ese cansino intento de aparentar una tranquila morada llena de paz.

«Nuevo rico», es la conclusión clasista a la que siempre llega mi padre, y un poquito de razón hay que otorgarle al hombre.

—*Be welcome, Miss Fasol. The Mr. and Mrs. Gorraiz, will arrive immediately.*^[29]

—*Agree, I wait for them.*^[30] —Pues qué bien—. *If it's not inconvenient, I will begin measuring the rooms.*^[31]

Intentaré adelantar algo de trabajo. Hoy me veo pidiendo un camastro en donde estirar mis huesos.

—*Oh, Well... Would you like a snack?*^[32]

—*No, thanks for your kindness.*^[33]

—*If you need me, I'll be in the kitchen.*^[34]

Realizo un bosquejo con cuatro rayas mal trazadas, para ir anotando las medidas que tomo. La decoración actual contrasta con el exterior. Otra moda de dudoso gusto es, el intentar llenar espacios con todo lo que *Ikea* ofrece como referente de modernidad. Es tan chic comentarles a los amigos: «*me he comprado un Fjälkinge*», o unas ideales estanterías: «*Kivik, Karkstad o Lövbacken*», ¡se farda tanto...! Cuando la nomenclatura corresponde a localidades suecas que, a los suecos, no les dice nada del producto.

Lo que pocos intuyen es que, *Ingvar Kaprad* —el fundador y expresidente del gigante del mueble barato y con la calidad justa para salir del paso, si el paso es corto—, optó por los topónimos con tal de recordar mejor las gamas de los artículos al padecer dislexia.

Medir en un lugar tan atascado de mobiliario, me irrita. El metro láser no ofrece datos precisos, duplicándose el trabajo y en consecuencia el tiempo empleado. Me veo obligada a mover objetos, colocarlos de nuevo en su sitio, asegurarme de que, en los interiores de los armarios y alacenas, no pasan tubos, ni jácenas, ni columnas, ni cajas de empalmes, y a andar de rodillas comprobando escalones y desniveles... Demos gracias, que esta casa está impoluta, en alguna ocasión, me he arrastrado por otras, en donde no entran las moscas por miedo a salir vomitando.

En esas estoy, tirada por los suelos con el culo en pompas —una posición idónea para que, el típico niño cabroncete, me dé un puntapié y me

revolee por la ventana—, cuando unos nudillos tocan en la puerta.

—*One moment, please.* —Me has pillado apuntando.

—No te preocupes, no pretendía molestar. —¿Esa voz? ¡Bah! Será el inconsciente discurriendo travesuras..., pues no. La perplejidad me delata. Se acerca y tiende la mano. Yo en honor a *Mudito*^[35], estiro la mía y me ayuda a ponerme en pie. ¡Qué *momentazo*, señores!—. Siento el retraso.

—Ah, bueno..., aproveché y tomé medidas de los espacios solicitados a los Sres. Sureda. —Me observa directamente a los ojos. Intimida esa persistencia. Frunce el ceño cuando muevo las pupilas para desconectar.

—¿Te queda algo por revisar? —A ti te medía yo a palmos. ¡Olympia! ¿Te escuchas? ¿Qué diría de oírte pensar así mamá? Opinaría lo mismo, que es un tío macizo, de los de agitar el pañuelo indultándole gracias a su genética sublime.

—En realidad, comprobaba la existencia de elementos que nos obliguen a encajar los muebles o modificar su estructura.

—¿Y qué te parece? —¿La casa? ¡Olympia, qué te centres!

—Tiene muchas posibilidades.

—¿Parecías sorprendida cuando me has visto? —Menuda sonrisa de arrancar sofocos.

—No tenía la más remota idea de que los Sres. Gorraiz, eran ustedes.

—No nos trates de usted, ya nos conocemos. —Aunque no quiero encontrar un doble sentido a sus palabras, que estoy convencida de que no lo tienen, no puedo evitar que mi mente se disperse y malpiense.

—Sin problemas.

—Miranda está en el salón, atendiendo una llamada. Salgamos, estaremos más cómodos sentados a la mesa.

Le tomo la palabra y abandonamos la habitación. Él camina detrás, rezagado murmurando algo así como: «*mejor que de rodillas, por muy sugerente que haya resultado la imagen*», o «*el color de las sillas es estridente, normal que se rajen*». Descarto ambos comentarios, ninguno tiene sentido.

La esposa habla entretenida con una copa de vino blanco en la mano, si tuviera que describir a un ángel, su perfil sería el escogido. La percepción del día que los conocí, no ha cambiado. Todo les acompaña.

—Miranda, cuelga, por favor..., Olympia nos espera desde las siete y

media —la reprende en deje poco amistoso. Ella, levanta la copa, toma un trago, sonrío y le guiña un ojo. ¡Ups!

—*Jane, honey, I have to hang up. We speak at another time. See you later, my sweetheart. Bye...* [36] Hola, Olympia. Discúlpanos, el tráfico de la ciudad es horroroso.

Ahora lo comprobaré, yo aún he de llegar a mi piso en la ciudad, esa de dónde venís tarde.

Nos estrechamos las manos y me invita a sentarme a la mesa. Los dos tortolitos juntos y yo delante, eclipsada... Estoy tentada a sacar las gafas de sol.

La empleada del hogar nos ofrece un tentempié, sirve una copa a Alatz, cuando va a repetir el gesto, le sonrío y niego.

—¿No te gusta el vino? —Miranda pregunta desconcertada, igual que si hubiera negado la transustanciación.

—Prefiero agua, he de conducir.

—Obvio, Miranda. —No han debido de tener un buen día; hecho común entre todas las parejas por mucho glamour que se destile entre ellas. Centraremos la conversación.

—Según tengo entendido, disponemos de un presupuesto abierto, sin embargo, trabajo con más comodidad si delimitamos los conceptos de calidad y acabados. No por ser más caro se adapta mejor.

—La casa es espectacular, no necesita demasiados cambios. Me enamoraron las vistas desde el primer instante. ¿Qué opinas?

Que tu gusto y el mío, son antagónicos en cuanto a decoración y equidistantes sobre el deleite ante una figura masculina sexi. Lamentablemente, yo estaría siempre relegada al fin contemplativo, sin derecho a pernada... ¿¿Dónde está el Sergio Saúl cuándo se le precisa!?

—Disfruta de un enclave precioso. —No soy partidaria de expresar mi criterio sobre estilos personales, encuentro positivo que cada cual le dé su toque distintivo.

—¿Qué conservarías de lo que dejaron los antiguos propietarios? — ¿nada?

—Eso es algo que tenéis que valorar vosotros. Podemos ofrecer el servicio de un equipo de restauradores y lo dejarían como nuevo. —Y qué me montarán un pollo del tamaño de un avestruz, cuando comprueben que unos

muebles son chapados en haya y pino sobre un aglomerado pobre y mal prensado con el grueso de una cartulina, y feos, muy feos.

—Las lámparas son ideales. —Según lo que entiendas por «ideal». En el vertedero lucirán de lujo. No me pronunciaré por respeto. Anotaré diversas sugerencias de estilo y se las propondré cuando resuelvan cuánta bazofia se queda y de cuánta prescinden—. Alatz, creo que solo bruñéndolas aportarán distinción.

—Las lámparas son bodrios y el resto del mobiliario únicamente son útiles para acumular polvo —durante toda la conversación ha estado jugueteando con el envoltorio de un caramelo, plegándolo bien pequeño, ausente... Le da por hablar, y ¡zas!, en toda la boca.

—Deberíais clasificar todo lo que pensáis conservar. Así puedo ofreceros algunas composiciones.

—¿Para cuándo lo necesitas? —Miranda se muestra contrariada con la actitud poco cooperante de su marido.

—Entre antes tengamos los elementos sustituibles, antes podremos avanzar. Hablamos de una reforma importante, no es solo una limpieza de cara.

—La basura irá a la planta de reciclaje, Olympia. —Ha pronunciado mi nombre en un tono tan adusto que he enderezado la espalda. De reojo miro a la confundida esposa, mientras garabateo en la aplicación de dibujo del iPad, disimulando. Ella arruga la frente desconcertada, anonadada..., yo le habría dado tal *bandejazo* por estúpido, que el plato lo podría usar de molde para la máscara de carnaval.

—Pero... —Se masca la tragedia.

—Pero nada, Miranda... Aquí solo hay mugre. El sábado, pasaros Saúl y tú, comemos juntos y nos muestras tus ideas, tienes carta blanca. —¿Eh?

—Yo no trabajo los sábados —como justificación es aceptable.

—¿Y comes? —¡Tío, frena! Soy una mandada, no me metas en vuestras cuitas.

—Es poco profesional mezclar conceptos.

—Entre amigos estas situaciones acontecen —si dijera ahora mismo que entiendo a este tipo, me encarcelarían por cometer perjurio.

—Hablaré con Sureda, se han disipado todas las ganas de reformar que tenía. —¿Pero? Rápido, Olympia, contrataca.

—Os adelanto los bocetos por mail y concretamos otra tarde..., puedo

adaptarme a vuestros horarios

—No, Olympia, no te molestes. Ahora, por joder, no realizará la remodelación... Es así de voluble.

—¿Yo voluble? Te recuerdo que estamos aquí porque tú no estás contento en ningún sitio. —Mejor recojo y regreso a *my sweet home*^[37]. Escuchar reproches y broncas, no está dentro de mis atribuciones ni del presupuesto, por muy abierto que sea.

—¿Crees que es el momento adecuado para una de tus escenitas? — comenta con un mosqueo importante. Ella le mira indiferente, debe de estar acostumbrada.

—Bueno, si cambiáis de opinión en cuanto a la reforma, poneros en contacto con la empresa, estaré encantada de ayudaros. —¿Me puedo ir?

—Disculpa nuestra falta de hospitalidad. Te acompaño a la puerta — Miranda se disculpa desganada.

—Buenas noches, Alatz. —Cambia la dirección de su mirada y busca la mía... El brillo del enfado en sus pupilas, apoca.

—Siento el lamentable espectáculo, Olympia.

Gesticulo restando importancia. Nos levantamos todos de la mesa, y ambos me acompañan a la entrada de la propiedad. Sería menos extraño que los guijarros susurraran *au revoir*^[38], que los anfitriones se mostraran comunicativos. Les estrecho la mano, nos despedimos con un escueto «*buenas noches*», entro en mi coche, arranco y emigro.

Espero aclaren sus diferencias y que finalmente opten por hacer la reforma. Sueno interesado, y lo es, no me apetece en absoluto, recibir una bronca de *Los Picapiedra* por perder el *business*.

La pantalla del navegador se enciende, parpadea indicando que voy a recibir una llamada, y el lector del dispositivo, con esa voz de mujer amargada, informa:

—Tiene una llamada de... Saúl. Aceptar o rechazar. —Nota mental: cambiar los parámetros para que la voz sea la de un tío.

—Aceptar —da un tono y se descuelga—. *Hi, Teddy*.^[39]

—Espera que me mondo y me parto... Lograrás acofijarme.

—Lo veo poco probable, ¿no me llamas tú, *pussycat*?

—Porque eres una gatita, uhm... Tengo marcas que lo acreditan.

—Las bolsas de mis párpados inferiores, también dan fe de que tú eres

un osito... —La risa hueca inunda el habitáculo a través de los altavoces. Yo también río.

—¿Estás conduciendo? Me ha parecido escuchar el sonido de los intermitentes.

—¡Qué observador! Eso en un hombre es todo un mérito.

—Lo soy, podría describir tu cuerpo con todo lujo de detalles.

—Saúl, no voy sola en el coche. —Toque de humor.

—¡Hostias! —río y me desenmascaro solita —¡Qué cabrona!

—Me lo pones a huevo.

—¿Por qué no vienes a casa? Tengo la cena preparada.

—He tenido una tarde algo convulsa... Saúl, estoy muy cansada.

—Prometo portarme bien. —Creo descubrir un tono sugerente, aunque también podría ser invención mía.

—¿Cómo de bien?

—Baño con sales, velas y copita de cava..., cena succulenta y postre muy dulce. —Uff... malo, malo.

—¿Cómo de dulce?

—Extremada y exquisitamente dulce.

—Mira, iré por no hacerte el feo —se carcajea de satisfacción.

—Si vienes te quedas a dormir —advierte. Tampoco era necesario, pensaba hacerlo de todas maneras.

—Si insistes... —Así, Olympia, indiferente, en tu línea de estupidez—. Pasaré primero por mi piso, para coger ropa limpia.

—¿Voy preparando la bañera?

—Saúl, sin velas...

—Sin velas.

—Con vino de aguja, no me gusta el cava —ríe.

—Un *Peñascal*, ¿le va bien a la señora?

—De primera.

—¿Alguna otra sugerencia? ¿Le paso el menú?

—Me fío, tengo más cansancio que hambre...

—Ya me encargo yo de abrirte el apetito. —En esta ocasión he pillado la alegoría rijosa.

—Pásame un mensaje con la dirección. Mi GPS aún no lee la mente.

—¿Voy a buscarte? Así te evitas conducir hasta aquí.

—¿Y mañana me llevas a trabajar también?

—Ya contaba con ello. —Todas estas atenciones... ¿Serán normales?

—Agradezco el gesto, sin embargo, prefiero dediques el tiempo del viaje en preparar un baño de película —ríe de nuevo.

—Así, si no es lo que esperas, no dependes de nadie.

—No lo había pensado —miento—, pero, ahora que lo dices...

—Sí, sí..., ahora que lo digo... —replica incrédulo—. Va, no te distraigo más, te envío un mensaje. Nos vemos en un rato, preciosa.

—Hasta ahora, guapo.

Me convierte en princesa, una princesa algo cínica, cortejada por un caballero un tanto impaciente, que, estando más delicioso que una tarta de queso con arándanos, se fija en la *Pantera Rosa* de *Bimbo*.

Por descontado no me presentaré con el sopor del día pegado al cuerpo. Imaginemos la situación, todo dispuesto para un relajante baño aromático y jabonoso, me quito las botas y se baja hasta la espuma. Mención aparte para mis calcetines; al ir ocultos, son gruesos, coloridos y salpicados de corazoncitos, tan sexis como las bragas de cuello vuelto de mi Thais.

Y, hablando de ropa interior..., el conjunto de hoy es de estilo deportivo, de los que mantiene todo en su sitio. Un tanga y sostén *Calvin Klein* de goma ancha logotipada —sí exacto, esa que muestran los chulitos con pantalones cagados—, que la secadora ha dado de sí al elástico y se riza en las costuras.

En previsión de pasar alguna tarde más con el Sergio Saúl, he de comprarme unos cuantos conjuntos adecuados a sus expectativas, que, por cierto, desconozco. Dudo fantasee con ropa ajada ni en colores extravagantes. ¿Fantaseará...? Me resulta inverosímil que un hombre como él se excite pensando en mí.

Pongamos la situación en perspectiva y maticemos, soy resultona en las distancias cortas, luego la percepción tiende a diluirse y desaparece...

Entre nosotros, desestabiliza el binomio, la descompensación física, y eso me apabulla. He de mantenerme en guardia, si me ilusiono, cuando a él se le pase la efusión por lo cotidiano, la cara de estúpida será para foto viral en el *Instagram*.

Comprobaré mi agenda, mañana no tengo visitas programadas, llevaré una muda informal en la bolsa del gimnasio; unos tejanos, un jersey, ropa interior y unos botines con unos tacones de los que levantan el *culete*.

Me aseó igual a un gato, por partes; pies, axilas y partes bajas... Me visto y me marchó.

El GPS me deja justo en la puerta. Vive en una zona montañosa frente al mar. Las calles son empinadas e intrincadas, dos veces he engranado la primera velocidad para acabar de subir la pendiente.

Sin llegar a tocar el timbre, se abre la verja y entro hasta el garaje. Apago el motor, bajo y ni un alma me recibe. No me esperaba un cortejo regio, pero un «alguien», ¡qué mínimo!

—¿Hola? —saludo y pregunto.

—¡Sube, por favor! —exige una voz desde la planta superior a través del hueco de la escalera.

Obedezco con un repunte tímido, me siento una intrusa. Siguiendo los tintineos de unas copas, paso al salón que es impresionante, decorado con personalidad en tonos de contrastes claros y oscuros. La cocina está integrada y separada por una barra con taburetes altos..., ahí me lo encuentro, con una camiseta y un pantalón de deporte rellenando unas copas con vino blanco, que se derrama desde una llamativa botella violeta. Se acerca con esa sonrisa de triunfador que lo caracteriza. Menos mal que he pasado por casa, ya estoy sudando de nuevo.

Me coge el jersey por el estómago y me atrae hacia él, con ímpetu y cuando va a besarme, le hago la cobra. En la vida, chaval, no todo es llegar y vestir al santo..., ¿o era desvestirlo? ¡Leo y su maldita costumbre de reinventar el refranero!

—Si vuelves a retirarme la cara, no llegas al baño con ropa.

—¿Pretendías que sonara a amenaza?

—Sí.

—Pues sigue practicando. —Lo sujeto de la pechera, pego mis labios a su boca, él aprieta los suyos en un ademán inconformista, pero es rozarlos con mi lengua y el huracán Saúl responde.

—Hola, *pussycat* —saluda apoyando su frente a la mía.

—Esta mañana quedamos en tomarnos esto con calma.

—¿Tú me ves a mí nervioso?

—Nervioso, precisamente no.

—No somos niños... —Toma las copas y me da una de ella—. Sabemos lo que queremos.

—Entonces, sabes más que yo.

—Por todo lo que nos queda por saber. —Brindamos y le damos un trago largo—. ¿Te gusta?

—Sí, está muy bueno...

Tras un par de sorbos más, deja la suya en la encimera, yo repito el gesto, me toma de la mano y me conduce hasta el baño. Desde el pasillo se acusa la fragancia de las sales y dentro, el clima es de lo más estimulante; la luz tenue, el aroma a esencias florales, la música celta... Un deleite para los sentidos. Se saca la camiseta, para cerrar el círculo de goce visual.

—¿Te ayudo?

—Sí..., tú llevas menos ropa que yo.

—Nos desharemos de este jersey tan molesto... —Recorre los costados de mi cuerpo lentamente—, me encanta la suavidad de tu piel y como responde a mi tacto.

—Tienes tablas. —Desabrocha los tejanos y me sienta en la encimera del lavabo con tal de descalzarme.

—Se intenta —responde con una inocencia más falsa que un billete de trescientos euros con la cara de Leónidas.

—Toda esta exhibición de recursos fácticos seductores, los tienes más que probados.

—¿Te sorprende?

—No, era de suponer. —Retira los pantalones y los calcetines.

—¿Y qué es lo que das por supuesto?

—Que no tienes por costumbre dormir solo. —Me ayuda a bajar. Se suelda a mí...

—Las mujeres que han dormido conmigo, se pueden contar con los dedos de una mano.

—Si la idea es dormir, lógico que te dejen solo. —Se lanza vampíricamente al cuello.

—En mi cama no ronco —sin separar sus labios de mi piel, se defiende.

—Eso lo podremos comprobar más tarde.

—Mucho, más tarde.

Desabrocha el sujetador enterrando su cara entre mis pechos. Traza con su lengua una ruta recorriendo mi anatomía erógena sin descuidar un milímetro de placer, mientras retira el tanga negro de puntilla sin reparar en ella. Desciende en dirección a un punto concreto y allí se emplea... y cómo se emplea. Yo con tal de no caer, me aferro a su cabello.

—Saúl..., me flaquean las rodillas.

—De rodillas, también se pueden hacer muchas cosas.

Sus certeros lengüetazos consiguen que todo lo que se tiene que contraer y expandir, se contraiga, se expanda y explote. Logrado el hito orgásmico regresa a mi boca que sabe y huele a mí. Su excitación le hace olvidar las buenas maneras y sin pedir permiso, me aúpa de las nalgas e invade mi intimidad impetuosamente. Va serle imposible mantener el ritmo sujetándome a pulso y no me hallo en disposición psíquica ni física, de cortarnos el rollo, así que le ayudo apoyándome de nuevo en la encimera, abriendo bien las piernas para que acceda a placer, ahondando tanto como dé.

—¿Puedo correrme dentro? —La mente masculina en éxtasis es digna de disección para estudio.

—¿Y ahora lo preguntas? Nene, ¿he de recordarte que, antes de llover, chispea? —contesto en pleno apogeo, jadeando.

—Pues... ahí va...

Bombea en intensidad e inyecta sus fluidos. Ya más aliviado abandona la invasión íntima lentamente y descansa con su frente en mi torso. Demos gracias a que opté por subirme al *Silestone*^[40], ya me parece increíble que la piedra haya soportado mi peso. Un minuto después, busca mi boca, me besa ayudándome a bajar.

—El agua debe de estar fría.

—No, mantiene la temperatura. —Había oído hablar de ese sistema termorregulador caro y exclusivo. Está perfecta. Me siento frente a él. Toma mis pies por el calcañal y masajea con la presión apropiada. Cierro los ojos y me dejo llevar.

—¿Necesitarás la píldora del día después? —¿Ahora te entra el miedo? Ni me molesto en abrir los párpados.

—Estoy en mis días fértiles. No utilizo anticonceptivos hormonales atendiendo a convicciones éticas, muchísimo menos una pastilla semi abortiva. —Entreabro los ojos una chispa para ver la expresión, entrecierra los suyos y seguido salpica mi cara.

—No tuve en cuenta la profilaxis cuando preparé el baño.

—¡Chico, si era de cajón que parte de lo que va a suceder esta noche, empezaría aquí! —Atrae hacia sí la cubitera, saca una botella en forma de perfume antiguo con capacidad de 75cl, la descorcha y rellena unas copas tipo *Pompadour*, esa tan en boga en mixología, elaboradas tomando como horma los pechos de la cortesana francesa *Renee Poisson* o de *María Antonieta*, o de

alguna pechugona de la época.

—Tienes una impresión predefinida de mí, que no se acerca ni de lejos.

—Ahora vas a contarme que hasta conocerme eras un fiel seguidor del ascetismo. —Me entrega la copa negando.

—No, del ascetismo no, pero de la monogamia, sí.

—¿Estabas casado?

—Llevábamos más de cuatro años juntos. Rompimos definitivamente hace unos meses.

—¿Y no habéis intentado volver?, cuatro años son muchos días.

—Y mucha rutina... —Paladeo el vino rosado y espumoso, meditando este giro inesperado—. ¿Qué piensas?

—¿Por qué yo? —le suelto a bocajarro.

—¿Por qué tú? Vaya una pregunta más extraña. ¿Y por qué no?

—¿Te gustan las feas? —Se atraganta con el vino y después se descoyunta de la risa.

—¿Te ves fea?

—No me veo guapa, la verdad.

—¿El problema es de vista o de autoestima?

—Ni una cosa, ni la otra.

—Pues, tienes una visión altamente distorsionada de ti misma. Porque eres un *pibonazo*.

—¡Venga ya! Entonces Miranda, ¿qué es?

—Un pibonazo distinto, aunque tú estás infinitamente más buena.

—Saúl, córtate..., ya hemos tomado postre y café juntos...

—Olympia, «permíteme que insista». —Ahora soy yo la que rompe la calma a carcajadas. Deja la copa y vuelve a masajear mis pies. ¡Dios, lo voy a adoptar!

—Gracias por darle el contacto de los Sureda para la reforma de su casa, aunque no trabajo a comisión.

—¿A quién?

—A los Gorraiz.

—Yo no les he dado referencias de los Sureda. Ni sabía que tenían prevista ninguna reforma.

—Pensé que habías sido tú... Qué casualidad.

—Demasiada... ¿Y qué tal?

—No hablemos de trabajo. Son muchas horas de dedicación, para

después resumir el día a alguien que no va ayudar en nada.

—Sentir que otro te escucha reconforta.

—Es más estimulante un buen consejo, hablar por el hecho de llenar huecos, es monótono y absurdo —sonríe.

—Tienes una personalidad adictiva, Olympia... Es lo malo de las mujeres agudas, perspicaces, ingeniosas y audaces, te atrapan y no te puedes liberar de ese magnetismo temperamental.

—¿Y tú quieres decir que yo soy todo eso?

—Lo que me has dejado ver.

—Me aprenderé esos adjetivos, por si he de realizar alguna entrevista de trabajo en el futuro. —Dado el éxito de esta tarde, no lo descarto.

—*Oh, my pussycat... You drive me crazy.*^[41]

—Venías así de fábrica, no inventes.

No tengo la más remota idea de cómo he llegado a la cama, puedo figurármelo, pero conscientemente, no, no lo sé. He dormido de un tirón, de haber caído una bomba en el jardín, me habría enterado tras ver el cráter. El insufrible hecho de que ronque igual que un oso cavernario, hoy no me ha desvelado. Para hacer honor a la verdad, me han despertado el olor a tostadas y café, mis tripitas han proferido un antiestético gruñido al desperezarse.

Busco algo que colocarme encima por no salir igual a Eva persiguiendo a Adán en el paraíso. Encuentro un pantalón de deporte y su camiseta. No creo molestarle y, si le molesta..., dos piedras y a picarse con ellas los dedos.

—Buenos días, ¿cómo has dormido? —¡Chica sonrisa delatora!

—Mejor que anoche... Tanto vino, ensordece a cualquiera.

—Yo bebí el mismo que tú, y gatita..., te he escuchado bufar toda la noche. —Se acerca para rodearme con los brazos—. Aunque, hasta ese sonido en ti es sexi, son unos rugidos muy sensuales.

—Lo que ruge en este momento, son mis tripas, han olfateado el desayuno y están en guardia como los perros de caza, señalando la presa.

—¿No llevas nada debajo? —pregunta tonta, teniendo en cuenta que está sobándome los pechos.

—A debajo de la piel, ¿te refieres?

—Ahora mi ropa tendrá tu aroma de recién levantada...

—Eres un enfermo.

—Tú, un virus, y estás acabando con mi sistema autoinmune.

—Desayuna, verás qué rápido te recuperas.

—Justo eso pensaba hacer ahora mismo.

Se ha empeñado en llevarme a trabajar y luego en recogerme. Tras un tira y afloja en donde yo he tirado más, determinamos dormir en mi piso. Me asusta un poco padecer una nocturna de Saúl con octabajo en *Do mayor*. Pasaré por la farmacia; a grandes ronquidos, buenos taponos.

Según él, se las ingeniará para que esta tarde mi coche esté en el parking. No me preocupa, le he mostrado la agenda, necesitaré un coche mañana y no tengo inconveniente alguno en conducir su *pepinazo*. Como todo macho que se precie, le ha patinado el mecanismo asociativo de «prestar» con «coche».

—A las seis y media estaré aquí puntual cual reloj suizo.

—Sé puntual como uno chino. Nunca salgo a la hora y si sé que vas a estar esperándome, me entran los nervios de dios y aún me atraso más.

—No me importa esperar. —Levanto una ceja.

—A todos los hombres les fastidia esperar y a todas las mujeres le enrabieta ese reproche... Tú hombre, yo mujer... —rompe a reír y acaricia mi muslo por encima del pantalón.

—No me importa esperar.

—Como gustes..., aunque, a la más mínima insinuación, te vacío el bote de perfume y esta vez, vas avisado —sigue riendo. Frunce el ceño y tuerce la cabeza.

—¿Quiénes son esas dos que no nos quitan los ojos de encima? —Me vuelvo, aun sabiendo a qué «quiénes» se refiere.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunto desapasionada.

—Sí, ¿por?

—Te las voy a presentar, de no hacerlo, me darán una mañana que ríete tú de las moscas cojoneras.

Bajamos del coche, cruzamos la carretera y nos acercamos a dónde están las dos *boniatas*. Con cara de lelas. Hago muecas a ver si disimulan un poco, pero o no transmito lo que quiero o son más simples que el vocabulario del correccaminos.

—Buenos días, chicas. —Él espera su turno de palabra, de seguir sonriéndoles así, estas dos van a necesitar lágrima artificial para humedecer los globos oculares—. Saúl, te presento a mis amigas, Thais y Leonor.

—Encantado de conocerlos. —Dan un paso y se reparten los besos correspondientes.

—El gusto es nuestro —responde Thais, algo menos perpleja.

—Olympia ya nos había hablado de ti. —¡Leo! *Shut up!*^[42]

—Ah, ¿sí? —¡Oh, no! ¡Quiere sacar información! —espero que sean solo cosas positivas.

—Oh, sí..., todo positivo. —Despellejaría a Leo. Lanzo miradas de advertencia que elude. ¿¿Dónde está la cinta americana cuando es necesaria!?

—Gracias por devolverme el libro. —¡Bendita Thais!

—A ti por prestárselo a Olympia. He de reconocer que, de no habérselo dejado olvidado en el hotel, no lo hubiera leído y habría sido una pena. —Estoy confusa. ¿Le responde a ella mirándome a mí...? ¿Insinuará algo más? *Ains...* ¡Ahora mismo podría pellizcar cristales!

—Ya considero a Paula y a Jorge parte de la familia de tanto leerlo... —Me lo creo, esta niña está muy necesitada de emociones románticas fuertes—, incluso a Pimpi, que es de literatura clásica y aburrida, le emocionó.

—¿Pimpi? —Entorno la mirada y niego—, Pimpi...

—Olympia, *O... lym... pi... a.* —¡Como si no fuera ya poca penitencia cargar con el nombre!

—Saúl, un placer conocerte, ¿vamos tirando Leo?

—Sí, claro..., ya nos iremos viendo. —Creo que Leo está en estado de shock, aunque tampoco lo juraría, Leo es... Leo.

—Adelantaos, ahora subo.

Se encaminan hacia la entrada, mirando de soslayo, cuchicheando, riendo *pavamente...* ¡Menudo par de pedorras!

—Parecen majas. —Típico cumplido fácil cuando no sabes qué decir, acompañado de sonrisita guasona.

—Y tú a punto de saltar en pedazos por un subidón de vanidad. —Se acerca entre risas y me da un casto y juguetón beso en la mejilla.

—Paso esta tarde..., Pimpi.

—Saúl, soy de venganzas retorcidas... Recuérdalo antes de volver a llamarme Pimpi.

Tras un día movido en cuanto a llamadas, trabajo y amigas cotillas deslumbradas por el porte y las formas del Sergio Saúl, ponemos fin a la jornada.

Como era de esperar, *Los Picapiedras*, se enteraron del fiasco de la remodelación de la casa de los Gorraiz. Sorprendentemente, me escucharon sin hacer incisos mordaces y de mal talante. Justo cuando me había preparado para detener balones, deciden no chutar... ¡Oye, tú, mucho mejor! Así, ya tengo pensado el alegato para la próxima.

Cerramos el chiringuito. Salimos riendo, bromeando sobre el tema del día: «Sergio Saúl y lo bueno que está», mezclando tangas de hilo con las bragas de buzo, con pies doloridos y exceso de calor en ellos..., cosas de chicas.

Habla por teléfono, apoyado en su flamante *Audi*, con gesto serio, concentrado.

—Nena, este tío es de anuncio —comenta Leo abanicándose.

—Se te cumplió el deseo de fin de año, Pimpi —Thais acompaña el apunte con un codazo amistoso.

—Yo no quemé las bragas rojas pensando en un tío *buenorro*.

—¿Pediste encontrar al amor de tu vida? —Leo y su cándida visión del romance en donde todo es rosa o lila.

—Frío, frío, como el agua del río.

—¿Entonces? —Al unísono. En otra vida fueron siamesas compartiendo el cerebro.

—Me tragué todas las uvas soñando con el coche.

—¡Tía!

—Hasta mañana, monadas...

Les saco la lengua y me acerco a Saúl. Me recibe con un comedido beso en los labios.

—¿Qué tal?

—Vámonos, me tienen frita. —Abre mi puerta, rodea el coche, se desabrocha el botón de la americana y levanta la mano para despedirse de Thais y Leo, dejándolas igual a dos boquerones. Entra en el coche y arranca. ¡Ahí es *na!*

—No disimules, se nota que no tenéis demasiados secretos entre

vosotras.

—Tenemos mucha complicidad, pero cuando se ponen en modo «*Vieja'l Visillo*»^[43], el bombardeo sobre Berlín se queda en una granizada.

—Estáis todo el día juntas y seguro que aún os queda cuerda para colapsar el *WhatsApp*.

—Eso tiene una base científica.

—Claro, que de natural necesitáis destriparlo todo.

—Mira tío lila, una mujer pronuncia sin problemas una media de entre seis mil y ocho mil palabras diarias, además, recurre a unos dos mil o tres mil sonidos vocales para comunicarse y a unos ocho mil o diez mil gestos, expresiones faciales y demás movimientos de cabeza y cuerpo.

—Aplaudo tu capacidad para almacenar datos poco prácticos, aunque no sé a dónde quieres llegar.

—A que eres muy tonto.

—Va, no te ofusques mujer..., el tema era interesante, continúa.

—La suma arroja un resultado de más de veinte mil señales comunicativas.

—¿Y?

—La media diaria total en un hombre es alrededor de un tercio al de la mujer.

—Unas... ¿siete mil señales?

—Aproximadamente, eso conlleva a que al final de la jornada a vosotros os quedan unos pocos monosílabos para compartir con nosotras.

—Y capaz sois de acumularlas para el día siguiente. —Simula sentirse horrorizado.

—No hombre, eso lo soluciona el *WhatsApp*.

Acaba de marcharse, debía de tomar un vuelo a Milán y estará allí hasta el lunes que viene. O yo me estoy acostumbrando a su respirar profundo durante el sueño o él se ha acostumbrado a mi cama, el caso es que dormimos bien uno al lado del otro.

Es curioso, quería ser cauta, marcar una distancia prudencial, no lanzarme a la piscina sin manguitos y en este afán mío de llevar la contraria por sistema, me boicoteo a mí misma y le permito que se instale en casa toda la semana.

Debo de tener disfunciones neuronales de primer orden, una incapacidad crónica para respetar determinaciones propias y ajenas. Tendría que probar la auto psicología inversa. A lo mejor, con tal de fastidiarme, no me haría caso..., o me haría caso pensando en no hacérmelo, para hacer lo contrario de lo que haría en realidad... Necesito otro café.

Suena el timbre, es demasiado pronto para ser el cartero. Los funcionarios de correos no abordan el reparto de correspondencia a las siete de la mañana. A esta hora, aún no se han despertado los funcionarios que ponen las calles. Será el Sergio Saúl, se habrá dejado algo.

Abro sin preguntar, dejando entornada la puerta. Llevo una bata de raso morada ceñida a mi cuerpo por culpa de la estática y no deseo que los vecinos divaguen con lo que no llevo debajo.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —¿¡Pero?! ¿¡Qué coño?!

—¿Tú qué haces aquí? —Intento taparme como puedo, pero me faltan brazos y tela.

—Estaba por la zona y necesitaba disculparme.

—¡Ostras! Tío, existe el teléfono... Es sábado, son las siete de la mañana... ¡Tú estás tocado del ala! —Sí, he perdido la compostura..., pero, ¿es para perderla o no?

—No me gustan las justificaciones telefónicas. —¡Justo por eso Jan Koum creó la mensajería gratuita!

—¡Pues avisa, joder!

—He tocado al timbre. —Ese puchero de inocencia no te pega y no me lo creo.

—Obviamente, no te he abierto a ti.

—¿No me hubieras abierto?

—Alatz, hijo mío... ¡En bata, no! —¿qué debe de encontrar tan gracioso como para partirse de risa? A mí solo me apetece partírle la cara—. Voy a buscar algo menos..., más, quiero decir más... Déjalo, ahora vengo.

Se está riendo de mí. ¡Esto es inaudito! ¿Qué pasa con mi aura últimamente?

Por no dejarle solo el tiempo de vestirme, cojo un albornoz, es menos sexi y más largo.

—¿Cómo sabes mi dirección?

—Saúl me lo dijo. —Pestañeo unas veinte veces seguidas.

—¿Le dices a Saúl que vas a venir y no me llamas antes? Eres un ser algo complejo.

—No lo sabe. Me envió un correo para que supiera dónde localizarle. Por lo visto, se aloja aquí —suena a recriminación, mis sensores fónicos deben de fallar—. ¿Podemos hablar?

—Habla.

—A ser posible, los dos sentados y con calma.

—No sé por qué me presto a esto... Anda, pasa. ¿Miranda sabe tus intenciones? —Esboza una perfecta sonrisa torcida. ¿A qué ha venido eso?—, no quiero malos entendidos.

—No suelo dejarle copia del itinerario cada vez que salgo de casa.

—Chico, pues es para exigírtelo. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias. —Observa la decoración. Sí lo sé, es ideal, la he diseñado a mi increíblemente acertado criterio estético—. Lo del otro día estuvo fuera de lugar, lo propicié yo. Tendría que haber esperado a estar a solas con Miranda para tratar el tema.

—No es la primera vez que he de enfrentarme a disputas entre los propietarios, por discrepancias similares. —Le sirvo el café—. ¿Solo o con leche?

—Con leche, por favor... Dos de azúcar si eres tan amable. —¡Qué señoritingo! Pues nada, dos de azúcar—. El caso es, que no lo hice bien.

—Bueno, te agradezco el gesto, aunque no era necesario en absoluto.

—No he venido solo para eso.

—¿Quieres que vuelva a pasar para reiniciar el proceso de reforma?

—Por ahora, todo está paralizado. Puede que más adelante.

—¿Entonces? —Ahora sí que estoy más perdida que un *pedete* en un jacuzzi..., con perdón.

—¿No me recuerdas? —¡Ay, Virgen del Primer Tiento!

—¿Debería? —Disimula, que no te pille...

—Probablemente, sí.

—¿De la Universidad?

—No —sonríe y busca mi mirada. Esa técnica no te va a servir de nada, miento igual de bien, mirándote a los ojos que a los pies—. No somos de la misma promoción, ni de la misma facultad.

—Entonces debes de estar equivocado de persona.

—Sé que no, aunque confío en que hagas memoria.

—¿Tan importante es para ti ese insignificante hecho?

—Si no fuera importante, no estaría en tu casa. Te hubiera llamado para excusar mi conducta inapropiada.

—¿Te debo algo? No recuerdo haberle pedido dinero a nadie, o no una cantidad que responda a tal desasosiego.

—No importa, Olympia.

—Aclárate, nene, ¿importa o no importa? —Estoy interpretando el papel de mi vida. Me nominaría a todos los premios de cine y me los otorgaría a mí misma.

—Me gustaría que fuéramos amigos.

—No sé yo qué decirte, Alatz. Las visitas inesperadas, las tolero poco, pero si se presentan un sábado a las siete, sin avisar y en plan enigmático, no les confiero la cualidad de amigo —ríe.

—Eres tan tú, como recordaba. En fin, gracias por el café. Hablar contigo siempre es refrescante.

—Ya tendremos tiempo de hacerlo a otra hora menos intempestiva. —Y yo con ropa más apropiada.

Le acompaño hasta el recibidor. Abre la puerta. Se acerca, me sujeta por los hombros y posa sus labios en mis mejillas rozando con las suyas parte de las mías, y los pómulos con su nariz. De nuevo ese pellizco interno que me desbarata.

—Hasta la próxima.

—Adéu^[44].

Es lo máximo que soy capaz de vocalizar. Sale, cierro la puerta y me concentro en regresar a la tierra.

¿A qué ha venido esto?

No entiendo absolutamente nada de la situación en la que me acabo de ver envuelta.

¿Es tan sumamente ególatra que requiere el reconocimiento?, ¿en qué posición quedo si lo hago?

¿Por qué miento tan jodidamente bien?

¿Por qué al rozarme toda mi anatomía responde?

Debe de ser alguna extraña conexión sensorial que une zonas muertas de mi mente y les da una descarga de electroshock, para que no olvide que fue el primero y que eso marca.

¿Le pasará igual a todo el mundo?

Podría ser que esto solo me suceda a mí. Al no relacionarme fácilmente con mis congéneres y, como somos socialmente dependientes, necesito tener presente a aquellos que me aportaron algo positivo en el pasado, en mi caso, el polvo de apertura.

Y hablando de polvos... ¿Es oportuno que Saúl sepa de la visita?

Mi *demoniete* en el hombro izquierdo no se pronuncia. Mi angelito en el derecho apuesta por la honestidad. Tiene su razón, si luego surge el tema, ahora que vamos a ser todos coleguitas, me pillaría en bragas.

¿Y cómo se lo cuento? Ensayemos: «*Hola, nene. ¿Qué tal por Italia? Yo, bien..., recogiendo un poco. Si vieras lo que ha sucedido poco después de marcharte, ¡No te lo vas a creer! Tocaron el timbre y abrí sin preguntar. ¿Adivina quién era? Alatz, pasaba por aquí y le invité a tomar un café con la bata morada, tal como me dejaste tú, recién follada y en bolas*».

No, definitivamente, no es adecuado sacar el tema a colación, mi demonio ha de estar depresivo o en fase reflexiva.

Tampoco ha ocurrido nada vergonzante, hemos tomado café...

Si todo es natural y decoroso entre amigos, ¿por qué parpadea en amarillo chillón «adúltera» dentro de mi cráneo?

¡Va, Olympia, pasa de tanto misterio! ¡Te gustan más los enredos mentales que los nudos a los rastas!

—Me has echado de menos? —demasiado convencido de la respuesta, emite su pregunta. Tendremos que bajarle los humitos al nene.

—¿A ti?

—No, al tío Paco... ¡Hay que joderse contigo!

—Sí, mejor que lo hagas conmigo que con otra. —Se coloca encima de nuevo.

—Solo soy un cuerpo —¡matiza guapo! Un glorioso cuerpo.

—Me has llamado una media de tres veces al día, ni he reparado en tu ausencia.

—¿Y esto? —Entra suavemente y se mantiene sin moverse—, ¿has extrañado esto?

—Nene, ¿has olvidado el viernes por la noche y el sábado antes de marcharte? Porque, chico..., aún me duran las agujetas —rompe a reír en mi boca.

—Tengo entendido que mejoran ejercitando la zona afectada.

—¡Sí, claro! A otro perro con ese hueso... —Se mueve lento. Busca mi boca.

—Por probarlo no perdemos nada. —Controla la respiración con tal de simular desgana.

—Si va a ser para ti un sacrificio, yo te absuelvo. —Muerde mi cuello estirando de la piel.

—En el nombre del Padre... —blasfema mientras entra con rudeza—, del Hijo...

—Alarga al Espíritu Santo o..., calla para siempre.

No hay que rogarle para que se emplee afondo satisfaciendo mis deseos lúbricos.

Atenciones picantes en contraprestación, a la agradable sorpresa de presentarme en el aeropuerto a recogerle sin avisar. No lo confesaré, pero, hasta a mí misma me ha extrañado. Generalmente y por no hacerme pesada, no tomo tales iniciativas. Esa necesidad demostrada durante estos días por

mantener el contacto conmigo casi en continuo, ha sido determinante para arriesgarme a dar el paso.

—*Wow, Darling!*^[45] Esto está buenísimo —comenta dando descuento a un mar y montaña encargado en el restaurant en donde comemos habitualmente.

—¡Las horas que pasé ayer en la cocina! —suena forzado. Él enarca una ceja y tuerce la cabeza.

—Por eso está hasta arriba de bandejas de *pórex*^[46] el cubo de los envases. —¡Me pilló!

—¿Y qué haces tú husmeando en mi basura?

—No husmeaba.

—Pero, ¿a qué está bien presentado? —algo habré de esgrimir en mi defensa, ¿no?

—Me sobra perejil seco. —Mírale apartando el único toque personal que tiene.

—Pensé utilizar reducción de vinagre de Módena.

—¿Para qué?

—Para escribir «idiota» en ácido.

—Va, mujer..., no te ofusques.

—Cómo vuelvas a utilizar ese tono condescendiente conmigo, probarás mis mejunjes... ¡Y pobre de ti, que la crítica sea mala! —ríe, se troncha.

—Prometo probar tus mejunjes y valorarlos positivamente.

—La única que puede adjetivar a sus mejunjes de «mejunjes» es la cocinera, así que al tanto.

—Prometo ponerle un *like* a la publicación de *Facebook*.

—No somos amigos —se desternilla.

—Te enviaré una solicitud de amistad.

—No podrás, te bloquearé y no localizarás mi perfil.

—Serás capaz... —apunta entre risas.

—Ponme a prueba.

—Ya me he enfrentado a tu ira..., no motivaré tu saña.

—Chico listo.

—Este sábado podríamos hacer algo juntos.

—Últimamente, menos trabajar, lo hacemos todo juntos.

—Me refería a algo lúdico, fuera de casa..., vestidos.

—¿Qué propones?

—Salir con las bicis.
—No tengo bici.
—Tengo una para ti.
—La de tu ex. —Sí, qué pasa, una tiene su dignidad. En bici el culo suda.
—No. Ella no era amante de las actividades al aire libre. —No logro descubrir si hay mensajes ocultos.
—Por carretera no pienso ir.
—No iremos por carretera.
—Y ha de ser llano.
—Será un camino poco fragoso.
—Vale, consiento, ponle un pescante a la tuya, por si has de acarrearne
— niega mientras sonrío.
—Tienes más resistencia de lo que piensas. Lo demuestras en innumerables ocasiones.
—Y tú tienes una mente muy sucia —mi apreciación no parece molestarle, al contrario, se jacta de ella.
—Mañana te llevaré a trabajar.
—Necesito el coche, he de realizar visitas técnicas por la tarde.
—¿Nos quedamos en mi casa esta semana? He de dedicar algo de tiempo extra a la empresa unos días.
—Tampoco es imprescindible adherirnos cual bivalvos.
—Si no quieres venir a mi casa, me quedo en la tuya. Ya me organizaré.
—No, hombre... Cojo algo de ropa y paso estos días contigo, por si viene el coco a comerte la colita.
—¿Llegarás muy tarde?
—Pues, sinceramente, espero que no, la idea es cumplir con mi horario.
—Y hablando de visitas. ¿Tú no tienes nada qué contarme? —¡Me enganchó! Hazte la tonta, eso a los tontos le funciona. Y si no, la muerta.
—¿Cómo no seas más explícito?
—Estuve hablando con Alatz, me comentó que os visteis. —Tanteemos el terreno. Tengo tendencia a meter la pata por adelantarme a los acontecimientos.
—Ah..., vaya. No le di importancia. —Bien, no ha sonado forzado.
—Lo dudo. —¡Ay, señor de los Hombres Indiscretos! ¡En menudo cenagal me ha metido!
—¿Por qué tendría que dársela? No pasó nada reseñable. —Excluyendo

que lo recibí casi en pelotas, y hay más letras en «casi» que prendas de ropa esa mañana.

—Por lo que él me contó, perdiste una tarde por culpa de su poca mano izquierda con Miranda.

—¡Cómo si fuera la primera vez!

—Miranda es una mujer increíble, de veras, somos amigos desde la infancia. —Vamos a estirar de esa hebra, así me alejo de justificaciones poco meditadas.

—No tengo ninguna opinión formada de ambos. —¡Teatro, lo tuyo es puro teatro!

—Me encantaría que los conocieras, a pesar de no estar pasando por un buen momento.

—Todas las parejas tienen baches. —Yo soy ejemplo de agujero negro.

—Miranda se encaprichó de Alatz, yo les presenté hace unos tres años.

—Hiciste de alcahueta..., qué bonito. —Entorna la mirada.

—Creo que la convivencia les está pasando factura. Ella es modelo, vivir en España le es incómodo. La agencia es americana y estando allí es más fácil enlazar campañas.

—Intuyo que no es una dedicación de treinta y cinco horas semanales. Puede viajar, hacer las sesiones y volver, es lo glamuroso de ser modelo.

—Eso es un mito muy extendido, sin embargo, es cansado. —Sí, es lo malo de trabajar..., cansa.

—A él debe de sucederle lo mismo. —Romperé una lanza en favor de mi nuevo amigo.

—Alatz puede gestionarlo todo desde allí, de hecho, venía un par de veces al mes.

—¡Coi, Saúl!, dices «*venía un par de veces al mes*», como si el rumbo fuera Madrid-Sevilla. —Pobre chaval. A mí ya me fastidia callejear un par de tardes a la semana en un radio de cincuenta kilómetros.

—Ella es más feliz allí, disfruta de ese ambiente del que se rodea.

—Él no.

—¿Por qué le defiendes? Ponte por un instante en el lugar de Miranda.

—Me sitúo en el de la lógica. Si Miranda no dispone de empleo estable, si disfruta de más tiempo para viajar y la frecuencia es menor, lo práctico es que sea ella la que haga el esfuerzo... Vamos, yo es lo que haría.

—Pues si yo sospechara que esa decisión no te iba a hacer feliz, sería

capaz de cruzar el océano cada tres días. —¡Qué mono! ¡Y qué iluso!

—Justo lo que les ha pasado a ellos, ¿no crees? —Tuerce levemente la cabeza—. *Cielote*, si dos personas de su madre y de su padre, con sus peculiaridades y particularidades se quieren, se sacrifican, pero los sacrificios han de ser consensuados y meditados, no un acto generoso como muestra de amor.

—Eso es la receta para una sopa fría —niega apuntando.

—¿Has oído hablar de la curva de la bañera?

—No.

—Es una gráfica que representa fallos durante el periodo de vida útil de un sistema o máquina, y se llama así porque tiene la forma de una bañera común, cortada a lo largo.

—¿Y qué quieres demostrar con ese ejemplo?

Tomo la pizarra magnética de la nevera y trazo el dibujo que le he expuesto. Hago un círculo sobre el primer tramo.

—Mira, esto sería en el debut, se caracteriza por las elevadas tasas de fallos iniciales que descienden rápidamente con el tiempo. Suelen ser instalaciones incorrectas, equipos defectuosos, taras de diseño, desconocimiento por parte de los operarios o del procedimiento adecuado.

—Entiendo..., continúa, por favor. —Parece estar interesado, aunque con este hombre nunca se sabe. Redondeo la segunda etapa.

—Aquí se localizarían los fallos corrientes. La tasa es menor, constantes y no se producen debido a causas inherentes al equipo, si no, por razones aleatorias externas; accidentes fortuitos, mala operación, condiciones inadecuadas...

—¿Y este de aquí? —Toma el rotulador y marca el último segmento.

—Supongo que ya te lo imaginas.

—Fallos de desgaste.

—Y, como puedes observar, esa tasa crece hasta acabar en el vertedero.

—Según tú, todo está abocado al fracaso.

—Saúl, cuando uno se enamora y está en esa fase inicial de euforia, todo es: «*por favor y gracias*», «*no, mi vida, ya lo hago yo*», «*ya me zampo yo las nueve horas de vuelo dos veces al mes...*». Cuando llegas a esta —Marco la del final—, empieza a ser molesto, y un día el sacrificado por la causa suelta: «*¿Es qué siempre tengo que hacerlo todo en esta casa?*» y el tiempo hace el resto.

—¿Te has enamorado alguna vez? —¿Esta cuenta?

—No, creo que no.

—Por eso hablas así.

—¿Quieres decir que el enamoramiento es sinónimo de falta de agudeza?

—Cuando tú quieres a alguien, eres capaz de cualquier sacrificio. Y sí, te doy la razón, en ocasiones la frustración hace echar en cara el exceso de dedicación, pero si las dos partes comparten el mismo sentimiento, se asume y se supera.

—¿La querías mucho? —me obligo a preguntar, a sabiendas que esta información no aportará nada positivo.

—Sí. Ella a mí no tanto —parece divagar por el pasado. No deseo que baile con los fantasmas de lo que pudo ser y no fue. Quiero que lo haga conmigo, a pesar de no tener demasiada gracia y le pise seguido.

—Ni se te ocurra ponerle *ruedines* a mi bici. Te conozco y por hacer la gracia, eres capaz de cualquier simpleza. —Levanta la mirada y me sonrío de medio lado.

—Eres un ángel.

Le hago un guiño y acabamos de cenar.

Estamos tumbados en el sofá, él en decúbito ventral y yo encima en decúbito prono. Me mantiene abrazada, su respiración es relajada, no debe de estar profundamente dormido, ya que no acompaña la entrada y salida del aire de sus pulmones con rugidos y bramidos.

Me ha dicho que soy un ángel..., vale, bien..., y ahora... ¿Dónde escondo yo a todos mis demonios?

Es sábado y nos hemos despertado a las siete... ¡Un sábado a las siete!
¡Otra vez!

Definitivamente, el amor idiotiza. Son las mariquillas —en mi caso es un cosquilleo más que un aleteo, o incluso, burbujeo de gases, ¿quién sabe?—, esas del estómago, las causantes a semejante desatino.

Sé de la existencia de una ley no escrita, en donde los sábados está terminantemente prohibido poner el pie en el suelo antes de las diez. Hay algunas excepciones tipificadas; compromisos laborales, hijos *porculeros*, viajes y la tontuna esta del ilusionarse por alguien.

El caso es, que hemos abierto las persianas justo cuando entraba el sol, metido las bicis en su *Range Rover Evoque* —otro utilitario común— y conduce mientras yo bostezo.

He perdido el tiempo estudiando tanto. Todo lo que poseo, en realidad, es regalado; el piso, mi coche..., inclusive la carrera. Hasta ahora no lo había valorado con tanta frialdad, pero he invertido un montón de esfuerzo formándome para trabajar por un sueldo medio y sí, me fascina mi profesión, sin embargo, vivo desahogadamente gracias a los obsequios «purgaconciencias» de mis progenitores.

Nos dirigimos a Horta de Sant Joan. Ha de ser que no hay nada llano por Barcelona y periferia. Yo, con un recorrido largo entre Castelldefels y el Prat, me hubiera conformado, pero no, primero hacemos hora y media de camino en coche entre legañas y lagrimones de sueño, para luego darnos un paseíto pedaleando, más la vuelta. Incongruencias de la vida, nos engrescamos de ánimo deportivo y pasamos más tiempo sentados que en movimiento.

—Hemos llegado. —Baja del coche. Entusiasmado, desancla las bicis del soporte hábilmente.

—Esto está un poco..., olvidado. ¿No crees? —Estoy más preocupada de lo que demuestro.

—La comarca de la Terra Alta es un territorio algo agreste, sí.

—¡Pues vaya un lugar para un bautizo ciclista! —ríe de mi cara de susto.

—Recorreremos una vía verde entre Horta de Sant Joan y El Pinell de Brai.

—Haremos paradas, ¿no?

—Es un recorrido en descenso, estoy convencido de que te encantará. Es

un lugar con historia, de esos con muchos datos interesantes para que los almacenes y lo pongas de ejemplo en alguna de tus conclusiones. —Deja, primero me parto y luego, ¡te escupo!

—Saúl, eres muy tonto.

—Va, mujer... —Apoya la bici en el guardabarros y me toma por la cintura—. Estás muy sexi con la equipación de ciclista. Pero mucho, mucho.

—De lo más... Otra cosa que no comprendo. ¿Era imprescindible disfrazarnos de Alberto Contador para darnos un paseo?

—Sí. Es lo más adecuado y cómodo para realizar esta actividad.

—Tú eres el entendido. —Me ofrenda un beso tierno, tampoco es plan de emocionarse. Esas mallas no dejan demasiado recreo imaginativo.

—¿Te ayudo a subir? —¡Muy bonito, Saúl! Con las cejas unidas y mis labios apretados, espero vea su ofensa patente en mi gesto—. ¡Vale, vale...!

Objetivo cumplido.

Iniciamos la ruta, uno al lado del otro, reteniendo la inercia de correr aprovechando el desnivel.

—¿Vas bien?

—Sí, por ahora, sí. Es un itinerario muy interesante y divertido, esto de pasar túneles y acueductos.

—Corresponde al proyecto ferroviario del Val de Zafán que nunca vio la luz completamente. En la zona lo conocen como el *Sarmentero*, porque atravesaba los sembrados de viñedos. Solo estuvo en funcionamiento treinta y un años, la cerraron al hundirse uno de los túneles.

—Es una lástima que estén tan pobremente iluminados. El haz de la linterna da lo justo para no *esmoñarte*, con algún *pedrolo*.

—No todos los que pasan por aquí vienen a disfrutar del entorno, hay mucho imbécil pasándose en grande haciendo puntería con los focos.

La vía al ser de asfalto y en descenso no cansa. Es evidente que no es la primera vez en hacer la excursión, eso o tiene memoria fotográfica, porque mientras avanzamos me ofrece un sinfín de datos para hacer la marcha más amena.

—A la altura de la ermita de *Sant Josep*, pararemos. —Doy por hecho que será visible. Si me concentro en buscarla perderé la coordinación y el ritmo, me enredaré con los pedales y fijo, me mato—. Es el punto que anuncia la llegada a Bot.

—Ajá..., pues que bien —ríe. No me sorprende, lleva haciéndolo desde

que me subí a la bici, mi *estilazo* lo tiene traspuesto. Mira, chico, es lo que hay—. ¿Hemos hecho trece kilómetros? ¿Seguro que el chisme no cuenta doble?

—Gatita, pareces asombrarte.

—Algo, sí.

—Tomaremos un tentempié cuando lleguemos a Bot, es un pueblo situado junto a la estación y punto obligado de aprovisionamiento. Luego hasta la Fontcalda, no encontraremos fuentes.

—Saúl, sé sincero conmigo, ¿tienes pensado llegar hasta Almería? Porque yo no creo estar preparada para el Giro de España. —Si antes ya se reía, ahora le entrará hasta hipo. Todo por equivocarme mezclando términos.

—Nos esperan unos quince kilómetros..., más la vuelta.

¡Oh, no! ¡La vuelta!, todo lo que ahora es bajada, de retorno será de subida. ¡Puedo despedirme del mundo! ¡Oh, Señor de la Tracción Animal! ¡Apiádate de mí! ¡O hallarán mi cuerpo desvencijado y corrupto entre senderos terregosos!

—¿Te has traído las cuerdas? —sí, guapo, ríe, ríe...—. Te avisé y no me quisiste escuchar.

La estación está destartalada, una lástima, por aquí pasan muchos excursionistas, familias con niños... Es extraño, no recuerdo haber escuchado hablar de esta ruta en la asociación. Aunque, haciendo honor a la verdad, no asisto a las reuniones, me apunto cuando los derroteros escogidos no se alejan de la capital. Es agobiante, tras un tute de montaña, conducir doscientos kilómetros con más porquería encima que la bombilla de una cuadra.

Nos acercamos al cercado de madera, desciende de la bici, con su precisión móvil distintiva, y la apoya en la balaustrada. Se aleja unos metros hacia el andén. Yo realizo la misma operación. Cambio las piernas de lado, anudándolas entre sí y el cuadro de la bici —tipo Olivia la mujer de Popeye —, ejecuto un logrado *ménage à trois*^[47] con las ruedas, mis extremidades y la gravedad, acabando todo el conjunto enzarzados en el suelo.

—Pero..., ¿qué haces? —¿era imprescindible la pregunta?

—¡Era la hora del rezo! ¿Tú qué crees? —Se acerca en dos zancadas. ¿Alguien puede prestarme una lona o un boquete? El Mago Pop, si me torna invisible, también vale.

—¿Te has caído? —¡No me he tirado! ¡Hay que joderse!

—¡Qué va, Saúl!, vi una pepita de oro entre las piedras.

—¿Te has hecho daño? —Contengo las lágrimas de la vergüenza.

—No. —Pundonor y dignidad... Cómo se le ocurra reír, no va a necesitar la bicicleta para llegar al final del recorrido, lo hará trazando una parábola al surcar el cielo.

—Tienes sangre en las manos.

—No es nada. —Las limpio y saco las piedritas de las heridas.

—Déjame, les echaré un vistazo.

—¡Qué no! —Respeta mi duelo. He de recuperar el orgullo que, humillado, se arrastra entre la grava.

—¡Dame las manos, joder! ¡Qué tía más testaruda!

—¡Eh! ¡Cuidado con el tono! —Estira de mis manos. Cierro los puños.

—Olympia, va, mujer... —Cedo. Poseo la voluntad de un adicto al chocolate en la fábrica de *Willy Wonka*^[48]. Llevo un botiquín.

—Sabías que me caería.

—¿No llevas tú uno en el bolso? Me salvaste de morir desangrado. — ¡Qué mono es!

—No permitas que me arrepienta. —Cura los agujeros horadados en las palmas, delicadamente—. Saúl, esto con un chorro de agua, ya está.

—Si queda suciedad podría infectarse. —Perpleja, no contengo las carcajadas—. Eres desconcertante.

—Dudo que un retestín de tierra en la piel engendre una septicemia.

—Me gusta cuidarte —certifico, *súpermono*.

—Disculpa que discrepe... ¿Tú has valorado el viaje de vuelta que nos espera?

—Olympia, si tuviera la menor duda sobre tu resistencia, no te lo hubiera propuesto.

—Confianza ciega.

—No, gatita, emanas energía, es más, la contagias... —Le observo y suspiro. Adula para conseguir sus objetivos. Está graduado con honores en la academia de *bribonchetes*.

—Venga, déjate de azucarillos y pongámonos en marcha, contaremos las veces que has de asistirme.

Dos veces más he besado el suelo igual que Juan Pablo II hacía en los aeropuertos al llegar al destino. Sin embargo, menos el último trecho —

empinado de ir para atrás—, lo he realizado subida en la bici. Para mí tiene muchísimo mérito.

Ahora ya, de regreso, estoy a punto de desfallecer. Intento concentrarme en la conversación que insiste en mantener, no obstante, en dos ocasiones he contestado incoherencias, tales como «*cóselo de blanco*» o «*fresas con nata*», que no respondía a ninguna de las preguntas formuladas, ni respaldan el monólogo. Tras mis dos exitosas intervenciones y unos treinta y seis bostezos, ha consentido que pegara los párpados indicándome: «*duerme, pussycat*», y yo obediente, le he tomado la palabra.

Percibo una tenue caricia iniciada en mi mejilla. Recorre mi rostro con sutileza áspera hasta llegar a mi oreja... Sí, sí, me refiero al roce de la incipiente barba de un par de días, trazando una línea muy sensual. ¿Alguien conoce otra manera más agradable de calentar motores?

—*Pussycat*... —susurra a mi oído y me estremezco todita toda—. *Wake up, honey*... ^[49]

—No, quiero —ríe, mientras su mano se introduce en el ajustado, y sudado, maillot de poliéster y *elastano*.

—Puedo ser un pelín más persuasivo.

—Estoy sucia —argumento *quintuplicador* de sus risas.

—El sexo es sucio, gatita.

—Estamos llenos de polvo de la vía.

—Polvo eres y en polvo te convertirás, y con los polvos disfrutarás.

—Vaya... ¿Eso último en qué parte del Génesis aparece?

—En el *Armagedon*...— Ahora la que se desternilla es la menda.

—Eso es una *americanada* muy mala..., no recuerdo nada sobre variedades de polvos en ningún versículo. —Manipula el instrumental del asiento y el respaldo baja. ¿Sudorosos y en el coche? Thais de enterarse, fenece.

—No, yo me refiero a la última parte de la Biblia.

—¿El Apocalipsis? —sonríe—, chaval, a no ser que conozcas textos apócrifos de discípulos perdularios..., no, en la que yo he leído, de morir follando, no menta nada.

—¿Y cómo sabes tú tanto de..., todo?

—Yo no tengo un coche de doscientos mil euros, ni una casa en la playa, ni un todo terreno de otros setenta mil. ¡En algo he de emplear el tiempo!

—Me pones a mil cuando sacas las uñitas. —Hurta dentro de las mallas, yo, pudorosa, junto las piernas—. Cuando me lo pones difícil, hiervo.

—He sudado mucho...

—Prometo hacerte sudar más.

Saca la mano, acciona otro dispositivo y hace correr el asiento hacia atrás al máximo, para colocarse en frente. Gozo de un escabroso revoltijo de incomodidad y excitación. Acepto que el sexo esté rodeado de prácticas sórdidas, pero..., ¿no podíamos dejarlo para después de la ducha?

—Saúl, ¿y si nos aseamos primero?

—No. —Consigue despegar las mallas de mi cuerpo.

—Nos echamos una agüita..., ¿y volvemos al coche?

—No. —Besa mi vientre, mientras se ocupa de descalzarme y retirar la malla, casi con soplete—. Estás muy sabrosa.

—Estoy salada..., por favor..., no sigas.

—¿Por favor, no sigas? ¿En ese tono? Uhm, gatita..., el pudor te erotiza.

Separa mis piernas bruscamente, encaja la nariz, aspira en profundidad, y a mí se me escapa un jadeo con el que no me ahogo de chiripa. Se saca su maillot a bandazos.

Por lo visto, no solo el tiempo es relativo, el espacio también; esta mañana el coche me parecía de lo más amplio y ahora me falta sitio.

—No te puedes ni imaginar lo que me excita tu sexo..., sucio.

Se ocupa de dejar la zona bien limpiata, bien inflamada, bien dispuesta para llevarme al éxtasis absoluto, olvidándome de mis reticencias higiénicas, desbaratándome a base de sus caricias linguales. Tienen mucha complicidad su boca y mi sexo.

Repta por mi vientre, hasta topar con mis pechos. Se entretiene ahí, con tal de mantenerlos tersos de excitación. Va enrollando mi maillot y me desnuda, pero, en lugar de retirarlo totalmente, sujeta mis muñecas y lo pasa por detrás del cabezal del asiento. En este instante estoy completamente inmovilizada.

Su lengua lame de las costillas a mi cuello, pasando por las axilas —sí, axilas... No quiero pensar, que me desvíe de lo realmente importante—. Me araña con la barbilla. Estoy completamente segura de que se podrían hacer palomitas de maíz colocando una panocha en mi tripa en este instante.

Se agarra del reposacabezas y bronco, me invade. En respuesta mi cuerpo se arquea, no comprendo si con la finalidad de avisar de que, ahí

dentro ya no se puede profundizar más, o para alargar el contacto... ¡Yo qué sé! ¡En modo coito no me responsabilizo de mis actos! ¡Con lo mala que soy coordinándome en bici y lo bien que me apaño cohabitando!

Sigue en su imperioso afán por trepanarme y yo, gustosa, dejo que lo haga. Lamentablemente, todo dispone de limitación de tiempo y mi organismo se contrae advirtiéndome de una nueva explosión, y explota. No cesa en su asedio hasta conseguir su desahogo y cae después exhausto.

Peleo con el elástico de la camiseta para desanudar mis muñecas, se da cuenta y me ayuda.

—Necesitaba a alguien como tú en mi vida —¡lo qué el sexo es capaz de hacer decir a un hombre!

—Yo sigo necesitando una ducha.

—¿Un baño relajante? —propone guiñándome un ojo.

—¿Con masaje de pies? —Sí, chaval, adoro el sobeteo de pinreles doloridos—, ¿no te irán a aflorar ahora los escrúpulos?

He dormido... ¡Jo! ¡Cómo he dormido!

Me desperezo y... ¡Wow! ¡Todas las agujetas del mundo se han propuesto traspasar los músculos de brazos y piernas! Cada movimiento, me acuchilla los bíceps, los tríceps, los gemelos y los siameses si existieran... ¡Santo Niño de los Deportistas Torpes! ¡Cómo voy mañana a trabajar si no puedo menearme?

¿Y dónde se ha metido el Sergio Saúl? ¡Con alguien tendré que pagar el cabreo!

No sé si es contraproducente intentar levantarme, si me tiro de la cama y gateo puede que el sufrimiento sea más llevadero. ¡Venga, Olympia! ¡Ánimo, qué tú puedes!

Alcanzo a sentarme en la cama. Y así permanezco, acartonada, esperando que la inspiración celestial me sujete cual inválido, o venga el Sergio Saúl y me auxilie.

—¿Qué te pasa? —Alzo la mirada, entrecierro los ojos. Ha de entender que hoy no estoy para sus chorradas.

—Dolor. —¡Y se parte!—. Saúl, con todos mis respetos, ¡te puedes ir a la mierda!

—Te avisé, tenías que tomar más bebida isotónica.

—¡Te avisé!, ¡te avisé...! —respondo en tono de burla—. ¡Tú te piensas que yo soy ciclista olímpico! ¡Me duele el alma cuando respiro!

—Pero si sales a correr todas las mañanas. ¡Tampoco será para tanto! — Evita la risa mediante muecas. Sé que internamente se parte y eso está, ¡tan feo!

—Un trote, Saúl y no cincuenta kilómetros en pendiente supina.

—Cuarenta y seis, de los cuales, solo veintitrés de ellos eran en ascenso.

—Saúl. —Se acuclilla delante de mí, sigue conteniendo las carcajadas—. ¡A cagar!

Le empujo y cae de culo al suelo, aunque se lo esperaba y ha estirado de mi muñeca, arrastrando con él, todo mi cuerpo dolorido. Me abraza. Diluye mi mosqueo, aunque no el dolor.

—Disfruté mucho ayer.

—De verdad, otro día dosifica, por favor..., ¡qué soy niña! —Y ahora sí, se da el permiso de reír..., contagiándome.

—¿Tenías pensado hacer algo hoy?

—A ver, Saulito de mi vida y mi corazón bendito, estoy limitada para actividades físicas extremas..., hoy solo relax.

—Pues si te parece bien, podemos visitar a Miranda y Alatz. —¿Por qué debería parecerme bien?

—¿Se nos ha perdido algo en casa de Miranda y Alatz?

—Me ha llamado esta mañana, invitándonos a comer con ellos.

—¿A ti y a mí?

—Hija, ¿tienes agujetas también en la mollera?

—No, papá, las tengo donde tú la gracia, en el culo.

—*Time-out*. —Mejor—. Si estamos juntos, la invitación es a los dos.

—No es que me apetezca demasiado, la verdad.

—Va, mujer... ¿Haces el esfuerzo?

—¿Más esfuerzos? Saúl, cuando tus labios emiten la palabra «esfuerzo», mi organismo se resiente.

—¿Sí? —Pone carita de niño bueno. Esos muy malos, pero que te camelan.

—No me mires así.

—¿Sí? —Hace un pucherito, tan mono, que me hallo en la obligación moral de *rechupetearle* todo el hocico.

—Vale..., *You win!*^[50]

¿Y ahora qué me pongo? Tampoco importa demasiado, podría ir vestida de princesa de cuento con sus vaporosas sedas, que, al lado de Miranda, sería una cortesana.

Pues bien, es domingo, tenía previsto algo informal y no pienso romperme la cabeza combinando ropa, complementos y accesorios. Además, si voy incómoda y tan dolorida, me daré un aire a *RoboCop*^[51] o a *Chiquito de la Calzada*^[52].

Me pintaré un poquito los ojos, nada, lo justo para que resalten y el cabello suelto, que se seque al aire. Salgo del vestidor con los zapatos en la mano, no tengo el menor interés de sufrir antes de lo previsto.

Saúl, también escoge una indumentaria desenfadada. Está para desnudarlo —no haré alusión alguna a esta digresión, de manifestarlo...—. Alza la mirada, sonrío.

—No se te notan las agujetas...

—No se puede decir lo mismo de tu bobería.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás nada mal. —Negando, se acerca con esa sonrisa de tío bueno desestabilizante de sentidos—. ¿Nos vamos?

—Después de besarte un poquito.

He aceptado demasiado rápido la invitación de Miranda y Alatz. Entre el malestar muscular y lo pequeña que me veo entre el trío resplandor, intuyo incomodidad suprema. No he de dejarme cautivar tan fácilmente, este Sergio Saúl se sabe ganador en el campo de la seducción y emplea ese talento innato en contra de mi voluntad. Cruzaré los dedos para que, tras un comentario inoportuno, no se descubra que el sábado estuvo en casa. Después de una semana sin menciones ni alusiones, se podría considerar engaño..., ¿no?

Me fastidia esconder o medir mi espontaneidad tapando hechos poco apropiados, aunque en realidad, no pasó nada..., ¿o sí?

Estoy confundida, no al punto de la obsesión, le doy una importancia relativa. Influye no tener ni la más remota idea, de para qué se presentó a las siete un sábado insistente en sonsacarme un recuerdo de hace diez años. ¿A santo de qué tanto misterio?

Para nada soy una Penélope letárgica aguardando el regreso de Odiseo de la Guerra de Troya durante veinte años. Confeccionando, estratégicamente, un sudario al moribundo rey con tal de ofrecerle tiempo a su amado para liberarla de los pretendientes en cola, ávidos por mancillar su castidad.

Vamos, qué doy un perfil de candor y doncellez de encandile, esperpéntico.

Esto de que un hombre, con una seria desviación visual, insista en denotar «mi belleza física», hace mella en mí. Terminaré aceptando formar parte de ese selecto grupo de caras bonitas y cuerpos perfectos, y más pronto que tarde, haré el ridículo más espantoso.

El viaje de hoy, hasta la casa de «nuestros amigos», es más directo y rápido, cosa lógica si sabes a dónde vas y cómo llegar. En lugar de aparcar en la acera, le abren la verja y estaciona en el garaje, al lado de dos Mercedes, una berlina y un deportivo. Ahí es nada..., yo empiezo a menguar.

Salgo del vehículo —no sin dificultad—, y el Sergio Saúl me ofrece su mano y una sonrisa. Una inexplicable tensión nerviosa en el estómago me tiene padeciendo sudores fríos.

Treinta segundos después, aparece Miranda. Desciende descalza y grácil

las escaleras. Espectacular con su vestido de punto entallado. De seguir disminuyendo, desapareceré.

—*Hi, guys!* ^[53]

—Hola, Mimí. —¿Mimí? Dichosa manía la de reducir el nombre con los apelativos. Si alguna vez soy madre, el nombre de la criatura será corto, bonito no lo sé, pero corto seguro.

—Gracias por la invitación. —Nos damos los respectivos besos de cortesía.

—Alatz ha ido al despacho, olvidó allí unos documentos, volverá enseguida. —Eso o andará de visita nazarena en casa de otra «amiga».

—Te he traído un *Quilceda Creek Cabernet Sauvignon*, de Columbia Valley, espero haber acertado. —¿Para no acertar, era de lo más caro de *Lavinia!*

—Saúl, *mon amour, merci beaucoup...* Sabes que no era necesaria la molestia. Pasemos a la terraza estaremos más cómodos.

El hecho de no encontrarse el amo del castillo, relaja mi traspiración. No comprendo mis reacciones fisiológicas, ¡cualquiera diría que transgredo alguna ley!

Bueno..., si hilo fino, a lo peor el Noveno Mandamiento de la Ley de Dios: «*No consentirás pensamientos ni deseos impuros*», sí lo violo un poquito...

¡Bah! ¿Y qué más da? Con las veces que miento, iré al infierno seguro.

Saúl y Miranda, tienen una complicidad especial. Sé por él, que se conocen desde siempre, sus padres eran amigos. Ella es amena, sus comentarios tienen un toque chic divertido, aunque, ¡Jesús, lo qué llega a cascar! No hay quien meta cucharada, incluso si te pregunta, se responde ella misma.

Mientras Saúl contesta una llamada alejado de nosotras, Miranda me detalla la flora de la que se compone su jardín. Ha de ser fan acérrima del programa *Bricojardinería*, utiliza en demasía el término compost, parterre y esqueje.

En eso, suena su teléfono y descuelga al primer timbrado. Me separo para ofrecerle algo de intimidad, me apoyo en la baranda del balcón y cierro los ojos para que el sol temple mi humor. Mis orejas están sobrecargadas de *pijipalabros* acabados en eses sin ser plural.

—Hola, Olympia.

—¡Hostia! Per..., perdona, estaba distraída. —Me da dos besos. Los recibo sin hacer ascos.

—Nos pasamos la vida pidiéndonos perdón. —Ahórrate la sonrisa, ya sé que estás muy bueno.

—A no ser que me pises o te tire por las escaleras, no tendremos que disculparnos más.

—No, supongo que no.

—¡Hombre, Alatz!

—Hola, Saúl. —Se estrechan las manos. Saúl se coloca a mi lado y pasa su mano por mi cintura. El gesto de Alatz se endurece. No son de su agrado las muestras afectivas, debe de encontrarlas..., inelegantes.

—¿Qué pronto has regresado? —Sale Miranda con unas copas en la mano.

—Tenemos invitados, no es correcto hacerles esperar. —¡Qué pomposo!

—Alatz, sabemos lo comprometido que estás con tú profesión. ¿Cuántas veces hemos comido solos Mimí y yo? —aclara Saúl un tanto sardónico, la verdad...

—Miranda y tú, no entráis dentro del concepto «invitados». —Pues visto así, no sé si alegrarme o salir corriendo.

—Entonces, ¿brindamos por la feliz pareja? —¿se refiere a nosotros? Esta Miranda, la próxima vez nos casa.

—Tú siempre encontrando excusas para beber. —¡Jo, qué pedazo de estúpido!

—*Honey*, en esta vida es mejor tener muchos motivos por los que alegrarse, a uno solo por el que martirizarse —decido posicionarme a favor de Miranda, no ha dicho ni ha hecho nada reprochable.

—Pues, nada... —Toma la copa y la acerca al centro, imitamos el gesto —, por la feliz pareja.

Brindamos, bebemos y nos sentamos en las gandulas, a degustar el aperitivo preparado en nuestro honor.

—Prueba el *hummus*, está delicioso. —Miranda pone una tostada bien cargadita delante de mis narices.

—Esto..., gracias...

La tomo educadamente, la observo con desafío..., y es que, odio los garbanzos en cualquier elaboración o tipo de cocción, pero, ya en puré y

especiado, ¡puaj! Es repulsivo para mi paladar hasta el punto de la náusea. Preferiría comer tierra.

Con los incisivos muerdo una microscópica porción de una punta, en donde no haya tocado la pasta espesa y parduzca similar al vómito.

Recuerdo a mi madre, sentada a mi lado en la mesa repitiendo cansinamente: «¡Olympia! ¿Quieres hacer el favor de acabar de comer?», y yo, lloriqueando, haciéndome la remolona con el gesto contrito en una mueca de repugnancia, meter en la boca una cucharada llena de caldo con la aborrecible legumbre flotando y riéndose de mí... Sí, sí..., los garbanzos se ríen de los niños con madres de la vieja escuela, puede que los torturados bajo las cuchillas del triturador y convertidos en crema, ya no, pero los del puchero, esos, se descojonan.

—Olympia, ¿pasa algo? —Saúl comenta en un susurro. Yo he perdido el curso de la conversación intentando sacar un reducto de voluntad adulta, para volver a morder.

—Sí..., no me gustan los garbanzos —bisbiseo, y el muy cretino, rompe a reír a carcajadas. Obviamente, nuestros anfitriones, nos observan perplejos.

—¿Qué sucede? —osa preguntar Miranda, dirigiéndose a mí.

—No pretendo ser desconsiderada, pero..., la textura del *Hummus*, no acaba de agradarme.

—¡Olympia, por el amor de Dios! —exclama Alatz... ¿Puedo esconderme debajo de la mesa?—. Deja esa tostada. Y tú, Miranda, a ver si pierdes la costumbre de obligar a comer a la gente.

—No era mi intención ponerte en tal aprieto.

—No te agobies, el problema lo tengo yo con las legumbres, seguro que para el resto de la humanidad es un manjar.

Alatz se levanta y entra con ademanes irascibles en casa. ¿Qué debe sucederle al muchacho? En mi piso parecía menos tenso, incluso divertido. Si es su territorio, ¿no debería estar en su salsa?

Seguimos con la degustación de exquisiteces, a las que yo, con sinceridad, no le encuentro el qué.

Miranda, solícita y agradable, me explica la elaboración, procedencia y composición. Así me resulta más sencillo de comprender que Estefanía siga superando semana tras semana los retos del programa de cocina. Por lo visto, a más mezclas, más exotismo y menos cantidad de manduca, mejor plato de vanguardia. A mí, sinceramente, el diseño me apasiona en los objetos y los

espacios, para la comida soy más tradicional. Deduzco de la exposición, porque Mimí pesa treinta gramos; con esas porciones entra más aire en el organismo al masticar que ingesta de alimento en el estómago.

Unos minutos después, regresa Alatz con una tabla de embutidos y quesos selectos.

—Aperitivo gourmet, con productos de primera de mi tierra. —Aquí caben dos lecturas, lo sé... Yo obviaré la menos grata y sonreiré amable por el detalle.

—Es para resucitar a los muertos —pone en manifiesto Saúl.

—Demasiadas grasas saturadas —no lo discuto, sin embargo, mis papilas gustativas no salivan igual ante un tallo de apio barnizado con una paupérrima capa de queso azul y media nuez, que con un trozo de queso curado de oveja.

—¿Y cómo os conocisteis? —¿es forzosa la transmisión de datos personales? Miranda postula a presentar un programa rosa. Y Alatz, que parece estar siempre en otro plano de abstracción, me observa.

—Pues, la encontré en Sants, tremendamente sexi, recogiendo unas monedas del suelo. —Otro dato innecesario.

—¿Recogiendo monedas? —No es para asombrarse al punto del pasmo, chaval. ¡Cualquiera diría que fue pidiendo limosna o robando carteras!

—Una máquina expendedora me hizo una mala jugada.

—¡Qué romántico! —A ver, Miranda..., ¿qué hay de romántico en recoger monedas esturreadas en un suelo mugriento?

—¿Y quedasteis así sin más?

—Olvidé un libro en el tren y me lo devolvió. —Hay ciertos aspectos que evitaré compartir. Saúl, sonríe canalla..., menos mal que, en algunas ocasiones pienso rápido.

—¡Qué bonito! Es tan de novela...

—De *novelucha* de tercera, a ver si empiezas a interesarte por lecturas más instructivas y enriquecedoras. —Ni me gusta el tono empleado, ni me gustan las formas, ni me gustan sus insinuaciones.

—¿Y qué libros son los más adecuados según tu criterio? ¿El *Decameron* de Boccaccio? ¿*The Canterbury Tales* de Chaucer? ¿O *El Idiota* de Dostoyevski? —Sí, el último título va con segundas o con primeras. Le doy a escoger qué puesto se asigna.

—El de Dostoievski, está muy bien, has hecho una buena tría... —sonríe

de medio lado, me observa buscando complicidad. ¡Ja!, pues lo llevas clarinete—. Jules Verne, Poe, Dante..., seguro te los has leído, yo me los llevé de la casa que alquilamos mientras me licenciaba.

—Eso tiene un nombre —desvió la conversación, está intentando arrancarme la máscara..., pero, Olympia Fasol, tiene recursos..., por ahora.

—No los echarán en falta.

—A mí me apasiona el género romántico, no creo que sea una lectura fútil—. Se defiende Miranda, ¿apocada?

—Ni yo, parte de las tramas de los grandes clásicos de la literatura de todos los tiempos, giran en torno al amor y a sus circunstancias. Cada época dispone de sus encantos, sujetos al momento histórico en el cual se concibió la novela, y en la actualidad, si están narradas con gusto, no han de envidiar las del pasado.

—La que extravió Olympia en el AVE —Saúl coloca su mano en mi rodilla, me mira y me regala un guiño—, es romántico, divertido e interesante.

—Ah, ¿sí? No te imaginaba de lecturas tan superficiales. —¿Eso va por mí? Pues mejor obvio comentar nada del libro de los pedos.

—De superficial, nada. Además, es muy feo lanzar acusaciones sin conocimiento de causa. —Su mirada tiene un brillo especial. Está disfrutando, es evidente.

—En tal caso, préstamelo, le daré una hojeada.

—No era mío.

—¿Y cómo se titula? Me ha picado la curiosidad.

—*Dichoso favor* de Cristina Del Moral, lo puedes encontrar en las librerías, como tus amados y soporíferos clásicos. —¿Pero por qué me sonrío con gesto malicioso?

—Buen título... Muy sugerente, yo también recuerdo haber realizado algún que otro «favor», haciendo a más de uno «dichoso». —¡Qué mamón! ¡Qué poca vergüenza! ¿Qué quiere de mí? Pues ya te cansarás de presionarme, no pienso darte la satisfacción de dejarme como a una fulana.

—Los favores se hacen sin esperar nada a cambio, porque de lo contrario dejan de ser favores.

—¿Ni mostrar gratitud? —¡Joé! ¡Es muy *porculoso*!

—Cabe la posibilidad de que uno, convencido de estar haciendo un favor, lo esté recibiendo. —¡Chúpate esa!

—Olympia... Punto, set y partido —apostilla y aquí acaba la

conversación.

Saúl, me observa risueño.

Alatz, lo hace pensativo.

Miranda, habla de su próxima campaña en Miami.

Yo, por hoy, ya he hablado bastante.

M menudo Lunes Santo de intensidad grado «no puedo parar, no puedo parar». Con una base de rap o algo similar podríamos conseguir un *hit* machacón para convulsionar en las discotecas.

Sabíamos de antemano que esta media semana iba a empezar así y seguramente a continuar igual. Sin embargo, conservábamos la esperanza de que una sagrada consigna hubiera dispuesto para nosotras un pequeño respiro. Hemos caído ingenuas en la vaga ilusión del condenado a muerte, esperando ver conmutada su pena el último día de su vida. Suena drástico, pero mis comparaciones nunca religan nubes y unicornios, eso lo cedo a mi compi Leo, su imaginación es más colorista.

Hoy, Thais, ha realizado las visitas técnicas conmigo. Cuando se trata de edificios completos, tales como hoteles u obra nueva, vamos las dos. En primer término, porque el trabajo se multiplica y en estos casos aplicamos la política de *divide et impera*; si le fue útil a Julio César, a nosotras también. Y, en segundo, porque en donde hay muchos operarios reina la dinastía del *babosón* y aquí empleamos la máxima de Esopo: *La unión hace la fuerza y la discordia debilita*.

Desdichadamente, Leo ha de quedarse al frente de «Fuerte Sureda» y, tal como está el patio de exigente, temo encontrárnosla mañana en un rincón, abrazada a sus rodillas, balanceándose frenética, repitiendo entre bisbiseos: «*Está programado para las fechas previstas, nos es imposible adelantar el inicio del proyecto*».

He invitado a Thais a cenar en mi casa, su chico hace turno de noche, así no se echarán a faltar.

Va demasiado callada. Durante todo el día se ha mostrado evasiva, muy concentrada en el trabajo. Yo, intentando no ser insistente ni pesada, he frenado mi curiosidad, y solo hemos tratado temas laborales, sorprendiéndonos de situaciones de lo más variopintas expuestas por los clientes. Después nos han servido de chanza para amenizar la tarde y también

han evitado adentrarnos en la privacidad de cada una, cosa inaudita para un observador omnisciente que nos conozca.

Llevo sintonizada M80 radio, por ir variando y escuchar de todo un poco. Las emisoras repiten la programación cada dos o tres horas, si no vas moviendo el dial solo escuchas a los mismos, cantando lo mismo.

¡Oh! ¡I can't believe it! ¡My favorite song!^[54]

¡Y obviamente, la voy a cantar!

—*Na, na, nana, ná..., na, na, nana, ná..., «all together now»... Na, na, nana, ná..., na, na, nana, ná..., Life! Na, na, nana, ná..., Live is life! Na, na, nana, ná..., Labadab dab dab, Life! Na, na, nana, ná... Liiiiiiiive is life! Na, na, nana, ná...* —Miro de reojo a Thais que a su vez me mira a mí, negando, sonriendo y, tras una fracción de segundo de duda, se arranca conmigo—. *When we all give the power, we all give the best, every minute of an hour, don't think about the rest, and you all get the power, you all get the best, when everyone gets everything and every song everybody sing... Life is life!*

Nos hemos ido creciendo a medida que avanzaba la canción. La improvisada caja de resonancia que es mi coche, se nos ha quedado pequeña. Cruzando la diagonal con sus ochenta mil semáforos, los vehículos paralelos nos observaban divertidos. Ninguna de las dos ha aquietado su faceta artística y nos hemos dejado llevar por el entusiasmo enardecido por la buena música de todos los tiempos.

—Pimpi, hacía mucho que no la escuchaba.

—¿Un lustro?

—Posiblemente por ahí ande. Su mensaje me entusiasma.

—¡Coi!, ¡y a mí! Convocan la fiesta a golpe de rock... ¡A vivir la vida!

—Qué poca sensibilidad filosófica tienes, tía.

—Chica, es un llamado a disfrutar... ¿No? —Thais entre erudiciones y dobles sentidos, me pierde.

—Piensa en lo que dice al final —recuerdo y traduzco.

—«...*Tú dices cuando se termina y dices cuánto debería durar..., cada minuto del futuro es un recuerdo del pasado...*»

—¿Y no te remueve los entresijos? —si le digo que no, escalará por el imperial del coche.

—Sí, es muy profunda. Pero sigo sin saber a dónde quieres llegar.

—Debemos hacer lo imposible por realizar aquello que nos proporcione

un buen recuerdo.

—¿Y tú no lo haces? —Espero que no tenga la tarde existencialista, porque la llevo a su casa.

—¿Sinceramente?

—Nena, si vas a mentirme, no me contestes.

—No, la verdad es que no. —¡Pedazo de suspiro que me ha soltado!

—Mira, pues me dejas más tranquila. —Tuerce el gesto y frunce el ceño, intuyo que se esperaba otra respuesta—. En eso coincidimos y, extrapolado a los siete mil millones de pobladores del planeta, también.

—Siempre has de irte a los extremos. Hablo de una ponderación vital.

—Thais, hija, ¡qué pasión metafísica te has agarrado...! Lo bueno cuenta doble, además, ¿a qué tanto drama?

—Omar está desanimado, cansado de la rutina.

—¡No te jode! Y todos los que no son *Pocholo*^[55].

—Nuestra rutina íntima. —¡Vuelta la burra al *sembrao*!

—Cámbiala, eso tiene fácil arreglo.

—¿Y cómo lo hago?

—¿Cómo haces el qué? —ahora mismo no sé si pregunta en serio o supuesto. Esa obsesión de Thais por utilizar los figurativos a mí me frustra.

—Pues eso tía, cambiar.

—Nena, cambiando... ¿No pretenderás que te dé una clase de *postureo* sexual?

—No, de *postureo* no, pero no sé..., creo que no sé follar. —Pestañeo entre diez y doce veces, no lo hago más por no perder de vista la carretera.

—Lo de las flores y las abejas, lo tienes superado, ¿cierto?

—No me obligues a entrar en detalles...

—Thais, cada uno en la cama se expresa distinto. ¡Joder! Desde el misionero al masoquismo, tienes un amplio abanico de posibilidades.

—¿Y cómo lo hago?

—¡Pues probando, hija! ¿Cómo pretendes saberlo si no? —¡Nena, espabila!

—¿Y qué hago? ¿Pillo un látigo, me encuero y lo pongo fino?

—Mujer, no sé..., podrías empezar por algo más *light*. Pienso yo, vamos... Ahora, si eres una mujer de extremos y Omar consiente, como si os entonáis con un bate.

—¿Tú cómo lo haces? —¡Venga ya!

—Thais, la amistad, tiene sus límites.

—No me refiero al momento más álgido...

—Es que no sabría decirte, ¿podrías buscar por internet?

—¡Tía! Ni que fuera una degenerada.

—Chica, no te estoy diciendo que te inscribas en páginas pornográficas. Seguro ha de haber información dirigida a la orientación sexual para parejas desmotivadas.

—Parejas desmotivadas.

—Aburridas, cansadas, acomodadas, tradicionales... Búscales tú la acepción adecuada a vuestra etapa.

—¿Te importa si miramos luego en tu casa? —Es de las situaciones más surrealistas en la que me he visto involucrada por amistad.

—Sí, no tengo inconveniente —se le escapa la risa—. ¿Te ríes de mí, de ti, de la situación o te has contado un chiste?

—Me río por combinar mi sexualidad con la canción de Opus...

—Sí, es algo extravagante tu asociación de ideas..., no quiero pensar si hubiera sido una que escuchaba mi madre en replay continuo cuando era niña.

—¿Cuál?

—¿Te suena Sandro Giacobbe? —Niega—. ¿Y si te digo *El Jardín Prohibido*?

—No tengo ni la menor idea —¡a cantar de nuevo!

—*Esta tarde vengo triste y tengo que decirte, que tu mejor amiga ha estado entre mis brazos... Sus ojos me llamaban pidiendo mis caricias, su cuerpo me rogaba que le diera vida...*

—¿Pero? ¿Cómo? ¿¡Será cerdo!?

—Presta atención, lo mejor está en el estribillo..., escucha..., escucha: «*No lo volveré a hacer más, no lo volveré a hacer más..., pues mi alma volaba a tu lado y mis ojos decían cansados... que eras tú, que eras tú..., que siempre serás tú. Lo siento mucho, la vida es así... no la he inventado yo*».

—¡Sí, hombre! ¡Y qué más! No basta con llevar más cuernos que un arce, ¡encima te lo restriega!

—*Criaturica*, si lo ha hecho por compromiso. La amiga necesitaba abrazos, besos y mimitos, y el muchacho, un santo varón, es muy dispuesto; está para un roto, un descosido y un polvo lastimero.

—Pues yo pillo el bate de fustigar y le arreo tal mamporro, que pierde las ganas de hacer favores.

—¿El bate de fustigar? —¿Se puede ser más bruta?—. No soy una gran entendida en la materia, pero de fustigar con un bate, fustigas una vez y, a partir de ese día, Omar te pide recuperar la rutina..., pero la de los besitos y las orquitis.

—A Saúl y a ti, se os ve tan bien juntos —manifiesta entre risas... Teniendo en cuenta de que ayer me fui de su casa pegando un portazo, yo no lo valoro igual.

—Pues opino que es mucho mejor lo que hay entre Omar y tú.

—No necesito un caramelito como si fuera una niña triste.

—Lo digo completamente en serio.

—¿Por qué?

—Estáis equilibrados en todos los sentidos.

—¿Y vosotros no?

—No, yo soy la mascota que ameniza sus ratos de ocio.

—Olympia, las veces que hemos coincidido, no he percibido eso —el tono es de caricia en el lomo, quitándole dureza a mi apreciación, pero sé que ella también lo piensa.

—No me importa demasiado, la verdad.

—Eso sí no me lo esperaba de ti. Eres inconformista por antonomasia, no me cuadras en ese posado dócil.

—No es un posado, en realidad, me dejo llevar. Me gusta estar con él y todo lo que hacemos es divertido.

—¿Intentas que descubra algo entre líneas? ¿Por qué no nos facilitamos la labor?

—Chica, que no me planteo nada serio con él.

Abro la puerta del garaje y me dirijo a mi plaza, la anexa —que también me pertenece—, está vacía. Saúl viajaba por negocios a Bilbao, ya no nos veremos hasta después de Semana Santa. Maniobro para aparcar de culo. Thais medita mi respuesta. Ya fuera del coche, me observa con el ceño fruncido.

—¿A ti no te mola el Sergio Saúl?

—¡Pues claro! Tendría que ser imbécil para no gustarme. Tiene sus cosillas, como todo el mundo, pero es un tío genial.

—¿Pero...? A ver, Pimpi, ¿te gusta..., te gusta? ¿O solo te gusta?

—¡Ostras, Thais! Pues me gusta..., como me gusta.

—Pero, ¿cómo te gusta?

—¡Hija! ¡Pues gustándome!

—No me respondes. —A ver..., oro parece plata no es, quién no lo adivine tonto es...

—Nena, hablar contigo es similar a descifrar un pergamino en copto. Me gusta, punto. ¿Cómo ha de gustarme según tú?

—¿Te digo mi opinión? —¿iba a servir de algo decirte que no?

—Dime. —Abro la puerta de casa, entornando los ojos, aún no comprendo por qué estamos hablando de mí si la que no se aparea es ella.

—No es él.

—¿Perdona? —y se me escapa la risa, definitivamente tiene una sobredosis de telenovelas venezolanas que precisa desintoxicación urgente.

—Tendrías que estar flotando, el chico es un dechado de virtudes y, sin embargo, mírate, pasota total.

—¿Quieres una cerveza? —intentaré cambiar de tema dando un capotazo.

—Sí, de esas con limón.

—¿Una *Coronita*?

—Supongo. Cuando vengo a tu casa me sorprende el montón de tipos de cerveza que existen en el mundo.

—Solo compro botellines de diseño peculiar, menos esta que es muy común, pero está bien buena.

—No tienes cura. —Niega y ríe. Objetivo despiste, conseguido.

—Pediremos unas pizzas, no tengo ganas de cocinar..., a no ser que a ti te apetezca hacer algo. Si te decides, la cocina es toda tuya.

—No, paso. Ni tengo ganas de hacerte la cena, ni de pelearme con todos esos instrumentos de tortura a los que tú llamas útiles de vanguardia.

—¿Llamo a la pizzería de la esquina?, las hacen realmente buenas, masa fina y deliciosa, ingredientes frescos y jugosos, las hay hasta con huevos de codorniz.

—Suenan a muy rico y calórico. —Oh, Thais, no puedes imaginarte lo mucho de los dos adjetivos que tienen esos divinos manjares.

—¿Qué pizza no es calórica? Si quieres luego salimos a correr por el paseo marítimo y eliminamos pesares cara a la operación bikini —sugiero mientras corto unas rodajas de limón para meter en el cuello de la *Coronita*.

—Deja, me conformo viendo el canal de deportes.

—Mira en el cofre del *buffete*, ha de haber un tríptico con el menú.

—Voy...

—No veía el momento de descalzarme. —Extrañaré a Saúl y a sus masajes..., en fin.

—Esto..., Pimpi...

—¿No lo encuentras? Pensaba que lo había dejado allí. Con tanto cambio de domicilio habitual, ya no sé ni dónde despierto cada mañana.

—Sí, estaba allí, además de esto... Lo he leído sin querer. Lo siento.

Salgo con las cervezas en las manos, le entrego una y me da la nota.

«Perdona mi comportamiento de supremo imbécil de ayer. Me apetecía disfrutar de estos días contigo y no he sido justo. Te llamaré en cuanto llegue a Bilbao. Disfruta, Pussycat».

—Pues qué bien. —Por escrito todo es más sencillo. Aunque tiene más personalidad que un *WhatsApp*.

—¿Qué ha sucedido?

—Él, había previsto la Semana Santa con billetes de avión y hotel en Menorca, y le expliqué que me había comprometido con mis padres a pasar unos días en Londres. Le di la opción de acompañarme si le apetecía que estuviéramos juntos, y reveló un carácter de energúmeno con el que yo no comulgo. Cogí mis llaves y me largué.

—A tus padres no les iba a importar conocerle. Ellos ya deben de imaginar que hacéis cosas de mayores.

—No, Thais..., dormiríamos en habitaciones separadas y con guardas de seguridad en la puerta —exagero, aunque tampoco lo descarto, mis padres son algo conservadores.

—¿Y por qué no ha querido acompañarte?

—Según él, allí no pinta nada, además de opinar sobre mi familia, cosa que no tolero.

—¿Habéis discutido eso?

—No, le envié un mensaje esta mañana diciéndole que hablaríamos el martes y no he respondido a sus llamadas.

—Pero, Pimpi..., es alargar el mal rollo.

—Si hablo con él, todo el malestar se evaporará y no quiero.

—¡Tía! ¿No eres un pelín retorcida?

—Saúl solo quiere pasárselo bien. Oye, y lo aplaudo. Yo también me lo

paso divinamente con él, y estoy dispuesta a disfrutar de este paréntesis sentimental hasta que se canse.

—¡Venga ya, Olympia!

—Debió de golpearse la cabeza la mañana que nos conocimos y tiene los receptores trastornados. Llegará un día que se preguntará qué es lo que hace a mi lado y he de estar preparada.

—¿Pero tú estás segura de eso?

—No. Pero por si acaso.

—Pimpi, sabes que me tienes cerca.

—Sí, lo sé. ¡Venga, dejemos de hablar de tíos! —No me apetece continuar metiendo el dedo en el agujerito de la herida, Londres ya será suficientemente deprimente para lamentar no haber querido aclarar el entuerto.

—Eso, pidamos las pizzas y miremos páginas guarras.

—¡Thais! —eso sí que es toda una declaración de malas intenciones, con lo comedida que es.

—Perdona la expresión, rectifico, documentémonos sobre las diferentes modalidades de expresión sexual.

—Sí, eso... Voy a buscar el cable *HDMI* para ver las páginas guarras en el plasma de cuarenta y nueve pulgadas. En estos temas la resolución es importante. —Reímos a carcajadas.

—¿Tu tele no era 3D?

—¡Pues sí que se te pasa a ti pronto el retraimiento!

—Entre renovarse y no *orgasmizar*, ¿imaginas mi preferencia? —¡Oh!, ¡qué *marranota*!

—¡Mundo! ¡Ha despertado la bestia!

*L*ondon.

Esperando a mis progenitores en el aeropuerto de Heathrow. Mi padre debe de ser el único inglés con el don de llegar tarde a todos los sitios, incluso saliendo pronto. Aunque la fama de la puntualidad es un *topicazo*, como el afirmar que se come de pena, que todo gira en torno a la hora del té o que se pasa el día lloviendo. Sí, es cierto, el sol sale poco y eso mustia a cualquiera, sin embargo, en Zúrich, Viena, Roma o en Bilbao, llueve más.

Me apasiona cuando alguien asocia a la ciudad con la sempiterna niebla y habla de ella, de su densidad y de su aterradora estela, como si detrás de cada esquina se escondiera Jack el Destripador. ¡Qué daño ha hecho la literatura en ese aspecto! Nadie explica que el origen de la neblina era producto del humo de las calefacciones de madera y carbón usadas hasta mediados del siglo XX. Vamos, tragaban polución a mansalva. Hoy, para suerte de los londinenses, la niebla es respirable. Un fenómeno meteorológico que sufren todas las ciudades establecidas junto a ríos, en este caso el Támesis, y curiosamente, se ve aquejada menos días que, por ejemplo, Zaragoza.

Distingo a mis padres. Mamá está tan guapa como acostumbra y papá la lleva bien sujeta de la mano por miedo a que le salgan alas y vuele. Es lo único que le hace falta para ser un ángel.

—¡Hola, mi niña!, estás cada día más bonita. —Las mamis pierden la subjetividad visual cuando nacen sus hijos, ya no hay niño ni mejor ni más bonito que el suyo.

—Te amo, mamá. —Me abraza bien fuerte.

—¿Qué tal, *tesorete*? —Mi padre también abre sus brazos, espachurrándome entre ellos.

—Estaba bien papi, hasta que me has estrujado todos los huesos.

—A tu hermana se le ha complicado el día y no ha podido venir a recibirte. —Se le habrá despegado la porcelana de alguna uña pensando en mí,

seguramente la del dedo del centro.

—¿Ah?, pero, ¿pensaba hacerlo? —No se merecen el apunte irónico, lo sé. Yo tampoco que me engañen.

—Olympia, vas a estar aquí cuatro días, seamos una familia al uso. — Levanto el asa de mi maleta disimulando una sonrisa cínica.

—Conduces tú. —¡Ay, no! Odio conducir los vehículos ingleses, y para redondearlo, el cambio de velocidad del coche de mi padre es manual y la primera es igual a engranar la quinta, por lo tanto, hasta que el cerebro lo asume, se me cala en todos los semáforos, *stops* y pasos de peatones.

—Papá..., son veinte minutos, ¿qué te cuesta conducir a ti?

—Vamos a casa de tu hermana, cariño.

—Yo, no. Trae las llaves.

—Comeremos allí, hija. Kenzo, nos ha invitado. —Abro la puerta del conductor tras dejar el equipaje en el maletero.

—Yo, no.

—No te obstines... ¿Qué te cuesta? —insiste mi padre. A perseverante no conoce competidor.

—Yo iré a cenar, *Good Lord willing, on the... Holy Saturday.*^[56] — remarco Santo, para que sepan que me darán la cena.

—Deberías hacer un esfuerzo por acercarte a tu hermana..., cuando nosotros faltemos... —¡Venga, mamá!

—Paso palabra...

—¡Olympia, hija! Escucha a tu madre, es una cuestión que nos preocupa.

—Papá, no te lo tomes a mal, pero a mí eso me importa lo que viene siendo un truño.

—Tendrías que estar aquí, cerca de la familia. Papá podría conseguirte un buen empleo...

—Como sigáis presionando con el temita, doy la vuelta y embarco en el primer vuelo disponible. Y sabéis que no me corto.

—Es muy doloroso veros tan distanciadas.

—A mí no me duele nada, papá.

—No puedes mostrarte tan insensible ante nuestras súplicas, solo deseamos que podáis teneros una a la otra.

—Este tema es cansado por recurrente y reiterativo. No pienso cambiar mi residencia, no pienso cambiar mi modo de vida, no pienso cambiar mi

forma de pensar, no pienso acercarme por obligación a una persona que me detesta.

—¡Eso no es cierto! —mi padre siempre defendiéndola. Está acostumbrado a sacarle las castañas del fuego y no se da cuenta del flaco favor que le hace.

—¿Vais a estar igual de machacones los cuatro días? —Mi padre se mueve nervioso, mi madre desde el asiento trasero, le sujeta por el hombro.

—No. Olympia, teníamos muchas ganas de verte.

Sí, pero en lugar de quedaros en casa conmigo, os vais a comer con Ethel por no hacerle el desaire. ¡Qué feo!

—*Welcome*, Olympia... —saluda la vecina. La Sra. Wendell, es una mujer llena de energía, perenemente amable, servil y con una voz de pito que te atraviesa los tímpanos—, *It's the whole a pleasure to have you illuminating this so gray country.*^[57]

—Buenas tardes, Adele —contesto en su idioma, a la vez que abro la puerta de la cocina. Ella se toma la libertad de entrar a la propiedad a través de una portezuela, que mi padre habilitó en la verja que separa su casa de la nuestra, sin embargo, nunca pasa del soportal. De no haber nadie, deja lo que haya traído en la mesa del patio.

—Hola, querida. —Siempre me recibe con un beso en la mejilla, cálido y tierno, igual al que regalan las abuelas—. Vine esta mañana a dejarte unas hortalizas y una tarta de manzana, pero aún no habías llegado. Preferí pasar de nuevo con tal de saludarte.

—No debía molestarse.

—No es ninguna molestia, además, han dado tanta cantidad de fruta los árboles esta temporada, que tengo la despensa llena de mermelada y sospecho que, a mi Henry, la curvita de la felicidad, se le ha expandido.

—Ay, Adele... ¡Qué cosas tiene! —Le encanta el té negro con una rodaja de limón y un chorrito de licor de *Amaretto* para endulzarlo, según dice ella, con el aroma del albaricoque, las almendras, el azúcar caramelizado y las esencias de dieciséis plantas y frutas aromáticas más que lo componen..., sin contar el alcohol puro, por descontado—. ¿Le apetece un té perfumado?

—Adele Wendell, nunca rechaza un té.

—Siéntese, por favor...

—¿Cómo está todo por España?

—Igual que siempre —y ahora es cuando mi pregunta desata su monólogo—, ¿y ustedes qué tal?

Y efectivamente, entre el té y las ganas de expresarse de mi vecina, mi primera tarde en Londres se esfuma.

Después de la visita de cortesía de la vecina, me quedo sola nuevamente, miro el móvil y no hay mensajes, tenía la esperanza de que el Sergio Saúl se mostrara algo más insistente, no obstante, ha acatado mis deseos fidedignamente y ni se ha molestado en realizar una llamada preocupándose por si he llegado bien o se ha estrellado el avión.

Claro está, de habernos estampado, entiendo yo, que un *WhatsApp* sí habría enviado. Tampoco lo habría leído. Me hallaría en un amasijo de hierros en algún punto indeterminado entre Barcelona, Bruselas y Londres... Uff, mi humor se ha contagiado de las pocas horas de sol de esta latitud. En definitiva, y retomando mi soliloquio íntimo, estoy molesta y desilusionada porque él es obediente.

No debe de importarle demasiado que esté o no esté... ¿Se habrá planteado todas estas tonterías?

Supongo que no, de lo contrario me habría llamado... Y si yo estoy aquí, dándole vueltas al asunto, ¿por qué no tomo la iniciativa y le llamo? A fin de cuentas, fui yo quien le pidió espacio...

No, definitivamente, no. Si desea algo más profundo conmigo que salir en bici, a cenar, fiesta y sexo, ha de demostrarlo. Para eso soy tan tradicional como Thais, si quiere peces, que se moje ese precioso culito prieto que tan bien menea.

Decidido. ¡*Chim pum!* ¡A otra cosa mariposa!

Ceno un súper vaso de leche con un pedazo de la tarta casera y creo levitar de lo buenísima que está.

Llamo a Leo y nos reímos un buen rato.

Ha empezado a salir con un chico que es divertido por lo singular, muy guapo, muy atento, pero con el tacto de una medusa y algo patoso, por lo tanto, surgen anécdotas de cada encuentro.

Hoy sin ir más lejos, la odisea la han vivido al lavar el coche. Por lo visto, el sistema de lavado está totalmente automatizado, es decir, sitúas el vehículo en una cinta y ese mecanismo lo arrastra hasta el final de la cadena, a la vez que se realiza el ciclo de limpieza. El muchacho ha dejado el contacto dado y cuando el agua ha tocado el sensor de lluvia, se han activado los

limpias. Sin pensárselo dos veces, raudo y veloz cual gamo, ha entrado en el túnel para desconectarlo y evitar que se partieran las varillas. Es ahí cuando el rodillo con las escobillas llenas de jabón y agua infecta, de vete tú a saber qué depósito putrefacto, lo ha dejado a él listo para revista y se ha inundado el interior del coche.

Leo me explicaba que, de haberlo grabado, estaría colgado en *YouTube* como vídeo viral.

Ahora husmeo en la biblioteca de mi padre algo para leer y tomo un libro que compila los mejores cuentos de Edgar Alan Poe, sobrecogedores por la maestría con la que este escritor estadounidense, vertebrada la larga alegoría de la enfermedad y la muerte, con su intenso barroquismo, su eficaz retórica, su fantástica recreación de efectos que se logra al combinar, alucinógena o metafóricamente, las figuras estilísticas con procesos físicos misteriosos, tales como la personificación, la sinergia, la ósmosis, la sinestesia... Encumbrándolo a la categoría de maestro de lo tétrico.

Decir que me entusiasma no expresa realmente mi sentir. Soy capaz de enunciar párrafos enteros de casi todas sus publicaciones y, aun conociendo su obra minuciosamente, si no sé qué leer, recaigo y soy diestra en desenterrar algo nuevo de entre sus líneas.

Lo perjudicial de quedarse dormida leyendo historias terroríficas, es que tienes unas pesadillas..., espeluznantes, y si, generalmente aquí ya se madruga mucho, yo he madrugado más. No ha habido crujido de la estructura de la casa, que no haya percibido y catalogado como ente *ectoplásmico*, con las aviesas intenciones de desdentarme igual a *Benerice*.

Desayuno leyendo la prensa. Aburrida. Estar ociosa me desquicia, porque mi naturaleza neurasténica me impulsa al movimiento acelerado. Intento concentrarme en una actividad que abstraiga mis sentidos, sin conseguirlo.

Tras valorar todas mis opciones, decido darme un paseo turístico por el centro... Otro más. Esta ciudad tiene pocos secretos para mí, llevo toda mi vida yendo y viniendo.

Asombrosamente, hoy luce el sol con una fuerza inusitada, nada apropiada ni para el país ni para la época del año. Por lo tanto, la excursión puede ser a pie y me marco un itinerario de una media hora hasta el Cementerio de Highgate, en donde a la muerte la catalogan de arte funerario.

Suena algo tétrico, aunque podría considerarse un deporte nacional.

Reconozco que sale un poco de las rutas turísticas habituales, que nunca me atrevería a pasear por ninguna necrópolis un día poco luminoso o pasadas las cinco de la tarde, sin embargo, los cementerios británicos son museos victorianos a la intemperie, todos tienen historias llenas de misterio y, en este en concreto, hay enterradas auténticas celebridades inglesas, como los descendientes de Shakespeare, Carl Marx y Charles Dickens, entre otros cientos de famosos. También y a modo de dato curioso, en la novela *Dracula* de Bram Stoker, la joven víctima *Lucy Westenra*, es enterrada en el *Kingstead Cemetery*, la ficción del Cementerio de Highgate, lugar donde ella finalmente se convierte en una joven vampira.

Vale, dejo de pensar en la novela que más ha marcado mi peculiar manera de contemplar el mundo, y no me refiero a las facultades de los murciélagos en cuanto a su facilidad de comunicación a través de los ultrasonidos, si no, a esa parte de la lectura que muestra el romanticismo en la decadencia, y el deceso como una liberación...

Tras valorar esta última frase, no sé si es del todo adecuado que visite hoy un camposanto. Como ya he iniciado el trayecto y llegaré a tiempo para la visita guiada de la zona Oeste, no voy a seguir regocijándome en mi estado de ánimo melancólico y deslucido.

Delante de la puerta, esperando al guía junto a un reducido grupo de visitantes —cazadores de enigmas—, distingo el cosquilleo del miedo más ancestral, el respeto a lo desconocido..., ¿hay nada más ignoto que morirse?

Con esa puntualidad tan característica que ostentan a gala algunos ingleses y que a mí personalmente, me desquicia —los cinco minutos de cortesía, deberían de estar previstos hasta en la constitución—, aparece el buen señor con su traje gris a juego con los días lúgubres. Yo conozco la historia de este lugar, así como las leyendas más célebres y de las que todos se hacen eco, en concreto la de Dante Gabriel Rossetti y el famoso poemario que escondió en la tumba de su amada Elizabeth Siddal, o detalles menos ordinarios sobre unos pasadizos utilizados con tal de transportar los ataúdes entre la zona Este y la Oeste del cementerio, sin que el difunto abandone la tierra consagrada en ningún momento.

Me despisto del rebaño y voy contemplando el amasijo de monumentos, tumbas y estatuas que aclimatan el lugar. La hiedra y el musgo, lo ha invadido todo de verde, sin embargo, es escalofriante encontrar un brazo de granito surgiendo de entre la espesura, o el ala desgastada de lo que podría ser un

ángel. Hay multitud de mariposas paseándose entre las lápidas, regalando pinceladas efímeras de color y calidez, también muchas avispas y, como en cualquier lugar del mundo, son muy molestas.

A mí me resulta curioso lo ambiguo del lugar, es decir, que, en un terreno plagado de muerte, con su decrepitud de senderos siniestros, avenidas tétricas y vegetación salvaje, prorrumpa la vida..., emerja un micro hábitat que, en ciento cincuenta años de historia han generado, alejado de la mano humana, esa gran riqueza de flora y fauna.

A lo mejor, la manera más sencilla de entender la reencarnación sea esta, aceptar que un cuerpo corrupto y yermo, posea las cualidades necesarias para darle color a las alas de las *Painted Ladies* que por aquí se pasean flotando ingravidas.

Sin embargo, retornas a la realidad al contemplar las inscripciones de las lápidas de piedra; algunas emotivas dedicadas a los llantos por un niño, otras poéticas invitando a la reflexión sobre lo afortunado de estar vivo y otras que catalogaremos de..., extrañas.

Me sentaré en el suelo, hacerlo en una piedra es un sacrilegio. Huele a frescura y a tierra mojada, cerraré los ojos para amplificar las percepciones sensoriales envolventes.

—¿Olympia? —¿Es quién creo qué es?, ¿me volteo? Podría ser un espíritu burlón lector de mentes atolondradas y distraído imitando su voz—. ¿Eres tú?

Solo le falta decir: «¡*Manifiéstate!*».

¡Ay!, ¡no!, eso sería si yo fuera el fantasma, aunque por el tono que acaba de tomar mi piel, hasta el enterrador me confundirá con un difunto.

Disimulemos. Cara de sorpresa con halo de indiferencia.

—Hola, ¡menuda coincidencia! ¿Qué haces por aquí? —¡Uy!, no sé si el tono es demasiado forzado. Demasiado amable para ser yo.

—Te lo puedes imaginar..., trabajo.

—¿Y has quedado aquí con alguien? —¡Olé, yo! ¡Viva mi sagacidad!

—No, mujer... ¿Y tú qué haces en Londres?

—He venido a visitar a mis padres.

—Qué coincidencia más agradable —pues no sé qué decir, tengo el estómago encogido y las piernas temblando.

—¿Y Miranda? —era pregunta obligada.

—En Los Ángeles, rodando un anuncio de cosmética.

—Ajá...

—¿Te importa si me siento a tu lado?

¿Me importa? Ahora mismo estoy idiotizada..., producto del asombro y de su hechizo.

Pues aquí estamos, uno al lado del otro en una vereda siniestra plagada de recuerdos a perecidos, rodeados de más de cinco mil elementos funerarios, respirando el aire viciado de humedad, con el único nexo común de la lengua, que en este momento ninguno de los dos utiliza.

Uhm..., qué embarazoso, no se me ocurre nada para romper el silencio. La visión periférica de mi ojo izquierdo, distingue su mirada observándome de tanto en tanto. No me gusta como lo hace. A ver, el chico tiene una mirada sexi, pero me pone nerviosa. Yo no soy de cuidarme con esmero el cutis, ni sé maquillarme semejante a una estrella de cine..., soy una cara entre un montón de caras. De compararme con Miranda acabará por reírse a carcajadas.

Y aquí seguimos, yo incómoda, él divertido, a la expectativa, parece encontrarse en la tesitura de decir o no decir algo, si busco un símil al azar, sería..., no sé, algo rayano a esa posición comprometida de advertir a alguien con el que no tienes confianza, del bigote de espuma dejado por la crema de la leche o de ese moquete furtivo, deseoso de ver mundo, asomándose al orificio de una de las fosas nasales.

Ambos mantenemos la mirada en un punto impreciso entre los helechos, sin embargo, cualquier observador objetivo, apuntaría sin equivocarse, quién de los dos está más confuso con la situación.

De todas las hectáreas que tiene el «Huerto del Señor», ¿por qué ha elegido mi trocito de tierra?, además, no recuerdo haberle visto entre el grupo de *freakys* que entraron conmigo... Ahora estoy más confundida si cabe, tenía entendido que, a esta zona del cementerio solo se podía acceder con guía.

Mi curiosidad me arrastra mentalmente a romper el silencio, a interrogarle al peor estilo de detective peliculero, y lo cierto es que yo, que doy la falsa impresión de ser hábil comiéndome el mundo como guarnición del primer plato, me cuesta relacionarme horrores con el sexo opuesto fuera del ámbito estrictamente profesional o formativo, por lo tanto, sigo debatiéndome entre levantarme y despedirme amablemente o saciar mi sed de respuestas.

Mejor espero unos segundos más y después me despido con un escueto «adiós», prefiero obsequiarle este efímero lapso evitando asuma que su presencia me incomoda. Conjetura totalmente equívoca, más que disgustarme,

me acalora. Mis manos dan fe de ello, sudando profusamente, las seco en las perneras de los tejanos con disimulo.

—Hace un día espléndido para pasarlo en el cementerio, ¿no crees?

—Alatz, ¿puedo ser directa contigo? —Frunce el ceño mostrando confusión y sonrío a la vez. Es irresistible, pero yo, resisto.

—Dispara. —¡Si pudiera!

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —ahora sí, me permito indagar. A obviedades no respondo cuando hay otras cuestiones rondando por mi mente.

—Ten —contesta jovial, mientras me entrega el DNI...

—Oh... —¡Viva el poder de la expresión oral abreviada!

—Se te cayó al pagar la entrada.

—Gracias... Esto..., ¿y has entrado solo para entregármelo? Podías habérselo dado al portero o al guía... —de continuar sonriendo con tanta exquisitez, hiperventilaré seguro.

—Somos amigos, Olympia. Tú en mi lugar, ¿no aprovecharías para saludarme? —utiliza un toque irónico al hablar, desconcertante. Se está quedando conmigo, ¿es eso?

—Sí, supongo que sí. —Vuelve a sonreír y niega. Silencio nuevamente.

—Hay que tener tendencias suicidas, para aventurarse por estas sendas cuando cae la noche. —Un estremecimiento recorre mi cuerpo solo de imaginarlo—. ¿Eres supersticiosa?

Sé que está aguantándose la risa, no sabría decir si por respeto al lugar en el cual estamos, o por educación.

—Cautelosa... —Un calificativo eufemístico que sustituye al de pávida.

—Aquí, aparte de las avispas y algún que otro insecto o arácnido, nada podría hacerte daño —¿por qué tengo la impresión de que no habla de bichos?

—Mi imaginación es mi peor enemigo... —Justo ahora me está jugando una mala pasada.

—¿Y has venido a documentarte y tomar ideas para algún proyecto? — Espera que me parto... Está visto que la estupidez no mejora con el cambio de país.

—A leer, hay mucha literatura escondida entre tanto musgo.

—Sí, hay epitafios muy logrados, incluso sugestivos —afirma levantando la ceja en plan misterioso—, y otros inconcebibles para la época.

—Supongo que gente adelantada a su tiempo siempre ha existido, y las emociones que remueve la tragedia de perder a un ser querido en el interior de

los individuos, es similar en cualquier era o clase social —¿he dicho yo todo eso seguido? ¡Wow!

—Es más sencillo para la persona expresar los sentimientos trágicos a los felices.

—Nunca me lo había planteado, a mí me gusta más la gente feliz a la depresiva, porque ambos estados de ánimos son contagiosos. —Debo de tener algo en la cara, no me quita la vista de encima y me cohibe. Disimuladamente, paso las manos por las mejillas, por si tengo restos de barro o una araña, y contemplo la aglomeración de cruces brotando a mi derecha, por no contemplarlo a él.

—¿Te apetece pasear? —Sí, mejor, se me empezaban a dormir las piernas y solo faltaría caerme, dando así uno de mis patosos y bochornosos espectáculos de descoordinación bilateral.

—Vale.

Nos levantamos.

Él, ágilmente. Yo, finjo no sentir el molesto hormigueo de mi pierna derecha, desde la rodilla hasta la planta del pie.

Lleva las manos metidas en los bolsillos, camina erguido, con los pies en línea. Un tío seguro de sí mismo. Es un reputado abogado especializado en derecho mercantil y fiscal, Saúl lo define como el Messi de la profesión y el porte le acompaña.

Nunca daría el perfil de escritor bohemio, ni romántico, sentado delante de una *Olivetti Lettera* pulsando letras a dos dedos, con un cigarrillo pegado al labio inferior, soplando esporádicamente los restos de ceniza de la colilla, caídas sobre el escritorio y un vaso de *whisky* sin hielo, a razón de compañero inspirativo en las tediosas madrugadas.

No, al contrario, lo visualizo en frente de su *MacBook Pro*, ante una amplia mesa de escritorio de un flamante despacho iluminado en parte por la luz natural, que atravesará un enorme ventanal situado en un edificio alto, desde donde advierte hasta la curvatura de la tierra, tomando a sorbos cortos un café arábico con una nube de nata para matar el amargor del grano natural.

—Te noto algo abstraída, ¿en qué piensas?

—¿Te gusta el café? —otra vez a reírse a costa mía a carcajadas.

—Más que los cementerios. —Me traspasa con la mirada, es inquietante, podría estar estudiando mi mente conectando con mis ojos—. Acepto tu invitación.

—Esto... Bien... ¿Ya? —No iba por ahí, solo contestaba a su pregunta.

—Son casi las dos de la tarde, de esperarnos más tendrás que invitarme a cenar. —¿Pero? Pestañeo cuatro veces seguidas para reorganizar mis ideas y debe de ser un gesto de lo más delirante, porque se parte—. Eres un enigma, ¿a qué viene esa cara de miedo?

—Chico, a este paso, me hubiera salido más a cuenta renovar el carnet —ríe sin contención, con carcajadas fuertes, sonoras y graves. Me gusta el color de su risa, transmite un excelente humor y sonrío tímida. No es prudente ni decoroso darle la confianza de sentirse aceptado con tanta ligereza.

—¿Quieres que cenemos juntos?

—¿Tú y yo?

—Sí..., claro —responde confundido.

—Oh..., vale. —¿Vale?! ¡¡Olympia!! ¡¿Se puede saber en qué piensas!?! ¿No estabas eludiendo reír para demostrar decencia? De ser un pelo más tonta, me paren con instrucciones de uso.

—¿Paso a recogerte a las cinco?

—Te envío la dirección en un mensaje. —No recuerdo tener el teléfono, pero con esa excusa me escabullo elegantemente.

—¿Has venido en coche?

—No, andando.

—Te llevo a casa —afirmación categórica. ¡Ja! A mí con exigencias... ¡Ja!, y ¡ja!

—No, de veras, no es necesario.

—Yo no soy Saúl, si digo que te llevo a casa, te voy a llevar a casa. — ¡Pero bueno! ¿A qué ha venido esa salida?

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacerte caso? —sonríe canalla. A mí plin, no pienso ceder.

—¿Sabes? Aquí no nos conoce nadie.

—¿Y?

—Podría llevarte como un saco de patatas.

—¿Y qué más?! —¡Sí claro!

—Ponme a prueba.

¿A mí con provocaciones? Nene, la has bien cagado.

Le sonrío, pero solo para que tome confianza, cuando ya lo tengo en el bote, le doy un empujón y salgo corriendo esquivando a la gente. De algo ha de servir el entreno superfluo de cada tarde.

No miraré hacia atrás, dudo que me siga. Malo será que me den el alto los *Bobbies*^[58] pensando que he robado un bolso, además, si giro la cabeza, pierdo tiempo y yo soy de sprint corto —casi fugaz—, tengo la misma resistencia que una goma de pollo.

Súbitamente, una mano aparece saliendo de un callejón. Estira de mí, y con este arte mío característico sobre los dos pies, tropiezo. Entre gritar y revolcarme por el pavimento, reacciono prendiéndome de la pechera de Alatz. Me sujeta de la cintura sin el menor atisbo de pudor.

—¡Te pillé! —¡Señor, qué sonrisa!

—¡Casi me mato por tu culpa! —Finjo disgusto.

—¿Mi culpa? Ah, no, declino toda responsabilidad, eres tú la que has salido expeditada.

—Querías secuestrarme. —Te vas a atragantar con tanta risa. ¡Y no me suelta! Y..., no me importa.

—Quería llevarte a casa.

—Pues llévame a casa, ya no me apetece caminar. —En realidad, podría levitar y flotar en este instante, sin embargo, seguiremos disimulando.

—Me gusta tu complicación. —Mal que me pese, deberé separarme, soy toda una señorita de principios..., y finales.

—Si tienes lejos el coche, me acompañas andando.

—No, está en un parking cercano.

—¿Y a qué esperamos? Tú lo has dicho, se nos hará tarde.

Caminamos sumidos en nuestros mutuos pensamientos, no sé cómo reconducir esta situación, él debe de estar contándose chistes íntimos, porque de tanto en tanto niega o se le escapa la risa... ¡Qué pánfilo! Se ríe de mí, seguro.

Subimos al coche de alquiler y salimos a la ciudad nuevamente.

—¿Puedes apuntarme la dirección en el navegador? —obedezco—. ¿A qué hora paso a buscarte?

—Pues para cenar... —Alza una ceja en señal de «*no me vaciles más*»—, a las seis.

—Has arañado una hora más.

—No hubieras preguntado lo que ya sabías. —Y no me mires así, que me acaloras. ¡Jolín!

—¿Ropa elegante o casual? —¡Genial! ¡Solo me había traído un

modelito mono para la cena con *my sister*! A ver si mi madre tiene algo que sea elegante a la par de juvenil.

—¿Invito yo?

—Por supuesto.

—Informal, totalmente, informal.

—Me parece perfecto. ¿Sabes moverte por Londres o te doy ideas?

—No te preocupes, me apaño bien con el *TripAdvisor*.

—Pues nada, nena —¿Cómo que, nena?!—, informal y a las seis.

—¿Necesitas que te envíe un *WhatsApp* a modo de recordatorio? —Olé yo y mi mordacidad.

—No va a hacerme falta, tengo buena memoria. —Frena suave delante de casa y me observa unos segundos. Sé a dónde quieres llegar y no pienso darte el gusto.

—Me alegro por ti, yo sin la agenda del teléfono no soy nadie. —Vuelve a esbozar esa sonrisa torcida que expresa los mismos pensamientos que yo oculto.

—Nos vemos en un rato.

—O.K. —Acciono la manecilla para bajar y estira de mi brazo. Me giro. ¿Qué sucede? —¿Qué?

—¿No se te olvida algo? —No, llevo el bolso y a mí misma, no salí con nada adicional de casa esta mañana.

—Creo que no.

—La buena costumbre de despedirse con un par de besos... —¿Eh?—. Ya que no me los diste con el saludo, qué menos ahora.

—Nos vamos a ver en un rato, ¿también te los voy a tener que dar después? —Por mí encantada, aunque empieza a mosquearme este jueguito.

—Por supuesto.

—¡Coi! Demos gracias que no somos rusos. —Me acerco y le beso las mejillas, aunque él alarga el contacto—. ¿Contento?

—No sabes cuánto.

Salgo del coche negando y flipando...

La Tierra tiene un radio de seis mil trescientos setenta y cinco kilómetros y, aun así, puedes encontrarte a quien menos te lo esperas en un cementerio.

Cómo sea cierto que todo está escrito en algún sitio, ¡maldita sea la leche que mamó el novelista inventor de la mía! ¡Qué curiosa manera de complicarme la existencia tuvo el colega!

Estoy delante del *closet* de mamá, un espacio similar a una feria de muestras del *Debenhams Flagship Store*^[59], no le falta de nada. Ama acumular ropa, complementos, accesorios, zapatos..., siempre a la última, pero conservando su estilo desenfadado. No acabo de entender esa obsesión suya por atesorar semejante repertorio de prendas de vestir, se vería preciosa con una bata rosa de boatiné. Dispone de la belleza de las estrellas de cine clásico, que ha heredado mi hermana. Yo debo de ser adoptada.

Por esos malabares de la genética, ahora, tras mucho deporte y mucha lechuga, mi anatomía ha conseguido llegar a su talla. Claro está, una cosa es la talla y otra muy distinta el tipo. Ella con un vestido negro de *Armani*, luce igual a las Grimaldi en *El Baile de la Rosa*, y yo, con lo mismo, sería el cuervo de Poe sobrevolando *The Night's Plutonian shore*.^[60]

Al no decantarme por un sitio elegante en exceso ni desmesuradamente cutre, puedo armonizar una blusa con un tejano. Me daré una ducha rápida..., aunque es pronto y la bañera es tan espaciosa..., con todos esos chorros de agüita... Las sales aromáticas y las esencias relajantes, han de estar en algún cajón del mueble del baño.

Ahora, con espuma hasta las orejas, pienso..., ¿realmente existen las casualidades?

Yo considero algo fortuito encontrarme a un compañero de la universidad en el centro de Barna, pero esto raya lo freudiano. En definitiva, sospecho que me persigue.

¡Estoy de sanatorio! ¿Por qué iba a molestarse en acosarme? Tiene a Miranda, a la que manipula y ningunea como le viene en gana.

Nos atribuye la condición de amigos, y yo no suelo considerar la amistad una imposición, teniendo en cuenta que solo tengo tres contando a Saúl...

Saúl...

¿Por qué no me llama?

¿Por qué no le llamo?

¡Pues porque es un imbécil! Podríamos estar juntos recorriendo las zonas más románticas de Londres, alojarnos en un hotelito mono donde disfrutarnos. Habría sido ideal, no iba a obligarle a quedarse en casa de mis padres. ¡Pero no! ¡El nene quería ir a Menorca!, que, ¿qué iba a hacer conmigo aquí?, ¡Coi, pues lo mismo que en las Baleares!

Y no era excusa la escasez del sol en el Reino Unido. Pocas Semanas Santas en España recuerdo en las que no haya llovido, si hasta parece un castigo divino, situarse ante la Santa Imagen y escuchar al capataz alentar a los costaleros a izarla con su «¡Al cielo con ella!». Yo he llegado a la conclusión de que la Señora, no quiere salir.

Otra cosa intolerable es intentar callarme en un tono más alto del mío. Una peleíta de tanto en tanto, es incluso beneficiosa, refuerza la autoestima individual y rompe con la monotonía edulcorada de las relaciones ficticiamente perfectas. La pasión no solo se demuestra retozando. Pero..., al tanto a las ironías con brochazos de mofa o insulto, hasta ahí mi paciencia. No me molesto en continuar la discusión, pierde totalmente el interés suscitado, ya solo me centro en las palabras poco providenciales empleadas.

Saldré de la bañera. Recordar el momento histórico del pasado martes por la noche, eleva mi temperatura. Al final conseguiré que el agua alcance el punto de ebullición o de el de gasificación.

Si tenía la vaga intención de desenconarme a mí misma, tomar la iniciativa y llamarle, ahora mismo, se ha esfumado. Es preferible tener esta conversación en persona. Aunque, cara a cara, observando su rostro de niño guapo con esa sonrisa canalla capaz de deshacer los polos, tiene las de ganar... Y recordando su cara, vuelven a asaltarme las dudas... ¿Le llamo?

Ains... Olympia... ¡Hoy no! ¡Sé fuerte y determinada! ¡Hoy no!

Aguanta hasta mañana, así, si está de buen humor me alegrará el día, después podría rescatar esa charla durante la cena en *the sweet home* de mi hermana. Me ayudará a hacerla más llevadera.

Tanto divagar me ha quitado el apetito, esto de organizar la vida en pareja es más complicado de lo que suponía. Acostumbrada a no contar con nadie, me chirrían todos los goznes determinativos cuando me toca hacerlo por primera vez.

Tomaré un batido de frutas y leeré en el patio. Me descargué un libro muy ameno de David Safier, un escritor y guionista alemán; se titula *Happy Family*, y la sinopsis captó mi atención. Por lo visto narra las vicisitudes caóticas del

clan *Von Kieren*, compuesto por un marido obsesionado con el trabajo, una adolescente que ama estudiar tanto como lamer un poste, un hijo enamorado de una chica que pasa de él como de volar y la madre que está a punto de perder su librería incapaz de atender a los pagos. Por si todo esto no era suficientemente dramático, una bruja les lanza un hechizo durante una fiesta de disfraces y les convierte en Frankenstein, momia, hombre lobo y vampira, obligándoles a recorrer el mundo entre fantasmas, monstruos y otras criaturas, con tal de recuperar sus vidas anteriores.

Con mi *smoothie*^[61] compuesto con todas las frutas que he encontrado en la cocina, una mantita y el iPad, me propongo dilatar mi relax en el patio.

Ciertamente es entretenido —aunque, *Mieses Karma*, es más auténtico y original—, tiene ese toque humorístico alemán, en donde la seriedad se confunde con el sarcasmo, hasta el punto de la lágrima... Pero me quedo sin batería y, como me faltan las ganas de levantarme, ir a buscar el cargador y un alargó, abrazo el dispositivo, cierro los ojos y... *Zzzzzz...*

—Olympia... —Jo, qué sueño más real—, nena, despierta...

¡¿Cómo que, «nena, despierta»?! ¡¿Y qué hace de cuclillas a mi lado sonriendo?!

—¡¿Cómo has entrado en mi casa?! —¡Pero qué falta de educación más fragante!

—Por la puerta. —Señala la dirección con un gesto, sin dejar de sonreír ni de mirarme.

—¡¿Y a quién le has pedido permiso?!

—Tu vecina me ha dicho que estabas dormida en el jardín. Llevo una hora llamándote. —Pero..., ¿cuánto he dormido? Estiro de su mano y miro su reloj.

—¿No quedamos a las seis? —Estoy confundida... ¿si no son más de las cinco?

—Me aburría en el hotel.

—¿Tú no estabas aquí por negocios?

—Pueden esperar.

—Me desconciertas... —confieso levantándome. Arrastrando la manta, me dirijo al interior. Él se alza también, introduce las manos en los bolsillos, pero no se mueve—. Alatz, si has tenido la caradura de entrar sin llamar, puedes pasar, así cierras el círculo de descaró.

—¿Y qué pensará tu vecina? —No siente el menor apuro por eso, se nota a millas.

—Mientras no nos escuche gritar..., nada —venga, contestaciones peludas sabemos dar todos. Y al parecer no se la esperaba, he conseguido ponerle un puntito en la boca—. Aligera, a ver si va a venir el coco.

—Me das más miedo tú que el coco. —¡Ja..., ja..., ja...! ¡Pero qué chispa se cree que tiene!

—¿Quieres tomar algo? —¿Un juguito de almendras amargas tóxicas, muy tóxicas?

—¿De qué algo hablas? —¿Qué pedazo de pijo! ¡Por *Dior*!

—Tú eres muy *señoritingo* y yo soy poco dada a la servidumbre... —añadiría algún insulto, me contendré. Él levanta su perfecta ceja de su perfecto rostro, mostrando un perfecto gesto de: «¿*me está chuleando?*», y sí, nene, te estoy chuleando—. Como somos amigos, abre tú mismo el mueble bar y si te apetece algo, te llenas una copa.

—Si fuera tu casa, lo haría sin pensar, pero mi código de buenas maneras me impide tomar esa libertad —ríe con esa sonrisa torcida de actor guaperas. Y yo, a pesar de ser más inocente que un conejito de Pascua, sé descubrir las ironías. El *qui* es no saber por dónde va... *Thais, I need you!*

—¿Ese código es aplicable solo en lugares interiores? No has tenido el menor reparo en traspasar la cerca.

—En ese caso he utilizado otro precepto. —El del morro, no te joroba.

—¿Y eso no es allanamiento de morada? —¿Abogado?

—No, estoy cumpliendo con mi obligación de proveer auxilio. La omisión del deber de socorro es un delito tipificado en la Ley Orgánica 10/1995, de 23 de noviembre, del Código Penal. —¡Menudo moco se ha pegado el colega!

—¿Evitas uno incurriendo en otro?

—¿Cuál? —Te *pillao* bacalao.

—Violación de la intimidad y la privacidad.

—El primero predomina sobre tu pseudo delito. —¿Perdona?

—Siempre que puedas probar que me encontraba en situación de peligro.

—Dispongo de llamadas acreditando mi voluntad de amparo.

—Y yo puedo atestiguar que no me apetecía contestarlas. —Se lo está pasando en grande. Abro la licorera y busco el mejor whisky de malta que tiene mi padre, uno que toma con cuentagotas. Fue un regalo de mi cuñado en

no sé en qué Navidad. A este paso formará parte del inventario de la herencia. Yo le lleno el vaso.

—A los amigos, siempre se les atiende al teléfono.

—A los amigos plumazos, se les envía un *WhatsApp*. —Le tiendo el vaso, lo toma frunciendo el ceño.

—¿Me consideras un amigo plumazo? —¿Por qué ha de hablarme en ese tono?

—No, pero en mi defensa, ¡alguna justificación tendré que ofrecerle al juez!

—¿Cometiendo perjurio?

—¡Eso el juez no lo sabe! —Y rompe a reír a carcajadas.

—No te he pedido un whisky —apunta cuando se recompone, aún sonriendo.

—Chico, es lo que hay, se te pasó el tiempo electivo entre tanta discusión insustancial. Tampoco iba a prepararte un *Gin Tonic*.

—Esa discusión insustancial, a mí me devuelve el pulso. — Conclusión... Está bueno, pero ido de la olla. ¡Qué lástima!

—A ver... —hablo vociferando desde la cocina, yo tomaré una cervecita —, «hombre de negocios aburrido, que visita cementerios por *hobby*», ¿qué se te había ocurrido para llamarme con tanta insistencia?

—Esperaba que me mostraras tú un lugar especial.

—Toma asiento, te cobraré lo mismo que por permanecer de pie — sonrío, se sienta y niega. Yo ocupo el sillón frente a él y subo los pies, porque estoy en mi casa y porque somos «coleguitas»—, ¿tú no conoces la ciudad?

—Lo justo, la Torre de Londres, los principales mercadillos, el Big Ben, el Madame Tussauds, el maldito cambio de Guardia... —se me escapa la risa por la apatía con la que habla—, las rutas guiris.

—Es que somos guiris..., lo habitual es conocer lo emblemático y después tomar contacto con el resto.

—¿Y tú, por qué sabes tanto si te consideras guiri?

—De los 19 hasta los 22 años pasaba aquí desde que acababa el semestre en junio hasta que empezaba en septiembre, además de la Navidad y la Pascua, cuando inicié las prácticas, espacié las visitas... Ahora vengo relativamente poco.

—¿Tus padres son ingleses?

—No, y sí.

—Doble nacionalidad.

—Mi padre sí, mi madre impuesta, aunque se adaptó bien.

—Una mujer que sigue a su marido..., quedan pocas de esas —¡qué comentario más desacertado!

—Por suerte.

—Y por desgracia. —¡Sí, hombre! Ni que fuéramos un llavero.

—Por desgracia para la mujer que no cree tener otra opción.

—No me estás entendiendo.

—No te estás explicando. —¡Ostras! ¡Ahora recuerdo parte de una conversación con Saúl!

—He supuesto que tu madre disponía de más flexibilidad que tu padre para tomar la determinación.

—En el caso de mi madre sí, ella puede ejercer su profesión desde casa, pero tú has generalizado.

—Y tú has contextualizado sobre la parte machista.

—Porque tú has matizado en ese tono de *Masters of the Universe*.

—Nena, tiendes a tomártelo todo como una ofensa contra tus valores, y nada más lejos de la realidad. Objetivamente hablando, aludía al hecho de que, al igual que has determinado tú, la mujer tiende a figurarse que, si toma la decisión de secundar a su esposo pierde su independencia y su identidad.

—¿Y no es así?

—No. Yo no considero la posibilidad de que tú dejaras de ser mordaz y ácida, si te sacrificaras por estar al lado de tu pareja.

—La palabra sacrificio ya implica ceder parte de la voluntad.

—¿Y cómo lo harías?

—Por consenso, como se toman las disposiciones importantes en la vida. Las imposiciones siempre pasan factura. En el genoma humano hay un punto de insatisfacción que provoca la rebeldía...

—Te escucho y hasta parece sencillo —afirma con el vaso entre las manos, observando el contenido con detenimiento.

—En cualquier tipo de relación, acaba sucediendo lo mismo. Llegados a un punto, ya no es importante la ilusoria sensación de ganar ante una discusión con la pareja, si no, la satisfacción de ver como pierde el otro. —Levanta la mirada y clava sus ojos en los míos, espero acontecimientos, porque no sé qué más añadir. Le da un trago largo a su bebida y hace un mohín entre disgusto y asco, muy cómico. Se me escapa la risa—. ¿No te gusta?

—No, siento ser desconsiderado, pero la bebida que me abrasa la boca evitando percibir el gusto a nada, ni durante ni después de tragar, no la soporto. —Y no puedo por más que reír a carcajadas.

—Trae, anda..., eliminaremos las huellas del delito. —Si se entera mi padre que va desagüe abajo, me repudia. Si se entera mi cuñado, me forma un consejo de guerra—. ¿Qué prefieres para quitarte el regusto a madera de roble, una cerveza o enjuague bucal?

—Una cerveza sin alcohol.

—Toma.

—Gracias...

—A mandar.

—Olympia, ¿a dónde vas a llevarme antes de cenar?

—Nene, no me has dado tiempo ni a pensar..., a ver..., lugares chulos a la par de poco comunes...

—Exacto..., así como tú. —Me haré la desentendida.

—¿Un café en The Attendant?

—¿Qué tiene de especial?

—Sirven una succulenta tarta acompañada de un excelente café entre urinarios victorianos. —Pestañea incrédulo, pero el sitio es espectacular y la tarta deliciosa, mi memoria gustativa me provoca exceso de salivación.

—No, si vamos a cenar después, mejor ir con algo de hambre.

—Tienes razón..., ¿The Rolling Brigde?, aunque la gracia es verlo enrollarse y creo que solo es una vez al día... ¡Las siete narices de SoHo! ¿Conoces el SoHo londinense?

—Sí, lo he visitado.

—Pues hay colocadas en las paredes de algunos edificios una nariz.

—¿Con qué finalidad?

—Un escultor repartió a finales de los 90 más de 30 narices por los principales lugares turísticos de Londres, como muestra de repulsa al creciente número de cámaras de vigilancia de la ciudad. La gracia es encontrarlas... Las narices, me refiero.

—¿Crees que nos dará tiempo? —Es poco probable.

—Tío, en lugar de matar ideas, ¡apórtalas!

—Sugiero algo más contemplativo y tranquilo, que no nos agobie el reloj. —Medito, medito..., uhm...

—Me visto y vamos a la City.

—¿Te refieres al distrito financiero?

—Ajá.

—¿Estás segura? No lo tengo por un distrito especialmente interesante.

—¿Y me lo dices tú que seguramente viajas en business class?

—Nena, por eso mismo... —¡Qué pesadito con lo de nena! No quiera el Señor que estemos un día los cuatro «amigos» juntos confraternizando, se le escape un «nena» y nos giremos las dos, su nena y la suplente. ¡Menudo vodevil!

—¡Triste existencia la del hombre de negocios! Dame cinco minutos.

—Pero, cinco minutos, ¿de hombre o de mujer? —Y aún pensará que ha tenido chispa.

—Alatz, hijo..., eres gracioso de la poca gracia que tienes.

Ahí lo dejo riéndose sin contención.

Miranda no debe de tener tiempo para aburrirse a su lado. Este hombre discute hasta las certezas universales, a todo le pone su punto de vista y exige el tuyo. Mantener una conversación con él es algo parecido a lo que debe de suceder en el hemiciclo, cuando el partido que gobierna expone un tema y la oposición disiente por sistema.

Es divertido a la par de cansado, reconozco que yo, muy dada a exhibir recursos verbales, me cuesta seguirle el ritmo. En fin, aprovechemos los trescientos segundos otorgados para adecentarme, con tal de que observadores curiosos no me supongan la prima fea.

Durante el trayecto hasta la City mantenemos un diálogo sobre estilos musicales, artistas favoritos, grupos y décadas, me sorprende gratamente, coincidir en tantos, es un melómano versado, sobre todo, en la década de los ochenta y los noventa, además de tener un criterio afín al mío y que difiere diametralmente con el del resto.

Una vez en destino nos dirigimos a pie al lugar elegido, a mí siempre me ha parecido un espacio mágico en el centro de una zona muy materialista. Nos acercamos a la fachada y exclama un: «¡Wow!» por lo bajinis. Objetivo cumplido.

—Es St. Dunstan, una iglesia sin suerte.

—¿Qué sabes de ella?

—Se construyó sobre el siglo XII. Un gran incendio la dañó gravemente en 1666, Sir Christopher Wren se encargó de reconstruirla, junto con otras cincuenta iglesias más, como la de St. Paul's.

—Vaya... No fue una reconstrucción a consciencia por lo que intuyo.

—A principio del XIX su estado ya era lamentable, se levantó nuevamente conservando el campanario diseñado por Wren. Durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes la bombardearon y la Iglesia Anglicana decidió no volver a invertir en ella..., en el 71 se abrieron las ruinas como jardín público, dejando intactos la mayoría de sus muros y la torre.

—Impresiona estar rodeado de paredes a cielo descubierto. Es un oasis moderno en medio de los rascacielos y el ritmo trepidante de la ciudad.

—Hala, ya sabes dónde traer a tus futuros hijos.

—No quiero tener hijos —espeta mientras miramos al cielo sentados en un banco.

—Bueno, pues a quien te apetezca enseñársela y apuntarte el tanto.

—¿Tú quieres ser madre? —¿Otra guerra dialéctica? Pues chico, en este instante la artillería está sin munición.

—No lo descarto, tampoco me lo planteo dentro de mi futuro inmediato, ni a medio plazo siquiera.

—¿Con Saúl? —¿A qué viene mentarlo ahora? Estar con él en este sitio ya me provoca remordimientos de conciencia, si encima lo nombra, todavía me siento peor. ¿Y qué respondo?, ¿le miento o le digo la verdad, o salgo por las de Villadiego?

—Como te he comentado, no entra dentro de mi futuro inmediato.

—¿Por qué no ha venido?

—Tenía unos asuntos que resolver.

—¿En Menorca? —¡Jo..., der...!

—Sí, en Menorca.

—Pues ya pueden ser trascendentales esos asuntos...

—¿A dónde quieres llegar? —son inquietantes tantas medias palabras. Recuerda a esa manera tan peculiar de las marujas de contar secretos..., soltando la puntillita sin acabarlo de explicar, para que te hagas la componenda y pienses lo peor. Equivocándote al prejuzgar, por descontado.

—¡Si yo te contara!

—Pues cuenta..., soy toda oídos.

—*Patientia in reguli nostri prima virtus est*, Olympia. —Por lo poco que almaceno en la memoria del latín, eso viene dando a que la paciencia y la perseverancia son nuestras mejores virtudes... Es decir, me deja exactamente

igual que estaba.

—*Aut regem aut fatuum nasci oportet*^[62]—contesto con el único latinajo bien construido que recuerdo, aparte del típico «*veni, vidi, vici*», usado por cualquier intelectual de medio pelo que se precie, o el «*ite, misa est*», recurso del capellán para enviar a los fieles a casa, y que en este instante no tiene sentido. Espero por mi bien, no seguir por el ramal de las lenguas antiguas, en tal caso tendré que sacar la bandera blanca y agitarla o aporrearle con el mástil en la cabeza.

—Ay, Olympia... ¡Qué pulso contigo!

Este hombre me confunde. Niego y seguimos disfrutando del maravilloso parque por fin en silencio.

Se levanta. Tiende la mano. No la tomo, sería inapropiado o por lo menos, para mí, incómodo. Disimularé buscando algo en el bolso, mientras me pongo en pie. Menos mal, por una vez, no insiste. Caminamos entre el enlosado, los bancos y los árboles.

—Esta vegetación tan exuberante, le confiere cierta sobrenaturalidad, a pesar de incorporar elementos contemporáneos.

—Londres vende esa imagen bucólica de las novelas románticas de corte gótico, y el clima ayuda a la manifestación del verde por todos los rincones.

—¿Y eso de ahí? —Dirige su mirada hacia una especie de sección de panel de abejas, o avispero, o terrario de hormigas.

—Es *The Insect Hotel*, emula la estructura de un hotel urbano con múltiples niveles y una fachada basada en un patrón *Voronói*. Las celdas se rellenan libremente con materiales de desecho reciclados. Por los lados son accesibles para las mariposas y las polillas, y en la parte superior se absorbe el agua de lluvia.

—Eres una especie de enciclopedia...

—Solo de lo que encuentro relevante, si no motiva mi interés lo olvido con facilidad.

—Como a mí. —¡Señor de los Espacios Infinitos! ¡Qué infinito hiciste a este hombre!

—Es que tú y yo, no nos conocemos... O, de ser así, dame alguna pista.

—Por ahora no, más adelante seré más pertinaz.

—¿Más? ¡Pues espero no estar cerca!

—¿A dónde me llevas a cenar? Se nos está haciendo tarde.

—¿Conoces el *Holy Smoke*? Es un sitio acogedor, en donde se come bien, sin ser ni exclusivo ni repulsivo. —Muy típico y popular, también.

—Buena elección. —¡Bien!

—¿Lo dudabas?

—Cualquier sitio me hubiera parecido ideal, pero este en concreto, es de mis preferidos.

—Me alegro.

Noto la boca seca de tanto hablar. Reconozco que la ciudad tiene pocos secretos para mí, me gusta saber el porqué de las cosas, y al no tener amigos aquí, dedico mucho tiempo a la lectura.

Hoy siento complejo de punto de información turístico y, curiosamente, no me importa, disfruto compartiendo esas curiosidades con alguien que muestra inquietud.

El Holy Smoke, es un restaurante con toques de sofisticación tanto en el ambiente como en su atención. Su comida es exquisita y la presentación delicada. Nos sirven, mientras comenta pinceladas imprecisas de su andadura americana, muy desapasionado.

—Pues a mí me encantaría conocer las grandes ciudades de EE.UU., siempre me han atraído bastante —confieso—, Los Ángeles, San Francisco, Seattle, Washington, Florida...

—¿No has estado nunca?

—Fui a Nueva York cuando acabé la carrera, caí rendida a sus pies, estoy deseando volver para recorrer lo que no pude.

—¿Viajaste sola?

—Sí, mis compañeros optaron por Praga y yo ya la había visitado.

—¿Pero la idea del viaje de fin de carrera es estrechar lazos? —Brotó la sorna de cada sílaba.

—Supongo, yo no fui.

—¿Y por dónde te moviste?

—Lo más representativo, el Empire State, el Metropolitan, Time Square, el American Museum & Natural History, el MoMa, High Line, el zoológico...

—¿Y qué fue lo que más te sorprendió?

—La marabunta de gente cruzando los semáforos —se ríe quedo, pero se ríe—. La primera vez supuse que era una manifestación, te lo juro.

—Sí, he vivido alguna situación de ir contracorriente intentando remontar una calle, sufriendo por la posible pérdida de las extremidades superiores. —

A mí también me ocurrió.

—¡Y la cantidad de españoles que hay haciendo las américas!

—Tengo una anécdota divertida en la 23rd esquina con Broadway.

—No sabría situarme. —He estado una vez y no es precisamente una pedanía de cincuenta habitantes.

—¿The Flatiron?

—¿Ese edificio que parece un quesito del *Trivial* visto desde el Empire?

—Exacto. Al principio, cuando viajas, ya sea por negocios o placer, te ves obligado a traer algo a la familia.

—Camisetas, llaveros, postales..., sí, eso es común en todas las culturas.

—En mi caso, no.

—Yo tengo dos hermanas pequeñas, le gustan más las marcas, que a un bobo enseñar a nadar a un pez —me río ante la comparativa, él entorna las pupilas señalando su desazón pasada—. El caso es, que ya no tenía tiempo de pasarme horas decidiendo una fruslería pija en ninguna de las *boutiques* exclusivas de la 5th., encomendadas.

—¡Menudo morro!

—Han mejorado, entonces eran adolescentes y, en algunos casos, los cambios hormonales hacen estragos. Total, con el maletín en una mano y arrastrando la maleta con la otra, pasé por delante de un mantero que vendía relojes *Gucci* de imitación.

—¡Venga! ¡No me creo ni que te lo plantearas!

—Sí, vi la oportunidad de cumplir con mi palabra y me acerqué al tío. Era moreno, aunque no tenía rasgos latinos y le pregunté: «*How much is it?*», y me contestó: «*ten dollars the two*». Yo, puestos a comprar una falsificación, intenté abaratarla y le propuse: «*five dollars the couple*».

—¡Qué usurero!

—Eran falsos.

—Te los vendía a diez dólares.

—Sin garantía de su correcto funcionamiento.

—¡Cinco dólares cada uno, Alatz! ¡Cinco miserables dólares! —ríe ante mi indignación. ¡Es que hay que ser rata!

—No valían más de uno la pareja y yo le daba cinco... ¡Eres muy espléndida!

—Y tú tan tacaño, que de soñar que estás tomando café te despiertas antes para no pagarlo. —En este momento, literalmente..., se descojona.

¡Tengo un gracejo!—. Anda, continúa que nos hemos desviado.

—Sí..., bueno, le digo al tío que cinco por los dos y sin expresión alguna, espeta: «Ozú, tío, agarra la maleta y pega un brinco d'aquí adelante, zo esquerozo». —Aquí la que se «desorina», es mi menda. El tono que emplea exagerando la jerga andaluza, siendo vasco, me ha pillado de sorpresa y lloro de la risa.

—En definitiva, te quedaste sin relojes «Guchi». —Intento recomponerme secándome las lágrimas.

—No, le compré cuatro por ser paisano, me regaló otros dos «Chinnel» y nos hicimos amigos. —Aquí pierdo la poca hechura que había conseguido recuperar. Me duelen los ijares. Él también ríe—. Superado el ridículo inicial la situación mejora. ¿A ti no te ha sucedido nada similar?

—Bueno... no sé si contártela, me avergüenza un poco. —Hice prometer olvido absoluto a Leo bajo juramento de honor... Aunque, por otra parte, la protagonista soy yo...

—Mis labios quedarán sellados.

—Confiaré en tu discreción.

—Cuenta, cuenta, me muero de curiosidad.

—Hace un par de años, Leo y yo, decidimos hacer un viaje a la aventura, es decir, te presentas en el aeropuerto y solicitas viajar en el primer vuelo en el que sobren plazas libres.

—¡Wow! ¿Lo hacéis con frecuencia?

—Si coincide que ambas estamos desemparejadas, sí —frunce el ceño sin apostillar.

—¿Y conseguís volar ocupando asientos contiguos?

—Generalmente, Leo, que es una preciosidad, pide amablemente el cambio de asiento adjuntando una sonrisa y algún pestañeo... Ya sabes, una cara bonita es muy convincente.

—Pues las dos juntas, debéis de ser un escándalo de miradas lascivas. —Tuerzo la cabeza y pestañeo, sobraba la zalamería.

—En fin, nos embarcamos en un vuelo sin escalas a... Rusia.

—¿Y qué tal?

—El idioma es el hándicap más complicado al que me he enfrentado nunca.

—Pensamos que todo se soluciona con el inglés.

—Allí te sirve de poco saber cinco lenguas, ¡ni los rusos se entienden en

ruso!

—¿Dónde estuvisteis?

—En San Petersburgo, visitamos el Hermitage, recorrimos la avenida Nevsky, las principales catedrales, tomamos el metro, que es un palacio subterráneo popular... Nos encantó la ciudad. El problema fue a la vuelta.

—No teníais pasaje.

—Tuvimos que esperar más de lo deseado, pero conseguimos billete a Barajas. Antes de tomar el vuelo, revisaron exhaustivamente nuestro equipaje, nos llevaron a una sala, nos dejaron en ropa interior y nos cachearon.

—¿Y eso?

—¿Pensarían que íbamos a robar el oro de Moscú! A día de hoy no sé por qué tuvimos que pasar por aquello.

—¡Vaya por Dios! —Entorna la mirada.

—Nos advirtieron con tanta vehemencia sobre las penas por hurto, que subimos la pasarela con el culo bien apretado. —¡Ups! ¡Menuda comparación más grosera! ¡Y cenando!—. Son unas cinco horas de vuelo y cuando llevábamos la mitad, fui al aseo. Me lavé la cara, las manos y reparé en una pequeña pastilla de jabón que me recordó a mi infancia.

—¿No sería una *Magno*? —pregunta.

—Tú has estado en Rusia —ríe afirmando.

—Sí, *Aeroflot* es la única compañía aérea del mundo que aún las utiliza.

—Alatz, te juro que la pastilla me llamaba..., clamaba; «¡*Olympia, llévame a casa...!*». ¿Cómo negarle a un exiliado el deseo a ser repatriado? Y la metí en el bolsillo de detrás del pantalón sin utilizarla. —Se ríe sosteniendo las carcajadas.

—Y eso que ibas avisada. —Se mofa de la situación. Yo ahora, en la distancia, también.

—Salí fingiendo haber hecho solo pipí y me senté al lado de Leo, no pude resistirme y le confesé que había *mangao* la pastilla de jabón emigrante —ríe, ríe, ríe...—. Cinco minutos más tarde se escuchó por megafonía: «*Olympia Fasol, five of five of 1985, go to the flight deck, please*»^[63].

—¡Venga ya!

—Te lo prometo, empecé a sudar en frío. Leo me miraba con los ojos como platos. Ni me inmuté, ¡qué digo!, ni parpadeé por miedo a que el aleteo de las pestañas los alertara, y otra vez la voz en off... «*Olympia Fasol five of*

five of 1985, go to the flight deck, please». Así, hasta que la tercera vez Leo me dijo: «*Tía, sé valiente y enfréntate a tus actos*».

—¿Toda esa movida por un set de cortesía? —Entre risas muestra su incredulidad.

—Ya me veía en una prisión rusa, aunque en lugar de una cárcel, mi mente la imaginaba como las mazmorras de los castillos del medievo. — Continúa riendo, y eso sin conocer la mejor parte.

—Hubiera pagado por ver tu cara de espanto.

—Suerte que fui al lavabo antes, si no, el reducto de dignidad restante se habría esparcido por el suelo.

—Supongo que atendiste a la llamada evitando que revisaran a todo el pasaje.

—Sí, pero para que no me pillaran con el objeto del delito encima, no se me ocurrió otra cosa que meterme la pastilla de jabón en la boca.

—¡Olympia!

—Fue un acto *in extremis*. Intentando engullirla, bebía agua y se deshacía, pero no se maceraba. No había manera de tragarla, las arcadas incluso empeoraban la labor, un show...

—Increíble... —determina roto de la risa.

—Al final la escupí dentro de mi bolso y lo guardé en el porta-equipaje. Abracé a Leo, me levanté y me dirigí, al punto del desmayo, a la cabina, pasando por *first* y *business class*, rezando lo poco que recordaba, casi llorando... Al llegar, un asistente de vuelo solicitó mi pasaporte, y me dijo sonriendo: «*You have left forgotten this in the toilet*»^[64], mientras me devolvía el anillo con sello regalo de mis padrinos cuando hice la primera comunión, en donde está grabado por dentro mi nombre y la fecha de nacimiento.

Ahora es él quien se lleva las manos al estómago y ríe. Yo le acompaño. Recordar aquel momento hoy es cómico, en realidad fue uno de los peores ratos de mi vida, nunca he sudado tan profusamente, ni temblado tanto de miedo.

Mientras nos dejan el postre, nos recomponemos.

—Olympia, ¿cómo pudiste pensar en un arresto por algo tan inocente? — Me encojo de hombros, a día de hoy aún me lo pregunto.

—De todas las cosas raras que he comido, el jabón es la más

desagradable con diferencia.

—Es la primera vez, que compartiendo una cena no he echado de menos el móvil.

—Alatz, estoy pensando agradecerte el cumplido arreándote una patada en la espinilla. —Se carcajea ante mi amenaza. Yo no bromeo.

—Qué suerte tropezarnos de nuevo —ese comentario vestido con esa sonrisa, es del manual del perfecto seductor.

—Sí, con lo grande que es Londres.

—Con lo grande que es el mundo y las pocas esperanzas que tenía.

No pienso indagar sobre esa frase.

Terminamos la cena entre otras anécdotas menos extremas, y riendo, se nos pasa la velada en un suspiro.

Ahora vamos dirección a mi casa, escuchando música, todo muy relajado. Repaso la tarde-noche, agradezco en gran medida el encontrarnos, hubiera sido un día lento y soporífero, sin embargo, aquí estoy maldiciendo a Cronos por no detener el tiempo o alargarlo un poquito más.

Se cruza por mi mente invitarlo a la última copa en casa, por una parte, es poco apropiado y por otra, no es nada apropiado. No obstante, el diablillo en mi hombro izquierdo me incita a hacerlo y el ángel del derecho..., ¿dónde se ha metido otra vez?

¿Si lo hago pensará que soy una fresca que busca contacto humano?

¿Busco contacto humano? ¿Busco contactar con él?

¿Te has vuelto un pendón verbenero, Olympia?

¿Y qué hace el coche de mi padre aparcado en la calle?

¿Y qué hace en casa? Bueno es su casa, puede venir cuando quiera y sin avisar.

Tampoco estoy cometiendo ningún delito, he salido a cenar con un amigo de Barcelona, soy mayor de edad, vivo sola, trabajo, gozo de cierto grado de cordura y madurez... ¡Jo!, estoy por decirle a Alatz que pare un poquito más adelante, así no nos verán llegar. Mi padre dispone de un radar auditivo fuera de lo común, reconoce y asocia los ruidos del motor a los coches de la familia, si no puede determinar el propietario, utiliza la inspección ocular a través de la ventana del salón con vidriera transparente, que es igual a un mirador. ¡Ay, Olympia no seas niña!

Detiene el vehículo justo enfrente, vamos, solo falta presionar el claxon y emitir ráfagas con las luces. Estoy convencida de que mi padre está sentado

con las piernas cruzadas, contemplando la escena, haciendo que lee, mirando por encima del libro o del diario.

—Gracias, Olympia, hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien. —¿Eh? ¿Mande?

—Ah..., bueno, no se merecen... —Acciono el seguro y abro la puerta. Salgo del coche y, ¡él sale también! ¿Piensa acompañarme a casa igual que esta mañana? Están mis padres, no puedo invitarle a pasar, está casado, mi madre sufriría un ictus solo imaginando—. No es necesaria la molestia, están mis padres.

—No lo es. Supongo que tus padres estarán más tranquilos si alguien te acompaña. —Pero..., ¿qué coño...? Lo intento, quiero evitarlo, pero al final en este absurdo conflicto mental ganan las carcajadas—. ¿De qué te ríes?

—De ti —respondo a mandíbula batiente. Con la mano en el estómago—, lo..., lo siento..., de veras.

No consigo contenerme, los nervios deben jugar en mi contra.

—No le veo la gracia...

—Alatz, soy mayor, mis padres ya no me esperan despiertos hasta las tantas —en un gesto poco meditado, me acerco a su oreja y le susurro —, ya se imaginan que hago cosas malas.

Ahora el que rompe a reír es él.

Claro, ante tanta hilaridad, la puerta de mi casa se abre y, allí en bata y zapatillas, mami y papi. ¡Qué bonita estampa!

—¿Qué hacéis en la puerta? —pregunta mi padre frunciendo el ceño... ¿No lo ves papá? Pelando la pava.

—Alatz, me ha acompañado por si un gamusino me asustaba. —Mi padre niega, mi madre entorna los ojos y Alatz..., aguanta la risa estoicamente—. Como puedes imaginar, son mis padres. Henry y Elisenda.

—Un placer —contesta estrechándoles las manos.

—¿Cuándo os habéis conocido? —¡Mamá! ¡Jesús, qué mujer!

—Es un amigo de Barcelona.

—¡Qué hermosa coincidencia! —¡Mamá, por el amor de Dios!—. Podría acompañarte a la cena que mañana ofrece Ethel.

¡Mierda! ¿Por qué la felicidad dura tan poco?

—No puede —respondo a mi madre mirándola con gesto encolerizado ¡A ver si se da cuenta que está muy feo lo de organizarme la vida así a la buena de Dios!

—Sí puedo. —¿¡Qué coño!?

—Alatz, ¿no me habías comentado que mañana tenías un día complicado?
—forma cordial de pedir que no lo haga.

—No, no te lo he dicho. —¿De qué va este tío?

—Entonces, ¿contamos contigo para la cena mañana? —insiste la lianta de mi madre. Podría hacer como papá y mantener la boca cerradita.

—Por descontado. —¡Está tarado!—. Olympia, te llamaré para concretar. Un placer conocerles, gracias por la invitación, hasta mañana, Sres. Fasol.

—Hasta mañana.

Se despide estrechándoles la mano nuevamente. Mi padre tira suavemente del brazo de mi madre que sonrío tontamente, como hipnotizada. Cuando sus oídos quedan fuera del radio del sonido de nuestra voz, entorno la puerta y me cruzo de brazos ante la mirada burlesca de Alatz. Se me pasa por la mente romperle un tiesto de la ventana en la cabeza, pero contengo mis impulsos homicidas apretando la mandíbula, por no disgustar a mi madre.

—¿Pareces molesta, nena? —¡Qué observador!

—No me llames nena ni una vez más.

—Tú me dices nene y no me importa —se justifica.

—Nene, surge espontáneo y no tiene las mismas connotaciones.

—¿Quieres analizar sintácticamente el uso en tus frases?

—¡Tienes la boca tan grande que podrías susurrarte! —Sofoca las risas tapándosela con el puño—. ¿Cómo se te ocurre aceptar la invitación de mi madre?

—¿Por qué no?

—No conoces a mi familia. ¿Qué vas a hacer tú en casa de mi hermana?

—¿Cenar? —¡Ahhhhh! ¡Una ironía más y le coloco las primulas de sombrero!

—Alatz, ¿a qué juegas?

—No juego —la respuesta es simple, pero por el tono empleado diría que oculta algo.

—Entonces, dame un solo motivo para aceptar sin consultarme.

—Te daré dos, somos amigos y me gusta estar contigo.

—Utilizas la amistad muy a la ligera, tanto como el «nena».

—Nena..., nada más lejos de la realidad.

—Nene..., vete a cagar. —¡Y se ríe!

—Buenas noches, Olympia. Sueña con los angelitos.

—Y tú que te despiertes sonámbulo y saltes por la ventana.

Entro en casa alterada igual que un basilisco, directa a la cocina con la idea de calmar la ira con agua. Dos minutos más tarde entra mi padre, con el ceño fruncido; por cada arruga una pregunta, y yo, sin ganas de dar explicaciones.

—Olympia, hija...

—Papá estoy cansada.

—Está casado, ¿verdad? —habla con cautela, midiendo las palabras, controlando el tono y, por cierto, ¿cómo se ha dado cuenta? No recuerdo haberle visto el anillo. ¿Y por qué no llevaba el anillo? En fin, no alargaremos la conversación con respuestas evasivas.

—Sí. —Con esto debería de bastar, aunque conociendo a mi padre, no será suficiente.

—Siempre te he tenido por una persona sensata, con valores... Esto me confunde.

—¿Te confunde que tenga un amigo casado? Thais también está casada, salimos juntas y duerme conmigo en alguna ocasión —me he expresado mal, por eso pestañea, sé que es una defensa pobre y mala, muy mala.

—No divagues ni me tomes por necio.

—Solo contesto, eres tú el que marcas las diferencias —que yo también distingo, pero que no voy a reconocerle.

—¿Te vas a convertir en su querida? Vales mucho más que eso, *tesorete* —¿es imprescindible mantener esta bronca? Luego me enfrentaré a la batería de preguntas azucaradas de mamá. ¡Con lo estupendamente que estaría yo en Menorca!

—Papá..., somos amigos, solamente amigos —respondo cansinamente, con desgana por disimular.

—Nunca me habías hablado de él. —Como de ninguno de mis amigos... Tampoco tenía... Además, cualquier hija que se precie, solo está obligada a informar a sus progenitores de lo que estime conveniente.

—¿Necesitas un inventario con nombres, teléfonos y estado civil?

—¿Puedes contestar sin abuso de cinismo, por favor?

—Nos conocemos hace muy poco, a través de otro amigo en común. Nos encontramos hoy y quedamos para cenar, además, ha sido mamá la lianta con ese exceso de cortesía.

—Os he observado, os he escuchado y ese hombre que estaba ahí fuera, no te ve como a una amiga.

—Estás fatal, papá..., se te pasaría toda esta preocupación si conocieras a su esposa. Es una mujer espectacular, encantadora y elegante a su altura, puedo garantizarte que, él y yo, solo somos amigos.

—¡Ay, Olympia! Siempre equivocada. —Me abraza y besa mi frente—. Voy a acostarme. Descansa.

—Y tú, papá.

Yo también necesito la piltra, aunque antes he de pasar por el salón, impensable dejar a mamá sin sus respuestas.

—Buenas noches, mami. Me voy a la cama. —Me acerco fingiendo un bostezo y le doy un beso en la mejilla. A ver si la técnica disuasoria «*método A*», surte efecto.

—Siéntate un ratito conmigo. No hemos compartido tiempo, cariño.

—Claro, porque recogisteis del aeropuerto a la mascota, la trajisteis a casa y os marchasteis a la de mi hermana. Si lo sé, no vengo. —Ya me imaginaba que sería así. Les visite por un mes o cuatro días, estoy tan sola como en Barcelona.

—Olympia, lo que voy a decirte no nos disculpa ni a tu padre ni a mí, sin embargo, es la pura verdad, estamos tan acostumbrados a ver la soltura con la que te mueves por el mundo, que no nos planteamos que puedas necesitarnos.

—Yo no requiero a alguien pendiente de mi estado de ánimo, aunque tampoco me vendría mal que os mostrarais más cercanos.

—Te adoramos. —En ocasiones lo he puesto en duda.

—Sí, mami, lo sé. —No me apetece montar un drama familiar de reproches, al fin y al cabo, si no pides nada, tampoco te obligas a dar demasiado.

—Y ahora... —¡Lo sabía! ¡Imposible frenar sus impulsos curiosos!—, ¿quién es ese muchacho? Porque el chico es de cine.

—¿Has hablado con papá? —Primero tantearemos el terreno.

—Sí, Olympia, se ha fijado en la marca del anillo..., que no llevaba. ¿Está separado?

—Está casado.

—Olympia...

—Somos amigos..., amigos, mamá..., punto.

—A mí, hija, a estas alturas, después de todo lo visto y escuchado, que

esté casado, es mi preocupación menor. —¿Mamá? Ahora mismo estoy en *off*, pestañeo para lubricar las pupilas...—. No me mires como si estuviera loca.

—Mamá, estás como una puñetera cabra —ríe contenida.

—Voy a dormir. Mañana después de comer, nos iremos para ayudar a tu hermana con los preparativos. Se colapsa enseguida.

—Ok.

—Supongo que tú te irás con Alatz, ¿no? —Levanta una ceja y sonrío. ¿Qué se habrá tomado...? ¡Le ha sentado fatal!

—Pues no lo sé mamá, porque no entraba en mis planes presentarle a toda la familia, incluyendo a la política de Ethel... ¡Me metes en unos barrizales!

—Buenas noches, chiquita.

—Buenas noches, mami.

¿Cómo puede retorcerse todo sin necesidad alguna?

Si el hecho de ir a casa de Ethel, ya suponía un sacrificio a la altura de los ofrecidos por las tribus reductoras de cabezas, el tener que ir acompañada por Alatz suscitará especulaciones poco gratas.

A mi madre, con tal de no verme sola, le vale todo, esté casado, divorciado, tenga branquias, sea verde o respire por la piel, le es completamente indiferente. Para ella, lo esencial es eliminar su sentimiento de culpa. No acaba de comprender, que yo no quiero a un hombre a cualquier precio, para mí es necesario algo más, un resorte marcando la diferencia. Amar a alguien es toda una proeza que conlleva un imprescindible y enorme gasto de energía, generosidad y ceguera..., sobre todo, ceguera para dar el paso. Es indispensable saltar al vacío sin red, sin cuerdas, sin paracaídas y que, si recapacitas o sopesas la situación..., no lo haces.

No es momento de divagar, es momento de dormir y de rogar a mi querubín de la guarda, que me guíe una chispita, o que no se mantenga muy alejado. Ni yo sé en qué puede desembocar todo esto. Pensándolo fríamente, de aparecer mi ángel custodio, después de arroparme y de darme un beso de felices sueños, acabará susurrándome al oído... «*Olympia, me tienes hasta los cojones*».

Cerraremos los ojos y esperaremos que mañana no llueva.

Ya es mañana y no llueve.
Huele a café de grano molido y a tostadas,
mi estómago gruñe al reconocer ese aroma.

No le voy a permitir uno más. Despereándome, bajo a la cocina.

Mi padre lee la prensa, mientras mi madre acaba de preparar la mesa. Esa foto evoca mi niñez; ya estuviéramos en San Pol o en Londres, la imagen es la misma, mi madre ocupándose de todos los quehaceres de la casa, además del dedicado a su profesión y mi padre, sentado leyendo. Suerte de que cuenta con la ayuda de la asistenta durante unas horas, si no, su vida se vería reducida a la casa y al trabajo.

Durante el desayuno no ha vuelto a hacer mención de mi «*folla-amigo*». Por mucho que me desgañite e insista en, ¡qué solo somos, amigos! ¡AMIGOS!, ellos están convencidos de que soy su amante. Para una vez que no enmascaro la verdad con velos y afeites, no me creen... Es el inconveniente de mentir, cuando dices la verdad todos dudan.

Ha salido nuevamente el sol. Mi madre aprovecha para arreglar su *cottage garden*^[65], del que está tremendamente orgullosa. Mi padre y yo jugamos al ajedrez sin reloj. Se lo piensa tanto, tantísimo, que, entre movimiento y movimiento, me da tiempo a revisar los mails y contestarlos.

—Olympia, si no vas a prestar atención al juego lo dejamos.

—¡Será posible! Papá, podía haberte tumbado el poni en la jugada de antes. Te estoy dejando ganar, mira, si quiero, en dos saltos te quedas sin el alfil..., entérate de una vez, ¡las mujeres hacemos servir los dos hemisferios!

—Hala, por lista, te acabo de tumbar la torre, *tesorete*.

—Oh, papá..., cuánto rencor destila tu voz, el odio no ayuda al discernir frío y diestro. La rabia solo araña... Con todos esos años de sabiduría que acarreas, deberías de conocer las consecuencias.

—Olympia, tu sarcasmo ofende más que los insultos. En lugar de dar tantas excusas, admite que te escuece perder ante el carcamal de tu padre.

—Probaré algo antes de sacar la bandera blanca. A lo mejor si coloco mi

damisela en *F7*, y la dejo bien protegida por el alfil..., así... ¡Uy, papi! ¿Ese de ahí no es tu rey? ¿Ese, abandonado a su suerte y que ya no dispone de más movimientos?

—¡Me irritas!, ¡no imaginas cómo me alteras con tus bobadas mordaces!
—contesta negando ante su despiste, no sirve de nada pensar tanto, si se hace mal.

—No te engañes. Te sulfura que una reina, le dé jaque al rey...
¡Hombres! Cuando aprenderéis que, ante las capacidades femeninas, no tenéis poder alguno.

—Olympia, te estás recreando. Olvidas que soy tu padre.

—*Game over, daddy!*^[66] *Juas..., juas..., juas...*

—¡Qué feo burlarse del perdedor!

—Te diría que lo siento... —Pestaño.

—Vale, Olympia, sin regodeos. Me voy con tu madre, no es tan infamante.

—Corre, ve a poner la denuncia... Luego más tarde, podemos buscar algo más acorde a tu edad, papi..., como el dominó.

—A veces pienso que te cambiaron en el hospital.

—¡Qué feo, papá!

—*Game over, my sweetheart...*^[67]

Se levanta, me da un beso en la sien y aprovecha para despeinarme, dejándome tan cortada como la mantequilla batida al sol.

Vuelvo a la ingrata labor de eliminar los innumerables mails publicitarios. La asociación de excursionismo me envía el formulario de renovación de la cuota de socia. Creo que este año cambiaré de actividad lúdica. Cuando vuelva a *Barna*, indagaré sobre nuevas aficiones en las cuales no me vea obligada a encontrarme con un ex. Es una de las ventajas de ser fea, el número de relaciones rotas es más reducido.

Respondo a Thais y a Leo, sin contarles demasiado ni detallar acontecimientos. No me he planteado explicarles nada de lo sucedido. A Saúl tampoco, aunque esta vez no podré ocultárselo... Por cierto, Olympia, ¿tú no le ibas a llamar hoy?

No, no puedo hacerlo, primero he de explicármelo a mí misma hasta que suene convincente. ¡Joder, Olympia! Te comportas como si estuvieras cometiendo adulterio... ¡Solo has quedado a cenar dos veces con un amigo!

Le llamaré mañana..., o ya me espero a verle el lunes..., sí, será mejor el lunes.

Nuevo mail en la bandeja de entrada...

De: A.gorraiz@gorraizdespachojuridico.net

Para: Olympiafasol@icloud.com

NENA, DEFINICIÓN

10:06

«nene, nena» Nombre masculino y femenino.

1.

Coloquial.

Tratamiento que se utiliza para dirigirse o referirse afectivamente a un niño pequeño.

«El único nene llorón eres tú, que con nada te conformas».

2.

Nombre femenino.

Coloquial.

Tratamiento que se utiliza para dirigirse o referirse, en especial un hombre, a una mujer joven.

«Nena, tú vales mucho.»

Tras el inciso hermenéutico, buenos días, nena.

¿Qué tal? ¿A qué hora paso a recogerte?

Si te apetece, podemos comer juntos.

Saludos.

Alatz.

¿A mí con sátira?

¿A la reina del sarcasmo?

¿A la diosa de la ironía?

¿Cómo osa retarme?

¡Oh...! ¡NENE! Has conseguido activar el motor de mi ira, el engranaje acelerador de mi rabia..., hablando en castellano popular ¡Te vas a cagar!

De: Olympiafasol@icloud.com

Para: A.gorraiz@gorraizdespachojuridico.net

IMBÉCIL, DEFINICIÓN

10:39

Del lat. Imbecillis, «débil», «enfermo», «pusilánime». Nombre masculino y femenino.

1. *Adj. Tonto o falto de inteligencia. Insulto.*
2. *Adj. Propio o característico de la persona imbécil.*
3. *Adj. med. Que padece de imbecilidad.*
4. *Adj. p. us. Flaco, débil.*
5. *Sus. Alatz Gorraiz*

Tras el inciso exegético, buenos días, imbécil.

Puestos a usar apelativos, cada cual soporte el más adecuado.

¿Tú no estabas aquí por trabajo? Chico, debes de hacerlo poco o muy rápido. Has de darme la clave, yo ando a la greña siempre con el tiempo.

Debería ser amable y delicada, declinando tu invitación, pero paso. Por descontado que NO comeremos juntos. Búscate a otra para amenizar tus ratos de asueto.

Si finalmente insistes en acudir a la soporífera cena familiar que brinda mi hermana, pasa a buscarme a las cuatro, vive a las afueras de la ciudad.

Saludos

Yo.

Le doy a la tecla de enviar, con el mismo ímpetu que he aporreado la pantalla a dos pulgares escribiendo el mail.

¡Valiente imbécil!

¿Un *WhatsApp*? ¡Claro...!, el imbécil, ¡cómo si lo viera! No pienso agregarlo a mis contactos, a mis diez tristes contactos.

Prefiero, nene, suena menos a

insulto.

11:01

La idea era insultarte.

11:02

¿Lo aclaramos comiendo juntos?

11:04

¿Tienes problemas con la comprensión lectora?

11:06

Entonces, no

11:07

No.

11:07

Enfadarte conmigo no es buena idea.

11:10

¡Lo qué me faltaba! Necesitar tu permiso para cabrearme o no.

11:12

¿Tienes problemas con la comprensión lectora?

11:13

No.

11:14

Pues, entonces, sigue enfadada, no hay nada más fascinante que una lid dialéctica con una mujer tan asertiva como tú.

11:17

No te esfuerces, no tengo el menor interés en comer contigo.

11:19

Tú te lo pierdes.

11:20

No creo perderme nada especialmente emocionante.

11:22

No lo sabrás si no comes conmigo.

11:24

Podré vivir con eso.

11:25

Te daré la oportunidad de probarlo el lunes.

11:27

El lunes comeré en el vuelo Heathrow - El Prat.

11:30

:(

11:30

=D

11:31

Te recojo a las cuatro y hablamos. Espérame despierta.

11:34

¡Qué remedio!

11:35

Xxx

11:36

Bye.

11:37

Hoy no me reconozco. Me he embutido en un vestido azul antracita con su chaqueta bolero a juego y unos zapatos de tacón fino, preciosos. No voy cómoda, y aunque estoy acostumbrada a vestir prendas ajustadas habitualmente, suelen permitirme el movimiento de manera confortable y respirar llenando totalmente los pulmones. Este en concreto, no.

Me he maquillado con todos los potingues imprescindibles, según los entendidos, para disimular imperfecciones, más, cuando toda tú eres una imperfección, la brocha de los polvos traslúcidos llora hasta caérsele los pelos de la risa.

No me veo del todo mal, para qué ser modesta conmigo misma, me veo que te mueres, sin embargo, no de impresionar a alguien que lleva del brazo a una mujer de «rompe y rasga».

Tampoco debería de importarme demasiado.

Escucho un motor detenerse delante de la puerta, no es necesario ser Uri Geller, para saber de quién se trata.

Toca al timbre y abro, mientras intento colocarme los pendientes. Para mí, menos arriesgado que hacerlo delante del espejo. Mirándome en él o bien pierdo un cuarto de hora por agujero, o me perforo uno nuevo.

—Buenas tardes, pasa por favor. —He de distraer mi mente en algo repulsivo, si no acabaré babeando..., es... *Ufff...*, mejor no pienses en lo que es, Olympia.

—Hola... No voy a preguntarte cómo estás, es obvio que preciosa.

—*¡Wow!* Nunca me habían dedicado un cumplido tan largo. Te lo agradezco, he hecho lo que he podido.

—Cómo si te hiciera falta... —susurra mientras cojo el bolso.

—*¡Ains!* Se me olvidaba..., quería llevar un colgante, regalo de mi padre. No me lo pongo nunca, porque nunca tengo la ocasión de vestirme así. Dame un minuto.

Me descalzo con tal de subir las escaleras a pares y me remango el vestido un poco. Le escucho reír. Mi falta de elegancia se traduce en su exceso de júbilo. No voy a mosquearme por esos matices, ya me dará motivos más contundentes en un rato.

Cojo el collar y bajo nuevamente, me calzo e intento abrochar el colgante.

—¿Me permites?

Me giro, retira el cabello para acceder a mi cuello. El roce de sus dedos en la nuca me provoca un escalofrío inesperado y agradable. Toda la piel se eriza con el contacto. No he conseguido disimularlo y se está recreando.

—Alatz, ¿necesitas las instrucciones?

—Precisamente, instrucciones no..., tiempo, sí.

—¿Eres torpe para los trabajos de precisión manual?

—No, para nada. Un día de estos, no tardando demasiado, te mostraré mi destreza —¿volvemos a los figurativos? ¡Virgen del Carmen!, ¡qué *porculosito* es y qué bueno está!

—¿Nos vamos?

—Sí, mejor, no me gustaría ofender a tu familia.

—Sigo sin entender porqué accedes a las chifladuras de mi madre. — Galantemente me coloca el abrigo.

—Ya te lo he dicho, aunque si prefieres, intento explicártelo modelando plastilina. —Imbécil.

—Mejor con dibujos, pero, si los pictogramas van a ofrecerme el mismo fundamento absurdo, déjalo. —Abre la puerta del copiloto y subo. Con ese porte sofisticado, rodea el coche, se quita el abrigo y monta.

—Olympia, no es una justificación. No me pareció una idea tan desatinada.

—¿Por qué no llevas el anillo de casado? —Me observa de soslayo antes de arrancar.

—Me aprieta.

—¿Te han engordado los dedos?

—Sí, tuve miedo de no podérmelo sacar, me cortaba la circulación.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás utilizando el doble sentido?

—Porque eres una mujer muy inteligente. —Pero..., ¿usa la ironía o es una revelación conyugal? ¿Qué necesidad hay de hacerme pensar tanto? ¿No es más fácil un sí o un no? ¡Dichosa manía de complicarlo todo!

—Mis padres creen que somos amantes. —Vuelve a observarme de esquivo, con una sonrisa un tanto depravada.

—¿Te conformarías con ser segundo plato? —¡Qué malísimamente suena eso de los platos!

—No —tajante, no voy a dejar la puerta abierta con explicaciones ambiguas.

—Sería un completo idiota, para no considerarte plato único.

—Alatz, cambia de términos, eso de los platos suena rancio y demodé.

—Tienes toda la razón... ¿Introduces la dirección en el navegador?

—Ajá.

—Sin ánimo de ser indiscreto, parece haber cierta tirantez entre tú y tu hermana.

—No es tirantez, es indiferencia. Somos seres opuestos.

—Yo y mis hermanas también tenemos poco en común, pero cuando voy a Bilbao, lo primero que hago es visitarlas.

—Donde no soy bienvenida, no me molesto en aparecer.

—Cada familia es, como es. Estamos tan acostumbrados a los roles tradicionales, que es chocante encontrarse a una que no finja unidad.

—El estar lejos también evita el bombardeo constante de mis padres.

—¿Y a qué me enfrento? —pregunta en un estudiado cambio de dirección.

—En primer lugar, he de advertirte que la persona más equilibrada que vas encontrarte, aparte de mis padres, soy yo —niega y ríe.

—Va a ser interesante.

—Mi cuñado es un tío muy estirado, sabe de todo.

—Como el ochenta por ciento de la población.

—Intenta dar lecciones de vida continuamente. —Si tiendes a disculpar esa actitud, todas tus convicciones moralistas entrarán en conflicto tal como le saludes, nene.

—Soy abogado, acostumbro a tratar con individuos de catadura ética, definámosla, peculiar.

—Hoy, comprobarás que el adjetivo «peculiar» para describir a Kenzo, es parvo.

—¿Kenzo?

—Sí. Aportación exótica materna, otra persona «peculiar». —Se le escapa la risa. Sí, ríe ahora, aprovecha—. Va siempre a la última, le siente bien o como un tiro. Si los gurús de la moda revelan que ponerse un zurullo de perro de tocado es *chic*, ella comprará el de un *Mastín*, por llevar la mierda más grande.

Ahora se carcajea de la comparación escatológica, estoy perdiendo las formas con este tío, es decir, empiezo a tratarlo con demasiada familiaridad, no sé si es bueno del todo, aunque..., como somos amigos...

—Eso tampoco está fuera de la tónica común, seguir a otro es más sencillo que ser original.

—Esta señora cumple todos los clichés de pija extravagante. La manita izquierda alicaída y sin fuerza, y la derecha sujetando a un perro enano, aburrido de la vida y tan feo, que el veterinario le dijo al criador cuando parió la perra: «*Si lo suelto y vuela, es un murciélago*».

—Por el amor de Dios, Olympia..., me vas a matar de la risa.

—Luego está el padre, de las mismas características físicas y anímicas que el chuchó. No habla, se mueve al escuchar una orden directa, tipo: «*sit!*», «*sleep!*», «*move it out!*» ^[68], preceptos sencillos que no requieren otra interpretación.

—¿Son los Roper?

—No, peor, son «*Sirs*», nombrados por la rancia Familia Real Británica... Sir George Joseph Clevintong.

—Vaya... No pretendo ofenderte, pero tu familia parece más sencilla.

—No me ofende, es la realidad. Mis padres lo poco o lo mucho que poseen es producto de su esfuerzo. Tanta ampulosidad les sobra.

—¿Y qué hacen rodeándose de ella? Debe de ser muy incómodo.

—A todo se acostumbra uno, aunque en realidad su objetivo es proteger a mi hermana, que no se la traguen.

—Olympia, no te entiendo.

—Ethel, tiene tendencias depresivas, durante su tiempo como la reina del baile, su vida era radiante. Cuando la destronaron, con la corona, le arrebataron serotonina. —Intenta no reír, lo percibo por como retrae los labios.

—Se me está haciendo el trayecto muy corto, nena.

—Alatz, por favor, no me llames más, nena —su «nena» suena especial.

—Me gusta llamarte nena.

—Y a mí imbécil y mira cómo me contengo.

—Tú llámame como prefieras, nena. —Aprieto la mandíbula y le pellizco el brazo. Bueno lo intento, hay poca flacidez en donde apretar los dedos, sin embargo, engancho algo de chicha y la retuerzo.

—¡Au! ¿¡Qué haces!?

—Comprobar tus graves...

—No me azuces a comprobar los tuyos, porque yo no lo haré

pellizcándote un brazo..., nena.

Y no sé cómo, mi imaginación vuela hacia el lado más morboso por el que se puede tomar el comentario y peor aún, mi cuerpo reacciona ante esa posibilidad... Eso es culpa del Sergio Saúl, abrió mi mente al sexo obsceno y ahora no hay quien la pare.

Al llegar a la propiedad de mi hermana, Alatz no disimula una mueca de sorpresa, y es natural, ya que nos hallamos ante una ostentosa mansión victoriana, con todos los elementos típicos y tópicos del siglo XIX, rodeada de ese manto verde que lo abraza todo en este país.

No obstante, no realiza mención alguna, honrando a sus buenas maneras.

El servicio nos recibe. Impensable que mi hermana se tomara la molestia, siempre en su papel de mujer exquisita y de alta sociedad, en donde la ven como una advenediza caza fortunas, imitando la elegancia de los que ostentan apellidos grandilocuentes y apestosos. Esa falta de tacto, a mí personalmente, me cambia el humor y el gesto, y se me nota.

—Olympia, ¿qué te pasa? —farfulla ante mi cambio de conducta.

—Me estruja el vestido y me rozan los zapatos.

—Estás preciosa, eres preciosa..., es normal que tu hermana te envidie tanto —*sottovoce*, el aire de sus palabras acaricia mi oído. Esa afirmación lisonjera, arranca una sonrisa con escalofrío de premio.

—La última persona en este mundo a la que mi hermana podría envidiar, es a mí. Igual, te agradezco el cumplido.

—No era un cumplido, eres preciosa.

Él sonríe. Yo sonrío, tontamente.

Abren las puertas de la sala, fingiendo formar parte de una recepción regia.

—Es entrar en esta casa y recordar a la naftalina.

—Debe de ser duro para una diseñadora de interiores, estar rodeada de una decoración tan recargada.

—Mires donde mires, hay madera broquelada. Está carente de personalidad. No porque todo sea antiguo y churrigueresco...

—Parece un almacén en donde acumular objetos, para que los invitados aplaudan —ha acabado mi frase y no podía haberlo expresado mejor—, y que tú no elogiarás.

—Si no me queda otro remedio..., lo haré.

—En mi casa te mojaste poco.

—No tuve la oportunidad, y si tratas de que me pronuncie, vas fino, estoy de vacaciones.

—Eres apasionante. Tampoco es algo que me descubras ahora.

—Alatz, qué imbécil eres.

Sofoca una sonrisa con el puño, mientras se acercan a nosotros los anfitriones. La sala está atestada de familia de mi cuñado y amigos solemnes. A Alatz no parece disgustarle, estará habituado al posturo social insípido. A mí, a estas alturas del partido, mientras no me sienten en la mesa de los niños me conformo.

—Hola, hermana. ¡Qué ilusión que nos acompañes esta noche! —Si sigue forzando la sonrisa se le agrietará el maquillaje.

—Hola, Ethel. —Me acerco le doy dos besos y me pego a su oído —, no es necesario que poses para mí, ya sabes, no me impresiona.

—Buenas noches, Olympia, estás bellísima. —A Kenzo siempre le tiendo la mano. Tiene una mirada sucia, de esas que apremian a ducharte después de percibir las, y como tiene el firme convencimiento de que padezco *Asperger*, ese gesto tan poco amable lo asocia a mi supuesta incapacidad para empatizar, y yo, tan feliz—. ¿Nos presentas a tu acompañante?

—Alatz Gorraiz.

—¿Entiende el inglés? —Le tiende la mano hablándome a mí.

—Sí, trabaja en un *call center* de un tour operador. —Alatz, frunce el ceño confundido. Yo me muerdo el labio sosteniendo la risa. En realidad, solo pretendo desviar la atención que suscita su presencia acompañándome. Si le presento como un abogado de éxito, puede darse por jodido.

—Qué interesante —añade Kenzo desalentado a conversar—. Pasad y tomad lo que gustéis.

—Gracias. Ethel, tienes una casa magnífica. —¡Pedazo de mentiroso! ¡Es peor que yo!

—Intentamos mantener su esencia prístina.

Mi hermana ya ha cruzado conmigo la frase de rigor y vuelve al nutrido grupo de grullas, que observan a Alatz deseosas de cometer pecados carnales con él de protagonista. Yo le paso mi brazo alrededor del codo, solo por fastidiarles el momento y que me odien y especulen sobre la díscola y descarriada, hermana del heredero del imperio Clevintong.

—¿Por qué soy un teleoperador con idiomas? —Toma un par de copas ofrecidas por un camarero y me entrega una.

—Me debes un favor.

—Bueno, ya me dirás como quieres que te lo pague.

Se acercan mis padres junto a mis consuegros.

—*Oh, my Gosh!* —exclama la Sra. Clevintong, tan antigua como la expresión. Disimula tomándome a mí de las manos, es indiscutible que va por Alatz. Es la sensación de la velada.

—¿Qué tal Sres. Clevintong? Les presento a Alatz.

—Un placer conocerles.

—Es la primera vez que Olympia asiste acompañada, llegamos a pensar que era seguidora de alguna ciencia *anacorista*. —¿Existe el término?

—¿Quién ha dicho lo contrario? —respondo a la provocación. Siempre lo hago, así recupera la tradición de que el vulgo la perturbe. Sin embargo, mi madre acaba de lanzarme una mirada de las que, de estar en casa y tener seis años, van seguidas de una semana sin paga o algo peor.

—¿Qué tal Alatz? —Saluda mi padre tendiéndole la mano y a mi madre con dos besos.

—Bien, gracias. —Ambos parecen tensos e incómodos. Teniendo en cuenta las conjeturas de mi padre, en las que Alatz me utiliza para fines deshonestos, y este lo sabe, entra dentro de lo conocido por: «protección paternal del honor y la virtud». Entretanto, la vieja Clevintong me radiografía, para volver a la carga.

—Te sienta divinamente ese color, realza tu figura, lástima de esas caderas tan españolas, debes utilizar una talla diez^[69], ¿verdad? —Y tú, faja, no te jode. Voy a sujetar la lengua o me extraditan—. Espero no lastimarte con mi sinceridad, querida.

—No, para nada. Me encantaría tomar en serio sus vaguedades, pero al hacerlo temo ofender a su inteligencia. —Alatz, se enfrenta a su primer ataque de tos producto de mis comentarios y de no controlarlos, esta noche muere atragantado.

—Tu respuesta insolente solo viene a afianzar mis convicciones. —Y yo ilusa pensando que no lo habría pillado, debe de haberse preparado para este momento desde el año pasado.

—No hay nada tan repartido, ni con tanto equilibrio en el mundo como la razón, todos tenemos la certeza de poseer suficiente con ella.

Suenan unas campanitas, indicando el fin del primer asalto y el inicio de

la cena.

Mi madre se aproxima ceñuda. No entiendo esa cara de mosqueo, si es lo mismo de todos los años, en todas las reuniones, ellos intentan ridiculizarme y yo les ridiculizo a ellos.

—Por deferencia a Alatz, te suplico un poquito de mano izquierda.

—Él es abogado, encuentra cotidiano estos desencuentros.

Mi padre encoge los hombros, ofreciéndome su soporte y se dirigen al comedor delante nuestro.

—Por mí, no te cortes, es una vieja amargada. Eres con diferencia, lo mejor de la cena.

—No soy perfecta, ni lo intento, ni lo pretendo, pero al menos siempre soy yo misma.

—Pues eso, perfecta.

Nos sirven y seguimos sin demasiado interés la tertulia generada entre el resto de invitados. En realidad, es Kenzo quien monopoliza las conversaciones con su incesante parloteo. Todos ríen sus «sin gracias» menos nosotros, que solemos lanzarnos miradas cómplices cuando la bobada dicha supera con creces las explicadas antes, por lo tanto, nos miramos mucho y sofocamos también muchas risas.

—¿No te gusta? —Temo reventar las costuras del vestido si ingiero alimentos y bebidas que provoquen o contengan gas.

—No, es todo insípido y me da pena destrozar el trabajo del cocinero. — El plato es una obra de arte, para hacerle una foto y colgarlo en el Facebook.

—Deberías de darle una oportunidad, es un maridaje agridulce sofisticado y agradable al paladar. —¡Qué *repijín!*

—Mis papilas gustativas no son muy delicadas, de niña disfrutaba horrores del exquisito sabor de las magdalenas con chorizo.

—Será verdad... —Elevo ambas dejas, pestañeo una vez y sonrío—. Es verdad.

—Tendrías que probarlo un día. Todo cobra otro sentido, nunca volverás a ser el Alatz de antes. —Reímos contenidos. Cruzo por casualidad la mirada con mi padre. Lleva observando todos nuestros movimientos mejor que un espía.

—Está muy bueno, solo que tú, no estás en tu salsa —afirma, con más razón que un santo.

—La verdad, me sobra tanta solemnidad.

—En mi casa la hora de la comida, es similar a una negociación de *Empeños a lo bestia*.

—¿No entiendo?

—Mi madre dice: «*cómete seis albóndigas*», el comensal responde: «*no, ponme solo dos*», contrataca con un: «*has de comerte un mínimo de cuatro*», le respondes: «*Trato hecho*», y te pone seis. —Me resulta imposible evitar la risa, aunque la disimulo detrás de la servilleta. Él corta una porción también riendo—. El día que conozcas a mi familia, ten esto en cuenta.

—¿Qué conozca a tu familia? —Tierra llamando a Alatz... Tierra llamando a Alatz.

—Somos amigos... Yo ya conozco a la tuya.

—A veces, presiento que te olvidas de que estás casado. Deberías de comprarte otro anillo, uno que no te apriete.

—Cuando vuelva a colocarme el anillo, no importará que me ponga morado el dedo. Para arrancármelo necesitarán amputar o un soplete.

—Me gustaría comprenderte, pero cuando hablas en clave, me confundes..., me pierdo.

—Eres muy inteligente, Olympia, estoy convencido de que no me entiendes porque no quieres.

—Tampoco entiendo cómo, entre cien mil espermatozoides, fueras tú el primero.

—Imagínate el resto —rezonga entornando los ojos.

—Sí, aquí hay ejemplos para aburrir.

Ha sido todo un acierto que mi madre lo invitara, es la primera vez que no me siento un perrito abandonado, entre tanto perro pijo.

—¿Te apetece bailar?

—Sí, así me desentumezco.

Disimuladamente, me calzo.

Nos mezclamos entre los que ya se mueven al compás de una música de orquesta tediosa y que solo se presta a hacerlo agarrados.

—No tocan nada mal, ¿no crees?

—Quien ha escogido el repertorio tiene la oreja de Van Gogh. —Vuelve a reír y su risa estimula la mía.

—Va todo en consonancia con el público asistente, aquí Muse, Oasis, Motörhead o Queen..., no casan demasiado.

—¿Por qué no has nombrado a los Rollings? También son británicos.

—No me dicen nada, prefiero Duran Duran, Radiohead, Saxon o The Sex Pistols...

—Recuerdo una canción de Saxon, que escuchaba sin descanso...

—*Strong arm of the law* —¡Qué tío!

—¿Cómo lo sabes?

—Habla de un momento pasajero, algo de la vida diaria, no de sentimientos.

—¿Tú también opinas que padezco un trastorno en el espectro autista?

—No, tú llevas una cota de maya, dejas pasar el aire, pero no permites penetrar nada más intenso.

—A mí me gusta la canción por el ritmo, no la analizo semánticamente, no tengo paciencia para la filosofía sanchopancesca. —Se ríe sin retirar la mirada de mis ojos, mientras giramos y giramos, como si estuviéramos en el baile de la Cenicienta.

—Tienes miedo...

—¿Yo?

—Sí, tú.

—A ver listo, ¿a qué? —Venga, va..., a ver qué tontería suelta ahora.

—Ya te lo he dicho, a sentir y..., ¿sabes algo muy elemental?

—Si es elemental, debería, pero como no entiendo una palabra de lo que dices, pues, nene... no, no sé si lo sé.

—Que, si mantienes tu increíble mente llena de miedos, no dejas sitio para los sueños.

—Muy poético Alatz, mas poco práctico.

—Yo he conseguido dejar un espacio, y créeme, es por lo que ahora merece levantarme cada mañana... Te habla la voz de la experiencia — concluye en tono grave, muy cómico.

—Alatz, no tienes suficiente edad para dar consejos de calado metafísico, la experiencia es un peine que recibes cuando te quedas calvo y, lo siento, nene, no es tu caso.

—Pues, nena, te aseguro, que no hay nada metafísico en lo que pretendo hacer con mi vida.

Sonríe y me guiña un ojo, como si yo supiera de qué va, y mentiría si afirmara que comprendo a este hombre. Aunque me gusta escucharle.

Tras departir un rato con mi cuñado, sobre insustancialidades, con mi hermana sobre trapitos caros, que es en lo único que podría doctorarse y con

mis padres, sobre comida y vino, a la vez que, sutilmente advierte de que vendrán a dormir a casa para llevarme mañana al aeropuerto, nos marchamos.

Creo no haber acabado de subir al coche, que los zapatos han abandonado mis pies. Ha puesto música y..., Olympia, ha cerrado los ojos. Me despierto justo cuando aparca delante de mi casa.

Me calzo algo sonámbula, disimuladamente estiro mis articulaciones, mientras él sale del coche y abre mi puerta, tiende su mano y me ayuda a apeararme.

En ese instante, sin avisos, sin preámbulos, sin pistas indicativas de sus pretensiones, toma mi cara con ambas manos y me plantifica un señor beso, de esos con sustancia, de los que roban alientos y copan el estómago de lepidópteros. Esos ósculos húmedos, que, por descontado, no le devuelvo, pero paralizándome tan súbito, que soy incapaz de pestañear... Aprovecha mi debilidad y se recrea, lo hace francamente bien y yo aquí, con los ojos como platos aspirando su aroma, intentando sacar algo de voluntad para apartarlo..., y no la hallo, y le permito el asedio.

—Necesitaba besarte, llevo contenido toda la noche, nena.

Ahora, sí. Una vez mi organismo se recompone, se ilumina la tecla de la indignación y abuso de confianza. Me trepa desde los tobillos la saña parda, levanto la mano, tomo brío desde atrás y le arreo tal bofetón a lo Bud Spencer, con la mano bien abierta, que le giro la cara y no lo tumbo, porque ha de medir uno noventa, centímetro arriba, centímetro abajo.

—Y yo necesitaba *enhostiarte* desde ayer. Gracias por darme la oportunidad, ¡nene! —¡Se ríe! El muy imbécil, ¡se ríe!

—Sabes que esto no va a quedarse así...

—No, espero que se hinche y que tu esposa te acose a preguntas, aunque ya se te ocurrirá algo plausible.

Le empujo, y marcándome un *zapateao*, me encamino a la entrada de mi casa, pero, ¡oh, Señor de las Salidas Teatrales...! ¡Por qué me has abandonado!

Los tacones se clavan en el césped, me siembro, pierdo el equilibrio y caigo de bruces sobre el travesaño de madera que hace de jardinera, golpeándome las rodillas contundentemente. Por lo tanto, pongo todo el *culamen* en pompas. Seguido se escucha el estallido de la costura del vestido, dejando al descubierto, lo que antes ya había expuesto tan elegantemente.

¡Tierra trágame, por favor! ¡Trágame y escúpeme en..., Cancún, por

ejemplo! ¡Pero trágame!

El dolor y el bochorno me invaden a partes iguales. Bueno no, lo segundo gana, y se me escapan las lágrimas de puro ridículo.

En este momento sé que todos los santos a los que apelo protección, se ríen de mí por pagana burlona, apuntándome con sus índices divinos, llevándose la mano libre a la barriga...

¡Ojalá les sobrevenga a todos, tal ataque de hipo que se añusguen!

Unas manos me sujetan por los hombros.

—¡No me toques!

—No te puedo ayudar si no te toco.

—¡Pues no me ayudes! —Giro y me siento en la viga para comprobar los daños, y por reducir la exposición panorámica de mi culo.

—¿Estás llorando?

—No, sudo por los ojos... ¡No te jode! ¿Por qué todos los tíos preguntáis obviedades? Si ves salir agua del lagrimal, es porque lloro, ¿qué pasa? No es un delito, no tengo intención de sonarme los mocos en tu elegante corbata morada —he dicho.

—Olympia, por favor...

—¡Vete, puedo sola!

—No me voy a ninguna parte hasta no asegurarme de que estás bien.

—O te largas, o llamo a la policía, y ni se te ocurra soltarme el rollito guay de la omisión de socorro.

—Llama a quien te dé la gana. —Sin pedir permiso, pasa la mano por debajo de las rodillas y mi espalda, y me levanta.

—¡Ojalá te hernies! —ríe. Yo mantengo los brazos cruzados debajo del pecho. Me sienta en el banco de al lado de la puerta. Se arrodilla, saca un pañuelo y limpia las heridas. Tengo las medias tan desgarradas como el vestido, estilo gótico total.

—No son más que unos rasguños con la madera y la gravilla, no obstante, ¿prefieres que nos acerquemos a un centro médico?

—Quiero que te largues.

—Olympia...

—¡Ni te disculpes!, sé que vas a seguir cagándola.

—No tengo la menor intención de hacerlo. ¿Te llevo al hospital y nos quedamos más tranquilos? —Limpia mis lágrimas con los pulgares, yo retiro la cara con movimientos rabiosos.

—Te repites más que un yogur de ajo..., vete, Alatz, estoy bien.

Me levanto y sin dedicarle una mirada, abro la puerta y cierro. Ahora reparo en que voy descalza. He dejado los zapatos más caros y elegantes que nunca he tenido, plantados entre las caléndulas, las rosas y las violetas chafadas... ¡Mi madre me matará mañana cuando vea el parterre!

Saco de la nevera un par de bolsas con gel refrigerante. Ya en mi habitación, estirada sobre la cama, las coloco cada una en una, de las rodillas, magulladas y doloridas.

Contemplando el tejado abuhardillado, intento dejar mi mente en blanco, deseando borrar la última media hora de mi existencia.

Toda mi vida quejándome de lo desapasionada que es y cuando sucede algo digno de considerar como momento esencial, suplico olvidarlo.

¡Menudo pastel tengo ahora!

¿Cómo le explico esto a Saúl? ¿Se lo explico?

Por cierto... ¿Hoy no tenía que haberle llamado?

Por fin de vuelta. Sentada en el *Airbus A320* de la compañía *British Airways*, regreso a casa sin escalas desde Heathrow, de esta manera ahorro tiempo y tengo menos posibilidades de perder la maleta que no tenía prevista facturar, y que mi madre me preparó con un montón de ropa de firma y zapatos, paliando el tiempo que no puede dedicarme y acallando sus remordimientos.

Tras la hora del adiós, los besos, las recomendaciones y mi falsa promesa de volver en breve, tomé el vuelo y ahora disfruto de dos horas y pico surcando las nubes, entre dos filas de tres asientos cada una en clase turista al lado del ventanuco, que ayuda a controlar esa ansiedad claustrofóbica de estar enlatada en una especie de supositorio alado. Estiman la llegada al Prat sobre las seis.

Cada vez que estiro las piernas me acuerdo de Alatz, y en parte de su familia, en su padre concretamente, porque es la carga genética masculina la que decide el sexo del feto cuando se planta la semillita y para mi tranquilidad mental, debería haber sido niña.

¿Cómo se le ocurre morrearne? ¡Y enfrente de mi casa! Sí, es cierto, todos sabíamos que estaba vacía, pero... ¡Qué somos adultos!

¡Y cómo morrea! Se me hincharon los labios igual que si hubiera empleado una hora en la gesta, y eso sin mi interacción. De haber hallado en mí reciprocidad, no sé en qué habría acabado su atrevimiento.

Recupero el momento y se me encogen las tripas, para retorcerse seguidamente ante el recuerdo del penoso espectáculo de después. Es decir, mi organismo en este instante es un acordeón, estirándose y contrayéndose, por el gusto y la rabia.

Resuena en mi mente el ruido de la tela al rasgarse, me acaloro de bochorno al imaginar mi culo blanco e inmaculado surgir de entre las flores, que tan amorosamente cuida mi mami, igual a un champiñón, y por si la escena en sí no era bastante grotesca, me alza galantemente entre sus brazos,

humillándome más.

¡Qué pasa conmigo!

¿Huelo raro? ¿Se han puesto de moda las *Olympias*? ¿O el pavo necesitaba echar un polvo *free sex*^[70]? ¿Cómo puede ser tan crápula?

Está casado, su mujer es preciosa y amable, sabe que Saúl y yo tenemos un rollito, reconozco que un tanto extraño, pero en eso andamos y, conociendo todo eso, ¿se atreve a besarme!

Y yo le he enseñado el culo. Enterito, al completo. Escondía un invisible *tanguita* de hilo dental, no con ánimos libidinosos, esta vez solo estéticos; en el guion de la velada, no había previsto *esmoñarme* y exponer mi trasero al público asistente... Este tío, va asociar mi cara directamente a mi pandero de por vida. ¿Es para llorar o no?

Por si mi cerebro no fuera un termitero, el nombre de Saúl rebota entre los pliegues de los sesos. No puedo omitir el encuentro, no puedo omitir el paseo ni la cena juntos, no puedo omitir que conoce a mi familia..., lo que, por supuestísimo, sí voy a callar —y a negar, si me viera en la tesitura—, es la última media hora. ¿Por qué? A ver, me siento muy atraída por Alatz y lo admito, me gustó. Fue un insolente al tomarse la licencia, pero engañarme a mí misma es una soberana memez. Cosa muy distinta es la confesión, en ese punto seré categórica y hasta añadiré alguna mueca de asco refrendando mi versión pública.

He de ensayar poses emulando repugnancia o repelús, será más sencillo así introducir el gesto en la conversación de manera natural.

Si he de dejar todo esto zanjado y meditado antes de llegar, debería de haber tomado un vuelo con escalas, voy a precisar otras dos horas, para acabar de sintetizar esta amalgama de sensaciones, en donde la culpa también está en el reparto. Lamentablemente, esto no es el metro, que bajas y pillas otro, aquí una vez estás dentro, vas hasta donde te lleve.

Estiro las piernas y vuelvo a acordarme de Alatz y en esta ocasión, meto también a alguien más de su familia.

Salta la luz de aviso para abrocharnos los cinturones de seguridad y se inician las maniobras de aterrizaje. Viramos y tomamos tierra, sin imprevistos ni incidencias. Ahora a esperar que la cinta escupa mi maleta. Ya me he habituado a verla salir de las últimas. Por fuerza, ha de ir etiquetada con un aviso al mozo de: «*Colóquenme en el último carro del último hueco de la*

bodega del avión, por favor. Gracias» En caso de no llevarlo es preocupante, pasan objetos de lo más insólitos, menos mi *trolley* violeta. Por eso odio facturar equipaje, evito padecer el drama de la incertidumbre, al desconocer si mi maleta se habrá ido, o no, al limbo de los equipajes perdidos.

Previsora, me coloco al inicio de la cinta. Al detenerse y no aparecer — antes de sulfurarme cagándome en *to* lo que se menea—, meto la cabeza entre la cortina de plástico y ahí está, deseosa de que mi mano la ayude a regresar de la luz blanca.

—No preciosa, tu hora no ha llegado todavía.

Esto de hablar con objetos inanimados, probablemente diga muy poco de mi equilibrio y salud mental, yo me consuelo pensando que es debido a un exceso de tiempo en soledad.

Recuerdo un becario contratado por Sureda hace más o menos un año, era muy metódico y exigente consigo mismo, se interesaba en aprender, mostraba disposición y buena aptitud. Nosotras estábamos contentas, en vistas de lo que había llegado a pasar por allí, descubrir a una persona preocupada por cohesionar con el equipo, era casi un milagro.

No sabría precisar en qué instante percibí cosas extrañas en su comportamiento, tampoco es que disponga de un sentido extra para detectar trastornos de conducta, a cualquiera le saltarían todas las alarmas ante un individuo que para salir de una habitación necesitaba tocar tres veces el pomo de la puerta, que todos los lápices debían de tener la misma medida, con lo cual, si afilaba uno, era imprescindible aguzar los veintisiete del bote —sí, veintisiete, ni uno más ni uno menos—, y que nunca pisaba el primer o el último escalón. Incluso, considerándome rara a mí misma, veía aquellos rituales estrambóticos.

Un escalofrío barrió mi cuerpo la mañana que llegamos a la oficina y todo estaba boca abajo, ordenadores, mesas, sillas, estanterías..., absolutamente todo del revés y, Ricard —que Nuestro Señor lo mantenga interno en el sanatorio que le corresponda—, gritaba desde el despacho del jefe: «*¡No toquéis nada! ¡Si no es su posición correcta, se colocarán al contrario de nuevo!*»

Brote psicótico, nos informaron unos días después. Según Leo: «*Psicolocura de atar y tirar la llave al fondo del mar, prohibiendo cantar la canción, en previsión de que a nadie se le ocurra bajar a buscarlas*».

¿Y todo esto a qué venía? ¡Ah, sí! Que tengo por costumbre hablar con

los objetos. Pues eso, puede que yo también tenga los bornes flojos.

Será cuestión de desconectar el modo avión del teléfono y enviar un mensaje a mamá, siempre me lo exige.

Tengo llamadas perdidas de Thais y Leo. ¿Qué les habrá pasado? Marco al último número que corresponde a Leo.

—Hola, perdida, ¿qué tal?

—Acabo de tomar tierra, voy camino de *my sweet, sweet home*.

—¿Estás muy cansada?

—Hambrienta. Cansada, no.

—Thais y yo estamos en el Arenas^[71].

—¿Qué hacéis vosotras en el Arenas? —Está fuera de su radio de actuación, ¿qué extraño?

—Esperando la corrida... ¿Te vienes o qué? —No sé si reírme o cuando la vea darle dos collejas.

—Vale, pero primero paso por casa a dejar las maletas.

—Ok. *See you later, honey*. —Se burla así de mi andadura por tierras británicas.

—A cagar, Leo.

Antes de encontrarme con las chicas, paso por la ducha, necesito quitarme esa sensación de sopor absurda que siempre me invade cuando viajo en avión, eso y que, a mi vecina de asiento, le cantaba el alerón, los pies y el aliento *La Traviata* en *stereo dolby sound round*.

Dos veces se ha girado el viajero de delante reprobando el aroma, ¡cómo si una tuviera la culpa de la escasez de recursos higiénicos de todos los pobladores del planeta!

El resto del trayecto, lo he pasado aporreando el respaldo, igual que una niña *tocapelotas*; estirando un pie y golpeándole fortuitamente..., empujándole. A partir de hoy, el buen señor, optará por primera clase o directamente por el jet privado.

Este centro comercial al tener su enclave en Plaça d’Espanya, siempre está abarrotado. Las vistas de esta zona de la ciudad son muy apreciadas por los guiris, a mí, impresionarme, ya me impresionan poco.

Subo hasta la cúpula, cenaremos en *laLola de las Arenas*. Nunca defrauda.

—*Hi, girls!*

—¡Hey, nena! ¿Qué tal la familia? —se interesa Leo en primer lugar. Antes de contestar los besitos de rigor, *súperkukis* las tres.

—Allí se han quedado como los encontré, perfectos.

—Me alegro.

—Os he traído unas cositas que encontré en Camden —Les entrego las bolsas con algunos *souvenirs*, que agradecen con efusividad—, ¿habéis hecho mucho daño por aquí?

—Lo justo. Nosotros estuvimos en la Cerdanya hasta ayer —Thais, nos informa suspirando. Mala señal.

—Lo vuestro con la Cerdanya no es pasión, es obsesión. —Leo no se equivoca, con la de lugares maravillosos, aún desconocidos para ellos, siempre acaban en el mismo. Quien es rutinario en la cama, lo es en todo.

—Es un hombre de manías. —El gesto de Thais, muestra más aburrimiento que su respuesta.

—Eres una borrega.

—Olympia, hija, eres más de campo que las bellotas, y eso que ya nacen con la boina puesta.

—No, delicada, lo que se dice delicada, no lo es —Thais apoya el comentario de Leo, cuando en realidad no he señalado nada que ella no piense.

—Os saldría más a cuenta alquilaros un apartamento de temporada.

—Cambiemos de tema, no quiero hablar de mí..., hablemos de Leo.

—¿Por qué? —sonríe la interpelada tontamente adjuntando un pestañeo y un mohín ñoño.

—Yo he estado en la ciudad del amor.

—¿Roma?

—Teruel —contesta con aplomo. Jamás en mi vida habría dicho Teruel, aunque, viniendo de Leo, hasta los Monegros pueden tener su punto exótico.

—¿Teruel existe? —Sé situarlo en el mapa, es una ciudad medieval preciosa, pero, de ahí a romántica.

—Pues claro, estúpida. ¿Tú no has oído hablar de los amantes de Teruel? —Vale, la he subestimado.

—Los dos tontos muy tontos...

—Romeo y Julieta, a la española —añade Thais, en deje burlón.

—Sois un par de pedorras. Es una historia preciosa, muy arraigada en la cultura popular.

—Leo, cielo, ¿tú piensas que un tío va a exponerse a morir en la guerra, por ganar una fortuna con la que contentar a su suegro?

—Ahora no, pero en el siglo XVI, sí.

—Y la tía rechazando pretendientes cargados de pasta. —Thais me respalda y lo agradezco.

—Pues claro.

—Sí y por eso, en vez de quedarse soltera y entera, se casa con otro, justo cuando vuelve el infeliz de las contiendas. —Nos encanta chincar a Leo, cuando las dos nos ponemos mano a mano, siempre conseguimos que nos falte.

—Y los pilla en la cama...

—Y en vez de desenvainar «la espada» y exigir su *Ius primae noctis*^[72], le pide a la tía un beso.

—Y la muy rancia no se lo da... Pero... ¡Qué borrrrde! —Thais alza la mano fingiendo desesperación.

—Mejor di: «¡qué asesina!». El rechazo le atizó en toda la patata y se lo cargó.

—Vendría ya enfermo de la calle... —el comentario de Thais, provoca las risas de ambas. Leo, niega entornando las pupilas.

—Sois un par de idiotas... —nos insulta, conoce la leyenda y sabe que es algo edulcorada.

—Es mucho más creíble la de Shakespeare, al fin y al cabo, no deja de ser una obra de teatro —la reseña de Thais la escucho entre risas.

—Veis en ese el romance perfecto, solo porque no son españoles.

—Catalogarlo de «perfecto» es poco meditado, teniendo en cuenta que duró tres días y la palmaron seis personas. —Una paradoja universal.

—Eres única cargándote mitos, Olympia.

—Te veo visitando Teruel cada puente largo. —Thais tuerce el gesto, sabe que la alusión la apunta a ella. Debería haberme tragado las palabras.

—Olympia, ¡perdona por no ser una chica *Cosmopolitan*!

—Perdonada.

—¿Has hablado con el Sergio Saúl?

—¿Os habéis enfadado? —No recordaba que Leo no sabía nada.

—No, y sí.

—¡¿No le has llamado aún?!

—¿Desde cuándo estáis moscas? —Leo anda perdida.

—Desde el martes.

—¡*Wow!* Eres mi heroína, en lugar de llegar e ir a verle, te vienes de parranda con nosotras, ¡con un par!

—Está en Menorca.

—¿Y qué hace en Menorca? —Leo sigue en su mundo abstracto en donde las parejas han de ir unidas como el feto a la placenta.

—Pescar peces de roca para la sopa... ¿Qué piensas que debe de estar haciendo, cielo?

—Mujer, yo por pensar y con lo *requetebuenisísimo* que está..., guardarte ausencia y llorar por los rincones, no. —¡Caray, con la Leo!

—Acabas de abrirme los ojos.

—No quise decir eso... —voy a cortarla, intentando arreglar la situación acabará por liarla más.

—Sí, ya sé lo que querías decir, pero no digas nada más.

—¿Y por qué tú no estás en Menorca?

—¿Por qué me fui a Londres?

—¡Menuda excusa!

—Nena, he de mantener cierto contacto con mi familia si quiero heredar algo, ¿no crees?

—Podríais haber ido juntos en verano.

—¿Y por qué no le has llamado? —Thais es de piñón fijo.

—Él no lo ha hecho tampoco. —Me escudo tras eso, aun reconociendo que no es buena excusa.

—Tú se lo pediste.

—¡Coño! ¡Un hombre obediente! Debe de ser una especie en peligro de extinción —jalea Leo con sorna.

—Sigo sin comprender tu actitud.

—Thais, aquí el único que tiene una actitud pasiva es él —me defiende Leo categórica.

—¡Claro! Entonces, ¿esperabas que aplicara la psicología inversa?

—Toda mujer que se precie cuando dice que no, es no; salvo que sea sí, pero diga no por no decir sí para que sea sí, aunque no lo diga, y diga no. —Vale..., *uhm...*, vale...

—Y según la teoría de Leo, ¿tú qué querías decir?

—¿Qué sí?... ¡Ay, leches! ¡No me presionéis! Ahora mismo estoy muy

confundida.

—Sí, es para estarlo..., tantos días sola y no llamarlo, ni tan siquiera para matar el tiempo. —Thais, al contrataque.

—Es que sola, lo que se dice, sola no he estado.

—¿Te has encamado con otro?! —De veras, esta Leo no dispone de contención lingual.

—No me he encamado con nadie. Me encontré a Alatz, el amigo de Saúl.

—¿Dónde?

—En un cementerio.

—¿Muerto?

—¡Leo! —exclama Thais. Yo estoy convencida de que Leo me ha imaginado disfrutando de un encuentro abstruso—. ¿Era el tío de la casa que fuiste a visitar y no cuajó el proyecto?

—Sí, el mismo.

—Lo malo de coincidir con una pareja, es el complejo de candelabro que te entra.

—Fue solo, Miranda tenía compromisos profesionales.

—¿Y no la acompañó?

—Obviamente, no. A no ser que el Alatz de Londres, fuera un holograma.

—¿Y quedasteis? —Sé que para Thais esto es el paso previo a la infidelidad, y por lo acontecido, no va desencaminada.

—A cenar. Estuvo bien.

—Pero..., ¿bien de «mover la colita»?

—No, Leo... —Entorno los ojos, a la par niego—, bien, de cenar al día siguiente en casa de mi hermana.

—¿Cómo? —preguntan alucinando ambas. Sí esperpéntico, chicas.

—Mi madre..., intentando ser guay.

—¡Wow! Menudo papelón. Y él, ¿por qué aceptó?

—Si tienes tanta curiosidad, te doy su teléfono y le llamas. Así nos enteramos las dos.

—¿Qué tío más raro? ¿Está bueno? —Leo, en sus citas aplica de entrada la misma premisa básica, siempre sale con tíos impresionantes, que finalmente no le aportan nada más que sexo, pierde el interés en ellos y deja la relación enfriarse, para volver a caer en lo mismo. Aunque al parecer, con Elido, está más ilusionada, ve romanticismo en Teruel. Yo espero que conecten, es una tía estupenda y se merece encontrar lo que busca, si es que ella misma lo sabe.

—¡Leo! ¿Qué importa que esté bueno? ¡Tienen pareja ambos!... Por cierto, ¿está bueno?

—¡Joder qué si está bueno!

—El Sergio Saúl no desmerece... —Thais me observa suspicaz.

—El Sergio Saúl es de primer nivel, está como esos dulces de pastelería exclusiva, mires por donde lo mires, generas babas —Leo no podía haberlo descrito mejor.

—Alatz, está más bueno que el Sergio Saúl. Parece poco probable, pero es así. En casa de mi hermana, las auras gallipavas repeinadas y repintadas, se insinuaban continuamente para que bailara con ellas. Él solo lo hizo con mi madre y conmigo.

—A ti... ¡Te gusta! —esa afirmación, en esa potencia fónica suena a pendón, pudiendo interpretarse otro apelativo, también con «p», más ordinario.

—¡Vete a la playa! —contesto así por no mandarla a defecar.

—No te mosquees, Olympia..., algo de razón tiene Thais.

—Sois peor que mis padres. Hemos cenado un par de veces y vosotras ya estáis insinuando que soy una adúltera.

—Si Omar cena a solas con una amiga, ¡una sola vez!, ¡puede despedirse de la vida!

—No te preocupes por eso, Omar se la llevaría a la Cerdanya —apunta Leo apática. Para Omar, el esfuerzo de buscar otra mujer y complacerla, es algo similar a pedirle que levante a pulso un tanque con mil quinientos litros de aceite, cansado e inútil.

—¿Podéis hacer el favor de no seguir tocándome el *chirri* con la Cerdanya?

—A mí, conociendo a Olympia, me extraña que aceptara... ¡Es tan rematadamente borde con los tíos! —¡Anda ya! ¡Cómo voy a ser borde si no se acerca ninguno!

—No me dio opciones.

—¿A ti? ¡A otro perro con ese hueso...! —Leo apoya su exclamación, con un codazo.

—Me encontraba sola..., me pilló de bajón.

—Te mola y punto, no le des más vueltas, cosa distinta es que tu integridad solo te permita el fantaseo, pero molarte..., te mola —como Thais se ciega, lo más sensato es finiquitar la conversación.

—Es el primer tío que, en lugar de manejar mi tiempo, lo comparte..., y eso, sí que me gusta.

—Oh..., oh..., oh.

—No te hagas componendas novelísticas, Thais. —Levanta una ceja y niega.

—¿Quieres un consejo de amiga que te quiere con toda la súper patata de arriba?

—Claro, Leo. —Estoy por taparme los oídos.

—Tíratelo. —¡Alegría! ¡Alegría!

—¡Leo! ¡¿Serás súper híper golfa! —Thais no da crédito, yo tampoco me esperaba esa salida, aunque con Leo todo es plausible.

—Aún pensarás que el Sergio Saúl ha estado disfrutando de la espectacular alineación de los rosetones de la catedral de Menorca.

—Está en Mallorca —corrige Thais, flipando en colores y formas—, además, de que obvias un detalle, nada... una chuminada sin importancia, ¿está casado!

—Y cansado del mismo plato de comida pija y selecta —¿cómo odio que comparen las relaciones con un menú!

—Teniendo solomillo no va a decantarse por la fabada —matizo, aunque me besó. A lo mejor está en esa edad en la que los hombres necesitan retomar sus raíces.

—Pimpi... ¿Por qué te menosprecias?

—Soy realista.

—Eres muy tonta.

—Entonces, ¿tomarás en serio mi recomendación?

—¡Nooooo! ¿Cómo crees? Aun no teniendo demasiados principios, eso lo considero mezquino. Miranda es muy agradable.

—Pues tú te lo pierdes. A ti te gusta y al tío le interesas, no como amiga, si no como polvo y, teniendo en cuenta que mañana puede ser el último día de tu vida, mejor aprovecharlo.

—Leo, no creo que pienses así en serio.

—Esa idea ha sido mi guía sentimental hasta ahora. —Tira el cabello por detrás de los hombros, apoyando su testimonio con ese desaire.

—¿Has estado con tipos casados? —Thais boquea escandalizada, en breve le pedirá a la Siri^[73] la localización de la iglesia más próxima con tal

de confesar nuestros pecados, temerosa de que le salpiquen. Eso sin conocer el hecho luctuoso en sí.

—No os cuento todos mis escarceos... Me considero una mujer sexualmente activa.

—Tú eres una descarriada... Voy al baño, a ver si orinando expulso las ganas de darte un sopapo, por cochina. —Leo y yo, rompemos a reír.

—Es una mojigata... —Hombre, tanto cómo eso...

—Ama a su chico, no precisa de satisfacciones externas.

—¿Tú crees eso? —Viendo lo apática que últimamente se encuentra, no.

—Más que externos, necesita estímulos «internos...» —añado irónica y reímos del matiz *chuminoso*.

—¿Y qué más te pasó con *Monsieur Bombón*? —acompaña la pregunta con una risilla de aquellas *picantonas*.

—Nada...

—No abriré la boca, ni comentaré nada con Thais... ¿Te lo tiraste?

—¡Joder, Leo! ¡*Nooo!*

—Hubo algo..., lo sé. Se te nota...

—Me besó..., pero, antes de que tu mente vuele, yo no respondí al beso.

—¿Un piquito?, como de: «*buenas noches, mi amor.*»

—No..., esto..., fue algo más que un piquito...

—Beso frugal entre la mejilla y la comisura..., muy usado para insinuarse o allanar el terreno.

—No, Leo..., no fue un medio beso.

—¡¿Te morreó?! —asiento—, ¡dejaste qué te morreara!

—Bueno..., no se lo impedí, aunque no participé.

—¿Eh? *Explain to me, please.* ^[74]

—Introdujo su lengua casi hasta la campanilla y me comió la boca, exquisitamente bien «de morirse», y yo, estática, viéndolas pasar.

—¿Y por no interactuar crees estar libre de culpa? ¡Para eso deberías de haberle apartado!

—Lo hice..., después. También le di un bofetón de mil newtons.

—¡Hostias! ¿Y qué hizo?

—Básicamente, reírse de mí.

—Luego uno hacia el Norte y otro hacia el Sur, ¿no?

—No, primero me caí y le mostré mi maravilloso trasero en toda su

dimensión.

—¡Dios, Olympia! Tú, haciendo salidas teatrales, no tienes igual.

—¿A qué no sabes lo más doloroso?

—¿La autoestima? ¿Manos y rodillas?

—Perdí mis zapatos de firma, los dejé clavados en la tierra y algún oportunista, los mangó.

—Tía, eso es súper, mega, maxi, híper, desgarrador...

—Sí, he llorado por ellos todo el viaje de vuelta.

—Consuélate, allá a dónde la vida les lleve, ejercerán presión y provocarán juanetes.

—Mis pinreles están huérfanos de exclusividad.

—Seguro ocuparán otros su lugar.

—Lo dudo, Leo..., no vuelvo a gastarme mil doscientos pavos en unos zapatos, nunca *mais*.

—¿Mil doscientos pavos...? ¡Has dicho mil doscientos pavos!

—Sí.

—Olympia, mañana vamos a ver a San Cucufato y como no encuentre tus zapatos, no le atamos los huevos, directamente se los cortamos.

Me ha sentado divinamente la salida con las chicas, no para aclarar mis ideas —por descontado, la recomendación de Leo queda excluida—, aunque, me gustaron sus labios y su sabor..., y me supo a poco. Sí, suena muy feo, es feo... pero, si hablo conmigo misma a nadie escandalizo, ni daño.

Regreso a mi casa vacía. En cierta manera, lo prefiero, he de plantearme cómo tratar con Saúl el tema, no únicamente el encuentro con Alatz, si no nuestra situación real. Me ha decepcionado su actitud pasiva —la que yo le exigí—, de haber sido Alatz, obstinado en conocer mis argumentos, habría insistido en resolver el entuerto... Bueno, en realidad, de haber sido Alatz, me habría acompañado, como ha hecho... ¿Estoy comparándolos? Los besos vascos son distintos... ¡Qué está casado!, ¡so pavona! ¡Solo deseaba disfrutar del momento!, ¡so absurda!

Deja la fantasía romántica, nadie se inspiraría en ti para escribir una novela, ¡qué digo una novela! ¡Un relato de cien caracteres incluyendo los espacios!

¡Joder! Me han atascado el buzón hasta con cartas de los Evangelistas. ¿Habrán conseguido leer mi mente lasciva?

Entre el mogollón está el catálogo de Ikea, que nunca he solicitado, no

soy tan necia como para contribuir con mis euros en el aumento de rendimientos de la competencia, bueno puede que algún espejo o enser de cocina, pero hasta ahí mi traición, a pesar de ello, me lo envían cada cambio de portada, porque el interior es lo mismo en distintos colores, y por lo que hojeo, ahora todo es más flúor. Archivado en el cubo azul.

¡Y cómo no...! ¡La tan útil guía telefónica de los profesionales! Nuestras amadísimas *Páginas Amarillas*. ¿Qué haría la humanidad de no recibirlas? En donde esté el listín de toda la vida, que se quite internet. Archivada también.

Factura..., factura..., recibos del banco..., impuestos..., publicidad, publicidad... ¿La ficha del censo? ¿A votar otra vez? Es inquietante que, para estar siempre gobernados por los mismos, nos debamos de pasar la vida dándoles permiso para jodernos.

Sobre acolchado... ¿Quién se molesta en enviar muestras en un sobre acolchado? ¡Wow! Lo había olvidado por completo, es el libro de Cristina Del Moral, el que le solicité cuando di por perdido el de Thais. ¡Qué maja es! Se lo ha vuelto a dedicar y me menciona... ¡Ainsss, qué mona...!, me llama desastre... ¡Y no se equivoca!

¡Anda, mira!, ¡una carta para mí, qué emoción!

Hola, Olympia,

Te hago llegar el ejemplar solicitado con tal de subsanar tu despiste. Me encantó la carta que recibí y me he tomado la libertad de publicar tu reseña en la contraportada de la segunda edición, ya que me pareció toda una osadía que empezaras opinando: «odio no saber los finales de las historias, me obligas a pensar demasiado...»

Intuyo alguna de tus preguntas, cómo, ¿por qué no te he enviado otro ejemplar firmado

para ti? Bien, tengo dos motivos de peso, el primero es que deseo firmarte la nueva edición donde incluyo tu crítica, y el segundo, y para mí más importante, es que me haría mucha ilusión conocerte y dártelo en persona. Por eso, el 23 de abril te espero en la Rambla de Barcelona, en el stand de autor de la editorial, allí nos encontrarás, a mi prologuista (a la que también elogiaste) y a mí, durante toda la jornada dedicada a Sant Jordi.

Gracias por tu interés. Nos vemos, cielo.

Un abrazo y un fortísimo beso para el trío resplandor.

Cristina Del Moral

¡Wow!, y, ¡rewow! Thais alucinará cuando se lo cuente. A ver..., necesito un calendario, este año, ¿en qué cae Sant Jordi? ¡Sábado! ¡Estupendo!, allí estaré... ¡Jo! Qué a *feel good*, nanananananá, ¡qué ilusión!

Cantando y bailando sola por toda la casa, ¿quién interrumpe mi momento? ¡El teléfono! Descuelgo sin mirar el dial, sé que es la pesada de mamá, nunca se conforma con un mensaje, ha de oír mi aterciopelada voz de serrucho.

—Llegué a las seis, mamá —respondo cansinamente dejándome caer en el sofá, sin el «buenas tardes» de rigor... Por cierto, he de pasar otra vez por la ducha, apesto a humanidad.

—¿Llegaste a las seis y no llamaste a tu madre? —Pero... ¡¿Qué coño?!

—Oye, ¿te debo algo? —Palio mi encono caminando sala arriba, sala abajo...

—No te exaltes, solo quería saber cómo estabas.

—Y a ti, ¿qué te importa?

—Me importa, de lo contrario, no preguntaría.

—Perfectamente, divina, genial, extraordinariamente, bien.
—Me refería a tus rodillas. —¡Venga ya!
—Toda yo estoy en plena forma. No me llames más.
—Somos amigos...
—Mis amigos, no tienen por costumbre meterme la lengua en la boca y recrearse dentro.
—Me dejaste.
—Tendría que haberte mordido, a ver cómo explicabas eso.
—Uff, de haberme mordido, nena..., no sé yo qué habría sucedido.
—¿Pero tú te escuchas? ¡Y no me llames nena! —yo le grito y él se ríe, valiente... ¡Imbécil!
—Tenemos que hablar...
—¡Ja! —Si hombre, justo en eso estaba pensando ahora.
—Esta situación me supera y no quiero alargarla más.
—Pues yo no tengo nada que hablar contigo. No sufras por Miranda o Saúl, por mí no van a enterarse.
—No es sobre eso, aunque valoro tu discreción...
—¡Hala, ya está todo dicho!
—¿Quieres hacer el favor de atenderme? Debemos de tratar esto como adultos, cara a cara, no a través de las ondas telefónicas... —silencio—, Olympia, ¿me escuchas?
—Dejé de prestar atención cuando me pediste que te atendiera —miento como una bellaca, cuando ha dicho «*como adultos*», me ha subido un cosquilleo *marranote* poco maduro.
—Mira, nena, hablar vamos a hablar. Estoy hasta los huevos de vivir sin pulso, así que, puedes ponerte en plan ultrajada y digna, y charlar de todo esto cenando, o comportarte como una mujer contemporánea y asumir que te gustó el beso y solo deseas que vuelva a suceder...
—¿E ir a un hotel por horas y follarme para que se me pasen las ganas? ¡Pues sí qué me consideras una mujer elemental! —En este instante sé que lo soy, lo sé por el hormigueo interno *desagridulce*. No cederé al chantaje vicioso.
—¿Tú elemental? No, nena, tu intriga me enloquece... Y no pensaba en follarte, me has ofendido.
—¡Tócate los huevos! ¡Qué estás casado!
—Eso solo es una circunstancia.

—Alatz, ¡olvídame!

—No te confundas, no me resigno como hace Saúl. No, nena, no..., además, la culpa es tuya.

—¿Perdona? ¿Qué la culpa es mía? Nene, deja de tomar la mierda que estás tomando, no te va nada bien, modifica la percepción de la realidad.

—No soy idiota.

—Permite que lo dude.

—Eres muy lista, nena..., sé que íntimamente piensas en mí y en lo que podía pasar si dejásemos que pasara. Yo prometo no anticiparme, ni hacer nada que tú no desees que suceda —se burla de mí, habla en tono seductor, termina las frases con una risita... ¡Coño! ¡Qué me está llevando al huerto!

—Alatz..., hasta más ver.

—Nena, saca un ratito o lo buscaré yo.

—¡Qué no me llames nena! Y si necesitas compañía, te compras un chucho.

—¡Mira, ¡NE..., NA! ¡Solo quiero hablar!

—¡Mira, IM..., BÉ..., CIL! ¡Yo no! ¡Y punto! ¡PUN..., TO!

Cuelgo, para lanzar el teléfono de pura rabia. Esa rabia de puñetazo, de romperle algo en la testa, de hacerle la zancadilla, de pincharle las ruedas del coche, de rociarle spray pimienta por toda la cara...

Me voy a la ducha. Ha logrado que traspire saña. Una ducha no, mejor un baño jabonoso, con música clásica acompañada del trino de los pájaros. De no serenarme, pobre del vecino que se quede sin sal y me pida un puñadito, capaz soy de tirársela a los ojos.

Necesito ir al psicólogo o directamente a un centro de salud mental, está visto que mi subconsciente anda de lo más casquivano.

Después del baño, mi nivel agresivo disminuyó sustancialmente y me dediqué a resolver sudokus. Me dormí y me desperté en medio del segundo orgasmo imaginario soñando con el absurdo de Alatz.

Positivando el momento, ¿para qué necesito a un hombre? Soy capaz de auto gratificarme oníricamente, sin intercambio de fluidos molestos, ni obligación ni necesidad de contentar, ni de fingir..., sí, sí..., fingir, y la que esté libre de pecado, que se vaya a cazar medusas con Bob Esponja.

Esta mañana, he intentado salir a correr, mis doloridas y *pustulentas* heridas me lo han impedido, no obstante, di un paseo por la ciudad y, a lo tonto a lo tonto, llegué hasta la Avenida Pearson. Volver, he vuelto en metro.

Esto de caminar sin rumbo tiene un punto de embebo importante, andas sin apremios, te detienes, o no, si te apetece, o no. Cambias de destino, si es que te habías propuesto alguno. Son todo ventajas, podría comprar una correa y hacer que paseo al perro, así no me dará tanta pereza salir.

Por la tarde bajaré a la playa un rato, me he descargado un audiolibro, así, en lugar de escucharme a mí pensando, nutriré otro mi cerebro con algo útil.

Ahora que el piso vuelve a estar bajo control, ordenado y sin esa capa de polvo furtiva, que aparece el mismo instante que cierras la puerta de casa —ya sea por un día o un mes—, me siento en la terraza con una triste ensalada de lechuga, pepino, zanahoria, tomate y varitas de surimi con 4 granos de maíz dulce. La espectacular explosión de la cremallera del vestido es la responsable de esta súbita exigencia de hacer dieta. Aunque, con la aprensión que me mira la hoja verde y lacia de lechuga, mi siguiente paso será asumir que una treinta y seis nunca será mi talla, a no ser, que le tome gusto a estallar igual a una castaña al contacto con una fuente calorífica.

Pincho las verduras con cara de aburrimiento y mi mente vuela al congelador, en donde un helado de vainilla con nueces caramelizadas grita: «¡Cómeme! ¡Sácame de esta prisión de hielo! ¡Ofréceme el calor de tu paladar!».

¡Ainss! Soy humana, empatizo con el dolor ajeno, además, soy un mamífero y mi organismo puede ofrecerle ayuda. Imposible obviar su súplica, y como dijo el imbécil de mi ex amigo abusón e impertinente, incurriría en un delito tipificado en la ley «*guachi/guachi*» del código civil inscrito en el BOE.

Estirada en la tumbona con mi tarrina de cremoso helado, saboreo cada cucharada, mientras la ensalada se mustia por la acción del ácido del vinagre, la sal y el sol... Está visto que las verduras querían morir. Ni me han llamado ni suplicado.

Y tras mis excesos..., la siesta, patrimonio de la humanidad declarada por mí.

—Hola, preciosa. —¡Chico susto que me acabo de pegar! ¡Otra vez de bruces en el suelo! Se está convirtiendo en un ritual.

—¡Saúl! ¡Joder!

—Lo siento, *pussycat*, no pretendía sobresaltarte. —Sostiene la risa, mientras tiende su mano para ponerme en pie—. Te he echado de menos.

—¿Por qué me cuesta creerte? —Aprovecha que me sujeta para atraerme a su pecho.

—¿Por qué eres tonta?

—Una justificación como otra cualquiera, aunque no, no va a ser eso.

—¿Qué querías que hiciera? —*Puff...!*, no sé chaval, ¿mostrar interés?

—Te lo dije.

—¿Tú qué hubieras hecho en mi lugar?

—Acompañarte, nunca me das opciones.

—Me aburren las relaciones basadas en las visitas familiares. Yo no te presentaré a mi familia, a no ser que nos los crucemos de frente.

—Me parece una idea maravillosa y legítima. —¿Así son las relaciones de pareja en la actualidad? Supongo que, entre vivir en una cueva comiendo del mismo puchero y no conocerse las caras, hay un término medio—. Por lo tanto, tú no puedes exigir que cambie mis planes, y mucho menos atreverte a juzgar a mi familia.

—Eso ya me lo dijiste.

—¿Pero me escuchaste? Porque yo solo oí bobadas de tu boca..., bobadas ofensivas.

—No me has permitido pedirte perdón.

—Tampoco lo has intentado.

—No iba a ir a buscarte, no es mi estilo. —Nos miramos retadores, sabiendo que no hemos avanzado, que seguimos en el mismo punto inconcluso y que acabaremos en la cama.

—Has hecho bien en no llamarme, ni en intentar sorprenderme, seguiría igual de molesta y ofendida.

—Me gustas, gatita..., mucho... —Besa mi cuello y se lo permito dándole acceso, cuando llega a mi boca, se separa, pega su frente a la mía, toma mi cuello con ambas manos y acaricia el óvalo de mi cara—, pero ya he pasado por las soporíferas comidas familiares, los viajes organizados y los consensos, y no funcionó.

—Saúl, no espero nada de eso, aunque probablemente, si no me

consultas, rara vez vamos a poder coincidir en algo.

—Creo que te lo hubieras pasado mucho mejor en Menorca. —Tozudez infantil. No me apetece que se vaya de casa. Si estuviera yo en la suya, ya me hubiera largado.

—¿Has venido a algo más que a repetirte como un papagayo? —se ríe.

—No..., he venido a enseñarte cosas nuevas.

—¿Las aprendidas de alguna alemana de vida alegre?

—¿Celosa? —ríe a carcajadas.

—Tú no me conoces celosa. —Vamos, no me conozco ni yo.

—¿No te importaría?

—Confío en ti, te concedo la fe del creyente hasta que esta le abandona —miento. No soy tan cándida, de hecho, a partir de hoy, regresamos al condón.

—Estuve planteándome dejar de vernos, pero llevo pensando en ti desde el miércoles y me jode que monopolices mi mente de esta manera.

—¡Anda, mira tú qué casualidad! A mí me jode que pretendas monopolizar mi tiempo libre y no me he planteado pasar de ti. —Cosa que he hecho, porque no le he llamado y he permitido que su amigo me besara.

—No me has llamado... —¡Venga ya!

—¿Esperabas qué lo hiciera?

—No, sabía que no lo harías. —Pues lo he intentado mentalmente unas cuantas veces.

—Entremos, aquí fuera hace mucho calor.

—Sí..., mejor, adentro.

Y ya en el interior, como pronostican los arcanos más viciosos e impúdicos, nos lanzamos al abismo de la lujuria.

Para mi desgracia, algo ha cambiado irremediabilmente entre nosotros. Disfrutamos, sería muy cínica de denostar: «*no..., lo hago sin ganas, esperando a que acabe pronto*», sin embargo, esas chispas provocadas con una sonrisa canalla, o una insinuación morbosa, se han suavizado.

Quiero entender que, al no alcanzar el punto de inflexión, hemos seguido escalando por laderas diferentes, y ahora, ni él pretende avanzar, ni yo deseo que lo haga.

He convertido el príncipe en rana, pero en vistas de que la rana está muy buena y que sabe hacerlo todo muy bien, mantendremos este convenio de satisfacción carnal y agotamiento mental.

Martes. Nos reincorporamos al trabajo después de estas merecidísimas vacaciones, aunque, como es universalmente conocido, todo lo dejado a medias ahora es prioritario y lo prioritario ha pasado a ineludible. Intentamos actuar con cierto orden y coherencia, pero pasadas las primeras horas, el caos holocáustico se apodera de las tres y nuestra jornada se convierte en un continuo atender y resolver. Ni disponemos de un respiro de medio minuto para tomarnos un cafecito.

—Pimpi, han dejado un paquete para ti.

—Serán las muestras de telas para las cortinas de «*La casa de la pudor*». —Thais, la bautizó así porque salió de allí vomitando de la peste cuando realizó la primera visita técnica.

—No, ya las tengo.

—¿Seguro qué es para mí?

—¿Cuántas *Olympias* Fasol trabajan aquí?

—Voy.

Menudo humor más rasposo, una no puede formular una duda en voz alta, ¡todo molesta!

En una de las mesas de Thais, hay una caja que ha dejado *UPS*, nosotros no trabajamos con esta compañía de transporte y nuestros proveedores de cabecera, tampoco. Le frunzo el ceño al paquete y me cruzo de brazos. Estoy confusa.

—¿Piensas abrirlo mentalmente?

—Tengo un mal palpito.

—Si piensas que es una bomba, se la dejamos en el despacho a los *Picapiedra*. —No es mala idea. También, dudo que mi presencia le fastidie tanto a alguien, como para tomarse la molestia de preparar un artefacto explosivo y enviármelo a través del servicio de paquetería.

—¿Quién me lo habrá enviado?

—¿Saúl?

—Es poco probable, viene a recogerme después.

—¿Y si lo abres?

—¿Lo abro? —Pestañea llamándome absurda con el aleteo.

—No, tíralo por la ventana. —Por no seguir escuchando sus impertinencias, que empiezan a tocarme el higo, cojo el *cutter* y corto la

bolsa. Aparece una caja alargada envuelta en papel rojo, con un lazo de seda negra.

—¿Un regalo?

—Olympia, hija..., pinta tiene. ¿¡Quieres abrirlo ya!?! —Sujeto la caja y busco la unión del papel. Es de tan buena calidad que me apena rasgarlo, sin embargo, la mirada sicópata de Thais es más intimidatoria y me decido. Una tapa entre beige y dorada, con la firma de *Christian Louboutin*, me deja absorta.

—¡Me cago en la leche!

—¡Wow! El Sergio Saúl se ha pasado con el regalo de compensación... —Abro la caja. Retiro la bolsa de tela bermellón en la que vienen protegidos y un precioso par de zapatos negros de charol de un finísimo tacón y con suela roja, dejan a mi amiga boqueando.

—Será imbécil —mascullo.

—Tía..., si cada vez que os encabronéis uno con el otro, va a disculparse así, enfádalo con más frecuencia, y dile que te ha crecido el pie, concretamente, hasta el treinta y ocho.

—¿Para ir a pasear por las calles de Montellà Martinet pisando boñigas de vaca? —A lo mejor me he pasado.

—Eres una estúpida. —Sí, me he pasado.

—Thais, disculpa... —niega, es decir, no me lo va a tener en cuenta—, no me los ha enviado el Sergio Saúl...

—Hay una tarjeta.

—No me había percatado.

La tomo y le entrego los zapatos a Thais. Está embelesada con esa obra de arte confeccionada con la mejor materia prima, cuyo principal objetivo es estilizar las piernas, a consta de martirizarte los pies. Inicio la lectura con perplejida, después, línea a línea, mi cara va transformándose, voy a necesitar de un espiráculo con tal de expulsar la inquina colérica con tal de no saltar en pedazos.

¡Cómo puede ser tan imbécil!

*«Estimada Olympia,
Espero aceptes esta insignificante muestra
de agradecimiento por las maravillosas
horas con las que me has obsequiado estos
días.*

*Me siento responsable del deterioro de los
Jimmy Choo, que, en tu inesperada huida
cual cenicienta, perdiste el sábado pasado.*

*Estaría encantado de que los llevaras
puestos cuando, próximamente, nos
encontremos para tratar temas pendientes.*

Nos vemos, nena.

Alatz.»

—Si me lo ponen delante lo desuello.

—¿Quién tendrá el privilegio de ser despellejado por obsequiarte con semejante vulgaridad?

—Alatz.

—¿El casado?

—Sí.

—¿Y se puede saber por qué te envía unos zapatos? Es un regalo un tanto..., íntimo.

—Thais, no son unas bragas.

—Se asocia al erotismo, suele considerarse una pieza fetiche...

—Estás enferma.

—El regalo más rúbeo que yo he recibido en la vida, no ha pasado de ser la *Caja Roja de Nestle*, bueno, sin contar las bragas que nos compra Leo para fin de año.

—Me compré unos *Jimmy Choo*, me costaron casi un mes de sueldo. —
Entorna las pupilas.

—Olympia y sus locuras pijas puntuales.

—Quería impresionar a las zarigüeyas estiradas en la cena de mi

hermana.

—Pimpi... ¿Por qué te envía Alatz unos zapatos? —pregunta suspicaz, uniendo las cejas y con gesto serio.

—Los perdí por su culpa.

—¡Pimpi!

—¡Ay! Thais...

—¡Ni, ay..., ni uy!

—A ver cómo te lo explico para que no te sulfures...

—Te va a ser complicado, ya me tienes a mil.

—Me enfadé con él y salí tan espitosa que me metí de lleno en el parterre que mi madre tiene siempre bien regadito.

—¿En Londres hace falta regar?

—Según mi madre es imprescindible. El caso es, que me sembré entre el mosaico de flores.

—Sigo sin entender este exceso de gratitud. —*ains...*, no quería decirle nada. Leo nos observa desde su cubículo, muerta de curiosidad.

—Me besó.

—¿Perdona?! —exquisitamente, añadiría, pero de hacerlo, Thais, espumará por los lagrimales.

—Sí, me besó y le dejé.

—Pero...

—Sí Thais, soy de lo peor, tampoco le debo fidelidad a nadie —¡qué chula soy diciendo lo que no pienso!

—¿Y el Sergio Saúl?

—Yo no colaboré.

—¡Coño, Pimpi! No me vengas con sutilezas, si le dejaste, colaboraste.

—Me gustó, pero luego me ofendí.

—Te tendrías que haber ofendido antes.

—¡Fue culpa de mi madre!

—¿Al concebirte?

—¡De verdad, Thais!

—Si realmente te molestó, supongo que se los devolverás.

—Pues supones mal.

—¿Te los vas a quedar?

—¡Por descontado!, son preciosos.

—¡Qué moral la tuya!

Con mi maravillosa caja bajo el brazo, levanto el mentón y salgo de su despacho, envuelta en un halo de dignidad ficticio. Paso de quedarme a escuchar una charla sobre comportamientos adecuados ante situaciones insólitas, a las que, curiosamente, nunca se ha enfrentado.

Qué maldita manía tenemos los humanos que, provistos de conciencia, nos vemos obligados a decirle a nuestros acólitos, cómo deben actuar sin haber estado metidos en el ajo.

En definitiva, mi «yo» más materialista, me impide devolverle ese extravagante presente que, ciertamente lleva anexo la implícita obligación de agradecer, cosa que tampoco voy a hacer.

Leo me apoya, dos contra una, democracia capitalista, los remordimientos para cuando repase mi existencia en mi lecho de muerte.

Al acabar nuestra jornada, Thais se muestra molesta con las dos. Salimos de las instalaciones entre bromas, intentando suavizar el tema, pero el hecho de que haya dejado los exclusivos zapatos en el armario de mi despacho, y que no tenga previsto informar al Sergio Saúl de su existencia, aún le han dado más motivos para preocuparse por la pérdida de mis alas. Está convencida de que me saldrán pezuñas, rabo y cuernos y vagaré eternamente en el *Leteo*, bebiendo olvido.

Chica... Dos problemas tienes. No acostumbro a rebajar mosqueos tontos con mil disculpas. A lo peor por eso dispongo de tan pocos amigos.

Saúl, exhibe su porte formal apoyado en su flamante vehículo, despreocupado de que su elegancia origina tensión cervical en alguna de las tías que caminan por la acera. Las que no miran, o van despistadas, o son lesbianas. Es imposible no fijarse... Imagino a Alatz en la misma postura y mis hormonas se revolucionan, y lo más infame de mi desvarío es la sugerencia «erótico/festiva» que induce la palabra postura, iniciada con un escalofrío recorriendo mi cuerpo en vertical.

¡Olympia! ¡Está casado! ¡No se toca! ¡Ni se piensa! ¡Es caca!

Tras unas frases típicas de cortesía, las chicas se despiden de Saúl, nosotros nos montamos en el coche y en silencio, tomamos la Ronda en dirección a su casa.

—¿Tú no tienes nada que explicarme? —¿Eh?! ¿Así a la brava? ¿Sin más datos? ¿A lo Perales?... «*Mirándote a los ojos, juraría..., qué tienes algo nuevo que contarme...*». Utilizaré la técnica del despiste para no meter la pata. Fruncimiento de ceño fingiendo confusión, movimiento de cabeza

negando su pregunta, respuesta reformulando en tono de desconcierto.

—¿De qué? —ha quedado creíble.

—De tu estancia en Londres...

—¿Ahora te interesas? Haber venido. —Puyita para voltear la tortilla.

—¿No dejamos ese tema zanjado ayer? —el tono no es amable.

—Yo no lo he sacado.

—Hoy Alatz ha venido al despacho, me ha comentado que os encontrasteis. —¿Será bocazas! ¿A qué llamará este tío discreción?

—Sí, paseando una mañana por la ciudad..., no le di importancia —miento, obviamente.

—Por lo visto, ha tenido el honor de conocer a tu familia.

—Me joroba mucho ese tonito al utilizar el término «honor» seguido de «tu familia».

—Es una apreciación tuya.

—Que me molesta y es la tercera vez que te lo advierto. Ya son muchas advertencias.

—¿Por qué Alatz cenó con vosotros?

—Le invitaron mis padres en nombre de mi hermana y no le pareció mal acompañarnos.

—¿Y a ti?

—A mí, tampoco.

—¿Sabes lo que busca Alatz con todo eso? —¿Menos mal que he dejado los zapatos en la oficina!

—No hablamos de sus intenciones de futuro, la verdad. Aunque es un tío divertido y compartimos anécdotas curiosas, me hizo verle menos endiosado y más humano... —y ahora no le engaño.

—A ver... No sé de qué manera comentarte esto sin hacerte sentir..., estúpida.

—Saúl, llévame a mi casa. —¿Qué imán tengo para los imbéciles!

—No me malinterpretes —parece azorado, como cuando quieres decir algo de una manera y suena de otra. Le daré un voto de confianza, yo soy experta en esas situaciones grotescas—, me he equivocado al elegir la expresión.

—Déjate de cháchara expiatoria y explícate en términos entendibles.

—Alatz, no solo busca en ti confraternizar como «amiga» —no cuenta nada que no sepa, pero como finjo ser inocente y candorosa, pestañeo

tontamente, simulando un... *Oh, my God, it's impossible!*, reconozco que me ha quedado algo pijo, pero poseedora de semejante par de zapatos, una se transforma—, Olympia..., ¿me estás escuchando?

—Sí, hombre. —No, la verdad es que no, divagaba entre bolsos y complementos caros—. Estás exagerando, se comportó en todo momento como un señor.

—A lo mejor no he sido suficientemente explícito.

—A ver Saúl, sacas una cena formal entre gente aburrida de contexto.

Llegamos a su casa, abre la verja negando. En mi ensueño glamuroso, me he perdido parte de la conversación, o este se huele la tostada, o el imbécil de Alatz, en un alarde de sinceridad fraternal innecesaria, ha confesado sus intenciones.

Sin apearnos, se ladea para hablarme directamente a la cara, se muerde con insistencia la carnosidad interna del labio inferior. ¡Ni que fuera a confesarme un desmembramiento y posterior ocultación de un cadáver!

—Si tenías pensado cenar en el coche, podríamos haber buscado un autocine...

—O no me has escuchado, o no me has entendido..., o eres inalterable... Olympia, me refería a intercambios de pareja. —*¡Ehhhhhhhhhh!* Pero..., ¿cuándo ha mencionado guarradas de esas?

—No, no debo haberte entendido..., ¿puedes explicarlo para tontos? — Suspira.

—Alatz, Miranda, Carol y yo, disfrutábamos de sexo poco convencional.

—Por cuantificarlo..., define poco.

—No interactuábamos con otras parejas, nos iba el morbo contemplativo, el magreo sí, pero nuestro límite era entre los cuatro.

—¡¿Los cuatro juntos?! —¡Jesús! ¡Qué trajín de pies y manos! Tantos pares, tantos dedos...

—No, cuando quedábamos para un *swapping* —qué delicado suena, con esa locución hasta no parece tan guarro—, yo disfrutaba con Miranda y él con Carol, o examinando la escena, para entrar en calor.

—Ah..., vaya..., parece ameno... —apunto eso como podría haber dicho: «*¡Sois unos pedazos de cerdos!*», que es en realidad mi opinión. Sin embargo, me contendré por ahora y meditaré.

—Así fue durante algo más de un año. Se torció cuando Carol se enamoró de Alatz, y él estaba aburrido de aquel juego erótico.

—¿Juego erótico? —¿Chico eufemismo!

—Ponle el nombre que gustes, para mí, Miranda, solo es una buena amiga. —Sí, compartís lo normal entre colegas. ¡Y yo agobiada por un beso! Si se lo cuento se mea, si le hago una referencia de esto a Thais, acabo con ella—. Nunca he necesitado llegar más lejos.

—Pero..., ¡alma de cántaro! ¿A qué te refieres «con más lejos»? ¿Vivir los cuatro en comuna? —Tuerce la cabeza y se muerde el labio. ¡Señor de las Relaciones Contemporáneas!—. ¡¿Habéis vivido juntos?!

—Sí, sobre todo al principio, la novedad demandaba asiduidad, alquilábamos casas apartadas en zonas residenciales discretas. Nos satisfacíamos sin pudor a exhibirnos manteniendo relaciones sexuales cruzadas, o no...

—Saúl, de mi vida y mi corazón bendito..., ¿se puede saber qué has visto en mí?

—¡Hostias! ¿A qué viene eso ahora?

—Chico, si antes entendía poco tu perseverancia, en este momento estoy más perdida que el barco del arroz.

—Olympia, me gustas y punto.

—Pues, voy a ser clara, a mí eso del reparto de beneficios solo me va pecuniariamente hablando.

—Yo no lo echo en falta desde que estoy contigo. —Me acaricia la mejilla con los nudillos. Retiro la cara apoyándome disimuladamente en el respaldo, por no decirle «¡ni me toques!»—, aunque, por lo visto..., Alatz...

—Alatz, ¿qué?

—Él estima solucionar sus problemas de pareja retomando los intercambios.

—¿Eso te ha dicho Alatz?

—Tan directo como te lo estoy explicando a ti, no..., pero, me lo ha insinuado tomando un whisky.

—¿Whisky?

—Sí, ¿tan raro te parece conversar disfrutando de un *The Glenrothes*? — Yo vacié media botella de *Glenfiddich Rare Collection 1937* desagüe abajo, porque al «señor» le abrasaba la garganta. ¡Hombres!

—Saúl, me voy a casa.

—¿Pero?

—Sí, decididamente, prefiero marcharme.

—¡Joder, tía! He sido sincero contigo, no pretendo volver a aquellas prácticas.

—Entonces, ¿qué?, ¿subimos y lo solucionamos echando un polvo? ¿O prefieres aquí mismo?

—¿A qué viene esto ahora?!

—¡Qué no soy una muñeca hinchable, Saúl! ¡Qué tengo sentimientos, pocos, pero tengo!

—Yo no pretendo jugar contigo, anhelo disfrutar juntos.

—Y por eso, os juntáis los machos de la manada y decidís si soy, o no, apta para vuestros escarceos, si vale la pena, o no, tener pase VIP en el sórdido mundo del sexo, en su dimensión más desviada..., y habéis concluido en cónclave privativo, que no dispongo de categoría, que mi ingenuidad me inhabilita para... eso

—¿Qué dices? ¿Estarías dispuesta?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¡a qué viene este show!

—¡A qué no soporto que me dirijas y menos que decidas por mí en consenso con terceros, temas tan delicados como este!

—¡Eres tan absurda! Solo te prevenía, intentaba mantenerte alejada de sus intenciones. Le conozco, sé que lo busca.

—¡Pues es peor incluso! Me tienes por tan incauta, que dudas de mi voluntad ética. —Aprieta la mandíbula y elimina la tensión propinando un puñetazo al volante.

—¡Lárgate! ¡No estoy tan colgado de ti para desgastarme emocionalmente con peleas de pareja!

Ya no contesto.

Esas palabras me han dado en el centro de la patata, la patata que late.

Abro la puerta y tras salir, cierro con un golpe seco y enérgico. Estoy más dolida que enfadada.

¿Qué esperaba? Para mí, ya es confuso utilizar el morbo para complacernos o gratificarnos sexualmente, cuanto más, el tema de los préstamos y las cesiones temporales en pleno derecho, sin contar el examen de la coyunda por parte de invitados.

¿Y cómo debe de ser ese momento? ¿Lo tomarán por algo didáctico?

Imagino la conversación de corte algo aséptica con comentarios tipo: «Debería levantar más esa pierna» o «ese ángulo coxal es poco accesible»,

o en un alarde de *chafardeo* dañino, «*se ha dejado unos pelitos en el pubis*».

Es poco probable, para ellos el sexo es como para otros el pádel, una distracción puesta en boga, por una sociedad carente de los valores que nos distancia de otras especies, y su práctica nos involuciona a la era prehistórica, en la que un troglodita avistaba a otra troglodita recolectando raíces y la montaba, sin albergar más sentimiento que el de la cópula.

Para llegar al andén he de cruzar un puente por encima de las vías y la autopista, empiezo a subir la rampa en forma de *Scalextric* sin muchas ganas. Pienso que podíamos haber continuado la conversación cenando o directamente pasar de ella, ya estaba todo explicado y yo no voy a participar de esas praxis...

—¡Olympia! —Me giro, le miro y sigo mi camino. Lo sé, soy el espíritu de la contradicción—, ¡Olympia, joder!

—¿¡Qué quieres!?

—¡Me..., me..., desquicias! ¡Joder!

—¡Vuelve a casa! ¡No te desgastes sin necesidad! —No me detengo, aunque ando más despacito.

—¡Serás idiota!

En unas zancadas me alcanza, apartando a la gente que transita en ambas direcciones. Forcejeo intentando desasirme, y con un tirón enérgico me adhiere a su pecho, inmovilizándome contra la pared de la pasarela, para plantificarme un beso de película de tres rombos^[75]. Si yo más me resisto, él más insiste, hasta que mi falsa determinación se disemina con los gases de los tubos de escape y subo mis brazos, los enlazo a su cuello, y prolongo el encuentro saboreándolo igual a un flash de lima limón. Nos separamos cuando unos adolescentes nos animan con silbidos y palabras tan subiditas de tono como nuestro morreo de reconciliación.

—¿Me perdonas por mentirte? —¿Es arrepentimiento o ironía...?

—¿Por mentirme?

—Sí, cuando me frustró, miento para dañar... —*Puff!*, es el comportamiento al uso del noventa por ciento de los pobladores del mundo, incluidos los niños mayores de cuatro años.

—¿No eran ciertas las guarradas referidas antes? Porque me las he creído a pies juntillas —sonríe seductor.

—Es completamente verdad todo lo que te he explicado...

—¿Entonces?

—Estoy perdidamente enamorado de ti..., colgadísimo, *pussycat*. —

¡Pues vaya un panorama! ¿Y yo?

—Saúl...

—¿Vamos a casa y te lo demuestro en la bañera?

—O en el garaje... —ríe quedo.

—Dónde tú prefieras.

—Vale, de camino me lo pienso.

Es Sant Jordi y un año más, estoy sola. Sin embargo, he recibido un enorme ramo de rosas rojas a las once de la mañana, con una nota recordándome lo enamorado que el Sergio Saúl está de mí, prometiendo una compensación adecuada al acabar sus compromisos profesionales.

Espero sea algo moderado, no considero un regalo realizar una ruta en bici de cien kilómetros. En ocasiones disfrutar de la naturaleza sentados en la terraza de un hotel rústico en la Cerdanya, como hace Thais, no viene mal.

La Rambla Catalunya está colapsada de tenderetes de editoriales y vendedores de rosas. También distingo escritores contemporáneos de primer orden. He hecho bien en escoger la hora de la comida, porque, a pesar de haber colas de lectores —o coleccionistas de libros con firma—, estas no son excesivas.

Ahora no voy a detenerme, mi objetivo primordial es Cristina Del Moral, por lo tanto, no presto demasiada atención al resto, de vuelta ya me pararé en el de Matilde Asensi, para hacerme con *El regreso del Último Catón*, y si no hay que esperar demasiado, aguardaré para que me lo dedique. Lo tengo en soporte digital, aplicación muy cómoda y práctica, sobre todo para viajar, pero limitado en cuanto a personalizar la lectura marcando las páginas con el boli de colores, doblándole las puntas, anotando algún suspiro...

Una de mis aficiones —reconozco, ya perdidas—, era pasearme por las librerías antiguas, aquellas con olor a humedad, polvo bizantino, estanterías desvencijadas sin orden aparente, con publicaciones de revistas viejas apiladas en cajas de cartón y en donde se vendían libros de segunda mano. Me pasaba horas hojeándolos y compraba aquellos con los márgenes escritos o dedicados. Así conocí a Mario Benedetti, con un ejemplar muy manoseado de *Poemas de otros*. En él se incluye «*Hagamos un trato*», ciertamente, muy emotivo. Pues bien, al inicio de la página, escrito con estilográfica y letra cuidada, alguien anotó: «*Siempre podrás contar conmigo*» y al acabar el

último verso, en bolígrafo negro y con trazo enérgico, otro contestaba: «¡y una mierda!».

Buscando el stand voy borracha, de lado a lado, sin distinguir mi propósito, entre tanta carpa y tanta flor maltratada con tintes. Hay un mostrador que ocupa un espacio considerable, un manto morado cubre parte del quiosco, alzo la mirada hacia el rótulo y leo: *Esencia*, creo que es un sello *Planeta*, esta chica va sobre patines.

Para mí es intimidante conocer a gente nueva, me persigue desde niña la angustiada sensación de la burla. Nunca he sido un angelito de anuncio, llevaba unas gafas de culo de vaso sujetas con una goma a la nuca, sumado al tiempo soportando la horrorosa oclusión del ojo izquierdo con un parche, posteriormente, con una lente esmerilada, y rematando el cuadro, mi sonrisa metálica producto de la ortodoncia y dos coletas bien altas con sendos lazos de raso, a juego con el uniforme del colegio de monjas al que asistía. Sí, lo sé, para echar a correr. La cirugía láser oftalmológica solucionó el astigmatismo y la hipermetropía, y cuando mi dentadura estuvo dentro de la normalidad, desaparecieron los hierros, sin embargo, enfrentarme a las primeras impresiones, para mí, no es fácil.

Educadamente, espero mi turno. Tal como me había informado en su carta, la acompaña una chica muy risueña. Ambas tienen mucha complicidad y encima les ampara el físico..., últimamente me rodeo de mucha gente guapa, a ver si con algo de suerte, se me engancha algo.

—Hola, ¿qué tal? —Llama mi atención la chica rubia y simpática, la escritora está de espaldas atendiendo una llamada—, soy Eva Molina, ¿deseas un ejemplar firmado?

—Ah..., sí..., esto..., sí... —con esta facilidad expresiva oral manifestada, me va a regalar la primera cartilla—, yo soy Olympia..., sí, Olympia Fasol.

—¿Olympia? ¡Eres Olympia! —sale de detrás del puesto y me abraza—, ¡qué gusto conocerte!, Cris, cariño..., abrevia con el teléfono, a tu marido lo ves cada día.

—No tengo prisa, puedo esperar.

—¿Ya has comido? —asiento—, le hemos pedido al *Quim de la Boqueria*, unos bocatas. A mí estos canapés secos no me quitan el hambre...

—Muy apetecible no parecen, la verdad.

—Sí, mucho *Planeta* y muchas gaitas, pero son cofrades de Santa María

del Puño Apretado — cuchichea confidente.

—Me encantó el prólogo, supiste vender la historia de primera...

—¡Qué va! Yo soy lectora compulsiva y con Cristina, muy exigente, temí que al final me enviara a freír espárragos, pero como es un encanto, asumí mis consejos, los pocos que le ofrecí. Aunque, te confiaré un secreto... — comadrea conmigo sujetándome del codo, a mí se me escapa la risa, me gusta esa cercanía—, Paula y Cris..., primas hermanas...

Rompo a reír a carcajadas al recordar momentos muy divertidos y extravagantes..., luego visiono mi culo en pompas surgiendo entre yerbajos sumado a las vicisitudes en las que últimamente me veo envuelta, y el resultado determina que todas las mujeres tenemos un poco de Paula, o como mínimo aquellas que deseamos ser agentes de cambio, que anhelamos incidir por mejorar nuestro entorno y a nosotras mismas.

—¡Cris! ¡Cómo tenga que ir a buscarte, te restrinjo las llamadas!

—¡Ya cuelgo! Eva, en ocasiones eres un granito en el *culete*... —¡Qué fina!

—¿Mira quién se ha pasado a saludar? —sonríe, aunque obviamente, caza moscas—, es Olympia.

—¡Qué ilusión conocerte! Chica, eres un bombón... Eva, qué lectoras más sexis que tenemos.

—Olympia, sexi y bombón, no pueden conjugarse en la misma frase..., mejor resultona.

—Resultona dice... Eh, cielo, deja que te achuche..., este sueño en parte es gracias a ti —*what?*—, sí, no me mires así, cuando mi contrato con la otra editorial finalizó, envié nuevamente el manuscrito con las correcciones, al creerme una por una todas tus palabras y, ¡mira tú por dónde!, reeditan *Dichoso Favor*, me montan un stand y publicarán un libro de cuentos que estoy acabando de escribir.

—¡Me alegro un montón! No veo en qué pude ayudarte, aunque, ¡coi!, si lo hice, ¡olé yo! —reímos.

—¿Y Thais y Leo? ¿Por qué no te han acompañado? —Es sorprendente que se acuerde de mis petardas favoritas.

—Thais, ha conseguido convencer a su marido para cambiar de destino... Leo, está entusiasmada con su nuevo novio, dejaremos que lo disfrute y le encuentre todos los defectos posibles.

—Me encantaría conocerlas, por como hablas de ellas en tu carta,

identificas vuestra amistad con la de la protagonista de mi novela entre sus compañeras y amigas.

—A grandes rasgos, pero sí, tenemos mucha complicidad, a pesar de que nuestra forma de ver la vida es diametralmente opuesta en muchas ocasiones.

—Ver el mundo distinto no es malo, lo nefasto es no saberlo compartir —apunta Eva cargada de sabiduría.

—Os dejo mi tarjeta, cuando os apetezca, buscamos un hueco. Les hará mucha ilusión, estoy más que convencida. —Eva recoge mi tarjeta y a su vez me entrega una de Cristina, añadiendo su número.

—Toma, tenía tres bolsas con *merchandising*, con un ejemplar nuevo firmado para cada una. —No me contengo y saco un punto de lectura, pero en un alarde de ineptitud se me cae de las manos.

—¡Vaya por Dios! —Me agacho y cuando bajo el cuerpo, le doy a alguien tremendo cabezazo—. ¡Wow! ¡Qué cachiporrazo!

Me fijo en los zapatos, mientras me rasco la cabeza con tal de suavizar el chichón pulsante a brotar en breve y, ¡no puede ser!

—¡Tú!

—Yo. —Me entrega el punto de página con una sonrisa de puñetazo—. Buenas tardes, ¿Cristina?

—Sí, soy yo, ella es mi amiga Eva.

—Soy Alatz, amigo de Olympia. —Tiende la mano y se las estrechan.

—Conocidos nada más. —Entorna la mirada y niega.

—Tenéis en ella a toda una embajadora de la novela, por cierto, enhorabuena, me confieso fan tuyo. —¡Será «bien queda»!

—¿Te la has leído? —Se está pegando un *mocaco* delante de Cristina, de doble bola de moco, seguro que la encuentra interesante para su vida disoluta.

—La duda ofende, nena. —Cristina y Eva se lanzan una mirada entre ellas con la frase escrita: «¿Pero esto qué es lo que es?».

—A mí me ofende tu falta de decoro y mira, igualmente respiro.

—Bueno, Alatz, ¿qué sería lo que menos te ha gustado del libro? —Cris, saca la manguera y riega el fuego.

—Hay una escena destemplada, el tal Jorge parece un tipo amable, de modales cuidados, y en el gimnasio hace gala de un comportamiento de lo más soez.

—Muestra lo esenciales que en realidad sois los hombres —respondo yo cruzándome de brazos.

—La idea de esa escena... —Cristina vuelve a sacar la manguera.

—No, nena..., no todos somos tan básicos. —¡Qué grosero! Cortando la explicación ofrecida de primera mano por la escritora.

—¿Con esta afirmación te excluyes de la generalidad? —Eva, se cruza de brazos, arruga la frente y sonrío, se lo está pasando en grande. Cristina, la verdad, no tanto.

—Por descontado. —Me carcajeo exagerada y cínica.

—O tienes memoria de perdiz, o eres una depravada caja de embustes. —Cristina abre sus enormes ojazos azules de par en par, Alatz realiza una mueca de falso agravio, llevándose la mano al pecho. ¡Mira qué está bueno el tío!

—¿Memoria de perdiz? —Eva pregunta disimulando la risa.

—Sí, ¿no te has fijado nunca? Cuando tuercen la cabeza a la izquierda, se les ha olvidado lo que habían visto a la derecha. —Se gira, supongo para sofocar la risa ante el espectáculo.

—Gozo de una memoria estupenda, ¿puedes decir tú lo mismo?

—¡Y tanto! Solo que la mía es selectiva, recuerdo lo que considero importante.

—Eso es una actitud muy positiva. —Cristina, tira agua sobre otro foco.

—Siempre si sabes escoger qué borrar de la mente.

—Y, cómo tú has hecho un mapeo de mi cerebro, estás convencido de que estoy equivocada y tú, no.

—A grandes rasgos..., es eso.

—Típico también en el sexo masculino, aplicarse la teoría de la atribución, si sale bien me lo adjudico y si no, reparto la culpa. ¡Qué feo!

—Eso no es correcto, asumo mis errores y soy realista.

—¿Tú, realista? ¡Ja! —Cristina y Eva, nos observan perplejas. Si en lugar de los canapés resecos, tuvieran unas pastitas y un cafecito, se habrían sentado a contemplar como el imbécil A y la imbécil B, se ponen en su sitio.

—Sí, realista, nena..., no me detengo, reacciono para conseguir lo que quiero. Sin embargo, tú te paralizas, esperando a quién, ¿al príncipe encantador? —¡Tendrá valor!

—No, nene, no... ¡Yo espero al lobo feroz! ¡Qué te ve mejor! ¡Qué te escucha mejor! ¡Y te come mejor! —¡Chúpate esa, por listo!

—Triste esta el perro cuando la perra le falta, aunque más triste está el perro cuando la perra es más alta —masculla Eva. Cristina le da un codazo

reprendiendo su comentario. Sin embargo, nos hace entender a ambos, que nuestro comportamiento es inapropiado.

—Cristina, Eva..., ha sido poco elegante por mi parte, entrar en esta discusión tan surrealista.

—Alatz, por nosotras no te preocupes, seguro que Cris es capaz de sacar un relato de esto.

—O una novela —sisea la escritora.

—Ha sido un placer conoceros, os llamaré para comer juntas cuando os vaya bien —añado acercándome. Las abrazo y las beso en las mejillas, Cristina aprovecha para susurrarme al oído o: «*Lo tienes a tus pies*» o, «*te huelen los pies*». Me temo lo primero, a no ser que realmente necesite *Peusec* y yo sin saberlo —. Nos vemos, cuídate.

Sin despedirme de la cosa más *porculosa* de esta galaxia y trescientas más sin descubrir, sorteo los stands, cruzo La *Boqueria*, y aparezco en el *Teatre Romea*. Estoy parada delante, lo más adecuado es que retroceda por la calle Hospital, hacia *Les Rambles* de nuevo y tome el metro en el Liceo... También puedo caminar hasta *Les Drassanes*...

—¿Pensabas qué iba a dejarte marchar así sin más? —Mientras cavilaba, el huracán Alatz me ha arrastrado del brazo hasta la puerta más escondida del teatro. Me paraliza con su cuerpo. Estoy asustada, híper acelerada y absurdamente, excitada.

—Sí, esa era la idea, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar... Sepárate, Alatz. —En esta ciudad tan liberal, nadie verá nuestra actitud reprobable, de hecho, si suelto las bolsas, se acercará algún oportunista para *birlármelas* y no a defenderme del ultraje.

—Llevas eludiéndome desde que volviste de Londres.

—Con motivos. —Su aroma a loción de afeitado, me sugiere lamerle la cara... ¡De no controlarme acabaré jadeando!

—Me muero de celos —¿cómo repitas eso no respondo! —, odio a Saúl, él te tiene cada puta noche en exclusiva.

—Estoy al tanto de vuestras actividades y no, no me interesa formar parte de tus fantasías carnales..., eres un enfermo.

—Sí, estoy enfermo por tenerte... ¿Cuántas noches más tendré que soñar contigo? —¡Ay! ¡Virgen de los Pensamientos Promiscuos! ¡No permitas que me convierta en una *guarrona*!

—Pues, como poco, sesenta años más. —A ver si con chulería logro

alejarse la ansiedad licenciosa.

—Necesito tanto sentir tu cuerpo —habla pegado a mi oído, con una voz ronca y seductora, de las de caer de rodillas desvanecida, para que te lleve al catre y... *«aserejé ja de je, de jebe tu de jedere seibiunouva, majavi, an de bugui an de güididipi»*.

—Necesitas sexo, en concreto un polvo experimental, follarme y arrancarte la zozobra, es eso, ¿verdad? —pronuncio «polvo» y «follarme», y se me remueven todas las entrañas, ¡luego califico de esenciales a los tíos!

—No, nena... no. —Aprisionada contra su cuerpo, noto su erección; toma mi cara con ambas manos y con los pulgares acaricia mi mandíbula. Estoy fuera de juego—, quiero hacer de tu cuerpo mi templo, adorarlo, idolatrarlo, admirar como todo él tiembla al contacto con mis manos. Tus jadeos dentro de mi boca, tu pulso desacompañado, provocar tus latidos. Quiero que me entregues las llaves de tu corazón siempre blindado a todos... No, nena, nunca profanaría tu ser follándote, a ti únicamente puedo hacerte el amor, solo puedo amarte...

Tras eso, me besa..., y le dejo..., y lo peor de todo, colaboro en dilatarlo. No subo los brazos y me aferro a su nuca, por no soltar las bolsas, sin embargo, disfruto de su sensualidad, de la calidez de su lengua, del jugueteo con la mía..., la humedad... Cuando se retira, me mira directamente a los ojos.

—Sé que me recuerdas.

—Alatz, ya te lo he preguntado antes, ¿a qué juegas?

—Ya te contesté, no juego.

—Entonces... ¿Qué esperas de mí?

—La verdad, solo que me digas la verdad.

—¿De qué iba a servir?

—Sirve, créeme.

—Suponte que lo confieso, que admito no haberte olvidado nunca, que siento demasiado cuando te tengo cerca. ¿Eso qué cambia?, las circunstancias son las que son, tú estás casado y yo tengo pareja.

—Olympia, eso podría cambiarlo todo.

—¿Dime cómo?

—Dame tiempo.

—Estoy traicionando mis principios... Alatz, no pienso prestarme a juegos de intercambio, ni a exponer mi intimidad ante nadie...

—Contigo no podría, eres demasiado especial para compartirme..., además, estoy convencido de que a tu lado todas esas experiencias son innecesarias.

—Estoy con Saúl.

—Me deseas a mí.

—Me atraes, pero estoy con Saúl.

—No voy a presionarte, eres una mujer inteligente y no sabes vivir a medio respirar...

—Estás con Miranda.

—Te quiero a ti.

—¿Y a cuántas más? No soy tan inocente como imaginas.

—No quiero a nadie más, porque sé que eres tú... Sigo tu impronta, como las aves siguen el primer movimiento cuando rompen el cascarón... No me cuestiono por qué, porque lo sé..., igual que lo sabes tú.

Volvemos a besarnos, sí, besarnos, en esta ocasión nos hemos encontrado a medio camino. Me separo de él al escuchar como la conciencia rumorea exabruptos e improperios, muy desagradables, dirigidos a mí.

—Alatz..., voy a pedirte que no nos veamos por ahora... Estoy muy confundida, necesito... espacio, recapacitar sobre todo esto y ordenar mis sentimientos.

—Vale, es justo lo que me pides, tampoco puedo exigirte nada. Además, sé que eso, jugará a mi favor... Voy a demostrarte que no soy una «depravada caja de embustes».

Se acerca a mis labios y, tiernamente, los besa de nuevo. Al despegarse de mi cuerpo, de la flojera casi me desmorono. Y se marcha. Se va.

Yo no, yo me quedo postrada en la pared, intentando encontrar las fuerzas perdidas, que deben andar paseando de la mano con mi dignidad.

¿En qué piensas Olympia, cuando te dejas embaucar por palabritas sensibles?

Hoy te dirá todo eso, para más adelante ir introduciendo su estilo de vida y acabar practicando sexo sin sentimientos.

No, definitivamente, quien es de una condición no cambia invadido por los vapores melancólicos que le empañan el espíritu.

Posiblemente el hombre que mi cuerpo anhela se Alatz, sin embargo, dejarme llevar por pasiones viscerales no es sinónimo de amor eterno.

Debo sentarme con una cerveza fresquita y, en soledad, decidir qué es lo

que prefiero hacer con mi alma, si entregársela a Saúl a medias y envuelta en un precioso papel para disimular las falacias, o regalársela a Alatz en sangre viva, sin artificios, enterita y sin saber si únicamente soy un capricho.

He de reflexionar, metida en una bañera a catorce grados, para recapacitar en frío.

Hacía tiempo que no me encontraba tan enferma, hasta el punto de ir al médico, hasta el punto de aceptar la baja de cinco días recomendada por el facultativo para recuperarme. ¡Malditos virus oportunistas de sistemas inmunes deprimidos!

No solo mis glóbulos blancos están desanimados, mi «yo» más racional mantiene una lucha encarnecida con mi «yo» tarambana, y es para plantearse el suicidio saltando desde un ático, aunque, con mi divina suerte, capaz soy de lanzarme al vacío y caer fuera.

Alatz prometió darme espacio, tal vez debería habérselo delimitado, no hay mañana que no me envíe un mensaje o llame. Yo, ni respondo el mensaje, ni devuelvo la llamada. No le importa, persiste. Pretende hacerme creer con su terquedad, que no soy un capricho de «tío de vuelta de todo», aburrido de todo, experimentado de todo, intentando hallar en una mujer corriente y moliente, lo que no ve en la suya, que es espectacular. Debe de haber ideado un tutorial para espabilar candores prorrogados, y, deseoso de llevarlo a la práctica, pretende adoctrinarme simulando un arrebató agudo hacia mi persona. Sé que es eso, si no, ¿a qué casarse con ella? ¿A qué guarrear con otras?

En definitiva, me niego a ser un juguetito de antojo, porque he descubierto, muy a mi pesar, que estoy completamente colgada de ese imbécil.

También sería más sencillo, si Saúl mostrara la mitad de interés en mí como pareja que Alatz en seducirme, lleva una semana fuera y solo ha contactado conmigo avisándome de que ha enlazado con otro negocio y alargará la vuelta una semana más. Mi viaje a Londres marcó un antes y un después en nuestra manera de relacionarnos; él no pierde tiempo en conversaciones cursis conmigo, ni yo se lo exijo.

Da por hecho que continúo en su casa, y en mi línea de eludir broncas absurdas no lo he sacado de su error, ¿para qué perder energías explicándole que prefiero la mía si estoy sola? Además, en comparación con lo que

realmente le oculto, esto es *pecata minuta*.

¿Me molesta que no me llame...? No, me molesta, no... ¡Me jode!

Así tal suena. Bajo su punto de vista, como ya ha pasado por la misma situación antes, y no funcionó, debemos comportarnos como adultos. Para él, ese ritual de la comunicación expresando lo mucho que nos extrañamos, sobra. ¡Coi! Cómo ha tenido el placer de experimentar que es formar parte de un todo, de un binomio perfecto, de un conjunto cerrado de elementos, se lo ahorra conmigo, que justamente, ando merma de esas atenciones, y es posible que, a consecuencia de ello, un *cosqui-gusti* agite los puntos erógenos cada mañana cuando vibra el teléfono...

No, Olympia, ¿a quién tratas de engañar?, es el efluvio vasco; esa perfección física perfilando lo doloroso la causante de tales inquietudes o del mariposeo cuando me roza, me sujeta o me besa... Bueno, cuando me besa no es mariposeo, directamente es un batir de alas de cóndor revolucionando todo mi cuerpecito serrano o de jamón york.

¡Ainsss! Estoy malita, necesito mimos, que me hagan una sopita y me la traigan a la cama..., que se queden conmigo compartiendo los virus solidariamente, unos poquitos para ti, unos poquitos para mí... ¿No hay un santo para eso a falta de un hombre que me quiera?

El disponer de tanto tiempo para pensar en mí misma y en mis circunstancias, acabará por desquiciarme. Además, tampoco estoy tan mala, según mi madre, si no hay fiebre no hay enfermedad, por lo tanto, como hoy solo he amanecido con más mocos que en una bolsa de babosas, voy a solicitar el alta.

Entrar en el centro asistencial es similar a traspasar un umbral directo al pasado. En esta semana he venido tres veces; la primera, para pedir la baja laboral siguiendo la recomendación del médico de la mutua. La segunda, para entregar la tarjeta sanitaria que nunca llevo encima y la tercera, hoy, para rescindir la convalecencia por enfermedad común. Pues bien, me he encontrado a los mismos pacientes, delante de la misma puerta ensayando el tono adecuado para despertar el sentido del oído a un sordo, con la misma conversación sobre dolencias y banalidades que relataban hace tres días. La media de edad ronda la de las puertas de las pirámides.

Sopeso la posibilidad de que formen parte del *atrezzo*, con tal de ambientar el lugar. Es todo de una simpleza y *sosura* deprimente al máximo.

Aunque, de otorgar un galardón al careto más inexpresivo, es

imprescindible una segunda votación entre las tres administrativas del mostrador de información o admisiones. Su disposición a ayudar o a colaborar es inversamente proporcional a las ganas de marcharte, y de nada sirve desgañitarse, desesperarse, suplicar o violentarse, siguen el procedimiento con una fidelidad digna de admiración. Suspiro y espero, desmigando entre los dedos el ticket de «*su turno*», igualito al de la tanda del pescado.

¡Y por fin mi vez!

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. —¿Para qué va a molestarse en mirarme a la cara? Podría contagiarme algo. Estadísticamente, posibilidades hay, no obstante, ya deben de estar inmunizadas a la gripe común—, facilíteme su tarjeta sanitaria.

—Estuve el martes pasado y el médico de cabecera me recomendó reposo hasta el viernes.

—¿Qué doctor le firmó la baja?

—Esto..., *uhm...* —Busco la copia doblada dentro de la cartera en setecientos pliegues, cuando ella, pasando la dichosa tarjeta puede saberlo al instante—, el Dr. Navarro.

—Pues no está. ¿Ha pedido cita? —Me devuelve la tarjeta. Aquí estoy, con el ceño entumecido de fruncirlo y pestañeo ante el pasotismo de la funcionaria. A mí, la verdad, que esté o no esté el buen señor, me trae sin cuidado.

—¿Hay algún problema para que firme otro facultativo en su lugar?

—Sí, sí que lo hay. Ha de visitarla el mismo médico.

—Pero yo no quiero que me visite.

—Es indispensable, ha de valorar su estado.

—No sé si nos estamos entendiendo, no necesito la evaluación de ningún doctor.

—Pues como comprenderá, yo no puedo asumir la responsabilidad de atender su solicitud.

—Obviamente, usted no está facultada para responder sobre nada fuera de sus labores administrativas, solo reivindico mi derecho a que un profesional colegiado en medicina común, firme un alta voluntaria... ¿He de arrodillarme?! —Sí, me he alterado, entre mis escasas cualidades la paciencia no cuenta.

—¿Alta? ¿Desea adelantar el alta médica? —lo cuestiona como si le hubiera pedido una receta de barbitúricos.

—Sí.

—¿Y por un día quiere ir usted a trabajar? —¿Será delito?

—Sí.

—Bueno no es lo habitual, entendí que deseaba alargar la baja —
¿cuándo me has preguntado?

—¿Puede darme el alta?

—No hace buena cara. —Esto es inaudito.

—Soy fea, es mi cara de cada día. —Genial, ahora todos miran—.
¿Puede darme el alta para ir a trabajar mañana y poder así contribuir con parte
de su sueldo, por favor?

—Facilítame de nuevo la tarjeta y espere un minuto.

Me retiro del mostrador. Disimulo no estar percatándome de todos los
pares de ojos que me observan. Saco el móvil, siempre tan útil en estos casos,
y le envío, por fingir hacer algo con él, un mensaje a Thais informándole de
que mañana, Dios mediante, arrastraré mi cuerpo hasta el despacho.

—Olympia Fasol. —El minuto se ha alargado, y como no hemos llegado
a superar la hora, no se lo tendremos en cuenta, ni se lo reprocharemos.

—Sí.

—Su parte de alta. —Me devuelve la tarjeta y el papel.

—Gracias.

No me responde, no se despide. Me lo esperaba.

No tengo ganas de volver a casa, estoy valorando la idea de comer
cualquier súper porquería o entrar en un Burger, ambas opciones son igual de
pésimas nutricionalmente, así que escoja la que escoja, dará lo mismo que lo
mismo dará. ¡Uff! Qué asco de ánimo.

—¡Olympia! —¡Será posible! Aprieto el paso, no quiero que me vea con
la boca llena de pupas, las ojeras, ni escuche mi voz de *Pato Donald*, ni mi
cara blanca sábana de fantasma—, ¡Olympia!

Yo a lo mío, sin detenerme, sin girarme..., el resfriado tiene mis oídos
taponados selectivamente.

Hasta que me da caza prendiéndome del brazo.

—¡Eh...! ¿Qué pasa? Sé que me estabas escuchando. —Me vuelvo,
esperando se cubra su rostro con los brazos, ante la imagen del mío que asusta
al miedo.

—¿Qué quieres, Alatz —la intención es que mi tono denote hartura, pero
pierde fuerza y gana en gracia por culpa de la garipandria.

—Olympia... ¿Qué te sucede? —Es evidente, no entiendo ese gesto de confusión.

—No me he maquillado, ¿tú qué crees?

—¿Y por qué no me has dicho nada? —¿Acabo de apreciar cierto deje de mosqueo? Mejor salgamos de dudas.

—¿Ese retintín es de enfado?

—Sí, nena..., te he enviado ¿treinta mensajes?

—Treinta y cuatro —preciso, por sacarle de quicio, sé que le fastidia y le sube el guapo.

—¿Y no has podido contestarme a uno diciéndomelo?

—Alatz, ¿qué te has tomado esta mañana? No, perdona, rectifico, ¿qué no te has tomado?

—No te estoy exigiendo un parte, nena..., me preocupas. —Ahora sí me ha dejado muerta.

—Te pedí espacio. —Toma mi cintura con ambas manos y mi organismo, que es la cosa más traidora y pérfida del sistema cósmico, ya se entona adúlteramente.

—Me es imposible, necesito saber de ti, sobre todo, tocarte. —Se acerca a mi cara con toda la idea de besarme.

—No me beses, tengo pupas, un herpes febril y te vas a contagiar.

—Se transmiten más gérmenes dando la mano que besando. —¡Venga ya!

—Es que no quiero que nos besemos, Alatz. —Se le escapa la risa. Sabe que lo digo con la boca pequeñita, empleando un diminuto reducto de lucidez que anda rebotando entre los huesos temporales.

—Yo, sí.

—Me haces sentir una fulana —¿era eso realmente lo que quería expresar? Vaya con mi lengua, hasta ella piensa de mí que soy una meretriz sin escrúpulos.

—Y lo habrás dicho en serio... —Se retira unos centímetros, me observa directamente a los ojos, aprieta la mandíbula y toma aire por la nariz. No quiera el Señor que lo suelte de golpe, provocará un vendaval—, ¿Cómo puedes ser tan obtusa?

Aquí estamos, en el paseo marítimo, en pleno desafío de soberbias. Sería más divertido y menos intimidante un pulso de pulgares, pero no; eso es demasiado chabacano para un vasco estirado. ¡Qué acto más ignominioso debe de ser para él sentarse en la taza del váter!

Me lo imagino allí, con los pantalones de sastre entallados y a medida, a la altura de los tobillos, con los calcetines de ejecutivo a media pantorrilla, postrado en el trono, entregándolo todo.

Que mi mente juguete infantil, entretenida en estos desvaríos inmaduros, mientras nos sostenemos las miradas, deriva en una risa de aquellas con esturreo salival, que intentando contenerla, muda a carcajadas.

—Nena, ¿te parece simpático ese comentario tan fuera de lugar? —
¡Cuánta agudeza! ¿Habrás obtenido la pista al ver mis lágrimas saltando?

—No, no lo es —contestar eso muerta de la risa, genera dudas, lo sé.

—¿Entonces? —Aclaro la voz e intento contenerme.

—Recordé una estrofa del saber popular que dice así:

*«...Cagar es un placer;
de cagar nadie se escapa.
Caga el rey, caga el Papa,
caga el buey, caga la vaca
y hasta la señorita más guapa
hace sus bolitas de caca...»*

Reacción inicial: si pasara ante él un elefante haciendo pompas con la trompa, ni se voltaría para contemplar la proeza del animal. Tras unos segundos expectantes, se desternilla, hasta tal punto que yo recupero las ganas de reír y la gente que transita a nuestro alrededor nos observan confundidos y curiosamente, sonrían.

—¿Cómo pretendes que te dé espacio cuando tú a mí me das la vida? —
esas palabras cortan mis carcajadas radicalmente—. Te he asustado.

—Hombre, pues sí, no suelen dedicarme tales intensidades mientras me dan el cambio en la autopista.

—Si estuviéramos juntos, te lo recordaría cada día.

—Eres un seductor de libro, Alatz —contesto más por mí que por ofrecerle respuesta a él. Así consigo ir descendiendo de la nube en donde me he encaramado para columpiarme.

—¿Has comido?

—Sí. —¡Mierda! Ha sonado a afirmación contra acción.

—Pues hoy vas a comer dos veces. —¡Dios mío Bendito, qué hombre más terco!

—No va a servirme de mucho que me niegue.

—De nada.

—Podríamos quedar otro día, estoy hecha una porquería.

—Eres una enferma preciosa.

—¡Va, Alatz! ¡Para con el acoso!

—Es decir..., te afecta.

—No soy sorda, y tú mejor que nadie sabes que las mujeres se enamoran de lo que escuchan, y los hombres de lo que ven. —Aunque en mi caso no sé si eso se cumple, aún estoy esperando descubrir que puede haber en mí que tanto le obsesione.

—¿Quieres decir que por eso las mujeres se maquillan y los hombres mienten?

—Quiero decir, que tú y yo no deberíamos estar ostentando nuestra inmoralidad públicamente.

—¿Prefieres mantener esto en secreto?

—¿Ya le has puesto una etiqueta? ¿Ya somos «esto»?

—Pónsela tú.

—Invítame a una hamburguesa, anda. —*Uff...* ¡Con la *espesura* mental que llevo hoy!

—Y hablamos.

—¿No tienes de una clavija para operar en «modo silencio»?

—Contigo, no.

—¿Y qué te he hecho yo para martirizarme de esta manera? —Se detiene, tira de mi brazo y me pego a su cuerpo. Apoyo la otra mano en su pectoral y... ¡Cómo me gusta la primavera y la ropa liviana!

—Me haces feliz.

—¡Joder, Alatz! ¿Por qué has de hablarme así? —Sin darme opción, sujeta mi cara con ambas manos y me besa. Y le dejo. No se le pueden poner puertas al campo.

—Porque lo siento.

Se niega en rotundo a que comamos en un *McDonalds* o similar, el *Pans* tampoco le seduce, y sin atender a mis súplicas acabamos en un *Tagliatelle*, yo en chándal, con cara de difunta en fase de descomposición y él, divino.

Nos sentamos y le permito que pida por mí, no tengo ánimos ni para leer la carta.

—Estás demasiado meditabunda. —Busca mis manos y las dejo caer en mi regazo. Es mejor que no me toque. Sonríe de medio lado, negando.

—De qué has de hablar conmigo con tanta urgencia —yo, preguntando lo

que sé.

—¿Has hablado con Saúl? —No estoy para descifrar códigos de conducta.

—¿Sobre esto?

—No, nena, sobre el apareamiento de la mantis religiosa.

—Pues no, no tenemos por costumbre conversar sobre como cohabitan «otros». —Aprieta la mandíbula, por la forma de perfilar los labios no le ha gustado el comentario.

—¿Intentas encelarme?

—¿Yo? ¡Será posible! ¿Y con qué objeto?

—El propósito tendría que meditarlo, sin embargo, lo consigues.

—Alatz, es una situación un tanto anómala y comprometida para ambos.

—Pero de fácil solución.

—Me asombra que para ti sea sencillo cerrar los ojos y romper con todo.

—¿Qué hay de malo en probar?

—¡Ostras, Alatz! Hablas de joder al prójimo igual que de cambiar de operador de telefonía.

—Y tú, mitificas la unión sentimental documentada catalogándola de inquebrantable.

—Eso no es cierto, solo apunto la evidencia: tú estás casado y yo tengo pareja.

—Entre nosotros hay algo más.

—¿Tú serías capaz de ser feliz sabiendo que dañas a Miranda?

—Eso es asunto mío. —Baja la mirada al plato y enrolla los espaguetis.

—No pienso hablar con Saúl de lo sucedido entre nosotros, porque no ha sucedido nada.

—Me encantas arisca —responde sonriendo, como si con eso lo tuviera todo ganado y no chaval, no..., ¿o sí?

—¿Crees que, por cuatro besos, erraré tras tu estela? —Niega sonriendo muy sexi, se sabe triunfador, supongo que en su argot el término «imposible» no figura y le van los retos.

—¿No? —Cómo le mola provocarme y lo más fastidioso es que lo consigue.

—Pues no, sé dónde está mi sitio. —Vaya, eso no le ha gustado.

—¿A qué sitio te refieres? ¿Al lado del «sin sangre» de Saúl? —Me sorprende el apelativo. ¿No son tan amigos que se prestan las mujeres?

—Parafraseándote: «*Eso es asunto mío*».

—No me intimidas, lo sabes, ¿verdad? —¿es imprescindible esa entonación? Debe de funcionarle habitualmente. Conmigo también..., a ratos..., todos los ratos.

—¿Y piensas que me importa?

—Lo peor de ti es esa negación ante la evidencia, ¿quieres alargar el proceso de seducción? Alarguémoslo. Yo sé lo que quiero, te quiero a ti, llevo mucho esperándote. —«Tierra llamando a Olympia...»

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa, aquí parece que yo soy «la palomita» y ni pillo ni gano... Sí, me gustas, como me gusta un *Porsche*, y, sin embargo, no me compraré uno.

—¿Me comparas con un coche caro? ¿Qué coche es Saúl?

—¡Deja a Saúl en paz!

—¿Qué es Saúl para ti? ¿Tanto te cuesta contestar?

—Saúl y yo sabemos que no seremos nada —confieso.

—¿Entonces?

—Tú estás casado y para ti compartir, intercambiar, prestar o ceder, será un tema mundano y habitual, pero para mí, no.

—¿Quién habla de eso? Fue algo experimental, que no me satisfizo y que no repetiré.

—Saúl y yo, probablemente, no enfatizamos tanto nuestros sentimientos, pero mi conciencia vive en armonía con mis actos.

—Tampoco me amilana esa sarta de palabras autocomplacientes.

—Problema tuyo. Yo no voy a ser títere de nadie, ni amante, ni querida a tiempo parcial.

—¿He insinuado eso?

—Estás casado, Alatz. ¡Estás casado! De verdad, ¡qué lucha contigo!

—¿Cuántos idiomas sabes hablar? ¿dos? ¿tres?

—¡¿A qué viene eso ahora?!

—A que no sabes escuchar en ninguno.

—¿Hablas de mí o de ti?

—Yo sé lo que quiero, ¿lo sabes tú?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Alatz, solo deseo acostarme y dormir sin remordimientos, sin la asquerosa sensación de que, un empeño tonto, lastime a otra persona. ¿Es tan

difícil de entender?

—¿Empeño tonto?

—¿Cómo prefieres llamarlo? A mí solo se me ocurren términos peores. Ya te los puedes imaginar.

—Para mí no eres un capricho, ni otro término más desafortunado..., y sé, que yo para ti tampoco.

—Eso no lo sabemos.

—Lo sabemos, aunque tu prefieras desnaturalizar la evidencia.

—La única evidencia es que tu esposa te espera en casa, ajena a esto.

—¿Piensas que Miranda es fiel y sincera? ¿Qué no disfruta del momento cuando su cuerpo se lo pide, con quién se lo pida? —No da el perfil de mujer de su casa, empuñando la escoba y el plumero, pero de ahí a ser un pendón desorejado...

—¡Por supuesto!, ¿no es ese vuestro rol de pareja? No hay engaño si se acepta y se permite...

—Ves, te contradices... Según tu juicio, yo tampoco la engaño al estar contigo.

—Para nada, yo no entro jugando en la misma categoría.

—No entiendo.

—Ella no tiene la menor idea de que tú y yo nos conocíamos de antes, ni cómo nos conocimos. Ahí, hay un grado de dolo asociado. —Sonríe victorioso, solo le falta la corona de laureles.

—No me has olvidado, yo a ti tampoco, nena.

—¿Qué más da?

No me contesta, sin embargo, su lenguaje corporal muestra satisfacción, seguridad y ego. Un ego asociado a la palabra éxito, convencido de que tiene todas las batallas ganadas antes de empezar la guerra.

A mí, ese alarde de firmeza y vanidad me atrae..., me deshace en realidad, pero sé en lo que no deseo convertirme y no soy tan incauta para dejarme arrastrar por ese brío cautivador. Aunque, ¡corcho! ¡Cómo cuesta!

Muy hábilmente, ha desviado la conversación hacia un tema neutral, el archiconocido recurso de hablar sobre las vacaciones, sin embargo, poco a poco vuelve a dejar entrever sus intenciones, que no son otras que disfrutarlas juntos, describiéndolo todo con tal entusiasmo, que casi me dan ganas de pedirle matrimonio... ¡Ups! ¡Lo olvidaba! ¡¡Está casado!!

Nos dirigimos hacia mi apartamento. En un par de ocasiones, ha

intentado cogermelo de la mano. Yo he sorteado su impulso calavera, tocándome el pelo, rascándome la oreja, no obstante, temo que en cualquier momento me agarre de la muñeca y dé por finalizado tanto tapujo.

—Me encantan los días soleados —¿ahora vamos a hablar del tiempo?

—Como a todo el mundo, vamos.

—Supongo que un tuareg preferiría caminar bajo un manto de agua.

—Claro y una rana, qué absurdo eres Alatz.

—¿No te gusta pasear?

—Me apasionan los paseos largos, especialmente cuando los toman la gente que molesta. —Me mira de soslayo y me saca la lengua, burlón... Es tan guapo y yo tan tonta..., ¡ya estoy sonriéndole otra vez! ¡Así una no puede ser coherente!

—Sabes qué voy a seguir mandándote mensajes y llamándote cada día, ¿verdad?

—Sabes qué pienso hacer caso omiso, ¿cierto?

—¿Ni un *OK*? —Con ese mohín infantil de lástima, me nace besarle con tal de aliviar su desazón.

—Ni un emoticono. Bueno, puede que, si agotas mi paciencia antes que la batería del teléfono, uno sí te dedique.

—¿Una mano con el dedo corazón bien erguido?

—No sé si ese sale, tiraba a algo más..., escatológico.

—Sería una mierda afectiva..., y prefiero eso al silencio.

—No vas a conseguir rectificar mi criterio sobre lo tratado durante la comida.

—La cabeza es redonda para poder cambiar la dirección de los pensamientos, nena.

Hemos llegado a la portería, empuja la puerta cediéndome el paso caballerosamente y entra conmigo sin pedir permiso. Me acompaña hasta el ascensor que ocupa el hueco entre dos tramos de escaleras a derecha e izquierda.

—Alatz, no voy a invitarte a mi casa —si lo repito muchas veces lograré convencerme y enfriar las ganas..., con este hombre cerca solo pienso en pecar y pecar...

—Tenía esa esperanza, pero te concederé ese tiempo que crees necesitar.

—¿Saturándome a mensajes?

—Si estuviéramos juntos, te lo diría al oído cada mañana y mientras te

desnudo cada tarde. —¡Ay! ¡Qué me derrito desde las orejas! ¡He de sacarle la tarjeta roja por tramposo!

—Dedícale esas atenciones a Miranda o no las prodigues con otras, verás como no precisas de estímulos externos.

—No quiero a otras..., te quiero a ti... —directo al grano. La modulación sensual de su voz tampoco ayuda, todo juega en contra de mi decencia, iré al infierno, no me libra ni Dios—. Habla con Saúl, exponle la situación.

—¡Pero tú te escuchas! Das el perfil de líder de una secta. —Está demasiado cerca..., eso no es nada bueno..., en realidad, sí es bueno, pero no decoroso.

—Nena, yo tampoco te quiero compartir y no sé si lograré encontrar otro conocido que necesite los productos que ofrece la empresa de Saúl, y mantenerle alejado de ti más tiempo.

—¿Cómo? —No me lo puedo creer... ¡Será manipulador!

—Buscaré todos los obstáculos posibles, para evitar que estéis un día más a solas.

—Eres perverso..., mezquino... Te he dejado claro que no voy a abandonar a Saúl.

—Me has dado justificaciones poco convincentes, en realidad lo único que te preocupa es dormir tranquila. Así que, dormirás tranquila, pero sola..., a no ser que prefieras dormir conmigo.

—¡Sigue soñando, Alatz!

Me empuja hacia el hueco que hay entre la escalera y el ascensor con un arrebató similar al de la última vez que nos vimos. Toma mi cara entre sus manos y yo sujeto sus muñecas, haciendo que haga que no quiero que lo haga. No coopero. Tampoco empleo toda mi voluntad. Siendo sincera conmigo misma, estoy interpretando un mal papel de amante despechada, pero..., mola.

Continúa forzándome para que lo bese y al final, caigo de cuatro patas y con todo el equipo. Consigue que alcance tal punto de ebullición, que le empujo hasta topar con la pared, le descamiso y, mientras le beso apasionadamente, me aprovecho y palpo desde las lumbares hasta el deltoides, que contrae al contacto. ¡Ay, Santo Niño de los Músculos Cuidados! ¡Regalaría el alma de otro, por intercambiar mis dedos por mi lengua!

Él tampoco malgasta el tiempo, sus manos magrean mis nalgas y me adhiere a su pecho. Lo noto todo, pero todo, todo y... ¡Wow! ¡Cómo me

gusta...! ¡Jo!, ¡qué si me gusta!

—Invítame a subir...

—No... —Como no ponga algo de sentido común a esto, acabamos retozando en el vestíbulo del edificio.

—¿Vas a dejarme así? —Toma una de mis manos y se la lleva a la entrepierna... ¡A qué va a ser el negro del *WhatsApp* desteñado! Retiro la mano por miedo a quemarme.

—Sí —esto de decir lo contrario de lo que quiero, me cuesta la vida.

—Ya lo haces con toda la idea..., eres de mente truculenta —pasa los brazos por detrás de mi cintura y vuelvo a estar pegada a su torso como un cromo a un álbum—. Vas a conseguir que me mate a pajas.

—Hay datos que no necesito conocer.

—Habla con Saúl...

—¿De tus pajas? —Sonríe y vuelve a besarme.

—Habla con Saúl —Itera nuevamente.

Toma mi cara entre sus manos, depositando un beso tierno y controlado en mis labios, de esos con gusto a gloria. Se separa con una lentitud medida para que sopesa lo que me pierdo y me toma de la mano, mientras se coloca la camisa por dentro del pantalón. Salimos de detrás del ascensor y cuando estamos en la puerta, pulsa el botón de llamada. Todo esto sin decir ni pío, hasta que se acerca a mi oído y el cosquilleo de su respiración en mi piel me estremece de cabeza a pies.

—Mereces que te dé la razón en una cosa.

—¿Cuál? —¿Darme la razón en algo? Debe de tener un déficit momentáneo de hematíes en el cerebro.

—Mejor que no me permitas subir, iba a ser complicado marcharme después.

—Chico, quién te entienda que te compre. —¡Yo! ¡Te compro, yo!

—Te lo estás pensando...

—¡Me confundes! ¿O no? ¿O sí? ¡¿Yo qué sé...?! ¡¿Tú lo sabes?! —Me puede la desesperación de frenar lo que deseo hacer con todas mis fuerzas, porque no debo hacerlo si utilizo toda mi inteligencia. Él, por no variar, se ríe incontenido.

—Sé que cuando nos volvamos a encontrar, no te sentirás tan desconcertada..., y sé que ese día me invitarás a pasar, o buscaremos el hueco de una escalera, o el portal de un inmueble... —Vuelvo a tener fiebre, arderé

en una combustión espontánea de no frenar tantas palabras en ese tono ronco y sensual.

—Vete, por favor.

—Solo si me besas otra vez.

—No quiero besarte —¿por qué miento continuamente? Pronto no sabré cuando digo la verdad.

—Ni yo irme.

—Y entiendo que, dos besos de amigos en las mejillas, no valen, ¿verdad?

—No, no valen.

—Lo de antes... —Tuerzo la cabeza en dirección a la escalera—, no se va a volver a repetir.

—Hoy no, aunque me está costando bajar la temperatura —¿por qué todo lo que dice, yo lo escucho con la vagina?

—Un piquito..., y ya.

—Y ya.

Sonríe tan sexi, es tan guapo, tiene una mirada tan seductora, un azul tan increíblemente intenso, que cualquiera se perdería en ellos y le cedería la voluntad, justo como me pasa a mí, que le digo no de voz y sí con gestos.

Fingiendo desgana, muy mal disimulada, me acerco y poso mis labios en los suyos.

Yo sabía que aprovecharía la oportunidad de volver a besarme con todas las intenciones de dejarme en pleno éxtasis y, por supuesto..., se lo permito.

Se separa, porque él así lo cree oportuno, por mí podríamos alargarlo hasta quedarnos sin saliva. Antes de dar la sesión por concluida, sin soltar mi cara, vuelve a rozar mis labios —sí, estoy a punto de implosionar— y habla pegado a mi boca.

—En una semana nos vemos, y sé que podré sujetar mi ansiedad porque viajo a Bilbao y no me quedará más remedio.

—¿Por qué me haces esto? Yo era feliz —confieso.

—Eso no era felicidad, era conformismo automático..., yo te haré tocar las estrellas.

—En el averno no hay estrellas. —Acaricia mis pómulos con los pulgares y sin ponderar mis gestos, alzo las manos y rozo con suavidad sus mejillas con la yema de los dedos. Por lo visto mis articulaciones, enlazan con la inquietud de mi sexo...

—Si tuviera una duda por insignificante que fuera, la sospecha de que entre tú y yo solo hay atracción, no insistiría; no estaría dispuesto a cambiar mi confortable rutina existencial..., pero sé que no me equivoco, sé que encontrarte de nuevo no es una casualidad..., las coincidencias no existen. Tú solo necesitas darte cuenta de que soy lo que has estado buscando o has esperado encontrar..., nena, estoy aquí..., estoy para ti. —Suspiro. No sé si tiene razón, pero suena bonito. Suspiro otra vez más.

—Nunca me había visto en otra igual... ¡Joder, Alatz! —refunfuño con razón.

—Joder, ¿qué?, nena —ríe pegado a mis labios. Tengo que enfriarme, en este instante soy una central térmica asediada por protones con la cara de Alatz, bombardeando directamente en el núcleo atómico fisionable. Le empujo, con tal de evitar un desastre de consecuencias inciertas.

—¡Ojalá supiera si lo que me ofreces recompensa todo lo que pierdo con este embrollo!

—¿Qué quieres como aval? Pon las condiciones, te doy carta blanca.

—No se mercede con los sentimientos... Marcha..., si estás cerca no pienso con claridad.

—Bien... —Me giro y presiono el botón de llamada para que se abran las puertas del ascensor, y poner la distancia que se resiste a ofrecerme—, nena, no voy a renunciar a sentir lo que siento al estar cinco minutos contigo.

Entro y no hallo la valentía para mirarle, de hacerlo, estiraré de su camisa y acabaremos en mi piso, calmando esta inquietud que invade mi alma con su espectro apasionado.

¡Le ha salido la jugada de primera! Me tiene donde quiere. ¡Qué asco de instinto primitivo para escoger al espécimen con las cualidades genéticas óptimas! Aunque el mío solo es para disfrute visual y sensual, para perpetuación de la especie, estamos al corriente de que no.

Sí, lo sé, he entrado en un sendero de no retorno, soy un pez atrapado en una nasa, ha puesto toda la carnaza bien a la vista y yo, que soy más tonta que el que inventó el ancla inflable, he entrado hasta el fondo y lo peor, el hecho luctuoso, no es que no pueda escapar..., es que no quiero.

—Leo, es un fin de semana, ¿y traes equipaje para facturar? —Cómo se nota que Thais no ha viajado con nosotras. Leo, es la chica «por si acaso». Sí, sí..., esos «por si acaso» que no acontecerán nunca, para después olvidarse de los tampones estando femenina...

—Tía, aún, que solo lleva una —replico con tal de frenar ese soniquete de madre taladrante.

—Más la de cabina.

—Llevo lo imprescindible, vosotras sois las que no tenéis previsión de nada.

—Dos días y una noche, Leo..., traes equipaje para una semana en las Maldivas —me reafirmo, Thais viaja muy poco.

—No, en las Maldivas serán pareos y bikinis..., o nada —responde arrastrando las «eses», muy en plan «fíjate soy pija, ajá». Un guiño final me descubre algo más.

—¿Maldivas, Leo? ¿*SúperElidoman* te va a llevar a las Maldivas?

—Sí, eso dice.

—¿Este agosto? —¡Corcho con el Elido!

—Eso está mucho, mucho más lejos que Teruel. —Thais tiene algo de pelusa.

—Cerca de la Cerdanya, tampoco está. —¡Y aquí, en la categoría de peso mosca, nuestro púgil debutante, Leonor Gràcia!

—¿Conocéis el motivo de ese súbito interés de los *Picapiedra* para que asistamos a ese simposio? —pregunto, evitando que sigan tirándose los trastos a la cabeza.

—Por lo visto, el ponente es un amigo de la familia, a ellos no les venía de gusto asistir y lo hacemos nosotras como relleno.

—Traducción, el conferenciante es una patata y el seminario un bodrio.

—A mí me han fastidiado, Saúl viene el domingo por la tarde y la idea era estar en su casa, para que crea que he estado en su casa. —Arrugo la nariz, enfatizando la redundancia.

—Pienso yo..., y llámame ilusa..., que justo, justo por eso, no va a molestarse —sincerarme con Thais, ha sido un error de principiante. No pierde la ocasión en reprobar mi conducta.

—Tía, de verdad..., ¿qué hay de malo en cambiar de pareja? —mi adorada Leo, a su manera, me defiende.

—No he de justificarte mis decisiones, Thais.

—Saúl es un tío legal, no puedes hacerle eso.

—Bajo tu punto de vista, es preferible engañarle saliendo con él, cuando solo pienso en acostarme con otro...

—¡Hala! Se puede ser más basta, pero no más Olympia —afirma Leo negando a la vez.

—Mejor que, de eso, no se entere.

—¿Y si dejamos de hablar de maridos, novios y amantes? —propone Leo y a mí la verdad, me parece una idea estupenda—. Podríamos salir esta noche, en plan «chicas fiesteras». ¿Os apetece?

—Solo traigo la ropa que llevo puesta y la del domingo... —Thais pesarosa, expone lo que ya sabíamos.

—¡Ya te vale! ¿Pensabas meterte a las diez en la cama? —Ni las Clarisas ni las gallinas, se acuestan tan pronto. Tiene alma de abuela prematura, porque no sabe hacer calceta, si no, se la habría traído.

—¡Sabía yo...! ¡Ains! ¡Menos mal que pienso por mí y por ti! —exclama Leo—. He metido unos zapatos de más y entre mi ropa, seguro habrá algo de tu estilo comedido.

—Si te entregan la maleta en este siglo.

—Me conformo con que aparezca.

Estoy en el vestíbulo del hotel, esperando a que Thais y Leo, den el parte de llegada a sus respectivos.

Toda la semana he estado recibiendo mensajitos de Alatz, y yo intentando levantar una barrera decidí mantenerme firme en mi determinación de no devolverle las llamadas, sin embargo, caí en el retozo de responder con caritas de sorpresa, perplejidad, aburrimento, saturación..., hasta que, saltándome mi propia política de «evitar muestras de cariño», envié una en donde el emoticono lanza un besito en forma de corazón. En ese instante mis sesos se convirtieron en un cacahuete y me paso suspirando todo el día, pendiente del *WhatsApp*. Y Alatz dándole alas a toda esta chifladura. Está como un cencerro, fijarse en mí, sustituyendo el caviar por el pollo..., de sanatorio.

Mi bolso vibra demasiado para ser un mensaje, las chicas no me llamarían, en mi casa están todos bien..., supongo. No conozco el número, es nacional. No tengo por costumbre descolgar a desconocidos, aunque podrían ser los *Picapiedra*.

—¿Diga?

—Hola, nena..., qué vocecita de susto. —*¡Ohhhh!* ¡Seré boba! Hala, ya me he espeluscado enteramente.

—Alatz, eres la cosa más *porculosa* del cosmos. —Espero no se note demasiado el entusiasmo. Ríe—. Haber, dime, ¿qué tripa se te ha roto?

—Las tengo todas engurrñidas. Puedes estar orgullosa de tu hazaña. No como, no duermo, no me puedo concentrar..., vas a acabar conmigo.

—Estás *encocado*, dile a tu madre que te prepare una sopa.

—Estoy en Barcelona, nena..., quiero verte.

—No, paso. —Firmeza ficticia porque no estoy ahí.

—Sabes, puedo sentarme en la puerta de tu casa hasta que me abras.

—Ves..., pídele las llaves al portero y de paso riegas las plantas.

—¿Dónde estás? —¡Vaya por Dios!, ¡ya lo hemos disgustado!

—¿Por qué tendría que decírtelo? —Lo pincharemos un poquito..., se pone de un tontín delicioso.

—Esto me jode, me jode y me sulfura. —¡Ves, lo sabía! ¡Cómo disfruto!

—*Ea, ea, ea...*, el nene se cabrea...

—*Olympia*, por favor.

—Y sin favor..., no me has respondido.

—Me preocupa no saber de ti. —Ahora se ha desinflado, y a mí me mola guerrero.

—No tienes obligación, ni necesidad, te agobias por gusto.

—¡Y la tía no me lo dirá por sus santos huevos! —Así mejor, brusco... ¡Uhhmmm! ¡Qué de cochinas asocio a la palabra brusco! ¡Olympia, te desvías!

—No tengo de eso.

—Pues los míos están a punto de eclosión.

—¿No ibas a solucionarlo con métodos manuales? —Uno, dos, tres, cuatro..., rompe el silencio con una carcajada.

—En serio, nena..., ¿tanto te cuesta? —Soy tonta de insignia. Acabo cediendo a su buen humor.

—Estoy en Madrid, en un congreso para afianzar la seguridad en uno mismo y extrapolarlo al ámbito profesional.

—¿Tú en una asamblea de autoconfianza? ¡Qué Dios nos coja a todos confesados!

—¡Oye! ¡¿Pero tú de qué vas?! —

—Nena, si refuerzan más tu autoestima, dominarás el mundo.

—Guapo, deja de comerme la oreja.

—Por ahí empezaría. —¡Qué malote!

—Siempre que yo te deje.

—Bajaría por tu cuello. —Eso pasa de malote a chico malo.

—¿La familia bien? —No sé si lograré algo con la pregunta, yo no estoy muy familiarizada con la erótica telefónica, pero cualquier insinuación que haga este hombre siempre tiene efectos en la misma zona.

—Muy lentamente, dolorosamente lento... —¡Ayyyyy! ¡Señor de las Voces Seductoras, vuélveme sorda!

—Bilbao, tiene playas preciosas... —Tengo que pensar en cosas frías, la Antártida, por ejemplo.

—Repartiendo besos, repasando tu clavícula con mi lengua... — Imposible, lo más fresquito que tengo en mente es el Caribe.

—¿Habrás aprovechado para darte un chapuzón?

—Llegaría hasta tus pechos y allí me embriagaría de ellos, no dejaría un centímetro de esa parte sin degustar...

—El agua aún debe de estar fría... —Evidentemente, he perdido toda la

chulería, ahora mismo, me concentro en respirar sin jadear; esas marranadas..., marranadas muy ricas, reducen mi capacidad pulmonar.

—Juguetearía con mi lengua, con mis dientes, hasta que te retorciera dentro de mi boca, para después...

—¡Alatz! Se acabó el descenso a simas más oscuras... —ríe, yo no..., no puedo..., su voz subyuga mi organismo, lo activa hacia su concupiscencia.

—Llámame después del congreso, cuando llegues al hotel deseo adentrarme en el piélagos de entre tus piernas.

—Eres un degenerado... —Quiero sonar escandalizada, pero, ¡qué va! No cuela.

—Sé que te mueres de ganas de conocer el final del cuento. —¡Será capullo! ¡Vas a necesitar meter los huevos en hielo!

—Yo también sé emplear la boca en usos un tanto..., perversos.

—¿Sí? —pregunta incrédulo.

—Y tanto, nene... Te confesaré un secreto, a mí me entusiasma la banana... ¡Uhhh! Adoro el tacto de su piel entre mis manos..., me entretengo retirándola lenta, sin prisas...

—Joder... —musita. ¡Me siento poderosa!

—Y cuando está lista para degustar, la tomo entre mis labios y saboreo..., es gratificante sentir la punta rozando mi lengua... Sí... ¡Lo que daría por tener ahora un buen plátano que llevarme a la boca! —Resuella. ¿Para quién es el punto, el set y el partido, nene?

—¡Ufff...! ¡Cielo, no quieras saber cómo tengo en este momento el frutero! —Y claro, se carga toda la tensión sexual... Estoy en el hall del hotel, rota de la risa.

—Eres imbécil, Alatz..., se me correrá todo el rímel por tu culpa.

—Corrida, por corrida. —Me llevo las manos al costado, es imposible parar de reír. Distingo a Thais y a Leo. He de recomponerme.

—Nene, te cuelgo...

—Hasta luego, nena.

Guardo el teléfono y saco del bolso un espejo diminuto. Efectivamente, mi máscara de pestañas ha marcado todo el párpado inferior. Necesito corregirlo, no puedo presentarme en la sala de actos con antifaz de perezoso.

—Thais, ¿tienes una toallita húmeda?

—¿Qué pretendes hacer con ella?

—Sacarle brillo a la mesa de centro, ¿tienes o no?

—Ven anda, ¿qué te ha pasado? —Igualita a una abuela, sujeta mi cara y con la punta de un pañuelo, previamente humedecido con saliva, elimina los piscos negros.

—Me he emocionado con fotos de mascotas.

—¡Va Olympia! Se te escuchaba reír desde el otro lado del vestíbulo — aclara Leo.

—Hablabas por teléfono.

—¿Con Saúl? —¿les miento o les digo la verdad?

—No era con Saúl, Leo..., es evidente —nota aclaratoria ofrecida por Thais.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque se ve a leguas, tienes un brillo divertido en la mirada.

—¿Divertido? —Busco el espejo, ¿de qué brillo habla? Thais me desconcierta.

—Más que divertido..., erótico.

—Thais, hija..., ¡qué ocurrencias!

—Sí, Thais es un fenómeno gramatical..., mucho verbo y poca acción. — Leo intenta sacarme del atolladero.

—Hablabas con el vasco. —Cuando a Thais se le mete algo entre las cejas, es igual a un hurón adiestrado para la caza de la liebre, hasta que no da con ella, no deja de profundizar en la madriguera.

—¡Oye!, ¿y qué si hablaba con él? ¡Somos amigos! ¿Tú no tienes amigos?

—Que me propongan lo que los tuyos, no... francamente, no. —He de reconocer que no es lo habitual.

—Pues tú te lo pierdes.

—¡Venga, tías! Llegaremos tarde...

Montamos en el taxi y nos dirigimos al recinto escogido para el evento. Es un antiguo cine que han reconvertido en una sala de culto. Por lo que puedo observar, solo se proyectan las películas que no suelen anunciarse incansablemente por la tele. Me suenan algunas, suelo asistir al festival de cine fantástico de Sitges, me apasionan los cortos de bajo presupuesto, ahora ya filman con más esmero que en sus inicios, la tecnología es muchísimo más accesible y asequible, de hecho, una de las últimas películas presentadas se había rodado íntegramente con *iPhone's*, no obstante, aquellas llenas de mediocridad y falta de técnica tampoco estaban carentes de encanto..., es

importante aprender a valorar el esfuerzo de los amateurs, algunos postulan a futuros Amenábar...

Antes de entrar, solicitan nuestras credenciales con la invitación, y seguido nos hacen pasar a la recepción en donde hay un catering dispuesto para los asistentes al tostón. Por lo que se aprecia, no será una ponencia demasiado concurrida, eso o el auditorio está a dieta de pan y agua, porque hay cinco tristes bandejas y una barra con las bebidas clásicas y típicas en estos eventos.

—Somos cuatro gatos mal contados. —Leo y yo hemos llegado a la misma conclusión.

—Se confirma la teoría de Thais, venimos para hacer más bulto.

—Las tres patas de un banco, las pringadas de turno... ¡Vaya panorama!

—¡Thais!, ¡ep! Recuerda, vaso siempre medio lleno. —Esto de alejarse de Omar le afecta más de lo imprescindible.

—Piensa..., viaje pagado, estancia en hotel céntrico *All-Inclusive*^[76] y...
—Leo me lanza una mirada para que acabe su frase.

—*All-girls party!*^[77]

—¡Vale...! Prometo no quejarme más.

—Casi todos son tíos —Leo es muy de apuntar evidencias.

—Mira qué caras, otros tan pringados como nosotras...

—¡Thais! —la amonestamos las dos a la vez. ¡Qué mente más dispuesta a la depresión!

—Suena un móvil y no es el mío.

—Ni el mío.

Abro el bolso y, sorprendentemente, es el mío, con una retahíla de mensajes de Alatz. Sonrío bobalicona.

Las chicas se miran confundidas y sin pedir permiso se ponen a mi lado, leyendo los mensajes a la par que yo.

Debería de ser más prudente, rememorando la conversación de hace un momento, el contenido puede ser de alto voltaje.

Aquí me has dejado..., solo

12:10

Con todo el subidón.

12:11

*Sufriendo en silencio de orquitis
aguda...*

12:11

Necesito verte, nena.

12:12

*Escuchar tu voz ha aumentado mi
deseo.*

12:13

*Me encanta cuando te pones
difícil.*

12:13

*Me encanta cuando me das
esperanzas.*

12:14

Y cuando contestas mordaz.

12:14

Cuando ríes..., adoro tu risa.

12:15

Tu chulería me deshace.

12:15

*Siempre dando el repunte,
demostrando no ser un organismo
pasivo.*

12:16

*Me consideraba un tío seguro de
sí mismo y de sus habilidades
seductoras..., hasta hace un rato.*

12:18

*He pasado de pantera negra a
pantera rosa, con un chasquido.*

12:20

Leo en su candidez, me abraza y pestañea antes de expresar su opinión.

—¡Tía! ¿Todo eso te lo dice sin haberos encamado?

—Justo por eso se lo dice —apostilla Thais dando un trago largo a la
copa.

—¿Y este archivo que envía?

Sin darme opción a decir: «¡No lo abras!», pulsa el icono con la rapidez del áspid mordiendo a Cleopatra.

Llevo los tonos de audio a tope, a todo lo que da, incluso el sistema operativo suele enviarme emergentes instándome a reducir el volumen, yo hago caso omiso a sus recomendaciones, necesito ese aporte ruidoso en mis oídos cuando salgo a correr, la música alta me anima; por lo tanto, tal como se abre el vínculo se escucha igual que si los altavoces estuvieran conectados a un megáfono:

*«Ella, salvajemente bella,
el más alto voltaje de rayos y centellas.
Tremendamente bella,
aquí en mitad del bosque puedo oler su
presencia.
Y pierdo la compostura
cuando acerca sus costuras.
Una auténtica locura...
c'mon, c'mon, vamos, c'mon, c'mon, c'mon...
Auuuuu...
Es que me convierto en lobbo, ay, ay, ay, ay...
si te acercas te como, ay, ay, ay, ay...»^[78]*

Mis torpes dedos nerviosos logran parar la canción, mientras todos los presentes nos observan sorprendidos dando la campanada en un ambiente tan estirado y solemne. De repente, hay demasiada gente, no se ha unido nadie más a los que ya éramos, sin embargo, experimento la desagradable impresión de estar más vigilada que un cangrejo en un cubo. Me arden las mejillas. Thais, me da una copa. ¡Eso, arreglémoslo con alcohol!

—Por si albergabas dudas, acaba de dejarte bastante claro lo que pretende.

—¡Qué monísimo! Y qué ingenioso, ha elegido el corte de la letra más adecuada... —A Leo, todas estas simplezas le parecen lo más cercano al romanticismo de Bécquer, yo siempre las he considerado propias de adolescentes con ganas de mojar el churro, no obstante, hoy, pienso que es...

¡Tan mono! ¡Yo sí que me lo comería!

—Un poquito más explícito y te adjunta *Closer* de Nine Inch Nails. —No me sorprende tanto que haya elegido esa canción, como que ella la conozca...

—¿Qué dice? —Leo, que el rock le va más bien poco, nos mira cejijunta.

—«*I want to fuck you like an animal, I want to feel you from the inside...*»^[79] —canta susurrando. Leo abre los ojos, mira a Thais y niega.

—Y yo pensando que lo más obsceno que tu moralidad te permitía escuchar era el *Estoy por ti* de Amistades Peligrosas. —no he podido obviar el comentario, me tiene perpleja.

—¡Anda la otra! —exclama Leo —, si eso es más viejo que el papiro.

En esas andamos, cuando una voz amable surge desde una puerta y nos insta a pasar a la sala asignada.

Dejamos que todo el rebaño entre y ocupe las primeras butacas, comportándonos como los estudiantes que utilizan las clases para cortar y coser trajes.

El que seamos pocos espectadores tiene algún que otro inconveniente, por ejemplo, cualquier ruido se detecta, y si queremos pasar inadvertidas, es imprescindible silenciar el grupo del *WhatsApp*.

El ponente ocupa su atril, es un hombre bien parecido que no debe de superar la cuarentena, a su lado con un vestido ceñido hasta el punto de la hipoxia, una tía despampanante. Al estar detrás de toda la manada, podemos comprobar los movimientos nerviosos de algunos de los invitados ante semejante prodigio femenino de la naturaleza.

Se abre la veda *mensajil*.

Leo

*¿Os habéis fijado en la Barbie
Fashion Red Edition?*

13:01

Thais

*Nosotras y los tres tíos de la
primera fila.*

13:02

Deben de estar al tanto por si

*cruza las piernas y muestra la
flor.*

13:04

Thais

*¿Pero esto no era un seminario
«Belive in yourself»?*

13:06

Leo

*¿Por qué lo anuncian en inglés si
se expresan en castellano?*

13:08

Thais

Postureo, puro y duro.

13:10

Durante el chismorreo oculto, se ha iniciado el coloquio con la presentación del ponente. Comenta, subrepticamente y entre dientes, lo que ya intuíamos antes de llegar; hemos ido todos engañados. Y para más inri, su alumna será la encargada de exponer los contenidos del seminario.

Las tres estamos en pleno proceso de indignación y perplejidad y lo muestran las tres caritas amarillas ojipláticas enviadas a la una y media al chat simultáneamente.

Tras esa muestra de irresponsabilidad y estafa, se sienta, toma un Tablet y la pelirroja ocupa el atril del catedrático sinvergüenza. Si lo hace bien, tampoco importa, aunque somos ratones de laboratorios a la espera de ser inoculados con una pésima formulación química.

Inicia su alocución. Su voz atiplada es molesta, se traba, carraspea, le cuesta horrores no repetirse, lee casi de manera continua..., y es mejor así, porque cuando mete cucharada, se enreda dando quinientas vueltas a lo mismo.

Repentinamente cambia su actitud, se yergue, saca pecho y se decide a mostrar algo más atrayente a los papeles. El preceptor le dedica una mirada de soslayo frunciendo el ceño, este arrojo manifestado no rezaba en el guion y al parecer, su mentor, no confía demasiado en las aptitudes de su discípula, como es evidente.

Recuperamos la actividad comunicativa interna.

Leo

Ha dicho brutal.

*¿Se puede decir «brutal» en una
asamblea de estirados?*

13:28

Thais

*Es que esto es megabrutal.
Menudo rostro el del profe.*

13:29

:-D

13:30

Leo

:-D

13:30

Thais

:-D

13:31

*Brutal debe de ser lo que hagan
los dos a la hora del patio.*

13:33

:-D

13:34

Leo

:-D

13:34

Thais

:-D

13:35

*Es tonta, brutalmente tonta...
También está abrumada, lo ha
dicho seis veces.*

13:37

Leo

Abrumada brutal, que te pees...

13:38

>:-O

13:39

Thais

>:-O

13:39

Leo

Por cierto, ¿ha dicho termostato?

13:40

Thais

*Tres veces, aunque ni ella sabe
qué es.*

13:41

Thais

Chicas, otro termostato más.

13:44

Le van a saltar los plomos...

Termostatos míos.

13:45

Ahora el profesor la observa con inquietud. No se ha inmutado ante el desafortunado uso del léxico, pero cuando la muchacha anima a los asistentes a participar, su talante despreocupado muta a tenso. Al buen cristiano, le ha salido la paloma, cuco.

—Perdona —¿se dirige a mí? Con el cortejo de salidos en la línea de fuego, ¿por qué yo? Le sonrío, no la disgustaremos—, ¿qué opinión te sugiere que el éxito se asocie a la felicidad?

—Soy de la opinión, que los oyentes no conjeturan, solo escuchan. — Hala, todos los cuellos retorcidos hacia las Tres Gracias de la última fila. ¡Venga chicos, que lo interesante está delante!

—Vale..., eh..., bien..., pues, como iba diciendo...

Thais
Tía, te has pasado tres
pueblos.

13:50

Leo
Aún te obliga a salir a la
pizarra.

13:50

:-D

13:51

Thais

:-D

13:52

No me entero de nada. Solo
estoy pendiente a las meteduras
de pata.

13:54

Thais
¿Acaba de decir que si unos
zapatos le quedan bien se
compra los dos del mismo
número?

13:56

Leo
Mientras no los compre del
mismo pie.

13:58

:-D

13:58

Thais

:-D

13:58

*Toda mi vida haciéndolo mal.
Thais, ¿lo práctico que es un
seminario?*

13:50

Leo

*Termostatos míos, la chica
confiesa que su felicidad la hace
triunfar en la vida.*

13:56

Thais

*En el próximo ítem se compara
con Cicerón*

13:58

:-D

14:00

Leo

Dime de qué presumes...

14:02

Y te mando a la mierda.

14:02

Thais envía ocho caritas llorando de la risa. Leo, vuelve a hacer referencia a otra frase lapidaria verbalizada con esos labios rosa chicle.

Leo

Me ha matao.

14:04

Leo

*Cito: «Yo en mi vida cotidiana,
aplico una frase guía, un plus de
mejora, unas palabras que me
animan a comerme el mundo y*

*es... Bueno, ahora no me acuerdo,
pero es muy eficaz.*

14:08

Otra vez un chorro de caritas con risas.

*Thais
Tengo las orejas llenas de
palabras.*

14:10

*Otra perla: «El camino se
demuestra andando.»*

14:15

*Thais
Y el movimiento, ¿será follando?*

14:16

Otra tanda de caritas de perplejidad y seguida de risas:

Tiene un pequeño lío refranero.

14:18

*Leo
No me comparéis, que yo lo hago
aposta.*

14:19

*Thais
Le parece la cosa más maravillosa
el oro molido.*

14:21

Pues como lo pille en polvo...

14:23

*Leo
Lo esnifa.*

14:24

Más caras llorando de risa

*Me hallo abrumada total,
termostatos míos.*

14:27

Nos está costando tanto contener las carcajadas, que evitamos cruzar las miradas para no descubrirnos. Leo rompe la regla no pronunciada, y yo, con tal de no reír me muerdo la carne de la mejilla, pasándome en intensidad y ahogo un grito que todos escuchan.

Thais se esconde tras la silla de delante, Leo observa una pared en donde hay un reloj enorme, al que le suena el segundero con la violencia del golpe atizado del herrero sobre un yunque.

El profesor levanta la cabeza y se dirige directamente a Leo, que continúa contemplando el reloj.

—Señorita...

—¿Es a mí? —Qué mal disimula Leo, he de ofrecerle unas clases de escapismo.

—¿Tiene algo interesante que comentarnos? Compruebo que las tres están muy distraídas con sus teléfonos. —Y tú con tu tableta, so pavón.

—Escuchaba el reloj, es más distraído que el seminario. —¡Olé mi Leo! ¡Olé y Olé y requeté Olé!

—No están obligadas a quedarse si no lo encuentran de interés.

Sin molestarnos en contestar, nos levantamos a la vez, nos despedimos con un escueto «adiós» y nos largamos de esa broma de ponencia a la que hemos tenido que asistir de relleno.

A decir verdad, ha mejorado nuestro humor y en consecuencia se ha desviado la atención sobre mi situación sentimental, que, ante los ojos de cualquiera, es amoral e indigna.

Durante la comida hemos reído de lo lindo, burlándonos de las palabras fuera de contexto, los refranes mal usados, los zapatos del mismo pie y demás joyas. Yo he seguido recibiendo mensajes que no he leído, porque sé que son de Alatz.

Democráticamente Leo y yo, tras un discurso sobre atuendos festivos, estimamos imprescindible salir de compras en busca de algo brillante para esta noche. Yo tengo pensado estrenar mis carísimos zapatos, con lo cual, toda la ropa ha de estar al mismo nivel de pijerío. Estirando el presupuesto

compraré un top con lentejuelas.

Seguimos callejeando por las principales avenidas comerciales, entramos y salimos de las tiendas. Leo cada vez con más bolsas, Thais más contenida, sin embargo, ya ha adquirido más complementos de los previstos y un vestido, y unos zapatos, y dos pantalones... Como Omar entre para ver los movimientos de la cuenta, va a pensar que le han robado la tarjeta.

Yo tengo en casa un armario lleno de ropa cara y exclusiva a la que ni le he quitado la etiqueta, de ahí que sujete mis tentaciones caprichosas compulsivas de llevarme media tienda. Nunca me veo bien con nada.

Pasamos por delante de la boutique de Carolina Herrera, hay un top de tirantes plateado salpicado de lentejuelas que cambian a tonalidades rosadas y liliáceas según les toca la luz, con una caída preciosa, ideal para unos pantalones pitillo negros y una americana entallada...

—¿Entramos? —insto a las chicas.

—Ese top es increíble —afirma Thais. Al maniquí le favorece, veamos a mi cuerpo.

—Vamos a ir las tres deslumbrantes... En la disco todos con gafas de sol —expone Leo, haciéndose una película, como acostumbra, y luego en realidad, nada de nada.

—A ver a donde nos metes, monina. La última vez acabamos en un local de ambiente.

—Y será que no disfrutamos —se defiende, además con muchísima razón.

—Eso nadie lo discute, pero el ver tanto músculo desperdiciado, es doloroso.

—Para el caso, las tres estamos obligadas a guardar fidelidad —apunta Leo encogiendo los hombros mientras observa unos zapatos que llaman a ser su nuevo objeto de deseo.

—¿Y tú a quién has de guardar ausencia, Pimpi? —Thais está muy molesta con mi actitud, supongo que es lo normal entre las amigas que se quieren, aunque yo, con tendencia a no incidir en la vida de los demás, empieza tocarme la moral..., sí justo esa que he extraviado.

—Thais, tienes un gran problema —Leo ha empleado un nuevo tono, una modulación desconocida en ella, suena a enfado.

—Ah, ¿sí? Yo tengo todos los conceptos muy claros..., cada oveja con su pareja.

—Tú estás acostumbrada a los idilios eternos, porque solo conoces a Omar en la cama, y deberías abrir tus horizontes.

—¿Estás insinuando que necesito un amante? —*Ups...* gesto de entre escandalizada y ofendida..., malo.

—Tanto como un amante, no sé yo, pero un buen meneo de vez en cuando...

—¡Tú!, ¡y tú! —Nos señala a ambas. ¿Qué he hecho yo aparte de no abrir la boca? —. ¿Sabéis lo que os pasa? Qué sois unas egoístas, sí las dos... Os gusta el mariposeo del enamoramiento, como si eso fuera a durar toda la vida..., y no chavalitas, no. Las relaciones a medida no existen.

—Thais, ¿eso a qué viene ahora? —Le susurro en el vestidor con la etiqueta de la camiseta colgando.

—Esta, va probando —con «esta» se refiere a Leo—, este, ese, aquel..., solo por el físico y cuando se cansa, empieza a escudriñar defectos, que en realidad son chorradas y, ¡aire...! Y tú, estás obsesionada con la alerta de invasión de espacio, aunque en esta ocasión te has cubierto de gloria.

—A ver, Thais, creo que te pasas de frenada. Además, al fin y al cabo, no he jurado amor eterno a nadie —¡qué excusa más ridícula!

—Tú no... —me sujeta de los hombros y me observa fijamente—, Pimpi, has de plantarte, ser tajante, si él te quiere, tanto como dice..., que dé el paso. No me gustaría verte sufrir.

—Thais, sé que lo haces con buena intención, pero soy adulta y sé cómo tratar este tema.

¡Ja! No me lo creo ni yo.

Estoy pendiente del sermoncito a medias, porque un hemisferio escucha a Thais y me conmueve su preocupación, y con el otro fantaseo con Alatz descubriéndome con un conjunto de lencería, que para encontrar la tela te prestan una lupa, pendiendo imaginaria una «A» escarlata de la etiqueta..., lo más dramático es, que he decidido comprarlo, y esa determinación lleva implícita otras prácticas.

—Eso..., somos adultas —apostilla Leo entrando con un minivestido en el otro vestidor—, y yo como adulta, me voy a fundir la tarjeta.

Somos fosfatina. Tal como llegamos a la habitación nos hemos lanzado en plancha sobre la cama. He sacado mi móvil, para recrearme con las ocurrencias de Alatz, pero el asedio *Whatsappil* ha dejado la batería tan seca como un helado de tiza.

Ahora nos acicalamos para salir a cenar. Thais lleva la Visa de empresa a lo *black card*, ha decidido que iremos a un restaurant de cinco tenedores especializado en marisco.

Marisco, invertebrados marinos comestibles, concretamente crustáceos y moluscos. A mí nunca me han dicho nada especial, son bichos feos con cáscaras duras, que te pringan las manos dejándote un olor algo desagradable por mucha toallita de limón con la que los frotes después, o te obligan a pelearte con los cubiertos si los invitados no desean saborear con los dedos el prestigioso manjar.

Mención aparte merecen los moluscos, esos filtros costeros que se alimentan de todo lo que arrastran las mareas. Pensemos en un mejillón..., no, mejor no pensemos en él, recuerdo la disección que le practicamos a uno en el instituto y volveré a estar sin probarlos hasta que me ponga el traje de pino.

Sentadas a la mesa, halagándonos unas a las otras a falta de maromo que nos piropée, hemos resuelto degustar los platos más representativos, básicamente porque ninguna conocemos ni a los bichitos ni sus nombres. Es tontería pedir algo en concreto.

Una vez nos sirven, para nuestra tranquilidad, todo es bastante identificable, aunque viene presentado entre milhojas de no sé el qué, nidos de no sé cuál..., y para más alivio, pelado o preparado para no armar una escabechina con el *Sr. Cangrejo o Calamardo*. Sin embargo, de repente, nos depositan unas bandejas con unas patas largas y finas, y un segmento del animal al que iban sujetas en la parte superior. Nos miramos las tres preocupadas.

—Pimpi, ¿sabes qué es esto?

—¿Por qué me preguntas a mí? —Ni que tuviera cara de langosta, soy humanamente fea.

—Porque el Sergio Saúl te lleva a *piji-sitios* a comer.

—Esto es la primera vez que lo veo, y me produce algo de repulsión.

—No huele mal —observa Leo.

—Es feo, tan feo como un pie sin uñas —Thais arrugando la nariz, por si suscitaba dudas su comparación.

—A lo mejor si le preguntamos al camarero nos lo sabe decir. —Justo en ese momento pasa al lado de nuestra mesa—. Disculpe...

—¿Presisan de algo las señoras? —*Uhm...*, ¿señoras? Vas mal, la propina se verá afectada.

—¿Podría indicarnos de qué marisco se trata?

—Es un *crustasio*, señora. —Parpadeo, se podría pensar que, debido al exceso de máscara de pestaña aplicada por Leo, mis párpados andan adormecidos, pero no, ha sido la respuesta, estoy confusa.

—¡Ostras! Gracias —le contesto mostrando mi absoluto desconcierto—, pensaba que era pollo.

Por su expresión facial, el sarcasmo le ha ofendido. Por no replicar con una grosería agacha la cabeza y se marcha a servir o a desgarnar la carta a otra mesa.

Las chicas aguantan la risa con estoicidad, hasta que el camarero se aleja y dejamos rienda suelta a nuestra jocosidad..., está siendo un día memorable.

—Pimpi, acabas de fastidiarnos el postre. —Thais se abanica con las manos, mientras Leo y yo nos secamos los lagrimales.

—¿Quieres decir? Es un profesional, no será capaz de hacer una guarrada de las que salen por la tele.

—Yo por si acaso, no voy a probarlo, la última vez que estuve con *cagarrinas*, lo pasé horrorosamente mal, era como si alguien estuviera dentro del inodoro con un soplete apuntando justo en el...

—Nos podemos hacer una ligera idea, Leo. —Thais frena la anécdota.

Seguimos entre carcajadas incontenidas, mezclando ocurrencias, alargando el chiste.

—¿Olympia? —No me lo puedo creer...

—Hola, Miranda. ¿Qué coincidencia? —A Thais y a Leo se le ha cortado la risa en el mismo instante que han escuchado el nombre.

—No nos veíamos desde la última vez que nos vimos. —Cierto. Más razón que un santo. Me levanto y nos damos los besos reglamentarios—. Te presento a Carol.

—Encantada. —Ella sonrío forzada. He batido mi marca en caerle mal a un congénere. No me conoce y ya no me traga. ¡Qué virtud la mía!

—Carol, es Olympia, la chica de Saúl. —Jo, este Saúl es más célebre que San Pedro.

—Thais y Leo. —Vuelta al besuqueo social—. ¿Y qué haces por aquí? Me comentó Saúl que estabas en USA.

—Finalizó. Aterrizamos esta mañana y en lugar de tomar el puente aéreo, decidimos pasar el día en Madrid. Tú has estado en Londres, ¿verdad? —Leo, me propina tal patada en la espinilla que se mueve la mesa.

—Sí, visitando a mis padres —comento masajeándome la caricia de mi amiga.

—Alatz me dijo que os habíais encontrado.

—Ajá —soy incapaz de añadir nada más. No sé si me mira suspicaz o espera que agregue algo.

—Si habéis acabado de cenar, podíais venir con nosotras, teníamos pensado ir al Joy Eslava.

—No hemos pedido los postres. —Intento con este comentario desanimar su cordialidad.

—Podemos esperar, ¿te parece bien Carol? —Me observa con pupilas de rayos X. Escruta mi anatomía de arriba abajo. ¿Será lesbiana?

—No tenemos prisa alguna.

—Pensándolo mejor —manifiesta Thais—, no tomaremos postre.

El camarero de antes pasa por el lado de Miranda, ella le sonríe y él se acerca ipso facto.

—La cena de esta mesa, cárgala a mi cuenta, por favor.

—No, Miranda, no..., mujer. Nosotras estamos en Madrid por trabajo, es un gasto que asume la empresa.

—No importa. En algo he de derrochar el dinero ganado con tanto viaje por mi marido y que no le permite pasar tiempo conmigo —no entona con resentimiento..., o también puede ser una interpretación mía—. ¿Nos vamos?

Salimos del restaurante, la sala de fiestas está a un par de manzanas y optamos por ir andando. Miranda se muestra parlanchina y desinhibida, su talante habitual, vamos... También parece ir achispada y Leo me ha cuchicheado algo como «fíjate en las pupilas» o «ponte las pilas». Si es lo primero, en la penumbra es imposible.

Por otro lado, que sea tan maja no calma los remordimientos, su carácter afable me reconcome la conciencia. Para mi tranquilidad espiritual, sería preferible enfrentarme a una bruja perversa y desagradable, borde y desabrida. No tengo suerte ni para eso. Carol habla poco.

Desde la acera de enfrente comprobamos la fila de gente esperando para entrar. Yo me niego en rotundo hacer cola, prefiero ir a otro sitio menos abarrotado.

Miranda y Carol, nos conducen hacia otra entrada y nos dejan pasar sin preguntas, ni sellos, ni nombres. Por fuerza han de ser VIP's. Las seguimos sin cuestionarnos a dónde se dirigen, hasta que, en un momento dado, empiezan a

saludar y a dar piquitos a diestro y siniestro, a todos los conocidos con los que se encuentran; famosillos de no sé qué programa de televisión, algo de «viceversa» ha dicho Leo, que entiende tanto de la parrilla televisiva como de los documentales de leones de La 2.

En un principio, mantenemos el tipo, sin embargo, es lo siguiente a indudable, que sobramos..., no sabemos de qué se ríen, no sabemos colocarnos con el posturo adecuado, no sabemos arrastrar las «eses» con la sonoridad oportuna, no sabemos utilizar el «tíos/as» con el énfasis idóneo..., deducimos que estamos de más.

Por no seguir allí plantadas como un puerro, nos introducimos hacia el centro del teatro y, al principio, todo hay que decirlo, algo cohibidas empezamos a mover el esqueleto. La música se va acoplando en nuestro torrente sanguíneo ayudada por las luces y el entusiasmo del personal, pero es cuando suena *Cheap Thrills*, que estallamos con una pasión bailonga que nos desata a las tres.

Unos tíos se nos acercan, nos siguen los pasos y nosotras le seguimos el rollo; entonces, una mano me toma de la muñeca y tira de mí con energía. Forcejeo unos segundos hasta darme cuenta de quién es. Leo sujeta mi otro brazo, asustada. Logro decirle que le conozco, que no se preocupe y que ahora vuelvo. No parece muy convencida, pero me suelta.

Nos absorbe la multitud, camina sorteando cuerpos, pisando, empujando, abriéndonos paso, yo le sigo sin saber a dónde me arrastra.

—¡Quieres hacer el favor de soltarme! —Me remolca hasta las escaleras de los palcos.

—Llevo todo el día intentando dar contigo. ¿Para qué coño llevas el teléfono?

—¡*Ep!* Tranquilito con el tono y la expresión, nene... Yo a ti no te debo nada. —Se separa para dejar paso a una chica que baja por las escaleras.

—¿Qué haces aquí? —¿Y me lo pregunta a mí? Él, supuestamente estaba en Barcelona, triste y desamparado.

—Bailar, ¿no lo has visto?

—He visto como un baboso te tocaba. —¡Eso no es verdad! Se han presentado, nos han dado un par de besos..., a lo sumo, me ha cogido de la mano para dar una vuelta sobre mí misma.

—¿Y qué si me toca? Para el caso tú no estás aquí por mí.

—Tomé un avión para encontrarnos, pero no atendiste a las llamadas, ni

leíste los mensajes... No supe que Miranda estaba en Madrid hasta hace unas horas. He venido a esta mierda de sitio, porque me llamó y, ¡oh casualidades de la vida! —tonito irónico digno de colleja por imbécil—, estaba aquí, contigo.

—Alatz, nos puede ver.

—Ven, sígueme. —¡Fijo que tiene carencia de serotonina!

—¿Estás loco? No voy a seguirte a ningún sitio.

Tira nuevamente de mi muñeca y me obliga a caminar a trompicones hasta otro lado algo apartado del gentío, un pasillo escondido para magreos, por lo que observo. Va probando las manetas de las puertas que va encontrando a su paso, hasta que una cede y abre. A pesar de resistirme, me fuerza a entrar, cierra y pasa la falleba. Estamos en una especie de despensa o almacén de cajas vacías, no muy espacioso y sin luz.

—He venido a verte a ti. —Manejándome como a un títere, me empotra en la puerta y se adhiere a mi cuerpo, sigue sujetándome, ahora de ambas muñecas. ¡Tengo que pensar en algo repulsivo para sofocar las ganas de pecar que me asaltan en este instante!

—Pues ya me has visto, hala..., ves con tu esposa y queda como todo un señor. —¿Eso es lo más repulsivo que invento para frenar mis impulsos carnales?

—Tus celos me excitan. —Se lanza a mi cuello y, ¿cómo paro esto ahora, si estoy más salida que él?

—Eres molecularmente inestable..., te excita todo.

—No, nena... —Continúa pegado a mi cuello, regalándome besos, mordiscos y chupetones febriles. ¡Mierda, chupetones, no!

—¡Tío, córtate un poco! ¡No me marques, joder! —Tengo la incómoda sensación de que estos moretones son más premeditados que apasionados.

—Me vuelves loco, me obligas a hacer cosas insólitas...

—¿Cómo venir a recoger a tu mujer? —Se separa de mi cuello repentinamente.

—¿Crees en serio que es producto de la casualidad?

—Creo que te ha venido que ni pintado que ella esté aquí.

—No necesito excusas para ir a donde me plazca.

—Imagino, sin embargo, te justifica.

—No estoy jugando, te quiero a ti.

—Me quieres, ¿cómo? ¿Cómo querías a Miranda?, o, mejor dicho, ¿hasta

cuándo, Alatz? ¿Cuántas «como yo» pueden aparecer en tu vida?

—Es eso en realidad, piensas que esto es pasajero... Un capricho tonto, lo llamaste. —Suelta mis manos para tomar mi cara—. Pues te equivocas, eres mi sueño, nena..., te he soñado millones de veces, te he tenido presente cada día desde que te conocí de una u otra manera... Volver a encontrarnos es un justiprecio de la vida.

—¿Qué te debe a ti el mundo? Si lo tienes todo, éxito profesional, personal y por si con eso no era suficiente, ¡para rematarlo estás...! — ¡Olympia, no te descubras más!

—Estoy, ¿qué? —Vuelve a acercarse peligrosamente. ¿Algún santo a la escucha? En este momento me vale cualquiera, incluso el de las causas perdidas.

—¡Trastornado! —respondo eso como podría haber dicho, ¡butifarra! ¿Y por qué he pensado en butifarras? Mala asociación de ideas, mala, mala, malísima.

—¡Por ti!

Se lanza a mi boca con desespero y yo, más desesperada que él, comienzo a desabrochar su camisa.

Esto es una locura, la peor de todas las que he cometido en mi vida. Tampoco recuerdo ninguna, siempre me he considerado una persona centrada, con los conceptos morales claros, o de eso presumía, porque en el momento de hacerlos valer, cierro los ojos y ¡Hala! ¡Al ataque!

Y, sí, pasando de todos mis principios éticos, aquí me hallo acariciando en pleno frenesí, el esculpido pecho de este morenazo adúltero y mujeriego, que repasa mi anatomía sin el más mínimo remordimiento.

Mis labios inflamados dan fe de lo bien que besa, y mi epidermis erizada de lo bien que toca. Estamos tan acelerados que nos desabotonamos simultáneamente los pantalones, olvidándonos de en donde estamos, dando rienda suelta a esta ansiedad que nos consume.

Inesperadamente, golpean la puerta contundentemente, el eco resuena en mi espalda y nos detenemos. Nos han pillado con las manos en la masa..., nunca mejor dicho.

—¿Hay alguien? —pregunta una voz femenina desde fuera y prueba a abrir—, ¡Mierda! Otra vez se ha dejado el pestillo pasado. Este César es el tío más inútil del mundo.

Escuchamos pasos alejándose. Pobre César, la que le va a caer por

nuestra insensatez.

—¡Me llevas por el camino de la perdición! —Le aparto de un envite, subiéndome el pantalón y la cremallera, mientras él se abotona la camisa.

—¡Y tú a mí por el de la amargura!

—¿De qué vas?! —exclamo farfullando.

—¡Qué esto no es sano, joder! —¿Será posible? ¡Será posible!

—Pues claro que no es sano, y encima me culpabilizas... ¡Mátame!

—No es el momento de ponerte..., chulita. —¡Por qué tú lo mandes!

—¡Se acabó! Sí, tío, ¡hasta aquí!

—¿Pero?

—Ni peros, ni peras, ¡ni pollas! ¡Qué no! —Sin acabarse de vestir me sujeta de los brazos—. ¡Suéltame!

—¡No! —Un arrebatado de cólera desmedido se apodera de mi organismo.

—¿Cómo que no? ¡¿Cómo que no?! —grito. Ni exclamo en susurros, ni hablo alto. Grito histéricamente—. ¡Yo, decido! ¡Yo, escojo si quiero o no quiero! ¡Yo, dirijo mi vida! ¡Yo, no voy a ser la otra! ¡Yo, soy Olympia Fasol!

Levanto la pierna y le atizo tal rodillazo en los cataplínes, que espero estuvieran flácidos porque de lo contrario, se los acabo de cascar.

Reacción instantánea, soltarme de los brazos y sostenérselos, por si se le caen, después, se dobla de dolor. Yo abro la puerta y huyo.

—¡Olympia!

Le escucho a mi espalda. Levanto el dedo insulto y sin darme la vuelta camino rápida, tragándome las ganas de volver, disculparme y pedirle que me deje ver la zona para valorar los daños.

¡Estoy enferma!

¿Y se puede saber, por qué tengo tantas ganas de llorar? ¿Seré ridícula, absurda y patética?

Busco a las chicas, las encuentro donde las dejé. A Leo se la ve en su ambiente, le gusta el flirteo y que le paguen las copas, pero hasta ahí si tiene pareja, no traicionará su confianza en ella, primero zanja luego inicia, como ha de ser.

¿Y qué decir de Thais? Ella le sigue el juego a Leo, pero no entra al trapo ni da alas, es más fiel que un motor de dos tiempos. Aquí la única revelando comportamientos poco dignos y casquivanos, es la menda lerenda. No siento arrepentimiento alguno por lo que casi pasa en un cuartucho con olor a cartones mojados, al contrario, estoy decepcionada porque no haya

sucedido, incluso ando disgustada con la muchacha «*corta-rollo*», y preocupada por cómo estará ese hombre desquiciante.

¿Qué va a ser de mí y de mi alma?

Esto se acabó. Mañana iré a ver a Saúl con la lencería cara y seductora que me había comprado para Alatz.

—Hola de nuevo.

—¿Dónde te habías metido? —Chica, me han fastidiado el polvo con el hombre del que estoy enamorada, nada del otro jueves.

—Me encontré a un conocido. —Leo me observa suspicaz, yo esquivo su mirada. Acaba de pillarme de marrón.

—Tías, estoy cansada..., ¿nos marchamos? —Adoro a Leo.

—Me parece bien.

Nos despedimos de los chicos, yo nerviosa e intranquila, con miedo a que otra mano fuerte y varonil aparezca de la nada, y me arrastre..., u otra mano de dedos largos y rectos con manicura perfecta, me suelte una hostia por abusar de su amistad —que yo no he pedido— y desear que su marido la abandone y me escoja a mí.

Lo dicho, soy patética.

Elido y Leo han insistido en acompañarme a casa. He intentado convencerles de que no era necesario. Al final he cedido, de no hacerlo estaríamos todavía discutiendo en el aeropuerto. Aunque, tal como conduce el muchacho, poco a faltado para acabar en el cielo de nuevo. Estoy convencida que, de toparse con la chica de la curva, esta le hace señales para que no la recoja por miedo a morirse otra vez. Definitivamente, conducir no forma parte del compendio de las virtudes del muchacho.

Al despedirse de mí, Leo me ha guiñado un ojo, está al tanto de los luctuosos sucesos de anoche. Ayer, cuando Thais arrió velas y se empiltró, ella y yo, mantuvimos una charla confesional en el balcón de la habitación.

Era tal la tensión acumulada que lloré frustrada, para reír después de mi propia idiosincrasia. ¿Cómo pude ser tan cerril? Comparada con Miranda y *Lady Pádel* —así hemos apodado a la tal Carol—, soy igual de delicada que la cáscara de una piña.

Leo opina que mantener una relación con Saúl es tiempo perdido. Según ella, ya no podemos regalarlo como si fuera eterno, y de concederlo, ha de ser a alguien dispuesto a complacer y satisfacer.

Después nos quemamos las pestañas buscando en internet técnicas para eliminar chupetones y las hemos estado probando todas, desde aplicar hielo a frotar con alcohol, o con la piel del plátano de la cesta de frutas de cortesía que había en la habitación, o a peinarlo suavemente para que circule la sangre retenida. Nada, ahí está como muestra del delito. La única opción es maquillar y evitar que desaparezca el corrector.

No tengo la menor idea de cómo enfrentar a Saúl con la verdad. Es una situación bochornosa. Puedo probar varios discursos..., veamos, no sé, por ejemplo: «*¿Te acuerdas aquello que me contaste de Alatz? Jo, qué razón tenías, ¡mira cómo me ha dejado el cuello!*».

Demasiado frívolo, después de dos semanas sin vernos, no es un argumento muy logrado. También podría jugar la baza del despecho: «*¡Tú*

nunca estás para mí! ¡No me llamas! ¡No te preocupas!».

Muy forzado, no doy el perfil de mujer amargada, soy más pasota para los sentimientos mundanos, o eso creía, porque estoy elaborando excusas fútiles para Saúl, cuando tengo a Alatz cosido entre la carne y la grasa de mi cuerpo. Pienso en él y me estremezco.

¡Se acabó tanto Alatz! He decidido seguir con Saúl y determinado no referir nada de lo sucedido hasta comprobar nuestra evolución como pareja y si se tercia, ya improvisaré justificaciones, excusas y pretextos, para salvar mi culo llegado el momento.

Mira tú por dónde, le voy a esperar en su casa. Llega esta tarde, tengo tiempo de preparar una bonita y cariñosa bienvenida.

Con la bolsa de lencería exclusiva bajo el brazo, cojo las llaves del coche, voy al garaje y me dirijo a mi plaza. ¿Qué raro? ¿Por qué no se abre? La llave es una tarjeta que desactiva la alarma y hace saltar el seguro cuando estoy a una distancia prudencial. Es extraño, el viernes funcionaba... Desplego el espadín con tal de abrir de manera manual. ¡Qué momento más oportuno para estropearse el cierre centralizado! ¿Cómo me organizo para dejarlo en el taller? No pensemos en eso ahora, al fin y al cabo, puedo utilizarlo igual.

¡Pues no! ¡No puedo usarlo! ¡Porque no arranca! ¿Y por qué no arranca? A ver..., todas las palancas están..., ¡¡¡¡Mierda!!!! ¿Se puede ser más imbécil? Dejé encendida la luz de parking, ¡la única que no se apaga automáticamente!, pensando haber activado el *follow me home* y la batería está seca, no tiene fuerza ni para hacer girar el motor de arranque.

¡De matrícula, Olympia!

A ver..., según la agenda de mañana tengo una visita a las cinco al *Passeig de la Bonanova*, ¡genial!, Ahí el metro no llega, los ferrocarriles circulan de pena, y el autobús... ¡Paso del autobús!

¿Por qué no tendremos un coche corporativo?

No invertiré un minuto más en esto, mi objetivo era otro y nada, ni nadie va alejarme de él..., espero..., supongo..., porque sigo pendiente de los mensajes que no recibo, incluso he reinicializado el móvil tres veces por si se ha colgado la aplicación. Soy un yonqui de las ondas en pleno síndrome de abstinencia, me falta suplicar y mentir para conseguir la dosis..., rectifico, solo suplicar. ¡Me largo!

Decidido, no vuelvo a subir hasta aquí andando. Si he sido capaz de gastarme un *pasturrial* en un tanga y una camiseta transparente con menos tela que el traje de un chihuahua, bien podría haberme pagado un taxi.

Transpiro a chorros, entraré directa a la ducha. La idea es que me encuentre esperándole seductora, rodeada de glamour y dispuesta a todo, no pegajosa, apestosa, y con la piel salada como salmuera.

La puerta de la verja está llena de hojas y papeles, señal de que la asistente no está ni se la espera. No es del agrado de Saúl que venga a casa si él no se encuentra, y como yo tampoco he estado, pues no ha pasado..., no voy a emplearme ahora en realizar tareas domésticas para disimular, dentro solo habrá polvo, con abrir y ventilar... ¡*Arreglao!*

El baño de Saúl es lo más parecido a un *spa*, no le falta detalle, la bañera está llamada para despertar sensorialmente a un fósil y, aun siendo consciente de que estará a punto de llegar y de encontrarme aquí, me voy a regalar unos minutos —que no dispongo— al placer de los sentidos. Activo el hidromasaje y una secuencia cortita de cromoterapia. Ahora ya, con menos estrés y mejor disposición, comienzo a prepararlo todo para el juego erótico previsto. No dispongo de una excelsa imaginación para ello, sin embargo, a internet le sobra, y por suerte, existe.

Me visto —si es que este conjuntito de marrana entra en la categoría de ropa—. No me veo tan atractiva y resuelta como cuando lo compré, a la muchacha de la foto le queda infinitamente mejor. El subidón de las palabritas lisonjeras de Alatz hicieron elevar mi autoestima física hasta un extremo algo fantasioso, y en este instante, con él puesto me siento bastante ridícula.

¡Caca de la vaca! Me he olvidado de coger el champagne de la fresquera. Recorrer de esta guisa la casa llama a mis reparos, los cuadros me observan, se ríen..., es inquietante. Es más bochornoso pasearme así que en pelotas.

Estoy a punto de poner el pie en el primer escalón, cuando escucho la puerta. ¡Vaya por Dios! Dejaremos las burbujas para el segundo asalto.

Regreso a la habitación sigilosamente, de puntillas, y me percato de que, o habla con su alter ego, o viene acompañado. ¡Para una vez que se me ocurre prestarme a simplezas eróticas, trae visita! ¡Tengo menos suerte que la ardilla de *Ice Age!*

«—*Tu chica es muy bonita.*»

¿Voz femenina? ¿Voz femenina familiar? El eco de la escalera la distorsiona.

«—Sí, es una mujer excepcional.»

No exageremos..., del montoncillo.

«—La verdad, no te pega demasiado. —¡Qué cerda! ¿Quién será la zopenca esa? —, es..., parece muy sencilla.»

«—Es la mujer que necesito en esta etapa de mi vida.»

No me convence el argumento.

«—Para pasear con ella del brazo, llevar una existencia rutinaria y común, es la idónea... —el tonito sugerente de putón verbenero, ¿es imprescindible? Tiene guasa que critique esto «vestida» como voy—, sin embargo, para satisfacer otras apetencias...»

«—La gente cambia, los gustos cambian...»

Silencio... ¡Qué mortificante! Sí, de acuerdo, no debería estar cotilleando con los oídos en modo parabólica igual a una apollillada operadora de teléfono.

«—De tanto en tanto, recuerdo cuando estábamos juntos, antes de toda aquella locura de los intercambios..., juraste que me querías, que te sentías tan feliz a mi lado, que podrías morir.»

«—Carol, te lo demostré siempre.»

¡Mierda, es Lady Pádel!

«—Creí durante mucho tiempo que eras el adecuado... Sin embargo, me sentía inmensamente sola en tu compañía.»

«—No puedes reprocharme falta de interés —sí, te lo puede reprochar, de mí pasas igual. Ha de ser una traza de carácter—, hice todo lo posible para hacerte tan feliz como lo era yo.»

«—Esperaba más... Lo nuestro no era amor, Saúl. Sufrió, fue doloroso. Un dolor que aún recuerdo.»

«—Carol, te encoñaste de Alatz y él te apartó, no me cargues con sufrimientos que no ocasioné ni me corresponden . »

«—Uno puede hacerse adicto a cierta clase de tristeza..., te resignas al final..., siempre al final.»

Esta tía está para internarla en un manicomio. No parecía tan loca ayer. ¡Y yo pensando que era lesbiana! Tengo el ojo clínico de un tuerto.

«—¿Resignarte? ¿Vas a decirme que nuestra peculiar vida sexual fue para ti un calvario? ¡Venga, no me jodas!»

«—Admito que me alegré de que se acabara.»

«—Carol, ¿a qué viene esto? Todo quedó zanjado.»

«—Dijiste que podríamos ser amigos.»

«—Complicado...»

Imposible.

«—¿Tenías que cortar todos nuestros lazos? ¿Hacer como si nunca hubiera sucedido?»

¡Ups! Ha empezado a alzar la voz y yo aquí en bolas...

«—Si pienso en todas las veces que..., me jodiste, haciéndome creer que había hecho o comentado algo inapropiado... —Eso nene, no te dejes, contrataca sin piedad—. ¿Quién puede vivir midiendo cada palabra? Leyendo entre líneas tus mensajes subliminales... ¡Me engañaste Carol! ¡Te enamoraste de otro y yo te amaba!»

«—¡No necesito tu afecto! —¡Jo, qué tía más estúpida! El otro aquí con toda la patata encogida, y Lady Pádel, con el látigo de tres colas acabado en cuchillas, ¡zas!, desgarrando sin misericordia— ¡Caíste tan bajo! ¡Le entregaste a Miranda mis cosas en un montón de cajas usadas y bolsas de basura!»

«—¡Tú no tienes ni puta idea, Carol! ¡No sabes lo jodido que fue! ¡Llegué a desear tu muerte! ¡Qué murieras para mí!»

Tengo frío.

«—¡Cortaste con todo! ¡Cómo si nunca hubiera pasado! ¡Cómo si nunca hubiéramos sido nada! ¡Qué no significué nada!»

«—Estás aquí, Carol..., es evidente que sigues significando.»

Vale..., genial. En este instante me siento una fulana de francés a cinco euros. Inconscientemente, estiro de la parte superior de la combinación, como si de esa manera pudiera cubrir mi desnudez...

«—Sepárate, Carol..., por favor.»

«—Necesito una vez más contigo..., conectábamos, nuestras apetencias suplían nuestras discrepancias.»

«—En aquel momento éramos especiales el uno para el otro.»

«—Se puede amar de tantas maneras, Saúl..., o no amar... Abre tu mente, déjame entrar.»

¿Eso que escucho son besos conjugando jadeos? No puedo quedarme aquí en la escalera. O me voy o me sumo.

Regreso de puntillas hasta la habitación, ¡qué asco vestirme con la ropa

sudada que traía! agarro el bolso y salgo por la escalera del balcón al patio.

Es inevitable pasar por delante del salón, las cortinas están descorridas, aunque la ventana está cerrada. Con tal de no molestar —descarto la posibilidad de un *ménage à trois*—, gateo para evitar ser vista, sin embargo, mis carices genéticos chafarderos me obligan a mirar. Así somos los humanos, estamos programados para hacernos daño. Nuestras raíces lo endilgan de generación en generación, y aun conociendo que acabarás convirtiéndote en una estatua de sal, has de comprobar con tus propias pupilas que Sodoma y Gomorra se destruyen... La humanidad se extinguirá de pura estupidez.

Retorno en tren a mi casa, con la ropa sucia, con la lencería guarra y una extraña sensación de fracaso, de descalabro vital. Y no me siento molesta con Saúl, que obviamente debería; a ojos vistas, tampoco estoy en disposición de rasgarme las vestiduras y montar una escena de celos que tampoco siento.

Me defino conmocionada, apenada incluso, ese hombre está desgajado por dentro, ¿será capaz de volver a querer a alguien algún día? De hacerlo, yo no soy la indicada, yo no le quiero. Y no es justo ni para él, ni para mí.

No deseo encontrarme con la soledad de mi casa, ahora no. Tampoco me apetece deambular por las calles... ¿Cuánto hace que no estaba tan abatida? ¿Tan derrotada?

La derrota, otra mujer. Una maestra que adoctrina mediante técnicas arcaicas. Una profesora con gafas sujetas en la punta de la nariz, con el cabello recogido a la altura del cogote, gesto enjuto y ceño fruncido de manera perpetua, que saca una fusta y te obliga a cantar los cabos y los golfos a golpe de varazo en las palmas de las manos. No es la mejor técnica, ni la aceptada por la comunidad de catedráticos, y mucho menos por las asociaciones de padres y alumnos. Sin embargo, ella, en su vetusta mente atormentada, piensa que es efectivo al introducir el temor a recibir un castigo ejemplar.

La derrota es sabia y, sobre todo, dura. Siempre deja una cicatriz profunda y marcada, pero el tiempo logra disiparla y hacerla prácticamente imperceptible. No obstante, sigue latente, recordándote que ya perdiste una vez, que puedes fracasar veintidós veces más, que la existencia no es un camino llano, en línea recta y con los márgenes provistos de recursos para la subsistencia; continúa avisándote de que, en cualquier momento, puede aparecer una depresión en el terreno y caer, y hundirte hasta la sima más profunda.

La derrota es positiva, te ayuda a bregar otras batallas y con suerte, salir

triunfante. No obstante, a nadie le gusta sentirse derrotado y al resto de la humanidad una actitud derrotista, les hastía, y se apartan, incluso aunque hayan estado a tu lado, incluso aunque te hayan expresado su apoyo, incluso aunque te quieran.

Tengo una capacidad innata para lastimarme a mí misma. Como alguien me regale un gato estoy perdida, sé que mis rarezas me llevarán por la trocha de la soledad y seré una vieja amargada con pelos de bruja, molesta con los chavales que cuelen las pelotas en el jardín...

—Hola. —El que faltaba para el euro.

—Alatz, no está el horno para bollos.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Aquel banco de allí está vacío, estarás más cómodo.

—No. —Y se sienta a mi lado.

—¿Preguntas por hacer trabajar a las glándulas salivales?

—Por educación.

—Entonces, mejor me levanto yo. —Me sujeta de la muñeca—. No debí de ser sobradamente clara anoche.

—No, solo fuiste excesivamente violenta.

—Por lo visto, no lo suficiente.

—Vengo a disculparme y no me iré sin que me escuches. —¿Eh? ¡Va! Otro método de persuasión marca Alatz.

—Disculpado, te puedes ir.

—¡A ver! ¿Se puede saber qué coño te pasa?

—¡A mí no me digas coño! ¡Porque estoy hasta el coño de tanto niño tonto! Te lo dije el otro día, no voy a repetírtelo ni una más.

—Ni vengo a eso, gozo de buena memoria.

—¡Mira, nene..., aburres con la chuminada de la memoria! ¿A qué has venido?

—A quedarme contigo. —Y ahora es cuando me muero, de muerte humana.

—Alatz..., ¿de qué hablas?

—He dejado a Miranda. —¿Estamos locos o qué?

—¿Cómo que la has dejado?

—¿No era tu condición?

—Sí... —musito de puro desconcierto—, ¡no...! ¡Ay, Alatz! ¿Cómo se te ocurre?

—Quiero estar contigo.

—¡Otra vez con el «yo quiero, yo quiero»! ¡Pareces un párvulo!

—¡No te alteres! Porque aquí la única que no se aclara eres tú. ¡Olympia Fasol!

Y no sé si culpabilizar a mis hormonas descontroladas e histéricas, a la desazón de toda la mañana, a mi escasa o nula capacidad de determinación, al cansancio, a lo pesadito que se pone y lo buenísimo que está, o a otra razón que sé que es la que lo provoca, pero que no quiero admitir por no quitarme la cota de maya..., que me apremian a engancharle de la pechera y le castigo con un morreo, que casi necesita una cañita para seguir respirando. Por no continuar con el espectáculo, me separo, y antes de dejar de rozarnos los labios, vuelve a la carga y remata la jugada con otro de dejarme en coma.

Finalmente, y antes de que la cosa vaya a mayores, o que nuestras bocas hagan vacío como dos ventosas, nos desenganchamos.

Yo me arrellano en el banco, apoyo mi cabeza en su pecho y él pasa el brazo alrededor de mis hombros. Sí, en estos momentos, estoy en el Olimpo de los dioses, allí, sentada en un diván, con una túnica de seda cogida a un hombro, acordonado a la cintura y disfrutando, cual Afrodita, de las uvas de la perdición. Suspiro de purito gozo.

Alatz acaricia mi hombro rítmicamente, estamos en silencio. Necesitamos ambos unos minutos de reflexión.

—¿Mejor? —pregunta tonta, ¡en la gloria, nene!

—Ajá.

—Bien. Ahora, ¿me cuentas porqué estás más mordaz que de costumbre?

—Ayer me compré lencería. —Estalla a reír, yo no levanto la cabeza de su torso, huele de maravilla, además, he pillado la pose.

—Por lo general, corrígeme si me equivoco, a las mujeres comprar ropa interior o ropa en sí, les levanta el ánimo.

—Compré un conjunto muy sexi pensando en ti, ya sabes de esos..., para hacer..., marranadas —murmuro, él ríe incontinente—, muy caro..., y todo lo que tiene de caro, también de incómodo.

—De eso se deduce, que pensabas quedar conmigo.

—Ayer sí, hoy la idea era acostarme con Saúl. —Se tensa... Ves, por estas cosas es mejor sesgar la información.

—También deduzco que no te has acostado con él.

—Deduces bien.

—¿Entonces? ¿Por qué me cuentas eso? —¿Qué *celosete!*

—¿Por qué no continúas acariciándome?

—Nena, uno tiene sus límites de tolerancia, que la mujer por la que he decidido desmontar mi vida, apostándolo absolutamente todo sin tener certeza de nada, me diga que pensaba estrenar mi lencería con otro..., chica, no sé, jode..., llámame...

—Termostato —respondo, y río sin entender el chiste.

—¿Termostato? Déjalo, ya me lo contarás más tarde..., a ver, ¿por qué me explicas eso?

—Porque a ti me cuesta mentirte o mantenerte engañado. Miento continuamente, sobre todo, para evitar afrontar escabrosidades, miento por cortesía, miento por indiferencia, me miento a mí misma..., pero a ti, no puedo.

—Bueno nena, mentir por esas circunstancias, mentimos todos. Que no puedas mentirme a mí es una confesión muy gratificante. Eso no resta que seas más sutil, ya sabes, suavizarlo antes de soltarlo a bocajarro.

—Pierde la gracia.

—Nena, que pensaras acostarte con otro, no tiene gracia.

—No era otro, era mi pareja, Alatz.

—Tu pareja soy yo desde el instante que deseas hacer marranadas conmigo.

—Había decidido no volver a verte nunca más.

—Eres una mujer asertiva e inteligente, Olympia... Sabías que eso no iba a suceder.

—¿Asertiva? No me hagas reír... —Lo de inteligente, a ratos, cuando utilizo la cabeza profesionalmente—, ¿cuántas veces te he dicho que no quiero nada contigo y cuántas te he morreado?

—Morrearme, pocas.

—¡Va, Alatz! Seamos serios...

—Porque dices lo contrario de lo que quieres, cariño..., en el caso de no sentir nada por mí, ¡Jesús, no quiero ni imaginar lo que habrías hecho con mis testículos! —¡Oh! Sus testículos...

—¿Me perdonas? —que entonación más chorra y cándida.

—Ya veremos cómo conmutar la pena. —Malote.

—¿Cómo se lo ha tomado Miranda?

—Mal. Mucho peor de lo esperado.

—¿Qué le has dicho? —Soy una maruja destroza familias.

—Que no la amo.

—¿Y el título de emisario tosco me lo otorgas a mí?

—Conozco a Miranda, si no hablo con ella sin titubeos, se montará una película de drama romántico... Es inmadura e insegura. —Levanto la cabeza de su pecho y le miro a los ojos, ¿con qué Miranda ha roto?

—¿Insegura? Imposible, se come el mundo... Tiene clase, don de gentes, es elegante... ¡Jopé, Alatz! ¡Es espectacular!

—Solo representa un papel, es muy parecida a tu hermana..., necesita el apoyo constante de los que le rodean.

—Bueno, mi hermana tiene diagnosticado un Trastorno Límite de la Personalidad, por eso mis padres la protegen tanto.

—No me habías mencionado nada. —Frunce el ceño confundido.

—Porque eso es solo un rasgo de su carácter, sin él, estoy convencida de que seguiría siendo igual de egoísta y creída. —E imbécil.

—Los padres protegen al hijo más débil, tú no precisas de refuerzos.

—¡Venga ya! Todos los necesitamos, unos más, otros menos..., es lo que ayuda a ser más confiada, más comunicativa... Aunque no nos desviemos del tema. ¿Y ahora qué?

—Bueno, ahora iniciaré los trámites para el divorcio exprés, no tenemos hijos, nos casamos asumiendo el régimen de separación de bienes..., queda sentarse a repartir.

—¿Y te has ido así, sin más?

—Con lo imprescindible para empezar la semana, me alojaré en un hotel hasta que encuentre un piso que me guste. Mañana o pasado, cuando el histerismo haya mutado a despecho, y no se encuentre en casa, pasará a recoger mis cosas.

—¡Qué gallardía la tuya!

—Lo hago por ella, la conozco, suplicará e insistirá en buscar soluciones alternativas, pero esta vez es definitivo.

—¿Ya se lo habías propuesto en otra ocasión? ¿Quién fue entonces la instigadora? —Sí, estoy celosa, ¿qué pasa? ¿No puedo?

—Instigadoras. —Está visto que este hombre limitarse, se limita poco. Me fastidia que se ría de mi tonta cara de asombro, como si fuera lo habitual.

—Ya veo que estás muy acostumbrado a tener tu corralito de gallinas cluecas esperando a que el gallo las sacuda —ríe y ríe..., y yo me amorato de

rabia, rabia...

—No te engañaré diciendo que he sido un hombre fiel, ya sabes el tipo de relación que manteníamos Miranda y yo..., pero no, no siempre que me he planteado separarme de ella, ha sido para iniciar otra relación sentimental, más bien responde a consejos de mi madre y mis hermanas... —¿Me lo creo? Va, venga, aceptaremos pulpo como animal de compañía.

—Y..., ¿digo yo...?, desde mi más absoluto desconocimiento..., ¿podría ser que lo que os distancia no sea ese tipo de guarradas a las que os prestáis? —Debe de resultarle tremendamente gracioso mi gesto de asco.

—Dejamos que eso sucediera, porque de base, ya no nos satisfacíamos y probamos abrir nuestros horizontes sexuales con tal de buscar la compostura. —Ahora soy yo la que me mondo de la risa.

—Te expresas como si os lo hubiera recetado el médico de cabecera.

—Todo comenzó por una recomendación de la psicoanalista, una terapia como otra cualquiera.

—¡Sí claro! Y yo atiborrándome a pastillas para curar el resfriado, cuando con un buen polvo se acabaron los mocos... Vas a tener que darme el teléfono, me gustan las curas naturales.

—Mezclas conceptos... Y está comprobado que las gripes se curan en la cama, los antibióticos no funcionan. —¡Qué canalla! Y qué bueno que está el muy asqueroso.

—Alatz...

—Dime.

—¿Sabe que estamos juntos?

—He preferido sacarte de escena por ahora.

—Lo prefiero.

—Aunque sabes que no podremos mantener esto en secreto durante mucho tiempo.

—¿Por qué no? Tampoco es necesario poner un anuncio en prensa.

—No, pero tampoco quiero esconderme, me apetece hacer tantas cosas a tu lado...

—Cara a la galería podemos seguir siendo amigos.

—No me gusta nada el término, ni aun asumiendo que es temporal y para no empeorar la situación con los ex. —A Saúl, lo que de mí sea, le escuece poco.

—En fin... Puedes quedarte en mi casa hasta que sepas donde alojarte.

—De perdidos...

—¿Estás segura? Iba a buscar un hotel por esta zona.

—Tú verás..., tienes la habitación de invitados disponible. Si Miranda no se lo cree, le envías fotos.

—Olympia, en tu casa no estoy dispuesto a dormir en la habitación de invitados... —era un «poner» y sé que te estás insinuando, guapo.

—El sofá también es cómodo. —Riendo, me besa. Nada pasional, un besito tierno muy gratificante.

—¿Qué ha sucedido hoy con Saúl?

—Llegó con *Lady Pádel* y no sabía que yo estaba allí.

—¿*Lady Pádel*?

—Sí, Alatz..., la ex al cuadrado. —que se haya revolcado con Saúl no me afecta, que haya guarreado con Alatz me fastidia hasta el punto de cauterizar arterias.

—¿*Lady Pádel*, es Carol? —Frunce el ceño divertido.

—Sí, Leo la bautizó así. Esa tía, habla poco y ofensivo, a raquetazos. —
Ríe a carcajadas.

—Es muy apasionada.

—Alatz, pensándolo mejor, es preferible que busques un hotelito confortable —¿Apasionada? ¡Pelandrusca!—. ¿No sé qué puede hacerte reír de esa manera?

—Tus celos... ¡*Uhhmm!* Me encantan tus celos.

—Pues es una sensación desagradable, a la que no estoy acostumbrada y que preferiría no provocar... Porque..., ¡me cago en la leche, Alatz! —
Sigue ahogado en risas, yo me cruzo de brazos, me separo ofendida, esperando el mimo pelotero recompensando mi indignación. Y me lo da, ¡Y tanto que me lo da! Pero a su manera, con todos sus acentos, sus comas, puntos y paréntesis... Creo que eso del «piquito de complacer» no lo conoce... No quiero ni imaginar el día que nos enfademos en serio... ¡Oh, sí! ¡Eso le gustaría a la nena!

—¿Se te pasa la pataleta?

—Estoy por decirte que no... —me besa el cuello.

—¿Quieres que vayamos a comer o prefieres pasar a cambiarte de ropa interior? —Sí, sí...

—Creo que has cambiado el orden de la oración con toda la idea.

—¿Reformulo? —Ese brillo descarado en la mirada te delata, chaval.

—Reformula, reformula. —Se acerca a mi oído.

—¿Quieres que te arranque esa incómoda lencería y te coma por entero?
—¡Oh...! ¡¿Quién teme al lobo feroz?!

—Vamos, hoy cocinas tú.

Nos contenemos hasta entrar en el ascensor, pero tal como las puertas se han cerrado, ese frenesí habitual nos atrapa incendiando nuestros organismos.

Busco las llaves a tientas, mientras me besa el cuello y me abraza. Entro primero y le invito a pasar, cierro apoyando la espalda en la puerta. Tengo los labios inflamados y los muerdo en un claro gesto de: «¡Eh, nene! ¿A qué esperas?»

Su mirada es astuta, cargada de aviesas intenciones..., intenciones que alertan a todos los indicadores de mi sexualidad, activándolos, tornándolos visibles, luminiscentes para ser más exactos.

Sonríe de medio lado, me apunta con el índice y seguido lo mueve indicándome que me acerque, le observo con picardía y niego asida a la maneta para no salir corriendo y lanzarme encima a modo de lémur volador.

Midiendo cada paso, se aproxima con la elegancia de un felino, se desabrocha los primeros botones de la camisa y se la saca de la cintura... ¡Santo Niño de los tíos Toblerone, manda agua!

Toma mi cintura, tira de mí y suelto la maneta, me pega a su pecho, sin dejar de mostrar esa mirada astuta ni ese talante seductor.

—Todas tus argucias persuasivas te han resultado.

—Por lo general, no necesito tantos esfuerzos. —¡Para qué simular sencillez!

—Tampoco te lo he puesto tan difícil.

—Me propinaste tremendo *patadón* en todo lo conocido como huevos.

—Estabas dispuesto a mancillar mi virtud.

—Me lo merecía, no era el lugar más adecuado para retomar lo que dejamos colgado hace tanto. —Desabrocha y baja la cremallera del pantalón.

—¿Te doy otra y lo hacemos en el Arts? No nos queda lejos. —Ríe la ocurrencia en mi boca.

—Hoy no llegaría al vestíbulo.

Y hasta ahí las palabras. Nuestras bocas se enzarzan en un duelo de deseo y poder cuya finalidad es esclavizarse ambas.

Nos movemos con torpeza, colisionando con todo aquello que se interpone en nuestro objetivo final, mi dormitorio. Ya sin la ropa de calle, se

sienta en la cama y sonrío al fijarse en la lencería atrevida que llevo puesta; me vuelvo a creer atractiva con ella.

Repasa mi anatomía con manos expertas, en vertical desde los costados hasta los muslos. Levanta con la nariz la delicada tela y besa mi vientre... No creo estar salada, no recuerdo haber traspirado de retorno. Enlaza los dedos en las tiras finas del tanga y lo baja, descendiendo con él, me plantifica un beso en el centro de la flor. Me siento sobre sus piernas y le empujo hasta que resta tendido sobre la cama. Perfiló una línea imaginaria desde su frente hasta su ombligo.

—Esto se siente rico...

—Me gusta tu cuerpo, aunque lo recordaba más enclenque. —He de bajarle del poyete, lo estoy mitificando y no es sano. Seguro que hay un trastorno para eso... ¿El tratamiento será la coyunda?

—Tú ya eras perfecta entonces, eres espectacular ahora. —Beso su pecho, me ha gustado la respuesta. Toda su piel reacciona a mis caricias. Su tórax sube y baja irregular, fatigado..., igual que el mío. Trepo por su cuello hasta sus labios, muevo mis caderas sobre su pubis que aún lleva el slip.

—Deberías haber estudiado ciencias políticas..., eres muy convincente..., yo te votaría. —Descubro sus inocencias ya en posición de firmes, y saco de mi mesita un preservativo; frunce el ceño, pero no pía, y más le vale, mi candor es relativo y restrictivo.

—¿Para presidente?

—Para Emperador..., y no te votaría yo sola, tendrías mayoría absoluta. —Me acomodo encima y permito que se deslice dentro, entorna los ojos, busca mis manos y me sostengo en ellas para gestionar el momento a ritmo de balada.

—Sabes que tanta espera es inversamente proporcional a mi capacidad de autocontrol, ¿verdad?

—Es decir, me vas a dejar a medias...

—Posiblemente, con el primero, sí...

—¿He de preocuparme? Las inexactitudes me asustan.

—Solo disfruta..., prometí hacerte tocar las estrellas.

Sin desconectarnos, busco su boca mientras muevo mis caderas, aprieta mis nalgas con sus manos, estoy convencida de que mañana tendré los diez dedos marcados. Vuelvo a sentarme, quiero sentir toda su envergadura en profundidad, me sujeta de las caderas, ahora nos movemos a ritmo de rock and

roll... De tanto en tanto, cierra los ojos y aprieta la mandíbula, a mí esos gestos de contención, unidos a su respiración cortante, me excitan. En este instante puedo certificar que la erótica del poder es tan erógena como la estimulación del clítoris, y consigo llegar al orgasmo antes que él.

Me dejo caer sobre su pecho aún entre espasmos internos, No abandona mi cuerpo y me gira dejándome tendida debajo, y mordisqueando mis pechos turgentes y pesados, sobreexcitados, se desahoga en unas pocas embestidas que alargan mi éxtasis y saben a gloria.

Se abraza a mi cuerpo. Reposo su cabeza sobre mi pecho con tal de recuperar el hálito y los latidos a una frecuencia normal.

—Olympia Fasol..., eres única.

Estoy acariciando el cielo y no tengo alas.

Alatz es un amante insaciable, eso o tal como dice, llevaba mucho tiempo en dique seco y se ha marcado un crucero pasando por todos los mares, océanos y fiordos. A mí, tampoco me hubiera importado dosificarlo, tengo los muslos doloridos. No demeritaremos su experiencia y dotes eróticas cargadas de sensualidad, está versado en las prácticas más excitantes y placenteras, sin embargo, he estado a punto de suplicarle tiempo muerto, incluso en algún momento, le he rogado a algún santo rarillo a los que yo suelo encomendarme, que le enviara una flecha somnífera que lo dejara *K.O.*

No sé si mis plegarias fueron atendidas y se apiadaron de mí, o cayó fulminado pletórico de sexo, el caso es que, cuando estaba a puntito de encerrarme en el baño y llamar al 112, se durmió.

Yo, pensando que lo peor del mundo era encamarse con un oso bramador, descubro algo menos sonoro, aunque igual de molesto, ¡un isótopo radioactivo! ¡Virgen de los Nórdicos de Guata! ¿Cómo puede generar tanto calor teniendo tan poca grasa? Estoy por chivarme a los de Vandellós II, podría servir de pila térmica.

Y, poniendo la guindita, al nene, le gusta *enlaparse* a mi espalda, bien solapadito, como si yo fuera un peluche quita miedos. Reconozco ser algo más blandita que él, pero..., ¡corcho! ¡Una necesita su espacio! ¡Cómo mínimo para respirar! Ahí, enganchado, no me deja ni llenar del todo los pulmones... ¡Punto negativo para Alatz, por plomo!

A ver, comprobaremos la hora, si es que puedo moverme y girar la cabeza. De continuar, debemos marcar unas pautas sanas de convivencia, entre ellas, el lado de la cama. Ayer, por simpatía con el invitado, permití ocupara mi sitio, pero como no deseo sentar precedente y me lo arrebate, esta noche yo recupero mi lado, que el colchón ya tiene la forma y, ¡joé! ¡Qué es mi lado!

Según atisbo..., me queda una hora, me acurrucaré un pelín, que mucho me quejo, mucho me quejo, pero afloja los brazos y yo también lo busco...

¡Olympia, el espíritu de la contradicción!

¡Caca de una súper vaca! ¡Haré tarde! ¡*Snif, snif...*! ¡Me había olvidado!
¡No tengo el coche!

—¡Alatz! ¡Aparta, que no llego! —A ver si logro desanudarme.

—Qué no llegas, ¿a dónde?

—A casa de la abuelita... ¡Suelta, *joé!*

—No has mirado bien la hora... Aún es pronto.

—¿Será posible?! ¿Eres tan cansino?! Tengo el coche estropeado, he de pasar por Europcar para alquilar uno... ¡Tío, suéltame!

—Respira..., expira. —Aún le doy otro rodillazo.

—Me está subiendo un coraje desde las uñitas de los pies, Alatz...

—Llévate mi coche y aprovechemos el rato que nos queda.

—¿Tu coche? Y tú, ¿qué?

—Yo no tengo que reportarme ante nadie, nena. —Solo le ha faltado sacar las pistolas y soplar el cañón—. Además, en metro llegaré antes.

—¿Tú en metro? ¿No te da miedo?

—¿Por qué debería de asustarme tomar el transporte público?

—Con lo bueno que estás..., los manoseos están garantizados. —Él se ríe, pero yo no estoy diciendo ninguna necesidad.

—Iré andando si lo ves más seguro.

—Recuerdo dos Mercedes, no será el convertible, ¿verdad? —Ya me imagino por la Ronda con mi melena al viento súper pija de las de vomitar.

—Me he traído el Lexus. —¡Jo! Qué batacazo desde el ático me he arreado... Espera, ¿un Lexus?

—¿Qué Lexus?

—Me lo entregaron hace unas semanas, un *SUV*. —¿Perdona?

—¿El RX? —*Ahhhh!*

—Sí.

—Si llego con ese coche al trabajo me finiquitan esta misma mañana. ¡Un empleado no puede tener mejor coche que el jefe!

—Les demandaremos por despido improcedente.

—¡Menudo cacharrazo! Tú todo a lo grande...

—¿Y cómo sabes tanto de coches?

—Solo de sus geometrías...

—¿Y qué le ha pasado al tuyo?

—Un enano malvado dejó las luces de parking encendidas. —Besa mi

frente y ríe.

—¿Y no avisa?

—¿El enano?

—El coche, boba.

—Estuve resfriada y sorda..., aprovechó la oportunidad —respondo con un pucherito reclamando un arrumaco.

—¡Enano cabrón! Hacerle esto a la nena..., *rockabye, baby, rockabye*^[80]

...

—Y dejar al nene sin su tiranosaurio de lujo, ¿*sport?*... —Se ve incapaz de contener la risa.

—Déjame las llaves de tu pigmeo, pasaré por un taller de BMW y le cambiaré la batería.

—¿Cómo vas a pasar por el taller si el coche no arranca?

—Nena, he de especificarte todos los pasos esta mañana... —frunzo el ceño ofendida, ¿qué se ha creído este tío?

—Alatz, ¿te has fijado lo entrelazadas que están nuestras piernas y donde está depositada mi rodilla?

—Maneja la zona con suavidad, otro golpe con la misma energía y me dejas inservible.

—No exageres, de no quedarte dormido esta madrugada, estaba dispuesta a buscar el interruptor para desactivarte. —Ríe y ríe.

—Tenía muchas ganas de ti.

—O de «ñaca-ñaca».

—También. Desde que volví a verte, me fue imposible tener sexo con otra mujer y no me van ni los hombres ni la zoofilia.

—Sigo sin sentirme demasiado cómoda con la situación, ni preparada para creer que esto funcione.

—Soy de la opinión que, si después de tantas vueltas, nos hemos encontrado y nunca hemos dejado de pensarnos, ha de salir bien.

—Tú eres Acuario, fijo. —Ríe a carcajadas.

—No, soy Tauro.

—¡Dios! ¡Debí imaginármelo!

—¿También te riges por los signos zodiacales?

—Hay que tenerlo en cuenta todo, a estas alturas de la película, ni me sorprendería que fueras de *Raticulín*.

—Entonces, ¿quieres que aprovechemos la matutina? —¡Será *cochináceo*!

—¡No! Me vas a descoyuntar. ¡Dame un respiro! —ríe incontinente—. Además, la charla ha consumido el tiempo de descuento, está a punto de sonar el despertador.

—Venga, va..., mientras te duchas, preparo el desayuno.

—No hace falta, me tomo un café en la oficina.

—Tú te duchas, y desayunamos juntos.

—¡Tauro! De entre los doce, ¡Tauro! —exclamo mientras salgo de la cama. Aprovecha y le da una palmada a una de mis nalgas.

—¡Joder! ¡Qué culo!

—¡Ay, Alatz! ¡Estás enfermo!

Estoy enjabonándome cantando a pleno pulmón, como hacemos todos o el noventa y nueve, coma nueve por ciento, periódico puro, de la población, incluyendo las zonas desérticas. Me siento... ¡Jo!, ¡qué bien me siento!

Me pasaría el día como en un musical, armonizándolo todo, desde un: «*nene, pásame la mantequilla*», a «*devórame otra vez*». Y continúo el recital envuelta en la toalla, con el cepillo a modo de micrófono, entonando *Stand My Ground* a voces, moviéndome igual que si estuviera ofreciendo un concierto en el Palau Sant Jordi, con los ojos cerrados, para no ver el ridículo reflejado en el espejo del aseo. Al final entre tanta bobería, saldré tarde y llegaré tarde, cualquiera le dice al vasco que no desayuno.

—¡Ahhhh! —¡Jesús, qué susto! Aguanta la tostada que traía entre las manos con la boca y aplaude—, has estado a punto de dejarme más tiesa que la articulación de un Click de Playmobil.

—Lo haces francamente bien.

—¿El qué? —Eleva una ceja, sonrío truhan, se acerca, me sube al mármol. Cruzaré los dedos de los pies para que aguante el peso. Me pone la tostada en la boca y me quita la toalla... Hoy llego tarde, seguro.

—Todo. Cantar también. —Ay..., ya comienza el *cosquigusto* en el sitio de los pecados.

—Alatz..., no empieces.

—Ni te he tocado. —Y yo he de creerme que el tono utilizado es con el que se dirige al magistrado..., si siempre da con juezas, normal que no pierda un caso.

—Me pones la miel en los labios... —argullo mordiendo la tostada.

—Quiero que recuperes las fuerzas perdidas.

—Pues sal del baño y así las acumularé para más tarde.

—*Uhhmm*, quieres más..., te quejas, pero me deseas...

—Eres muy tonto, Alatz. —ríe a carcajadas.

—Y tú única rompiendo el clima. —Me besa sin entretenerse demasiado, cosa que agradezco, me deposita en el suelo, me arrebató la tostada y vuelve a besarme—. Va aligera, que no vas a llegar.

Ahora mismo, le daría un *patadote* en ese culo perfecto que se aprecia a través de la seda negra del pantalón del pijama, que se ha puesto para no andar en bolas por todo el piso, o por higiene mientras preparaba el desayuno... Siempre he asociado esa prenda con las películas en donde salen tíos de quitar el hipo, y justo tengo uno en mi casa, que elije estar a mi lado, en lugar de optar por una modelo de «rompe y rasga». Ha de tener truco.

—*¡Wow! Noi...*, te has esmerado, ¿qué has hecho con el kiwi?

—Una flor de Lis para una diosa del Olimpo. —*¡Qué mono!*

—Me da pena comérmelo.

—Se tarda un minuto en impresionarte.

—A mí nadie, ni mi madre de niña, se ha molestado en hacerme la fruta apetecible. —Con lo que zampaba tampoco era necesario.

—Solo es un gesto, nena. Disfruto cocinando, me distrae, además estás a la última en utensilios de cocina, muy de diseño por cierto..., intuyo que por sus geometrías. —*¡Espera, me parto y continúas con el show!*

—Sí, yo no tengo ni mano, ni tiempo, ni ganas de aprender... La primera vez que hice un huevo frito, me puse de puntillas para soltarlo al aceite hirviendo...

—*¡Nena! ¿Cómo se te ocurre?*

—Desde el incidente, los preparo en el micro..., en ese molde del pollito, ¿a qué es ideal? —*Ríe limpiándose las comisuras.*

—Tú sí que eres ideal, divina..., me encantas. —*Estira su mano y me regala una caricia.*

—*¡Qué tontorrón!* —Sigo desayunando, todo está muy bueno. Este hombre tiene demasiados atributos. Eso es muy malo.

—*¿Te ha vuelto a llamar Saúl?* —*¡Jo!* Tenía la vaga esperanza de que no tocáramos el tema.

—Si no lo ha hecho durante el tiempo de la ducha, no.

—No he oído timbrar el teléfono.

—Saúl es un tipo obediente, le envié un mensaje avisándole de un retraso en el vuelo... Más mentiras.

—No te mortifiques, engaño por engaño.

—Alatz, eso a mí no me vale.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, nosotros no habíamos consumado... —
¿Estamos los dos en el mismo siglo o él en dos más atrás?

—A ver, alma de cántaro... ¿No es verdad ángel de amor, que hemos estado besuqueándonos por todas las orillas y tú me has hecho un chupetón?
—Se mea, de esta se mea.

—Vale, eso puede entrar en un semi engaño...

—¿Qué semi ni qué semi? Son cuernos sin penetración, aún peor. Estaba con él, babeando por ti.

—Eso no cuenta, él no ha considerado en ningún momento que te podía dañar al liarse con *Lady Pádel*. —¿Ya no es Carol?

—Y eso lo sabes tú, porque tienes poderes clarividentes... No opino igual. —¿A qué al final me quedo sin coche por bocazas?

—¿Piensas que te quiere? Si no marca tu número ni por equivocación.

—Que no me atosigue a mensajes y llamadas, no significa que no me tenga presente.

—Eres de una inocencia...

—No soy tan ingenua como me habéis catalogado, solo porque no me van esos juegucitos sexuales sin topes. Saúl me quiere, aunque a ti eso te joda..., cosa distinta es que su manera de querer y la que yo espero, sean disonantes.
—Me observa frunciendo el ceño, apretando los labios. Estoy por tirarle el trapo mojado del fregadero a ver si despierta. ¡Paso! Voy a acabar el desayuno, el día promete.

—Yo te quiero. —¡Anda mi madre! ¡Qué *momentazo*: «*Olympia forever and ever*»!—. ¿También lo sabes?

—Lo intuyo. —Hay que restarle un poco de solemnidad, soy muy de lágrima sostenida.

—¿Y es cómo esperas que te quiera el hombre de tu vida? —*¡Uff!*
¡Cuántas palabras de esas bonitas! ¡Venga va, Olympia! ¡Salta desde el ático!
¡Verás el *fosti*ón después!

—Sí, es como espero que un hombre demuestre sus sentimientos hacia mí..., pero... —No todo iba a ser tan bonito.

—Pero..., menuda conjunción adversativa de mierda —musita.

—Sí, pero..., un «pero» porque todo tiene un límite. La preocupación cuando raya el acoso provoca el efecto contrario.

—Capto.

—Chico listo.

—Pero... —Levanto la ceja interesada—, voy a seguir preocupándome por ti. No sé hacer las cosas a medias.

—No sé ni para qué me molesto en contestarte.

—Sabes que tengo razón.

—Eres denso..., muy denso, Alatz...

Sonríe, esa sonrisa canalla de medio lado enarcando una ceja, con la que le aumenta el guapo y rompe las líneas defensivas de cualquier Guardia Real. Las mías por lo menos, es ineficaz que me desgañite clamando: «*¡Qué le corten la cabeza!*». Mi ejército de naipes no ejecuta mis órdenes, he perdido autoridad, ya no me respetan. Y ahora que pienso, ¿desde cuándo soy la Reina de Corazones?

Tiene guasa que yo, esté con «el creído» elevado.

Estoy maniobrando para aparcar el bicharraco en la plaza asignada en la empresa. No le tengo tomadas las medidas, he de fiarme de la cámara y los sensores de parking. Es mastodóntico, casi necesito un peldaño entre la estribera y el habitáculo para poder sentarme a conducir en el exclusivo asiento de piel beige. Espero que no me... ¡Vaya por dios!, si antes lo pienso...

—Buenos días, Olympia. ¿Has cambiado de utilitario? Poco práctico para ir por ciudad.

—Buenos días, Pedro. Buenos días, Pablo —hay que saludar por separado, sería nefasto instarles a pensar que uno tiene más autoridad que otro, cuando son los dos igual de inútiles—. No, entré en un sorteo por internet y me lo han prestado para probarlo.

—¿Y se lo dejan a cualquiera? —Me convertiría en alpaca para poder escupirle y esturrearle saliva pestilente por toda esa cara morena zanahoria de rayos UVA..., o mejor en varano, que está colmada de bacterias.

—Prueba, Pablo, tú también tienes cualidad de «cualquiera». —No le ha gustado... Ajito y agüita.

—¿Cómo fue el seminario? —¡Ostras! Ahora no sé si va con segundas.

—Interesante.

—Debéis de estar agradecidas con vuestros empleadores, no todos los empresarios tienen estas deferencias hacia sus asalariados. —No me gusta ni el tono, ni las insinuaciones. No pienso subirme con este par de puercos en el ascensor, ni desapareciendo las escaleras.

—¡Menuda cabeza de chorlito la mía! Vuelvo al coche, me he dejado unos documentos.

Son tan repulsivos. Leo hizo fatal en tirarse a uno de ellos, ahora se creen que yo también tengo el mismo mal gusto, y no se insinúan a Thais porque saben que está casada y la tienen por más seria y tradicional.

Entra otro coche en el parking. Las chicas.

Leo me mira en pestañeo ininterrumpido. Thais, casi se estampa. Las espero. Antes de entrar en el despacho tomaremos nuestro cafecito de rigor, que luego todo se complica y sin cafeína diluida en un líquido que aseguran que es agua, no soy persona.

—¿Pero eso qué es lo que es?! —Leo sigue alucinando y lo manifiesta.

—Un coche.

—¿Y ya llegas a los pedales?

—Es automático y el freno es muy grande, hasta tú lo encontrarías.

—¿Ha cambiado el Evoque Saúl? A Omar le encantaba.

—No.

—¿No es de Saúl? —Thais entrecierra los ojos confundida.

—No. Es un coche de sustitución —no es mentira—, el mío está en el taller.

—¿Y la BMW presta Lexus? ¿Se boicotean a ellos mismos? —Era más creíble lo del premio.

—¿A qué viene tanta pregunta? ¡*Coi*, no es más que un coche grande!

—¡Es del vasco! —¡Será posible!

—¿Vamos a tomar el café?

—¿Es del vasco? —Leo sujeta mi brazo, para que no me escabulla, cosa absurda, en el ascensor no hay escapatoria.

—¡Ay! ¡Pues sí, es del vasco! ¿Contentas?

—¿Y tú? ¿Estás contenta tú? —¡*Ains!* En este momento envidio Andorra, allí *solica*, sin impuestos, sin necesidad de escuchar a ningún país vecino acusándola de adúltera.

—Sí, lo está. No hay más que verla. —Leo y sus insinuaciones *verdonchas*.

—¿Y Saúl? Habrás hablado con él..., ¿verdad?

—Sí, le envié un mensaje diciendo que había perdido el vuelo... —Hoy mejor café solo, el día cada vez se pone más interesante. ¡Ostras!, no sé si cargué la tarjeta de la cafetera, necesitaré unos cuantos litros.

—¿Cómo puedes estar tan pancha?! —Escandalizada no define ni someramente el estado de Thais.

—Porque ayer estuve en su casa, mientras él y Carol se enseñaban los lunares. ¿Un manchado? —Ni me molestó en esperar la respuesta, pulso el pictograma de la máquina.

—¿Qué Carol? —Le entrego su café, saco el de Leo.

—¿Qué lunares? —Thais y yo nos giramos para lanzarle a Leo una mirada reprobatoria— ¡Ah! ¡Vale, vale! ¡Oh, qué gorrinos! ¿Qué Carol?

—*Lady Pádel* —bisbiseo ocupando un taburete al lado de la cafetera.

—¡*Joé!* El mundo es un pañuelo lleno de los mismos mocos.

—Pierdes glamour con esas comparaciones tan asquerosas, Leo.

—Lo gano con un pestañeo de alas de mariposa.
—¡Vosotras dos! ¡No os desviéis del tema que ya os conozco!
—¿Qué más quieres que te explique? ¿Los movimientos del «*mete-saca*»?
—¡Hala, tía! —exclama Leo.
—No, no es necesario... Me refiero a qué hacía *Lady Pádel* en su casa.
—Thais, ya te lo ha dicho..., *mete-saca, mete-saca*... —Ilustra la inferencia con un gesto algo obsceno.
—*Lady Pádel* es su ex.
—¡*Ahhhh!* ¿Cómo es posible? ¡Coño! Y también es la del vasco.
—Sí, es la «ex» por excelencia. —Imposible disimular el asco, seré estúpida, pero me da grima hasta el nombre.
—¡Jo, con el Sergio Saúl! ¡Tiene una voluntad férrea! —A Thais parece afectarle más que a mí.
—Aún la lleva en el centro de la patata.
—¡Y en la punta de...!
—¡Leo! —la regañamos a la vez.
—El que no me cuadra en todo esto es el vasco. —A Thais el vasco le escama, a mí me encama...
—Ha dejado a Miranda.
—¿Por ti? —¡Jo Leo! No tienes igual desinflando el ego.
—Al parecer, sí.
—¿Y cómo sabía que estabas en casa? Quiero decir, en tu casa.
—Básicamente se dedicó a esperar a que apareciera.
—¡Jesús! ¿Y si hubieras estado con Saúl?
—Iba a ir a buscarme, vamos que la hubiera liado parda..., aún tendré que estarle agradecida a *Lady Pádel*.
—Es casi un psicópata— murmura Thais, y ahora que lo menciona...
—Dejémoslo en perseverante.
—¿Y ahora qué?
—Le he dicho que puede quedarse en casa. —Thais, me observa ojiplática. Leo, sopla su café que ya está frío—. Aunque, lo mantendremos oculto un tiempo.
—¿Por qué? —Leo mueve la cabeza a derecha e izquierda, confusa.
—No quiere que Miranda asocie la ruptura con nuestra relación.
—Pues hija, os estáis camuflando como los perdigones en el *sembrao*.

—Se supone que vive conmigo..., en plan de amigos. —Leo y Thais se miran y tras un segundo, rompen a reír.

—Sí, Miranda no sospechará nada, ni Saúl tampoco.

—Claro mujer, ¿cómo era aquello de la *Botilde*? —Leo pone cara de pensar tonterías.

—¿Qué *Botilde*? ¡Ah! ¡La *Botilde*! Te refieres al «Un, dos, tres».

—Sois más antiguas que las Hespérides.

—Olympia y el vasco, son amigos y residentes en Barcelona..., para el mundo, son solo amigos.

—Pero cuando llega la noche... La noche...—Menudo par de tontas del culo.

—¡Lobo! ¡Lobo! ¡Lobo! ¡Lobo!

—¿Podéis comportaros como personas adultas?, ¿o como personas? ¿Es mucho pedir?

—¿Te cantó mucho ayer? —Las voy a mandar a la mierda en tres, dos, uno

—Seguro que cantar, le cantó poco, con la tensión que acumulaba.

—El baile de la victoria..., con las caderas...

—¡El meneíto!

—¡Se acabó! ¡Id a reiros de vuestra puñetera madre! —Marcho por no cometer un homicidio alevoso.

—¡Va mujer! No te enfades. —Se levantan conmigo.

—¡No me sigáis!

—Vamos al despacho, están los tres en la misma planta. —*¡Ains!* Señor de las Amistades Termostáticas Brutalmente Abrumadoras, ¡por qué me castigas así!

—¡Pues no me habléis!, mejor dicho, ¡no penséis ni en hablarme! ¡Ni tampoco habléis de mí entre vosotras!

Comadorean a mi espalda, entre risas de marujas asesinas, no se esconden ni esperan a que desaparezca, lo hacen con toda la idea, para apuntar con el dedo mi conducta poco lógica. La amistad está sobre valorada, uno es mucho más feliz en lo alto de un cerro, mirando las nubecillas pasar, sin tener que soportar el sarcasmo de los comentarios del par de payasas que me siguen.

La mañana está transcurriendo a la velocidad de las partículas en un *Colisionador de Hadrones*, todo dentro de la rutina imperante en esta santa empresa.

No he tenido tiempo de mirar el teléfono, que se ha convertido en una nueva obsesión. Para mí hasta ahora, solo había sido una herramienta de trabajo, una oficina móvil aparte de despertador. Es cierto que cuando lo sustituyo por uno nuevo, los primeros días me paso trasteándolo a la menor ocasión, para desinteresarme al descubrir todas las aplicaciones que nunca utilizaré. Generalmente, al llegar a casa de camino a la ducha de la suite, lo dejo en la mesita y me olvido completamente de su existencia, a no ser que alguna de las dos petardas, envíe algún post o vídeo viral gracioso y nos engresquemos comentando las tonterías expuestas. Sin embargo, desde que el vasco me funde la batería a mensajes, me cuesta mantenerlo lejos o en un plano apartado. Hoy me estoy comportando, he conseguido contener la tentación, puede que el mérito se lo deba a la pila de trabajo retrasado por culpa del gripazo de la semana pasada, no obstante, es un paso hacia la recuperación... Como premio al esfuerzo, voy a ver si me ha escrito algo.

Nena, lo de ayer estuvo, uff... ni sé cómo describirlo.

9:45

Debo de padecer Olympitis, no dejo de pensar en ti, en lo buena que estás y todo lo que voy a hacer contigo después.

9:48

Hacía muchísimo que no estaba tan ilusionado, y siento tal entusiasmo que me apetece gritar.

9:53

La sonrisa me delata. Hasta Edurne, la procuradora lo ha percibido, y si lo dice ella, la creo. Es gay y lleva su androginismo a gala.

10:00

Intentaré concentrarme en algo que no seas tú. No es bueno defender una causa con esta cara

de Eurodisney que exhibo.

10:05

He llamado al cerrajero para que cambie la cerradura... ¡Ya tú sabeee!

10:39

Llegaré antes a casa para cambiar la batería de tu coche, preparar el baño y la cena.

10:45

Nena, me haces... feliz.

10:48

¡Oh! Y más... ¡Súper..., oh! Con muchas «os» y «haches». ¡Qué monísimo es! No quiero ilusionarme demasiado, es perfecto y la perfección no existe, tampoco le sacaré los defectos... ¡Es tan bonito! Aunque he de rebajar el grado de romanticismo para no seguir flotando como una pompa de jabón.

¡Ahí va, la hostia! ¡Pues...! Mira si nos ha salido dulzón el vasco.

11:42

Mi mañana no es tan amena como la tuya. Me lloran los ojos de concentrarme en papel milimetrado.

11:44

Aprovecho para decirte que la columna del parking se ha movido mientras aparcaba.

11:47

¿Es muy cara la pintura esta azul tan rara?

11:49

¿Estás a tiempo de devolver el coche?

11:50

A lo mejor no se percatan del raspón, la abolladura y el foco roto...

11:51

Nene, ¿sigues contento?

11:52

Cabrona.

Estoy en los juzgados. Hablamos.

TQR

11:53

Ahora, la sonrisa idiota la luzco yo. Suspiro. Releo todos los mensajes encerándome a mí misma, hasta que el teléfono de sobremesa me devuelve a la realidad y me sumerjo en el trabajo de mejor humor y más animada.

Barajo la posibilidad de no salir a comer o hacerlo sola, mis chacras están recargados de energía vasca y, estoy convencida de que estas dos, van a seguir en la búsqueda de información o manteniendo la chanza, y no me apetece ni una cosa ni la otra.

—¿Te vienes? —Entra Leo sin tocar a la puerta.

—En las pocas ganas de ir a ningún sitio con vosotras meditaba en este preciso momento —sin levantar la cabeza del plano en planta que replanteo, respondo.

—No seas boba, dejaremos el tema aparcado..., por hoy.

—¿Por hoy? —dedicándole una de mis miradas de, ¿por qué a mí?

—Si tú crees que Thais se quedará sin saber cómo es el vasco, es que no conoces a Thais.

—¡Si lo vio en la disco!

—No le dio tiempo, ni a mí tampoco.

—Vale, venga...

Me levanto como si pesaran mis huesos mil kilos y cojo el bolso. Leo me da un amigable empujoncito con el hombro y yo, que soy más tonta que hecha de encargo, suspiro y las acompaño, a sabiendas de que me darán la hora de la comida...

Bajamos hasta el parking y, a pesar de su insistencia para ir en el coche de Alatz, yo me niego en rotundo. No me gusta utilizar vehículos ajenos y menos cuando los acaban de estrenar, y mucho menos cuando cuestan mi

sueldo íntegro anual de tres años.

—¡El Sergio Saúl! ¡Escóndete! —exclama Leo alertada.

—Voy delante Leo, ya me ha visto y conoce el coche de Thais.

—¡Ya puede estar bueno el vasco! Porque... ¡Joder con *Saulcito*! —En ocasiones pienso que a Thais el Sergio Saúl le hace *tolón*.

—Anda, para al lado... ¿conocerá la tarifa plana?, no hace una llamada ni para pedir auxilio. —Bajo la ventanilla—. Hola, ¿qué haces aquí?

—Hola, chicas...

—Hola. —Perfectamente sincopadas.

—Olympia, ¿comemos juntos?

—Vale... —Para qué darle más vueltas—. *Nenis*, nos vemos en el despacho.

—¿Estás segura? —Thais parece preocupada, le guiño un ojo mientras acciono la palanca de apertura.

—Hasta otra, chicas.

Saúl se despide con una sonrisa y me toma de la mano. Aunque, no es de mi agrado el gesto, no voy a quedar embarazada por eso.

En silencio nos encaminamos hacia su deportivo y antes de abrir mi puerta, mostrando sus modales urbanos más galantes, me sujeta de la cintura y busca darme un beso, yo tuerzo la cara y le ofrezco la mejilla.

—Te noto algo seca, ¿pasa algo? —Básicamente, no encuentro apetecible saborear las babas de otra..., y suficiente cargo de conciencia he padecido ya, engañándote a ti.

—Nada. —¡Jo, me ha salido un «nada» igual al del anuncio del Self Bank!

—Pues es un «nada» muy «todo». ¡Menuda efusividad para no habernos visto en dos semanas! ¡Joder! —¿Tendrá el valor de enfadarse?

—He tenido una mañana algo complicada.

—Los asuntos laborales no han de afectar a los asuntos de pareja.

—Tienes razón, los asuntos de pareja no deben de interferir en lo laboral. —Levanta una ceja y me mira un segundo escaso, para no estamparnos con el camión de reparto de delante.

—Entonces no digas «nada».

—Comamos ahí mismo, si nos alejamos llegaré tarde. —Y no sé si me traerás de vuelta a la empresa, y desde aquí andando llevo rápido.

—Como gustes.

Accedemos al parking, no es aconsejable aparcarlo en alguno de los callejones adyacentes a la zona industrial, podría encontrárselo montado en unos ladrillos y sin ruedas. Vuelve a tomarme de la mano. Entramos en la pizzería y ocupando una mesa sin mantel y algo pegajosa. En el local abundan los operarios de las fábricas de los alrededores, nos observan algo contrariados por razones territoriales, parecido a los moteros americanos con chupas de emblemas satánicos, pero estos con monos grisáceos y chalecos amarillo reflectante.

—¿Cómo fue por Madrid? —¿Si yo te contara!

—Bien, nos encontramos a Miranda con otra amiga.

—Carol.

—Exacto, Carol —respondo sin sacar la cabeza de detrás de la carta, aunque sin leer nada de lo que pone. El díptico del menú, también se engancha.

—¿Estuvisteis en el Joy Eslava? —Cómo si no lo supieras.

—Sí, demasiado aforo.

—Siempre hay algún famoso, las mujeres se dejan caer por allí para cazar algo interesante.

—Según el tipo de mujer.

—No lo decía por vosotras... Estás muy a la defensiva.

—No hablaba de nosotras. Sé que entre esa jauría de pestañas postizas y pechos siliconados no tendríamos opciones, aunque tampoco las buscamos. Solo generalizaba...

La camarera, una chica de unos dieciocho años con un moño que le eleva la cabeza a lo *Candace Flynn*, ojos maquillados a imagen y semejanza de Amy Winehouse, mascando chicle en un batir de mandíbulas espantoso, asqueada de la vida su conducta cansada; se acerca agitando un paño húmedo de color indeterminado que pasa por encima de la mesa sin dirigirnos ni un «hola». Ya estoy arrepentida de haber entrado.

—¿Nos puedes tomar nota? —pregunta Saúl con un deje algo estúpido. Mala idea, si la disgustas, le escupe a la comida fijo.

—¿Ya lo saben? —¿Servís algo que venga en blíster?

—Dos pizzas de queso de cabra con verduras y miel de romero, y una ensalada para acompañar, por favor. —Gracias por consultarme, adoro la miel de romero en una pizza de queso...

—¿De beber?

—Lambrusco.

—Y agua, por favor —añado. No sé qué tendrá previsto hacer después, a mí me espera una tarde a pleno rendimiento.

—Vale, ahora lo traigo.

Esta muchacha tiene una disposición y un empaque meritorio de profunda admiración, cualquiera querría una empleada con esa actitud, es digna de elogio.

—Te gustará, en Milán es muy típica con espinacas y cebolla, es buenísima.

—En Milán, hasta la pizza margarita tiene su qué —no le mencionaré por enésima vez cómo odio esa manía tan suya de elegir por mí, al fin y al cabo, no se dará la oportunidad nunca más

—Estás muy distante, me pone de mal humor verte así.

La camarera regresa con un mantel de papel, coloca unas pinzas a los lados y deposita los cubiertos encima de las servilletas, también de papel. Tiene la delicadeza de un bisonte en una estampida. Se marcha tras dejarnos en el centro la aceitera, con la misma cantidad de roña que acopia el rabo de una vaca.

—¿Por qué no te quedaste en mi casa?

—Porque es tu casa y tengo la mía.

Vuelve ese ideal de mesera, con la ensalada y la bebida, que ni abre ni sirve. Me está mareando con tanto meneo de moño y modales discretos, tirando a nulos.

—Ayer, cuando aterrizaste, podías haber venido a casa.

—También podrías haberme llamado para saber a qué hora llegaba o haberte ofrecido a venir a buscarme. —Y menos mal que no lo hiciste..., entre jadeos y gemidos, una se concentra fatal para mentir.

—Lo sabes, no es mi estilo.

—Ese es nuestro problema Saúl, somos de estilos poco parejos.

—¿Es por eso tanta estupidez? —Tócate los huevos haciendo el pino puente...

—Estoy más bien..., cansada.

—Somos mayorcitos para andar perdiendo el tiempo con actitudes absurdas.

—Al principio de conocernos, no te lo parecían.

—Hemos avanzado, es normal que todo se relaje, sería agotador mantener siempre ese nivel de implicación. —Me hago cruces.

—¿Ves?, otra diferencia notable entre nosotros, el nivel de implicación.

—¿Otra vez el sermoncito del viaje a Londres? Olvidémoslo, por favor.

Regresa el epítome de alegría y profesionalidad con las pizzas y me callo. Al marcharse reviso la comida, por si detecto algún ingrediente poco habitual, un insecto, un dedo..., espuma.

—Me está empezando a enfadar tú hostilidad, Olympia. Eso sí cansa de ti. —Empujo el plato, definitivamente, no probaré esto, no lo he pedido, y no me parece apetitoso, ni aquí ni en Milán.

—Te he engañado, Saúl.

—¿Pero? ¿Cómo? ¿De qué hablas?

—Que te he mentado. Ayer, mi vuelo aterrizó a las ocho de la mañana en el Prat.

—¿Y a santo de qué me dijiste que lo habías perdido?

—¿Quieres saber a dónde fui después? —Vamos a obviar el tema de la ropa guarra, no viene al caso.

—Puedes ahorrarte la retórica de suspense.

—A tu casa. Fui a tu casa..., me quedé lo suficiente para evitarte esa justificación tan manida de: «*no es lo que parece*», porque fue. En realidad, fue mucho más. —Nos observamos. Mi intención no es acusarle..., «*el que esté libre de pecados, pecará algún día...*».

—No tenías que haberte ido.

—Sí, claro... —qué cínico—, debería de haber montado una escenita televisiva, rompiendo cosas, llorando..., ¿ves cómo no estamos al mismo nivel de implicación?, de haber sido al contrario, tú sí te habrías comportado así.

—Sabes que Carol y yo tuvimos una relación complicada, nos encontramos en el aeropuerto..., me habló de ti...

—Saúl, no quiero que te evidencies, ni te excuses, de veras, no es necesario.

—¿No te importa?

—Cuando salí de tu casa a escondidas, he de reconocerlo, me sentí mal, decepcionada. También sentí mucha tristeza..., por ti.

—Yo no quiero estar con Carol.

—¿Y qué más da lo que quieras? Cuenta que sientas..., y aun sabiendo que no es la elección más sensata, ella te lubrica sin forzar los engranajes con los que más disfrutas. —También va por mí.

—Ha sido un error, un desliz..., podemos arreglarlo. Olympia, puedo ser mejor para ti. —Llega tarde.

—¿Forzar a qué me llames?, ¿a qué me acompañes?, ¿a qué me tengas en consideración?, ¿a qué me seduzcas cada día?, Eso solo alarga el momento de la caída.

—Probemos, otórgame el beneficio de la duda.

—Entiendo lo suficiente de estructuras para reconocer que, aun realizando mil modificaciones, su naturaleza, o la volverá a recolocar como en origen o la dañará para siempre.

—¿Me estás mandando a la mierda? ¿Así sin más? —¡Jo, qué tío! Una en modo trascendental y él más bruto que el que probó si la plancha estaba caliente con la lengua.

—Yo quiero algo más, tú no puedes ofrecérmelo, ¿para qué insistir?

—Mi infidelidad con Carol no ha marcado tu determinación.

—La ha adelantado.

—Entonces, se acabó.

—Sí, se acabó.

Jugueteamos ambos con las pizzas, incómodos en realidad. A pesar de estar rodeados de gente hablando, riendo, incluso de manera estridente, nuestro silencio absorbe todo el ruido ambiental, como si estuviéramos en el centro de una cámara anecoica, en donde la ausencia del sonido es capaz de enloquecerte.

Yo no he probado bocado, él tampoco. Mira su reloj, saca la cartera, deja cincuenta euros encima de la mesa y se levanta.

—¿Nos marchamos? —el tono no es amigable.

—Puedo volver sola.

—No seas ridícula.

—Está visto que no hay una línea delgada entre el amor y el odio. No, qué va, para nada..., de hecho, hay una muralla china con todos los guerreros de Terracota armados cada quince centímetros, para no traspasarla.

No responde. Y a pesar de lo hablado, de sentenciarlo al olvido, me sujeta de la mano y me, medio arrastra, hasta el coche. Subo y vuelve el silencio. Doy gracias a que estamos cerca de la empresa, no sé cuál será la palabra que sucede a incómoda, yo añadiría «Olympia» a las acepciones, imposible que haya alguien sufriendolo más que yo en este instante.

Llegamos. No aparca, chulescamente encara el coche dentro del parking

sin llegar a entrar. Yo necesito salir, tomarme un café y comprar una bolsa de palitos de pan con pipas de la máquina expendedora, además de leer los mensajes que han ido vibrando dentro del bolso, seguro, de las dos cotillas más cotillas del reino de las cotillas y, de Alatz, que es la otra cara de la moneda. Está visto que conmigo no va lo de «*en el centro está la virtud*».

—Bueno, Saúl... —¡Joder! ¡Qué mal rato! Estoy sudando de la tensión. Nunca antes me había costado tanto romper con alguien. Tampoco él colabora demasiado, mira por el parabrisas con gesto contrito.

—Qué importante es conocer las leyes de la física elemental. Son aplicables a todo. —¿Por qué no podemos dejarlo como todas las parejas? Tú me gritas, yo te berreo qué no estoy sorda, tú te desesperas, yo paso de ti, y nos enviamos mutuamente a la «*miércoles...*» ¿Por qué no me largo y lo dejo aquí con sus cálculos de aritmética poligonal?

—¿Todo? —acabo de enunciar la pregunta y ya estoy arrepentida de haberla lanzado.

—Por ejemplo, en la superficie de la Tierra la aceleración originada por la gravedad es $9,81\text{m/s}^2$, a mayor altura y masa, más contundente el golpe contra el suelo, más probabilidades existen de que mueras con el impacto... Lo mismo sucede cuando te enamoras. —Lo observo ceñuda, molesta por el comentario. Si fuera más normal, un tío más de andar por casa, con un «*tú eres imbécil*» serviría, pero como últimamente no doy con uno glorificando los tópicos, me veo retorciendo las meninges para darle la réplica adecuada. Enfadarse así es agotador. Lo dejaría pasar, si no fuera porque estoy hasta el mondongo de tanta mamandurria.

—Se te olvida que, según Einstein, no existe el empuje gravitatorio, lo cataloga de mera ilusión, un efecto geométrico. Así, la Tierra deforma el espacio-tiempo de nuestro entorno, de manera que el propio universo es quien nos aplasta contra el suelo... Y por lo poco de leyes universales que conozco, de amor, no se muere nadie. — Ahora sí me dedica una mirada y una sonrisa extraña, como de satisfacción.

—No voy a darme por vencido. —¡Venga ya! Esto es para pegarse un tiro.

—Ya está, Saúl... va, no seas niño.

—Me he confiado, pero llegaré al paralelismo de exigencias que reclamas.

—No lo hagas.

—¿Crees que no puedo alcanzarlo? Volveremos a disfrutar juntos. Sé positiva.

—Sé positivamente, que eso no va a suceder. —Ya tengo suficiente con mi pesado particular, a él se lo tolero.

—Nos vemos, Olympia.

—Hasta la vista.

Y justo cuando estoy accionando la maneta para bajar, tira de mi brazo, me giro para reprenderle y paraliza mi cabeza con ambas manos con tal de besarme con ganas atrasadas.

Forcejeo para que me suelte y finalmente le clavo los dientes, se separa, pero en lugar de mostrarse agresivo, se chupa el labio y sonrío. Bajo del coche y le doy una patada a la rueda. Sí, una actitud absurda e infantil, pero cuando una está rabiosa se desquita con lo primero que tiene a mano. De llevar algo metálico le habría firmado el capó.

—¡Eres un cerdo!

Le chillo desde la puerta del vestíbulo. Arranca riendo a carcajadas. ¡Pues sí que se ha tomado bien la ruptura! He de tener un imán para tarados.

¡Jo! Y para acabar de rematar la jugada me gruñe el estómago como si tuviera dentro leones con hambre de doce días.

Venga Olympia, aún hay tarde para ser abducida por algún marciano.

Barcelona por la tarde es desesperante. El tráfico se intensifica significativamente al aumentar las horas de sol. La gente aprovecha que los días se alargan y dedica ese tiempo extra a actividades lúdicas. A mí, ya me parece bien que se llenen las terrazas, que la economía se mueva, que la humanidad deseosa de disfrutar se divierta, ¡pero sin coger el coche, narices!

Tampoco ayuda a la movilidad, que la bendita ciudad siempre esté en obras, que estrechen las vías, que los motoristas no respeten las líneas continuas, que los taxistas cambien de carril a su antojo y que yo conduzca un vehículo ocupando de ancho el espacio de un autobús.

Explicaciones absurdas. Mi nerviosismo es directamente proporcional a las ganas de llegar y besuquear al vasco *porculoso*. Ese incitador a cometer disparate tras disparate.

He de explicarle lo sucedido con Saúl y, si hemos de guardar las formas y mantenerlo en secreto, que esté viviendo en casa, no es una idea del todo brillante.

¡Qué situación! ¡Qué me suceda esto a mí! ¡A mí! ¡Que siempre he sido la poca cosa de la menos cosa!

Mi existencia, llamada a ser un suceder sin nada a reseñar, se ha convertido en una espiral de vergüenza.

Dejo a Mateo, conozco a Saúl, me gusta Saúl, inicio algo con él —llamémosle «x»—, llega Alatz, babeo por Alatz, pero me acuesto con Saúl. Alatz se encapricha de mí —sí, altamente increíble e irrisorio—, me acosa, se preocupa y me desarma que lo haga... Para ser sincera y rotunda, me desarma todo lo que me hace —llamémosle «y²»—. La relación con Saúl se enfría, podría haberla arreglado, pero recordemos que babeo por Alatz. Me compro ropa interior cara y picante pensando en él, y decido estrenarla con Saúl. Sin embargo, él se rinde a la perversión de *Lady Pádel*, y a mí no me afecta, aunque lo trastoca todo a mi favor y al de mi desenfreno.

Aparece Alatz, que, resuelto a estar conmigo, rompe con Atenea para quedarse con Láquesis. Estreno la lencería guarra con él y hago creer a Saúl que ha sido su infidelidad la desencadenante de nuestra ruptura. Y este, cubierto en atrición, determina reconquistarme.

¿Cómo he llegado a asumir tanto cargo de conciencia?

¡Ni emerge ya el ángel en mi hombro para aconsejarme!

Su lugar lo suple otro demonio, el que maquina juntando las yemas de los dedos de ambas manos en un gesto medido y pérfido, de rumiar conspiraciones...

No voy a erigirme como espejo de rectitud, tampoco nunca he tenido que demostrarlo, sin embargo, he morado con la certeza rotunda de no haber lastimado a nadie.

¿Le sucederá esto a la mayoría de las personas?

Al no disponer de elementos para muestreo, surge la duda. Thais está con Omar, casi desde el cambio de la dentadura de leche, y Leo..., bueno, Leo se aburre pronto de todos, aunque los colecciona de uno en uno, a lo sumo, deja alguno en cartera, pero ordenados por altura, formas y colores.

¡Ains! Me he levantado a mí misma dolor de cabeza. Hoy meteré los veinte comprimidos efervescentes de Actron en una jarra y me los tomaré con hielo.

¡Virgen de los Vehículos de Tracción Mecánica! Meter esto entre mi discreto BMW y el pilar, es casi tan complicado como enhebrar una aguja padeciendo estrabismo.

Qué extraño resulta llamar al timbre del propio domicilio, sobre todo, acostumbrada a vivir sola. Espero que esté, o, de haberse marchado, haya tenido las luces de dejarle las llaves al conserje. Aunque prefiero que esté. Pulso dos veces.

—¡Voy! —¡Jo qué sensación! Mira toda la piel tiesa, hasta raspa. Si abre solo con un delantal, infarto.

—Hola, nena. —Camiseta y pantalón de deporte, marcando esos bíceps y ese estómago... Tengo que sugerirle lo del delantal, he fijado esa silueta en la retina de imaginar.

—Hola, nene. —Ni acabar de entrar me permite, cierra la puerta, tira de mi cintura, cierra apoyando la mano por encima de mi cabeza y se engancha igual que los percebes por debajo de la línea de flotación de un barco—, así da gusto volver a casa. ¿A qué huele?

—*Kokotxas* en salsa verde con almejas. Pasé por la *Boquería* al salir de los juzgados.

—¿A qué hora saliste?

—A las cinco estaba en casa, algo insólito.

—¿Y aún había pescado?

—Lo encargué esta mañana. Me apetecía cocinar para nosotros esta noche en lugar de encargar la cena. —¿Encargar la cena? Con lo sencillo que es tirar en la sartén un bistec y abrir una bolsa de mezcla de lechugas.

—Si sabe tan bien como huele, te pondré un punto positivo —no apostillaré, se merece la palmadita.

—Le queda diez minutos, ¿te ayudo a ponerte más cómoda?

—Se te quemará la cena y no tendrás recompensa.

—La habré obtenido antes. —No me beses el cuello, que no respondo.

—¡Alatz! ¡*Time-out!* —Le empujo... Sí lo reconozco, es un acto en contra de mi voluntad, pero necesito pasar por la ducha, no huelo a flores silvestres precisamente.

—Tenía tantas ganas de besarte... ¿Tú no?

—No, aún no alcanzo ese grado de narcisismo, tampoco me llego —sí, el chiste ha sido malo, pero me lo ha dejado a huevo.

—¡Qué boba! —me adelanto un paso y me da un cachete, pero de esos que te obligan a dar un saltito—. Anda, ve a cambiarte mientras acabo de poner la mesa.

Dejo el bolso en el colgador y sin entretenerme paso al dormitorio y..., ¿es cierto lo que ven estos mis ojos? Cuando me marché esta mañana dejamos la habitación como si una bomba nuclear hubiera explotado encima de la cama. Las sábanas tiradas por el suelo, la ropa esturreada por los rincones... En este momento es un sacrilegio apoyar mi pompis y arrugar la colcha, con lo cual, estoy sosteniéndome en la pared, en plan: ¿estaré soñando?, mientras me descalzo haciendo equilibrios. Guardo el calzado en el zapatero, me dirijo al baño, ¡está impoluto! Ha cambiado las toallas colocándolas en la columna de estantes metálicos, dobladas y dispuestas con esmero. ¡Si hasta ha recogido el esparcimiento de pinceles, sombras, máscara de pestañas y labiales desordenados que dejé sobre el Silestone fucsia del lavabo!

Ya sé que no debería impresionarme, pero..., ¡*coi*, esto es nuevo para mí!

Aún, asimilando el detalle, abro el banco de mimbre en donde reparto la ropa sucia por colores y..., ¡está vacío! ¡Sufriré una hemorragia de

satisfacción!

El flojo de Mateo lo llamaba «el cubo mágico», y se jactaba, el muy perro, explicando que metía allí las prendas mugrientas y aparecían en su lado del armario limpietas y planchadas. Todavía no comprendo como lo aguanté tres meses, supongo que producto de la desesperación. Como Alatz haya puesto la lavadora, con el jabón y el suavizante, acertando con el programa de lavado correcto, exijo a la autoridad médica competente un certificado atestiguando la procedencia humana..., y si se demuestra no serlo —tengo mis dudas—, me lo quedo igual. Si biológicamente es un reptil, mientras no mude la piel delante mío y evite zampar ratas vivas en mi presencia, sin problemas.

Entro y salgo de la ducha como una exhalación, remojándome con tal de recuperar el aroma a frescura con el que me fui esta mañana.

Sigue en la cocina, entretenido con la cena. Rodeo ese cuerpo serrano, magro de primera superior plus elevado a «categoría majestuosa de morirte», por la espalda y, aprovechando la accesibilidad de la camiseta, introduzco las manos para acariciarle el pecho. Una ha de aprender a disfrutar de las oportunidades cuando se presentan; ya lo expresó aquel gran erudito «lo que se han de comer los gusanos, se lo zampe Olympia».

—Te ha sentado de lujo la ducha, te noto mucho más receptiva. —Se da la vuelta apretando una de las dos naranjas que asoman cuando la espalda pierde el nombre.

—Esto de llegar y poder sentarme así sin más, es una experiencia nueva y altamente gratificante... Podría acostumbrarme.

—Hoy llegué con tiempo para todo.

—Incluso para poner la lavadora. ¿Con suavizante?

—Con suavizante, separada por colores y tejido. —*¡Wow!* Por tejido..., eso no lo he hecho yo..., *in my life!*

—Eres un chico muy aplicado.

—El mérito es de mi madre, nos educó bajo las bases de la igualdad, pringábamos los tres sin diferencias de edad ni sexo. Nos adiestró y preparó para la vida doméstica.

—Tú, en tu casa tenías asistenta, no intentes pegarte el *mocaco* conmigo. —Acompaño la frase con el elegante gesto de hacer que me saco uno y se lo pego en la frente.

—¡Ep! ¿Qué insinúas? —Al parecer ha sido más gracioso que repulsivo.

—Nada, te lo estoy diciendo claramente, tú en tu casa no hacías ni el

huevo.

—Pero, como puedes comprobar, sé hacerlo.

—No seré más insidiosa, te mereces algo de crédito. A mí me has asombrado.

—Sudando me tenías.

—¿Por?

—Nena, en ocasiones me despistas, creo ir por el buen camino y tú opinas que es por otro totalmente opuesto.

—Alatz, en temas domésticos, soy de lo más común, puedes seguir impresionándome así cada día..., y mira, ahora que lo pienso, a la cocina ya le hace falta una limpieza a fondo, podrías sorprenderme con eso, no sé..., ¿mañana? —Se ríe en mi boca, y me eleva sosteniéndome desde el trasero como si estuviera rellena de algodón.

—¿Qué me das a cambio?

—¿Qué pides?

—A ti.

—Nene, no sé qué más quieres de mí, ¿hacerme lonchas con el «cortafiambres» para el bocata del almuerzo? —Soy la monda por lo visto.

—No es mala idea, aunque te prefiero enterita.

—Pues enterita para ti.

—Esto también lo quiero enterito para mí. —Pone su dedo en mi frente.

—Pues eso va a ser más complicado, soy de pensamientos erráticos. — No es cierto, últimamente todas mis cavilaciones van ligadas a él. Tampoco le haré la revelación, ya se lo tiene bastante creído, para encima otorgarle galones.

—Lo conseguiré..., por ahora, intentaré apoderarme de tu sentido del gusto. ¿Cenamos?

—Son las ocho y media..., algo pronto, ¿no?

—Así tenemos tiempo para hacer algo más después.

—¡Hombres! Siempre pensando en lo mismo.

—Yo pensaba preparar un cóctel y tomarlo relajadamente en esa estupenda terraza con vistas a la playa. ¿Te referías a eso? —¡Sí, claro!

—¡Justo!, siempre pensando en beber..., y en follar. —Ríe, ríe..., tú no me conoces en plan siniestro.

—Me tienes loco..., hasta mi madre lo ha notado.

—¿Qué? —Me da un beso rápido para callarme. Me deposita en el

suelo, se coloca las manoplas de silicona para no quemarse y se dirige a la mesa, sin decir «*ni ase, ni bèstia*». Le sigo confundida, esperando respuestas.

—A ver qué te parece, aquí cuesta encontrar el producto, pero es la parte más suculenta de la merluza.

—Alatz, qué sabe tu madre. —Tomo asiento, hay situaciones que mejor conocerlas sentada y, si eres algo violenta, mejor atada, amordazada y con agua bendita directamente del Jordán cerca.

—Mi madre sabe muchísimo, cocina de primera, todo muy tradicional pero exquisito.

—No me vaciles y canta. —Sirve sonriendo y sin abrir la boca, por lo visto solo habla para molestar—. No tengo toda la vida.

—No sé por qué parece molestarte, es mi madre. ¿Tú no se lo cuentas todo a tu madre? —¿Señor, por qué me envías estas pruebas tan absurdas si ya tengo asumido que iré al infierno?

—Yo soy mentirosa de origen y dudo que tú le hagas partícipe de todos tus escarceos.

—Tú no eres un escarceo... Le cuento aquello que puede hacerla feliz.

—¡Ostras! ¡Al final será cierto que los del norte todo lo hacéis a lo bárbaro!

—Se te enfriará el pescado, anda pruébalo, estoy convencido de que te va a gustar.

—No me lo vas a decir, ¿verdad? —reprimo la inflexión, tampoco he de enfadarme por eso, no tiene caso. Al fin y al cabo, no voy a tener el placer de conocerla. Bochorro que me ahorro.

—Olympia, mi madre sabía que mi matrimonio con Miranda no tenía ningún futuro.

—Es lógico que informes a la familia, únicamente, me parece precipitado... ¡Uhm! Nene, esto está de vicio. ¿Cuál es el ingrediente secreto?

—He visualizado al *Plancton* de una serie de dibujos animados, en la que una odiosa esponja amarilla se ríe histéricamente..., yo sería el calamar.

—Amor, mucho amor.

—Sí, los productos y la cocción no han intervenido.

—Solo en parte.

—Pues nada, mañana utiliza más amor de ese y me preparas una tartita de queso. Me trastoca los sentidos hasta el punto del éxtasis. —Levanta una ceja y sonrío.

—No solo le he dicho que me he separado, también que estoy con una mujer que me hace tremendamente feliz. —¡Genial! Me acabo de atragantar con una almeja... ¡Qué ironía!

—¿Estás bien? —Se levanta, masajea mi espalda para calmar el ataque de tos y me ofrece un vaso con agua. Se sienta a mi lado.

—Sí —contesto entre toses, con las lagrimillas esas que se escapan en los casos de añusgue y sorbiéndome la agüilla que intenta escapar de mis fosas nasales.

—Nena, me confunde verte tan descolocada.

—Es que... A ver..., es normal, ¿no crees? —Niega y pestañea, no sería Alatz Gorraiz si lo entendiera a la primera, debe de ser defecto profesional, necesita desgranarlo todo semántica y sintácticamente para formular el alegato —, acabas de dejar a tu mujer...

—Ex mujer. Errores cometemos todos. —¡Qué cínico!

—Ese matiz sobraba, te casaste con ella, que no funcionara no es para meterla en una fosa, tirarle cemento, ponerle una losa y una cruz.

—Luego el título de bruto se lo otorgan al vasco.

—No te vayas por los cerros de Úbeda.

—He aprendido la lección. —Y lo suelta así, sin más.

—¿Cuál? ¿La de no encapricharte de una mujer y liarte la manta a la cabeza sin meditarlo antes? Pues, nene..., a no ser que ahora lo intentes con las feas, por eso de las cualidades ocultas, no lo veo.

—¿Qué feas?

—Pues las menos guapas... Jo, Alatz, llevas a los extremos, la norma de lo políticamente correcto. —Mueve mi silla para encontrarse con mi mirada. Me voy a cabrear como raspe el parquet barnizado, para restaurarlo se ha de acuchillar y abrillantar, y, entre los zapatos de firma, el top brillante y la lencería guarra y exclusiva, ya he cubierto el cupo de dispendios.

—Eres deliciosa, por lo que muestras, y adictiva, por lo que escondes. También algo idiota.

—Mira, ya tenemos algo en común. —Si continúo perdida en sus pupilas, cambiaré el pescado por lengua.

—Tenemos en común mucho más de lo que especulas, a ver si consigo que te lo creas. —Retiro la mirada, me embauca con esa labia marrullera. Mueve el índice hacia mi mentón, me persuade a mirarle de nuevo. Se acerca a mis labios y deposita en ellos un beso tierno... ¡Ya verás como al final me

enamoro!

—Anda, acabemos de cenar. —He de liberar el hipotálamo de exceso de entusiasmo, estoy a una sonrisa de erigir un altar y sacrificar alimañas glorificándolo.

—¿Y tu día qué tal? —¡Uff! Mi día... *Once upon a time*^[811]...

—Bueno, Leo y Thais han alucinado al verme llegar en tu coche...

—Te quedaba un pelín grande... —Voy a buscar una aplicación de aplausos, para vitorear esas impertinencias.

—En el despacho las mismas movidas de costumbre, luego hemos salido a comer y..., Saúl me ha invitado.

—¡¿Cómo?! ¡¿Y me lo cuentas ahora?! —

—Nene, cuando me has preguntado, cuando he podido, cuando me has dado el turno de palabra.

—¿Y por qué has tenido que comer con él? —¿Eso son celos? ¡Qué hombre más bobo!

—Para hablar, y era la hora de comer.

—¿Hablar? ¿De qué? —Certificado, no hay nada más absurdo que un tío celoso, por muy listo que demuestre ser en otras coyunturas.

—Del debate de la nación.

—Vale, mi comportamiento es de auténtico gilipollas.

—Ahora te escucho.

—Yo te agradecería respuestas

—Básicamente dejé recaer en él, de manera injusta, todo el peso de la ruptura.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Está en la fase de negación...

—¡Será cabrón! No se ha preocupado por ti en todo este tiempo y ahora viene a jodernos.

—Te extralimitas, él no sabe que estamos juntos.

—¿Por qué no se lo has dicho? —¿Estamos tontos?

—¿No consensuamos ayer ser discretos y tomármolo con calma?

—Y si hubiéramos decidido lo contrario, ¿se lo habrías dicho? —¡Claro hombre! Por supuesto, es la forma más delicada de dejar a tu ex al que has estado engañando con su socio..., esto de cocinar, limpiar y ordenar, le trastorna. ¡Y yo pensando que era el chico diez!

—Sí, Alatz. ¿Y por qué ya de paso no me embadurnas en miel, me atas y me lanzas a un hormiguero?

—Se lo diré yo.

—¡A santo de qué!

—No quiero que te ronde.

—¡¿Piensas que todos los tíos son tan pesados cómo tú?!

—Olympia, nena, estoy hasta las pelotas de hacer cosas que no me apetecen hacer, con lo cual, lo de fingir ante terceros..., descartado.

—¿Todo por un ataque de celos infundados?

—No..., o sí..., es lo de menos, quiero que disfrutemos de todo nuestro tiempo sin perderlo disimulando, por no ofender a los ex.

—Eso es de ser unos cerdos, Alatz.

—¿Por buscar nuestra felicidad?

—Por restregársela a otros en las narices.

—Nena, deseo hacerlo todo juntos a partir de ya, estoy agotado de esta parálisis emocional..., además, tarde o temprano, se sabrá y será peor.

—Pues yo estoy agotada justo de lo contrario. ¡Esto es un sin vivir! —Al final será mejor ser guapa, por lo visto han pasado de moda y su existencia es menos estresada sentimentalmente.

—Tú eres libre de hacer lo que creas conveniente.

—¡Faltaría más!

—Mañana te llevo a trabajar.

—No necesito chófer por ahora.

—Por qué no quieres que vaya.

—Mira, tío..., a mí esas chuminadas de llevarme y traerme de los sitios, no me impresionan. ¿Deseas hacerlo?, adelante, pero te quiero a las cuatro y media como un clavo en la puerta, he de visitar a un cliente.

—Cual punta de acero.

—Y saca el postre, he generado demasiada bilis.

—¡Uff!, cabreada estás más buena..., despiertas el verraco que ando escondiendo todo el día.

—Alatz, el postre...

—¿No te sirvo yo? —Sí, pero no. Ya puedes ir cambiando esa mueca porque no... ¿O sí?

—¿Me vas a dejar morderte?

—¿El qué? —Será cochino y malote..., y cochino.

—Trae el postre.

Se levanta de la mesa riendo de su propia gracia obscena, no se aleja sin antes darme un beso. Me lo limpio con la palma de la mano, escrupulosamente, aparentando asco. Gesto de lo más absurdo si tenemos en cuenta sus prácticas amatorias... No daré más explicaciones, ya sabemos que el sexo, incluso siendo la expresión de un acto de amor, es sucio..., se exudan fluidos, se transpira... Sí, acepto que es maravilloso compartiendo avenencias y si sumas atracción pasional, y es correspondido —como al parecer nos sucede a Alatz y a mí, por ahora—, cobra otro nivel, sin embargo, aun exponiendo todo eso, lo que es..., es.

Tras el postre, nos sentamos en la terraza, yo con todo mi morro, descanso los pies en sus pantorrillas, dándole el primer sorbo a mi cóctel, mientras busco en la aplicación de lectura algo nuevo. Él hace lo propio con la documentación de un cliente.

—*¡Wow!* Nene, esto es... *¡Wow!* ¿Qué es?

—Le llaman *Bellini*, es un licuado de durazno, vino blanco, champagne y hielo. —¿Durazno? *¡Pa' matarlo!*

—Mira que eres..., *repipín y repijín...*, durazno. ¿Has pedido a la frutera un kilo de duraznos?

—No. Le pedí melocotones. Nena, qué manía la tuya de afilarlo todo.

—Pues di melocotones, ya hemos roto el hielo... —Niega y vuelve a sus papeles—. Me gusta, está súper rico. Qué suavcito se desliza por el gaznate.

—¿Has estado en Venecia?

—No, huele mal. —Es una ciudad demasiado romántica para ir con Leo, se confunden los términos.

—¿No has ido a Venecia por su olor?

—En realidad, no ha surgido la posibilidad, aunque si apesta, prefiero otros destinos.

—La cosa no es para tanto. En la época de calor, el efluvio de los canales es algo más intenso, hay más insectos y sobre todo turismo, colas y colas para visitar cualquier sitio célebre. Pero en otoño, por ejemplo, es más relajado y la ciudad es un conjunto de lugares y monumentos magníficos.

—Habrá que ir entonces.

—Iremos y visitaremos el Harry's Bar, así podrás confirmar si mis *Bellini* están a la altura de los más famosos.

—¿Ya le estás poniendo deberes a mi memoria gustativa?

—Podíamos ir en octubre de este año. —Cuatro meses, lo máximo que duran mis relaciones, qué hombre más optimista.

—Aún es junio, tenemos que superar el agosto, el peor mes para las parejas.

—Yo tengo pensado pasar toda mi vida a tu lado, son un montón de agostos si la Parca no lo impide. —¿Puede ser más guapo?—. Por cierto, este verano, ¿visitarás a tus padres?

—Debería, aunque si deciden venir a Sant Pol, yo no piso tierras británicas.

—¿A dónde te gustaría ir este verano?

—¿Tú y yo?

—Sí, tú y yo, ¿o pensabas dejarme al margen de tus vacaciones?

—Nene, tú no formabas parte de mis planes de futuro, ni inmediato, ni a largo plazo.

—Algo tendrías planeado.

—No contigo.

—Pues busca algo en donde me incluyas.

—¡Muy bonito! ¿Y por qué tengo que decidirlo yo?

—Porque yo ya tengo uno previsto, queda tu aportación.

—¿Dónde?

—Es una sorpresa, y no te molestes en presionar, no voy a dar pistas.

—Vale, no insistiré... ¿Y yo puedo escoger destino a lo largo y ancho de los seis continentes?

—Por ahora la Antártida, descártala.

—¡Vaya hombre! ¡Ya me has fastidiado la primera opción!

—Hala, nena, a por la segunda.

Acomodo la espalda en el respaldo de la tumbona, le doy sorbitos al cóctel, mientras repaso mentalmente lugares exóticos en donde disfrutar de unos días de descanso. Me encanta viajar, siempre que ha surgido la oportunidad la he aprovechado y he arrastrado a Leo conmigo. No es imprescindible ir a Nueva Zelanda para fardar de unas vacaciones increíbles. Los trayectos prolongados en avión son insufribles, te aburres más que Spiderman en un descampado, además, todos los lugares tienen encanto si te alejas de los tópicos y pones interés en conocer las zonas más pintorescas.

Lo preocupante es el desequilibrado ritmo de implicación entre nosotros, mientras que yo intento no ilusionarme demasiado, escondiendo esta sensación

nueva de bienestar y manteniendo en reposo el batir de alas que agitan mi estómago con un gesto suyo, él no se condiciona ni retiene sus impulsos. Sé, con escaso margen de error que, de irse lo nuestro al traste, me voy a arrugar como una uva pasa si asumo abiertamente que él está enamorado de mí y descubro que solo era un pasatiempo puntual. ¿Cómo enfrentarme a la vida con optimismo?, ¿conseguiré levantarme cada mañana? No considero este un pensamiento derrotista, es realismo en su máxima expresión, y no, no me siento preparada para sufrir por amor. ¿Hay alguien en el mundo que lo esté? Para mí esto es nuevo y gratificante, perderlo sería..., una mierda, una enorme y apesosa mierda llena de moscas de la mierda. ¡Ay, Olympia! ¡Qué asquerosita eres si te lo propones! Y pensando en moscas... ¿Habré besado por fin a mi sapo «lobo feroz»? Pongo en duda que los príncipes maravillosamente cianóticos, les hagan a las princesas, lo que a mí me hizo ayer... ¡Hala, otra vez el *cosquigusto*!

Voy a darle otro sorbito al cóctel, este tío está a vueltas de todo y puede imaginarse el motivo del repelús. Si disimulo con la bebida asumirá que el escalofrío es por el repunte del alcohol, que en realidad casi ni se nota en la mezcla.

¡Jo! ¡Pero qué rico está! Estas bebidas son de pillar una cogorza tontamente, solo percibes la embriaguez cuando te levantas o te ríes de todo sin venir a cuento.

—¿Tienes frío? —comenta sin levantar los ojos de los papeles.

—No.

—Entonces, ¿a qué se debe la piel de erizo? —si yo te contara.

—No estoy acostumbrada a beber y el licor me hace estremecer.

—Nena, tiene menos volúmenes de alcohol que un vaso de vino blanco.

—¿Ves esta cicatriz en la frente? —Le señalo los dos puntos quirúrgicos en el nacimiento del pelo más vergonzosos de mi existencia.

—Casi ni se ve, pero sí. ¿Cómo te la hiciste? —Vuelve a sus papeles con una sonrisa de medio lado y negando.

—Regresé sedienta de la playa, hace ya de esto..., aún estudiaba. Abrí la nevera y no tenía agua fresca, así que con más ansiedad que sentido común me bebí dos quintos Mahou. —Deja la lectura y me observa ceñudo esperando el desenlace—. Tal como dejé el botellín en la encimera, noté lentitud mental, pesadez..., no le di la menor importancia.

—Te tropezaste y te caíste.

—Esa fue la versión oficial... Lo que sucedió en realidad, fue más aflictivo.

—Cuenta, cuenta..., se pone interesante.

—Me fui al dormitorio, con la idea de estirarme y se me pasara la modorra, entonces recordé que se había fundido uno de los focos halógenos. Ni corta ni perezosa, me dispuse a cambiarlo. Fui a por la escalera y me encaramé para sustituir la bombilla y cuando miré hacia el suelo, comprendí que no iba a poder bajarlas sin ayuda.

—¡Olympia, por el amor de todos los santos! —exclama.

—En vistas de que nadie vendría a rescatarme, pensé que la mejor opción era saltar a la cama... Claro, si caía de pie partiría el canapé y me tiré en plancha, como a una piscina.

—¡No puede ser!

—Pues ahí no se queda la cosa..., reboté y caí fuera del colchón, frenando el derrape en la pata del sinfonier con la frente.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Te podías haber matado!

—¿Alguien tenía que cambiar la bombilla? Cualquiera puede hacerlo. ¿O es que tú necesitas ayuda para eso?

—No, pero borracho no se me hubiera ocurrido.

—Mareada, no es ebria.

—A partir de ahora los halógenos los cambio yo.

—Son de larga duración. —Aprendiendo de Thais a jugar con los dobles sentidos.

—Pues eso, los cambio yo. —¡Qué *jodío*, lo ha pillado!

—Alatz... —¿se lo digo o no se lo digo? *That is the question.*

—Dime, nena.

—No me hagas daño —sí, mejor las cosas claras. Deja los documentos sobre la mesa de teca con sobre de cristal metalizado, tira de mis piernas y me recoge entre sus brazos. ¡*Uhm...*! ¡A Olympia le gusta ese maneje!

—¿Me tomas por masoquista?

—Si todo esto responde a un jueguito tuyo, de la *bofehostia* que te endiño, vas a dar más vueltas que el negro de Fama. —Yo intentando ser agresiva y él de esta se mea —. Alatz, ¡coño! ¡Hablo en serio!

—Nena, y yo. Te puedo garantizar, que nunca voy a lastimarte conscientemente..., si alguna vez sucede, dame ese *fobetón* con efecto de giro, y me enderezas. No puedo lastimarte, porque no soporto verte sufrir.

—No quiero quererte.

—Ya es tarde.

¡Cómo lo sabe!

Ahora ya estoy expuesta a todo ese arrebató del amor y mira que he leído novelas inglesas románticas, pero en ninguna se detalla nada de lo que a mí me sucede.

Con lo rarita que soy en todo y lo poquísimó que entiendo de sentimientos cercanos, hasta podría ser que mis receptores estuvieran atrofiados. No lo sé. No me lo preguntaré más veces. He decidido abrir mi pecho y entregarle mi alma, obsequiarle esos veintiún gramos adjudicados al demonio mentira tras mentira.

En este instante de mi vida, de revisar mi árbol genealógico, descubriré que yo era el sapo.

—Buenos días, chiquita. —Es injusto tener una voz tan sensual recién levantado, la mía en comparación es similar a la de una adicta al tabaco, y eso sin haber probado un pitillo en mi vida. Nunca he entendido bien el ritual del humo..., no sé si ha de tragarse, si se ha de expulsar por la nariz, o proyectarlo al aire simulando a los *USAF Thunderbirds*^[82]...

—*Uhm...* —Con esto bastará.

—¿No vas a abrir los ojos?

—Te tengo muy visto. —Me muevo lo justito para esconder la cara entre su pecho y la almohada—. ¿Ya ha salido el sol?

—Sí, te lo certifico, *eguzkia distira*. —Bien, claro y meridiano.

—¿Qué rabia! Necesito mis cinco minutos de mimos.

—¿Has podido descansar? —Cuando me peina con los dedos mi piel se electriza.

—Mucho mejor que anoche, aunque emites más calor que una fábrica de estufas.

—Nena, eres tú la que te pones encima. —Levanto la mirada y pestañeo—. Sí, Olympia, sí. Yo me aparto, muy a mi pesar, solo por complacerte, siguiendo una sugerencia tuya de lo más absurda, y tú me buscas.

—A ti no, a la sábana, te la pillas completita, y yo necesito cubrirme con algo.

—Nena, ¿nos aclaramos? O pasas frío o calor..., ¿no será algo hormonal? —¡Ay, pero qué feo!

—Alatz, calla..., no la cagues, empiezo mejor la mañana disfrutando de unos minutos felices.

—¿Minutos? ¿Ayer no te hice feliz? —¡Jo! ¡Feliz no, lo siguiente!

—Nene, ayer es pasado..., hay que vivir en presente.

—Eres una mujer inalterable, no me lo pones nada sencillo, si solo cuenta el minuto y resultado.

—Ráscame la espalda, que no alcanzo. —Y si me rasco he de soltarte. ¿Por qué huele siempre tan bien? A los *buenorros*, todo le acompaña, vienen

de fábrica con esencias sensuales para cerrar su círculo de perfección.

—¿Te apetece que nos duchemos juntos? —Menuda pregunta «por gastar saliva».

—¿Cómo vamos de tiempo?

—Bien, siempre que no te recrees. —¡¿Yo?! ¡Si tiene la capacidad de convertir dos brazos en ocho tentáculos! ¡¿Tendrá rostro?!

—¿Perdona?

—Perdonada. —¿Será bobo!

—Alatz, hijo..., todo lo que tienes de guapo, lo tienes de tonto del culo.

—Sé que soy irresistible, cautivador, sexi, seductor..., lo que viene siendo un tío macizo. —Y enumera ese montón de adjetivos calificativos, que realmente lo describen, en tono displicente, así como desganado..., de chulo con insignias.

—Y presumido, ególatra, presuntuoso y tonto, muy tonto.

—Y cómo te gusta... —¡Y cómo lo sabes!

—Para un ratito, es tolerable..., ciertos ratitos.

—Un ratito... ¿Cómo para toda la vida?

—Eso es un montón de ratitos, Alatz. Mi experiencia con los ratitos en pareja, arrojan resultados menos optimistas.

—Porque no has estado con un individuo que acumule todas mis virtudes..., Por suerte para mí.

—Nene, encontrar a otro tan seguro de sí mismo como lo estás tú, es complicado. Te vendes con el mismo entusiasmo que las pescaderas las sardinas recién llegadas a la lonja.

—Tengo que estar a la altura.

—¿Te refieres a mí altura? —asiente sonriendo—. ¿A mi altura? ¿Te estás quedando conmigo? Porque sería comparar un lucio con un congrio.

—¿Por qué te comparas con una merluza?

—No, me comparo con el congrio..., el merluzo eres tú.

—Tienes una imagen muy desfigurada de ti misma..., eres preciosa.

—Déjalo, Alatz. —Eso de que me acaricien el lomo, no acaba de complacerme, yo me acepto tal como soy.

—No quiero dejarlo, yo te veo la mujer más hermosa del mundo.

—¿Nos duchamos? —Me sonrío, sabe que es la técnica Olympia doscientos dos, conocida también como «paso palabra».

—No perdamos el tiempo.

Comenzar así la mañana, por muy temprano que sea, es un regalo a todos estos años despertando a trompicones, con la alarma activada diez minutos antes para ir retrasando el momento de levantarme, hasta que de tanto postergarlo me como el tiempo extra, el de ir bien y el de ir justa.

Ahora vamos en dirección a mi despacho, finjo mantenerme ausente mientras él trata con la secretaria los temas que le ocuparán la jornada, en realidad no atiendo a la conversación, solo me dejo seducir por su posado profesional, su tono serio y educado, dando las indicaciones precisas, disponiendo los pendientes para cuando entre por la puerta, a la vez que controla la instrumentalización del coche diligentemente, comprobando los espejos con miradas rápidas y movimientos precisos. Todo parece estar medido y calculado para que yo siga aquí embobada perdida, con la respiración contenida y el *cosquigusto* carcomiéndome interiormente.

Esto no puede continuar así, no es sano endiosarlo, construir mentalmente para él un sagrario en donde venerarle solo por ser el único hombre que ha conseguido romper mi escudo. He de ceñir este sentimiento. Prolongar el proceso expansivo irá acabando con la barrera natural ideada con tal de mantenerme a salvo de idiotas, imbéciles y otros del mismo ramo.

—Olympia...

—¿Qué? —Ni me he dado cuenta cuando ha dejado de hablar.

—Eso digo yo, ¿qué?

—Qué de, ¿qué? —¿Qué me habré perdido?

—¿Qué sucede? Pareces tensa. —¡Ah, bueno!

—Lo de ser tan sexy, ¿es natural o aprendido? —Y para seguir demostrando ese derroche de seducción, ríe de mi pregunta sin contención.

—¿Por eso estás con gesto de mosqueo?

—Es un auto mosqueo, algo de mi naturaleza incoherente.

—¿Y por qué estás incoherentemente mosqueada?

—Por tu culpa. —Al final tendrá que pararse en el arcén a mear, ¡al tanto!

—¿Y se puede saber de qué soy culpable?

—De estar tan bueno y de tenerme todo el día *ennortada* perdida. ¡No es justo!

—¡Dios mío, Olympia! Demos gracias que no uso rímel, me tienes

llorando de la risa.

—No te hace falta, tienes las pestañas más espesas y largas que las mías.
—Ha perdido toda la compostura, no puede contenerse. Lo más curioso del tema es que soy completamente sincera.

—Otra mañana llegando con la sonrisa dibujada, al final Edurne me va a pedir la receta y tú, chiquita..., eres para mí.

Y lo dice así, a la buena de Dios, ¡a bocajarro!, para que todas mis tripas se contraigan y haga acopio de voluntades, que no poseo —me reconozco en esencia débil de contenciones licenciosas—, para no agarrarlo por la corbata y demostrarle, quién es de quien. Se libra porque está maniobrando para hacer un cambio de sentido frente a la entrada de las oficinas de los Sureda, además de divisar el coche de Thais, que intuyo, no aparcará en el garaje. ¡Qué tía!

—Alatz, vete... Thais y Leo son encantadoras, pero me darán el día...

—Me gustaría conocerlas.

—¿Por qué? —En este momento estoy asustada, al punto de desear esconderme o desaparecer.

—Nena, son importantes para ti, hablas de ellas con cariño y yo quiero formar parte de tu entorno y que tu entorno forme parte del mío.

—¿Y no podemos buscar otro momento más apropiado? ¿Otro punto más propicio? ¿Otro día? ¿Otra era? —En otro universo..., un lugar a tres millones de años luz.

—No.

—¡Pues no! —¡Y míralo cómo pasa de mí! A todo esto, las chicas, han aparcado y se acercan, mientras Alatz, muy galantemente, abre mi puerta y tiende la mano—. ¡Qué capullo eres!

—Es lo que hay.

—Hola —saluda Leo sonriendo y con una mirada de, «¡tía ya te vale!» —, soy Leo, tú debes de ser Alatz.

¡Genial, Leo! ¡Dejando claro que os tengo informadas! Busco la complicidad con Thais, pero a Thais se le acaban de caer las bragas de cuello vuelto al suelo, no se molesta ni en disimular...

—Encantado Leo, tenía ganas de conoceros... Tú debes de ser Thais.

—Sí..., soy yo —acierta a decir. ¡Esto es de traca!

—Nosotras también. En el Joy Eslava, no tuvimos la oportunidad. — ¡Qué cerda! ¡Ten amigas para esto!

—Una indisposición puntual... —Un *patadote* en los innombrables, pero

en pijo.

—Thais y yo veníamos hablando de hacer algo las tres parejas para *Sant Joan*. —¡Venga ya!

—Bueno, eso es mejor dejarlo para más adelante, es este viernes... — Seguro que él ya tenía otros planes, en donde ni mis amigas ni yo, figurábamos.

—¿Por qué? A mí me parece una idea sensacional. —¿Qué? Este tío no sabe en dónde se mete.

—¡Genial! Pimpi, ¿tus padres no tienen una casa en Sant Pol de Mar? — ¿Esta tía de qué va? Sigo cómo: *what?*, pero eliminando el cómo.

—Hace meses que no paso por allí... —Sin pudor alguno, Alatz se acerca y me da un piquito.

—Leo, Thais, ha sido un placer conoceros. Nena, he de marcharme o no llegaré a tiempo. Nos vemos más tarde. —¿Qué sofoco más agobiante! Se me han enrojecido las orejas y todo.

—Adiós, chicas.

Con esa elegancia tan estudiada para disgusto mío y deguste del par de angustias *bocambobadas*, monta en el coche, arranca y se marcha. Las tres seguimos un instante la trayectoria del vehículo al alejarse, una fracción de segundo después, ambas se giran y no sé qué esperan de mí.

—¿¡Qué!?! —A mí estos silencios llenos de preguntas me desesperan.

—¡Ohhh! ¡Ohhh! ¡Eres mi heroína! ¡Yo de mayor me pido ser Olympia! —En ocasiones pienso que Leo es normal, luego habla y se aclaran todas mis dudas.

—Anda, vamos a tomarnos un café, a ver si os espabiláis, os encuentro algo lentitas.

—¿Pero tú te has fijado en lo macizo qué está? —Thais vuelve de entre los colgados.

—No me fijo en eso. —No me lancéis dardos envenenados, a cuatro disparos no esquivo

—A Olympia solo le seducen las conversaciones sobre «el porqué de las palabras». —Abro la puerta del *office* y voy directa a la máquina del café, toman asiento.

—Yo para las diez en punto quiero en mi mesa un botecito con tu esencia. —Demanda Leo dando golpecitos exigentes con el índice en la mesa.

—En la mía dos, por si todo lo tiene igual de equilibrado.

—Thais..., por lo visto, has empezado a documentarte.

—¿En qué? —¡Ostras! Era confidencial...

—Nada, Leo... —un argumento muy simple para contener su curiosidad.

—Ese «nada» no me convence.

—Omar y yo no estamos pasando un buen momento, solo es eso.

—¿Y tenéis intención de solucionarlo? —*good question*^[83].

—El domingo pasado estuvimos viendo películas de esas... —Leo me mira a mí, yo la miro a ella..., miramos a Thais, nos volvemos a mirar...—, porno.

—¿Cuál? ¿*La almeja Maya*? ¿*Eduardo Manospajeras*? —Me meo. Leo es un baúl de maravillas.

—*Vicky, Cristina, Barcelona y el señor de las bombonas*. —La máscara de pestañas, a tomar viento.

—¿Qué tal? ¿Educativa?

—Mira si es mala, que en lugar de «fin», cuando acaba pone, «por fin».

—Mujer... —¿Qué se esperaba? ¿Un film de Oscar en 3D con efectos especiales como *Avatar*?—. Solo sirven para entonar...

—¡Anda ya! Tías similares a muñecas hinchables con la capacidad de tragarse un Calippo en una succión. Tíos con *pillas* en perpetua posición de ¡firmes!, en donde se les puede tatuar: «Recuerdo de Constantinopla», e incansables... ¡Qué va!

—Pues no sé...

—Ahora me dirás que el vasco y tú, necesitáis entonaros viendo pelis guarras —no confesaré, *never ever*^[84], que las he visto para entonarme yo conmigo misma... Sí, pasé épocas muy malas, era eso o pagar.

—No, en este momento, no... —De protagonizar escenas de contenido procaz, a mí me confundirían con un jockey entrado en carnes buscando el caballo—, pero tampoco lo entiendo como indecoroso entre la pareja.

—Pues, a mí..., *ná de ná*..., vamos, acabamos con el misionero de siempre, tan rápido como siempre, durmiendo dos minutos después exactamente como siempre.

—Thais, ¿solo es una cuestión de sexo? ¿No hay nada más? Pareces resignada —su expresión es apática, displicente, de ahí mi consulta.

—Le pasa, que quiere un vasco, que le toque el *txistu*... —Leo se acerca por detrás, la abraza y la besa en la mejilla.

—¿Sabéis?, os quiero un montón, pero también dais un poquito de envidia.

—¿Nosotras? Cielo, tú solo ves la parte divertida, pero, ni esta —apunto a Leo que asiente—, ni yo, nos cambiaríamos por sentirnos felices al lado del mismo hombre por tiempo indefinido. Es agotador eso de empezar y acabar...

—Sí, pero tenéis la posibilidad de reconocer cuando ha llegado a vuestra vida la persona que os completa.

—¿Que nos completa? Chica..., no sé Olympia, pero yo vengo íntegra de fábrica, a mí ningún tío ha de aportarme nada que me optimice.

—Es verdad —apoyo el argumento de Leo, aunque a medias. Thais se refiere a otro complemento, algo que yo personalmente estoy apreciando por primera vez y es mágico—, tú has de sentirte bien contigo misma, es la manera de ser interesante y valorada para el resto.

—No comprendéis lo que intento explicaros. A ver..., Leo, tú eres preciosa, tienes a los tíos en cola esperando la vez y eres tú quien escoge, sabes lo que quieres y cómo lo quieres. Ahora tienes a Elido, y probablemente es lo que hayas estado buscando. Si es él, haréis lo posible por manteneros juntos, por formar algo...

—Sí, pero mis relaciones anteriores son una suma de fracasos..., no me han enseñado nada en absoluto —se defiende. No opinaré, pienso exactamente lo contrario.

—Y tú Pimpi... —¿Yo? Si llevo toda mi vida besando sapos, para una vez que el príncipe se encapricha de la sapa, que, seguirá siendo sapa por mucha saliva azul que tenga el príncipe.

—Yo soy fea, no puedo elegir. —Es mejor estar sola que con alguien superfluo o con quien nadie quiere.

—No eres fea, algo estúpida, sí. Tu personalidad es avasalladora, reúnes las aptitudes imprescindibles para atraer y ser admirada..., es lo más importante en una relación.

—No me vengas con bagatelas, Thais... Las parejas se admiran entre ellas, es la base de la elección natural... Si no, ¿de qué?

—Olympia tiene más razón que un santo.

—Pues, lo tengo jodido con Omar.

—¿Qué? —exclamación unísona de Leo y mía entre susurros.

—Sí, él no lo sé, pero yo, por más que lo intento, no logro encontrar nada en él especial, ni que me arranque una sonrisa espontánea o me sonroje...

—Y de eso, ¿cuándo te has dado cuenta?

—Cuando conociste a Saúl. —Oh, oh..., súper, oh. ¿Leo? He de reanimarla, no alienta...

—¿Te gusta Saúl? —asiente a la pregunta de Leo, una vez esta ha recuperado la capacidad motora respiratoria, a pesar de seguir en modo asombro; mismamente como yo—, pero..., a ver..., a ver..., desmenucemos los entresijos. Te gusta la carcasa, es eso, ¿no? Porque el muchacho tiene buena carcasa...

—Me gusta la carcasa, la risa, la voz, la mirada..., sueño con él y sueño que hacemos cosas... Y podéis imaginaros a qué tipo de cosas me refiero.

—¿Y cómo no habías dicho nada? —Leo me observa pestañeando. Sí, probablemente, la pregunta se conteste sola.

—Claro, hija, es lo más lógico, entre los buenos días y el café de la mañana, te digo, «me mola tu novio, ¿le preguntas si le apetece un trío?»

—Chica, pues si tenemos en cuenta sus apetencias, no hubiera puesto impedimentos...

—Esto..., si eres tan desprendida, me apunto para un revolcón con el vasco..., por pedir. —Sí, Leo..., espera desnuda y sentada.

—El vasco viene con contrato de exclusividad, ni se presta, ni se cede, ni se intercambia, ni se piensa... ¡Al tanto con pensarlo, Leo!

—Lo tacho de la lista —responde, sacándome la lengua. Sé que el comentario es la forma de eliminar presión sobre Thais. ¡Eso espero!

—Así me gusta, cada oveja con su lobo.

—Yo quiero un lobo. —El ánimo de Thais está en coma profundo.

—Tía, tienes su teléfono, sabes dónde vive..., con él no vas a necesitar tirar de films obscenos.

—¡Leo, serás...! ¡Leo! —exclama escandalizada, falsamente escandalizada.

—Asumes mis consejos como si estuvieras obligada a acatarlos... ¡Ay, hija! ¡Qué sugestiva! —Esta muchacha tiende a creer que todas las mentes disponen del mismo ángulo de apertura.

—¿Me estás llamando subnormal? —Thais, tan amante de la hipérbole.

—He dicho sugestiva.

—Que es subnormal técnicamente. —No, por Dios, otra guerra de términos, no.

—¡Ay, nena! Tómatelo como quieras... ¿Darás el paso?

—¿Me estás instigando al adulterio?

—Te incito a la felicidad.

Me levanto de la mesa, hemos alargado la charla usando media hora de la jornada laboral. Thais me sigue con mirada perdida, esta mañana Leo ya le ha dado motivos de reflexión. A mí también.

Siendo niña, se puso muy en boga el psicoanálisis lacaniano, una mezcla confeccionada por un psiquiatra francés aunando elementos matemáticos, filosóficos, lingüísticos estructurales con la lectura analítica de Freud..., y cualquier profesor que había leído o asistido a alguno de sus seminarios, se encontraba en disposición de escrutar patologías mentales; a mí concretamente, me etiquetó de autista. Así, con dos cojones..., hizo una simple comparación entre el carácter de mi hermana y el mío, añadió unos cuantos actos algo extremos cometidos en defensa propia, lo fusionó para eliminar grumitos y..., *voilà!*

Menos mal que mi padre había sufrido en su infancia el rechazo por ser diferente al resto y no le dio la menor importancia, ni influenciándome para integrarme siguiendo a la luminaria de la clase. Permitted que Olympia fuera Olympia... Seguro se arrepiente, si alguna vez piensa en aquello y pudiera regresar al pasado, le haría caso a mi madre.

Me costó salir de mi introspección y sigo teniendo tendencia a ella, de hecho, si la población supera los siete millones de habitantes, a mí me caen bien cuatro o cinco, y no en continuo. He dado la cara por gente a la que ahora se la partiría y eso te hace desconfiar de todos en un inicio, luego el tiempo te ablanda si vale la pena, pero el miedo, porque es miedo, no lo pierdes nunca.

¿Tendría que haberme enfadado con Thais? ¿Debería haberle dado ese punto de dramatismo propio del engaño?

No me ha afectado en absoluto que se sienta tan atraída por Saúl, sin embargo, que sopesa la idea de engañar o incluso romper con Omar, me preocupa.

De vez en cuando, levanto la vista del papel milimetrado y la observo concentrada ve tú a saber en qué o en quién.

Nos ira de perlas el fin de semana en Sant Pol celebrando *Sant Joan*. Sí, todo el mundo se merece disfrutar y ser feliz, incluso yo.

Está siendo un martes asombrosamente tranquilo, nadie clama envuelto en histerismo exigiendo se finalice su proyecto, se inicien las obras o se definan los acabados. Hoy dispongo de esa tregua que permite concentrarte en muchas cosas a la vez, con lo cual, la mañana, a pesar de haber empezado con retraso, es productiva.

Timbra la centralita, ya decía yo que era demasiado bonito para ser cierto.

—Soy Olympia, buenos días.

—Hola, nena, ¿puedes hablar? —¡Ostras!

—Probando..., probando..., un, dos, tres..., sí, sí..., no... —un toque de humor nunca viene mal —, sí, por lo visto sí puedo.

—¡Qué chispa tiene mi niña!

—Una que es así, sencilla.

—¿Pueden oírte? —¿A qué viene tanto misterio?

—¿Vas a decirme cochinadas? —Él se ríe, aunque la pregunta iba en serio.

—¿Quieres que te diga cochinadas? —Ya me calienta suficientemente el tonillo para que, encima, lo acompañe con sordideces.

—Alatz, para esas prácticas necesito algo de intimidad... —Aquí, o nos calentamos todos, o no se juega.

—Nena..., me cuesta mantener mi mente centrada en algo que no seas tú, si añadido sexo telefónico, hundirás mi carrera.

—Bueno, en tal caso, podrías iniciar un nuevo negocio..., mientras limpias en profundidad mi cristalería, puedes llevar sin apuros una *hot line*.

—Te arruinarías. —La imagen es de alto voltaje.

—Todo queda en casa.

—Probaremos otro día... En realidad, no tenía intención de humectarte, disfruto más interviniendo en el proceso de manera presencial. —Pues menos mal, porque es escuchar la palabra «humectar» y se desencadena una serie de fenómenos internos de lo más jugosos.

—¿Entonces? —Finjamos desinterés, al fin y al cabo, no puede ver mis movimientos nerviosos sobre la silla.

—Te he enviado un mail a tu correo personal, sin asunto, por evitar rastros.

—Alatz, me estás asustando.

—Tampoco son fotos impúdicas. —¡Lástima!, lo que las hubiera disfrutado.

—Bueno, lo leeré desde el móvil.

—Supongo que así te sentirás más confiada a mi lado.

—¿Has contratado un seguro de vida y me has puesto como beneficiaria?

—Es algo que sé que para ti es importante, aunque todo se andará, nena.

—Era sarcasmo, Alatz.

—Lo mío, no.

—Por cierto, finalmente cederé, muy a mi pesar, a la organización *Sant Joanera*. ¿No habrás accedido por quedar bien? ¿Verdad?

—Pues claro que sí, hubiera preferido celebrarlo de otra manera.

—Tío, ¿y para qué te comprometes?

—Porque sé que en el fondo te apetece, y sé que te gusta compartir tiempo con las chicas, y yo, como más disfruto es compartiéndolo contigo..., ya sea en una cena aburrida y estirada, o en otra con cuencos llenos de ganchitos.

—Nene, eres único llenando el estómago de lepidópteros.

—Y me lo dices tú, que me tienes en las nubes todo el jodido día.

—Muy típico de los abogados, la atribución de responsabilidad a terceros.

—Es un hecho constatable, tú eres la causante de mis delirios, ¿o piensas que tengo edad para persecuciones y acosos?

—Alatz, no sigas, acabas de caerte del poyete. —Él se ríe, a mí, sinceramente, no me ha sonado nada bien.

—Luego paso a recogerte y hablamos. Supongo que, conociéndote, cuando leas el mail, tendrás mucho que preguntarme, o no..., ¿quién sabe contigo?

—Vale, chaval..., no te retrases, quiero llegar puntual a la visita técnica.

—Un beso, nena.

—Otro para el vasco más cansino.

—¿Con intercambio de fluidos?

—¡Qué pesado con los intercambios! —Ríe.

—Te quiero, nena. —*¡Wow!* Mira toda la piel de pollo...

—Y yo.

Colgamos.

Ese «y yo» es eufemístico, para que no suene tan contundente, tan real, dicho con la vaga esperanza de evitar verbalizar la absurda réplica con la idea de «si no lo expreso no lo siento». Otra de mis múltiples divagaciones banas, porque si lo que germina en mí por este hombre no es amor, prefiero no sentirlo nunca.

Todos los románticos escriben sobre la intensidad y la pasión, no obstante, nadie hace mención al agotamiento mental y físico que con ello se asume, o a lo peor solo es cosa mía, admitiendo mi tendencia a analizarlo todo y filtrarlo doscientas treinta y siete veces por la criba. El problema con Alatz es que ha pasado por el tamiz todas las veces y sigo tan enamorada como desconfiada... ¡Esto es un sin vivir!

Para él puede ser una frase al uso, un comodín de despedida, un «hasta luego» con guarnición. Yo estoy palpando el linde de creérmelo, de hecho, casi, casi me lo creo.

Abriremos el mail, para saber hacia dónde se inclina la balanza.

¡Pero! ¿Será posible? ¡No se le ha ocurrido hacerse una analítica completa para que compruebe su salud sexual! Con el tema del condón, no difiere del resto de tíos, les gusta tanto como una tortilla sin cebolla y sin huevos.

*Nene, bonito detalle. Pero no
tomo anticonceptivos.*

*11:11
Lo que había encima del mármol
del baño no eran Lacasitos.*

11:13

¿Las probaste?

11:14

*Preferí no confundirte con los
días y que nos llevemos un susto.*

11:15

*¿Te has dejado sacar sangre por no
plastificártela?*

*11:17
El aquí te pillo, aquí te mato,
pierde su sentido, con espera*

que me la enfundo.

11:19

*Ahora me tocará a mí pasar por la
consulta.*

11:20

*Decídelo tú. Yo no necesito el
informe, un pajarraco ya me
informó en su día.*

11:22

*¿Saúl y tú habéis hablado de
nuestra sexualidad?*

11:23

¿No lo haces tú con tus amigas?

11:24

*Pero yo no te lo cuento. Me dejas
en evidencia.*

11:26

Lo discutimos en la cama.

11:26

*Tú, con mucha suerte, en la de
invitados.*

11:27

Pero juntos.

11:27

¡Genial! ¿Con quién más habrá compartido el Sergio Saúl nuestras intimidades? Estoy enfadada, muy enfadada, además de avergonzada. ¿Qué más le habrá contado? ¿Será el motivo por el cual esté encaprichado Alatz conmigo? Conociendo sus apetencias e excentricidades, de las que dice estar de vuelta y no sentirse ni orgulloso ni satisfecho, no lo veo probable, sin embargo... ¡Hay que joderse!

Así me veo ahora, implorando cita para una revisión de bajos urgente. Thais no valora su suerte, ella no ha de verse en estos berenjenales ignominiosos, con tal de demostrar que tu honra deshonrada, no está dañada por microorganismos contagiosos trasferidos producto de la diversidad.

—Olympia, el Dr. Infante, puede hacerle un hueco hoy a la una y media.

—No hay inconveniente. Para la analítica, ¿he de pasar por la mañana?

—Solo si hace menos de cuatro horas que no ha ingerido alimentos.

—Perfecto, gracias.

—He de comentarle, que hoy el doctor realiza las visitas con estudiantes, por si prefiere dejarlo para el lunes de la semana que viene. —¡Bien Olympia, bien!

—Prefiero no alargarlo.

—De acuerdo. La esperamos hoy a las trece treinta.

Unos nudillos tocan en la puerta de mi despacho, es Leo acompañada de uno de nuestros mejores clientes, un arquitecto de renombre que siempre confía en nuestros consejos decorativos para sus proyectos. Les hago pasar y vuelvo a abstraerme con el trabajo. La actividad laboral me reporta la tranquilidad mental que la privada desordena.

Thais me ha dejado su coche, he obviado mencionar el motivo real, no sé hasta qué punto ha ampliado sus horizontes intemperantes, por lo tanto, prefiero esgrimir la excusa de un descuido al revisar la agenda. No sé si se lo ha tragado, generalmente las consultas privadas te envían un mail y un mensaje recordatorio dos días antes, improbable un olvido. Al no escudriñar demandando la verdad, yo no he necesitado mentir tampoco.

Mi nueva actitud aceptando y disfrutando mis sentimientos hacia a Alatz, lanzándome en plancha sin valorar la altura, y por descontado, cortar con Saúl cegada con el vasco, le está dando por sopesar la posibilidad de explorar nuevas emociones, aun teniendo información de primera mano sobre los escauceos y peculiaridades del hombre que la eclipsa.

¿Cuál sería mi manera de actuar en su misma situación?, probablemente si estuviera desencantada de mi pareja o de la vida en común, y apareciera en mis sueños un Alatz brindándome la oportunidad de descubrir junto a él la dimensión desconocida... ¡Anda que me lo iba a pensar!

¡Ay, Omar! ¡Ya puedes espabilar!, Thais está a puntito de saltar del alféizar!

Pensando en todo esto ando, cuando aparco enfrente del centro médico. Todas las mujeres desde la edad fértil hasta el fin de nuestros días, debemos de pasar por esto, y todas sabemos que ni es grato ni decoroso, si a eso le sumamos que no vengo fresquita de casa y que la visita será con público, pues aún es más odioso... En fin, todo sea por los polvos sin envoltorio.

Me niego a entrar en la consulta con pánico a abrir las piernas. Voy a

pasar por el chino de una calle adyacente, si me apresuro tendré tiempo de todo.

Lo primero que compro son toallitas húmedas, pone que son adecuadas para el culito de un bebé, supongo que los culitos de los bebés chinos son tan delicados como los de los europeos, a no ser que los chinos compren Mustela para sus pequeños.

A ver, Olympia de mi vida, no se te ajará la flor por usar un pañito de dudosa procedencia una vez en tu trayectoria vital. Es una situación de emergencia y ante semejantes eventualidades no se han de evaluar los daños inherentes por uso de material no testado dermatológicamente.

Segunda parte, más preocupante si cabe, porque lo llevaré puesto todo el día, un tanga.

Sí, podría volver a ponerme el usado, pero me supera la idea de asearme superficialmente y colocarme el sucio. Esto es un pedo mental, lo sé, sin embargo, me conozco y pasaré un día de perros de no cambiarme de ropa interior. Me transforma, muto por la incomodidad, me salen cuernos, colmillos y rabo, escupo fuego..., hoy no puedo permitírmelo, he de visitar a un cliente fingiendo ser una persona normal.

El slogan de venta no tiene desperdicio: «cinco tangas invisibles a un euro». Tiemblo al aproximarme al montón, temo encontrarme la caja vacía.

¿Invisibles? ¡Virgen de la Ropa Interior Hortera! ¿En serio la gente se pone esto? ¡Pero si es mejor ir a flor descubierta! ¡Qué colores! ¡Capaces de devolver la vista a un ciego!

Este beige, todo de encaje, que debe de picar cosa mala, es lo menos impactante metido dentro de la caja.

—¿Me cobra por favor? —La mujer con rasgos claramente asiáticos, pestañea desconcertada dos segundos.

—Faltan *cuatlo balagas*. —Sonríe amable.

—Gracias, solo quiero una.

—No una, cinco a un *eulo*, faltan *cuatlo*. —Habla, sentencia y vuelve a sonreír. No nos entenderemos, mejor cojo cuatro a voleo y evito discutir, no tengo tiempo.

—¿Mejor así?

—Dos *eulos*. —En relación, las toallitas son más caras que los tangas, aún serán de papel y acabaré poniéndomelos a la vez, sea que esta tarde, dé uno de esos espectáculos afrentosos a los que últimamente estoy suscrita.

—¿*Quiere* una bolsa? —No, me las llevo puestas, así no me atropellarán los ciclistas.

—Sí, por favor.

Pago y me marchó. Voy contrarreloj, me toca correr para que me dé tiempo, sobre todo, a refrescarme el chimichurri.

La recepcionista solicita mi tarjeta y me invita a pasar a la salita de espera. Antes, la visita obligada al aseo, he traspirado más de lo deseado... ¡Divinas toallitas!

Una vez recompuesta, ocupo un asiento dignamente entre las embarazadas que esperan pacientes junto a sus esposos, saco el iPad y aprovecho esos minutos para repasar el proyecto pendiente de firma de esta tarde.

—Olympia Fasol. —Levanto la cabeza de la pantalla táctil—. Acompañeme, por favor.

Obedezco.

El doctor espera detrás de la mesa, dos chicas le acompañan, deben de ser estudiantes.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿cómo se encuentra?

—Últimamente sufro picores en la zona íntima —mentira cochina, sufro de *cosquigustirrinín*, pero no es correcto confesarle eso al ginecólogo, al que le importa un comino mi satisfacción sexual, tampoco quería hacerle partícipe de los verdaderos motivos, doy el perfil de modosita.

—Podrían ser Candidiasis, es más común de lo que pensamos. —Sí doctor, he visto el anuncio.

—¿Habría posibilidad de tener los resultados de manera urgente? Mi idea era adelantar la revisión anual y la analítica, estoy en ayunas.

—¡Qué previsor! No hay inconveniente. Pase al vestuario, desvístase y póngase una de las batas abiertas por delante, por favor.

Sigo las instrucciones y cuando estoy lista salgo. Me coloco en la camilla y el doctor se levanta seguido de las dos muchachas. De repente se abre la puerta y entra una enfermera y otro estudiante más.

—Bueno, Olympia, apoye las nalgas en el borde de la camilla. —Odio el momento espatarre. ¡Qué cruz esto de ser mujer! Menos mal que la enfermera es amable y eso ayuda a disminuir la tensión.

—Vamos a ver cómo está todo por ahí dentro. —En pleno uso de facultades—. Como pueden observar, corresponde a la vulva de una mujer

joven, de aspecto sano, en cuanto a coloración, elasticidad y mucosas.

—Doctor, disculpe...

¿Más gente? Nada, nada..., que alguien salga al pasillo e indague si, de los de ahí fuera, hay interesados en observar mis mucosas vaginales...

¡Esta, Alatz, te la hago pagar!

Algo se me ocurrirá, la idea de servirle el café de la mañana con sal se materializa en mi cabeza..., o colocar estratégicamente entre la sábana bajera y el colchón, legumbres secas... Como se alargue mucho la consulta, va a preferir dormir en el hotel...

—Por fin en casa. —Me dejo caer en el sofá.

—¿Te importa si le dedico una hora a unos documentos? —Vaya pregunta, ni que yo fuera a imponerle horarios como a los escolares.

—No voy a quitarte ninguna estrellita por no hacer hoy la cena, ni tus tareas a tiempo.

—Tampoco me las darás. —El puchero es para otorgarle dos y *rechupetearle* los morritos.

—¿Esto de qué va...? ¿De juntar cinco para obtener un premio?

—Sería divertido, aunque lo elijo yo y no puedes negarte.

—Pues no sé si quiero jugar.

—Lo discutimos después.

—En la cama, como si lo viera.

—La comunicación es esencial en la pareja.

—Los ratos de silencio también. Si hablamos tanto, se nos acabarán los temas de conversación. —Inca una rodilla en el sofá y se coloca encima. ¿No tenía trabajo atrasado? Besa mi cuello hasta la oreja, muerde suavemente el lóbulo y toda mi piel... ¡Hala *p'arriba!*

—Se nos ocurrirán otras formas de comunicarnos. —Vuelve a besarme fugazmente en los labios y se levanta.

—¿Vas a dejarme así?

—Sí, nena. He de estudiar la línea de defensa para un cliente, exponerle las respuestas que ha de ofrecerle al juez.

—¿Eso no es trampa?

—No, mujer... ¡Qué va!

—Qué pamplinoso eres cuando te propones ir de «guais». —Sonrisa sumada a movimiento de cejas, ¡qué chulo es!

—Ocupo tu despacho, es comodísimo.

—Lo sé. Apliqué en las paredes algunas técnicas propias de las estancias anecoides, soy buena en lo mío.

—Eres buena en todo, nena, principalmente en hacerme feliz..., en eso te doy todas las estrellas.

—Pues ya te informaré cuál es tu penitencia.

—A tus pies.

Otro beso de propina, esta vez más tierno, más prorrogado, como ha de

ser un beso para catalogarse como beso.

Tras una ducha rápida, preparo algo de cena. Por su bien, espero disponga de un paladar preparado para tastar la cocina poco elaborada. Yo soy de las de tirar el trozo de carne en la sartén, ponerle sal y plantificarlo así de triste en el plato, total en el estómago aún tomará peor aspecto y no digamos cuando salga del cuerpo... ¡Jo, Olympia! ¡Qué pienses en deyecciones cocinando, tiene delito!

—¿Qué haces? —Me giro y le muestro las pinzas de darle la vuelta a la chuleta.

—Comprobando la temperatura ambiente. —Se coloca detrás mío, mete sus manos por dentro de la camiseta y reptá hasta mis pechos—. ¿Qué haces?

—Comprobando la temperatura corporal. —¡Qué avisado!

—¿Y está al gusto del señor?

—Tengo que verificar el grado de humedad relativa. —Su mano cambia de dirección y la deposita dentro de mis pantalones, justo en el centro de mi flor, que, por cierto, ¡menudo día de atenciones lleva! Le dejo que jugueteé, para qué negarlo, esto de cocinar mientras te toquetean, es de lo más gratificante. Saca la mano antes de que la sangre llegue al río. ¡A ver quién es el guapo que voltea la carne para que no se achicharre!

—¿Se nos encrespará el pelo?

—Podría ser, la cosa está bastante..., caliente y húmeda.

—¿Y qué vas a hacer con ese dedo ahora? —Se lo lleva a la boca y succiona. ¡Señor de la Erótica y la Sensualidad!, un cubito de agüita con hielo no me vendría nada mal.

—¿No decías que no te gustaban las sustancias gelatinosas? —expongo esa consulta como podría haber sido: Sebastopol.

—Tu jugo, sí.

Y aparto la sartén del fuego, para que los únicos en llamas, en la cocina seamos nosotros.

Veintitrés de junio, Santa Agripina, y entre diez y quince onomásticas más que pasan totalmente desapercibidas. La gran mayoría nos centramos en preparar la verbena aprovechando la de uno de los apóstoles más famosos, *Sant Joan*. Ritos ancestrales que permitía la iglesia con tal de aflojar las represiones y el culto al que tenían sometidos a sus fieles.

Cuando era niña mis padres preparaban el jardín de casa con farolillos de colores, guirnaldas de flores de papel y banderolas de todos los países. Invitaban a los vecinos y estos colaboraban con la cena aportando cada cual lo que le apetecía; es decir, mis padres la surtían de entremeses, que a mí siempre me han entusiasmado más que un menú de tres platos y postre, y ellos colmaban la mesa de patatas fritas y quicos.

El tema pirotécnico también era importante. Mi madre era más de fuentecitas de colores y bengalas luminosas, sin embargo, mi padre adquiría un arsenal de explosivos primos hermanos de los utilizados para demoler edificios. Mami, tan delicada para los ruidos estridentes, disfrutaba escondida en casa mientras papá y yo iniciábamos una guerra ficticia con el resto de parroquianos, disputándonos el honor de hacer explotar el más grande, el más estruendoso, el más colorido, el más de lo más... A pesar de que, al día siguiente, nadie sabría identificar quién ostentaba la distinción.

Hoy tengo previsto recuperar parte de aquella sensación de euforia, básicamente porque me siento bien y me apetece demostrarlo.

Desde que el vasco entró en mi vida, aun sopesando muchas dudas, me siento feliz..., me hace feliz. Bueno, no exageremos, me hace feliz a ratos. Ahora mirando el reloj, al comprobar que, de no espabilar haré tarde, despierta el demonio de Tasmania de mi interior, y lo espero dando vueltas de la cocina al despacho, gesticulando con las manos, señalándole la hora con golpecitos nerviosos, susurrando lo huevón que es, y finalmente gritando — cuando la desesperación me ofusca—, ¡qué arree!

¿Y encima se ofende?

¡Me hartó!

—Me voy. —¡Lo que me faltaba! Llegar tarde porque él no disponga de capacidad de síntesis.

—...En veinte minutos estoy en el despacho, ten preparado los documentos de la firma tal como hemos hablado. —Cojo el bolso, las llaves de mi coche y me dirijo a la puerta—. Espera mujer... ¡Dios!, ¡Qué poca paciencia tienes tú y cuánta me obligas a recabar a mí!

—¡Ep! ¡Cuidadito! Qué tú no tengas horario de entrada, no implica que yo haga tarde justo el día que quiero salir en punto. —Niega, o tratándome de loca histérica, o desvalorizando mis conclusiones; gesto probado empíricamente, que una mujer traduce como la primera posibilidad—. ¡No! ¿A qué? Porque los mayores dicen que está mal, pero ganas me dan de empujarte por el balcón y esperar a escuchar el golpe.

—Dijo la tierna y dulce florecilla...

—Alatz, te veo estresado, prueba de hacer un cruce por el triángulo de las Bermudas.

—Si vamos juntos, voy a dónde quieras. —¡Y me sujeta de la cintura como para amansar a la fiera!

—¡Me das tanta rabia!

—No seas tan visceral, que tú pasas de la rabia al odio instantáneamente. —¡Ni que fuera Cola-Cao!

—Nene..., no te odio, es más, si te estuvieras ahogando y yo pasara a tu lado en un bote salvavidas, hasta te saludaría. —Me besa riendo. Yo, aquí, viéndolas pasar..., no pienso devolverle el beso..., ese en concreto, no. El resto los disfrutaré, no soy partidaria de los castigos compartidos.

—Me llevo tu coche.

—No.

—Tu coche es más ágil para ir por ciudad, nena.

—Muy bonito, Alatz... ¿Cómo pretendes que vaya a trabajar? ¿En zepelín?

—No, hija..., llévate el mío.

—Hoy no me pega con la sombra de ojos... —Es una gozada conducirlo, pero por autovías, en Barcelona casi no cabe entre las líneas del carril.

—Hoy solo trabajas hasta la una y media, ¿verdad?

—Ajá.

—Dudo que pueda llegar a recogerte a esa hora.

—No importa, iré directa a Sant Pol, así las chicas y yo preparamos la verbena.

—Llévate mi coche —resoplo—. No seas terca.

—Ten, ¡qué paciencia contigo! —Le entrego la tarjeta, vuelve a besarme, yo sigo haciéndome la indignada.

—¿¡Pero has visto la hora que es!? ¡Conseguirás que llegue tarde! —En este momento mi mente está llena de sapos, culebras y signos de exclamación en negro, como en los bocadillos del Superintendente en los cómics de Ibáñez.

—Ostras, nene... Está bien que seas idiota, pero... ¿por qué abusar? ¿Por qué ese afán de romper récords?

—No sabes lo que me gustas áspera... —Le empujo ofendida, cojo la bolsa para el fin de semana, él hace lo mismo, abro la puerta, salgo y él cierra pasando la llave—. Avísame cuando llegues a Sant Pol esta tarde, por favor.

En el parking nos despedimos cada uno desde el vehículo del otro.

Si ya resulta atípico que un hombre preste el coche, que consideren un apéndice más, una prolongación del pene, un bien indicativo del escalafón social en el que se sitúan; que lo intercambien con una mujer, es un hecho sobrenatural. Cada vez tengo más claro que Alatz, o bien es un ser mitológico —no sabría decir de qué religión politeísta, tampoco si Homero tiene algún personaje similar—, o anda fugado del Área 51.

Era obvio que no llegaría a tiempo para tomarme el café con las *kukis*, el sprint del garaje al despacho me ha permitido encender el ordenador con puntualidad británica —la de los británicos que llegan puntuales, se sobrentiende—. He saludado a Leo al pasar por delante con un: «*Hola, ¡ains! ¡Qué no llego!*» y a Thais con la mano. Thais no está bien.

Ayer su apatía tocó un punto tan agudo, que no quiso acompañarnos a comer, excusándose con trabajo aplazado. Leo y yo nos brindamos a echarle una mano, pero declinó el ofrecimiento con otro pretexto menos creíble de responsabilidad y eficiencia, ¡cómo si ella tuviera que demostrar nada de eso a estas alturas del partido!

Sin embargo, entendimos su necesidad de estar sola y es tremendamente desesperante recurrir a justificaciones para hacer lo que uno desea hacer. Por lo tanto, le dimos el espacio demandado. A ver si esta noche conseguimos levantarle el ánimo.

Mi móvil vibra encima de la mesa insistentemente, este Alatz está postulando al grado supremo de cansino con cheurones en los hombros y

galones en la pechera.

—A ver, tío plomo..., ¿qué tontería se te ha olvidado decirme antes de salir de casa?

—No pierdes el tiempo. ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey! —¡De matrícula, Olympia!

—Hola, Saúl. ¿Qué tal? —¡Olé yo y mi capacidad de reacción!

—Por lo visto, no tan bien como tú.

—¿Qué te sucede? —¡Había una vez...! ¡Un circo, que alegraba siempre el corazón!

—Me diste la patada con el subterfugio de mi engaño, ¿quién ha traicionado a quién, Olympia?

—Tú, preferiste invitar a Carol a pasar por tu casa antes de llamarme, el resto es circunstancial. —«*Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas, tralará..., por el monte las sardinas*».

—No pierdes el tiempo.

—Tú lo amortizas al máximo, con las mejores amigas, con las ex, con el ligue del momento, con la rarita...

—¿Y quién es el afortunado? ¿Quién es el que aguanta ahora tus estupideces? —¿Tu padre? Voy a contenerme, dejemos a la familia al margen.

—Saúl, no te debo nada. Yo estaba dispuesta a formar algo contigo, lo hubiera intentado..., y la verdad, no sé para qué te doy explicaciones si no te las debo.

—Creo que sí, y quiero que me las des en persona.

—Chico, pues no me gusta ni repetirme ni mantener conversaciones personales en horas laborales.

—Saca tiempo. La próxima semana. —¿Puedo ir acompañada?

—Miraré la agenda. —Estará saturada de cosas más importantes que pasar un mal trago.

—Confío en ti. —Malo, no deberías.

—Muy bien, ya nos veremos. —Ve tú a saber en qué otra vida.

—Por supuesto. Disfrutad de la verbena.

—Igualmente.

¡Será posible! ¡Si me pongo a sudar y todo! ¿Y quién se cree para acusarme de adúltera?

Vale, un poquito puede. Sé que el argumento del «y tú más», es una manera poco elegante e inmadura de afrontar el duelo de acusaciones, pero,

oye, cada cual se defiende como sabe. ¿No lo hacen continuamente en política? Pues para mí, por saltarme el asumir la parte de culpa que me corresponde, también es válido.

Además, por si no estuviera ya todo bastante revuelto, ahora, pasamos a la resta llevando. A Thais le afectaba mi egoísmo al mantener a Saúl en cartería y le aflige que él lo esté pasando mal.

A la una y media en la península, doce treinta en las islas afortunadas, apago todo lo encendido esta mañana y salgo de mi despacho con la idea de no regresar hasta el próximo lunes. Leo está con cara de enfado supremo ante Thais, que recoge envuelta en ese halo de perdedora con el que se viste estos últimos días.

¡Menuda alma para una verbena! La emborracharemos.

—¿Nos vamos? —Me estoy perdiendo algo importante, tengo el pálpito.

—¿No esperamos a Alatz? —El tono de Leo no es amigable.

—No. Se le giró faena, primero iba a los juzgados y yo qué sé más, salí con un medio mosqueo, no le presté demasiada atención. Iremos a Sant Pol nosotras primero.

—Yo no voy. —Y ni me mira al informarme.

—¡¿Cómo que tú no vas?! —

—Omar ha quedado con los de su oficina.

—¡Muy mal! Ya habías quedado con nosotras.

—Leo, a Omar le cuesta relacionarse con desconocidos.

—¡Venga ya! Somos adultos, Elido y Alatz tampoco se conocen. ¿Qué tontería es esa?

—Yo tampoco me sentiría demasiado cómoda.

—Por qué.

—Porque no, Olympia... —y la entiendo—, no insistáis.

—Pues me parece fatal... Eso de que otro decida sin tener en cuenta la disponibilidad, me jode hasta en los demás...

—Leo, no seas machacona ni alecciones a nadie. Cada año hay un Sant Joan.

Bajamos al parking y nos despedimos. Thais sale primero, abandonamos por fin las instalaciones de la empresa, Leo sigue dándole vueltas a lo mismo, estoy por abrir la puerta y empujarla del coche. ¡Qué taladrante con el monólogo feminista!

—Omar y Thais llevan mucho tiempo juntos, ellos se entienden, no

entremos en polémicas de pareja.

—Tienes razón... Aunque con lo de Saúl sigo *missing*^[85].

—A Saúl le gusta «gustar», de ahí el pavoneo, fomentando esa imagen de «soy único».

—Está como un queso..., solo una turofóbica no lo encontraría apetecible.

—A mí me gusta el queso y le he dado nones.

—¡Nos ha *jodido*! Tú has cambiado el queso por el solomillo.

—Sí, Alatz está macizo, aunque continúo sin superar el umbral de los cuatro meses.

—Al vasco, eso del acoso y derribo, le ha dado resultado.

—Esto me va a pasar factura, ya verás.

—¿Tampoco superarás la marca?

—No es por el tiempo, es la intensidad, supe que Saúl no era el sapito esperado, porque nunca había pensado tanto en un tío como pienso en Alatz.

—Sí, a mí me pasa con Elido. Aunque lo vuestro si sale bien, es de novela de las de Thais. Ese reencuentro..., que nunca te olvidara, que conectéis...

—Pues yo llevo una temporada, que, con tanto cambio, podría interpretar «Himen y castigo». —Nos miramos un segundo y rompemos a reír.

—¿Y no será que tanta lectura «rosa-erótica-morbosa» haya despertado en Thais nuevas apetencias?

—De ser eso, va fina, estuve hojeando el que tiene pendiente de lectura y es de los de subir el mercurio de los termómetros. Me lo he descargado, aunque creo que lo reservaré cara al invierno..., por lo de los cuatro meses, ya sabes.

—Yo me leí el de Cristina, era romántico y divertido, pero poco carnal, vamos, te abre el apetito y te deja hambrienta.

—Este se titula *Por una cama de princesa*, de Hadha Clain y he profundizado poco, pero te sube el ánimo..., de leértelo, ten a mano al Elido.

—¿Y no será eso?

—Ella tiene a mano a Omar.

—En estado vegetativo... Thais se ha colgado de Saúl y necesita satisfacer sus fantasías lúbricas.

—A ver por dónde amanece.

—¿Paramos a comer? Me gruñen las tripas.

—Vale, ¿qué te apetece?

—Una hamburguesa en el Viena, me mola eso de alimentarme de comida basura escuchando a Mozart.

—Chica, si tan claro lo tenías, ¿por qué no me lo has dicho antes de entrar en la autopista?

—Un área de servicio también me vale.

—Y tanto, no pienso volver para complacer tu antojo.

—Si me sale un lunar en forma de V, tú pagarás el láser para eliminarlo.

—Por eso no te agobies, te lo quito yo con un toque de plancha.

Salgo de la C32 para estacionar en la primera Repsol con Burger King que encuentro. ¡Mandan narices!, hay miles de restaurantes en Barcelona y periferia, hemos parado en el Corte Inglés para comprar la cena; y hoy, pudiendo comer sin prisas en un sitio en donde te sirvan y se preocupen por cumplir las expectativas promovidas según el importe del menú, acabemos aquí, jalando hamburguesas grasientas con patatas refritas en aceite de no se sabe el origen ni la última vez sustituido, en donde aparte de llevarte tú la comida a la mesa, la tienes que recoger.

Leo tiene razón, ante la ansiedad de llenar el estómago a base de comida rápida, el mejor sitio es el Viena, los camareros son amables y te atienden con una sonrisa en los labios, sin azuzarte con la mirada, no suele haber niños chillando a tu alrededor y la música clásica mantiene un ambiente tranquilo, además de no tener la obligación a vaciar las bandejas. Están muy concienciados con el tema del reciclaje, separan cuidadosamente los envases de los residuos orgánicos y los papeles, cosa que nadie hace cuando ha de retirar sus restos, se introducen en el contenedor de la boca más ancha y por donde mejor entra.

Ambas estamos mirando el menú colgado encima del mostrador, a mí ver tanta cosa tan poco apetecible, me provoca indecisión. Odio la carne picada, así que las hamburguesas, las salchichas y la butifarra..., en mi paladar tienen una textura desagradable, por no decir asquerosa. Siempre acabo eligiendo la de pollo, en donde la carne picada se ha convertido en una pasta aderezada —no quiero pensar con qué— acompañada con lechuga —media hoja desmenuzada y oxidada— y la maravillosa mayonesa. Todo mejora con mayonesa.

—¿Ya saben lo que desean tomar? —Sí claro, miro el menú porque me

hipnotizan los colores.

—Para mí un menú con una hamburguesa de pollo.

—*¿King de pollo, Chicken big King, Tendergrill, Crispy Chiken con queso o queso Jalapeño Chicken?* —He escuchado el trueno al superar la velocidad del sonido en *Mach 3*. Me espeluzna pedir un segundo pase.

—Una de pollo, que lleve pollo, estará bien.

—Señora... —me ha llamado señora, vamos mal—, todas las de pollo, llevan pollo.

—Ponle una *King* de pollo. —Leo desenreda la situación.

—Para beber...

—Una Coca-Cola Zero. —Así engaño a mi cerebro eliminando unas calorías.

—Ha de ser Pepsi. —Odio la Pepsi.

—A mí no me gusta la Pepsi.

—Pues no tenemos Coca-Cola, señora.

—Nestea, mismo. —Me apetece más una clarita, pero solo faltaría que me hicieran una prueba de alcoholemia, conduciendo el coche de otro, en donde no sé encontrar los papeles.

—Las patatas..., medianas o grandes.

—Las que vengan con el menú. —Frunce el ceño. ¿Qué he dicho ahora?

—Medianas y la bebida normal..., no querrá postre, para mí lo mismo. Añade una ensalada para dos, por favor. —Se adelanta Leo y resuelve. Creo que tiene previsto enumerar la carta de ensaladas, responderé yo, demostrando que entiendo.

—La que no lleva pollo —aclaro y él pestañea. Tengo el palpito de estar siendo enviada a que me den por donde amargan los pepinos. Estiraré los labios mostrándole algo similar a una espléndida sonrisa falsa.

—Serán dieciséis con treinta y cinco euros, gracias.

Leo se adelanta pagando el menú de ambas, le da el cambio y nosotras nos separamos del mostrador esperando a que acabe de colocar el pedido sobre la bandeja.

—Si son dos menús, ¿por qué lo ponen todo en una bandeja? En el precio ha de incluirse el desgaste del mobiliario, ¿no?

—¿Por qué eres tan borde?

—¿Contigo he sido borde?

—Con el chaval.

—¿Yo? Pero si solo he contestado a sus preguntas.

—No, eso no es del todo cierto. Si no despiezaras cada frase en busca de ofensas, te darías cuenta de que te pasas de frenada.

—Jo, en serio, esto de tener amigas es un latazo.

—Espero que tu «en serio» sea «en broma». Mira, déjalo..., no me mientas.

El chico nos indica que ya está el menú completo, pero, ¿y la bebida?

—Leo, no nos ha puesto la bebida —susurro, no ofendamos al muchacho.

—Ves esa máquina de ahí —asiento. ¡No me lo puedo creer! —, te rellenas tú el vaso.

—Pronto en lugar de las hamburguesas, te pondrán en la bandeja un mandil con la rasera y, ¡hala, entra y cocina al gusto!

—Anda, tira, aún nos echarán haciendo valer el derecho de admisión.

—Lo que no entiendo es como entra la gente. —Me da la bandeja y rellena los vasos.

—Ni yo como hay alguien que te aguante.

—¿De veras soy tan borde?

—Digamos que, si estuviéramos en el tiempo de la inquisición, serías Torquemada.

—Tienes suerte entonces de vivir en el siglo XXI, te hubiera condenado a la hoguera.

Nos sentamos a la mesa y alargamos nuestras puyas entrelazándolas con anécdotas laborales del día, acabando por satirizar las cantinelas de algunos clientes que frustran cualquier empeño por hacerles entender los aspectos más básicos de la política organizativa de la empresa, no atienden, únicamente insisten en su «yo soy el cliente», sin valorar otras eventualidades aparte de las suyas, de ellos mismos y sus negocios.

A mí, en realidad, eso me resbala como el agua de la ducha, ni me preocupo en escuchar sus consejos. En tono manso, les insto a trasladar todas las observaciones y sugerencias a los nuevos gerentes, que las tomarán en consideración con su exquisitez característica.

—Yo ya he acabado.

—Y yo —dándole el último sorbo al agua con sucedáneo de té en polvo con algo de sabor a limón, que te deja el esmalte dental áspero, contesto.

—He de ir al *meódromo*. —Tanta delicadeza es abrumadora.

—*Anem*.

Vaciamos las bandejas en donde se supone debemos depositar todos los residuos y nos dirigimos al baño. Tal como abrimos la puerta, el bofetón arreado por la peste a tuberías embozadas, casi nos estimula el vómito, pero, como somos unas chicas valientes, capaces de orinar en los retretes móviles instalados en los conciertos; esos que al vaciar el tanque suelta un líquido azul intenso, se abre una trampilla y ni sabe Nuestro Señor, en qué se debe convertir todo aquello; nos adentramos en el planeta mingitorio infecto, pegajoso y estrecho.

Leo abre una de las dos puertas de los urinarios y encontramos los azulejos estucados en caca, un gotéale ochentero bien logrado. Yo para evitar la náusea, voy a dejar de imaginar cómo puede alguien haber conseguido ese acabado tan afinado con esa parte tan ingrata del cuerpo y sin ver. Leo cierra, con mueca de asco y se lleva la mano que no ha tocado el pomo, a la boca. Yo aguantaré el pis o lo haré en una cuneta, o en una botella, o encima..., pero ahí, no.

Con el pie abre la otra puerta, está algo más limpio, ella, menos remilgada que yo, le echa huevos y entra.

—Olympia, atranca la puerta de entrada a los aseos.

—¿Por qué? Cierra la del urinario.

—No puedo, no quiero que mi pantalón toque el suelo.

—¿Piensas quitártelos?

—No. Me subiré a la taza. —La observo alucinada, pero le hago caso.

—Tú, no andas fina..., como te caigas te abrirás la cabeza.

—Como me caiga, muero del asco. —Y ahí está Leo, una tía de las de girar el cogote, montada en la taza igual que un canario, haciendo equilibrio para apuntar dentro del retrete y no orinarse los pantalones, y todo esto sobre unas sandalias con cuña de más/menos doce centímetros. Es mi ídolo.

—Pásame un cleanex.

—Yo no llevo.

—Yo, sí.

Entonces, por si el bucle de repugnancia no había tocado el cénit, me acerco removiendo su bolso, ella mete la mano, rebusca y cuando la saca... ¡Cristo de las Heces y los Excrementos! ¿Qué mal te hemos ocasionado?

Unas llaves hacen hoyo dentro del inodoro. Ella me mira, yo la miro... Asustadas.

—Yo no voy a meter la mano ahí —advierde con los pantalones por las

rodillas y el pañuelo entre los dedos.

—No son mis llaves.

—¡Te pedí un puñetero cleanex, Pimpi!

—Meter la mano en tu bolso es similar a introducirla en una pecera con pirañas, temí sacarla descarnada.

—¿Y ahora qué?

—Es tu pis.

—Es tu culpa.

—¿Tu madre tiene copia?

—¿Cómo las voy a dejar ahí en el fondo?

—Mientras no le hayas puesto la dirección con el teléfono, no hay problema. —No lo descarto.

—¡Tú estás sonada!

—Desde luego, mis dedos no acariciarán la garganta de Don Roca. —Ni borracha meto ahí la mano.

—Va tía, hazlo tú, eres más joven, tendrás más tiempo para olvidar el horror. —Me hago cruces con el súper morro de aquí la amiga.

—Mejor hazlo tú, que eres más mayor y dispones de menos años para que te persiga el recuerdo.

—¡Muchas gracias por tu ayuda!

—No se merecen. —El espectáculo es digno de un capítulo de *Mr. Bean* —. A ver, antes de que el llanto te subyugue, baja de la taza. Busquemos en tu bolso, si hay algo útil.

—Pimpi, de esto ni pío a nadie. —¡Vaya hombre!

—Sí eres más bocazas que yo. —Se asea y se sube los pantalones. Mientras yo meneo el interior, semejante a un bazar chino, pero de marcas pijas.

—Mira en la cremallera de afuera, hay un palo *selfie*.

—¡Un palo! ¡Un palo! —Y de poco no inicio una carrera como el niño del anuncio de la emoción.

—Hay una bolsa para vómitos, de las de cierre *zip*.

—¿Vas a potar? Chica, la cosa tampoco es para tanto, al fin y al cabo, es tu pis, imagina..., podría haber sido mucho peor.

—¡Olympia! ¡Calla! Es para meter las llaves después de pasarlas por agua. No las volveré a tocar, hasta desinfectarlas con alcohol de quemar.

—¡Ah...! —Maniobro con el palo, las extraigo y las lanzo al lavamanos.

Leo, tira el cleanex al retrete y acciona la cadena. Abre el grifo, moja las llaves, las mete después en la bolsa, la cierra, me retira el palo de las manos, lo deposita en la papelera sin plegarlo y se las lava.

—Vámonos, por favor. Quiero iniciar el proceso de saneamiento mental.

Leo es un ser especial, de esa gente con una luz y un ángel que cae bien en el primer minuto. No fue mi caso.

Thais y yo nos conocimos en la universidad, ella se sacaba la carrera por asignaturas y compartíamos alguna de mi semestre. Enseguida conectamos, llevaba trabajando en Sureda desde los dieciséis años y Leo con ella, aunque estudiando Gestión y Administración de Empresas.

Cuando quedábamos a tomar algo las tres, veía a Leo como la típica tía explotadora de su físico para conseguir sus objetivos, y así era, pero siempre nos incluía y nunca nos dejaba tiradas. Aquel primer verano, nos fuimos juntas a Praga y disfruté muchísimo del viaje gracias a ella y a su facilidad para conectar con la gente.

Siempre voy a remolque suyo, es el puesto donde más cómoda me encuentro, y tenemos mil anécdotas que contarles a nuestros nietos, otras que son *top secret*, aunque tan escatológicas como la de hoy, ninguna.

Thais opina que nuestros karmas explosivos son capaces de provocar el movimiento de las placas tectónicas. No obstante, Leo es más delicada..., muy *kuki*.

Llegamos a Sant Pol, antes pasaremos por el súper del pueblo. Aquí prácticamente se conocen todos y a pesar de que yo a ellos no, por lo visto ellos a mí, sí. La pequeña del inglés, me llaman.

Les voy a dar tema de coloquio a las abuelas del pueblo. No vengo nunca, y cuando lo hago traigo a los amigos a dormir. Sí, todos estamos curaditos, pero la novedad siempre tiene su cuota de protagonismo.

La Sra. Carme, es algo así como la guardesa, se cuida de la casa de mis padres en su ausencia y deja a sus perros, dos pastores belgas, con aspecto fiero y más ruidosos que agresivos, campando por el patio, intentando evitar que «los amigos de lo ajeno», deseen surtirse con los enseres de la casa. Cuando vengo, traigo dos sacos de pienso y los dejo en el garaje, además de chucherías caninas variadas, se lo merecen solo por como lo agradecen, con más muestras de gratitud que mucha de la gente que se creen por encima de los animales.

Estamos en la cola, la cajera va pasando las cuatro tonterías que nos

hemos descuidado, la comida de los *perretes* y canela. Leo quiere preparar un coquito y dimos tantas vueltas en la sección de lácteos del Corte Inglés por la leche de coco y la evaporada, que nos olvidamos de ella.

—*Hola, maca... Què no em recordes?*^[86] —Pues no, ¿debería de hacerlo?

—*Ho sento. La veritat és que no.*^[87] —Uy, qué vocecita de niña buena, aún me dará una piruleta la cajera.

—*Sóc la Marina, la teva mare i jo assistíem a classes de Pachtwork.*^[88]
—Mira tú qué bien, y qué poco me importa.

—*Li donaré records la propera vegada que parli amb ella.*^[89]

—*Sí, si us plau. Encara que fa tant de temps d'això.*^[90] —Sé que intenta sacar información jugosa, ser la reportera titular de «Radio plaza Sant Pol de Mar», el único lugar del mundo en donde un reloj de sol no daba la hora por estar a la sombra de una visera.

—Sí. —No añadido más.

—*Què tens gos ara?*^[91] —No, mujer, es un ingrediente de diseño.

—Es para mí. —¿Leo? ¿A qué ha venido eso? —. Hago una dieta muy estricta a base de pienso de perro. No cualquier pienso, solo de primeras marcas.

—*Oh..., I això..., va bé?*^[92] —¡La qué vamos a liar!

—¡De lujo! Yo antes era gorda, fea y morena... Mire, mire ahora, hasta el rubio es natural... y de todo el cuerpo. ¿Ve la ceja?, ya sabrá que determina el de la almej...

—Sí, Leo..., todo en el mismo tono. —No podré volver al pueblo, ni por mar, ni por aire.

—*No ho havia escoltat mai...*^[93] —¿Se lo estará creyendo de verdad? Cara de sorpresa sí hace.

—Porque usted no debe de estar familiarizada con las dietas milagro. Esta es de las más prodigiosas. Solo me han ingresado una vez en el hospital.

—La cajera, nos mira, todos los que esperan para pagar su compra, nos miran, y la otra cajera, también... ¡De esta nos extraditan!

—*Una baixada de sucre o una cosa així, suposo*^[94].

—No, qué va... Salí corriendo detrás de un gato y me atropelló un ciclista. —Ahora mismo, toda la gente se está riendo de la ocurrencia. Rectifico, todos no..., la señora amiga de mi madre a la que yo no recuerdo,

no ríe.

—Cóbrame, por favor. No la hemos podido vacunar de la rabia todavía, y me asusta que la muerda alguien. —Salimos del súper a carcajada limpia.

—¿Cómo se te ocurre? La qué has montado.

—Nos miraba con desprecio, por encima del hombro.

—Leo, si le sacamos dos cabezas a la pobre mujer, no nos miraba por encima del hombro, intentaba encontrar nuestras caras.

—Pues eso le pasa por preguntar por no callar...

—Y yo soy borde y estúpida.

—Sí lo eres, de origen..., yo solo de tanto en tanto.

Qué lástima que Thais se pierda esto, divertirse en pareja es bueno y gratificante, pero hacerlo entre buenas amigas, cuyo humor es afin, también. No debería dejar pasar la oportunidad de reírse de todo, y de viajar, y de comer de todo, y de beber de todo... Desde el día de nuestra concepción, se inicia la cuenta regresiva, unos con más años, otros con menos, pero desde el instante de la fecundación, cuando las células comienzan a dividirse, solo hay una cosa segura, somos futuros cadáveres, por lo tanto, es mejor dejar poca energía sin consumir para cuando llegue ese momento.

La casa de mis padres en Sant Pol de Mar es muy acogedora, dispone de todos los elementos que proporcionan elegancia y calidez a un hogar, armonizado por el entorno y las increíbles vistas al mar. Leer sentada en una hamaca con la frescura del césped recién cortado y el saborcito de la brisa, es una gozada.

Yo no suelo venir muy a menudo por no desvirtuar mis recuerdos infantiles evocando callejones anchos y empinados, que en realidad no son más que callejuelas de pendientes moderadas, y, porque esta casa sin mis padres, solo es una casa.

El pueblo al ser costero y cerca de Barcelona es un reclamo turístico, sin embargo, no está masificado de guiris *borrachuzos*; sus habitantes, por suerte, no se han dejado seducir por las libras de los estudiantes con sed de bebida barata.

Sant Joan es una noche muy especial, y se percibe más barullo en el municipio. Los familiares de los residentes llegan para compartir los festejos, tan típicos como paganos, que dan forma a la *nit de bruixes* o *la festa del foc*. Se celebra el solsticio de verano, en donde a partir de esa noche los días comienzan a acortarse hasta *Santa Llúcia*. Su principal atractivo son las

hogueras, prendidas con muebles viejos, con tal de enviar energía al sol evitando decaiga su brillo, y también con fines catárticos para la población mística.

Para mí, poco amante de participar en saraos de este estilo, esta en concreto, me ha gustado siempre desde niña, y en este momento, Leo y yo nos lo estamos pasando pipa mientras decoramos el jardín para la fiesta. La barbacoa se la dejaremos a Elido y la cena a Alatz.

Ya lo tenemos todo bien ambientado y colorido. Esperamos a los chicos con un bikini, el pareo y una clarita bien fría —de las que al pasar por la garganta provoca escalofríos, en las tumbonas de la piscina—, absorbiendo el sol de la tarde, que no abrasa y relaja.

—Compré una mascarilla de algas y barro del mar muerto. ¿Te apetece untártela? —¿Eh?

—Leo, debe de haber un error.

—¿Por?, es relajante, nutritiva y limpiadora.

—Si todo está muerto en el Mar Muerto, ¿de dónde han sacado las algas?

—¡*Puff!* De cuando estaba vivo... Mira, es de una exclusiva casa de productos cosméticos.

—Si tú lo dices... Venga... ¿Cómo se hace?

—Voy a prepararla, verás lo bien que nos lucirá la piel —comenta entrando en casa—, a Alatz se le van a resbalar las manos.

—A mí mientras no se me caiga después la piel..., ya me vale. —*Uhhmm...* qué gusto el sol, qué gusto la tranquilidad, qué gustazo no tener que ir a trabajar por las tardes.

—Mira, Pimpi... —Recuerda a un puré de lentejas, el aspecto es desagradable. Oler, no huele mal, y eso que es materia orgánica descompuesta... ¡Olympia, no pienses!

—Esto va en la cara, ¿no? —Mi mueca de repugnancia es involuntaria.

—También puedes ponértela en el culo, elige tú qué prefieres tener más terso y suave.

—Tú eres la experta en cuidados de la piel, dime dónde necesito más hidratación.

—Probaremos en el rostro, el cerebro no lo nutre. —Entorno las pupilas por no darle una colleja.

—A ver, *Mary kuki*, cómo procedo.

—Primero, con los dedos índice y corazón, haz dos marcas como los

indios en la frente y en la barbilla —sigo sus instrucciones. Reparto el producto—. Muy bien, y ahora los pómulos, distribuye el barro con cuidado de que no te entre en los ojos, con toques suaves con los dedos de la belleza.

—¿Eh? Nena, ¿cuáles son? Porque a mí solo me suena el dedo insulto.

—Los anulares, que hay que explicártelo todo.

—¡Como tú naciste sabiendo!

—Con un don, sí. —Se embadurna de barro color caca la cara y nos volvemos a sentar al sol.

—Vamos a tener que beber la clara con caña. ¿Es normal que se endurezca tanto?

—Todo lo que da buen resultado en esta vida, ha de ponerse duro.

—¡Leo!

—Relájate mientras fragua, son cuarenta y cinco minutos.

—¡Jesús! Casi no puedo abrir la boca.

—Mejor.

Cuando el barro empieza a resecarse, un aroma como a mentol o eucaliptus, refresca de fuera hacia dentro y..., si me duermo diez minutos nadie se va a dar cuenta.

—Olympia...

—Calla. —Respondo inconsciente.

—Olympia... —repite la voz —¿Están dormidas o en coma?

—¡Ahhh! —grita Leo.

—¡Ahhh! —grito yo, por simpatía.

—¿Por qué chilláis? —Elido pregunta entre risas—, si somos nosotros quien tendríamos que salir huyendo.

—Es una cura anti estrés facial. No te enteras nunca de nada. Muy parecida a la que nos hicimos tú y yo el otro día.

—Elido, ¿tú te prestas a esto? —A mí me encantaría jugar a maquillar a Alatz. Aún es pronto para permitírmelo.

—Cuando Leo se obstina con algo, solo tienes dos posibilidades; la primera, pedir asilo en Marte, la segunda, permitir que lo haga.

—No te quejes tanto, si le estás tomando el gusto a eso de las cremas.

—¿Cómo se quita esto? —Alatz, me mira, niega y sonrío.

—Lavándote la cara con agua templada. —Me levanto de la hamaca, Elido ocupa mi sitio.

—Veo que ya os habéis presentado.

—Nos encontramos cuando abría la puerta para aparcar el coche en el garaje.

—¿Has metido el tuyo, Elido?

—No creo que me lo vayan a robar, lo he dejado en la acera.

—Mejor dentro, las bengalas como caigan en el capó marcan la pintura. Voy a quitarme el cemento armado con el que me ha barnizado esta mujer.

—Yo aguantaré diez minutitos más.

Entro en casa seguida a corta distancia por Alatz, y cuando salimos del campo de visión de los invitados, estira suavemente de mi mano y me pega a su pecho.

—Son algas muertas que estuvieron vivas en el Mar Muerto..., declino responsabilidades si te intoxicas.

—El cuello lo tienes libre y llevo mucho rato sin tocar tu piel, estoy sufriendo el síndrome de abstinencia, necesito mi dosis de Olympia.

—Pasada la primera fase, el mono es más llevadero.

—Soy un *Olympiómano* orgulloso de su adicción.

—¿Cómo ha ido el día? —Besa mi cuello repetidamente. ¡Qué rico se siente!

—Trabajo, contrariedades con el trabajo, mucho trabajo y Miranda. — Me separo.

—¿Miranda?

—Sí, no va a ponérmelo fácil, era de prever. No quiero hablar de eso ahora, me apetece disfrutar de la noche con mi chica y nuestros amigos.

—¿Ya son «nuestros»?

—Los amigos de mi chica, son mis amigos.

—Y viceversa.

—Y viceversa.

—No soy muy sociable.

—Ni yo.

—Por cierto, me llamó Saúl. —Si eran amigos, ya lo ha tachado de la lista.

—¿Para qué?

—No le va el refrán de a rey muerto, rey puesto.

—¿Y cómo se ha enterado?

—Ni idea. Pero... —estiro de la pechera de la camisa, me pongo de puntillas y me acerco a su boca—, no quiero hablar de eso ahora.

Y le estampo un beso bien jugosito, sin darle la menor importancia al barro seco que tengo en la cara.

—Olympia, por lo que más quieras, quítate eso. Es como si estuviera lamiendo un berberecho lleno de arena de playa.

—¡Qué poco elegante! Muy mal, Alatz..., punto negativo.

—Nena, en este momento cierro la boca y mastico tierra.

—Encima que lo hago por ti, para hacerte sentir el mayor de los placeres cada vez que me toques. —Añado un *pucherín*. Teatro para recibir el mimito de recompensa.

—¿Tú no entiendes todavía, que me produces placer solo con pensarte? Quítate eso de la cara, no necesitas nada para ser perfecta. —Me mató.

—Cómo sabes dónde incidir para que una mujer se vea una diva.

—Eres mi diva, nena.

—Vale, punto positivo.

—Hemos neutralizado el negativo de antes.

—Es un positivo doble, suma a los que has ido consiguiendo.

Y vuelvo a besarle, porque me da la gana y porque, ¿cómo no hacerlo cuando me mira y me sonríe? ¡Qué fácil es quererle!

Sacar de mi cara los restos de barro ha sido una tarea de saneamiento y limpieza en intensidad. Las algas debían de ser con cualidades adherentes, ¡Santo Niño de las Pegatinas! No podía liberarme de los residuos ni frotando, ni raspando, ni lijando..., normal que la deje suave, quitas las pieles muertas, las vivas, las que están naciendo y las que pensaban nacer.

Resultado, tengo el rostro de una inglesa harta de sol.

Alatz está preparando la cena. Bueno, hoy en realidad, retira el film transparente de las bandejas de los canapés y los embutidos selectos, para que se atemperen y pierdan la humedad del frigo.

Nosotras preparamos la mesa, con la ropa, vajilla, cristalería y cubertería de los domingos, es decir, papel y plástico, eso sí, de colores y con un diseño distinto al clásico plato blanco de ir al campo a comer ensaladilla.

El que parece tener más complicada la tarea encomendada, es Elido. Se había ofrecido a preparar unas costillas asadas al fuego, y se las daba de experto antes de empezar, sin embargo, su experiencia campista está basada en el uso del carbón en las típicas barbacoas metálicas. Lamentablemente, cara a su ego, la de casa de mis padres es una construida con ladrillos refractarios y chimenea de piedra, con su leñero en la parte inferior, encimera de mármol,

fresquera, fregadero de doble seno y alacena con los útiles precisos para encenderla y manipular la comida, techada y con una mesa de obra rectangular, por lo tanto, se encuentra algo pez en el tema de hacer lumbre.

Evitando el intento de prender frotando un palo, le he indicado en dónde encontrar un encendedor y la yesca, facilitándole la labor. Leo, a su vez, le ha dejado terminantemente prohibido el uso de la gasolina o cualquier otro tipo de sustancia o líquido inflamable, combustible o acelerante del fuego. Se lo he agradecido, ni me apetece intoxicarme con las chuletas, ni vaciar la piscina sofocando llamas, por muy *Sant Joan* que sea.

A pesar de nuestros recelos, lo ha conseguido y la velada está siendo distendida y agradable. Alatz y Elido, parecen tener algunas aficiones en común, a ambos les encantan los vehículos clásicos y se enzarzan en conversaciones sobre los anuncios de los 80 y los motores, las marcas, carrocerías, equipamientos..., un mundo demasiado estático estéticamente, bajo mi criterio, la mayoría de los coches eran afines a los sombreros pintados por niños de seis años.

Leo y yo, reposamos la cena, con su cóctel coquito entre las manos, hablando de cosas de chicas, zapatos, sobre todo.

—Podríamos bajar a la playa, para ver a los que saltan las brasas — comenta Elido con Leo entre los brazos.

—Sí, es una buena idea. ¿A vosotros os apetece?

—Por mí, bien. Siempre hay quien desconoce que atravesarlas tiene su truco.

—¿Qué truco?

—Uno simple de física, si se pisa con mucha energía y se colisiona contra las brasas muy brevemente, el aire acumulado en la planta, retenido por el calzado de llamas creado alrededor de la piel, impide las quemaduras.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque leo..., Leo.

—Paridas, que no te van a servir de nada.

—Yo no me quemaría los pies si atravesara una hoguera.

—A mí no se me ocurriría atravesarla...

—Venga chicas, dejemos este cruce de acusaciones y bajemos a la playa. ¿Qué os parece si nos damos un chapuzón? — propone Elido.

—Es mejor idea que ir a ver las hogueras. Esa cala de ahí está vacía.

—Porque solo tiene acceso desde el jardín o a nado sorteando la roca.

—Pues no se hable más.

—Cojamos unas toallas, la coca y la botella que ha traído Alatz de champagne. Esta noche es muy corta —determina Leo con mucha razón. Aunque tengo la sensación de que, por como mueve las cejas en dirección a su chico, hay más intenciones..., y no pienso preguntar.

—Supongo que mosquetones, cuerdas y cascos para el descenso *rapelando*, no necesitaremos.

—¡Qué pijo eres Alatz! Aquí se baja sin zapatillas y por la roca punzante. Contigo el mito del vasco se viene abajo. —Hay unas escaleras con viguetas de madera colocadas por mi padre para no descalabrarme. Mi punto de equilibrio está desequilibrado desde niña.

—Si a Olympia le das unas cuerdas y unos mosquetones, teje una tela de araña y se queda enganchada en ella... La palabra «torpe» toma otra dimensión si se asocia a su persona.

—Gracias, Leo. La aclaración has sido muy gráfica.

Mientras se ríen de un chiste, que no comparto, bajamos a la playa y nos situamos alejados de la orilla evitando que la subida de la marea no nos pille por sorpresa.

Brindamos muchas veces, reímos mucho, nos divertimos con nuestros chascarrillos entre bocados de coca de crema.

—Elido, ¿nos remojamos el culo? —Leo está algo achispada, consciente y orientada, pero con esa ligereza que otorga la bebida.

—Y tanto, seguro que el agua ahora está menos caldosa.

—Esto en Bilbao es impensable. Salen siempre las imágenes de tíos aguerridos metiéndose en el agua, pero eso son los abuelos y los adolescentes, que tienen alterada la temperatura corporal.

—Y algún imbécil por salir en la tele.

—Y los surfistas. ¿Te acuerdas de los surfistas, Pimpi? —¡Oh, sí! ¡Qué recuerdos! Cuántos *Le llamaban Body* en las playas agrestes del Norte.

—No..., no les presté demasiada atención.

—Vamos al agua, que quiero mostrarte las maravillosas vistas de la luna y su reflejo en ella.

Elido se levanta, ella le tiende las manos, tira de Leo con fuerza y la sostiene en brazos. Entre risas se la lleva al agua, se escuchan los gritos de miedo y euforia de ella, mezclados con las carcajadas de él.

Relleno la copa de Alatz para acabar la botella.

—Ven, siéntate en mi regazo, me encanta tenerte encima. —¡Qué marrano! Y cómo me gusta.

—¿Te están subiendo las burbujas? —Velemos entusiasmo, se lo tiene muy creído.

—Va, nena, no te hagas de rogar.

—Chiquitín, chiquitín... —hago lo que me pide, cosa que deseo—, el alcohol, te desinhibe.

—No te puedes hacer ni una tenue idea. —Oh, tono de aviesas y obscenas intenciones.

—Estás loco. —He de fingir algo de pudor, es lo esperado de una mujer decente, hasta las películas de moral distraída tienen ese puntito de decoro.

—Por ti. —¡Ups! Acaba de sacarse todo «el material», muy disimuladamente, del bañador. Desanuda el lazo de la braguita de mi bikini.

—Me disgusta ser tu excusa para todo... —este inconformismo que llevo a gala, que me obliga a reprochar su conducta, mientras me voy acomodando encima—, te los vas a estrangular.

—No es ninguna excusa, solo me apetecen estas locuras si las hago contigo.

—Eres un salido del morbo. —Y no le pongo trabas. Noto todo el pulso de su *chismómetro* palpitando entre mis muslos. Aquí me tiene dispuesta como es costumbre ante la mínima insinuación. ¡Ay Virgencita de la Cueva, haz que llueva! No sé cómo detener a este hombre, es mi debilidad.

—Leo y Elido..., ya sabes..., tardarán un poco en volver. ¿Me dejas pasar?

—Creo recordar, que tienes las llaves y conoces bastante bien el pisito.

—Es de lo más acogedor. —Delicada, me dejo caer encima y suspiro, con toda la intención, en su boca, porque sé que le enciende. Sujeta contundentemente mis nalgas con ambas manos debajo del caftán que llevo puesto.

—Le saco todo el partido que puedo, ya sabes..., sin recargarlo en exceso, siguiendo la norma estética básica del «menos es más».

—En ti, nada está de más y este en concreto, es el mejor lugar de la Tierra. —Busca mi boca y la encuentra..., y la posee—. Nena..., muévete, quiero recorrer todo el espacio.

—¿Visita guiada?

—Sí, recreativa. —Me elevo lentamente y me deslizo sin prisas, trazo

una elíptica con las caderas, jadeo a su oído..., en llano, lo estoy poniendo a mil—. Joder, nena...

—¿Quieres tomar algo? A las visitas siempre hay que ofrecerles un cafecito.

—Lo que quiero es que sigas, que sigas hasta el final.

—¿Y piensas realizar alguna aportación? —una de sus manos desaprisiona una de mis cachas y encuentra la zona femenina erógena por excelencia, que ya está sensible con el roce de su vientre. A mí me vuelve majara de atar, la marquita de sus oblicuos y los repaso con los dedos. Debería de haberme mostrado algo más firme si no tenía previsto el polvo *Sanjuanero*..., aunque, comprobando la rigidez, ¡a ver quién es la guapa, o la fea, o la del montón, que se resiste!

—La cosa empieza ponerse seria, nena.

—Veo que la estancia, no va alargarse demasiado.

—No, no creo que pueda seguir profundizando en los detalles mucho más.

—Alatz, como pares ahora, juro que te violo. —Por cómo se ríe pegado a mi boca, pensará que es una amenaza fatua... ¡Ja! ¡No me conoce violando!

—Si no frenas el ritmo, no prometo nada.

—Nene, ahora mismo no estoy para reducir la marcha..., así que, ¡aguanta, campeón!

—No soy un surtidor..., nena. Esto no va así —que pida tiempo muerto ahora, es algo parejo a exigirle al técnico del *Dragon Kan* que frene la atracción en pleno *looping*. ¡Cómo si pudiera sofocar repentinamente esa onda de calor interna abrasadora! Además de que los exquisitos espasmos orgásmicos me invitan a gemir a su oído, por no hacer un concierto lírico a la luz de las estrellas—, y con tus jadeos no ayudas..., no, así no..., Olympia... ¡Por favor!

Masculla sacudiéndose dentro, agarrando mis nalgas con fuerza, apoyando su frente en mi pecho. ¡Menudo momento erótico haciendo saltar los térmicos!

Yo sigo en la cresta de la ola, con la piel sensible al tacto, el culo dolorido y, aunque suene desagradable..., chorreando.

—Te voy a manchar el bañador.

—¿En este instante eres capaz de preocuparte por eso?

—Sí... ¿Es malo? —No sé chico, hay quien se fuma un cigarro después.

Yo pienso.

—No, pero ahora mismo no voy a darle importancia a ir «manchado».

—Ya sé que no es el traje de los domingos, pero sí la huella del delito.

—Si hay amor no hay delito.

—Díselo así de chulo a mi padre, a ver qué piensa él.

—Tu padre es un hombre sensato, reconocerá que no podías haber escogido mejor.

—Siempre han especulado con que me quedaría sola, sentirán cierto consuelo. —Se crece, hay que ponerle algo de lastre para que no se suba en exceso.

—¿Soy un parche? No lo creo... Dime que me quieres.

—Te quiero. —Respondo a bocajarro aparentando que no lo siento, aunque lo siento, sé que siento eso..., eso, sí eso..., eso que se siente cuando se quiere, ¡coi!

—Dímelo de verdad.

—Te lo digo de verdad.

—Olympia, quiero que me quieras.

—Y te quiero... ¡Jo, hijo! ¿Cómo quieres que te lo diga?

—Creyéndotelo. Yo te quiero y no me avergüenza decírtelo a ti y al resto del mundo.

—Eres un huracán, Alatz... No das tregua ni para tapiar puertas y ventanas.

—Temes que te arrase.

—¿Lo harás?

—No.

—Entonces, te quiero.

Quiero creerle, quiero que se quede, quiero que siga enfadándose y haciéndome reír, quiero que me quiera, no por cuatro meses, quiero que me quiera para toda la vida. Es pedir demasiado, lo sé. No me lo merezco, lo sé. ¿Y él? ¿Me merece?

Me encantaría poder vivir el día a día, sin mirar más lejos, como siempre he hecho, con esa capacidad de remonte ante los imprevistos, ante las rupturas..., con una visión cenital privilegiada manteniéndome en una burbuja que absorba los golpes y me lleguen sin fuerza, como los meteoritos al traspasar la atmósfera, topando conmigo con la energía de una caricia, sin dejar huellas ni dolor. Pero no, ya no..., ahora quiero un futuro con él.

He pinchado la pompa y al mirar a lo lejos, veo lo que quiero tener a su lado, que no es una existencia rosa y edulcorada, eso no va conmigo, yo deseo tener una vida en la que esté él como protagonista. Solo eso, una vida junto él, pero para toda la vida. ¡Qué cursi!

Estoy enamorada.

Enamorada hasta el tuétano y con toda la sintomatología propia de ese estado tan desconocido para mí. Y aunque ya no soy ninguna adolescente hormonalmente inestable, sí experimento el agobio nervioso en la boca del estómago cuando insiste en pasar a buscarme algunas tardes, o de camino a casa y sé que me espera con el baño y la cena preparada, o la gansada de los mensajitos de contenido subliminal o explícito, sobre lo que pretende hacer conmigo cuando nos veamos... Esté donde esté, consigue que un *escalofrigusto* me estremezca.

¡No me reconozco! ¡Hasta me implico activamente en la tontería del «cuelga tú»!

Supongo, no será un estado indefinido, se suavizará, pasará a ser otro tipo de ilusión o requisito..., de ser perpetuo, me idiotizaré seguro.

Duerme sobre mi pecho respirando tranquilo, ronroneando mansamente, mientras trazo palabras dulces en su espalda con la yema de los dedos. He conseguido el paraje de bienestar anhelado desde hacía tanto. Bueno, eso unido a que, omitiendo todas mis reticencias a encender el aire acondicionado; este verano, si queremos dormir juntos, no desintegrarnos en los momentos íntimos y despertar con la agradable y placentera sensación de haber descansado, era imprescindible e ineludible su uso.

Estamos disfrutando de las mieles del amor, suena ñoño, soy muy ñoña, vale sí, soy súper, mega, *hiperñoña*, pero si hablo conmigo misma, puedo tomarme la licencia de serlo y regodearme en ello.

—Rasca ahí.

—Pensaba que dormías.

—Estoy durmiendo, sigo durmiendo..., rasca ahí. —¡Qué mandón!

—¿Aquí? —Cambio la mano de sitio con toda la intención.

—Más a la derecha..., mi derecha..., un poco más arriba..., un poco más al centro... ¡*Ains!* —¿Cómo que, *ains?* Te vas a enterar, de esta se te pasan los picores, pero en eterno.

—¿Así? —Clavo las uñas y arañó a dos manos, felinamente, a zarpazos.

—¡Para! ¡Para! —Ja..., ja..., ja...—. Hija, no tienes término medio.

—Controla esos, *ains*, pueden ser el desencadenante de la ira parda... Además, así llegaba a todos los puntos de picor. —Se da la vuelta y giro con él, intercambiando las posiciones.

—Tú quieres que vaya marcado.

—¿Piensas ir a los juzgados sin camiseta?

—Con el calor que paso en los litigios, no sería mala idea.

—Si vas sin camisa y sin toga, intacto no ibas a volver a casa.

—¿Y te molesta que me manoseen? —¿Que si me molesta? ¿¡Que si me molesta!/? Le cortaba las manos a la altura de las muñecas a la manoseadora.

—No, para nada, eres libre de ir cómodo, desinhibido, como yo..., por cierto, ¿recuerdas el conjunto marrano? —Aprieta sus brazos, aprisionándome entre ellos.

—A mí, sí me molesta.

—Ay, nene, pues ajo y agua.

—Ese lo compraste para mí, es mío, como todo este cuerpazo... *Uhm*, qué *suavita* estás siempre.

—Claro, la inversión en depilación láser tiene ese resultado final.

—Integralmente suave.

—Soy de la opinión que, en el único sitio en donde luce el pelo es en la cabeza, el resto está de más.

—¿En ambos sexos?

—Tú lo tienes todo en su justa medida, aunque, si tu culo fuera de oso no sería muy atractivo.

—¿Preferirías que me depilara el pecho?

—Pero si es pelusilla... —*Bahhhh...*, cuatro pelillos finos de nada, no sirven ni para jugar con ellos.

—¿Tienes *Epilady*? —¿Eso existe todavía?

—¿Quieres depilarte? Si no se ven —de insistir una vez más, me levanto y pongo a calentar la cera. Para nada me molesta ese intento de vellosidad de su esternón, al contrario, lo encuentro sexi, pero satisface un deseo fetiche..., como el de maquillarle.

—¿Me saldrán más fuertes después? —Sé lo mismo del crecimiento de vello corporal que del trinomio cuadrado perfecto. Miento, esto último sabría desarrollarlo, cosa distinta es su aplicación en mi vida cotidiana.

—No, eso es una leyenda urbana, sale el que tienes —dice la tele, que es sabia y miente menos que yo.

—Mira tú por donde, ya sabemos cómo empezar el sábado.

—Vale. ¿Alguna petición más?

—¿Te apetece hacer algo en particular?

—Pues..., no, la verdad.

—Piensa en un sitio... ¡No, mejor! Un idioma. —¿Y este giro? Creí que se iba poner tierno y aprovecharíamos la mañana... ¡Jo, qué chasco!

—¿Esto de qué va? ¿Rollo mentalista?

—Idioma, nena...

—Castellano.

—Vamos, te has devanado los sesos. —A veces tiene ironía de puñetazo.

—¿Tenía que obviarlo del listado? ¿Preferías el yupik?

—Vale, castellano..., un número. —Odio los acertijos tipo «¿Se puede casar un hombre con la hermana de su viuda?»

—Te advierto que soy muy mala para la lógica.

—Nena, ¿quieres decir un número?

—El ciento veinticuatro mil ochocientos setenta y nueve. —Así, al azar —. ¿Y ahora por qué resoplas?

—Del uno al veintisiete...

—Tío, acota, jopé..., luego me tachas de simple.

—¿Tú simple? Venga, un número...

—*Uhm...*

—¡Coño, nena! ¿Me sueltas uno de seis cifras y no eres capaz de decirme otro entre una trentena, sin más?

—¡No me presiones! ¡Agonías! ¡Qué eres un agonías! El..., diecinueve.

—Cierra un ojo, se muerde un labio, pienso en meterle un dedo en la nariz por fastidiarle las cuentas, se me pasan las ganas y aprovecho para besarle el pecho.

—Erre. —¡Aleluya! Espera..., ¿erre? ¿Tenía que pensar en una letra?

—¿Erre? ¿Qué?

—Busca un sitio en donde pasar el sábado con la letra R..., y conduces tú. —¿Era eso? Tanto discurrir, ¿para eso?

—Alatz..., eres bien rarito.

—Con erre... Mientras desayunamos, piensa el destino.

—Voy a calentar la cera.

—No sé yo si es el mejor momento. —Sufre..., teme a tu destino inmediato.

—Es el momento ideal, con la rabia que me das, te los saco de un tirón seco y preciso.

—O..., te recreas tirando lentamente, solo para regocijarte con mi padecer.

—¡Vaya, vaya! Tú eres maligno...

—¿Te crees poseedora de la patente de las travesuras adultas?

—Tenía esa esperanza. —Le doy un beso pelotero y con poca sustancia en los labios, no sea que acabe arrepintiéndose—. Ahora vuelvo.

—No, espera. —¡Vaya hombre! Se rajó.

—¿A qué?

—Si va a ser mi último día «de pelo en pecho...»

—Pelusa, exigua e inapreciable —rectifico.

—Quiero recordarlo como el mejor de su existencia.

—Te volverá a crecer... —Qué dramático, son cuatro pelos, no voy a amputarle el pulgar derecho.

—Pero no será el mismo, serán sus hijos..., pueda que hermanos de los que había. Los que me han acompañado desde la pubertad, esos no volverán. —Mueve las caderas y... *Oh, my God!* Y los *Gods* de todos los habitantes del planeta, ¡qué forma de invadir mi espacio íntimo!

—Eres del mismo tierno que Bécquer...

—Soy lo que tú quieres que sea.

Tras darnos los buenos días como nos merecemos, él estira sus últimos minutos despidiéndose de sus reminiscencias velludas primitivas, mientras yo me froto las manos y espero a que salte el termostato del calienta cera. Estoy atenta a la luz que ha de darme el pistoletazo de salida. El sistema es muy simple, se introduce un cartucho con un *roll on* del producto en sólido, una resistencia le ofrece temperatura y cambia a líquida, se extiende sobre la zona, se coloca una banda de papel del ancho de una venda, comprobando que se adhiere apretando con la mano, y con un tirón seco a contra pelo, adiós..., hasta su renacimiento.

Yo nunca lo he utilizado, para las cejas y el labio superior —suena mejor que el bigote— con la pinza me apaño, de hecho, este artilugio me lo regalaron con una compra superior a ciento cincuenta euros realizada en un hipermercado de Andorra hace..., ni sé. ¿Caducará la cera? No creo, según

expresa la descripción del contenido es un noventa por ciento cera de abejas y la miel no cumple..., o eso dice mi madre. Las madres siempre tienen razón, con lo cual, no buscaré fechas restringiendo su vida útil. No puede morir sin desempeñar el objeto para el que fue destinada, sería cruel.

¡Verde!

—*¡Alaaaaatz! Cieliiiiiiiiín...*

—Voy. —Tengo contados los pasos desde la cama al lavabo de la habitación, seis..., cinco..., cuatro..., tres... ¡Ay! —¿Levitas?

—¿Por?

—Solo has dado cuatro pasos de los seis que hay hasta el baño.

—¡Nena, qué control!

—¿Tú no los cuentas? —Finjo confusión...

—No, soy de letras.

—Siéntate en el banco. —Parece inquietarle el instrumental y la parafernalia prevista para su tonsura.

—¿Que profesional! ¿Lo has hecho antes?

—No. A nadie.

—¿Te excluyes tú?

—Como no intente arrancarme la piel o las cejas...

—¿Será tu primera vez?

—¡Mira tú!, al parecer tienes el don de desvirgarme en todo.

—No sé si será tan placentero.

—Hay una batita muy mona tras la puerta, aunque te dejará las campanillas a la intemperie..., por si te planteas la huida.

—Te demostraré mi hombría...

—Curioso hablar de hombría cuando pides que te despeluque el pecho.

—¿He de demostrártelo otra vez esta mañana?

—Eres tan ególatra que, si te regalan un tutú, pides la factura para cambiarlos por veinte yoyós.

—Primero me lo probaría, puede ser sexi. —¿Sexi? Me meo.

—Ostras, Alatz, has descrito mi fantasía adolescente..., un fornido y atractivo caballero, con una sonrisa llena de dientes, declarándoseme en tutú.

—Rosa.

—Lila.

—Y con dientes.

—Las treinta y dos piezas.

—¿Algo más?

—No sé, la ilusión se ha ido desdibujando con el tiempo. —Tira de mi brazo y me sienta sobre su regazo.

—¿Por qué?

—Cuando creces todo toma una dimensión más pequeña...

—¿Me dejas ser tu príncipe?

—Enséñame los dientes. —Rompe a reír y yo con él.

—Venga, nena... ¡Al lío! —Me levanto—¿Sabes a dónde iremos después?

—Sí, pero no te lo voy a decir.

—¿Quieres darme una sorpresa?

—Más bien, por mantener la ilusión de que no has ido.

—Contigo todo es nuevo, no te lo diré, a no ser que ya hayamos estado juntos.

—Entonces será una sorpresa... —A por la misión «no más vello»—. A ver, saca pecho.

—¿Cuánto?

—El que tengas, no me vaciles.

—¿Así está bien? —ahora pasaría la lengua, pero no, no me apartaré de mi objetivo.

—Sí, perfecto. —Según las instrucciones, la cera se ha de extender en la dirección del pelo, aunque al estar traducido del chino al inglés con el culo, ve tú a saber si es eso en realidad. Yo me lo voy a creer, tampoco es un trepano para micro neurología—. Es tono chicle de fresa, ¿no tendrás aversión cromática?

—A estas alturas del partido, lo del color será un dato anecdótico.

—Bien, voy..., *uhm...*, espera, probaré primero en un papel, por si esto no *furrula*.

—Buena idea. Para no haberlo hecho antes, te veo diestra.

—Cosa del cromosoma equis programado para estos menesteres... La edad también cuenta, si lo estuviera haciendo con dieciocho años, te habría puesto el emplaste de cera en el pecho sin valorar ni la temperatura.

—Con dieciocho años, nena..., no me los hubieras quitado.

—Es decir, eras de exhibir la pelusilla como los pavos reales la cola.

—Nunca he precisado de ostentaciones.

—Claro, eras el rey de todos los pavos... Bueno, se acabó la cháchara.

—Paso el *roll on*, presionando e impregnando la zona a tratar. El producto se desliza suavemente. Él da un respingo cuando el cilindro tira de algún pelo rebelde no conforme con su destino inmediato—. Primer paso, completado.

—No, no está, esto duele y es la fase *light*.

—Nene, ya no hay marcha atrás.

—Va, procede. Estoy sudando. —Peor hubiera sido uno a uno con las pinzas. ¡Qué delicados son los tíos!

—A ver..., coloco la banda, presiono para que se enganche al papel depilatorio, y... —Estiro a contrapelo con tanta energía que, al estar atento observando la operación, le calzo un puñetazo en toda la mandíbula cerrándole la boca, y no se ha mordido la lengua gracias a que el santo patrón de las esteticistas estaba al tanto.

—¡Joder, nena! ¡Coño, menudo *mamporrazo*!

—¿Te duele?

—¿El qué? ¿El sopapo o el tirón? ¿O era una técnica para repartir el sufrimiento?

—No, pero si ha servido...

—¡Olympia, hija! ¿Tú qué crees?

—¡*Ahhh!* ¡¿Ahora lo entiendo?!

—Temo preguntar.

—Para evitar incidentes, las profesionales tienen una camilla.

—Y son más delicadas. —Se masajea el mentón.

—¿Quieres un besito? Con los niños funciona, son quita pupas.

—Sí, pero un besito de mayor..., y después de retirarme los restos de este pringue pegajoso en color eufemísticamente feliz, y, a poder ser, sin ponerme un ojo a la funerala.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—No, por lo que más quieras, hazlo desde el corazón..., con la mano ya me has demostrado que puedes tumbarme los dientes.

—A ver, quita la cara.

—Va con el cuello, y está pegado al tronco...

—Túmbate en el suelo.

—Si cuentas esto a alguien, te demandaré.

—No seas pejugero, a mí no me estorbaban tus pelillos.

—Anda que has intentado disuadirme.

—Tú has insistido. Además, hablar en tiempo pasado es tiempo perdido.

—Olympia, estira de una vez o calla para siempre. —Arrodillada a su lado vuelvo a realizar la misma maniobra, y tiro—. ¡Dios! ¡Qué tortura!

—Ya está, zona limpia.

—Nena..., no voy a volver a pasar por esto.

—Es acostumbrarse.

—Lee mis labios, no vuelvo a pasar por esto.

—A no ser que te nazcan de punta.

—Les paso las planchas, les hago trenzas..., mi experiencia con la depilación corporal empieza y acaba aquí.

—Demos gracias a que no eres muy velludo.

—Demos gracias..., no te hubiera dejado continuar. —Me siento en su vientre a horcajadas. Le pondremos cremita.

—Si fueras mujer, te depilarías el pubis y las ingles, como poco, una vez al mes...

—Te garantizo que no.

—Pues ahora, ya con práctica podría..., ya sabes... Dicen que se ve más grande...

—¿Más? —¿Y qué viva la modestia!—. Sería grotesco, ¿no crees?

—Lo realmente espeluznante sería escucharte gritar...

—¿Vas a darme el beso que me debes? Empieza a dolerme la espalda.

—El nene va a coger frío...

—Bésame, a la voz de, ¡ya!

Me encuentro cómoda compartiendo el día a día con un hombre. Es una urgencia altamente insólita para mí, el anhelo de mantenerme en conexión con él. Y mira que llega a desquiciarme. Es igual a la carcoma; cosa que le expones, cosa que discute. Yo, auto declarada inconformista a ultranza o, según Leo: «*so pa' contrariar*», hallo en Alatz al «toca pelotas» nivel experto. Es tan terco, que, en alguna ocasión, harta de oír horadar y horadar mi mente, le he soltado alguna de mis frases bordes y categóricas tipo: «*muy interesante tu opinión, escríbela en papel de doble capa y me la dejas en el baño*».

Yo, disfruto más con nuestras simplezas, hoy ha sido la mini depilación, otro día alguna chorrada experimental a la que se presta incauto, como dibujarle caritas sonrientes en las uñas de los dedos de los pies con rotulador permanente mientras sestea. Me encanta cuando, tras un encuentro efusivo tipo «se ha fundido el sol», cenamos en la cama; o los domingos tras la sobremesa nos dormimos en el sofá con el aire acondicionado a toda castaña, o

apasionarnos de tal manera cocinando que retozamos en la cocina..., así sin reglas.

Todo es mejor con él, incluso los malos ratos, ahora propiciados por Miranda. Ya le ha montado un par de escenitas en el despacho —atajadas prohibiéndole el acceso—, o llamando medio desquiciada a la exsuegra implorando que medie entre ellos, o saturándole el móvil a llamadas y mensajes de todos los estilos, de suplicantes hasta amenazantes. Alatz, no entiende esa actitud, siempre se ha mostrado pasiva, y le molesta ese comportamiento de mujer despechada, cuando entre ellos, según la versión de él, nunca ha existido tanta efusividad.

Yo me limito a ver, oír y callar, a esas lides no me apetece asomar la nariz ni alargar debates. Mi lema es que, si no me salpica directamente a los ojos, seguiré escondida tras la cortina, husmeando.

¿Y qué decir del Sergio Saúl? Pues nada de nada, la verdad. Desde el memorable día de la verbena, y hace de eso un mes, no ha contactado conmigo de ninguna manera. Es de agradecer, porque si bien no tengo el menor problema en mentirle o desvirtuar la realidad, sí me afecta que Thais esté incómoda o dolida.

Estas últimas semanas la notamos algo distante, su humor mustio parece haber mejorado, sin embargo, solo comparte chismes laborales y poco más. Leo, erudita en los entresijos psicosociales de la amistad, ha llegado a la conclusión de que Thais se siente excluida. Solemos salir las dos parejas de tanto en tanto y le insistimos hasta la pesadez para que se unan; ella declina acompañarnos con mil excusas peregrinas.

Yo, sobre la amistad y sus misterios, ando justita, y opto por respetar su espacio manteniéndome en la reserva por si me necesita, suelo hacerle un guiño, le espeto un beso en la mejilla..., un abrazo sin venir a cuento..., gestos cariñosos demostrándole estar de su lado.

Hoy en día, lo habitual es toparse a gente intentando ganar adeptos con palabras llenas de vacío, ansiosas de ayudar ante el gran público con frases grandilocuentes. Beatos de domingo golpeándose en el pecho que se significan del lado fijado por el tumulto, ofreciendo su apoyo a ultranza, sin valorar la posibilidad de que el vejado base su ofensa en lo absurdo o lo invente. Sin embargo, cuando este lanza un sincero y funesto alarido de auxilio, cuando precisa de asistencia efectiva y directa..., todos desaparecen justificándose con pretextos insólitos, o peor aún, despotricando sobre el pobre diablo a la

espalda.

Yo evito así brusquedades que luego me repercutan sobre temas insustanciales, jamás manipulando, estoy para quien considero que se lo merece si puedo, y si no, no me ofrezco.

—Nena.

—Dime.

—*¡Uff!* Me habías asustado. —Le observo por el rabillo del ojo, el trazado de la vía no se presta a demasiadas distracciones.

—¿Yo? ¿Por?

—Pensé que te habías quedado en el restaurante en donde hemos comido y conducía una copia tuya en 3D, articulada, robotizada...

—Alatz, tienes una imaginación desbordante. ¿Te has planteado escribir? Seguro que Asimov, empezó con desvaríos semejantes.

—Esa es mi chica, ácida y mordaz... —Me lo comería cuando sonrío irónico—. ¿En qué pensabas?

—Solo me concentraba en las indicaciones del navegador.

—Hace más de una hora que no pía el cacharro, y tu cabeza es un grupo de engranajes, rótulas y balancines calibrados para el incesante giro. —Cada vez me convenzo más de que los jueces le dan la razón, para callarlo...

—Como los de todo el mundo, ¿o es que los tuyos estaban en reposo?

—Los míos pensaban en ti. —¡Menuda capacidad de «wow»!

—¿Y si te digo que los míos también?

—Te creo, pero seguro que hay algo más.

—Meditaba en este tiempo que llevamos juntos y lo bien que estoy a tu lado. —Qué poético y dulzón. ¡Tiembra Cortázar, allá donde more tu espíritu!

—¿Y le buscabas el pellejito por donde estirar para sacar el pellejo entero?

—¡Ay, nene! ¡Qué desagradable! Con las de cositas para comparar pendientes de uso.

—Nena, después del ratito de esta mañana, es el símil más rápido devuelto por mi mente.

—Tampoco ha sido para tanto. Dos tironcitos de nada —cualquiera diría que le estado arrancando uno a uno los pelos de la nariz.

—Venga, comparte, me gusta escucharte pensar.

—Me preocupa el distanciamiento de Thais y que Miranda sepa lo nuestro.

—No puedo opinar sobre Thais, solo sé las superficialidades que tú me cuentas.

—¡No son superficialidades! —Jo qué don léxico, lo bien que le ha salido a él y las veces que me trabado yo.

—No te enfades mujer, te lo tomas a la tremenda.

—Prueba a ser menos estirado.

—No puedo empatizar con ella, cuando sin conocerme, no le caigo bien.

—¿Eso te lo he dicho yo?

—Tú no, pero lo sé. —Se han chivado los *bocachanclas* de Elido y Leo, seguro.

—Es lo mismo, y si dispones de detalles imprecisos, no juzgues.

—Yo no juzgo a la lana por su color, solo por lo que pica. —Señor, de veras, ¿me merezco yo esto? ¿Tanto miento?

—Thais es mi amiga y no consiento, que sin saber de la misa la media, entres a debatir si pica o no pica la saya que lleva el cura. ¿Bien? —he dicho.

—Bien. Entonces, hablemos de Miranda.

—Me cae bien, siempre se ha mostrado amable conmigo.

—Es una mujer con unas dotes confraternales muy apreciables. — comentario frío, en tono frío y entre gestos fríos. No me ha gustado.

—Cuando hablas de Miranda igual que de butifarras y chorizos, pierdes atractivo y humanidad.

—Su victimismo me ha sujetado, manteniendo lazos que debía de haber roto cuando comprendí nuestra equivocación.

—No te tengo por un hombre lánguido, no, para nada..., eres decidido y terco igual a las mulas.

—Me casé enamorado, nena..., no lo negaré, enamorado de una parte de Miranda muy etérea.

—Intento seguirte...

—Cuando la conocí me eclipsó, que se mostrara tan entusiasmada y resuelta a estar juntos, fue determinante para liarnos la manta a la cabeza.

—Eso me suena.

—Es diferente. —Obvio.

—Yo no soy tan refulgente.

—Olympia, tú lo eres todo.

—Porque..., ¿delibero más?, ¿me lo cuestiono todo?, ¿no me manipulas?

—Porque te quiero. —No me canso de oírlo y aunque me lo dijera cada

10 minutos, la sonrisa de «tonta sopas» asomaría a mi cara y me haría volar.

—Alatz, me haces sentir especial, no me lo repitas tanto.

—Te lo voy a decir todas las veces que me venga en gana.

—Hala, pues tú a lo tuyo.

—Que Miranda no sepa ya lo nuestro me resulta altamente extraño.

—No nos movemos en los mismos ambientes ni compartimos amistades, si alguien le va con el cuento, tampoco sabrían decirle quien soy yo.

—Saúl es su mejor amigo.

—Saúl tampoco sabe que tú y yo estamos juntos.

—Thais, sí.

—Ella no le dirá nada, antes me lo consultaría. Además, ahora no se verán tan a menudo, el nexo entre ellos era yo.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—En tal caso, me encantaría que el sábado me acompañaras a una cena de empresa.

—¿Con Saúl? ¿A pavonearte delante de él? Si es que..., en donde no hay mata, no hay patata.

—No seas boba, nuestros negocios van por separado.

—¿Pero no erais socios?

—Mi función es asesorarle fiscalmente y en lugar de pasarle una minuta por los servicios, tengo una participación en los beneficios trimestralmente.

—No necesito que me expliques vuestros acuerdos mercantiles.

—Pues ya lo sabes. —Chin pum...

—Entonces, si no me equivoco, Miranda sí conoce a todos a los asistentes.

—No te equivocas. —Sonríe porque he usado el futuro perfecto simple, y deduce que he aceptado a acompañarle.

—Será incómodo.

—Como para cualquiera que va a un lugar ajeno.

—Intentaré estar a la altura de las circunstancias.

—Tú nunca defraudas, les vas a encandilar. —Una mirada rápida para comprobar si se burla y no, muestra una sonrisa afable y franca, dulce...

—Alatz, no soy adoptada, en serio, soy hija biológica. Yo también lo he dudado, pero no, hay documentos acreditativos de mi afinidad genética parental.

—¿A qué viene eso ahora?

—Hablas de mí como si un jerbo y un unicornio me hubieran concebido.
—Se mea, de esta se mea—. No soy tan tierna y simplona, me miras como a un peluche.

—¿Tú un peluche? Eres un torbellino.

Paso de contestar y alargar esta conversación de besugos. Arrugo la nariz, niego mientras pestañeo lento y me concentro en el camino.

Estamos entrando en la villa de Rialp, es uno de los lugares de Cataluña con más encanto, situado entre el valle de Àssua y los del alto Pallars. El pueblo aún conserva la estructura de casas que cerraban la aldea para protegerla de los invasores.

Se puede hacer de todo; senderismo entre poblaciones, escalada, visita cultural a las iglesias románicas que se conservan, esquí... Hoy tengo preparada una actividad diferente, haremos *Rafting* desde Llavorsí a Rialp, técnicamente no he incumplido las reglas del juego, nos alojaremos en un hotel rural de Rialp, que empieza con erre...

El Navegador nos ha dejado frente al parador, parece confundido, esperaba que fuera una excursión de ida y vuelta, sin embargo, después de la tunda de agua que nos vamos a dar, regresar a Barcelona es poco apetecible, así no tenemos que preocuparnos ni del reloj ni del cansancio.

—¡Vaya, nena! Solo te di una letra y tú has planeado un fin de semana, menos mal que no elegiste el número veinticuatro. —Veinticuatro menos veintisiete igual a... ¡Qué capullo!

—Hubiéramos acabado en Rialp, lo de la letra ha sido mera coincidencia. ¿Habías venido antes?

—A las pistas de esquí, sí. En el pueblo no.

—Yo conozco la zona, la he hecho varias veces desde L'Estany de Sant Maurici, por las rutas senderistas.

—¿Has subido a Port Ainé?

—A esquiar no, con raquetas de travesía un par de veces.

—Lo del esquí no es lo tuyo.

—Digamos que mi coordinación bilateral es algo..., pobre.

—¿Sabes patinar?

—En plano, por el paseo marítimo, sin obstáculos ni depresiones en el firme, los descensos no los domino, la última vez que lo intenté casi pierdo los dientes.

—Esquiar y patinar, primos hermanos. Este invierno podríamos ir a alguna estación y practicar. —A mí el esquí me llama bajo un nórdico *mullidito* con relleno de plumón de pecho de oca...

—Por ahora vamos a disfrutar del relajante descenso al Noguera Pallaresa —le informo sacando un macuto, del maletero.

—¿Cuándo has metido la maleta en el coche?

—Mientras hablabas desde el despacho.

Comenta riendo, dándome una palmadita juguetona en el trasero a la vez que galantemente toma el equipaje de mis manos accediendo a la hospedería.

He reservado a salto de mata. Las casas rurales suelen ser acogedoras y los huéspedes —si no son familias con hijos educados en un medio agreste— no molestan, llegan con la intención de asearse, cenar y descansar los huesos y músculos extenuados por las actividades físicas que propone la comarca.

Es grato confirmar la ausencia de elementos que distorsionen mis expectativas, al contrario, todo está en la medida rústica adecuada; la decoración es en madera y piedra de este siglo, nada arcaico intentando darle cariz viejuno que, para los que presumen de estar a la vanguardia de la modernidad clásica, es imprescindible.

Yo, si huele a moho lo equiparo a las chozas en donde se cultivan los champiñones; pierde todo el atractivo y comodidad. Esa manía de la gente *cool* de escoger lugares típicos, con vestigios del polvo levantado por el meteorito que se estrelló en la tierra extinguiendo a los dinosaurios, es una penitencia auto impuesta para justificar su estupidez.

Nos entregan la llave y colocándonos los bañadores pasamos un rato entretenido. Aprovechamos para besarnos un poquito, subiéndonos el calor, pero, como se nos está echando el tiempo encima, protesto y así consigo que aligere. Me planteé desistir, sin embargo, del hotel podemos disfrutar más tarde.

Tanta prisa, y los monitores no han hecho acto de presencia aún. Les esperamos una quincena de personas repartidas dentro del local. La recepcionista, nos entrega unos dípticos con la información y un documento eximiendo responsabilizarse de los posibles imprevistos que nos puedan suceder.

—¿Has hecho esto alguna vez? —pregunto mientras leo.

—No, ni me lo había planteado tampoco, ¿y tú?

—A mí siempre me ha llamado la atención, pero nunca he sido capaz de

proponérselo a nadie.

—¿Ni a Leo?

—¿Intentar que Leo haga deporte? Imposible, nació cansada, ve un asiento y su culo lo llama. —Es más difícil verla correr que matar un cerdo a besos.

—¿Y nunca se lo has propuesto a ninguno de tus ligues? —¿El retintín era necesario?

—Eran todos más sosos que el agua de fregar. —Y cuando tomaba la iniciativa me desacreditaban, por eso no superaban el periodo de prueba.

—Y yo no soy soso.

—No, Alatz, tú no eres soso..., eres cansino.

—Estoy nervioso, prefiero realizar actividades que controlo. Además, esto de firmar una exención de responsabilidad a terceros, no me atrae.

—En verano el caudal del río es menor, hasta a los niños de 6 años se les permite. Solo has de saber nadar y no tener miedo al agua.

—Pues para no haberlo hecho antes, pareces estar muy segura de que será una experiencia inolvidable.

—Alatz, eres un angustias.

—Tener miedo no es indigno.

—El miedo es una emoción primaria caracterizada por una serie de reacciones, innatas o adquiridas, provocada por estímulos desagradables, activada cuando el cerebro tiene la percepción de que nos ponemos en peligro.

—Pestañea y levanta una ceja. Sí, nene, te he chuleado.

—Muy lograda la definición, aunque solo ratifica mi afirmación.

—El mayor obstáculo del hombre, es su propia mente, si solo proyectas el temor a hacer algo, aunque no revierta demasiado peligro, los receptores del miedo estarán en alerta sin necesidad.

—Mis receptores del miedo deben estar atrofiados cuando me presto a hacer estas cosas por ti.

—¿Qué exagerado! No te estoy proponiendo saltar desde un campanario con una goma de pollo atada a una oreja.

—Mira si te quiero, que eso no permitiría ni que lo hicieras tú.

—Aún estamos a tiempo de salir a ver castillitos y dar una vueltecita por el prado. —¿Será miedica!

—No quiero que esto sirva de mofa y escarnio cada vez que surja el tema. —¿Coi, pues firma ya! ¡Me saturas de palabras el pabellón auditivo!

—Yo no utilizaría tus fobias para ridiculizarte ante terceros. —A lo mejor como anécdota compartida entre conocidos, si se tercia..., sí.

—En cuanto nos juntáramos con Leo y Elido, cantarías en tono de soprano.

—Jo, me asustas. —Frunce el ceño.

—¿Yo? ¿Cómo persona? —No hijo, como molusco.

—Eres capaz de leerme la mente.

En esas andamos mientras de un autobús se apea gente mojada y emocionada. Los monitores, dos tíos de unos cuarenta años, con camisetas ceñidas y bermudas, cuyos cuerpos dan fe de las veces que cabalgan el río en lancha de goma, saludan a todo el grupo contagiándonos de su buen humor.

El trayecto es de unos catorce kilómetros, en esta época del año el caudal es discreto, no está afectado por las lluvias ni el deshielo. Con tal de darle algo de vidilla al recorrido, las dos balsas neumáticas competirán hasta llegar a un remanso final en donde nos permitirán el baño. Es obligatorio el uso de chaleco salvavidas y traje de neopreno, desinfectados después de cada empleo —nos han recalcado unas tres veces—, y a aun sabiendo esa particularidad con antelación, un escalofrío de asco atraviesa mi cuerpecillo de fuera a dentro. Alatz, sin perder dato, me observa de soslayo mordiéndose el labio entorpeciendo la inoportuna carcajada. Estoy por solicitar que nos coloquen en botes diferentes, solo por fastidiarle.

Nos entregan la indumentaria y una llave para la taquilla.

Previsoramente, voy con el bikini, sin embargo, olvidé los polvos de talco —o la grasa de ballena— para poder embutirme dentro; mis fantasías estiman que me han dado una talla menos, porque mi culo se niega a entrar. Sudo tanto como el encargado de enfoscar las pirámides y aún no he metido los brazos, confío en la resistencia elástica del neopreno, no tengo buen recuerdo de la última vez que llevé ropa tan ajustada.

Debo de haber perdido dos kilos de líquido entre saltos y transpiración. Cruzo los dedos para que la chica del descenso anterior fuera aseada, todo está tan prieto... ¡Olympia, no pienses! Después de envasarme al vacío, busco el cordón para subir la cremallera contorsionándome como una culebra de agua reumática. Y una vez cierro, puedo decir sin género de dudas que se experimenta siendo un morcón. A Alatz le preocupa caer y golpearse con un pedrusco la cabeza; ese es el menor de mis desvelos, mi horror es sentarme en la lancha y que pete la cremallera a lo *The Incredible Hulk*. La gente no se ríe

si te abres el cráneo.

Sigo al resto de mujeres del grupo una vez estamos todas listas. Alatz está hablando animadamente con uno de los monitores, tiene cierto magnetismo empático, su idea inicial puede ser la de pasar desapercibido, sin embargo, acaban por reclamar su atención.

¡Dios de los tíos buenos comprimidos en trajes de licra gruesa! ¡Qué peligro tiene!

Me acercaré disimulando los deseos viciosos de empotrarlo contra la pared y liberar todos esos músculos que se marcan tan deliciosamente.

—Ya estoy lista. —Guiña un ojo y sonrío.

—¿Tú también eres vasca? —Sí, del pleno centro de Bilbao.

—No, soy catalana.

—Koldo es de Bidarray.

—Allí también debe de haber zonas en donde practicar rafting.

—Sí, en el río Nive hay torrenteras más escarpadas, es menos accesible a los principiantes.

—Todo maestro antes fue alumno. —Frunce el ceño, tuerce la cabeza mirando divertido a mi *porculoso*.

—Seguro que la idea de venir ha sido de ella. —¿Qué les pasa a los vascos? ¿Son todos videntes?

—No te equivocas. —Alatz me tiende la mano, la tomo, tira suavemente y me coloco a su lado. Estos detalles me gustan—. Es muy persuasiva.

—Lo que no consiga una mujer... —nos sonrío, mientras hace una señal al otro monitor—. Bueno, chicos, a disfrutar.

Nos separan en dos grupos de ocho personas. Koldo decide que seré la capitana de la embarcación, recayendo en mis manos el peso del triunfo o la derrota. Y como el premio es solo la satisfacción de llegar los primeros, me relajo bastante, de hecho, con llegar me conformo. En este instante encuentro más desafiante montarme en el cayuco de goma sin caer treinta veces antes al agua. Cedo toda mi valentía a Alatz, instándole a que suba primero y evite que mi *potosidad* forme parte de los vídeos virales que circulan por la red.

Objetivo conseguido, estamos sentados uno al lado del otro, sin contratiempos reseñables. Mi entrada no ha sido grácil y distinguida, eso también encomendado a él, poseedor del don de la elegancia incluso plantando un pino.

En cuanto todos ocupamos nuestro lugar, con nuestros cascos y nuestros

remos, se inicia el descenso.

Koldo, va ubicado en el centro, detrás, usando su remo de timón, animándonos a bogar para apartarnos de los márgenes del río y que la corriente nos arrastre.

Ahí estoy yo, moviendo los brazos sin avenencia al resto, hasta que Alatz revela: «*nena, al contrario, la idea es avanzar*».

¡Qué bien! Soy diestra sin armonía zurda, estoy en el lado opuesto, tendré suerte si no pierdo el remo o le endiño un zurriagazo a alguien con él, intentando dominar la técnica.

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¿No se suponía que el caudal era de remolque? ¡Virgen de las Enaguas Remojadas! ¿Por qué permites que me meta en estos *fregaos*?

Los rápidos del río nos hacen botar, yo he continuado remando a contracorriente, pero los demás le han puesto ganas, y en cada resalto nuestras posaderas se despegan de la lancha. La espuma nos salpica la cara, y yo, sin toda la chulería y el arrojo de hace escasamente quince minutos, berreo a todo pulmón; vamos, únicamente cierro la boca para tomar aire y seguir gritando.

Esta gente, ha de pensar que es un acto de efusividad generado por la adrenalina, y me imitan contagiados. Alatz, se ríe a pleno pulmón, sabe que no lloro por vergüenza.

Cuando la cosa se relaja, resuello y respiro controlándome, pero entonces un meandro del río vuelve a lanzarnos por los aires.

A ver, Olympia, cielín..., si odias los parques acuáticos y todos esos toboganes que, al deslizarte a través de ellos, vas notando cada una de las uniones que lo forman ¿Cómo se te ocurrió esto? ¿Por qué no escogiste Ripoll? Podríamos estar andando de la mano, tomando una cervecita en la plaza del pueblo, disfrutando de lo que sea que tenga Ripoll..., y no aquí, desgañitándome, tragando agua y con miedo a que el traje explote. Debo de tener una venita que no le aporta suficiente riego al cerebro, Alatz solo dijo: «*con R*».

Entre las risas entusiastas de todos los acólitos, las exclamaciones de júbilo y mis alaridos de espanto, entramos en un espacio en donde el río se ensancha y la paz en las aguas vuelve a reinar.

Por lo visto, hemos ganado a la otra balsa. Koldo se endereza, se acerca a mi posición. ¡Qué equilibrio se gasta el *jodío*!

Me toma de la muñeca la levanta festejando la victoria y me obliga a ponerme en pie. Entonces, no sabría atestiguar si ha sido un acto de «sin

querer queriendo», realiza unos movimientos bruscos y todos, menos él y yo, caen al agua. Ahora me sujeta de la cintura.

—¿Estás bien? Parecías asustada. —Vaya, iba atento.

—Lo estaba, gracias por no empujarme con los demás.

—La idea es que repitas, no quiero que tengas la percepción de peligro.

—Dentro de unos años, cuando la senilidad se apodere de mí, lo intentaré de nuevo. —Rompe a reír, veo a Alatz que se acerca de nuevo a la lancha.

—Tíramela, Koldo. —¿Cómo que «tíramela»? ¿Acaso tengo estampa de *frisbee*?

—¡Ni se te ocurra hacerle caso! ¡Para!

Y pasando de mí me lanza al agua sin miramiento alguno. Me hundo cual saco de piedras, pero enseguida la mano de Alatz ayudado por el chaleco, me sacan a la superficie y quedo flotando como las boyas rojas que delimitan la zona de baño en las playas.

—Me ha encantado, nena, aunque mi tímpano se verá afectado.

—¿Te ha entrado agua? —Sé por dónde va, simularé emoción enmascarando el pánico.

—No, se han colado tus gritos.

—Cuando disfruto grito, lo deberías de saber.

—Pues, una de dos, o no te he hecho disfrutar todavía, o tu manera de pasarlo bien se aproxima a la agonía.

—Medita, la próxima vez la letra la elijo yo.

—El hidro *speed* también es una opción a tener en cuenta. —Sonrisa torcida para llevarme al huerto.

—Y la visita a algún museo, no todo ha de ser lanzarse a la aventura.

Jugueteando en el agua, prestándonos a tonterías varias con el resto de los integrantes del grupo, pierdo tensión.

Salir del traje de neopreno me ha costado tres veces más que entrar, suerte de que no tuve ganas de hacer pipí, nadie con él puesto se lo ha hecho encima. Sí, aún creo en ninfas y náyades.

Una vez en el hotel, tras la ducha y la cena, descansamos en unos sillones de mimbre con sus mullidos cojines en el jardín, yo, dormitando en su hombro, él rodeándome con uno de sus brazos mientras repasa documentos en su iPad.

—Nena.

—¿Uhm?

—¿Te apetece dar un paseo nocturno?

—No. —Ríe quedo, lo noto por el movimiento de su pecho.

—Me maravillas.

—El único paseo que voy a dar esta noche, es del jardín a la habitación, y que no te pida que me traslades en brazos.

—Siempre dispuesto para mi chica.

—Tu chica..., suena a Chevrolet del 59 y brillantina en el pelo.

—¿Sabes una cosa?

—Hasta que no me la digas, no.

—Cada día que compartimos, me enamoras más.

—De verme intentando arrancar el neopreno de mi cuerpo, no dirías lo mismo. A puntito he estado de llorar ante la impotencia. —Él se ríe, yo no exagero, he llegado a visualizar el resto de la vida con él puesto.

—Me hubiera encantado poder ayudarte, desnudarte es una de mis mayores satisfacciones.

—Cochino. —Me besa entre risas.

—Me haces feliz.

—Cómo de feliz

—Mucho.

—¿Cómo un gay en un carro de pepinos? —Le ha hecho gracia la vulgaridad.

—Nunca te busqué, Olympia, solo te soñé un millón de veces.

—¿Yo? ¿No debía de ser una más?

—Así debería de haber sido.

—Me alegro de que no fuera así. —*Uhm*, qué bien huele, esta colonia no la conozco.

—¿Sabes? Mi madre es una mujer de fe, no devota de misa, pero sí con profundas creencias religiosas.

—Eso no es malo. —Olympia, no bosteces, por lo que más quieras, cuando hable de su madre, no bosteces.

—No, no lo es. Ella tiene el firme convencimiento de que Dios siempre nos conduce por el camino más sencillo, pero nosotros preferimos andar por el más angosto.

—Yo pienso que la tierra es un organismo dinámico y que evolucionamos para adaptarnos a sus cambios.

—¿Crees en Dios?

—¿Cómo pretendes que crea en alguien que decidió hacer las espinacas saludables y un crepé con Nutella no?

—Posees influjos telúricos sobre mí.

—Nadie tiene poderes sobre nadie, en realidad, somos nosotros mismos quienes los otorgamos.

—¿Me has conferido poder sobre ti? —¿Lo dudas? ¿En serio?

—Sí. —Se incorpora y busca mi mirada.

—Yo a ti también.

Ahora a mezclarlo todo en una olla bien grande y a esperar que el poder vasco y el catalán se equilibren.

Estudié en un colegio dirigido por una orden de religiosas. Aparte de lo mucho que se cantaba, recuerdo con especial sugestión, el versículo del génesis en donde se narra como Adán fue creado del polvo, por el Sr. Dios, obrando de alfarero el sexto día. En su Gloriosa Magnificencia, comprendió que el muchacho solo en el paraíso — amén de ser más innecesario que el crayón blanco—, sin Xbox, ni Play Station, ni liga, ni Champions; se aburriría tanto o más como el que va al baño sin el móvil, y tras meditarlo unas horas bíblicas imprecisas, le extirpó una costilla —similar a los cirujanos plásticos en una rinoplastia para conseguir cartílago y reformar el tabique nasal—, y con ella le dio vida a Eva.

A mí, que solo me inscribieron en aquella escuela por ser referente de la preparación académica desde la base, me llamaba poderosamente la atención, la representación gráfica de la pareja desnuda, siempre.

Lo de cuestionármelo todo, ser crítica y analista, es un rasgo de carácter identificativo desde cigoto, y justo eso me hizo descubrir, más pronto que tarde, que la Biblia no dejaba de ser un libro de aventuras lleno de metáforas, con un lenguaje algo complicado.

Y acabándolo de rematar, concluí que el Sr. Dios era injusto con Eva. Si ambos habían comido del árbol de la ciencia, el castigo debería de haber sido equitativo. ¿Por qué a ella la obligaba a menstruar cada 28 días? ¿Por qué debía de parir con dolor?

Hoy, tras años de no plantearme temas sobre la fe, me he dado cuenta de lo equivocada que he estado catalogando al Sr. Dios de misógino y machista, porque ni la avaricia, ni la incompetencia, ni la estupidez, ni la inteligencia tienen sexo..., y por descontado, un hombre no sería capaz de parir ni con anestesia general. De ahí que se decantara por la mujer para superpoblar el planeta.

¿Y a qué viene todo esto? Simple, Alatz se ha resfriado, nada serio ni preocupante, el típico cuadro de mocos, tos, malestar general y febrícula; sí,

exacto, esa fiebre que ni el termómetro sabe determinar si es o no temperatura corporal anormal o calor veraniego, sin embargo, ese estado de semi indisposición me ha descubierto la escasa tolerancia que tiene a la enfermedad común..., en llano, me tiene hasta los *memones*.

Y no está quejumbroso de dolor, que hasta en un acto de amor podría comprender; no, eso no le afecta. Está enfadado con el mundo porque se ha acatarrado cuando más compromisos profesionales tiene. ¡Vamos!, como si se pudiera escoger el día concreto para que los microorganismos asediaran las defensas. Llega a tal punto su enfurecimiento, que no rige con coherencia, irritándome de tal manera que mi lado homicida asoma y apunta.

Si encendemos el aire, el nene se arrecia de frío; si lo apagamos, le molesta sudar; si arranca a toser mientras está al teléfono, entra en cólera y maldice... Yo, ni me reconozco, le estoy poniendo a su humor perruno una paciencia que ni sé dónde la reservaba, ahora sí, como se me agote la caridad humana que demuestro, lo empaqueto para MRW y lo envío a Bilbao en servicio *premium*, y mañana antes de las siete está en destino para que lo aguante su madre, que una madre, lo aguanta todo.

Esta noche está rozando el *súmmum* de mi estoicismo. No he descansado dos horas seguidas. Si bien, con Alatz en la cama no consagro demasiado tiempo al sueño, por lo general, el rato que no dormimos, lo disfrutamos. Se discierne del testimonio, que no está siendo el caso.

Se ha destapado y se ha tapado unas..., ¿veinticinco veces? No quiero exagerar. Cuando logra arroparse o desarroparse en la medida adecuada un gorrino roncadador invade mis pesadillas. Yo creí haber encontrado ese ser perfecto incapaz de aspirar la habitación y devolverla a su sitio entre graznidos, para mi desgracia descubro que, aparte de comportarse insoportablemente, la enfermedad lo transforma en un oso cavernario.

Aquí sigo, con los ojos abiertos de par en par, inyectados en sangre viva, con la serenata al oído... Debo de quererle mucho, esto, con el cariño justo para salvar el día, no se sufre. ¡Ay, Señor de los Espacios Infinitos! ¡Llévame pronto!

Sed..., qué sed tengo..., agua... Palpo mi mesita...

¡Se ha bebido mi agua! ¿Cuándo? ¿La habrá absorbido entre ronquidos? ¡Tiene unos huevos! ¡Mírale cómo duerme con la boca abierta!, ¡bien *hidratadito*! Porque no tengo saliva...

Me levantaré, no tengo más remedio. La tomaría directamente del lavabo

si no fuera porque aquí en Barcelona, beber del grifo se considera un acto suicida. Ni enciendo las luces, en mi casa todo el mobiliario está estratégicamente controlado con el fin de no golpearte las espinillas y los dedos meñiques de los pies si te levantas a oscuras, cosa distinta es que vayas tarde, en ese supuesto te tropiezas con todos, incluso levitando.

Satisfecho el sediento, regresa a la habitación 666.

No va haber maquillaje que recomponga mi cara, quiera la providencia no cruzarme con un sepelio, fijo me confundirán con el difunto.

¡¿Pero qué *coñ*...?!
—¡*Ahhhhhhhh!* —Grito despavorida. ¿Por qué me sujeta del cuello?

—¡*Ahhhhhhhh!* —¿Por qué grita Alatz? ¡¿Quién me sujeta del cuello?!
—¡*Ahhhhhhhh!* —¿Por qué grito? Serénate, sigue gritando por si acaso, pero reacciona—, ¡Alatz! ¡Suéltame!

—¿Nena, eres tú? —¡Será posible! —¡Joder!
—¡Joder! ¡¿Por qué gritabas?!
—¿Por qué gritabas tú?

—Porque has gritado tú..., y me estabas medio estrangulando —

¡llámame histérica!

—Te has sentado encima de mi pecho, pensaba que habían entrado a robar y te estaban haciendo daño.
—¡¿Te ha dado tiempo a pensar todo eso y a casi asfixiarme?!
—¡Olympia, no hay quien pueda descansar contigo! —¿Perdona?
¡Campana y se acabó!

—¡Fuera!
—¿Qué?
—Eres insufrible, ¡fuera! A la habitación de los invitados... Arreando.
—¿Me echas?

—Tienes suerte de que no tengamos perro, compartirías la caseta con él.

—¡Qué injusto para el animal!
—Tócame la frente, me ha subido la fiebre. Casi no puedo respirar. —
¿Pucheritos de arrepentimiento?, tarde..., llegan tarde—. No me echas, no seas así..., estoy enfermo.

—Y a mí me enferma tu actitud! ¡Fuera! —¿Ahora vienes con los mimitos? Hoy no te van a servir, llevo una de inquina acumulada que podría envenenar el agua del embalse de Gabriel y Galán.

—Nena, el *split* de esa habitación pierde agua, no puedo encender el

aire.

—Abres las ventanas. ¡Largo! —Se está haciendo el remolón, me abraza por la cintura y el cínico..., ¡se ríe!

—Entrarán mosquitos.

—Hoy no te picarán, tienes la sangre resfriada.

—A los Tigre, eso no les importa.

—Los Tigre solo pican de día... Alatz, aire.

—Dame una oportunidad, no voy a poder dormir solo y enfermo.

—Ni yo si te quedas aquí dando por saco.

—Prometo comportarme.

—Y no ronques.

—Tengo que respirar...

—Pues respira poco y flojo.

—Lo justo para no morirme.

—Estás avisado.

—¿Tan mal me estoy comportando?

—Eres el enfermo más *porculoso* de todos los universos conocidos... En el mundo de los *porculosos* tú serías en Mesías.

—Es la frustración.

—Pues canalízala. ¡Te lo juro!, un ronquido más, un movimiento más, una queja más y te encierro en el baño, y de ahí no sales en dos semanas.

—Va duerme, mañana no podrás despegar los párpados.

—Ahora no puedo dormir, el enfado me ha desvelado. Aún burbujea mi sangre de la rabia que me das.

—Hasta que no te duermas no dejaré de masajearte el cuero cabelludo.

—Eso es más potente que cualquier narcótico.

—Me gusta esa penitencia, empieza. —Como no contenga la risa lo pongo a dormir en el balcón.

—Olympia, nunca dejes de enfadarte conmigo.

—¿Interpreto con eso que pretendes enfadarme más?

—Sí, estoy seguro, eso significa que te importo.

—Mañana vamos al hospital, estás peor de lo que pensaba, los mocos han inundado tu córtex cerebral. —Continúa riendo y besa mi hombro, tiene los labios calientes, ahora sí tiene fiebre—. Alatz, ¿cuándo te tomaste el antitérmico?

—A las diez. —Me incorporo y tira de mí—. ¿A dónde vas?

—Voy a traerte un ibuprofeno, estás ardiendo.

—Ya me levanto yo.

—Nene, cuidarte no me molesta, me satisface en realidad, pero es muy cansado escucharte en modo «queja continua». Interfiere directamente en mi humor.

—Capto... —ríe—. Me has largado de la cama... ¡Qué tía!

—Si no te quisiera tanto, estarías al sereno.

—¿Cuánto es tanto?

—Voy a traerte la medicina, no son horas para debatir sobre intensidades filosóficas.

He conseguido dormir desde las cuatro y media, hasta las ocho. Me quedé sopa con mis propios ronroneos mientras me rascaba la nuca.

Odio ducharme con agua fría, en invierno agoto el termo y salgo con la piel roja del exceso de calor, en verano soy más moderada, aunque no son unos grados para romper el primer contacto con el chorro destemplado matinal, la mayoría de las personas del planeta con la temperatura de mi agua de periodo estival, se ducharían en pleno enero en Siberia. Sin embargo, esta mañana, si quiero espabilarme, no hay más remedio que regular el grifo a no más de veinticinco grados.

¡Virgen de los Hielos Perpetuos! Se me va a contraer el ombligo... ¡Rápido! Para espolearme no es necesario estar un cuarto de hora debajo de la alcachofa..., sufriendo.

Ahora, la fase más complicada, maquillarme para que los clientes no piensen que me he escapado del vídeo de *Thriller*. Esta mañana, si pretendo darle algo de vida a mi rostro, precisaré de las técnicas de los maquilladores profesionales. ¡Ay, mira! ¡En dónde no hay, no mana! Paso de intentar añadir luz a mi cara anodina.

—Buenos días, nena. —¡Uff! Tampoco mi vasco ganaría hoy un concurso de belleza.

—¿Qué haces fuera de la cama?

—Tengo que llevar unos documentos firmados y recoger un dossier que descuidé ayer.

—¿Y no pueden traértelo a casa?

—Prefiero que no sepan mi dirección por ahora. —La procuradora y Miranda son muy buenas amigas.

—Dame esos documentos. Avisa que los llevaré yo. —Se acerca y me

abrazo por la cintura.

—Te agradezco el gesto, me gusta que te preocupes por mí, es algo nuevo, me hace sentir especial.

—Con la barrila sobre los deberes y las omisiones de socorro que me diste en Londres, ¡para no ofrecerme! Incurriría en delito.

—Ese artículo no es aplicable en este caso. De todas maneras, he de ir, necesito revisar el portafolios que olvidé en la mesa.

—Tú no vas a ninguna parte. Ya me ocupo de entregarle a la secretaria los documentos y recoger los que necesitas. Te los traerá el mensajero en un par de horas.

—Pues me vuelvo a la cama, estoy hecho una mierda.

—¿Te has tomado la Couldina?

—Sí, aunque eso no hace nada.

—Mañana te encontrarás mejor.

De camino a su despacho, pienso en todo lo que ha cambiado mi comportamiento en pareja. Parece algo lógico, cualquiera en la misma situación obraría igual, pero siendo como soy yo, que antepongo mi profesión a cualquier circunstancia, el hecho de llegar tarde al despacho con tal de que él repose y se recupere del trancazo, es algo insólito en mí. De permitirle salir de casa en ese estado tan lamentable, no me lo perdonaría, y me distraería el reconcome.

Cada día me asemejo más a mi madre, y mira que la habré criticado, siempre tan atenta con mi padre, preocupada por los detalles más nimios, repasando con lupa las camisas, corbatas y trajes cuando los traían de la tintorería, asegurándose de que no tenían ni una arruga, ni una mancha. Satisfacer no es un acto generoso del todo, se podría catalogar de egoísmo a pequeña escala; complacer a la persona a la que amas te hace sentir bien contigo mismo. Estoy aprendiendo mucho sobre mí desde que le cedí al vasco las llaves de mi alma.

El edificio en donde tiene el despacho Alatz, ubicado en el *World Trade Center*, yo lo imaginaba distinguido y exclusivo. No me he equivocado, incluso mi intuición ha hecho corto. ¡Qué *nivelazo*, chaval!

Todo el complejo es un prontuario de elegancia, hay servicios de restauración y fitness, es una zona ideada para que los usuarios de las oficinas consuman ahí su tiempo libre. Paso al vestíbulo y me deleito con la calidad de los acabados y la decoración, un manual en vivo de clase y modernidad, en

donde se ha apostado por la iluminación natural primordialmente, con la pericia de colocar las ventanas en la posición adecuada y así la luz no deslumbre.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla?

—Busco el despacho del Sr. Gorraiz.

—¿Tiene programada la visita?

—He de entregar unos documentos, su secretaria está informada — supongo, creo..., espero.

—¿Me permite? He de comunicarme con el despacho.

—Por descontado. —¡Qué remedio! Hoy llegaré a las mil a trabajar.

—Buenos días, Nília... Bien, gracias... La señora...

—Olympia Fasol.

—Gracias... Olympia Fasol, desea entregarles unos documentos... De acuerdo, gracias —habla sin retirarme la mirada ni la sonrisa—. Sra. Olympia, suba a la planta cuarta.

—Gracias.

—No se merecen.

Qué diferente son estas instalaciones a las de Sureda, cierto que nuestro *show room* es llamativo y recrea un living sofisticado, sin embargo, los despachos son insulsos, debieron remodelarse allí por la década de los ochenta. Las chicas y yo, hemos intentado mejorar el aspecto, adecuarlos, traducir en ellos nuestra filosofía actual, no obstante, la única manera de obtener cambios significativos pasa por eliminar las barreras arquitectónicas inútiles, esas deslucidas separaciones mediante mamparas de plexiglás y pladur dividiendo los despachos. Si por mí fuera, lo habría gestionado como un espacio totalmente diáfano, donde poder comunicarnos libremente y mantener una salita acogedora para las visitas de los clientes. Tampoco es necesario llegar a los extremos de este, que es sencillamente, ideal.

Una descarga electrónica abre la puerta de cristal glaseado, sin necesidad de accionar ninguna maneta. Entro temerosa de romper con mi presencia tanta solemnidad, recorriendo el espacio hasta encontrar quien recoja los documentos que he de dejar y me entregue los que he de llevar, para salir escopeteada.

—Buenos días, ¿qué tal Olympia?, soy Nília.

—Bien, gracias.

—¿Te apetece un café?

—En otro momento, la verdad es que voy algo justa de tiempo.

—Como gustes, voy a buscar el *carpesano*. ¿Vienes andando? —¿Qué va a darme esta insensata? ¿El expediente del *Watergate*? Pues el mensajero va en una Scooter.

—He venido en coche, pero se lo llevarán a Alatz en moto... —Rompe a reír, entiendo que de mi cara de susto.

—Lo decía por pedirte un taxi. Se dejó el maletín, últimamente tiene la cabeza en Babia —¿criticando al jefe a una desconocida? Eso es feo... ¿O no soy tan desconocida?—. Regreso en un minuto.

Mientras hablábamos me observaba con gesto divertido, como quien intenta que te des cuenta de que sabe cosas, pero no puede decirlas abiertamente. Alatz me ha hablado de Nília en alguna ocasión, describiendo portentos, aunque siempre de índole profesional.

—Buenos días. —Qué voz más recia. Me vuelvo y la primera impresión es la de tener a un jugador de baloncesto de la NBA con ciertos rasgos femeninos difusos.

—Hola.

—¿Espera al Sr. Gorraiz? ¿Tenía programada la visita?

—Ah..., esto..., no. Venía a recoger una documentación.

—¿La envía él mismo? —Su expresión es de confusa a la vez de intrigada.

—Sí, está indispuerto. —Une el entrecejo y tiende la mano.

—Eduarne Uribe.

—Olympia Fasol. —Jo, menudo apretón, casi me saltan las uñas y me descoyunta el brazo.

—¡Qué gusto conocerte! Miranda me ha hablado sobre ti maravillas. —¿Qué maravillas?

—No nos conocemos demasiado, la verdad. —A ella en concreto no, a su ex lo tengo pachucho en cama, en mi cama.

—Pues te considera una persona fascinante. —Esta mujer se equivoca, seguro.

—Que opine eso de mí, alguien como Miranda, es muy halagador.

—A Alatz parece fascinarle también. —*Ohhh... ohhhh*, pero qué mala malísima..., está intentando sacar información.

—Tampoco nos conocemos demasiado. —Anatómicamente conozco hasta el último lunar, aunque, por lo visto a Eduarne le van más los lunares de

Miranda.

—No quiero ser entrometida, pero desde que oigo tu nombre en boca de uno u otro, sus vidas se han revuelto... —Esta se huele la tostada. Da el perfil de persona capaz de llamarte gilipollas y añadir «con todos mis respetos», así el insulto suena a admonición formal. Si se lo permites, si te dejas amilanar, estás perdida, y yo de tratar con gentuza que se cree con derechos sobre el resto, estoy de vuelta y de ida, y de ida y de vuelta... Es lo que tiene ser fea y borde.

—Eduarne, si no quieres ser entrometida, no te metas..., y si estimas que puedes ayudarles en algo, háblalo con ellos directamente. —Sonríe de medio lado, frunciendo el ceño, buscando en mí un gesto de complicidad para interpretarlo como réplica a sus propias conclusiones. Y yo le sostengo la mirada en mi papel de no mostrar ni frío ni calor..., aunque la incomodidad me haga transpirar.

—Acabas de darme todas las respuestas. Hasta ahora no entendía demasiado bien, la motivación de Alatz por seguir con Miranda, cuando no hay nada en ella que él valore en positivo; ni como Miranda, pudiendo tener a cualquier hombre tendiendo alfombras a su paso, no le haya dado ya el pasaporte...

—Insisto, no tengo la menor intención de discutir sobre la vida y milagros de terceros.

—Pues yo opino que Miranda ha descubierto la cara que Alatz tenía escondida, y se ha enamorado de esa parte que anula a la más hosca de su personalidad. Lamentablemente, la persona que arranca lo mejor de él no es ella..., y ambas sabemos quién es, ¿me equivoco?

Estoy a punto de contestar cuando unos tacones nos indican la presencia de Nília, y me reprimo las ganas de informarle que pienso meter sus conjeturas en una cuenta a plazo fijo, a ver si en unos años, o siglos, me generan algún tipo de interés.

—Buenos días, Eduarne. Ya tengo los documentos preparados y firmados, los ha traído Olympia.

—Me lo he imaginado. —¡Qué mente más prodigiosa!

—Ten Olympia, en el maletín está todo lo que Alatz necesita.

—Gracias. Un placer conoceros —amplio al plural, solo por cortesía y buenas maneras.

—Hasta pronto —responde sonriente, Nília.

—Saluda a Alatz —responde cínica, Edurne.

—Adiós —responde Olympia, absteniéndose de enviar a los pastos suizos a esos dos metros de mujer malintencionada, nuevamente.

—Buenos días, Leo. —Levanta la mirada de los documentos.

—Llegas tarde. —¿No me digas?

—¿Todo en orden?

—Teniendo en cuenta que esta semana se acaba el mundo y todos quieren acabados sus proyectos, para que se los trague la tierra a la vanguardia del diseño, sí, todo en orden. —¿Cómo está el patio!

—¿Y Thais?

—Ha perdido el tren.

—¿El tren?

—Sí, ese medio de transporte que circula por raíles.

—Sé lo que es un tren, Leo..., lo que no sé, es qué hace Thais en tren.

—Mentir. —La mañana promete, despertarse tarde es sinónimo de caos de dimensiones astronómicas.

—Leo, como ya sabes, Alatz está enfermo y es un tío, y todas sabemos que los tíos enfermos son insoportables, te ruego..., te suplico, pónmelo fácil.

—Luego hablamos. —Suspira.

—Vale. ¿Has de llamar a l'Eduard?

—Ajá, ha de llevar un sobre a Carpinou y unas telas a Texalt.

—Que pase por mi despacho, también entregará un paquete en mi casa.

—Ok.

Desde que tomé la decisión de rendirme a la insistencia y encantos de Alatz, es como si estuviera envuelta en un desorden de dimensiones cósmicas. Leo es feliz con Elido, sin embargo, me asusta esa unión. Juntos son capaces de provocar un holocausto nuclear. Allá por donde pasan se funden las farolas y se desploman edificios, no he visto a dos personajes con tanta propensión a lo inconcebible, dan el perfil de la familia Alcántara del *Cuéntame Cómo Pasó*, todo lo acontecido en el país, ya ocurra en Madrid o en Cádiz, les sucede a ellos.

No obstante, es Thais la que más nos preocupa. Está desconocida, mucho más desinhibida, ha rejuvenecido, se muestra vital y optimista, a pesar de no compartir los motivos de tanta mutación con nosotras. Al llegar, ha tocado con los nudillos en el cristal y, sonriendo, ha entrado en su despacho. ¿Qué se traerá entre manos? Espero que durante la comida desvele su misterio, esto de andar en la inopia es molesto.

Si un día en mercurio dura mil cuatrocientas horas, una mañana sin internet en la tierra las ronda. Todo nuestro sistema operativo se sostiene a través de la red, por lo tanto, si el operador se ve afectado por una incidencia, se hace imposible hasta atender con eficacia y eficiencia a un cliente telefónicamente. Los Picapiedra ni están, ni se les espera. Tal como cayó la última hoja del almanaque de junio, desaparecieron, y, a ninguna se nos ocurrirá llamarles para informar. Molestar a los señores durante su ocio, tiene el mismo efecto que despertar a un *Sasquatch* de la siesta.

Suena mi móvil...

—Hola, nene, ¿cómo está la cosa más mocosa del cosmos?

—¿Ya no soy el Mesías de los *Porculosín*?

—Tienes talento para encargarte de ambos planetas.

—¿Te puedo confesar que he hecho una mierda?

—Sí, puedes.

—He recibido los documentos. Gracias, preciosa.

—No tiene importancia.

—Para mí, sí. Por cierto, ¿ha sucedido algo en el despacho? —¿Ya le han ido con el chisme?

—No.

—No mientas.

—No miento.

—Olympia..., me duele la cabeza, mi nariz es un grifo sin llave de paso, tiritito como un chucho mojado y no hay hueso que no se lamente..., no mientas.

—¿Qué te han dicho? Porque, sinceramente, yo sigo pensando que no ha pasado nada.

—Edurne me ha dado la enhorabuena. —¿Qué tía! Solo le falta la verruga en la nariz y dos dientes menos para ser la reina de las brujas.

—Eso no es malo.

—No, no lo es, siempre que sea sincero. ¿Se ha comportado de manera inapropiada?

—Alatz, ¿tengo pinta de necesitar niñera?

—¿Tengo yo pinta de ser tu padre?

—Entonces, ya sabes que de haberme ofendido habría encontrado la manera de ponerla en su sitio. —En realidad me he quedado con las ganas de estirarle de las pestañas, pero no lo admitiré.

—Olympia, quien te ofende a ti, me ofende a mí y no quiero a nadie cerca

que lo haga, ni de pensamiento. —La gripe me lo está trastornando.

—No seas tan emocional, me preocupa más la percepción que pueda haberse llevado de mí.

—La has fascinado. —¡Para mear y no echar gota!

—Debe de ser la palabra fetiche pija del momento... Fascino a todo bicho viviente. ¡Pues a buenas horas!

—¿Perdona? ¿Cómo que a buenas horas?

—Va, déjalo..., estás enfermo, no es recomendable agravar la chola recalentándola idiotamente.

—Sabes que no voy a dejarlo correr.

—Pues es una lástima que, teniendo tantos temas para conversar, nos dediquemos a hablar de nimiedades.

—¿Psicología barata, nena? ¿Has sacado la frase del *Face*?

—Es fuente de sabiduría popular, para tapar la boca de estirados, pedantes y enfermos vascos.

—Te voy a dar la razón en una cosa, necesito recuperarme para darte la réplica mordaz adecuada..., cielo —apunta cínico.

—Si has de contestarme en ese tono, mejor llámame infierno. —Arranca a reír y le sobreviene un ataque de tos. Eso le pasa por impertinente—. Alatz, hijo..., bebe agua.

—Luego hablamos... —Vuelve la tos—. No quiero pagar..., la rabia contigo.

—Un beso.

—Te quiero, nena.

—Y yo. Nos vemos en un rato.

—No tardes, que estoy malito.

—*Coi*, nene, no sé si es el motivo más tentador para regresar pronto. — Otra vez la risa, otra vez la tos.

—Hasta luego, infierno mío.

—Hasta luego, saco de bacterias.

Aprovecho que tocan a la puerta para colgar sin alargar la despedida, le hago un gesto a Thais para que pase.

—¿Era Alatz?

—Aún no he probado a llamar «bacteria» a ningún cliente. —Pestañea la bordería.

—Cuatro días más y por fin un mes de relax. ¿Irás a ver a tus padres?

—No.

—¿No? ¿Por qué?

—Básicamente para eludir sermones y moralinas.

—Tarde o temprano, has de exponerles el tema.

—Pondrán el grito en el cielo, y aguantar la matraca para que en septiembre estemos cada uno por nuestro lado no me apetece.

—¿Qué boba!

—Agosto es el mes de las rupturas, demasiado tiempo juntos..., y no te puedes imaginar lo *especialito* que es el muchacho.

—Habló el estereotipo de mujer tradicional y comedida.

—Pues entonces ya puedes imaginarte las explosiones.

—Y también puedo hacerme una idea de cómo las extinguís.

—No me seas básica.

—¿Qué hacéis estas vacaciones?

—Las hemos dividido, él ha escogido un destino para la penúltima semana, desconocido para mí, y me *atabala*^[95] con el enigma. Yo, lo he decidido el azar. Alatz, tampoco tiene la menor idea de cuál es.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Cogí el atlas, lo abrí por la plana del mundo al completo y lo puse sobre le *Roomba*^[96].

—Será verdad. —¿Cuánto escepticismo! ¡Cómo si no me conociera!

—¿Lo dudas?

—¿Y cómo lo hiciste?

—Cuando se detuvo, lancé una chincheta de esas de colores.

—¿Y?

—Agua.

—¿Y?

—Volví a lanzar. No atiné, cayó fuera.

—¿Y?

—Repetí la misma acción siete veces.

—¿Y? —Se le erizará el pelo..., la crispo.

—Al final me cansé.

—Repito por última vez, ¿y?

—Recordé que el año pasado, Leo y yo nos quedamos con ganas de ir a Split —resopla en respuesta, yo también lo haría.

—Y está en *Castroculo*, ¿a qué sí? —La mejor forma de saber ubicar los lugares en los mapas es viajando.

—Croacia..., unas seis horas de vuelo.

—Y el azar, ¿puedes explicarme en qué momento ha intervenido?

—Si no hubiera caído tantas veces en el agua o fuera del libro, seguramente no se me hubiera ocurrido.

—¿Quieres decir que no te falta alguna sustancia en el cerebro? ¿Mielina?

—¿Me estás llamando lenta?

—Excéntrica.

—Entonces con mis neuronas no te metas.

—En realidad, tus neuronas funcionan mucho mejor que las mías.

—Thais, sabes que puedes confiar en mí.

—No quería involucrar a nadie en mis desvaríos, pero ayer ya puse en un compromiso a Leo. ¿Te ha contado algo?

—No. Espera que lo hagas tú. —Encaja la puerta, se estira la falda y se sienta, posa la mirada en sus manos, que nerviosas enredan los dedos.

—He de hablar de esto con alguien...

—Escucho.

—La noche de Sant Joan discutí con Omar. Fue la primera vez que nos dijimos cosas feas.

—¿Cómo de feas?

—Repetimos muchas veces tuyos y míos..., ya sabes.

—Os faltasteis el respeto.

—Bastante. Él, cogió la puerta y se marchó a celebrar la verbena como tenía previsto y yo, me quedé llorando como una imbécil.

—Seguro que él tampoco disfrutó de la fiesta. —Realmente no es lo que pienso, tampoco voy a salar la herida.

—Cuando recapacité un poco, decidí unirme a ellos, por dejarlo correr. —Justo lo que habría hecho yo..., ¡ja!—. No sé cómo aparecí delante de la casa de Saúl.

—¿Mi Saúl...? Quiero decir, ¿nuestro Saúl? ¡Ay, joder! ¿El Saúl que conocemos? —Pestañea, ante mi desconcierto.

—Claro, Olympia... ¿Qué Saúl va ser?

—Hija, de todas las cosas que imaginaba, justo esa no estaba en el listado.

—Nos acostamos desde entonces. —¡Hala! ¡A quemarropa! ¿Dónde está la buena costumbre de allanar el terreno?

—Ah...

—¿Ah?

—En este instante, mi cerebro se está calibrando, no me pidas más.

—Yo no iba a entrar, ni tan siquiera a tocar al timbre..., pero mientras estaba parada delante de su puerta, llegó y me invitó a pasar... Me desahogué con él...

—Ni que lo jures. —Me siento más inútil que el índice en un diccionario.

—Hasta ayer no me di cuenta de que todo esto, se me estaba escapando de las manos.

—¿Te sugirió alguna guarrada? —Entorna la mirada y pestañea. ¡Cómo si fuera algo insólito!

—¡No! ¿Qué crees?

—Yo a partir de este momento, estoy en disposición de creerme que la señora que intentó restaurar el *Ecce Homo* sabe pintar.

—Acabo de descubrir una parte de mi sexualidad desconocida y morbosa, pero todas nuestras prácticas están dentro de la normalidad...— y hace un par de meses le daban repelús las pelis porno, lo que repercute en la aversión un buen polvo.

—Thais, no preciso de datos empíricos.

—He encontrado en Saúl lo que buscaba en un hombre.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé..., Saúl es...

—Saúl.

—Me hace sentir muy especial, sin embargo, también tengo presente que piensa en ti. —Un clavo saca a otro clavo.

—Es un hombre dañado desde el bulbo, ha de avanzar, y no soy yo quien le frena.

—Hemos maquillado nuestra relación como de quita penas. —Jodido, me sabe fatal por Thais.

—¿Eso te complace?

—Me conforma.

—¿Y Omar? —la pregunta del millón.

—Pimpi, no soy idiota, sé que este *affaire* con Saúl no será eterno, pero

ahora soy feliz y me siento mejor que nunca.

—Pero...

—Tampoco quiero perder a Omar.

—¿Lo quieres de retén? ¿Por si te falla Saúl? —Eso no lo haría ni yo, y mira que soy de pocos escrúpulos.

—Tía, hemos construido un hogar juntos..., romper así después de tanto tiempo.

—No sé qué decir... —sí, podría pasarme dos días enteros diciéndote, ¡insensata!, pero, a fin de cuentas, ¿quién soy yo para apuntar lo que está mal?

—No me engañes, siempre tienes opinión para todo..., dímelas, necesito oírlas. —*Ains...*, le pondremos Vernel^[97].

—Thais, pienso que Saúl es un tío genial, divertido, atento, muy guapo..., tiene muchas virtudes y defectos. No te las voy a enumerar, lo que a mí me desagrada de su personalidad, puede que a ti te seduzca. Si él contigo consigue pasar página y ser feliz esquivando los retumbes de *Lady Pádel*, sería estupendo. Sin embargo, no creo positivo para ninguno de vosotros, mantener al marido en cartera, por si acaso, por si esto no va a ningún sitio.

—Hasta ayer todo fluía, no me justificaba, yo llegaba antes y él no hacía preguntas. Pero..., Saúl me pidió pasar la noche juntos y...

—Y le dijiste a Omar que estabas con Leo.

—Sí.

—Y te llamó y no atendiste la llamada. —Me observa suspicaz.

—¿Seguro que no has hablado con Leo?

—No me ha dicho ni mu, ni has de ser de la secreta para llegar a esa deducción.

—Ella me excusó comentándole que estaba en el baño y le envió un *WhatsApp* a Saúl. Así pude salir del paso.

—¡Joder! Menudos reflejos.

—Ni que lo jures, en caso contrario no sé si hubiera sido tan avispada.

—Me explicaron que una noche, el marido de alguien no llegó a dormir a casa. Al día siguiente él dijo que se había quedado en la de un amigo. Ella, desconfiada telefoneó a los diez mejores colegas de su esposo.

—¿Confirmaron el pretexto?

—Ocho corroboraron el argumento y dos aseguraron que aún se encontraba allí.

—¡Eso es amistad y lo demás son tonterías! —Era el momento de atajar tanto drama y solemnidad.

—¡Ay...! ¡Pimpi...! Hace dos meses te daba clases de ética y moral..., y mírame ahora, es peor, más feo. —No quisiera ser incisiva, pero sí, para qué engañarnos.

—Bueno, tampoco vamos a competir en indecencia, no será la última vez que hayas de enfrentarte a un desnudo peludo.

—Yo no soy deshonesto —¿con esa declaración aseguras que yo sí? No comparemos cuatro besos jugosos con magreo del bueno, a coronar la cabeza de Omar con unos cuernos de los de reestructurar los marcos de las puertas en forma ojival.

—¡Ayyyyy, cariño, cariño, cariño!... La mujer del César, además de serlo, ha de parecerlo.

—No puedo dejar a Saúl, nunca he disfrutado tanto..., ya sabes...

—No sé. —Compartir una charla de experiencias íntimas sobre el mismo hombre me parece inmundo.

—Pimpi, ¿qué hago?

—Habla con Omar..., daros un tiempo de reflexión.

—¿Y cuándo se canse Saúl de esto? ¿Qué será de mí? —¿Cómo? Tremendo giro de personalidad.

—¿A qué te refieres?

—Puede ser cosa de un par de meses, puedo perder todo por lo que he luchado hasta ahora.

—¿Te refieres a todo lo material?

—Sí. Considero mi casa un refugio, ese espacio en donde todo mejora.

—Thais, todo es susceptible de progreso. Y si has de regresar con los lomos cargados de culpa, convertirás un refugio en una cárcel. —Me mira compungida. ¡Qué situación!

—He de meditarlo.

—Bien. Hazlo.

Leo no se ha unido a nosotras. Se enfrascó con el operador de la compañía que suministra el ADSL en una pelea absurda de derechos contractuales y amenazas infructuosas, sin embargo, ha estado atenta, imaginándose la conversación.

Esto de dormir poco y mal, es el sistema más directo de que se produzcan hechos insólitos. Se confabulan mente y universo, para evitar el

ataque de la modorra y te desparrames somnolienta por algún rincón. A mí me ha ido de perlas la tunda de bofetones en forma de revelaciones impúdicas de Thais. No salgo de mi asombro. Qué poco nos conocemos a nosotros mismos, por eso intento no posicionarme ni ofrecer consejos, ni aleccionar sobre la vida. Quién sabe cómo ha de verse en el trascurso de la suya, ya es bastante complejo determinar qué es mejor para uno, como para asesorar a los demás y acertar.

Aprovecharé esto de no hacer nada, y ordenaré mi mesa, estoy convencida de hallar lo echado en falta, entre las montañas de papel diseminada en toda el área. ¡No entiendo cómo no me ha tragado! Y en mala hora se me ocurrió la idea, estoy más liada que la pata de un romano, enfrascada separando documentos de hojas innecesarias, y como siempre que me da por recoger, frenética y colérica.

Suena el teléfono, sepultado entre tarifas de proveedores del 2005, ¡qué afán tenemos los humanos de almacenar porquería!

No me ha dado tiempo a descolgar. Quien sea, si es importante ya volverá a llamar, y de ser un cliente espero que lo haga más tarde, es muy abstracto explicar que todos nuestros archivos y programas, se ejecutan desde un lugar remoto que almacena toda la información, y sin acceso a internet, estamos más perdidos que los Reyes Magos en Semana Santa.

Nudillos en mi puerta... Será Leo. Que pase solita, yo estoy intentando meter por el agujerito de la bolsa cerrada de basura, unos separadores de plástico; ya sabemos que una vez se anuda el lazo, por uno de los huequitos visibles, cabe el vaso del yogurt, la caja de la pizza..., un Seat Marbella.

—Perdona Olympia...

—Si no vienes a ayudar, no vengas a molestar... —No me apetece malgastar el tiempo en comadreos.

—Olympia, tienes una visita. —¿Un cliente sin cita? ¿La última semana de julio? ¿Ha perdido la gente el sano vicio de cerrar por vacaciones?

—Buenos días, espero no ser inoportuna. —Querido Lucifer: ¿Tienes pensado tocarme el moño durante toda la jornada?

—En absoluto, Miranda. —Ser sincera no da a lugar en este instante, me acerco y nos rozamos las mejillas simulando un beso.

—Necesito hablar contigo. —Leo me observa entre asustada y confundida, ambas opinamos que el laxante más eficaz se llama: «tenemos que hablar».

—Aprovechaba un imprevisto técnico para organizar el despacho. Leo, ¿podrías acompañar a Miranda a la *meeting room*? Estaremos más cómodas.

—Faltaría más.

—Me lavo las manos y estoy contigo.

Vamos a repasar mentalmente la mañana, para evaluar qué puedo haber hecho para que hoy, ¡justo hoy!, cuando mi embotamiento mental es próximo a una parálisis, esté tirando de capote y toreando conversaciones de lo más incómodas.

Por lo poquito que sé de juicios, los procuradores representan y colaboran con la Administración de Justicia, simplificando el perfeccionamiento de los actos de comunicación procesal, no intentan enredarlo todo con el corre ve y dile... En fin...

Entro en la sala y Miranda está sentada en uno de los sofás ultramodernos, en piel sintética gris antracita con patas metálicas rectas, no demasiado cómodos, pero con una línea que viste con elegancia los espacios algo deslucidos. Leo le ha servido un refresco, al que no le ha dado ni un sorbo por miedo a que el labial pierda textura. Me pondré delante, así mediará entre nosotras la mesa —en laca negra brillo piano—, le será más complicado agarrarme de los pelos si le invade el pronto celoso, aunque no sé si seré capaz de esquivar el vaso. Rezaré para que su ira sea verbal, a mí las palabras por lo general, me afectan poco.

—Disculpa la espera, no recordaba de qué color era mi escritorio, debía de eliminar algo del papel que lo cubría. —Seguro había textos apócrifos de algún apóstol desconocido, por allí apolillándose.

—Lo correcto habría sido llamarte antes. Últimamente no uso demasiado la lógica, me muevo por impulsos desesperados. —Pues podrías discutirlo con Thais, así determináis quién de las dos es más arrebatada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Ya supondrás que no he venido con la idea de una reforma integral. —¿A no? ¡Menos mal que me lo has dicho! Estaba por sacar el catálogo de muestras...

—Tú dirás.

—Sé por terceros que tú y mi marido os veis con frecuencia. —Con frecuencia continua, Tesla no tendría invento basándose en nosotros dos.

—Miranda, este no es el mejor lugar para tratar estos temas.

—No me malinterpretes, sé que entre tú y él no puede haber nada, en ese

aspecto estoy tranquila. —Y yo pensando que mi sexto sentido era atrófico, por lo visto hay quien no lo lleva instalado de serie, por muy caro que sea su equipamiento.

—Igualmente, no has elegido el mejor momento para hablar de cuestiones personales.

—Hoy tenía algo de tiempo. —Primera ley ecuménica que se aplica sobre todo el orbe: «No hay nada peor que alguien sin prisa»—. Siendo la última semana, podrías dedicarme unos minutos.

—No soy buena consejera sentimental. —Y podrá ser final de julio, pero estoy trabajando, no vengo al despacho por ocio.

—A Alatz le gusta estar contigo porque hay matices en vuestra personalidad que os acercan. Él aprecia a las personas con carácter, aunque en la cama las prefiere más sumisas..., tú ya me entiendes. —¿Con qué Alatz ha estado conviviendo esta muchacha?

—Alatz es muy respetuoso con vuestra vida sexual, nunca se dedicaría a detallársela a nadie. —Bastante tenemos con la nuestra. Mejor tápale la boca a tu amigo.

—Hace mucho que entre nosotros no existe vida sexual... —Eso ya lo sabía. No me lo había creído, gracias por corroborar la versión. Disimulemos la satisfacción.

—Miranda, a riesgo de parecer insensible, ¿por qué me cuentas esto?

—Sé que a ti te escucha. —¡Ay!, ¡qué me meo! *¡Figlia del mio cuore!*, ¡si me escuchara, no estaríamos juntos!

—¿Y pretendes que interceda para que os reconciliéis? —Monina, lo llevas tierno..., lo intenté, no con demasiado ímpetu... Ahora es tarde, señora..., y ya lo dijo alguien muy sabio, que sabía mucho: «*camarón que se duerme, se lo lleva la corriente.*»

—Sería un detalle. Te lo agradecería eternamente.

—Miranda, de veras, no logro comprender el motivo de tanta humillación.

—Tú lo ves desde esa perspectiva altiva, dada a esa independencia que llevas tan arraigada. No aspiras a estar con un hombre como él. —Ha sonado más feo que mandar a la abuela a por vino... Podría informarle de dónde vive su ex desde el día que cortaron, restregarle que me trata como cualquier mujer espera ser tratada por su pareja, con respeto y admiración, de igual a igual..., podría, pero por deferencia a Alatz, no lo haré.

—Te confundes, mi perspectiva real es que no me vale cualquier hombre.

—Tú y yo sabemos, que Alatz no es cualquier hombre. —Ahí ha estado acertada.

—Pero no te quiere. —Es un golpe bajo, pero nadie sabe el ejercicio de contención que estoy haciendo—. Las veces que hemos coincidido los cuatro, no ha tenido un comportamiento demasiado atento contigo.

—Él es así, se muestra posesivo y rudo, solo es amable en sociedad. Tierno..., jamás. —¿Cómo puede ser? Yo debo vivir con el gemelo bueno, esa descripción no se corresponde con mi Alatz.

—Yo no conozco esos aspectos de su personalidad, conmigo siempre se ha mostrado solícito y correcto.

—No es necio, tú no le ibas a permitir una salida de tono.

—Eso es lo de menos. Sigo sin comprender tu obcecación y qué pinto yo en todo esto. —¿¡Qué si pinto!?! ¡Con brocha gorda!

—Tengo un hijo, Olympia. —¿Mande?

—¿Con Alatz?

—No. —¡Uf! ¡Qué sudores más malos me han subido! —. Fue un desliz adolescente, vive con mis padres, para él soy su hermana mayor.

—¿Y lo sabe Alatz?

—Se lo oculte hasta una semana antes de nuestro enlace. —Honestidad, ante todo.

—¿Por qué?

—Él no quiere responsabilizarse de hijos propios, ni ajenos.

—¿Y tú estabas conforme?

—Yo quería empezar una vida con Alatz e intentar acercarme a mi hijo y hacerle de madre, formar un hogar, tener más hijos en el futuro, cuando mi carrera tocara su fin, pero él fue tajante.

—Prefiero no opinar.

—Sé que las mujeres como tú, de vida rutinaria, que dedicáis vuestro tiempo al trabajo y alguna otra distracción común, criticáis a las que tenemos más opciones y las ponemos en práctica. —Me está empezando a caer gorda, a pesar de no pesar más de cincuenta kilos con ropa, zapatos y maquillaje... Llegó el momento Olympia.

—Miranda, durante toda la conversación no he dejado de notar ese tufillo a superioridad, que realmente a mí no me intimida. Las mujeres como yo, puedo asegurarte, que tienen muy bien estructurada su pirámide de valores

y son capaces de grandes logros, incluso con hijos a su cargo, incluso sin un marido acompañándolas.

—No..., no pretendía ofenderte.

—Pues lo has conseguido. Posiblemente no luzca un modelito Prada con tu elegancia, pero yo en tu situación, no andaría lloriqueando a propios y ajenos, para solucionar los problemas de pareja que os han distanciado. Mi orgullo vale demasiado para pisotearlo yo misma, nadie ha de degradarse ante otro, aunque ese otro sea «el hombre».

—Por favor, Olympia..., eres mi último recurso.

—Lo siento, Miranda... —no, en absoluto, pero es lo que se dice—, tú y yo tenemos mentalidades completamente encaradas... Las mujeres como yo, no solemos perder el tiempo en majaderías de esa índole. No me rebajaría por mí, mucho menos por alguien.

—Él me complementa, soy envidiada, y es algo tan gratificante. Perderlo es algo similar a lanzar un diamante dentro de un volcán.

—Pues se ha cansado de hacerte de broche selecto, Miranda.

—Te ha dicho que es definitivo.

—Me ha dicho lo mismo que a ti. —Supongo.

—¿Sabes si está con otra? —Sí.

—Miranda, bajo mi punto de vista, deberías de —irte a la mierda— evitar buscar aliados y hablar con Alatz directamente.

—Lo he intentado, me he arrodillado... —No llores mujer excepcional, se te cortará la masilla cerámica..., aunque a lo mejor eso solo nos sucede a las mujeres normales.

—Prueba a hablar sin subyugarte.

—¿Tú no deseas recuperar a Saúl? —Esta se ha quedado en el primer capítulo de la novela.

—Saúl y yo tenemos conceptos muy distantes de lo que esperamos uno del otro.

—Él puede dártelo todo.

—Lo que yo quiero y cómo yo quiero, no.

—Olympia, con esa actitud te vas a quedar sola. Es un consejo de amiga. —¡Oh! ¿Cómo devolverte ese regalo en forma de revelación de amistad? Mira, en tu honor me voy a tirar a tu ex cuando llegue.

—La soledad no me asusta, me asusta más estar al lado de alguien que me haga sentir sola. —Me observa, a la vez que se da unos pequeños toques

en los párpados inferiores para que las inminentes lagrimillas se sostengan y recomponerse la base aterciopelada. ¿Cuánto tiempo debe emplear en maquillarse? No se le nota ni una peca, ni un poro, ni una tara de nacimiento, es la viva imagen de un selfie retocado hasta la perfección.

—Olympia, me fascina tu falsa sencillez. —¡Joder con la pija! —. Mírate, un poco de sombra, algo de colorete, brillo labial y ropa elegante a la par de informal, maridado con ese halo de inconformismo que te proporciona la seguridad en ti misma, nadie se resiste... Quieres parecer discreta, ese es tu mayor encanto, proyectar la excelencia partiendo de la mediocridad. Inversa a mí, que siendo vulgar aparento exquisitez.

—Creo que no tenemos nada más de lo que hablar, no estoy especialmente interesada en mostrarte cuánto de ordinaria puedo llegar a ser y proyectar.

—Pensándolo bien, ahora que te he dicho lo que veo en verdad, puede que tenga a mi rival enfrente..., puede que hayas sido el desencadenante de todos mis infortunios.

—Seguro que el insignificante hecho de perderos el respeto mutuamente no ha tenido nada que ver.

—No, en absoluto. Que nuestra relación fuera abierta, mejoraba la comunicación en pareja. —Sí, para muestra un botón, pero de nácar.

—Sí, a la vista está, ha sido de gran ayuda. Lo siento Miranda, no puedo concederte más tiempo. Como te he dicho, ni es el momento ni el lugar, ni es conmigo con quien has de tratar todo esto. Exponle todo a Alatz, con la misma vehemencia que lo has hecho conmigo, estoy convencida de que podréis mantener una conversación amena. —*Time off*, Miranda.

—Siento haber sido tan clara contigo, las amigas no utilizan el eufemismo, se tratan de tú a tú.

—Según el grado de amistad y siempre con respeto... No has cumplido ninguno de los dos requisitos básicos. Te acompaño a la puerta.

Se levanta, se estira la falda. Camino delante, de ir detrás, capaz me veo de empujarla por las escaleras rellano a rellano.

En el vestíbulo le he estrechado la mano por no hacerle el feo, por no demostrarle que lo único que me apetece es patearle el culo minúsculo, moldeado y sin celulitis, que marca en ese vestido tan sugerente y exclusivo.

Entro en la oficina y me dirijo a mi despacho, enfadada, con ademanes de basilisco. Me he mordido tanto la lengua que estoy envenenándome en rabia.

Tal como cierro la puerta, Thais y Leo la abren de nuevo. No estoy de humor para relatar la conversación con algo de objetividad y sin agregar impropiedades.

—¿A qué ha venido? —Thais vuelve levemente la cabeza hacia Leo y pestañea.

—A pedir presupuesto para amueblar el loft de soltera, Leo. — Obviamente, Thais no iba a hacerle un esquema de la situación.

—Thais, amor, necesitas fumar cánnabis, te relajarías, serías menos estúpida.

—Por favor, no me agudicéis el dolor de cabeza —¿será escuchado mi ruego? ¿Se marcharán sin más preguntas? No, hoy no es uno de esos días caprichosos donde todo fluye según uno desea.

—¿Sabe que estáis juntos? —Leo se sienta en mi mesa.

—Según ella no, aunque sinceramente, sospecho que es un posado.

—Sigo sin entender la visita.

—Yo tampoco, porque envuelta en victimismo me ha realizado una tomografía computarizada.

—Entonces, que no te quepa la menor duda de que lo sabe. —Estoy de acuerdo con Thais.

—¿Vamos a comer? Desde que Estefanía ganó el concurso y demuestra su talento en los programas de cocina, y en su restaurant no lo hace ella, se come de lujo.

Por mutuo acuerdo, durante el descanso no hemos hablado de nuestras desventuras pasionales, solo descabezamos a todos los títeres batiendo la propia marca de chascarrillos y cotilleos.

Alatz me ha enviado algún mensaje, lo he devuelto con un pulgar levantado y una carita lanzándole un beso, seguido me ha llamado, sé que esa falta de efusividad e ironía por mi parte, le intranquilizan. Tampoco tenía ganas de hablar con él y he silenciado el teléfono. Eso traerá consecuencias.

Aparcando estoy en el garaje de casa, rogando para que hoy anochezca antes y acabe el día. Esta hesitación me carcome. He de hacerle partícipe de las confidencias de Miranda, pero estoy indecisa con el tono a emplear; si de indiferencia, que dudo sea creíble —hoy podría trepar por las paredes—, o de humillada, con el que disimularía algo mejor sin acercarme a mi estado emocional real, o el de celosa extrema, que es el sentimiento correcto, certero y angustioso.

Decido subir por las escaleras, oxigenando el cerebro e intentando templarme. Las venganzas y las conversaciones sobre los ex, mejor en frío. Aunque, esto de subir hasta el ático a pata, en plena canícula, con la chicharrina de este final de julio, refrigerar, lo que se dice refrigerar, no refrigera, al contrario, eleva mi temperatura y sobrecarga mis circuitos. Resultado final: estoy frente a mi puerta, con la lengua fuera. Necesito llorar para perder presión.

No me ha dado tiempo a meter la llave, cuando se abre y un tío con aspecto algo descuidado, con ojeras, pero con una sonrisa amplia y seductora, me recibe con los brazos extendidos para acogerme entre ellos y darme la respuesta que el panzón a subir escaleras, no me ha concedido.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto adherida a su pecho en el umbral.

—Feliz. —Nos movemos hasta el recibidor y cierra con el pie, mientras me besa con ternura y un gramo de desesperación—. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

—Alatz, hoy no debería de haberte dejado enfermo y desamparado.

—No, no tendrías que haberme abandonado a mi suerte, mira en el deplorable estado que me encuentro. —¡Ohhh! ¡Qué pucherito más adorable! ¡¿Ehhh?! ¡Perdona, pero no! ¡Hoy soy yo la que exige mimitos!

—Estás tremendamente sexi, hasta con aspecto descuidado. —Pongo carita de desamparo cual perrito *Tristán* y suspiro, él pasa el brazo por detrás de mis rodillas y me alza—. Veo que has recuperado fuerzas, los medicamentos han funcionado.

—Tú eres la mejor medicina, mis sentidos están todos en alerta a tu llegada, hasta detecto el sonido de como sacas las llaves y las mueves antes de meterlas en el bombín.

—¿A sí? ¿Eres algo parecido a un súper héroe legendario? ¿*Super Earman*?— Se sienta en el sofá conmigo en el regazo, riéndose de mí por no perder la costumbre.

—¿Algo parecido? Acabas de acribillar mi ego a *palabras*. —Es puro ingenio este espécimen de la familia de los «*homo bonum morietur*»—. He preparado la cena, así que podemos sentarnos un ratito y me cuentas tu horroroso día, punto a punto.

—Qué pereza..., ¿puedo saltarme trozos e ir a lo que menos me ha gustado?

—Sí, nena, como si prefieres contármelo del revés.

—Estoy enfadada..., o mejor dicho, confundida..., y celosa, muy celosa... —Sonríe y frunce el ceño, ahora el desconcierto se aloja en él.

—A ver, a ver..., ¿celosa? ¿De Edurne? Es gay, declarada y casada...

—No hablaba de Edurne, me refería a Miranda.

—¿Miranda? Nena, me he separado de ella. Después de los últimos numeritos, preferiría no ver de esa mujer ni un anuncio de sus orejas... ¿A qué viene encelarte de ella?

—Vino esta tarde a mi despacho. —Se tensa y se incorpora. Me mira enfadado y preocupado.

—¿Histérica y dando muestras de lo energúmena que es cuando no consigue sus caprichos?

—No, fue educada en todo momento.

—¿Qué te dijo?

—Que yo no soy rival para ella, porque tu perfil de mujer es lo opuesto a mí.

—Ni te voy a contestar.

—El caso es, que me habló de un Alatz, completamente distinto a mi Alatz. —Me besa la mejilla, le ha encantado el posesivo junto a su nombre.

—Fácil, «tu Alatz» solo se manifiesta a tu lado, nena. ¿Qué más te contó?

—Muchas cosas, entre ellas..., que tiene un hijo, y que renunció a él por estar contigo.

—Vaya, ha descubierto el secreto peor guardado de la familia. —La modulación suscita burla.

—Este Alatz, no mola.

—Miranda solo saca a relucir que parió a un niño, cuando puede obtener algo de atención por ello.

—Ante mí sí, pero, ¿y a ti? —Las parejas, ¿no han de asumir el pasado como propio?

—Yo no quiero tener hijos, Olympia.

—¿Por qué?

—Es una decisión propia.

—¿Cómo llegaste a ella?

—Para ser padre se necesita tiempo, tiempo que yo no puedo ofrecer.

—Para los hijos esa variable es diferente, no se cuenta igual.

—Tú no eres madre.

—Pero soy hija, y durante mi infancia mi padre viajaba mucho y justo de

aquella época no tengo que reprocharle nada, siempre estuvo en los momentos que un niño recuerda.

—No tengo que justificar una determinación tomada hace años.

—Tienes razón... —eso significa que nuestra relación tiene fecha de caducidad.

—¿En qué?

—Que no has de justificarte, igual que yo tampoco he de hacerlo.

—¿Justificarte en qué?

—Yo sí tenía pensado ser madre, y creo que eso podría delimitar nuestra situación en un futuro.

—¿Tan importante es para ti?

—Ahora mismo, estoy confundida... Nunca tuve miedo a perder a alguien, hasta que llegaste tú.

—Es muy pronto para desgastarnos en discusiones sobre el futuro.

—Sí, estamos empezando, y podría ser que te echara esta noche de casa.

—Prometo respirar lo justo para no ahogarme.

—Y no moverte como si te recorrieran hormiguillas.

—Quieto como una momia.

—Te dejo abrazarme, si no te montas encima a modo de manto imaginero.

—He recuperado las fuerzas, tenía pensado montarte y que me montes.

—Bueno..., solo si se terciá.

—Sé cómo hacer que se tercié.

Legó el sábado, y con él, el inicio de nuestras vacaciones. Sin embargo, aquí estoy ante el espejo intentando que esta noche el tema de conversación de los corrillos, no sea la búsqueda de las siete o setecientas diferencias, entre la pareja titular actual y la saliente. Ayer ya empleé parte de la tarde en el visionado de tutoriales en YouTube, instruyéndome sobre el complicado oficio de fabricar una máscara convincente al público de que sí se puede. Seguidamente, salí a comprar todos los productos necesarios, pero igual que no está hecha la miel para la boca del asno, tampoco la memoria de Olympia para recordar el orden de los ungüentos.

Encima del tocador hay expuesto:

Un set prodigioso, formado de: exfoliante suave, *sérum* revitalizante, tónico iluminador, hidratante anti edad *BB cream* y ampollas de belleza instantánea... Tanto tiempo siendo fea y hay un producto que te vuelve guapa *ipso facto*..., aunque, para que haya una guapa ha de existir una fea, por lo tanto, como se determinarán grados de belleza, siempre habrá una menos bonita por mucha ampolla mágica que untes... Concluyendo, no tengo remedio.

Prebase velo de seda, promete una tez aterciopelada..., dar cera, pulir cera.

Cubre-imperfecciones para manchas y cicatrices... Y yo me pregunto, si toda tu cara es una imperfección, ¿la embadurnas entera?

Base de color *hickory four* en polvo compacto, mejor que fluida al ser verano. Sustituyendo a los polvos traslúcidos, indispensables para eliminar o igualar los excesos de color..., por lo tanto, también se han de utilizar.

Polvos traslúcidos, innecesarios e imprescindibles... No haré

comentarios.

Fijador de sombras... Para fijar las sombras, punto.

Polvos iluminadores... Más polvo, hay fórmulas naturales y muy gratificante para conseguir lo mismo sin tanto mineral molido.

Sombras en tonos claros para el párpado fijo, medios para el móvil, oscuras para difuminar estilo *smoked* y *eyeliner* para intensificar la mirada... Temo no poder abrir los ojos con tanto peso.

Máscara de pestañas extra largas, híper gruesas y súper curvas... Insisto, necesitaré un par de palillos.

Rectificador de cejas.

Colorete rosado.

Labial discreto satinado.

Yo.

Una vez todo está expuesto, aquí sigo, mirándolo con desafío. Tengo claro el concepto, el modo de aplicación he de consultarlo, pero estoy convencida de fallar en las cantidades estrepitosamente. Debería de haber pedido cita en un centro de estética, ¡a ver qué hago yo con todo esto!

—Nena, ¿tienes idea de dónde están las invitaciones? —Van a su nombre y he de saber yo en dónde demonios las ha dejado, que, por cierto, lo sé, vi cómo las guardaba.

—No.

—Pues nada, ya informarán a Romeo de nuestra asistencia y nos permitan pasar. —A no ser que clausuren el hotel por una plaga de cucarachas, veo improbable librarme de la cena.

—Mira dentro del bolsillo interior de la americana que has de llevar a la tintorería..., la azul con raya diplomática.

—Llevas un día como para regalarte a un sordo —Olympia, inspira profundamente y expira lentamente..., recuerda, tiene más virtudes que defectos, te quiere... —. Nena, ¿estás bien? Esperaba la réplica.

—Alatz, ¿sabes qué es la diplomacia? —Escucho su risa desde el comedor.

—A riesgo de arrepentirme, ofréceme la definición.

—Es el arte de enviar a un individuo a la mierda y que este, anhele emprender el viaje. —Entra en el dormitorio ahogado en su propia risa. Yo no

la comparto.

—Nena..., ¿qué es todo ese arsenal de cosméticos? —Suspiro.

—Intento evitar que te piensen enajenado, al cambiar la angula por la anchoa.

—Olympia, ¡qué lucha contigo! —Estira del banco y se acuclilla ante mí, ¡qué bonita estampa! —. Eres preciosa y, además, el único que ha de encontrarte irresistible soy yo, y a mí personalmente, como más exquisita te veo es desnuda.

—Alatz, me disgustan todas las barbaridades que dirán de ti.

—Pues cielo, a mí, plin.

—¿Habéis mantenido relaciones cruzadas con alguno de los asistentes?

—No, las relaciones cruzadas, como tú las llamas, solo fueron con Saúl y *Lady Pádel*. Una vez todo aquel sin sentido finalizó, acordamos que no tendríamos líos con nadie conocido y mucho menos del entorno profesional.

—Eso me agobiaba un poco.

—¿Piensas que sería capaz de llevarte entre tíos que pudieran tomarse la libertad de proponerte indecencias?

—Si partimos de la base que para ti era natural, no lo sé.

—Vuelvo a repetirte, fue una época experimental no satisfactoria.

—No me importa tu pasado, ya lo sabes.

—Pues en ocasiones, por ejemplo, ahora, me haces sentir que no te merezco.

—No digas pamplinadas, eso no va con tu carácter.

—¿Vas a estar cómoda con todos esos potingues en la cara?

—¿Has visto mi vestido?

—No, prefería esperar a vértelo puesto, para quedarme en éxtasis, como en Londres.

—En Londres, ¿en qué momento?

—Nena, eres muy retorcida. —Empieza a reír y yo estoy a la expectativa, busca mis manos y después mis ojos—. Aún me empalmo al recordar el tacto de tu piel en la yema de los dedos.

—A mí también me afectó aquella caricia, aunque no iba a pedirte más en aquel instante.

—No habría respetado los límites del decoro... Y si continuas mostrándome sugerentemente los senos, llegaremos tarde... —pasa el índice por la unión de la solapa de la bata y deja uno de mis pechos desnudo, posa la

mano cubriéndolo con ella—, aunque pensándolo bien, tenemos tiempo... ¿Tú qué opinas?

—¡Qué a la mierda los polvos iluminadores!

Desanuda la bata entre risas, atrayendo mi cuerpo hacia él. Situado entre mis piernas, deposita sus labios en mi estómago para trazar desde ese punto una línea de placer hasta mi cuello. Mi objetivo prioritario es acariciar su torso, mi debilidad... Vale, sí, tiene más, todo él es un agente debilitador de *Olympias* Fasol, pero esta zona es de las esenciales.

Cuando uno fabrica su imagen de hombre idóneo dibuja con mucha ilusión un ser divino, rozando lo imposible. La fantasía está para eso, incluso no se le da importancia a otros rasgos más importantes, como sería una personalidad a la altura de toda esa perfección física. Alatz es mi divinidad helénica, justo en esa proporción exacta, sin defectos y sin excesos.

Hoy vestía de sport, un polo rosado y unas bermudas a cuadros muy a la moda, con sus albarcas menorquinas y sus gafas de sol de aviador, digo vestía, porque he aprovechado que juguetea con mis pechos para desnudarle de cintura para arriba.

—¿Y esa sonrisa?

—De tonta embobada... Cada día me gustas más. ¿No tendría ya que toparme con algún fallo de diseño? ¿Un defectillo de forma? ¿Alguna tara? ¿Una *verruquilla*? —ríe satisfecho.

—Eso se conoce como el síndrome de proximidad.

—¿Argumentas con eso tu fealdad? Si vas a comprarte una careta de mono, ¿crees que el dependiente te dará las gomas?

—No, nena, estoy que te cagas —esa expresión es impropia de él, así que estoy tronchándome a punto del pis, prosiguiendo con las comparativas escatológicas—, y encima gracioso de mearse.

—¡Para ya! Me duelen las costillas... —Le empujo hasta hacerle caer y me siento encima.

—¡Ay, nena! No te tires a lo bestia, que, entre que no ventilo bien y que tengo toda la sangre por debajo de la cintura, el cerebro no se oxigena adecuadamente.

—De ahí que utilices los términos cagar y mear.

—Esas locuciones las he acuñado de tu léxico coloquial.

—¿Me estás llamando pedestre y rústica?

—No, *Olympia*, eres la persona más equilibrada en todos los sentidos

que conozco —parece decirlo en serio.

—Pues mi padre opina que estoy como una chota.

—Y tiene más razón que un santo, eres una loquita..., y estoy enamorado de tu locura.

—Miranda..., ¡Bah! No importa. —¿Para qué remover la mierda? ¿Para que huela?

—Nena, podemos hablar de todo. Miranda, ¿qué?

—Bueno, ella insinuó que preferías a las mujeres poco activas en la cama.

—¿Eso te dijo? —Frunce el ceño.

—No, así no, hablé de mujeres sumisas, vamos, que necesitas llevar la batuta.

—Yo siempre llevo la batuta. —Me guiña un ojo y alza las caderas del suelo por si no he pillado el doble sentido, ¡cómo si me hiciera falta! Cierto, no soy de cazarlo a la primera, en ocasiones me río dos horas después o me enfado como un simio, tarde, pero en esta ocasión no era necesario.

—Ya, pero yo no suelo ser un elemento pasivo ornamental, por lo general los dos andamos a la par, mezclando chaladuras de las mías..., ya sabes..., tonterías infantiloides como empujarte. Compararlo con vuestros jueguitos sexuales es ridículo.

—Olympia, me deshaces con esa manera tan intensa de besarme, o cuando muerdes..., me excitas observándome buscando complicidad intimando..., esa mirada gris azulada, me desarma.

—¿En serio? —Se está ganando el pase a la final, este hombre sabe tocar todas las teclas... ¡Qué cosa más mala para mi orden mental!

—Completamente, me apasiona cuando palpas entre las sábanas y me abrazas, como si hiciera una inmensidad que no me tocaras.

—Y eso emanando más calor que una central térmica. —Acaricio su pecho con suavidad.

—Sí, supongo que de ahí poner tus pies en los riñones unas cuantas veces.

—Con los pies fríos no hay quien duerma.

—Otra de las cosas que más me gustan de ti, es como sabes darle otro valor a lo significativo para que no signifique tanto..., y la facilidad con la que sonrías, consiguiendo con un gesto hacerme reír contigo. Tu risa forma parte de las melodías de mi día a día, se ha convertido en mi tema preferido.

—Es fácil reír contigo, dices muchas bobadas... —Beso sus hombros. Él habla, y yo beso.

—Eres tan impredecible, todo es nuevo y divertido a tu lado, desde tomar un refresco a realizar la compra semanal, transformas lo cotidiano en especial.

—Tan excéntrica que te ofrecí mi casa sin conocernos, sin saber qué querías de mí..., una loca de manual, vaya.

—No, Olympia..., solo eres una mujer excepcional, capaz de amar con pulso, con locura.

—Alatz... —Sonríó malignamente, entrecerrando los ojos, igualito a una diablesa con ganas de hacer diabluras.

—¿Olympia? —Parece confundido... Me acerco a su oído y susurro.

—Te vas a cagar.

Y de esa manera tan agradable, agotamos el tiempo disfrutando de nuestros cuerpos estirados en el suelo, preparándonos un baño con sales después, y contándonos muchas tonterías, llevadas al extremo en nombre de la sorna. Por lo tanto, cuando vuelvo a tomar tierra, comprendo que ya no dispongo de remanente horaria para dedicar a acicalarme adecuadamente ni con la mitad de lo presentado encima de la cómoda.

Mira, ya es tarde para lamentaciones, tampoco iba a conseguir una conversión a modelo de posado por muchas cremas y ampollitas que me aplicara esta noche. Con lo cual, vamos a lo práctico y con lo que me defiende, un poco de maquillaje —sin igualarme a una máscara de carnaval—, algo de colorete, con la idea de parecer tierna pero no necesitada, sombras, rímel y labial rosado. ¡A quién no le guste, que se la pique un pollo!

No he invertido ni un euro en ningún vestido para la cena, y eso que Alatz ha insistido hasta la saciedad en ir juntos a una de las boutiques exclusivas del centro, será a lo que está acostumbrado. Sin embargo, yo tengo unos cuantos modelos de diseñadores británicos —que ahora trabajan para grupos textiles franceses— sin estrenar, que, de seguir en el fondo del armario, pasarán de moda.

Sin pensarlo he escogido uno de Stella McCartney, es bastante sexi a la par de elegante. Me pregunto sí, con lo poco que entiendo de ropa, podría ser que no fuera el adecuado, de ser así, espero que Alatz sea lo suficientemente honesto y juicioso para avisarme.

No es demasiado extremado, son dos piezas, compuesto por un vestido

palabra de honor blanco roto, ceñido hasta medio muslo, desde donde surge una falda de gasa con bordados formando caracolas en hilos dorados, verdes y marrones, conjuntado con un bolero transparente a contraste con los tonos del vestido, se abotona al cuello, pero deja la zona del pecho descubierta.

Opto por recogerme el cabello en una cola alta y moldeo las puntas para aparentar un acabado pulido de peluquería. No me siento un adefesio, al contrario, me veo de notable alto, aunque no sé qué voy a encontrarme allí, y eso me intimida lo que viene siendo, un huevo de avestruz.

—Bueno, chaval, esto es lo que ahí... —Salgo y..., se me cae el tanga al suelo... Eso del síndrome de la proximidad, en este supuesto no es del todo aplicable, el tío está bueno para desecar pupilas. ¡A mí qué no me vengan con trastornos ni hostias consagradas!

—Joder, Olympia... Estás espectacular. —Por cómo me mira, pronuncia mi nombre, enfatiza el «joder» y susurra, me lo puedo creer—. ¡Uff, nena! ¡Uff!

—Eso quiere decir que estamos al mismo nivel de admiración por enamoramiento, ¿no? —sonríe, tomándome de la mano hace que gire sobre mí misma, por suerte ni tropiezo con mis pies ni le piso, y me atrae a su cuerpo sujetándome de la cintura—. ¿Todo en su sitio?

—Me tomé la libertad de comprarte esto. —Me entrega una caja cuadrada de veinte por veinte, de una exclusiva joyería.

—No era necesario, tengo bisutería de calidad.

—Lo vi y supe que luciría perfecto en ti, además encaja perfectamente con los tonos del vestido...

Abro la caja con manos nerviosas y sudorosas —¿por qué tendré la manía de transpirar siempre en los momentos más inoportunos?—, miro el contenido, lo miro a él, trago saliva a mansalva e intento hacer las muecas típicas evitando no se escapen un par de lágrimas, talla melón tirando a sandía, y toda la máscara de pestañas me transforme en perezoso. Vuelvo a contemplar conmovida el estuche selecto. Ante mí un conjunto que reúne un brazalete armado de margaritas en plata y oro, con diamantes marrones en el centro de cada flor, con unos elegantes pendientes, un collar y un anillo, firmados por Buccellati.

—¿Cómo es posible que sin ver el vestido hayas acertado con los complementos? —Encoge los hombros—. Alatz, es precioso, elegante y desenfadado...

—Tú en esencia, lo que me transmites, lo que me enamora de ti, nena.

—En este momento, solo me apetece desabrocharte ese chaleco tan sexi y hacer que pases más calor que vestido, pero...

—¡Malditos peros! —exclama fingiendo exasperación.

—Solo te daré un beso y porque puedo retocarme.

—Pues no sé a qué estás esperando, *darling*. —Me aproximo a su succulenta boca, con la idea de regalarle un piquito, por quitarme la ansiedad, pero..., ¿Alatz conformarse con un roce? ¡Impensable! Él para poco no se pone, y nos morreamos a base de bien, hasta el punto del jadeo... O pongo tope, o con tanta pasión no saldremos de casa.

—Vamos a llegar para el postre.

—¿Ves en mí, preocupación?

—Anda, ponme el collar y no te recrees...

—Ponme el collar... ¡Qué fuerte ha sonado eso! Mira el vello de los brazos, nena...

—Estás enfermo.

—De amor por ti, Olympia.

He cambiado, no me reconozco, no soy la Olympia agriada y en perpetuo inconformismo conmigo misma. Me descubro cómplice de sus bobadas, respondiendo mensajitos, sonriendo tontamente ante esas palabras que endulzan mis sentidos, me ablandan y accedo a sus peticiones siempre amables. Mi prioridad en este momento, aunque me encantaría negarlo, es hacerme feliz a su lado.

Vamos en dirección a Passeig de Gràcia, nos han convocado en el hotel Majestic, mi ansiedad aumenta con cada kilómetro recorrido, menos mal que ayer utilicé un desodorante que anula químicamente las glándulas sudoríparas axilares, de no ser así, ríete tú de las Cataratas Victoria.

—Te noto tensa.

—Estoy tensa.

—Relájate mujer, por lo que tengo entendido no suelen comer carne humana.

—Me dejas más tranquila. ¿Cuántos invitados hay?

—Pues entre los bufetes de la franquicia y los cuatro independientes, seremos unos cincuenta.

—¿Tu despacho es un franquiciado? —¿Cincuenta personas? Me han contado de bodas con menos asistentes.

—No, mi despacho se constituye como uno de los fundadores, pero no entra dentro del grupo, en este momento nuestra presencia es meramente honorífica.

—¿No inviertes en esa sociedad?

—Recibo los dividendos aportados para su financiación inicial y pasamos la minuta, por asesoramiento fiscal y representación legal, de la gran mayoría.

—No comprendo, un despacho jurídico que asesora licencias de abogados... ¿No se supone que es esa su actividad?

—Un bufete puede llevar con éxito el funcionamiento de empresas ajenas y no lograr conciliar sus cuentas.

—Llámame simple, pero no confiaría en una decoradora que tiene su casa para derribo.

—Probablemente yo tampoco, pero imagina que dentro de tu profesión existieran cientos de ramificaciones con miles de artículos, la especialización sería esencial.

—Comprendo, en realidad en mi oficio también sucede algo similar.

—Yo me especialicé en derecho internacional jurídico y mercantil, busco las bisagras o vacíos legales del sistema para que mis clientes puedan optimizar su actividad y sus beneficios.

—Pagar menos y ganar más.

—Una conclusión muy básica, pero acertada.

—¿Y para qué os reunís?

—Se presentaron las cuentas anuales y los números indican que lideramos el sector.

—Vamos, para daros la palmadita y felicitaros por ser los amos del mundo.

—Otra conclusión muy básica...

—Pero acertada.

Aparcamos delante del hotel, el valet se acerca a mi puerta, me saluda amablemente y Alatz le entrega las llaves del coche.

En el vestíbulo, el conserje nos conduce hasta la sala donde se celebra la cena, en la puerta una azafata uniformada con los colores corporativos, recoge el pase de Alatz, nos da las buenas noches y nos invita a pasar. Yo casi ni ventilo, andar, no tropezar, disimular el tembleque y respirar, son demasiadas acciones para ejecutar correctamente. Hay que priorizar y lo primero es fingir

que soy de acero y después si hay posibilidad, tomar aire.

—Te presentaré al anfitrión, es el director gerente de la franquicia. —Me conduce con su mano apoyada en las lumbares, empujando suavemente—. Es un tipo cordial y simpático.

—Ajá.

¿Para qué añadir nada más? En este instante solo se me ocurre una pregunta, ¿cuándo nos vamos?

Adentrándonos entre la multitud, Alatz saluda dando firmes apretones de mano, sin detenerse ni perder el contacto táctil conmigo, cosa que agradezco infinito. Las mujeres con las que nos cruzamos, solo sonríen, a pesar de no habernos quitado el ojo desde que traspasamos la puerta. La sala está engalanada haciendo alusión a los logros alcanzados, con *plotters* muy elegantes a modo de cortina de un metro de ancho, palmo arriba, palmo abajo, y con el primer número ordinal en dorado sobre fondo negro mate. El resto del salón es lo que se espera en un evento de estas características, líneas puras, colores neutros y sobriedad para aburrir a las ovejas.

El anfitrión nos distingue, se disculpa con un par de golpecitos amables en el hombro de su contertulio, y nos señala, se encamina hacia nosotros con porte de triunfador, abotonándose la chaqueta del traje. Es un hombre que ha de superar la cuarentena con creces, sin embargo... ¡Tela con el madurito!

—Alatz Gorraiz, ¡dichosos los ojos! —tiene un acento inglés muy marcado, aunque habla con soltura el castellano. Se estrechan las manos con efusividad, golpeándose los antebrazos y seguido me dedica una sonrisa.

—Olympia, te presento a Romeo Swann. —Le va el nombre más a medida que el traje.

—Un placer.

—Encantado de que nos acompañes esta noche, ¿estás cómoda? —Sí, igual a un polluelo en un nido de lagartos.

—Como en el salón de mi casa. —Ambos sonríen.

—Supongo, ya estarás acostumbrada a presentaciones más brillantes a esta, con más *glamour*. —*Of course!* Tengo por costumbre tomar el té con la Reina Isabel II, ella le pone un chorrillo de Bourbon y yo unas *esferificaciones* de *Limoncello*, por no hacerle el feo.

—No, en mi vida cotidiana este tipo de eventos no se dan de forma asidua.

—Esto me pasa por utilizar las generalidades, imaginé que todas las

modelos tenían una vida social intensa. —¡Vaya por Dios!, me ha confundido con una amiga de Miranda, menuda cubitera bien cargada de hielo me ha caído encima..., aunque por otra parte...

—Olympia es decoradora de interiores —aclara Alatz dedicándome una sonrisa.

—Lo siento, pensé... ¡Ah! ¡Disculpa, tengo tendencia a la incontinencia verbal!

—No me has ofendido... ¿A qué mujer le molestaría ese tipo de confusión?

—Visto de esa manera... —razona y ríe.

—¿Y Kristina?

—Tal como llegaron algunas de sus colegas de desmenuce, desapareció —percibo un repunte de desprecio. Un camarero se nos acerca con una copa alargada de cava y Romeo le detiene para ofrecernos una a cada uno —. Aprovechando estos minutos antes de sentarnos a cenar, tengo un negocio que proponerte...

Mientras hablan de ratios, impuestos, porcentajes, infracciones, multas, riesgos y otro montón de datos, con los que yo cazo moscas, contemplo al nutrido grupo de abogados allí congregados. Cualquiera abre la boca, aquí deben de estar representados todos los ramales del derecho. Digas lo que digas, estás perdido, siempre encontrarán un resquicio para rebatir las conclusiones, aseveraciones o estupideces, que les ofrezcas. A nuestro alrededor, se han unido otros invitados, no recuerdo ni un solo nombre. Llevo dos copas de cava y me estoy achispando, río demasiado y la euforia aflora con facilidad, aunque aún gobierno. No entro en debates, escucho, afirmo y niego, de tanto en tanto, si algo tiene gracia la río, eso todavía lo controlo.

Acabo de percatarme que estoy rodeada de tíos a los que no sabría llamar por su nombre, y los únicos que conocía han desaparecido.

—No atosiguéis a Olympia o no volverá a acompañarnos en la próxima celebración. —*¡Wow!* Menudo canon de culminación de belleza... Miranda a su lado es la *Laura Ingalls* de *La casa de la pradera*, siempre a la sombra de la hermana lista y guapa... Yo mejor no me comparo, tengo todas las papeletas para ser la jaca—. Soy Kristina, la esposa de Romeo.

—Encantada, Kristina.

—Kris, por favor. Sé que os arrebató a la única mujer que hoy sería capaz de aguantar una de vuestras aburridas charlas.

—Paga la novata —apunto. Ríen. Se cuelga de mi brazo y me arrastra a la banda de la sección femenina. Yo entre mujeres me siento más expugnable que entre los hombres, me manejo fatal con los figurativos, y no entiendo de conversaciones típicas que sirven para descuartizar al que no está en el círculo selecto que ellas han trazado.

—Espero que calces zapatos cómodos, porque esta noche te va a tocar bailar con todo el público masculino.

—La novedad siempre es un reclamo.

—Y si viene acompañada de atractivo, aún es más seductor. —Qué halagadora, no tomaré más cava, o perderé la poca perspicacia que poseo para ver desde dónde viene la colleja.

—Gracias por el cumplido.

—Créeme, conseguir que Alatz te presente en este club de snobs y petulantes, ya es todo un logro. Pensándolo más detenidamente, lo que es digno de admiración es que hayas conseguido conquistarle. —Menos mal que he dejado la copa, podría no haber acabado en la bandeja.

—No comparto tu opinión, frecuentar lugares previstos para estos fines no entra dentro de mis actividades lúdicas ni profesionales.

—Ácida, menudo cambio de tercio el de este chico. Miranda siempre se mostró dulce y servil. —Sabía que el cotejo era inevitable, más si tienen algún grado de amistad, aunque sea el justo para sonreírse sin lanzarse un escupitajo

—Es algo impropio de gente aguda, cambiar para obtener el mismo resultado.

—Me descoloca tu conducta, te imaginaba más comedida. —Lo que viene siendo una mosquita muerta, alguien maleable para aplastar. Pues vas fina.

—La prudencia frecuentemente se confunde con debilidad. —Hay miradas que, de ser proyectiles, desintegrarían... Por ejemplo, la que me acaba de dedicar.

—Los hombres son una especie poco evolucionada, ¿no crees? —Y tú una arpía con la envergadura de un cóndor.

—No soy antropóloga para confirmar tu afirmación.

—Eres mujer, un ser superior, por eso Dios nos proporcionó un buen par de *bubbies*^[98], para poder disfrutar viendo trabajar al hombre y vivir de su sudor. —Y poder operártelas cuando la gravedad tire más que la firmeza.

—Debo de ser algo andrógina en ese sentido, ya me entiendes, un ser poco evolucionado.

Aquí me hallo. Soy el inocente que sacrificarán en este aquelarre, elegante y selecto, de meigas sin andrajos ni narices *cuervudas*.

Mientras *Kristinita* me presenta a un nutrido grupo de espigadas, repeinadas y, exquisitamente maquilladas, brujas de salón, estas me observan con sonrisas de suficiencia.

—Olympia, tienes un nombre peculiar —observa la bruja número uno. ¿Cuántas veces habré escuchado ese comentario?

—No más que Eduvigis o Segismunda. —¡Dios, obra para qué ninguno de los diminutivos cursis con los que se han presentado, acorte ninguno de los dos que he enunciado!

—¿Y cómo te llaman familiarmente? —a ti te lo voy a decir.

—Olympia. —Me miran extrañadas y les sonrío con falsedad de escalofrío. No todas se la merecerán, pero..., ¡cuántas injusticias más flagrantes hay en el mundo!

—Tienes una piel privilegiada, con tan poco maquillaje luce divina, ¿cómo la cuidas? —A polvos, intento mañana y tarde, como mínimo uno vespertino...

—Utilizo unas ampollas de belleza instantánea preparadas en la farmacia con una fórmula magistral —miento.

—Pues necesito la receta, el *sérum* de La Prairie que uso, últimamente no me ofrece buenos resultados. —Se lamenta la bruja número dos.

—Por lo que tengo entendido, ahora en sus compuestos utilizan platino, apuestan por los minerales como rejuvenecedor —manifiesta su saber la bruja reina.

—Yo soy muy fiel a Alqvimia, no se obran los milagros por menos de doscientos euros —farda la bruja número tres.

—¿Cuánto cuestan esas ampollas, Olympia? —se interesa de nuevo la bruja número uno.

—Pues no tengo la menor idea, son un obsequio por ser la única que las consume —miento, por no explicar que ni me las pongo ni superan los sesenta euros.

—A mí solo me regalan muestras de productos que no usaré ni en caso de urgencia, se las doy a las chicas del servicio. Para ellas es el caviar de beluga que nunca probaran. —¡Qué perra! Ella, y las demás, que ríen el vilipendio

pueril. A mí el menosprecio nunca me provoca risa, al contrario, me estimula el vómito. Lástima no ser o conocer a una de «tus chicas del servicio», ibas a comer caviar a los mil salvajes.

—Olympia... —viene mi príncipe al rescate, me toma de la cintura con ambas manos, me siento protegida—. Buenas noches, señoras.

—¿Qué tal, Alatz? —Se acerca a las lechuzas y les besa protocolariamente en la mejilla sin perder el contacto conmigo—. Intentábamos conocer a Olympia, aunque es algo hermética.

—Eso es porque no le hacéis las preguntas adecuadas. —Me dedica una mirada llena de complicidad y le sonrío en respuesta —. Con vuestro permiso, iremos a ocupar nuestro lugar en la mesa.

Me toma de la mano arrancándome del centro de la batahola de carracas, que estaban a punto de lanzarme a la hoguera de sus vanidades.

—¿Cómo se te ocurre unirse al grupo de «las divinas»? —¿Tienen mote y todo?

—¿Cómo se te ocurre a ti dejarme más sola que a Batman de día? Esas estaban a punto de meterme en una cazuela vieja y oxidada, llena de sangre de chivo condimentada con ojos de cerdo, lenguas de culebra, alas de murciélago y..., ácido hialurónico —se le escapa una carcajada, yo le doy un codazo —. No te rías..., me has dejado sola, me he sentido exactamente igual que un enano de jardín.

—¿Sola? —qué deje más irónico.

—Teniendo en cuenta que no conozco a nadie y que aquí soy más inútil que un espejo transparente, sí —contesto mientras retira mi silla y saludamos con una sonrisa a los que han ido ocupando su puesto en la mesa. Seguido se sienta a mi lado.

—Nena, te vi muy resuelta entre los picapleitos. —*¡Ahhh!* ¡Vale, el tema va de celos!

—Las conversaciones son más amenas, menos corrosivas.

—Eres el centro de todas las miradas, estás espectacular —musita a mi oído a la vez que me da un besito rápido en la mejilla.

—Según la divina esposa de Romeo —susurro —, es curiosidad morbosa..., les descoloca tu cambio de pareja.

—Por respeto a Romeo, que es una gran persona, me esfuerzo en soportarla, pero es mala..., más mala que la propia palabra.

—Sí, y hace gala de ello.

—Tiene dos hijas gemelas, pequeñitas... Romeo las adora.

—Es su padre, viene siendo lo normal.

—Eso es lo que impide separarse de ella.

—Eso nunca es una traba. Qué manía con poner de excusa a terceros.

—Sí, si deseas acostar cada noche a tus hijas, taparlas, desearle felices sueños...

—Mitificáis los momentos... Estoy convencida de que siendo jefe de todo lo que se menea, no puede hacer eso ahora tampoco. Si no da el paso, hay otros motivos, que como es obvio, prefiere reservar.

—Tu pragmatismo es solo para cerrarme la boca..., sabes que tengo razón.

—No, hijo. Qué tú no quieras tener hijos y escudriñes solo los inconvenientes, no convierte tus justificaciones en aciertos.

—Démosle la vuelta, ponte en su lugar, que, por el bien de tus hijas, no puedas estar con ella cuando te plazca.

—Eso no me va a suceder nunca.

—Qué sibilina..., eso lo predices basándote, ¿en?

—Yo nunca he pensado tener un hijo en pareja..., un *jeringuillazo* y andando. —Es solo una media verdad, esto fue una idea a la desesperada, comprendiendo que se necesitan más de cuatro meses en organizar una vida estable para traer otra al mundo.

—Olympia, cuando pienso que empiezo a saberlo todo sobre ti, descubro que nunca te conoceré del todo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Dejamos nuestra conversación cuando la mesa empieza a completarse, a la espera de los anfitriones. Como en todo evento que se precie, antes de comenzar con el ágape, quien preside la mesa, en este caso Romeo, pronuncia unas cuantas frases de agradecimiento y felicita a los presentes por mantener la franquicia en plena expansión, por los resultados obtenidos y el prestigio y..., bla..., bla..., bla...

Una vez comienzan a servirnos, las conversaciones se solapan, todos hablan entre el grupúsculo creado con las seis u ocho personas más próximas. A mí me encantaría que entre las nuestras no se encontrara *Lady Witch*, pero era lógico que, siendo Alatz uno de los fundadores, estuviéramos cerca.

Hay una pareja más —otro despacho fundador me ha soplado Alatz por lo bajinis—, no tienen demasiado trato ya que su bufete opera en Irlanda y se

reúnen muy de tanto en tanto. Los tres llevan un rato practicando el oficio de comentarista deportivo, mientras las parientas hacemos que escuchamos. Alatz me sorprende hablando de fútbol con talante de catedrático, cuando en casa no vemos ni un partido. Debe de tener nociones por lo que lee en la prensa de la mañana o los verá en diferido a la vez que almuerza en la oficina. Este hombre es un enigma, luego me llama, el muy relamido, sibilina... Por un piojo que pillé, piojosa me llamaron.

—¿Olympia?

—Ah..., esto..., me he despistado, Romeo. Disculpa.

—No mujer, preguntaba si eras aficionada a algún equipo.

—¿De fútbol? —le susurro a Alatz. Me ha subido todo el rubor, debo de parecer el disco de arriba de un semáforo.

—Sí, nena..., de fútbol —sisea y sofoca una risa, negando.

—Pues podría decirte el *Barça* o el *Manchester United*, basándome en las preferencias paternas, para nada propias. Es de los deportes con menos méritos de los que hay, bajo mi criterio. —¿Por qué todos ríen?

—Son profesionales que entrenan muchas horas para conseguir la excelencia. —Responde dándome el pie para continuar con una explicación que en realidad sobra.

—Aprecio a los equipos de clubs de aficionados o de categorías inferiores, que juegan por la pasión del deporte, y a los niños, que siempre demuestran tener más resistencia y nobleza que los adultos, pero cuando el deporte se convierte en un negocio, para mí pierde el interés, toda su valía.

—Te basarás en algo concreto para llegar a esa conclusión. —El otro socio fundador, cuyo nombre ha pasado al baúl del olvido, parece interesado y divertido..., como el resto, a decir verdad.

—Pues a ver..., para empezar, ¿qué es eso de caerse al suelo y dar doce vueltas agarrándose la pierna como si se la hubieran amputado de cuajo? Todos sabemos que un pisotón duele, pero tras cuatro saltitos, unos cuantos exabruptos, que está científicamente probado que ayuda a superar el dolor, enseguida uno se recupera.

—Olympia, tienes razón —comenta la esposa de este socio, que sonrío mientras se limpia las comisuras—, y lo más interesante es que se pasa en cuanto el árbitro determina la falta.

—Exacto, debe de ser que la tarjeta es un chute de Reflex o un inyectable de Voltarén. —Todos ríen.

—Carrera para arriba, carrera para abajo..., marea. Eso sucede porque los campos de fútbol son demasiado cortos, deberían de ser igual a los de una serie que estuvo muy a la moda durante mi infancia... ¿Niño, la recuerdas? —
¡Esta es de las mías!

—*Oliver...*, *Benji...* —canturreo sin el menor pudor.

—*Los magos del balón...* —corea. ¡Qué maja!

—Campeones, *cherry* —aporta su marido, sonriente.

—Aunque aún es peor el tamaño de la portería.

—¿Observaciones sobre el tamaño de la portería? —pregunta Alatz con lágrimas en los ojos.

—Es grande —y mi afirmación desencaja sus mandíbulas.

—¿Grande? A proporción del campo, Olympia. —Romeo también se pasa los dedos por debajo del párpado inferior. *Lady Witch*, no ríe, tiene una mueca lineal, estirada y tensa. Le estamos dando la cena.

—El campo es pequeño bajo mi punto de vista —insisto.

—Estoy con Olympia, es enorme, con esas dimensiones deberían meterse más goles que en fútbol sala.

—¡Debería de ser como las de Hockey! Con el portero agachadito, fundamentando los chutes sin resultados.

—¿La pelota también es grande, *cherry*? —indaga el marido a mi defensora.

—Un puck es poco práctico para el césped y una bola, demasiado pequeña, ¿qué propones Olympia? —Me guiña un ojo.

—Un balón de playa. —Ahora mismo no se revuelcan por el suelo, por no romper el ceremonial anterior, aunque con tanta hilaridad, el resto de la mesa está pendiente, a pesar de no enterarse de nada.

—¿Y de la pesca? ¿Qué opináis de la pesca? —Romeo, cambia el tema para rebajar el entusiasmo.

—Nosotros no tenemos costumbre, la verdad —confiesa Carlota. Me ha chivado de nuevo Alatz el nombre—, lo más cercano a ese pasatiempo, fue en Japón hace dos años, tuvimos que escoger el *fugu* que nadaba en una pecera para el *sashimi* del almuerzo.

—¡Oh! ¿Y te lo comiste después? Reconozco que a mí me costaría, no por temor a envenenarme, más por la aprensión de recordarle feliz, nadando..., inflándose de miedo.

—Las penas entre antes se digieran, mejor. —¡Qué mujer más salada!

—¿Y tú, Olympia? —Ahora me he perdido.

—¿Si he comido pez globo?

—Si has ido a pescar. —Chica tampoco es necesario que entornes tanto los ojos, te vas a quedar tuerta... Mami dice que, si haces muchas *ganyotas*^[99] con la cara, te conviertes en *ganyota*.

—Sí, y me parece más aburrido que el fútbol. —Creo que el vino de la cena cobra efervescencia en mi cabeza, he de ser más contenida.

—A ver, ¿cómo pescas tú? Porque mira, otra cosa no, pero agua salada en el planeta hay para hartar. —Insiste Romeo entre risas nuevamente y en actitud más familiar.

—Salíamos de noche, con una linterna de dinamo, sí, de esas de estar veinte minutos dándole cuerda para conseguir seis de luz.

—Con la bici eso no pasa —apunta Aidan, otro chivatazo de mi chico.

—Niño, no fastidies, la bici la cargas pedaleando —amonestación con ademanes desesperados muy graciosos de Carlota a su esposo, por listo—. Prosigue Olympia, por favor.

—Pues eso, cogíamos las cañas, la nevera, el cebo y dos sillas, bajábamos a la playa, mi padre colocaba el infeliz y asqueroso gusano en el anzuelo, lanzaba la caña y a esperar en silencio sepulcral, porque, por lo visto, los peces escuchan todo lo que acontece fuera del agua. —Risas y más risas... Alatz, me atrae hacia él y me susurra al oído un «*te amo*», que me sabe a piruleta de cereza, le miro complacida, sonriente, le beso en la mejilla y retiro la marca de mis labios, aún con algo de color. Romeo nos observa, *Lady Witch*, también.

—Pues lo haces mal, Olympia. —Es la primera frase emitida en el rato que llevamos con la broma.

—Seguro, mi padre nunca consiguió peces suficientes para una cena de cuatro. —El coro de risas se intensifica.

—La pesca interesante es la de alta mar. —¡Nos ha jodido mayo! ¡Y la del cangrejo de las nieves!

—Es otra manera de pescar, Kris. —¿Me lo parece o Romeo está intentando que no hable?

—Es la ideal, sales de puerto en un yate tripulado, buscas un lugar apartado, lanzas el sedal y esperas tomando una copa de Cristal.

—Ah..., vaya, pues..., sin ánimos de que pierdas la afición, no veo la

diferencia. Si eliminamos el lujo, la pesca se basa en la espera.

—Por lo menos, tu padre y tú, salíais de noche, tiene más atractivo que achicharrarte en medio del océano, por mucho champagne caro que bebas.

—Y para postre pique *Tiburón II*.

No he podido contenerme, el comentario de Carlota, que intuyo no traga a *Lady Witch*, me ha dado el pie. ¿Cómo iba a desperdiciar la ocasión? Siento algo de malestar por Romeo, aunque también disfruta de la chispa irónica, y Alatz tampoco parece incomodarle la socarronería. Cuánto ha cambiado la situación, de querer huir saltando por la ventana, a pasar un rato de lo más distendido. Está visto que la compañía marca las coyunturas.

Carlota y yo hemos conectado, tiene un carácter desenfadado y, mientras conversas, te percatas de que no intenta agradar mediante marrullerías, tampoco le gusta tratar con gente que lo precise, es una mezcla entre las maneras correctas de Thais, la candidez ficticia de Leo y mi pasotismo social, además de ser una mujer de formas Dove, con sus curvas y sus proporciones de guitarra española, como mandan los cánones de la belleza sensual y no el físico adulterado por la cirugía y el Photoshop de Vogue.

Nos hemos intercambiado los teléfonos, tenemos pensado pasar un día en el parque acuático a final de agosto. Ellos veranean en las costas gerundenses. Tengo la agradable sensación de que nuestra amistad muestra visos de prosperar.

Tras los postres, hace ya un buen rato, dio inicio el baile, Alatz me ha arrancado de la mesa, literalmente hablando, de no haberlo hecho, aún estaríamos las dos musculando la lengua.

Nos movemos al son de *What a wonderful world*, y, si durante las presentaciones iniciales yo había intentado confundir al público marcando algo de distancia con Alatz para que cupiera la duda de que entre nosotros solo había una sana amistad, en este instante paso olímpicamente de disimular y, dejo reposar mi cabeza en su hombro, él apoya la suya sobre la mía. Si existe la gloria, mínimo obligado ha de garantizarse este estado de gozo y serenidad.

—¿Qué piensa la niña más bonita de la fiesta?

—Que la noche ha ido mejorando hasta ser digna de recordar. —*¡Ains!* ¡Qué torpeza de pies que tengo! Le he pisado ya tres veces al pobre—. Lo siento, nene.

—Estás cansada, coordinas peor.

—Para qué negarlo. —Me besa la sien. Me acaramelo más si cabe.

—El mérito de tanto bienestar ha sido de Carlota, si os dejamos, os sirven el desayuno.

—Romeo y Aidan, también son divertidos y amenos.

—Olympia, si tenía alguna microscópica duda de que fueras exactamente lo que me había imaginado, hoy acaba de evaporarse —como en esa afirmación caben dos lecturas, le piso con toda la idea, a modo de apagar una colilla, eso sí, disimuladamente—. Nena, me has vuelto a pisar..., con saña.

—Esta vez no es torpeza. —Ríe a mi oído.

—¿Sabes que eres el amor de mi vida?

—Mientras lo sepas tú, «señor de las dudas microscópicas». —Levanta con el índice mi barbilla y me besa, lentito y jugosito. Una tos repetitiva y enfática nos separa.

—¿Me permites el último baile? —Romeo sonrío y me dedica un guiño.

—Tío, si tú bailas con mi chica, yo tendré que hacerlo con Kris y, sin ánimo de ser ofensivo, no me apetece en absoluto. —¡Anda qué se corta!

—Romeo, tengo dos pies izquierdos para la música lenta.

—Eso es porque tu acompañante no da la talla. —Tiende su mano y no le hago el feo. Alatz, besa la que tenía sujeta mientras bailábamos, la que mantenía pegada a su pecho. ¡Con lo bien qué estaba yo!

—No sufras, te la devuelvo en unos cuatro minutos.

Suena *La Bohème* y nos balanceamos no del todo demasiado lento, guardando las distancias, con la gracia justa para no causar interés. Una mirada rápida localiza a Alatz hablando con una pareja y a Kris cuchicheando con sus fervientes seguidoras de teúrgias.

—Alatz está desconocido.

—No es la primera persona que observa eso.

—Cuando yo lo conocí, estudiaba en aquel momento, era así, un chaval divertido... Poco después de casarse su carácter se ensombreció, impensable las muestras de cariño que he visto hacia ti esta noche.

—Empezamos a conocernos. Malo, si no nos demostrásemos el afecto ahora.

—Voy a decirte algo, y no deseo incomodarte.

—Ostras Romeo, el solo hecho de insinuarlo ya me pone en guardia. —
¿Por dónde va a salir ahora? ¡Con lo bien que iba la noche!

—Eres..., fascinante. —Frase tonta de la semana: Olympia fascina.

—Creo que estáis acostumbrados a llevar del brazo otro tipo de mujer, cuyos encantos son visibles y admirables, cuando aparece otra que los mantiene ocultos, os sorprende.

—No es eso exactamente, emanas tanta seguridad en ti misma, en tus maneras... Es tu naturalidad y tu irónico modo de modificar el mundo, atraes sin pretenderlo. Alatz es un hombre afortunado.

—Yo también.

—Os felicito, no malogréis esto vuestro con la ponzoña de las envidias.

—No creo que eso nos separe, Romeo. Muchas gracias por mantenerte del lado de Alatz.

Me sonrío y seguimos bailando hasta el final de la canción, acelerando el vals según nos marca el son, acabo sofocada y muerta de la risa.

Olympia fascinante, es decir, que fascino por mis múltiples cualidades extraordinarias... ¡Ahí, es *ná!*

Definamos fascinar:

Verbo transitivo,

1. Ejercer [una persona o una cosa] una atracción irresistible en alguien por sus cualidades extraordinarias.

2. Ejercer sobre una persona o animal un dominio irresistible con la mirada.

Sinónimos: Cautivar, encantar, seducir, embelesar, atraer, Olympia Fasol...

¡Me meo!

La escasa familia con algún grado de consanguinidad, que alguna vez estuvo cerca o nos visitó durante mi infancia, mientras mis padres vivieron en Sant Pol de Mar, insistían en encontrar —a modo de socorrido tema de conversación entre gente sin nada interesante que explicar— los parecidos razonables entre mi hermana y yo. Al no descubrirlos, se ampliaba el abanico a las comparaciones de caracteres, más distantes si cabe al propio físico. Para concluir unánimemente, que yo era calcada a mi padre. No me molestaba en absoluto, para mí ha sido, es y será, un patrón de dedicación, arrestos y rectitud, siempre preocupado por mantener el nivel de bienestar mínimo que merecían los suyos —según su criterio algo burgués—, comportando ausencias y muchas horas perdidas entre conexiones aéreas y, no es que mi madre contribuyera poco en ese fin, sería uno de esos embustes feos de ir derechita a las calderas de Pedro Botero; la diferencia radicaba en que ella siempre estaba ahí, de forma inquebrantable.

De aquellos comentarios, me repateaba los higadillos el tonito condescendiente; ese deje inmundo, con el que se habla del gatito recogido del interior de un contenedor —a cuando no estaban soterrados, me refiero—, como si heredar las cualidades de mi padre fuera una maldición en lugar de un don. Por lo tanto, en cuanto tuve la ocasión, obsequio de la edad, desaparecía de la odiosa reunión que no aportaban ni un rato ameno. Aunque, claro, mamá agarraba unos mosqueos a escala de la Colegiata de Santillana del Mar.

Un día, esperando la visita de una de sus hermanas, al marido y sus dos hijas —que se entendían con la mía a las mil maravillas—, en un arrebatado de coraje, aumentado por mis hormonas impúberes, sinceraron todas las excusas que hasta entonces le había estado ofreciendo con tal de no herir sus sentimientos, que siempre me han obsesionado más que los propios.

Le grité, me avergüenza reconocerlo, pero lo hice, vomité cosas horribles que pensaba, sin embargo, no fueron acertadas. Los enfados adulteran la realidad, la aumentan, la tornan tridimensional, y al liberarla,

dañas en las mismas proporciones... ¡Chico drama organicé!

—¡Olympia! —Vociferó mi padre desde la puerta de la cocina.

—¡Qué! ¡Esto no es contigo! A ti tampoco te gusta. ¡No te pongas de su parte! —Esa fue la única vez que he bordeado el límite de contención para el castigo físico. Me salvaron los dieciséis años del momento. Estoy convencida que, de haber sido más niña, de la palmada caliente *culettes*, no me habría librado.

—¡Pasa inmediatamente a mi despacho! ¡A la voz de, ya!

¡Cómo para pedirle de ir al baño primero! No, no era el momento, a pesar de la laxitud de esfínter provocado por el berrido, y sin visos de mejorar en el despacho. Bajé la cabeza y caminé vacilante. Aún percibo el canguelis al recordar que debía de cruzar por la misma puerta en donde él estaba tenso, emitiendo relámpagos similares a las lámparas de plasma, con el temor de recibir la colleja de la que me había escapado segundos antes. Recuerdo apretar el paso y encoger los hombros al colarme, cual culebrilla, por su lado.

—¡Qué sea la última vez que haces llorar a tu madre! —Hasta los cuadros de las paredes se dieron la vuelta del susto.

—Lo siento, papá.

—Más lo lamento yo. Pensaba que eras inconformista de verdad cuando solo lo eres de pega.

—A ti tampoco te gusta que vengan a casa —mascullé.

—Menos me gusta ese talante mezquino que has demostrado con tu madre.

—Me disculparé con ella.

—El daño ya está hecho.

—Tampoco la cosa ha sido para condenarme al patíbulo —pronuncié entre dientes. Mi padre se sentó a mi lado. Menos rígido, igual de enfadado.

—¿Qué esperas de la vida Olympia?

—Ser como tú, para demostrar a todos los que se ríen de mí, que son una panda de imbéciles sin personalidad —y eso no lo declararé con la boca pequeña, al contrario, lo hice sintiéndome *Scarlett O'Hara* en medio de un páramo yermo, jurando mis dramas.

—¡Pues vaya mierda!

—¿Papá?

—Si vas a empeñarte en ser algo, empeñate en ser mejor, pero no mejor

para otros, ni tan solo para mí, imponte ser sobresaliente para ti... Mira hija, si quieres seguir mis sueños, si deseas desarrollar mis mismos planes y emprender mis proyectos, caerás en mis mismos errores, indefectiblemente.

—Venga, papá, ¿cuándo te has equivocado tanto como para llegar a esa reflexión?

—Al parecer, contigo. —Dolió. Acostumbrada a soportar estoicamente los insultos de mis, mal llamados, compañeros de clase, pensaba que nadie podría ofenderme de palabra, y aquella frase había sonado infinitamente peor a cualquiera de los regalados por los iluminados del instituto—. Has de abrirte al mundo Olympia, has de entender que ahí afuera, hay más complejidades que las tuyas, que tú eres una décima parte de la cabeza de un alfiler en él, y que disponer de la cualidad del habla no te legitima para herir al prójimo.

—Me he pasado sin motivos, en realidad no estaba enfadada con mamá, si no conmigo misma, pero eso no lo ves en el fragor de la batalla. —Su gesto se suavizó, dio dos palmadas en su regazo y yo me senté en él, como cuando tenía tres años.

—Olympia, te daré el mismo consejo que me dio mi padre. A ti te será de ayuda, porque sé que tú no necesitarás de lazarillo, nunca.

—No entiendo. ¿A qué te refieres, papá?

—Has de viajar. En los próximos años te distraerán ideas, sentimientos, personas..., sin embargo, cuando te surja la posibilidad, invierte en viajar, que es invertir en vivir —hablaba lento, emocionado, dominando la consternación estimulada por el recuerdo. Yo no había llegado a conocer a mis abuelos, él los evocaba en múltiples ocasiones. Hoy sé que era su forma de mitigar la pena—. Emplea lo que ganes en alejarte de todo de tanto en tanto, la perspectiva va íntimamente ligada a la distancia. Márchate, regresa y vuélvete a ir..., el retorno siempre reconforta. Viaja joven, luego las circunstancias complican las posibilidades de escapar. Ve muy lejos y a la vuelta de la esquina, acompañada de los que te importan y sola. Soltera, ya habrá tiempo para hacerlo en pareja.

—Mark Twain —introduje mi cucharadita de conocimiento. Al no disponer de amigos adopté la literatura como aliada de mis horas muertas, así, con un libro, pasaba tardes escondida en alguna cala—, expuso que nada pone tanto a prueba al amor como viajar juntos.

Se le escapó la risa, a pesar de la solemnidad del momento.

—Buen ejemplo, fue un viajero incansable. Encontró el amor justamente viajando—. Me estrechó fuerte entre sus brazos. ¿Puede existir algo más verdadero que el abrazo de un padre? Ningún hombre amará tanto a una mujer como lo hace un padre a una hija.

—¿Qué más te dijo el abuelo? —pregunté a sabiendas de que gran parte de la diatriba era de cosecha propia.

—Que caminara, caminara y caminara, gastando las suelas recorriendo las calles, que me perdiera sin miedo.

—Y tú, papá, ¿qué me sugieres tú?

—Habla con desconocidos, escucha sus historias, haz muchas preguntas..., pruébalo todo, lo caro, lo barato, lo espeso, lo ligero, lo crudo, lo asado y hazlo sin prisas, durante el trayecto, sola o en pelotas—. Abrí mucho los ojos para reír un segundo más tarde a carcajadas—. Exprime cada día, cada noche... Y emborráchate, como poco, una vez por cada ciudad visitada.

—¡Papá! ¿Sabes la que te puede caer si mamá se entera de tu recomendación?

—También sé que eres muy discreta. —Me hizo un guiño de complicidad—. Experimenta con todo aquello que no te mate y haz el ridículo, nadie te lo reprochará ni saldrá en ningún expediente vergonzante. Enamórate por dos días, ama en otro idioma, aprende muchas lenguas, toca el cielo mi vida, llénate de gloria; pero siendo humilde, porque es lo único que avala nuestra facultad de asombro. Fascínate con lo simple, con lo épico, con lo mundano, con lo extraordinario..., de los olores, de los colores, de la naturaleza, de lo que la humanidad es capaz de hacer con ella. Maravíllate del caos, del arte, del pasado..., del futuro, de lo exquisito y de lo repugnante. Aprende sin arrogancia, déjate arrollar por el dominio de la admiración sin descanso, que hidrata al alma y a la mente.

—Twain, en sus crónicas escribió que: *«viajar era fatal para los prejuicios, el fanatismo y la estrechez de miras, y mucha de nuestra gente lo necesita gravemente por estas razones...»*. ¡Tú lo sabías! —Rio enérgico—. Sabías que llegaría a esta conclusión...

—*«No se pueden adquirir puntos de vista amplios, saludables y caritativos sobre los hombres y las cosas, vegetando toda la vida en un pequeño rincón de la Tierra»* —remató acabando la reseña que había iniciado yo de uno de mis escritores preferidos en ese momento.

—Haré todo lo posible por no defraudarte nunca más.

—No espero menos de ti.

—Gracias, papá.

—No se merecen, guiarte es una de mis obligaciones de padre. ¿Y sabes a qué estoy obligado también bajo esa misma condición?

—No —titubeé confundida.

—A castigarte.

—¡Venga ya! ¡Papá!

—Olympia, estás castigada. Hoy no te escapas de la cena con tus tíos y tus primas.

—¡Genial, papá! Podrías escoger otro escarmiento menos opresivo.

—Podría quitarte la moto un mes entero.

—¿Puedo pensármelo? —Era verano, tenía la playa a los pies, ¿amigos?, eso, ¿qué era?... Podía prescindir de la Derbi durante el periodo del castigo, de hecho, el trayecto más largo hecho con ella era el de ir a la tienda de ultramarinos a por las cosas que se descuidaba mi madre cuando hacía la compra, atún, sal, las bolsas de la basura..., un corta césped.

—Puedo hacer una combinación de las dos potenciales sanciones.

—Vale, no estiro más. Voy a disculparme con mamá y a prepararme para la cena de mie...

—Olympia...

Me gustaron tanto aquellas palabras que las escribí en la contraportada de *Guía para viajeros inocentes* y las leía con asiduidad, hasta recitarlas de memoria.

Motivos por los cuales hoy las he vuelto a recordar, he llamado a mis padres. Nunca es sencillo buscar la sarta de excusas creíbles, que amortigüen la determinación de no ir a visitarles durante estas vacaciones. A mi madre cualquier justificación le vale, incluso si solo comentara: «*no voy a ir*», sería suficiente, ella entiende. Sin embargo, mi padre..., ¡mi padre es harina de otro costal! ¡Dios mío Bendito! Es la terquedad humanizada.

Todo ha empezado con ese «*no puedo ir*», y por más que lo he intentado, hemos acabado con la misma bronca de rutina. Odio cuando me exige que no le engañe. ¡Bien podría disimular! ¡Ponérmelo fácil! ¡Creerme, para variar!

Estoy preparando la maleta de cabina, desconcentrada y con un cabreo por frustración contenida que le va a tocar a Alatz aguantar. Aún me veo sola en el aeropuerto. Irme, me iré, eso lo tengo claro, clarinete, cosa distinta es

que lo haga acompañada.

—Nena, no embarcamos hasta dentro de cinco horas, te da tiempo a disfrutar del postre.

—Paso de postres, me compré tres bikinis hace un mes y, con el ritmo de excesos calóricos obligados a sufrir últimamente, enseñaré las cachas como las brasileñas.

—No veo dónde está el problema. Tienes un culo...

—¡Ojito con el tratamiento que le das a mi culo! *Today I don't have the pussy for little lanterns!*^[100] —Todo esto apuntándole con la Babyliss—. ¡Y si hablas de él, añade el diminutivo siempre! ¡Es una ley que, como hombre, ya deberías de conocer!

—Tienes un culito de lo más bonito y apetecible. —Se acerca para sobarlo, aprovechando que estoy en pompas buscando los malditos envases aptos para el avión. Nunca sé dónde los guardo cuando deshago el equipaje. El día que aparezcan todos, bajaré con una manta al paseo, y a ver qué me dan por ellos.

—¿Por qué chupas la tapa del yogurt? —Siempre he sentido curiosidad por esa manía suya. Lame hasta las de los bebibles líquidos, no desperdicia ni un *Lactobacillus Casei Inmunitas*.

—¿A ti nadie te ha explicado que ahí se encuentra toda la substancia? —
¿Eh?

—No. Algo había escuchado de comer la fruta con piel, y ya lo encuentro asqueroso.

—La de la manzana aún, pero la de la piña..., nena, por muy de Bilbao que sea, paso. —Qué bonito, cuando mi vasco despista mis rabiets con estulticias.

—El próximo día al hacer la compra, le pedimos al dependiente que solo nos dé las tapas. Como se condensan todos los Bífidos, el resto del producto es de adorno. ¿Pasa igual con las latas? Lo digo por guardarte las del bonito en aceite de oliva o las de la fabada.

—Fabada en bote..., ¡menudo ascazo!

—¿Pero tú no eras vasco?

—Confundes Asturias con Euskadi.

—Y tú, el vapor del suero del yogurt con el elixir de la eterna juventud.
—A lo mejor, el hecho de que esté para esculpirlo en alabastro, va

relacionado con esas excentricidades topográficas. Me pregunto si yo no seré fea por falta de información sobre la «substancia».

—¿Piensas que estoy equivocado? —No, nene, pienso que estás como un gofre de helado con chocolate deshecho... *Uhhmm*, helado...

—No, aunque sí está poco fundamentado.

—Es puro saber popular. La mejor es la del yogurt griego. Al abrirlo toda la nata cremosa se ha solidificado y forma una amalgama exquisita. —Olympia, piensa en helado. ¡Pero de nata no, so boba! Se ríe de mis mil muecas de repugnancia.

—La asistente de casa de mis padres era cordobesa, sabía horrores del saber popular, y jamás me puso la tapa en el plato para chuparla.

—Ese saber popular era del Sur, y no era saber popular del Norte. Son saberes populares opuestos..., ya sabes, cosa del clima.

—O que tomábamos poco yogurt envasado.

—Niñas de yogurtera..., una lástima. —¡Qué pedorro!

—Seguro son más nutritivos que los fabricados en cadena, con leche de vaca burra, ¡ahora entiendo lo de la substancia!

—Nena, la yogurtera también necesita fermento láctico para elaborarlos. Por lo tanto, para hacer seis sucedáneos de yogurt necesitabais uno envasado, a no ser que fueran hechos artesanalmente en mantequeras tradicionales de madera, que estoy convencido de que no era así. Por lo tanto, la substancia me la tomaba yo en la tapa.

Solo por provocarme, pasa la lengua por el aluminio limpio ya de substancia alguna del Nestlé La Lechera, porque, según su paladar, los Danone tienen demasiada acidez. No sabría decir si se refiere al conjunto en sí o solo a lo que rechupetea de la tapa.

Lo contemplo con los brazos en jarras. Le miro, me mira, frunzo el ceño, lo frunce y entre tantas muecas, finalmente acabo rompiendo a reír. Resultado final, Alatz y su tapa de yogurt han conseguido licuar el berrinche, aunque no el malestar.

—¿Quieres chuparla? —¿seguimos hablando de la tapa? Porque, nene, hoy no me hallo en la disposición adecuada para caricias fálicas delicadas, más bien estoy que muerdo.

—No gracias, prefiero que disfrutes del momento, solo. —Acciono el pulsador del canapé abatible. Aquí nos encontramos, admirando embobados la acción mecanizada de cerrar el somier tapizado, como los ingenieros

examinarían el funcionamiento de la primera locomotora a vapor.

—¿Crees que se cerraría conmigo dentro? —Es apasionante el modo errático de pensar de Alatz en vacaciones.

—Aún no se ha dado el supuesto de esconder amantes entre los armarios y los arcones de la casa.

—Ni que yo me entere.

—La idea es esa, que no te enteres. —Me empuja con su cuerpo y caemos sobre el colchón, él encima, equilibrando el peso.

—Sé que no serías capaz de hacerme tanto daño.

—Últimamente tengo una habilidad de pasmo para lastimar a propios y ajenos.

—He querido respetar tu parcela de intimidad, sin embargo, espero que me cuentes qué ha sucedido con tu padre.

—Lo de siempre, lo de toda la vida... Y le admiro desde niña, pero... ¡Qué tío más cabezón!

—¿Más que yo? —Aquí, jactándose de su cerrazón desquiciante como si fuera una bendición.

—Va a ser cierto que las mujeres buscamos el modelo paterno para emparejarnos. Por muy exasperantes que sean.

—Es todo un cumplido conociendo a tu padre.

—Muy atrevida esa afirmación cuando solo cruzasteis unas cuantas frases de cortesía, y él piensa que eres un hombre sin principios.

—Yo también lo creería si solo conociera de mí lo escrito en la cáscara.

—Mis padres no saben lo nuestro.

—Por qué.

—No suelo compartir con ellos mi privacidad.

—Ya. No insistiré. Sé la respuesta y no me va a gustar, ni la excusa ni la verdad. —Con todo y eso, me besa. Después me peina despejando mi frente —. Y hoy, ¿a qué ha venido el cabreo?

—Me presiona para viajar a Londres.

—Nena, podríamos ir, nos sobran días.

—No se refiere al periodo estival.

—¿Y tú qué quieres hacer?

—¡Coi, Alatz! ¡Vivo aquí! ¡Trabajo aquí! ¡Todo lo que quiero está aquí! ¡Solo preguntas para saturarme de palabras los tímpanos! —Me besa nuevamente.

—No todo. Sé sincera conmigo.

—No quiero ir... Bueno, les extraño a menudo, y ha habido épocas que...
¡Uff...! Pero no, ahora, no.

—Ahora soy yo, ¿y antes? ¿No será que se te ha escapado el castigo de las manos?

—¿De qué hablas?

—Es muy complicado encontrar un escarmiento que no condicione a las dos partes.

—Deja de lamer las tapas de yogurt. Ese suero putrefacto te está dañando el cerebro.

—Nena, haz el favor de no chulearme ni de intentar engañarme. — Suspiro. Con este hombre no hay quien oculte sentimientos.

—Me dejaron tirada, podían haberme obligado a ir con ellos, como me exigían comer brócoli o a hacer la cama todas las mañanas, pero no, no fue el caso.

—Sabían que, a la primera oportunidad, te habrías marchado, justo por mantenerte en tu sagrario de controversia.

—Si me mudara, estaría sola, ellos viven prácticamente en casa de mi hermana.

—No estarías sola, yo estaría contigo.

—¿Vendrías conmigo?

—No le tengo un especial sentido de arraigo a la tierra solo por ser tierra.

—¿No fue ese el motivo del declive en tu matrimonio?

—¿Te lo dijo ella?

—No, me lo comentó Saúl. Luego tú lo confirmaste durante una conversación en Londres.

—Lo entendiste mal. Ella se empeñaba en mantener una vida social con la que nunca he comulgado, estar allí avivando sus excesos no beneficiaba a ninguno de los dos.

—¿Y acompañarme a mí sí sería favorable para nuestra relación?

—Olympia, donde estés tú, estará mi hogar. —¿Cómo no sonreír?

—¿Me quieres?

—¿Lo dudas?

—Me sorprende.

—Y a mí. —Ríe pegado a mi cuello.

—¡Serás capullo! Anda levanta, he de acabar de organizar la maleta.

—¿Cuándo me desvelarás el destino?

—Cuando lleguemos a la terminal y no haya más remedio.

—Alguna pista.

—Hay mar y montaña, se puede recorrer entero en una semana y está lleno de monumentos para visitar.

—¿Horas de vuelo?

—No surcaremos el océano.

—Me impacienta que sean muchas horas y no poderte besar así. — Picotea todo mi rostro de besitos, evitando posarlos en mi boca.

—Pues vaya porquería de cariñitos de pacotilla.

—Prefieres algo con más..., ¿substancia? —¡Qué cansino con las substancias!

—Prefiero cuando inmovilizas mi cabeza con tus manos, me empotras contra la pared e introduces tu lengua hasta la campanilla. —*¡Chim pum!*

—Entonces, ¿he de remediar tu insatisfacción?

—Sí, sería lo deseable, lo justo, y tú, siendo abogado, sabrás mucho de justicia.

—Sé muchísimo de leyes y de artículos.

—¿Conoces el artículo 215, folio 27 epígrafe 32, línea 12 de la ley orgánica inscrita en el registro de la propiedad ministerial de Olympia? — Niega divertido—. Pues te obliga a un empotramiento diario. —Le dará un ataque, un día de estos se queda pajarito de una explosión histriónica—. En caso de incumplimiento, la sanción será, olímpica. ¿Qué? ¿No estás de acuerdo?

—No, si de acuerdo estoy, aunque la mezcla de leyes, organismos y ministerios es de traca.

—¿Tú me has entendido? —Asiente entre risas—. ¿Entonces para qué darle más vueltas?

—No sé qué habré estado haciendo yo, todo este tiempo sin ti.

—¡Si yo te contara!

Y entre risas y juegos nos entregamos en cuerpo, porque el alma ya nos la hemos repartido. Desconozco qué proporción de la suya tengo en mi haber, y mira si estaré familiarizada con las unidades de medida, sin embargo, no dispongo de los elementos de precisión para resolver la duda.

La mía, la tiene completita, sea cual sea su peso y tamaño.

El taxi nos acaba de dejar en la terminal dos del aeropuerto del Prat. En previsión a las complicaciones propias de viajar en agosto y con tal de evitar las temidas colas para realizar el *Check-in*, determiné tomar el último vuelo hacia nuestro destino.

Odio viajar con equipaje. De hacerlo, eso me obliga a facturar y con el peso nunca atino, vivo convencida de que las balanzas en las compañías aéreas están trucadas, o sucede como en algunas fruterías, que, aparte de los melocotones, pagas el peso del pulgar del tendero. Yo, como norma, compruebo con la báscula del baño, toda en cristal transparente, que proyecta el peso en el espejo con una precisión dolorosa de no perdonar un *yoctogramo*, que no llevo exceso de equipaje. Da lo mismo, fracaso inexcusablemente. Al llegar a la cinta siempre algo sobra. ¿Qué será esta noche?

Nos ponemos en la cola zigzagueando como marca el recorrido. Sí, son las diez y hay cola.

Como ya es habitual en mí, ante cualquier desplazamiento o cambio, me muestro intranquila, irritable..., intratable. Todo es una ofensa, todo me molesta, todo está macabramente ideado para que mi tolerancia tensa, salte por los aires similar al resorte de esos payasos grotescos que introducen en las cajas sorpresa, que nunca agradan y solo le ve la gracia el artífice de la soplapollez; agudizado y sobre dimensionado por ser yo la organizadora.

—Ten, el billete. —Se lo entrego junto a su pasaporte. Comprueba el destino y arruga la frente.

—¿Croacia?

—¿Ya has estado?

—Te dejo escoger entre todo el globo y eliges..., ¿Croacia?

—¿Qué hay de malo en viajar a Croacia?

—Nada, me esperaba un destino más..., romántico..., algo más exótico.

—No voy a sitios que huelen mal, te avisé. Además, si estás necesitado de localizaciones románticas y exóticas, búscalas tú mismo.

—Chica, no sé, Croacia es para más adelante, cuando hayamos recorrido más mundo juntos.

—¿Qué pasa? ¿Croacia no es mundo? Pues barajé la posibilidad de ir a Rumanía... Tengo cierta fijación con la leyenda de Vlad el empalador.

—Croacia me parece perfecto —afirma negando—. Nena, ¿y la divisa?

—Está previsto.

—No, no lo está. ¿Has pensado en mí? —Quiero creer que también está inquieto con el viaje.

—No, Alatz, te traigo hasta el aeropuerto para ver cómo te despides de mí desde la terraza, agitando una servilleta de la cafetería.

—Empiezo a notar cierta descompensación presupuestaria entre nosotros y me incomoda.

—¿Es el momento para tratar temas de economía?

—Me traes engañado.

—«*Escoge*», dijiste..., podías haberme especificado: «*Croacia, no*».

—¡Como me has dado tantos datos!

—Nene, conociéndome, lo que aseguras que me conoces, deberías haber previsto algo poco convencional... Aunque sigo sin entender tantas reticencias.

—La divisa, nena, la divisa. —No hay cosa más irritante, cuando estoy irritada, que entorne los ojos... Le metería los dedos y le recolocaría las pupilas.

—Para los sitios románticos y exóticos típicos, también hay cambio de divisa, ¿qué me estás contando?

—Dólares, Olympia..., ¡no Kunas!

—Ya me harás un ingreso en cuenta, en euros, a la vuelta. Además, tío listo, ¿tú me has informado a dónde vamos después?

—Sé que te gustará. —Como mi lerdez suprema impide descubrir, si es doble sentido o tanto marcado, me enfilo a la antena de mi torre de cabreo.

—¡Ay, Alatz! ¡Qué hartita me tienes! —Se ríe. Yo me enfado, él se ríe..., mañana desayuna café con dos cucharadas soperas de sal, o no me llamo Olympia.

La cola ha ido acortándose hasta situarnos ante el mostrador. El tiempo vuela cuando uno discute mentecateces.

—Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Me permiten sus pasajes y el pasaporte, por favor? —Obedecemos sin abrir la boca—. ¿Es usted la Sra. Olympia Fasol?

—No, es él. —Alatz dobla el cuello y me mira, abriendo los ojos a lo máximo que dan de sí sus párpados. Luego los cierra y niega. Qué tarde le estoy dando al pobre. Mira nene, en la salud y en la enfermedad, en la alegría

y en la estupidez... Chico, ¿no querías Olympia? Toma Olympia. ¡Dios, ni yo misma me aguanto!

—Disculpe, Sr. Gorraiz. ¿Podría poner su equipaje en la báscula? —Sin demasiado esfuerzo, cumple la solicitud—. Perfecto. ¿Dónde prefiere viajar?

—No tengo preferencias, escoja dos asientos. —¿Perdona? Llegamos tres horas antes para poder facturar y elegir, ¡cómo mínimo ventanilla! y..., ¿pasa palabra? ¡¿Está bobo?!

—Es un vuelo largo, nene.

—No importa, es de noche. —Nada, tío, pide la bodega, viajemos con las mascotas.

—Supongo que desean ir juntos. —El tono no ha sido de mi agrado.

—Sí.

Le entrega la tarjeta de embarque, coloca las bandas identificativas en sus maletas y le desea buen viaje.

Me toca a mí realizar la misma operación, aunque sin opciones.

—Sra. Fasol, hay un exceso de volumen para el equipaje de mano.

—¿No entiendo? —Entenderlo sí lo entiendo, creer que lo rebase, no.

—Lamentándolo mucho, esa maleta no cabe en el maletero de cabina, ha de ir en la bodega.

—¿Pero si pone que es apta como equipaje de mano? —Le indico apuntando con insistencia el pictograma en la parte trasera, dando golpecitos con las uñas—. ¿Ve?, lea, está perfectamente expresado: «*Cabin Luggage, for low cost flights*».

—Olympia, no importa, pagamos la diferencia. —Mi indignación, ¿quién resarce mi indignación?

—Alatz, esa maleta es apta para viajar en el avión. ¡Si hasta lo dice la propia maleta! —*¡Cojullos!*

—Sí, señora, es idónea para el avión, pero no como equipaje de mano en este en concreto. Entienda, el compartimento no puede ir abierto.

—Esta maleta no es la primera vez que vuela en cabina. Mídala de nuevo, haga el favor.

—Es una valoración instrumental, la realiza la báscula.

—¿Y no tiene un metro por ahí? De los de costurera de toda la vida.

—Olympia, nena... —¿Qué no me amances! ¡Quiero justicia! —. Disculpe, ¿cuánto es el exceso de volumen?

—Cincuenta euros, señor.

—¿Estamos locos? Dame una bolsa, vaciaré el contenido y se pueden quedar con la maleta en pago. ¡Será posible!

—No..., no..., esto, eso no está permitido...

—¿Me estás insinuando, que no puedo llevar mis pertenencias en una bolsa del súper?

—Señora, la normativa ha de cumplirse, por el bien de todo el pasaje. — ¡Pero qué pesadito con el puñetero pasaje! Mira, le meteremos un poco de *miedete*, pegándole un mocarro. De algo ha de servirme disponer de asesoramiento constitucional pagado en carne.

—Aquí mi abogado, uno de los más prestigiosos, podrá explicarle las normativas comunes para todos los vuelos, en ese palabreo legal tan intimidante. A lo mejor así, y únicamente así, advertirá que Samsonite nunca se equivoca —turno de palabra para el letrado.

—Ha dicho cincuenta euros, ¿verdad? —¡Será posible! ¡Para una vez que puedo presumir de abogado!

—Muchas gracias. Disfruten de su vuelo.

Me toma del antebrazo sacándome de la fila.

—Espero y deseo que esto sea fruto de la ansiedad por el viaje. Si el muchacho te hubiera pegado el código del vuelo en la frente, no me hubiera sorprendido —murmura.

—Me has vendido, qué decepción. ¡Despedido! —Niega y alza la mirada al cielo, clamando ayuda o una droga liviana que me relaje el resto del trayecto.

—Como tu representante legal, estoy obligado a tomar la opción más conveniente para mi defendida.

—¿Qué defendida? Además, ¿no se supone que deberías de consultarme antes de poner los cincuenta napos en el mostrador?

—No, porque no estás en pleno uso de tus facultades mentales.

—Cuando tengo razón, la tengo.

—Y cuando no, como ahora, no. —Saca el móvil—. *Hey Siri!*

—*What can I help you with?*^[101] —Hala, pues ya somos tres... Qué manía le estoy tomando a la *Siri* de los huevos.

—*Call Melvin Slim.*

—¿A quién llamas a estas horas?

—A un amigo.

—Es poco prudente, ¿no crees? —Levanta una ceja, evaluando como irreflexivo el comportamiento de hace un momento. Así en templado, sí que me he pasado un pelito de nada...

—Si hubiera sabido con antelación a dónde nos dirigiáramos, no lo estaría molestando a horas intempestivas.

—¿Nos va a acompañar?

—Calla, Olympia.

Espera con ademanes impacientes a que le pasen la llamada, por lo visto, el buen hombre está ocupado. Seguramente, «ocupado» durmiendo. También podría ser que hubiera diferencia horaria... ¿Y para qué me molesto en pensar en eso?

Estamos en la cafetería, antes de entrar en la terminal... Mejor voy al aseo, a ver si así perdiendo líquido también elimino mala leche y salgo del baño más aligerada. He canalizado la inquina frustrante del enfado con papá, sobre un trabajador que solo cumple los requisitos de la compañía —acertados o no—, y con la persona que menos se lo merece, mi vasco. He de evitar la visceralidad innecesaria, no conduce a ningún sitio, o a no superar los cuatro meses. Además, mi preciosa maleta violeta rígida, con unas bonitas flores grabadas en el frontal vale más de cincuenta pavos.

¿Dónde está Alatz? *Ains...*, me ha abandonado en el aeropuerto al verse incapaz de soportarme durante seis horas de vuelo. Parezco un perrito tirado en una cuneta, buscando asustado al dueño, de un lado hacia el otro... Por cierto, ¿y las maletas?

—Señora Gorraiz... —¿será a mí...? ¡Mira hasta la piel de pollo se me ha puesto!

—¿Sí? —No lo sacaré de su error, ha pronunciado con mucha elegancia mi nuevo apellido.

—El Sr. Gorraiz, me ha pedido que la acompañe a la sala VIP.

No preguntaré. Le dejo que me conduzca por los pasillos hasta la sala de espera. Me señala un sofá, que nada se parece al de las clases populares, y evitando aparentar alucine, tomo asiento.

—Enseguida le atenderá la camarera. Disfrute de su estancia y posteriormente del vuelo.

—Gracias, muy amable.

En este instante, aquí rodeada de tanta comodidad, estoy sola y confundida. Por suerte, ha sido corto el lapsus de abandono, ya distingo a

Alatz caminando hacia donde estoy ubicada, hipnotizada en colores y formas. Me besa en la mejilla, con la idea de despertarme de mi ensueño de asombro.

—¿La llamada era para esto?

—Tengo un amigo que hace magia con los pasajes de clase turista, los transforma en primera.

—Vaya, tu culo vasco no soporta las estrecheces...

—Mira, catalana borde y resabiada, hoy, si el tuyo viaja en turista, te desalojan en pleno vuelo controlando que no caigas en el agua.

—¡Qué desagradable!

—Nena, me has hecho recordar a la Olympia que conocí en un pub hace la tira. —Tampoco tanto, no recurramos a la prehistoria.

—A la Olympia que te beneficiaste.

—Porque quiso.

—Eras tú o pagar...

—¡Hostias! ¡Qué facilidad para el agravio tienes!

—No te lo tomes a mal, me encanta viajar en primera. Gracias, eres un amor.

Me acurruco en su hombro, asida a su brazo, preñada de satisfacción. Quererle es bueno, no me arrepiento de haber tomado la decisión de ser poco ética y engañar a un montón de gente para estar a su lado, ya sea en primera o en quinta de regional.

—Disculpen, señores. —Una espectacular azafata de sala, alta, espigada, rubia y con una tez sin mácula, mira a Alatz, mi Alatz, con aviesas intenciones, hasta se ha repasado sugerentemente los labios con la lengua, ¡la pedazo de guarra!—. ¿Desean que les traiga el menú de la cena?

—Somos vampiros, de los malos, primos hermanos de los *Vulturis*, mejor déjenos la lista de pasajeros. —Por no encontrarme con la mirada reprobatoria de mi vasco, ni levanto la cabeza. La rubia lagarta, boquea.

—No, gracias. Sírvanos un par de Gintónic. —La moza se marcha tan exquisita como ha venido, aunque con los hombros un grado más encorvados —. Nena, prométeme que te vas a dormir durante el vuelo, de no ser así te voy a drogar como a *M.A. Barracus*.

Tiene más razón que un santo, yo en su lugar ya lo habría mandado a tocar el cimborrio de la Catedral de Santa María de Burgos. Sin embargo, aquí sigue, toreando mi carácter agrio y poco amable. Relájate Olympia, o no volvéis juntos de la primera semana de vacaciones.

Embarcamos en primera, nos reciben con una copa de cava.

Yo he viajado ocasionalmente en *business class* y sí, hay diferencia y eso que el avión no es precisamente un *Airbus A380*, de hecho, en el despegue todas las juntas de dilatación han gruñido, y ya sabemos que los crujidos en aceleración propulsora, cagan. Después me planteé hacer uso de la pantalla, la encendí y me coloqué los auriculares, por hoy ya he molestado bastante. La asistente de vuelo nos entregó unas mantitas monísimas con el logotipo de la compañía; yo convertí mi ergonómico sillón en una cómoda cuna. Ver documentales estirada en un avión es muy placentero, lo certifico.

Alatz encendió su portátil y solo recuerdo que sentí frío y alguien me arropó.

Otro de los servicios que va anexo a este despliegue de atenciones, es la recogida preferencial de las maletas, ¡qué gozada! Con la poca ventura que tengo en eso, que te las traigan a la sala de llegadas, así sin más, es para llorar de emoción. Me contengo suponiendo indiferencia, nada más lejos de la realidad.

—El operador no nos avisa para recogernos, ¿es normal?

—Lo ha cancelado Melvin. —Pestaño.

—¿El papá de Nemo? —Resopla—. Vale, vale..., era un chiste fácil. Hijo, qué poco humor.

—Tenemos un coche de alquiler en la puerta.

Y sí, en la puerta nos espera un *Jaguar F-Pace*, otro de mis sueños que hoy cumpliré; domar a un felino, someterlo bajo mis sandalias de cuña, apresarlo y dirigir su destino. Con toda la idea, me subo en el lado izquierdo, quiero ser yo quien conduzca al gatito que es todo un pepino.

Mi gozo en un pozo. Entra Alatz muerto de risa, al punto del ahogo sentándose al volante.

—¿Inglés? —Aún ríe.

—Era el que les quedaba, la magia de mi amigo no discrimina si eres de derechas o de izquierdas.

—El hotel, ¿sigue siendo el mismo o también ha usado la varita de exclusividad?

—Es el mismo, pero en la suite.

—¿Quieres tener ahora esa charla sobre equilibrio presupuestario?

—No.

—Pues no.

El navegador nos da la bienvenida y nos avisa de las medidas de seguridad obligatorias. Obedecemos e iniciamos la marcha. Para ser uno de los países que más horas de sol tiene en verano, las noches son tenebrosas. Casi las cinco, y el sol no asoma por el horizonte.

—¡Vaya por Dios! No me esperaba esto tan pronto —musita molesto, mientras se detiene en el lateral.

—¿Qué sucede?

—La poli.

—¿Pero si vamos pisando huevos? —Tocan en la ventanilla y bajo el vidrio.

—Buenas noches —saluda el agente en un perfecto inglés.

—Buenas noches. ¿Sucede algo, agente? —No se esperaba tratar con una mujer, o que, como últimamente soy tan fascinante, está obnubilado con mis encantos. Me *desorino*.

—Señora, conducía usted sobrepasando el límite de velocidad — ¡menuda falacia! Si llevamos activado el control automático que es inherente al sistema de navegación y corrige la velocidad a lo indicado en la vía, por no tener no tienes ni que pisar el acelerador.

—Es imposible agente. ¿Puede comprobarlo otra vez?

—Tiene permiso de conducir internacional.

—No —yo miento y Alatz se tensa.

—Olympia, no es el momento para una de tus salidas de tono —¿me acaba de tratar de energúmena farfullando?

—¿Sabe que esa es una de las infracciones más graves en este país? — Apoya las manos en el marco de la ventanilla y comprueba el interior.

—Igual que en el mío. Pero, agente, yo no soy quien conduce —informo cándida, para no hacerle sentir tan tonto.

—¡Oh! Disculpe la torpeza. ¿De dónde vienen? —Alatz pulsa su elevallunas para que el otro policía no se vea excluido.

—De España. ¿Conoce el país? —pregunta Alatz, siguiendo la línea de inocencia que he marcado.

—¡Y tanto! Mis primos viven allí hace más de diez años, en Barcelona. ¿Ustedes de qué región son?

—Somos de Bilbao. ¿Lo conocen? —Como me pidan el pasaporte, vamos finos...

—No, solo he ido de visita en un par de ocasiones y hemos recorrido la

ciudad. ¿Y qué les ha traído a Croacia? No es un destino muy habitual entre los españoles.

—Nos tocó un viaje en una tapa de yogurt, estamos entusiasmados. Una segunda luna de miel... —Miro sonriendo a Alatz, que apoya mi trola besándome la mano.

—¿Dónde se alojan?

—En el hotel *Lemongarden*.

—Eso queda a unos ocho kilómetros de aquí, en Sutivan. Les guiaremos.

—No nos gustaría causarles molestias, el vehículo incorpora GPS.

—El GPS no conoce los atajos.

—En tal caso, les seguimos —responde Alatz evitando forzar la situación.

—Perfecto, por cierto, señora, tiene unos ojos increíbles.

—Oh, esto... Gracias. —Subimos las ventanillas e iniciamos la marcha precedidos por el coche de los policías.

—¡Qué hijo de puta! —musita entre dientes mi vasco celoso.

—No le des la menor importancia, los italianos son peores.

—Sabemos a dónde no iremos por el bien de mi ego.

—Ya la he recorrido, no tengo especial interés en regresar.

—¿Sabes que tu ingenuidad y tu sonrisa, nos han librado de la mordida?

—¿Y tú sabes que no soy tan candorosa como me he mostrado?

—Sí, nena..., me ha costado un segundo más de la cuenta, pero he reaccionado con naturalidad, ¿he que sí?

—Qué subidón de adrenalina... Somos los *Bonnie & Clyde* del momento.

Nos despedimos en la entrada del hotel. Alatz insiste en apreciar mi intervención como providencial para evadir la multa fraudulenta. Él, barajaba la posibilidad de regatear el importe o la de llamar al consulado.

Durante el breve paseo desde el aeropuerto hemos visto atenuarse la noche, a pesar de continuar oscuro, y no nos permite comprobar el esplendor del hotel en el paseillo hasta el vestíbulo. Los jardines sin luz resultan algo lúgubres, por muchas palmeras y setos recortados que tenga. Dejando al margen ese detalle, las vistas han de ser espectaculares por fuerza. Está frente al puerto, hay amarradas lanchas motoras, yates de recreo y un par de barcos donde se organizan fiestas. Ahora todo está en silencio.

Nuestra llegada estaba prevista y nos han acogido con amabilidad. La

repcionista al comprobar la documentación, nos informa en español con deje venezolano. A ninguno de los dos nos ha sorprendido, España es de los pocos países que invierte en el doblaje de las programaciones extranjeras, en el resto se emite en su idioma original, por lo tanto, prácticamente toda la Europa del este, habla y entiende el castellano de seguir las telenovelas latinoamericanas, de ahí también encontrarse a niños con nombres de pila como Cristal, Esmeralda, Luis Armando o Leonardo Damián con apellidos tipo Kusanovic, Leko, Luksic..., que suenan tan extraños a Svetlana López García. Que sea yo quien apunte esto llamándome Olympia, tiene su guasa.

En la línea de despilfarro excéntrico nivelador presupuestario impuesto —sin consulta—, por mi cónyuge en funciones; la habitación es espectacular, decorada en tonos muy vivos y alegres. Me deleito con cada detalle. Yo nunca los recomendaría para vestir un dormitorio, sin embargo, en este enclave de luminosidad y vegetación tupida de flores fucsias, violetas y verdes intensos, es la más adecuada.

—Nena, ¿te importa si me estiro unas horas? En el avión no he pegado ojo.

—¿Vas a seguir trabajando todas las vacaciones? —Me acuesto a su lado y coloco la cabeza encima de su pecho. Yo sí he dormido como un angelito endemoniado, pero no le haré ascos a unas horas más.

—¿Un veinticinco por ciento?

—No más de un quince

—Vale, un quince será suficiente.

Alatz se está mostrando mucho más entusiasmado y dispuesto que el día de nuestra llegada, me desanimó bastante la poca ilusión mostrada ante el destino.

Cada mañana nos despierta la impresionante luz de esta región de Dalmacia. Para conocer la península, hemos contratado un guía que nos desgrana los secretos del país durante unas horas por la mañana, y nos indica los mejores rincones para comer, cenar o tomar unas copas. Me encanta conocer los lugares por su historia, saber qué sucedió, qué vestigios de la antigüedad orientan el presente de sus calles, de sus gentes, desnudándola ante nosotros.

Yo no soy muy dada a fotografiar paisajes, me desilusiona la imagen estática de los lugares que visito, nunca me trasmite lo vivido en ellos. Recopilar fotos en un álbum a modo de logro existencial, no es lo mío, y menos ahora, que ya ni las descargas de la tarjeta de memoria de la cámara. Leo siempre acarrea una *Reflex* Nikon con filtros y objetivos, a mí me desespera. A todo le hace un mínimo de cincuenta fotos, tuvo suerte de nacer en la era digital. Sin embargo, soy mucho de comprar alguna fruslería y apuntar cómo se dice en el idioma autóctono, o anotar el nombre de la marca de un café en la servilleta del bar, si este me ha sabido a gloria, o guardar un poquito de tierra en un botecito de un lugar significativo... Eso, sí es evocador de un millón de recuerdos. En casa tengo una maleta plana de mimbre, allí los amontoño, y cuando mi mundo se vuelve gris y aburrido, la abro y miro mis reliquias, las huelo, las manoseo, las leo..., río.

De todo lo que hay en mi piso, vestido con muebles de diseño y electrodomésticos último modelo, lo único con auténtico valor para mí, es esa cesta de mimbre de mi madre que usábamos para ir a merendar a la playa; el resto es totalmente prescindible... Descontando a mi *porculoso* particular, ese no entra dentro del inventario, ni cabe en la cesta.

Una de las ciudades con más encanto de las visitadas, es Split, para mí es

una joya tallada en sillares, todo lo revelado por el guía nos encandiló. Es un lugar donde se une la arquitectura medieval con la romana, embellecida por sus calles empedradas. Es admirable la conservación del *Palacio de Diocleciano*, declarado patrimonio de la humanidad por la UNESCO, y que el tiempo lo convirtió en el centro de la ciudad. Necesitaría inventarme palabras nuevas para describirlo. Hemos recorrido su interior, empapándonos de conocimiento sobre la vida pasada y la actual, este lugar conjuga la modernidad y el clasicismo del país, sin esfuerzo. En cada uno de los portones, dando acceso al palacio, tropiezas con algo que reclama tu atención. En la *Porta Aurea* es el Museo Municipal, que se encuentra dentro del *Palacio de Papalić*; en la *Argenta*, a unos metros, el *Monasterio de Dominicos*; en la *Ferrea*, el *Palacio de Cindro* y en la *Aenea*, el azul del Adriático.

A mí la visión cenital y vertiginosa de la plaza desde la torre —símbolo identificativo de esa ciudad—, mausoleo de Diocleciano y que hoy es la catedral consagrada a Sant Doimo, me ha regalado la postal en vivo más hermosa de Split.

Aunque, si por algo he de recordar este viaje, si algo lo hace especial y extraordinario, es la presencia de Alatz. Recorrer de su mano este enclave suma un valor añadido. Yo le enseño una gárgola, él me apunta un balcón con balaustradas, yo me sorprendo descubriendo una inscripción en un sillar o en una baldosa, él se ríe de mis expresiones de júbilo. Estiro de su brazo obligándole a que las lea; a observar las decenas de arcos que unen las calles. Él se esconde en los portales para asustarme si ando despistada. Nos besamos sin pudor en cada esquina. Me fotografía a la caza de mis tesoros, tomando el sol, recién levantada, haciendo el bobo, caminando bucólicamente por *Privlaka* —la única playa de arena fina que hay—; nos hacemos *selfies* graciosos, *rechupeteamos* helados, nos damos a probar uno la comida del otro, reímos, reímos, reímos...

Así hemos consumido cuatro de los siete días, explorando la costa, balnearios, mercados, museos, barrios y puertos. También corriéndonos alguna que otra fiesta, y, sin llegar al desfase de caer borracha como una cuba, sí he olvidado totalmente mi formalidad. El sentirte bien contigo misma es un aliado para que los demás deseen estar a tu lado, tener a Alatz reforzando mi autoestima invita a comerme el mundo con doble de guarnición.

Sí, lo reconozco, estoy feliz y se me nota.

Hoy hemos decidido cenar en la ciudad. Callejeando, topamos con un

restaurante situado en una de las innumerables casas de piedra caliza. Su interior podría pasar por cualquier restaurante de montaña de la zona de la Lleida alpina que suelen amueblar con madera rústica bien conservada. Pero, para nuestra desgracia, el camarero debe de ser de las pocas personas en todo Croacia menor de cincuenta años que solo habla croata, por lo tanto, la única forma de comandar ha sido a dedo, señalando el plato en concreto.

—Pimpi. —Desisto, me rindo, he luchado contra el alias desde que Leo se lo descubrió a Alatz en una vídeo llamada hace unos días, y mira que la tenía en sobre aviso.

—Dime, *porculoso* mío. —Mote por mote.

—Tenemos un par de excursiones a la isla de Brac y de Hvar, ¿verdad? —qué manía con preguntar lo que sabe.

—Verdad.

—He pensado algo diferente.

—Me hacía mucha gracia ir, nene..., por eso lo dejé para lo último.

—Y a mí. No he dicho que no vayamos a hacerlo.

—A ver, sorpréndeme..., en parapente, me niego. —Sí, ríe, ríe..., pero yo con tanto manjar y sesteo en las hamacas al lado de la piscina, estoy poniendo un culo como el de la Kardashian, pero todo natural. Para izarme se necesita viento huracanado.

—No, nena..., he alquilado un barquito.

—Describeme el barquito. —Alatz y yo discrepamos con el uso del diminutivo, para él «-ito» tiene el tamaño de lo que yo considero «-azo».

—Prefiero que lo veas.

—¿Es un transatlántico? Conociéndote...

—Es un yate cómodo en donde podemos acabar los días que nos quedan, en lugar de en el hotel.

—Vaya..., y sé que es una pregunta tonta, pero..., ¿tú puedes tripular un barco?

—Sí, es una pregunta tonta.

—Vas muy de sobrado...

—Estoy en tu casa y te niegas a que contribuya con el alquiler.

—El piso está pagado y desde que vives en él, no recuerdo cómo se pasa la tarjeta en el súper.

—¿Y la comunidad? Nena, vi el recibo por error, no es barato vivir donde vives.

—Alatz, el reparto del gasto y consumo, distribuido a escuadra y cartabón, no va conmigo, si necesito que colabores con algo, te lo diré sin rodeos.

—Perfecto, entonces estaremos tres días navegando por las costas del Adriático, conociendo las mejores calas, en un yate tripulado y a nuestro servicio. —Ahora mismo, solo me imagino lanzar la caña y esperar a que pique *Tiburón II*, tirada en la popa o en la proa, tanto da, tomando una copa de Cristal.

—Si lo haces es porque puedes, no voy a objetar nada.

—Podría acostumbrarme a esto.

—¡Nos ha jodido mayo con las flores!

El camarero durante nuestra conversación nos ha ido poniendo sobre la mesa el servicio y los primeros platos. Presiento que es algo inexperto, me lo chiva la posición incorrecta de los cubiertos y la carencia de las servilletas, sin embargo, a medida que se da cuenta, tras la disculpa, nos lo deja nervioso. El idioma también lo azora, aunque a de espabilar si quiere mantener el empleo, es una zona muy turística y hay casi tantos alemanes como gente autóctona, algo así como en las Baleares.

—Este *Brodetto Neretva* es algo insípido —susurro.

—Pimpi, esta manía tuya de probar las cosas por lo raro que te suene el nombre, ha de penarte un día.

—Peor que tragando el *Cobanac*, no habrá nada más. —Rompe a reír, ¡qué insensible!

—Menudo hartón a judías..., temí por mi integridad física durante la noche.

—¿Por si te gaseaba? No, Alatz, muy enferma debería estar para llegar a esa extrema falta de respeto. —*¡Ezquerozo!*

—Es algo natural. Mejor afuera que adentro. —Espero que nuestra relación no se relaje hasta ese punto de deterioro.

—Te oigo y me hago cruces, hace un momento en plan pijo, me propones un crucerito por la península y ahora en plena comida, hablando de ventosidades.

—Me harás llorar de la risa... —Levanta la mano hacia el camarero—. *Please?!*

—*Da!* —«el por favor», lo entiende. Se nos acerca.

—*Could bring one cruet?* —Este Alatz es medio tonto. Y al tanto, no es

lo mismo que ser medio listo.

—No sabe de qué le hablas.

—*O- ne cru-et... Cru-et!* —se expresa un decibelio por debajo de lo considerado un grito. Lógico, si voceas, la palabra se traduce sola. ¡Quién no sabe eso!—. *You know what I mean?*

—¿Cómo quieres que lo sepa si no entiende el inglés?

—*Vi-na-gre-ra...* —La misma técnica cambiando la lengua, insiste con la lección veintitrés de *Entiende mi idioma*, editorial Gorraiz.

—*Ne...* —Niega el muchacho, sudando el pobre... Se me ocurre una cosa.

—*Menage?*

—*Oh! Da!* —Si es que...

—¡Ostras! El alemán lo entiende...

—No creo, debe de sonarle más.

—Saldremos de dudas, a ver qué trae.

—*Hvala!* —Aparece con la aceitera y le respondo con lo poquito que sé decir en su lengua natal. Me aprieta la mano y me sonrío.

—*Molim!* —Se aleja algo más ligero. Alatz me mira con un brillo de admiración y con una sonrisa de satisfacción.

—Olympia, eres grande. No es una frase vacía, para nada, tienes la capacidad de sentir por encima de todo.

—Nene, sepárame las palabras en sílabas, porque ahora soy yo quien caza moscas.

—Nada, que te quiero por encima de todo, también.

Hemos salido algo más pronto del residencial. Despidiéndonos de la recepcionista, en particular, por la simpatía mostrada desde el primer día, y de nuestra camarera de habitación, en especial, ya que siempre tenía algún detalle con nosotros, dejándonos bombones, flores o frutas que no eran cortesía del hotel. Nos tomó cariño, por pequeños gestos, nada importante. Es bonito hallar personas en el mundo que aún saben valorarlos.

Y tras abandonar el recinto, atracado en el muelle del puerto, un ¡pedazo de yate! —una canoa para Alatz— ¡A lo Onassis para morir surcando los siete mares!

—¡Wow! Y perdona, pero... ¡Wow! ¿Ese es el nuestro? —Apunto con el mentón.

—No, es aquel —Señala una *zodiac*... ¡Pa matarlo!

—La tripulación entiendo, va afuera con las aletas de buceo, empujando... —Perdona, nene, aquí la que domina el sarcasmo soy yo.

—¿Te gusta?

—Prefería el yate al cayuco, pero en fin..., está bien.

—No hay quién pueda contigo. ¿Subimos?

—¿Han de ponernos algún sello? ¿Tenemos que mostrar los pasaportes?

—Olympia, nena, es una embarcación particular tripulada. ¿Le enseñas el permiso de conducir al coche antes de abrir la puerta? —¡Mátame!

—Chico, disculpa, lo más parecido a esto en donde me he montado, fue de Sa Calobra a Sóller en Mallorca, y por no subir de nuevo la carretera por la que habíamos bajado en autobús, aún tengo pesadillas con el *Nus de sa corbata*... —nunca he estado tan cerca de la muerte.

—Cuando vivía en San Francisco, solíamos alquilar yates de recreo. Yo tengo permiso como patrón de embarcaciones de hasta quince metros de eslora.

—Ah... ¿Este tiene más?

—No, pero superaremos las millas náuticas en las que puedo tripular.

—Alatz, sabes como impresionar a una chica.

—Se hace lo que se puede.

Camina grácilmente sobre la pasarela, la tripulación le saluda y yo estoy aún en tierra con un tembleque muy tonto, rodeada de maletas.

—Olympia, ¿nos acompañas? —Pensaba lanzarme al agua e ir a nado

hasta Italia..., chico estoy dudando.

—Faltaría más.

No sé, si he de subir las maletas, esperar a que las bajen a buscar, lanzarlas al mar y vestir a los peces... ¿Sabes qué? ¡Ahí se quedan!, reconociéndome torpe, tengo todas las estrellitas para resbalar y darme un baño. Ya habrá alguien para recogerlas. De hacerlo yo, debería ensayar el ascenso y descenso unas veintitrés veces con tal de no escamocharme con ellas. De vacío ya asumo riesgos, contra más, cargada. ¡Venga Olympia! ¡Qué tú puedes!

Me sujeto a la baranda casi soldando las manos, esto cimbreo a cada paso... *Uff*, el agua... *Uff*.

—No mires abajo. —Pisa él y mueve toda la pasarela.

—¡Te quieres quedar en tu sitio! —Paro en seco. ¡Cómo me caiga! ¡Cómo me caiga amaneces sin pelo!

—Anda, dame la mano.

—No sé a qué le ves tú tanta gracia... ¡Quita! No necesito la mano protectora de un tío para caminar. —Sí, sí que la necesito. En este momento entro en un pánico hidrofóbico desconocido, incomprensible sabiendo nadar que es lo más trágico del asunto... Pero, como me puede la chulería, aquí sigo, con las rodillas en consistencia mucilaginosas.

—No seas terca. —Se acerca hasta mi posición. Yo, de ser él, conociendo mis puntazos de maldad, no osaría hacerlo y mucho menos, a carcajada limpia.

—No te rías.

—No me río.

—Pues tu forma de no reír, es muy parecida a la mía de troncharse. —Me levanta en brazos y pasa hábilmente conmigo. ¡Unos tanto de todo y otras tan poquito!—. Podía sola.

—Permite que lo dude...

—No te lo permito. —Genio y figura, hasta la sepultura.

—Aún puedo lanzarte por la borda. Un descuido lo tiene cualquiera.

—Sé nadar. A ver qué ibas a hacer tú sin mí.

—Nadar, sin erre.

Se apagó mi chulería... Si es que, el que sabe..., sabe.

Me presenta al Patrón y al contraamaestre, bajan después a recoger las maletas. Me comenta Alatz, la imposibilidad de pernoctar en alta mar. Por lo

visto, deberíamos de disponer de unos permisos que requieren un tiempo de trámite. Tampoco se ha mostrado muy dispuesto a solicitarlos, prefiere que, durante la noche, la tripulación no esté en el barco... Marrano. En realidad, yo también lo prefiero así.

Bajo al camarote, y de todos los lugares románticos en los cuales hemos dormido, este me parece el que más, con diferencia a los anteriores. Elegante y recogido. Desde la cama se ven romper las olas a través de los ojos de buey por encima de la línea de flotación... Espero, por otro lado, que el vaivén no me haga pasar todo el día con la cabeza a estribor, alimentando a la fauna marina.

Miro a Alatz, está de pie en el puente, arremangado con un par de botones abiertos, bermudas azules, descalzo... El viento lo despeina y la camisa se le adhiere al torso, no me contengo y lo abrazo por detrás.

—¿Quieres llevarlo?

—¿Puedo?

—Legalmente, no... Ni yo tampoco. Prueba, es más sencillo que conducir un coche automático.

—¡Vale! —¡Qué emoción!

—El timón es un volante, la palanca acelera y tú has de seguir la línea de este indicador, que es la ruta. —Tomo los mandos de la nave. ¡Me siento un pirata!

—Es..., es... *¡Wow!* ¡Cómo mola!

—Sigue así, voy a por algo de beber.

—¡¿Me vas a dejar sola?! —¡Está loco! Capaz soy de atropellar a una gaviota o estamparme con una beluga... Me retiran el permiso hasta de conducir bici.

—Aquí no hay icebergs. No sufras.

—Alatz, tienes la gracia en el culo. —En ese maravilloso y prieto culo de manzana Golden, que todas desean y cato yo... ¡Yo, la reina de los mares! ¡Me crezco por momentos! ¡Como no me detengan me planto en Creta! Me lanzo a pleno pulmón—. *¡Navegar sin temor, en el mar es lo mejor, no hay razón de ponerse a temblar! Y si viene negra tempestad... ¡Reír, y remar, y cantar! ¡Navegar sin temor en el mar es lo mejor! Y si el cielo está muy azul, el barquito va contento por los mares lejanos del Sur...*

—¡Bravo! —Aplaude eufórico, se acerca de dos zancadas, me abraza y me besa el cuello.

—Lo sé, lo sé... No tengo igual.

—No, no ha nacido ser que te opaque. Eres ese regalo que no esperas recibir de la vida, y has anhelado cada segundo que has morado en ella.

—Alatz.

—Dime, nena.

—Me haces feliz y me gusta ser feliz, nunca he estado triste, pero tampoco tan feliz como ahora.

—Yo sí he estado triste, Pimpi..., más que triste, desilusionado, apático, aburrido al no disfrutar de alicientes sensoriales estimulantes. Yo no necesito nada de esto, soy dichoso solo con estrecharte entre mis brazos.

—Ya, pero es un plus..., el contigo «pan y cebolla», es muy seco.

—¿Pan con chocolate?

—¡Uhhmm...! ¿Churros? —Tuerce la cabeza para encontrarse con mi cara.

—¿Churros? Nena, ¿qué insinúas?

—¡Alatz! ¡Eres un cochino! ¿No tienes tope? Además..., hablando de topes y sueños... Queda terminantemente prohibido despertarme a las cuatro de la madrugada, por muchas ganas de Olympia que tengas.

—¿Pero...?

—¡Prohibido! —intenta articular balbuceos—, no..., sin excepciones, y no te saques ni jurisprudencias ni vacíos legales de esos que rebuscas para callarme en tus almanaques del derecho.

—Almanaques..., eso calumnia tanto, como denominar a tu cama mecánica, catre.

—Vale, retiro lo de almanaque... Opúsculo, ¿es más óptimo? —Niega y muerde mi mejilla.

—Si me desvelo, en algo tendré que ocupar mi tiempo.

—Pues nene, te levantas, te haces un vaso de leche con cacao, enciendes la tele del salón y miras los anuncios de la Teletienda. Ver a Chuck Norris haciendo sentadillas suspenderá ese voraz apetito sexual que te asalta a horas impropias. —Me doy la vuelta y lo encaro. Si de esta vez no se mea encima, es porque la próstata la tiene nuevecita.

—¿¿Cómo se te ocurre soltar el timón?! —Toma él los mandos conmigo en medio besuqueándole el cuello de lo sexi que está—. ¡Vaya un grumete de pacotilla que me he mercado!

—¡Cuidado con llamarme pacotilla! ¡Qué no respondo!

—¡Pacotilla! ¡Pacotilla suprema!

—Tú te lo has buscado, chaval.

Hinco el dedo en su costado derecho, entre las costillas, una y otra vez, en lances rápidos hasta conseguir que se doble, aquí el muchacho tiene más cosquillas que *Espinete*. Luego para compensar, reconociendo que ha de concentrarse en *patronar*, me abrazo a su pecho y le beso, le beso mucho... Aspiro su aroma, una mezcla de tantas esencias agradables como la sal traída por las olas que nos salpican, su fragancia cara masculina, su piel, el sol, la brisa... Volver a la rutina después de esto va a costar una depresión post vacacional de las de baja con medicación para animar al cerebro.

Llegamos al puerto de Supetar, en la isla de Brac, un paraíso plagado de turistas. De hecho, tan turistas como nosotros. Nunca me incluyo entre ellos, como si mi pasaporte no tuviera una nacionalidad y adoptara cada lugar en donde mis pies tocan arena, a modo de patria.

Todo es precioso, no puedo negarlo, pero empiezo a estar algo cansada de ver tanto monumento, tanta obra arquitectónica, tanta playa y tanta gente. Alatz me propone dejar la otra isla para mañana y fondear a unas diez millas de las playas y pasar la noche solos y alejados de la costa, para eso no necesita ni licencias costeras, ni a gobernantes, ni a patronos. Yo, encantada con la decisión.

Y tras convenir la hora con la tripulación para el día siguiente recogerlos en el puerto, comemos en uno de los doscientos restaurantes que hay en una de las calles y nos volvemos al barco.

Como era de esperar, tal como nos alejamos de las miradas de los botes y yates más modestos —si es que un yate tiene algo de modesto—, desahogamos nuestra ansiedad pertrechada durante toda la mañana a base de arrumacos y roces. Sí, lo necesitábamos, estar en un lugar como este aclimata la situación, aunque para ser completamente sincera, tenemos cierta facilidad para animarnos en cualquier espacio, por poco común o apropiado que el resto estime.

—Pimpi...

—*Uhm...*

—Creo que es tu móvil.

—Imposible, a mí solo me llamas tú. ¿Me estás llamando? —No voy a levantarme de la hamaca doble, en dónde tan cómodos están mis huesos solo cubiertos por la carne y la grasa, adosada a los de Alatz, solo revestidos por

músculo bien torneado, para atender a una operadora que al descolgar no te habla, o si lo hace es para venderte humo en lata, un *descalcificador* que gasta cuatro litros de agua para conseguir uno pura, un seguro dental que solo cubre sacar las muelas, o premiarme con un coche de lujo por un sorteo en el que nunca he participado.

—Nena, va..., descuelga o desconéctalo.

—Si duermes tanto ahora, no lo harás por la noche.

—Hija, de verdad... —se levanta, así como vino al mundo, con las campanillas y el péndulo..., pues eso..., *penduleando*, ¡¿Y qué hace el insensato?! ¡¿Ha descolgado mi teléfono?!

—Sí..., hola... Sí, muy bien gracias... ¿Y ustedes? Ajá... Salude a su esposo... Sí, por supuesto ahora mismo se la paso... Ten Olympia, tu madre.

—No es posible..., me cubro con la toalla del suelo, como si pudiera escrutarme a través del satélite.

—Hola, mamá... ¿Mamá? —Un imbécil tamaño adulto, es decir, un imbécil tradicional, se parte la caja a mi costa.

—Alatz, el nivel de *capullímetro* lo tienes a punto del rebose, vas a cambiar de categoría.

—Nena, se te ha borrado el moreno.

—Sigue riendo, y soy capaz de ponerte el teléfono de supositorio... ¡No piensas una buena!

—¡Por favor, Pimpi! Me duele el costado, para..., te lo suplico.

—Yo no le veo la gracia, no quiero pensar cómo te hubieras puesto tú, de haber atendido yo una llamada personal tuya, tío lila. —Se sienta en la hamaca y tira de mí hasta caer en su regazo.

—Pues, no me importaría, porque yo, al contrario que tú, no te mantengo entre bambalinas, por ese temor infundado a que lo nuestro no progrese.

—¡Menuda sandez! ¿De quién te oculto yo? ¡A ver, tío listo!

—Pues de tus padres.

—¡Solo de ellos! Qué hablas como si nos viéramos a escondidas.

—¡Ay qué joderse! Las personas que más te importan.

—Yo no soy una hija demasiado comunicativa, les llamo poco y casi obligada por los criterios establecidos sobre relaciones familiares, tú hablas con tus padres y tus hermanas cada semana, has de pasar el parte de tu vida.

—Ponle el disfraz más emplumado que tengas, dale nombre y sácalo de paseo si quieres, pero a mí no me engañas...

—¿De qué vas, chaval? ¿De chulito subidito? No me vaciles...

—Porque si no, qué.

—Sé hacer maldades..., malas. —Rueda conmigo por la hamaca y se queda encima.

—Mira como tiemblo.

—Lo harás. —Vuelve a sonar el móvil. Miro la pantalla, pero no reconozco el número.

—Descuelga, mujer.

—Paso de pagar *Roaming* para atender estupideces. —Saca mi teléfono de las manos y descuelga... ¡Dios mío bendito! ¡Qué puñetazo tiene!

—Hola... ¿Qué tal? —Arruga la frente y se levanta confuso—. Sí, Omar, te paso con ella.

—¿Es el Omar de Thais? —susurro, asiente y se me encoge la tripa—. Hola, Omar. ¿Cómo va?

—¿Está Thais contigo? —A mentir..., pero..., ¿cuánto? ¿Y cómo? ¿Le digo que está en el baño atacada de *cagarrinas*? Evasivas..., evasivas...

—¿Por qué preguntas eso Omar? —Alatz no me quita el ojo de encima.

—Porque, no sé si sabes..., bueno, a ti te lo cuenta todo..., no estamos pasando una etapa demasiado... —Yo sé cosas, muchas..., lo que desconozco es cuánto sabes tú.

—Sí, algo me ha comentado.

—Te habrá dicho algo más que eso si lleva en tu casa una semana. — ¡Será cerda! ¡La mato!

—No he profundizado, comenté que necesitaba meditar y no hice preguntas. —A Alatz, esta mentira le hace apretar los labios, convirtiéndolos en una fina línea.

—¿Puedes abrirme? Me gustaría hablar contigo.

—Lo siento, Omar..., yo no estoy en Barcelona.

—¿Y cómo tenía tus llaves?

—Llamé a la vecina para que se las dejara. —Más mentiras, ninguna de mis vecinas tiene las llaves, ni el portero siquiera.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro. —Otra cosa es que yo te conteste.

—Thais está con otro, ¿verdad? —Vale, bien..., jugamos para bingo. Si le respondo con un, «*habla con ella*», lo interpretará como un sí. No mentiría, no traicionaría la amistad de Thais, pero sembraría la duda razonable... Si le

digo que no, miento... Aunque, pensándolo fríamente, y dado que mi intención es matar a Thais en cuanto la vea, tampoco importará demasiado que rompa su confianza.

—Omar..., ella está algo desencantada, ha de aclararse. Han sucedido cosas algo desmotivadoras entre vosotros y desea replantearse el futuro.

—He de hablar con ella..., soy un completo imbécil. —¡Pues no llegas tarde tú a la sesión golfa!

—Prueba a llamarla antes. Cuando se sienta preparada te cogerá el teléfono. —Aunque como esté recuperando el tiempo perdido, lo veo color hormiga.

—Gracias, Olympia. Eres una gran amiga. —Soy una trolera de talla mayor.

—Anímate, verás como todo se soluciona. —O no.

—Disfrutad de las vacaciones, saluda a Alatz de mi parte.

—Por supuesto. Nos vemos.

—Ciao

—Ciao, Omar.

Cuelgo. El gesto de Alatz es muy revelador, de hecho, no se sube por las paredes, porque primero debería construirlas y por como niega, se mesa el pelo, resopla por la nariz y tensa la mandíbula, no descarto que no trepe por el mástil. Yo, marco a Thais, mientras me pongo el caftán. Con cada timbre de línea, elevo la potencia de mi monumental cabreo. Cuando, he marcado cinco veces, se digna a descolgar.

—¡Thais, eres un zorrón! —Bien, sé que está, no voy a preguntar obviedades.

—¡Coño, Pimpi!

—¡Ni Pimpi, ni pollas! Pero..., ¿cómo puedes ser tan cerda?

—Tampoco es para ponerte en ese plan...

—¿A no? Me acaba de llamar Omar, medio suplicando para que le abra la puerta de mi casa... ¡Ya que tú no le quieres abrir!

—No me ha dado tiempo a avisarte.

—¡¿Desde el lunes follando sin descanso?! ¡Tía, daos un respiro! Como mínimo para prepararme, como mínimo para que no me sienta como una déspota asesina de sentimientos..., como mínimo, para saber cómo actuar. ¡Joder!

—Me daba vergüenza.

—¡Venga ya! ¡Vergüenza! ¿Tú no ves lo que estás consiguiendo con todo esto? Omar intuye que le engañas, ¿de qué te sirve tenerlo «*por si aca*» si pierdes su confianza? —¡Oh, no! No, llores...

—No tengo la menor idea de cómo encarar todo esto...

—Va, neni... Serénate... Estoy enfadada porque no me has alertado... Yo no te juzgo... Va, no soporto que la gente llore. —La gente importante para mí, claro está, el resto me la *repamplinfla* doble.

—Sé que doy el perfil de baja absoluta... Pero... ¡Saúl, no! ¡Saúl...! —
¡Mierda!

—¿Qué tal Olympia? ¿Cómo van las vacaciones?

—Genial. ¿Podrías devolverle el teléfono a mi amiga?

—¿Para insultarla? Menuda moral la tuya.

—Saúl, mejor hablaré con Thais en otro momento.

—Tú no tienes que hablar con ella una mierda.

—¡*Ep!* Si no sabes, no rebuznes...

—Siempre con tus *vacileos*..., de pija reformada. —Seré más choni, nos pondremos a nivel.

—¡Vete a cagar, hombre! ¿Me tenéis de alcahueta y solo puedo bajar las orejas...? A mí no me manipulas. Te equivocas conmigo Saúl, no voy a pasarte ni una... —¡Me acaban de sacar..., arrancar, el móvil de las manos! ¿Pero esto qué es?

—Para hablar con mi mujer, primero te cepillas los dientes... Sí, el mismo... —¡La qué has *liao* pollito!—. Sí, mi mujer... Lo que oyes..., por descontado... Cuando gustes... Eso no es de tu incumbencia...

Cuelga y me devuelve el teléfono.

—¡Qué sea la última vez que hablas por mí! ¡La última! —¡¿De qué va?!

—No me apuntes con el dedo, ni me amenaces.

—¡Hago con mis dedos lo que me nace de la mismísima flor!

—¡Olympia, no te pases! —Sigo pasando las manos por delante de su cara provocando su ira, de forma infantil, sin sopesar las consecuencias. ¿Me pongo un chaleco salvavidas?, doce millas náuticas en número parecen poco, pero a nado es un cacho...

—Perdona, el aire no es tuyo... —Pestañea y tuerce la cabeza, repentinamente, y ante mi sorpresa, rompe a reír y yo le acompaño.

—Eres imposible...

—¿Íbamos a disgustarnos por terceros?

—Olympia, estoy disgustado, pero no por la insensatez de esos dos... La Olympia que he descubierto, mintiendo con tanta soltura... No es la mujer de la que estoy enamorado hasta el tuétano.

—Yo a ti nunca te he mentado. Te advertí, uso el embuste si he de salvar mi culo. —Se acabaron las risas, la tensión y el malestar nos envuelve con un manto pestilente de culpa.

—El tuyo, no provocas el sentimiento de culpa en la víctima para tapar la amoralidad de otro.

—Es fascinante la facilidad que tienes para usar la palabra amoralidad, cuando tú y yo, estuvimos jugando a tres bandas y nunca te afectó mi poca ética para estar juntos.

—No es lo mismo.

—¿Dónde está la diferencia? A, vale... Que Omar no se mueve en vuestro círculo depravado, que es inocente... ¿Eso soy yo? ¿Caperucita roja con su cestita? Puede, sí... Tengo alguna traza... Sin embargo, si a mí el lobo me pregunta dónde voy, le diré que a lavarme el chumino al río... No me dejaré comer tan fácilmente. —¡Viva mi finura! Cualquiera podría pensar que he estudiado en *Eton* con el príncipe Henry.

—No, lo que le pase a Omar, no me afecta en absoluto... Me preocupa que un día, puedas hacérmelo a mí.

—¿Y qué quieres que te diga?

—La verdad.

—Espero no verme en la situación de tener que engañarte.

—No era la contestación que deseaba escuchar.

—Me has pedido sinceridad.

—¿Me habrías mentado? Si esta conversación hubiera surgido entre otros contextos..., ¿lo habrías hecho?

—No Alatz, miento a todo el mundo, menos a ti.

—Por ahora.

No tengo nada más que añadir, sin embargo, mi estómago estrangulado y agónico, me indica que he de liberar presión. Me alejo hacia la proa y me siento en el ángulo de unión que da forma de flecha al yate, con las piernas colgando.

Desde ayer me imaginaba aquí subida, de rodillas —de pie te vas al agua fijo—, con los brazos en cruz gritando como Leonardo Dicaprio: «*I'm the king of the world!!!*», entonando a lo Celine Dion,

*Near, far, wherever you are
I believe that the heart does go on
Once more you open the door
And you're here in my heart
And my heart will go on and on ...*

Y se ha hundido el barquito chiquitito, antes de lo previsto porque no sabía navegar..., estaba escrito en las estrellas.

Debería de haber sido más cauta, no imaginé pudiera afectarnos... Y eso, pasándome el día hablando sola, escuchando las conversaciones psicodélicas entre mis demonios. Aunque, ¿dónde se ha visto que un demonio dé buenos consejos o sea un orientador vital de primera?

El diablo siempre está para tentar, incitándote a realizar tus deseos cuando te plazca cumplirlos, y después reírse de tus remordimientos de conciencia. Debe de ser un tío con buen porte, en traje de chaqueta, impoluta, elegante, con clase —nunca me imagino a Satán con cuernos, colmillos y rabo. Si era un ángel caído y todos son hermosos, ¿a qué diantres el pobre, encima de malo ha de ser feo?—. Seguro, situado al lado de un suicida en el alféizar de un edificio de diez plantas, irá enumerando todas las desgracias del miserable, recordándole que se encuentra en lo más hondo de la sima más profunda, susurrándole: «*va desdichado, lánzate al vacío, ¿quién te echará en falta? Mira, si hasta Dios te ha abandonado*». Así es, Lucifer no envía maldiciones, solo permite que la maldad nos seduzca.

No sé qué hacer, aquí sentada, soy igual de inútil que el agua deshidratada en polvo o que una bolsita de té impermeable..., Me siento tan sola como la noche cuando, después de experimentar el sexo por primera vez, me fui en taxi a casa. Sí, infinitamente más sola..., aquella noche no esperaba nada más de él.

—Olympia...

—He pensado que podíamos volver a casa mañana... —miento, se me ha ocurrido al escuchar su voz... No tengo remedio.

—¿Por qué?

—Aquí ya no nos queda nada por ver.

—¿No querías ir a la isla de Hvar?

—Sí, contigo.

—Nena...

—No me digas, nena. —Estira de mi cintura, me sujeto a la baranda por

evitar ser arrancada de la proa, en donde estaba la mar de infeliz lamiéndome las heridas, con largos y certeros lengüetazos.

—Me enfadé. Tú te enfadas infinitamente más veces, y cabreado, se dicen cosas que no se sienten.

—Mira, justo porque me enfado mucho, sé que escupimos ofensas a dar donde más duele, pero ninguna carente de sentimiento. —Besa mi cuello. Me separo, no me apetece que continúe.

—Aprendamos a canalizar el enfado y dejarlo pasar.

—Eso es una solución temporal, hasta llenar un saco con un montón de reproches. Luego, ¿qué? ¿Esperaremos a que se rasguen las costuras...? Empezamos mal, acabaremos peor.

—¿Me odias? —Sí, yo amo las horas pares y las impares, odio con la misma intensidad que amaba la anterior. Lleva mucho tiempo al sol, debería de haberle puesto una gorrita.

—Yo guardo el odio para cosas más importantes, Alatz.

—Nunca tuve miedo de perder a alguien hasta que te recuperé. El único sentimiento que hablaba antes, fue el miedo. —Tira nuevamente de mi cintura, desanuda mis dedos. Tiene unas manos que parecen alicates.

—¡Qué mal llevo esto de quererte! —Se coloca de rodillas ante mí. Yo giro la cabeza hacia el lado contrario, busca mi cara de nuevo y yo vuelvo a girarla hacia el opuesto. La paraliza con ambas manos para besarme rabiosamente. Sujeto sus muñecas por desasirme, y le empujo hasta quitármelo de encima.

—Lo estabas deseando.

—No he cerrado los ojos..., fue un beso desapasionado.

—¿Tú serías incapaz de hacerlo mejor? —¿Te has unido a la moda de los *challenges*? Retos tontos, ¿a mí?, ¡a mí! ¡Qué les di nombre!

—Vas a cerrar hasta el alma.

Solo lleva las bermudas puestas, como yo el sutil caftán, mostrando más de lo que tapa, sentada en su pelvis araño desde el cuello hasta el ombligo clavando las uñas, marcándole con el surco de la desazón que finjo no sentir.

Tomo el dobladillo de la liviana tela para retirarla de mi piel, y a pesar de tenerme más vista que a la puerta de la nevera, una parte de su anatomía se alegra del espectáculo, debe de parecerle como mínimo, apetecible.

—Esta soy yo, Alatz. Mírame y dime si podrás soportar descubrir que no soy lo deseado.

—No Olympia, no eres lo que deseaba..., eres muchísimo más.

Busco sus manos y las coloco en mi cintura, las sujeto con firmeza y trazo el recorrido a seguir, sin dejar que se muevan a su antojo.

—Eres tan sensual, tan suave, tan excitante —musita entre respiraciones complicadas, precursoras de mi fuego. La yesca fina y seca, que originará la llama en breve.

—El tacto de tus manos es exquisito, ni yo misma, que conozco mi cuerpo y mis zonas erógenas, soy capaz de proporcionarme tanto placer como lo hacen las tuyas.

—Enséñame a mejorar...

—El dedo corazón, está mucho mejor aquí dentro —aprieta los músculos de la mandíbula, —el pulgar, rodeando esta zona, no os presentaré, la conoces de otras ocasiones.

—Sí, esta tarde me gustó tenerla entre mis dientes.

—A mí también, y que jugaras con ella hasta el final. Ahora..., mando yo y esta otra mano, pellizcará la zona más sensible de mis pechos..., —tiro de la cintura de las bermudas, quiero tenerlo disponible, accesible—, sigue más lento, no te aceleres tanto...

—No soy un muñeco a pilas, nena...

—Entonces cambiaremos de posición —me doy la vuelta, sentándome al revés, él también se sienta, tumbados la pose es imposible, y no está la cosa para roturas ni rampas, ni «*penis captivus*» —. Dame la mano derecha, sigue aquí, a mi ritmo..., y la otra aquí, castigando mi seno... Con la boca, haz lo que quieras.

—¡Dios! Esa imagen de tu espalda..., la luna, el mar..., tus jadeos..., hacernos el amor..., Olympia..., es la primera vez en mi vida que siento tanto dentro del cuerpo de una mujer..., de mi mujer.

—Alatz, te quiero..., te amo infinito...

—Y yo, nena...

—Pero, incluso amándote como sé que lo hago, no te voy a permitir un grito, ni que me ofendas, ni que me dañes... —No sé si es el mejor momento para tener esta conversación. No, definitivamente, no lo es, pero a mí no me sirven las reconciliaciones de camastro. O todo, o nada.

—No lo hagas... ¡Por el amor de Dios, Olympia! —contraigo mi intimidad incrementando la presión, llevándolo lejos..., muy lejos —. No hagas eso. ¡Jesús! ¡Esto no hay Dios que lo aguante!

—No te agobies, nene..., esto del sexo, es como el mus, si no tienes una buena pareja, mejor que tengas una buena mano.

—Ni en sueños voy a permitir que te des goce, pudiendo proporcionártelo yo.

Mi ademán de altivez es todo un posado. Es la primera vez que compenso con sexo una riña, y lo he consentido porque hay otros sentimientos asociados más fuertes, y porque esos sentimientos me otorgan la sabiduría del perdón y, porque necesitaba sentir su cuerpo entrelazándose con el mío y, sobre todo, porque ha tenido la valentía de venir a decirme que me quiere.

Supongo que esta ley del resarcimiento post traumático, siempre da estos frutos al principio, cuando las relaciones comienzan a complicarse con otros factores propios de conocerse. Como nunca se había dado el caso de conjugar el verbo amar con mis parejas anteriores, no sé si mis reacciones son las correctas, si pecho por defecto o por exceso de exaltación ante los conflictos.

¡Ay, Olympia, qué asco esto de quererse! Vas pisando cuadradillos de felicidad y cuando posas la zancada en el que esconde la bomba..., ¡hala, María! ¡Toda la cosecha de bienestar a tomar viento!

Se ha quedado roque, o lo aparenta; por la carencia cardiaca y respiratoria está vagando por el limbo, supongo..., es lo mismo, no tengo ganas de abrir más la boca por hoy.

Contemplo las estrellas apoyada en su estómago, con un sabor agridulce en el paladar.

Lamento haber dado la vuelta al tablero de las Damas y encontrarme el de la Oca, que siempre me ha parecido el juego más aburrido de todos los que van perdurando en el tiempo. Lamento no saber si voy avanzando en la partida, aunque sea casilla tras casilla, de uno en uno, o estoy paralizada en la de «posada un turno sin tirar», jugando sola. Lamento desconocer si el azar permitirá que me salte el pictograma de la calavera o me iré derechita a la caseta de salida. Lamento no saber jugar mejor a nada..., ni tan siquiera a este tan odioso en el que solo interviene, una ficha, un tablero, un dado y la suerte..., la maldita y asquerosa suerte.

Soy fea.

Puede que pase por «del montón», o con algo de pintura realce una zona en favor a otra, o muestre más de escote evitando que las miradas aviesas recaigan en mi culo, pero en esencia, soy fea.

Aprendí a vivir con eso, e imaginariamente, me creía por encima de todos los que tenían belleza para dar y regalar. Mi hermana siempre señalaba mis redondeces, dirigiéndose a mí como «la cara pan». Una joya la nena. En consecuencia, su clan utilizaba todos los términos pasteleros que conocían para captar mi atención y satirizarme. Por suerte, no disponían de un vocabulario muy amplio y rico, así que, entre bollos, tartufos y ensaimadas, reclamaban su parcela de popularidad.

Cuando los arrebatos de locura histérica empezaron a mostrarse en la mente de Ethel, pretendía ofenderme con frases tan amables como «*estás sola por estúpida y creída*». Sí, no sé en qué momento pasé de darle grima a asco, pero no escatimó en buscar aquellos adjetivos peyorativos que dominaba para recordarme mi escasez de virtudes reseñables, a su entender.

Mientras ella se empeñaba en surtirme de apelativos desagradables, mi cerebro canturreaba «*rebota, rebota y en tu culo explota*». También he sido muy de cantar estupideces dedicadas a todo estúpido que se cruzaba por mi destino. Incluso, ahora de adulta, dediqué un tiempo a rogar al santo de las enfermedades molestas no mortales, surtiera a mis enemigos de herpes, causándoles comezones incómodas, pero por lo visto, o no me escuchaba o no encontraba la cepa del virus adecuada. En fin...

Siempre me he sentido por encima de léxicos malintencionados, y ni me molestaba en contestar. Pero, una vez, harta de tanta crítica, le escupí un «*¡Narcisista!*» a mi hermana, que replicó con un «*¡Gilipollas!*». Estoy convencida de que aún no ha descubierto qué le dije.

Sin embargo, en estas últimas horas he comprendido que mi fealdad no es debido a un salto genético. Soy deforme de dentro hacia fuera, un reflejo de

mis entrañas. Y encima he querido ver en eso una cualidad, abanderando mi existencia con trazas de *hater*, a los que odio, por odiarlo todo.

Miento. Sé que no debería, es inmoral, poco ético; pese a reconocerlo, ante una situación en donde deba optar entre la verdad y el embuste, gana lo segundo sin apreturas. ¿Por qué?, fácil, la gente prefiere escuchar una excusa a que con franqueza uno se sincere.

Como dijo Unamuno, a través de *Don Manuel bueno, mártir*:

«¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella. "¿Y por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?", le dije. Y él: Porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en tanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.»

Ahora aquí, ocupando un confortable asiento en primera rumbo a Madrid, con destino indeterminado, sopeso la posibilidad de que mi carencia de belleza interior me metamorfoseará como a *Gregorio Samsa*, en un escarabajo pelotero e intentaré disimular la aversión provocada al resto, pintándome las antenas y las puntitas de las patas. ¡Con la repulsión que les tengo a las cucarachas!

—Olympia...

—Dime.

—¿En qué piensas? —Podría regalarte los oídos y elevarte el ego contestando: *en ti...*, total, una mentirijilla más.

—En cucarachas.

—Cucarachas. ¿Has visto alguna por aquí?

—En la ensalada.

—Llevas un par de días de un humor extra ácido, y cansa. —No resoples, que no están las nubes para resoplidos.

—Se ha unido al síndrome premenstrual el cambio de presión atmosférica.

—Y el desencuentro en alta mar.

—Qué exquisito suena. —En el fondo de mi mente truculenta, suena *Love Boat*, ¿no habré heredado algún alelo enfermo de mi hermana?

—Me disculpé, ¿qué he de hacer Olympia? —No recordármelo cada diez minutos, no insistir con terquedad de párvulo, dejar que se me pase. ¡Tampoco pido que subas a Montserrat a la pata coja! Pues nada, hijo, volvamos al dramatismo.

—Te he dicho que pensaba en cucarachas, y no confías en mi palabra... ¿En qué punto estamos Alatz?

—Lo llevas todo a los extremos.

—Es que para poder delimitar hay que extremar.

—Vale, vamos a hablar con claridad. —A mí me apetecía más dormir, la verdad. ¿Se lo digo?

—Empieza. —Me arrepentiré, lo sé. Este hombre es puro *stamina*, no tiene fin argumentando justificaciones. ¡Vaya seis horitas me esperan!

—Creo que gestionas pésimamente los acuerdos de lealtad. Por amistad uno no puede abandonar sus principios. Y me molesta que compares nuestra situación con cualquier otra. Nuestros grados de compromiso con nuestras ex parejas, no son paralelos a los de Thais. —Le falta la toga. Y yo sin nadie que me defienda.

—¿Tú no estabas casado?

—Es diferente. —¡Sí hombre!

—¿Por qué? ¿No pasasteis por el registro? —¡Qué de tonta tengo lo que quiero que veas!

—No la quiero.

—Pero la quisiste.

—Supongo.

—La quisiste y no me vengas con romances... Thais, se enamoró de Saúl, cosas que pasan. ¿Para flipar? Pues sí; y también se casó enamorada de Omar, ¿me dices las diferencias?

—Ella no miente por ti.

—Eso, chato, es lo que tú te crees. Mientras tú y yo nos magreábamos por los rincones, Saúl se culpaba por haberme sido infiel, y Thais sostuvo ese engaño. Basándome en tus conjeturas anteriores, ella no solo ha engañado a su

esposo, si no, ha estado ocultando la verdad, que es lo mismito que mentir a Saúl. Por lo tanto, las lecciones de principios, moralidad y buenas maneras, las necesitamos todos.

—Mira Saúl lo afectado que estaba con vuestra ruptura. —Sí, la verdad es que al Sergio Saúl le duró el amor, lo que el sabor al chicle de peseta.

—Eso es lo de menos, y te diré más, Thais y Leo, son más hermanas que amigas, y a pesar de no sentirme cómoda engañando a Omar, de hallarme en la misma tesitura, lo haré de nuevo. No voy a pedirte que mientas por ellas, ni por mí, solo mantente al margen.

—¿Y si no puedo?

—Tomo en Madrid el puente aéreo a Barcelona, y aquí paz y después gloria.

—¿Así solucionas tú los conflictos? ¿Enviándolo todo a la mierda?

—Mira Alatz, odio los reproches tanto como la verdura, por desgracia, de los vegetales no puedo prescindir.

—Pues yo puedo prescindir de todo, excepto de ti. —Golpe bajo rompe chulería.

—¿Aunque te decepcione y sea como el resto?

—No eres como el resto, porque podrías haberlo dejado pasar, incluso haberme dicho que no volvería a suceder... No, definitivamente no eres como el resto.

—Me importas, y por eso la única vez que puse en jaque mis principios, no impedí que tus peones los tumbaran... —Estira su cuerpo para encontrarse con mis labios y con suavidad, ternura y cariño los besa. Yo me dejo.

—No comparto el proceder, pero respeto ese compromiso entre vosotras. Me mantendré de tu lado, pero de no gustarme lo que veo, te lo haré saber.

—Chico, pues no sé qué puede desagradarte de mí, si soy tan «fascinante».

—Que antepongas las acelgas a mi persona..., ha sido cruel.

—Son muchas horas de vuelo, da tiempo a pelearnos y a reconciliarnos unas cuantas veces más.

—Nuestra primera pelea de casados. —Qué imbécil..., yo no he firmado *ná de ná*.

—Y mira, casi nos cuesta el divorcio.

—Si piensas que te hubiera dejado marchar a *Barna* sola, es que no me conoces. —*Ohhh*, qué bien suena el posesivo así entre cuchicheos. ¡Qué bien

cuchichea el *jodio!*... Anda que tengo yo el cuerpo para irme sin él a ninguna parte. Soy arrogante de boquilla. ¡Ya ves! Cuatro murmullos sugerentes y desbaratada como un polo en Córdoba en pleno julio... ¡Al ataque!

—Si piensas que tus amenazas de medio pelo, de chulito piscinitas me intimidan, vas fino.

—No es una amenaza, ni una advertencia, es sencillamente lo que hay..., conozco medios legales para conseguirlo.

—Dudo que tú o tus conocimientos sobre leyes internacionales tengan poder sobre mí.

—Hay etnias que consideran la consumación un compromiso tácito inquebrantable.

—Y en otras, se unen los hombres de la familia y castran al *desflorador*.

—Suerte que no tienes hermanos.

—No quieras conocer a mi padre enfadado.

—¿Has avisado de que pasaremos allí unos días?

—No. —Levanta la ceja derecha y las ventanitas de la nariz se abren. Puestos a enfadarlo, mejor en un lugar controlado—. Porque no vamos a ir.

—¡Qué testarudez más insufrible la tuya!

Paso de contestar, lo que necesitaba decir para descargar mi conciencia, está dicho. Decidí no ir a ver a mis padres este verano, y no lo haré. Me lo plantearé en Navidad; a mí madre le ilusionará más, y este y yo, llevaremos algo más de tiempo juntos.

Lo veo muy convencido de conseguir que seamos una pareja estable... De ilusión también hay quien vive.

—Nena... *Open yours eyes*^[102]?

—¿Has dormido? —Me incorporo y estiro mis huesecillos.

—No, tenía una pila de documentos pendiente de revisión. Esta semana me he estado tocando los huevos —dijo el letrado en lenguaje cuidado y formal.

—Estabas de vacaciones, ¿no es lo habitual? —Sigo estirándome como los gatitos, qué bien se duerme en primera.

—No, si eres el jefe.

—Es bueno saberlo, seré empleada por cuenta ajena todo lo que dé de sí mi vida laboral.

—¿Nunca te has planteado tener tu propio estudio de diseño? —Y un ático en Manhattan...

—Los estudios de diseño no son negocios rentables en España, por lo menos los nuevos. —Se enciende el piloto para que nos abrochemos los cinturones.

—El negocio más lucrativo de Saúl, es la búsqueda de información para abaratar la venta de las empresas. —¿Esto a qué viene ahora?

—Muy interesante.

—Los Sureda tienen el negocio a la venta desde principios de año. —Cuerpo de difunto me ha dejado la noticia.

—No lo entiendo, funciona bien..., no para tener un jet privado, pero sí para mantenerles en un nivel medio-alto.

—Están buscando otros sectores más lucrativos.

—Espera... ¿Saúl quiere comprarla?

—No, nena..., él solo pasa datos al mejor postor sobre los puntos más vulnerables, así la gestión de venta es más propicia para el comprador.

—Bueno, no sé qué podrá mostrar a nadie para hacerla menos atractiva, somos igual de legales que el resto de las empresas.

—En realidad, Saúl puede ir algo más lejos. Utiliza sus conocimientos sobre las redes para manipular ciertos aspectos contables.

—No me vengas con pamplinas, la contabilidad siempre va avalada por documentación, todo apunte tiene una factura..., no hay más. —Me observa entrecerrando los ojos, torciendo la boca, sopesando el confesarme algo.

—Ahora ya es tarde para callar.

—Saúl intentó utilizarte para conseguir entrar en el sistema. —¡Coño!
¡Pedazo de excremento putrefacto y diarreico!

—¿Y tú desde cuándo sabes eso?

—Desde siempre.

—¡Alatz! ¡Me cago en la leche! ¿Me habéis estado utilizando? —musito
entre dientes. Me nace morderle y arrancarle un cacho de oreja.

—No.

—¡Qué no me tomes por estúpida!

—Supo enseguida que no eras la indicada.

—¿Y tú te prestas a estas majaderías ilegales?

—Yo redacto los documentos de compra-venta y no me intereso en cómo
hayan llegado a ese punto, ni las maniobras realizadas para conseguir sus
fines. Me enteré de todo esto, porque el padre de Miranda es quien suele
financiar las compras.

—Thais...

—Podría prestarse...

—Hace unos meses te habría dicho que no.

—Habla con ella, ponla en antecedentes, sin alarmarla.

—Pues a ver qué me invento, no tiene la autoestima como para hacerla
sentir un pelele.

—De llevarse a cabo la compra, perderéis el empleo. Es el siguiente
paso, Mr. Stuart, despide a todo el personal, no se fía de nadie, como es
normal.

—Me veo, con algo de suerte, en la sección de cocinas y enseres del
Bricorama.

—Por ahora todo está paralizado, el precio de salida se mantiene. No te
vayas a obcecar con eso.

—No me lo hubieras dicho...

El plan es de lo más halagüeño, si Thais por mantener su sexualidad
activa, cede a las sugerencias de ese *bandarra*, nos quedamos todos en la
puñetera calle. La posibilidad de enfrentarme a la agotadora tarea de encontrar
trabajo, me preocupa, no doy ese perfil de persona arrolladora por su carisma,
cuyo magnetismo atrae y son siempre la primera elección. De competir con
otro candidato con similares aptitudes o incluso algo menos destacadas, yo
salgo perdiendo. Vamos, que, si viajo al futuro y me apunto los números de la
primitiva, justo al salir piso una araña y eso trasmuta el orden del mundo y en

lugar de números, se juega con letras.

Y a todo eso, ¿a dónde nos dirigimos? Hemos aterrizado, él se ha encargado de que nos faciliten la tarjeta de embarque y caminamos hacia la terminal de vuelos nacionales... ¡Ay!, ¡me lo estoy viendo venir!

—Alatz, dime que no vamos a Bilbao.

—No vamos a Bilbao. —Observo el monitor, le arranco la tarjeta de las manos y compruebo el número de vuelo con las conexiones, y sí, Bilbao nos espera.

—¿Podrías haberme avisado?

—¿Para escuchar tus ochocientas excusas? —Odio cuando me leen el pensamiento, me siento desnuda.

—No, para traer ropa de abrigo.

—Olympia, cielo... — intentaré despistarlo con evasivas —, es agosto, y sí, el norte es fresco, pero no es el Ártico.

—Igualmente, necesitaré una rebequita y algún tejano.

—Si eres *doña Calores*, te molesta hasta el sol en la playa.

—Porque allí, ni dándote un chapuzón se nota alivio.

—Es una agonía verte dormir sugerentemente desnuda, acercarme y recibir un golpe de cadera para mantener la distancia.

—Eres un pesado, tú también duermes en pelotas y no me tiro encima con ganas de brega.

—Más de una noche tu mano inocente, ha reposado sobre mi «muñeco» dormido. —¡Oh! ¡Qué alusión más fea!

—Oníricamente, no cuenta.

—Me lo apunto.

—Alatz, no desvíes la conversación a lo erótico festivo, que el tema es serio.

—En Bilbao hay tiendas de ropa, no solemos ir en porretas por las calles.

—¡Vaya por Dios! Otro mito a tomar por saco. —Suspiro, no soy muy amante de las presentaciones familiares, más si cabe, siendo la churri entrometida revienta matrimonios—. Buena jugada la tuya, ¿esto podría considerarse premeditación y alevosía?

—No, en ningún momento mostraste interés en conocer el destino previsto.

—Abogado, usted ha omitido el dato intencionadamente.

—Apelo a mi derecho a no contestar.

—¡Granuja!

—¡Tía buena!

—¡Qué rabia me das cuando me contestas como un tío!

—Ya buscaré por internet cómo responde un ñu a su hembra.

—¡Hembra! De veras, Alatz se está rifando un salivazo y tienes todas las papeletas.

—Luego soy yo el ordinario.

—Soy de vulgaridad desbordante bajo presión.

—No soportas una atmósfera, saltas muy fácilmente.

—¿Insinúas que estoy mal regulada?

—No, lo afirmo.

—Eres feo. —Es por no decirle imbécil y ejemplarizar su aseveración.

—Sé que no.

—Y creído. Pero con la edad que tienes, ya no hay nada que hacer.

—Te vuelvo loca. —Cómo me cuesta no morrearle cuando me sonrío presumiendo de su facultad para alelarme.

—A ver, feo... ¿Qué voy a encontrarme al llegar a Bilbao?

—En el aeropuerto a mis padres.

—Para ir abriendo boca. —Pasa su brazo por mis hombros y me atrae insuflándome confianza—. Dame datos.

—Mi padre es un tío serio, y desde la jubilación, algo quisquilloso. Tiene una mirada intimidante, tampoco es de sonreír demasiado; mejor dicho, nunca lo hace espontáneamente.

—Vamos, que sentarse con él a la mesa es de un ameno espectacular — emplear tono irónico refiriéndome a la familia no es correcto, pero..., ¡jo pelines!

—Al contrario, nena, en mi casa lo menos escuchado es el silencio. Mi madre ejerce de contrapunto, es nerviosa y extrovertida, a todo le encuentra el lado jocoso.

—¿Y tus hermanas? —No sé por qué son las que más me preocupan.

—Miren está casada con Abraham, viven aquí en Madrid, pero siempre reservan unas semanas para disfrutarlas en casa. Tienen un nene de año y medio, Iker, que cuando no llora, le está dando patadas a algo o a alguien. Mi cuñado está planteándose una vasectomía radical.

—Los niños lloran porque no saben expresarse, y pegan porque es la

inclinación básica e instintiva del ser humano.

—Cuando el cabroncete te arree el primer puntapié en la espinilla o te dé un guantazo con la micro mano bien extendida, te acordarás de Darwin y de todos los simios.

—¿Y tu otra hermana?

—Maitane está separada, aunque ninguna de sus parejas le duran demasiado. —Eso me describe a mí también—. Es lesbiana.

—Es una opción complicada en una mujer. Ya es un reto entenderse una consigo misma y superar los cambios propios de humor, para encima torear con los de la parienta, que también es mujer con los mismos ítems.

—¡Olympia! ¿¡Sabes la que me habría caído si expreso eso yo así!?

—Obvio, tú eres hombre, no sufres ciclos menstruales que te convierten en un manojito de hormonas andante. No puedes hablar de lo que no padeces.

—¡A joderse!

Volveré a divagar mientras el mozo está inmerso en ese mundo legal que encuentra tan apasionante. A mí, y no es por ser despreciativa, aparte de alguna anécdota de sus inicios en el bufete de su padre, en donde se dedicaba a casos algo más desenfadados antes de especializarse; lo encuentro tremendamente tedioso. Se pasa hora sobre hora, analizando una frase, filtrando entre toda la legislación, laudos, jurisprudencias, sentencias y veredictos, con tal de sacar la palabra no dicha, la letra no escrita, la línea omitida, el punto de inflexión que le dé más valor a lo que defiende, que a la lógica común.

A mí el tema del menudeo para desenterrar la coma en donde debería haber un punto, me resulta tan encomiable como pesado. Nunca hubiera sido un buen abogado, sin embargo, me encantaría estar redactando las penas y las condenas. Desde que vi la película de *Little Nicky*, la idea de introducir piñas con su cáscara y su corona a través del esfínter a modo de correctivo, me parece idóneo para aquellos que cometen atrocidades. En función del delito, se escoge la fruta, el tamaño, la frecuencia y el orificio. Seguro se reducirían los crímenes, los abusos y las injusticias. Además de que el sector agrícola se vería beneficiado.

Qué sexis le hacen las gafas con ese aspecto descuidado cultivado con acierto para que, las féminas al completo, suframos de sequedad bucal y humedad vaginal. Concentrado entre tantos datos, aún acrecienta su atractivo; cuando se acaricia la mandíbula, pensativo o se estira elegantemente para

desentumecer la espalda y el cuello, marcando pectorales. Hasta la azafata se abanica.

Ahora, que..., ¡chico cabrito está hecho! Se las sabe todas, menuda encerrona. «*Elige tú un destino*», dijo.

Y yo, más ingenua que el inventor de las linternas fotovoltaicas, pensando en algo espectacular y divertido, rompiéndome los cuernos intentando estar a la altura. ¡Y tuvo los santos cataplínes de quejarse porque escogí Croacia!

¿Y cómo me presento?

Lo normal es con el nombre... ¡Vale, Olympia, que estás pensando en serio! También me estoy contestando en serio..., porque esta familia, hasta no hace demasiado acogía bajo su manto fraternal a una mujer diferente. Ahora llego yo, usurpando su puesto, deshaciendo lazos e intentando anudar otros.

¡Qué manía esta de hacer siempre lo correcto! ¡Lo que todo el mundo espera de ti! Poniendo en manifiesto los comportamientos gregarios, moviéndonos juntos en la misma dirección que no necesariamente ha de estar planificada, o como es el caso, uno corre y, el resto sin preguntar, le siguen por imitación, simpatía o amor.

Sobrevaloramos los sentimientos, deberíamos ser menos conmovedores, menos viscerales, menos sensibles, apartar las emociones para regirnos por la analítica y el pragmatismo, tomar disposiciones basadas en el estudio de las consecuencias a corto, medio o largo plazo, valorar el daño que se puede ocasionar al grupo antes de meter a una hembra de otra manada dentro del núcleo de aquella bien estructurada.

En fin, no sé si aullar a la luna o colgarme de una rama bocabajo tapándome con unas alas membranosas y negras, escondida de la luz.

—Estás muy callada.

—Mi madre dice que hablar sola es de desequilibrados —aunque yo me pase la vida hablándome a mí misma.

—¿Ha sido eso un reproche?

—Pues no, solo te ofrecía una justificación a mi silencio.

—¿En qué pensabas ahora?

—En murciélagos. —Pestañea y niega sin mirarme.

—Antes cucarachas, ahora murciélagos...

—Y lobos.

—¿Repasas algún programa de *Wild Frank*?

—Sí, el capítulo que hizo amistad con un oso hormiguero y le bautizó como Federico. —Entorna los ojos y niega, cierra el ordenador, pliega la mesa y se digna a mirarme. No sé para qué pregunta, cuando sabe perfectamente a qué dedico la hora escasa de vuelo hasta Euskadi.

—No has de preocuparte, mi familia te va a recibir con los brazos abiertos.

—¿Van a estar todos en el aeropuerto? —Eso acongoja.

—Mucho me temo que sí.

—¿Siempre que vienes a Bilbao sucede esto?

—No, nena... Durante el año mis visitas son como las del médico, paso por casa una vez resuelto los compromisos profesionales que me traen a la ciudad.

—Me metes en unos cenagales.

—Yo conozco a tus padres. —¡Otro tonto que venía para listo!

—¡De verdad, Alatz! En ocasiones me das motivos para creer que eres tan cortito como la picha de un virus. —Se gira para encararme directamente. Aunque ríe. Eso me descoloca, porque no sé si va en serio o de farol.

—No eres un caprichito pasajero, no hubiera sido capaz de hablar de ti a mi familia si no supiera que eres la mujer de mi vida.

—Alatz, hasta no hace demasiado, tu madre preparaba la llegada de otra mujer...

—¿Por qué siempre has de sacar a relucir el pasado?

—¡Nene! Pasado inmediato, preguntando eso das a entender que es el recurso de descargo fácil.

—Miranda nunca quiso encajar, no se encontraba a gusto en mi casa. Mi madre intentó integrarla, ella rehusó el afecto, está habituada a otras costumbres más refinadas... Mis hermanas tampoco se lo pusieron fácil. Sin embargo, ella fue la que determinó no acompañarme, no compartir conmigo tiempo con nuestra familia.

—Yo no soy la alegría de la huerta, no tengo facilidad empática y, generalmente, caigo mal.

—Eres mi alegría, Olympia..., y para mí es importante que formes parte de todo aquello que me importa.

—Vas a tener que dejarme el código de legislación social.

—¿Para qué? —Aunque sonrío, el gesto es de desconcierto.

—Para jugar en la misma liga, Alatz. —Rompe a carcajadas, mientras

con el índice busca mi mentón para besarme, solo como él sabe hacer,
arrebatándome el aliento y la voluntad.

—Te quiero, nena...

Tocada y hundida.

¿Alguna vez a alguien se le ha ocurrido colocar una bandeja de gelatina encima de una lavadora vieja? —sí, aquellas que llevaban dos *pedrolos* para contrarrestar el movimiento con las revoluciones del centrifugado, impidiendo así su aparición en casa del vecino—, yo soy la gelatina.

¡Santo Niño de las Familias Numerosas y Unidas! Estoy más atacada que los *Gremlins* en su bautizo.

Nos traen las maletas y... me meo. Sonará ordinario, grotesco, poco elegante, pero no es pis, ni orín..., me meo de puros nervios.

En este instante la imagen de Concha Velasco, con su pañuelito rosa, dando detalles de sus pérdidas de orina, ocupa una parte de mi cerebro, la otra se dedica a suplicar para que solo hayan enviado a un emisario y no me vea obligada a conocer a todo el clan Gorraiz al salir de la terminal, con la efusividad de haber regresado de una expedición holocáustica caníbal siendo nosotros los único supervivientes. ¡Olympia!, ¡hacerte películas no ayuda!

Necesito ir al baño, si estrujan saludando como manifiestan los tópicos vascos... ¡Ríete tú de las lluvias doradas! ¡O de El Niño!

—Alatz, he de ir al baño.

—¿A qué? —A beber agua del grifo..., en ocasiones pierde el garbo con la perspicacia.

—Mira, había pensado tirarme a mí misma por el inodoro, pero he recordado que, si no acciona alguien el pulsador para vaciar la cisterna, eso no traga.

—¿Y ha de ser justo ahora? —¡Señor dame paciencia!, más coraje no, porque aún levanto la patita.

—Si lo dejo para más tarde, no me hará falta ir.

—¿Y no puedes aguantarte? —¿Y no puedo guantearte?

—Ahora vuelvo. —¡Absurdo!

—No tardes.

Entro con prisas, por suerte para mi vejiga, hay retretes desocupados, cosa que nunca sucede al salir del cine. Tomo un poco de papel, presiono el dosificador de líquido biocida para la taza, la higienizo con cierta repulsión, aunque está limpia; y después de poner papel alrededor forrándola concienzudamente, me levanto la falda y micciono de pie.

¿Y qué sucede cuando llevas demasiado tiempo aguantando las ganas de

hacer pipí? ¡Exacto! Que sale gota a gota... Estoy sudando del esfuerzo empleado en apretar, apuntar, aguantar y no mojar las sandalias.

¡A la mierda! ¡Me siento! Se me *enramarán* las piernas con la semi flexión. ¡Qué complicados que somos los humanos! O la humana Olympia... Al final me despedirán del mundo para impedir que mis cromosomas se repliquen.

¡Oh Señor de las Excreciones Imposibles! Gracias por dejarme descargar.

Más aliviada y segura, abandono los aseos femeninos. Podría flotar.

Diviso a Alatz, lleva en brazos a su sobrinito, y a su alrededor, lo que parece un grupo de fans abrazando y besando a la estrella del momento... ¡Lo que daría por tener el bolsillo de *Doraimon*^[103] y no el cuerpo!

—¡Olympia! —¡Hala todos mirando! Según el espejo del baño, todo estaba bien colocado y sin manchas ni churretes.

—Buenas tardes. —Sonrío, aunque un tic de esos inoportunos que afecta al nervio del párpado contrae la línea de las pestañas. ¿Lo estarán percibiendo?

—Hola Olimpia, soy Aroa, la *ama* de Alatz y mi esposo, Malder.

—Un placer. —El padre se acerca y me da dos besos, la madre toma mi cara con ambas manos, plantificándome otros dos besazos de: *¡Ay va la hostia!*, y me abraza con energía. No sé qué hacer.

—Olympia, cielo..., mis hermanas, Maitane y Miren. —Nos saludamos a besos también. Ambas son realmente bonitas, y me lo esperaba. Maitane es de rasgos más delicados contrastados con su traje de ejecutiva que marcan sus curvas de: ¡Jo qué envidia! Miren es más racial y desenfadada pero igual de arrebatadora. ¡Qué asco de perfección!

—¿Te trata bien el estirado de mi hermano?

—Mejor no me pronuncio —¡cualquiera critica!

—No la avasalles Maitane. Este es mi peque... Iker dale un besito a la tita —¿Tita? ¿Ya tengo el título? ¡Qué presión!

—¡No tero! —ha dicho.

—No pasa nada Iker, más tarde.

—Aúpa tú.

Exigente la criatura. Alatz me pasa la pelota, perdón, el niño. Siguen las presentaciones, el marido de Miren, se llama Abraham y no parece vasco.

Toda la familia, en esta primera toma de contacto, se muestra encantadora. Bromean entre ellos sin marginarme. Yo, prudente por una vez en mi vida, sonrío, atenta y muda.

Después de sentar al niño en la silla del coche desenganchándolo del cuello —por lo visto le he caído en gracia—, montamos con sus padres. Viven en Neguri, Getxo, frente al mar, en la cima de una loma esmeralda resplandeciente. La casa es toda en piedra, de estética muy clásica con tejados a cuatro aguas planos, en diferentes construcciones unidas entre sí, rodeada de arcos similares a los claustros de las iglesias románicas. Al fondo hay una piscina cercada con unos postes de madera, previniendo una travesura de *Chicho Terremoto* intentando hacer unos largos sin saber nadar.

El jardín se compone de bancos y mesas colocados estratégicamente para evitar las brisas molestas, unos cuantos árboles desperdigados y rosales en maceteros enormes; no necesita más ornamentos porque es de una hermosura fabulosa la unión entre el verde intenso de la yerba segada y la línea del mar fusionándose con el cielo. Simplemente, colosal.

Hemos llegado los primeros. Alatz ha desalentado a su madre a hacerme una visita turística por la finca. Ahora me conduce con las maletas hacia el piso superior. El hogar Gorraiz es una guía de elegancia rústica, no va demasiado con mis gustos personales, creo que avejentar estancias, ya proclives a desperdiciar luminosidad con el uso abusivo del adoquín y ornamentos basados en maderas nobles broqueladas y barnizadas en doce capas, dan aire lóbrego a las salas en las que debería primar la comodidad. No obstante, cada cual tiene su casa como le viene en gana, no de expositor para las visitas. Ha de ser ese espacio propio que te protege del resto del mundo.

El dormitorio es de hace dos siglos, enorme, con un ventanal de madera y porticones. Odio los porticones, no hay cosa más molesta por la mañana que el sol directo en los ojos a través de las lamas que son fijas, o el repiqueteo del viento contra la madera del marco de la ventana, o que se desenganchen a media noche, se abran y golpeen contra la pared y, te des tal susto, que se te escape un gas.

El armario está empotrado en la pared y las puertas, como no, son de roble con unos junquillos tallados en la misma madera separándolas en dos cuarterones, y en el centro del superior una flor de Lis. Sí, espeluznante.

¿Y qué decir de la cama? Con sus cuatro postes cincelados y retorcido

hasta lo imposible, sin omitir el tul recogido a los lados. Pasaré de descripciones sobre el escritorio, la mecedora, el baúl con tapa en piel *camel*, el espejo enmarcado y la ropa de cama, más acorde con películas de época de la Inglaterra decimonónica.

—¿Vamos a dormir en la misma habitación?

—Olympia, nena...

—Olympia, nena... qué.

—Obvio que sí. No tenemos catorce añitos.

—¿Por qué no nos hemos quedado en un hotel?

—Si tú eres capaz de convencer a mi madre para dormir en otro lugar que no sea en su casa, yo duermo dónde tú quieras.

—Es tu madre, ¿no es mejor que se lo expongas tú?

—Porque es mi madre, sé que tengo la batalla perdida.

—¡Qué vergüenza! Aquí juntos, amancebados... —rompe a reír a carcajada limpia—. ¡Córtate Alatz!

—¿Te escuchas? ¿Esperas que piensen que nos sentamos en un banco a suspirar mientras nos miramos a los ojos? —Se acerca peligrosamente acorralándome contra el poste de la cama.

—Alatz, que corra el aire.

—No quiero.

—En tu casa no hay sexo, nos podrían escuchar.

—No grites.

—¡Yo no grito cuando... eso!

—Jadeas alto, es muy erótico. —¡Ya estoy con todo el calor mal repartido!

—Sepárate.

Y pasa de mí, callándome de la mejor manera que sabe, cubriendo mi boca con la suya, ofreciéndome sus labios a modo de réplica, regalándome la jugosidad de su saliva al mezclarse con la mía mientras sus manos trepan por mi muslo, lenta y progresivamente. Lástima que el dibujo del poste se esté escarificando en mi espalda.

—Tita Pimpia, aúpa. —¡Jesús! ¡Qué *sustazo*!

—Iker, ¿y mamá? —Me escabullo de la cárcel de sus brazos y el peque viene a los míos. Mientras, Alatz indaga el por qué ha entrado tan sigilosamente cuando es imposible que alcance y accione la maneta.

—Mamá no *ta*.

—Deja al tito. Se cree que con menos de dos años puedes enumerar las paradas del metro. ¿Sabes lo que vamos a hacer tú y yo?

—No, tita..., no.

—Nos vamos a jugar al jardín y dejaremos al tito, deshaciendo las maletas.

—*¡Ti! ¡Jugá!*

Ciertamente la casa es enorme, aunque no tanto como para que desaparezcan todos los adultos que nos recibieron en el aeropuerto. Por una parte, lo prefiero, me resulta más gratificante la charla a media lengua con el peque de la familia, a las típicas conversaciones rompe-hielos que no llevan a ningún sitio provocando más incomodidad cuando surge el tan temido silencio.

A la gente le asusta más no saber qué decir, que decir sandeces. Es algo de lo más absurdo, pero tan cierto como que el frenillo de debajo de la lengua sirve para no tragártela, a pesar de que a más de uno deberían amputárselo por bocazas.

—¿Hola? —¿En Bilbao no hay nadie feo? Sin contarme a mí, claro.

—Hola. —Aquí estoy, de rodillas, descalza en el césped buscando mariquitas con el bebé... ¿Este quién es?

—Me llamo Jesús, soy amigo de la familia.

—Encantada, soy Olympia.

—A tita —aclara el niño.

—Eres la pareja de Maitane, entiendo.

—No, de Alatz. —Mejor dejemos los títulos claros. No me importa pasar por lesbiana; pero es más esa sonrisa babosa asociada a una mirada lasciva y sucia, de imaginarse escenas desagradables de porno poco imaginativo, la que me obliga a marcar los límites.

—¡Hombre Jesús! No te esperábamos. —Por fin un Gorraiz, hubiera preferido una de las hermanas antes del padre, pero si evita que deje de montarse películas guarras a mi consta, yo encantada.

—He llegado esta mañana. Pasé a saludar, pero no había nadie.

—Fuimos a recoger a mis hijos al aeropuerto —me ha incluido a mí en el plural, con lo serio que es, vaya detalle más distinguido, y sin conocerme apenas.

—No sabía que Alatz se había separado de Miranda. —Los hay con el mismo tacto de un cirujano operando con manoplas.

—¿Has venido a pasar unos días?

—En realidad, una temporada. Abriré una clínica aquí.

—Te deseo mucho éxito. Quédate y cena con nosotros.

—Le tomo la palabra, será un placer.

Yo me desmarco de la conversación cuando Iker me pide pipí. Mal asunto teniendo en cuenta que es un niño, que no tiene retentiva en la vejiga porque están probando de quitarle el pañal, y aquí la «tita en funciones» desconoce dónde está el baño.

—Tita, pipí... —insiste.

—Iker, hoy le regaremos las flores a la abuela. —Le bajo los pantalones y lo sostengo para que orine entre las hortensias. No será más nocivo que el veneno para el pulgón.

—*Ohhhh... ya ta.*

—Otro día avisa con tiempo, no tengo práctica.

—*¿No táctica?*

—Le hablas como si tuviera diez años. —Comenta Alatz, que nos ha pillado infraganti y no se mea de la risa, porque es un chico mayor.

—Cómo se supone que he de hablarle, ¿a gritos y atiplando la voz?

—Con frases sencillas, hija.

—Gracias por la información, padre.

—¿Me quedo yo con Iker y te das una ducha?

—¿Insinúas que huelo mal?

—Nunca hueles mal, al contrario, cuando el aroma del gel desaparece, aún hueles mucho mejor.

—Anda, mantén a tu sobrino vigilado. Iré a recuperar el perfume a fresco.

—¿Has visto a mi padre?

—¿No te ves capaz de estar solo con el nene?

—A los niños los carga el diablo. ¿Está mi padre por ahí?

—Sí, en la parte de atrás, hablando con un tal... ¿José?

—¿José? No me suena de nada.

—Pues él te conoce a ti y a Miranda, habla con mucha familiaridad.

—¿No será Jesús? —ha mudado el tono, parece molesto.

—Sí, sabía que era alguien con nombre de personaje de pesebre... Por cierto, se quedará a cenar, le ha invitado tu padre.

—¡Mierda!

—¡Alatz, el niño!

—¿Te ha dicho algo inapropiado?

—No... ¿Debería? —obviaré mencionar mi sensación de salido mental, paso de escenas amurallando la propiedad. De todos es conocida la manía de los machos por mearlo todo y enseñar los colmillos.

—Ese tío ha sido uno de los amantes de Miranda.

—¡Mierda, Alatz!

—¡Olympia, el niño!

—¿Y ahora qué? De saberlo, hubiera preferido que siguiera pensando que era la pareja de Maitane.

—No permitiré que te ofenda.

—De eso no te preocupes, sé hacerlo sin ayuda. Espero que no sea tan necio de hacer insinuaciones poco adecuadas en la mesa.

—Es muy dado a las bromas de mal gusto.

—¡Vaya unos amigos que te echas!

—Es el cirujano plástico de Miranda.

—Mis padres no invitan a cenar al médico que me extirpó el apéndice, debe de haber algún lazo más cercano.

—Sus padres y los míos son amigos, aparte de ser uno de los clientes más importantes de su bufete. —¡Esto es de pesadilla!

—Alatz, estoy convencida de que lo nuestro es amor porque de lo contrario, *Go to hell!*^[104]

—¡Olympia, el niño!

Durante la adolescencia, el mundo nos parece un lugar hostil en el cual nos encontramos algo desubicados; no sabes lo que quieres, porque lo quieres todo. Nos fijamos en las cualidades de los demás, las magnificamos. Cuando un colega cuenta que ha estado esquiando con los amigos, solo explica el cuarto de hora del rato divertido. Yo, que durante ese tiempo no conseguí fraguar ninguna amistad digna de mención, sabía interpretar la historia entre líneas, escuchar el disco al contrario y, al desgranarla, el increíble fin de semana del que alardeaba deslucía bastante.

Igual sucede con las expectativas creadas en cuanto a las parejas; eso también es divertido de sentir. Reconozco no haber estado tan desesperada como para dejarme sobar y besuquear por probar; me marqué unos límites para no herir mi dignidad y, al no destacar ni por guapa ni por simpática, me olvidé de príncipes, cuentos y películas. Aprendí mucho de las relaciones y

anhelos peripatéticos de las nenas monas que idealizaban sus conquistas y ensalzaban los atributos del zagal, cuando de todos es sabido que entre los quince y los veinte años, el que no es tísico, le sobra peso, el que no tiene granos, es unicejo o lleva correctores dentales, hacen competiciones de eructos entre ellos, graban las ventosidades y se pasan la proeza por WhatsApp... Más tarde, unos evolucionan y otros, no. Nunca he ideado un perfil físico masculino demasiado exigente, aunque sí intelectual, tenía claro que debía de ser alguien con el que compartir charlas amenas, una persona emprendedora y decidida, no sé si valoré el cariño entre nosotros, supongo, lo daba por entendido.

De lo que estoy convencida es de que ninguna muchacha al fantasear se imagina envuelta en semejante tortilla con tantos huevos.

¿Cuántos hombres pueden aparecer reclamando «el derecho a pernada»? Espero y deseo que esta noche la prudencia esté sentada con nosotros a la mesa, yo sea capaz de controlarme si me veo amenazada, y el tal Jesús se apiade de esta inocente y muy clásica alma para el sexo moderno.

Necesitaba la ducha, se me ha pasado algo la modorra, lo que no disminuye con el agua es la sensación de usurpadora. Tendríamos que haber hablado antes de esto, aplazar este momento unos meses..., años quizás.

Alatz ha desaparecido con su padre y su cuñado, a tomar unos *Txakoli*. Me parece una estampa algo machista, aunque no seré yo quien la señale. Así que estoy aquí, sentada con Iker entre los brazos, mientras la madre habla casi sin tomar aire, recordando cómo eran sus vástagos a la edad del nieto.

Mientras ella relata los sinsabores de la maternidad, yo hago que la atiendo recordando un juego de naipes de Heraclio Fournier consistente en reunir a siete miembros de una de las siete familias que componían la baraja. Siempre apostaba por la bantú, aunque todas estaban estructuradas igual. Logré comprender que las familias no se establecían tal como estipulaba el juego, no obstante, añoré un hogar compartiendo ratos divertidos entre todos. En la mía por lo general, cada uno iba por libre. Hoy, escuchando la algarabía que tienen organizadas estas tres mujeres, lo echo en falta.

Me asombra que el nene no se despierte, en dos ocasiones, me han sobresaltado sus carcajadas con los decibelios de un *F-18* rompiendo la barrera del sonido. Comprensible que el niño prefiera estar entre mis brazos, ha descubierto la paz.

—Alatz nos comentó que tus padres viven en Londres, debe de ser duro

para ti.

—No, la verdad. Mis padres siempre han estado a caballo entre Sant Pol y el resto del mundo.

—A mí me cuesta un horror estar lejos de casa, me encantaría vivir más cerca de Bilbao —apoya su comentario con mohines infantiles copiados de su bebé, muy logrados.

—¿Habéis pensado en dejar Barcelona? Alatz lo estuvo valorando hace unos meses. —Simularé estar al corriente, para esa bronca ya habrá tiempo.

—Es pronto para tomar esas determinaciones. Trabajo allí y no me planteo por el momento cambios tan abruptos.

—Eres interiorista, ¿verdad?, supongo que cada zona tiene unas características decorativas establecidas por la orografía —menuda sandez, Maitane.

—Sí —para qué entrar en una polémica tonta sobre la moda, los gustos, la edad, la cultura y, sobre todo, la economía.

—¿Qué te parece mi casa? —Ya tardaba. Es la típica pregunta después de las presentaciones profesionales.

—Un hogar con mucha personalidad —respuesta de «bien queda».

—¡Uff! Para personalidad la de mi suegra —comadrea Miren. Maitane entorna la mirada y niega—. Cuando me casé, me regaló un juego de café de cerámica verde. Asustan al miedo.

—Véndelas en Wallapop, seguro que alguien sabrá verles el encanto. —Maitane hace una propuesta de lo más acertada, no hay nada tan horroroso que no sea susceptible de que a otro le parezca lo más lindo. Yo soy un ejemplo.

—Abraham no lo ve correcto. —Se me escapa la risa al recordar un incidente que le sucedió a mis padres. Me miran contrariadas.

—Lo siento, me vino a la mente una anécdota que les sucedió a mis padres al poco de casarse.

—¡Ay, maja! ¡Te ha tocado contarlo! Todo lo que estas explican ya lo tengo muy escuchado —Maitane exigente, no da mucho el perfil de cotilla, a pesar de haberse bajado de los tacones y vestir una malla con una entallada camiseta deportiva.

—Mis padres se casaron en Londres y mis abuelos les regalaron unas lámparas que, por lo visto eran un legado familiar, pero que son más feas que un coche por debajo.

—¿Aún las tienen?

—Sí, bueno, ahora son de mi hermana, mis padres le entregaron la joya familiar cuando se casó. El caso es que ellos habían establecido su residencia en Sant Pol de Mar y mis abuelos eran mayores para viajar, y las lámparas se trasladaron en la misma caja en la que habían venido de Londres, a la buhardilla.

—Es que es un marrón, esos obsequios solo sirven para acumular polvo y ocupar espacio.

—Miren, ¿quieres dejar que acabe de explicarlo?

—Maja, ¡qué humor! Sigue Olympia, sea que mi hermana me hunda la cabeza en la charca.

—Imprevisiblemente y sin avisar, mis abuelos hicieron un viaje a Barcelona cuando se enteraron de que serían abuelos y claro, mi madre apremió a papá para que bajara las lámparas y las colocara encima de las mesitas de noche. Él obedeció. Mis abuelos llegaron, mi madre les mostró orgullosa una por una todas las habitaciones y mi abuela sintió tanta alegría al verlas colocadas en la mesita, que pulsó el interruptor de la pared para contemplarlas iluminadas y... se encendieron las que había escondido mi padre debajo de la cama. —Tras dos segundos de silencio, rompemos a reír todas.

—¡Qué mal trago!

—Sí, no debió de ser un momento agradable, es lo bueno que tiene el tiempo, cambia la vergüenza por sonrisas.

—Pero..., ¿qué bien os lo pasáis aquí las cuatro cortando trajes? —Jesús ha vuelto. ¿Tendrá pase de temporada? Aparece como los hongos.

—¡Qué gusto verte! —Se levanta la madre para saludarle con efusividad, las hermanas, por el contrario, igual que si fuera un hongo venenoso, ni se inmutan.

—Señora, estará contenta, tiene a toda la familia reunida.

—Sí, Jesús. Es un regalo que Alatz y Olympia nos acompañen estos días.

—Bilbao es más aburrido que Barcelona, ¿verdad Olympia?

—No lo sé, yo de Bilbao, solo conozco la autopista que enlaza con Santander.

—Pues podría hacerte un tour de lo más representativo, para ir abriendo boca. —Las hermanas se miran entre sí y niegan.

—Alatz ya tiene previsto mostrarme lo mejor de la ciudad.

—Si se deja algo por enseñarte, yo me ofrezco como guía. —¿Es doble

sentido?

—Lo dudo, él ya conoce lo que me gusta y lo que detesto. —Ahora las hermanas me sonrén.

—¡Qué bonito es el amor! —Más que nunca en primavera.

—Y tú Jesús, ¿sigues soltero? —interviene Miren.

—Sí, mi profesión es una mujer exigente. —Valiente vanidoso.

—Siempre puedes optar por comprarte una mascota, no demandan tanto. —Maitane toma el relevo.

—Olympia... —la abuela se levanta y se acerca a mí —, me llevo al nene a la cama ahora que está en el séptimo sueño.

Con lo protegida que me sentía con el niño entre los brazos.

—Pues hablando de mascotas, el otro día vi a una mujer caminando por pleno centro histórico con un puerco vietnamita. Barajo la posibilidad de hacerme con uno. ¿Tú qué opinas Olympia? —Quiero creer que no va con segundas, aunque si Thais estuviera a mi lado habría entendido que estaba llamando cerdo a Alatz.

—Que necesitas una novia.

Me levanto a la vez que las hermanas rompen a reír. Excusándome, me dirijo al baño, más por quitarme de en medio que por aliviar ninguna necesidad fisiológica, y me he escaqueado hasta que la sección masculina ha vuelto de vaguear. Se nota que a Alatz la presencia de Jesús le incomoda hasta decir basta, ha estado de un humor estupendo hasta que se lo ha encontrado al llegar a casa.

Es algo mareante comer entre tanto ruido, todos hablan a la vez, todos se pisan, todos preguntan y se contestan a sí mismos. Yo he optado por mover la cabeza asintiendo o negando, aunque como no presto atención no sé qué afirmo o niego. El padre de Alatz habla con este de temas laborales en un tono más comedido, y el tal Jesús ha pillado a Abraham por banda fantasmear en voz alta para que los presentes, conozcamos de primera mano todos los bienes que posee.

Esto sería más divertido si Leo o Thais estuvieran aquí, seguro que estaríamos enviándonos mensajes satirizando su vanidad.

Qué tristes me han parecido siempre aquellos que necesitan demostrar lo grandes que son para poder creérselo ellos mismos.

—Mamá, reconócelo, te pasas sulfatando, hay rosas que han perdido el color... ¡Si hasta las hormigas se han desteñido!

—Sí, habrán perdido tono, pero maja..., ahí siguen, que no hay manera de acabar con ellas.

—¿Ha probado el Glifosato? Es un herbicida, pero si da con el hormiguero, no quedará ni una.

—Pero no crecerá el césped después, Olympia —ese tonito de Jesús al pronunciar mi nombre es de vomiteras, y no es cosa mía, Alatz ha reaccionado volviendo la cabeza dejando a su padre hablando solo.

—Se sustituye el sustrato de la sección y se coloca un manto de césped tras el tratamiento —la respuesta se la ofrezco a Aroa. Si caigo en el error de mostrarle un ápice de interés, por muy falso o forzado que sea, esta clase de tiparracos creídos disponen de una excelsa imaginación.

—¿Has tenido problemas de plagas? —comenta Miren.

—Hace tres veranos invadieron la cocina, era horroroso. Una tarde dejé una piruleta en el portaobjetos del coche y a la mañana siguiente, estaba el palo, el envoltorio y una colonia de hormigas negras, minúsculas y molestas ocupando el habitáculo. —Me estremezco con las imágenes que guardó mi memoria. Alatz se ríe.

—¿A quién se le ocurre? —Perdona, chaval, pero una no acostumbra a ser asediada por insectos.

—El coche lo aspiré y desaparecieron.

—Si no hay comida abandonan la zona —añade Malder. Por cierto, es la primera vez que lo veo sonreír.

—Yo y una amiga, Leo, localizamos el hormiguero, lo rociamos de insecticida, pero solo caían los soldados de primera línea. —Ahora ríen todos y eso que no he llegado a lo más interesante.

—Entonces probaste con los productos plaguicidas.

—Sí, Leo tiene un conocido que es Guardia Civil. —Su chico en aquel entonces—. Nos trajo una garrafa con el veneno. Hicimos el agujero más grande e introdujimos la solución.

—¿Y actuó enseguida?

—No le dimos tiempo, mi amiga cogió una cerilla y la dejó caer dentro —a día de hoy, aún me pregunto por qué se nos ocurrió semejante tontería—, acercamos la oreja, aquello burbujeaba y de repente..., una enorme llamarada nos quemó las cejas y el flequillo.

—¡Dios mío!

—Sí, era el nido de la hormiga faquir.

El padre de Alatz está a punto del ataque, las hermanas, el yerno, la madre... Todos rotos de la risa. Alatz, me atrae hacia su cuerpo y me besa la sien sin parar de reír tampoco... Jesús, también, pero con un brillo de depredador en la mirada. A lo peor soy yo que estoy en plan peliculera montándome historias a lo *Antoñita la Fantástica*, quitándole el título a Anita Obregón, esa ilustre Bióloga conocida por poder doblar las rodillas como los zancudos articulan las patas hacia dentro.

Ahora, el anecdotario familiar hace acto de presencia y la mesa al completo participa de las experiencias, escuchándose y disfrutando; todos reímos de lo mismo porque el tema es común... ¿No debería ser eso una reunión familiar?

Tras la cena hemos salido al jardín nuevamente, Abraham se ha encargado de poner música ambiental mientras tomamos unos chupitos digestivos destilados por el mismísimo Satanás; temo perder los dientes con la dilatación provocada por el ardor del paladar. Alatz, me pasa el brazo por los hombros y yo apoyo la cabeza en él, las horas de vuelo, los traslados y el nerviosismo empiezan hacer mella en mí, sé que si cierro los ojos caerá el telón. De hecho, ya no oigo a nadie.

—Alatz, me voy a acostar —susurro—, si me duermo me tendrás que llevar a la cama a *carrapuchi*.

—Creo que podría.

—Creo que no..., además, así tengo un rato la cama para mí solita.

—No te voy a dar más de quince minutos.

—Treinta, que quince es lo que emplearé en arreglarme para meterme en la piltra.

—Veinte.

—Veinticinco.

—Veinte y no te despertaré a las cuatro. —¡Marrano!

—Cariño, me he fijado que la puerta es de maneta y tiene pestillo.

—Si echas el cierre, saco las bisagras...

—¿Sabes qué es lo peor de tu amenaza?

—Que no es una amenaza.

—Exacto... ¡Qué lucha contigo! —Me levanto y estira de mi mano para que le dé el beso de buenas noches. Aquí siendo el epicentro de todas las miradas, incluida la de Jesús, que en su casa no lo esperan, no lo quieren o no le echan a faltar—. Con vuestro permiso, yo me retiro.

Todos desean que descanse y que tenga unos felices sueños. Me dirijo a nuestros aposentos, término adecuado dada la decoración palaciega. Algo que valoro muy positivamente cuando se estructura el interior de una vivienda, es que las habitaciones principales dispongan de baño. Es un incordio salir con la ropa y el neceser, para volver con el pijama o la bata, o levantarte por la noche y tener que cruzar un pasillo lleno de fantasmas desdentados y harapientos hasta el aseo; para cuando llegas, te lo has hecho encima del miedo.

La casa de Alatz tiene ese inconveniente, es enorme pero solo dispone de una suite, y los baños auxiliares están repartidos estratégicamente alejados de los dormitorios. Me obligaré a exprimir mi vejiga hasta la última gota para no salir en toda la noche, no es cuestión de pasearme con el camisón de seda morado que no pasa de la mitad del muslo. Mañana cuando visitemos la ciudad me compraré algo más discreto; una nunca sabe cuándo puede sobrevenir un apretón, y no es plan de cruzar de Este a Oeste todo el pasillo, enseñando el culo a la mitad de la familia.

Mientras todos siguen disfrutando de lo catalogado como «el fresco» y los no autóctonos consideramos «frío de la leche», salgo del aseo directa a meterme entre las sábanas, tomar calor y dormir plácidamente, que para eso sigo de vacaciones.

—¿Pero?! ¿Qué co...? —El tal Jesús me tapa la boca y me arrastra hasta la pared más alejada.

—No querrás montar un espectáculo... —¿Me está tocando una teta? ¿Me está tocando una teta el muy cerdo asqueroso!? Oh... chaval... Relájate, Olympia, que se confie—. Tienes un pecho muy turgente, aunque podría hacerte un aumento de mamas...

Destapa la boca y le sonrío, cándidamente, con esa mirada de inocencia, como si me hubiera halagado el cumplido y el magreo. Sabe lo inoportuno de encontrarse en esta parte de la casa, así que conocedor de su triunfo, se marcha pavoneándose, pensando que, de llevar bragas, ya las tendría por los tobillos.

Sin hacer ruido, doy los mismos pasos que él, le sigo de cerca, no quiero que se me escape.

—Jesús... —le llamo en el típico tono de rubia tonta de serial barato, se gira y entonces, con la mano desde bien atrás, con la palma extendida a tope, igual que Bud Spencer mostraba en todos los *Spaghetti Western* en los que

participó, le estampo una hostia que le giro la cara... Me pica la mano un horror, pero... ¡Olé yo! —, esto de parte de mi teta izquierda, ¡pedazo de mierda!

—¿Qué haces tú aquí arriba!?

—Tocarme una teta... —Estoy empezando a tomarle el gusto a esto de no mentir.

—¡Serás cabrón! —¡Te diré!

—Pensé que también estaba en el juego... —sin contestar, Alatz le calza un puñetazo en el mismo lado de la cara. Es lo que sucede si te *enhostian* dos diestros, te ponen media cara bien caliente. Aunque ahora sangra y antes no.

—Sal de mi casa. ¡Largo! —Le espolea hasta las escaleras. La adrenalina de la bronca, me tiene temblando a sacudidas. No controlo ni mis piernas, ni mis manos. Estiro del brazo de Alatz para que no siga empujándole; nada se perdería porque este desgraciado se desnucara en un escalón, pero no sería agradable para la familia.

—Déjalo..., por favor... —El cirujano abusón, baja las escaleras de cuatro en cuatro. Vamos que no se tira por el pasamanos porque hay un descansillo a la mitad. Alatz no pasa del primer escalón. Se vuelve en una mezcla de enfado y preocupación extrema.

—¿Estás bien?

—No..., me duele la mano y me tiemblan las piernas.

—¿Te ha hecho daño?

—No me ha gustado, pero no me ha lastimado.

—Has de denunciarlo.

—Ahora no tengo la cabeza para eso... ¿Se habrá enterado tu familia de la movida?

—Si no han entrado en casa, no. —No puedo controlar a mi propio organismo, es algo similar a cuando se secciona un cable de alta tensión que la electricidad lo sacude desmandado. Alatz me abraza y sí, lo necesitaba, para qué negarlo. No es que esté impedida para caminar, la cosa tampoco ha sido para tanto, pero el gesto de sostenerme, de llevarme como a un bebé a la cuna, no me desagrade ni le descuenta puntos a mi gesta violenta, y si da la sensación de que soy una dama desvalida, sinceramente me la trae bien floja. Así que apoyo la cabeza en su hombro y que me cargue, que de algo han de servirle los músculos.

—¿A cuántos imbéciles tendré que partirles la cara, Alatz? —pregunto

por si tengo que plantearme realizar algún entrenamiento específico, y así evitar el picor molesto del palmar.

—Nunca imaginé que alguien pudiera tomarse la libertad de llegar a...
¡Hijo de puta!

—Nene, ya...

—Tienes que denunciar.

—Escucha, si crees que eso va a servir a otra mujer en una situación similar, lo haré... Pero antes, piensa en su familia y en la tuya. Al fin y al cabo, ha salido peor parado...

—Mañana hablaré con mi padre y pondrás la denuncia.

—No tengo objeción.

Me deposita en la cama con la delicadeza que un pétalo cae sobre el agua en un estanque, se sienta a mi lado. Encoge los hombros, apesadumbrado, suspira. Se lo está tomando demasiado a la tremenda; cuando vas a salas de fiestas muy atestadas, con la excusa de aforo completo, ya hay alguno que justifica el roce por la concurrencia, en esos casos los pisotones presionando con los *stiletos* hasta casi agujerearles el pie, también se disculpan con una sonrisa acompañada de un: *jups!*

—No consentiré que mi vida anterior marque nuestro futuro.

—Alatz, nene... No me hagas creer que esto no se te habría pasado por la mente.

—Pues chica, no —tono de enfado que le sube el sexi—. Que un depravado intente abusar de mi mujer en mi casa, no... ¡Llámame iluso!

—Iluso.

—¿Tú esperabas esto? ¡Venga ya, Olympia!

—Hombre, que se decidiera a hacerlo en tu casa con tu familia, ha sido de tarado ansiado de morbo..., sin embargo, que haya confusiones en cuanto a mi disponibilidad, nene...

—Si alguien vuelve a ponerte un dedo encima...

—Mira, Alatz, te quiero..., de veras, no es algo pasajero... Te pienso muchas veces, me gusta pensarte, disfruto criticándote mentalmente... —
Frunce el ceño y tuerce la boca en una sonrisa incrédula.

—Eso quiere decir que soy mejorable.

—Sí, y es lo más interesante, porque lo que más me gusta de ti, son tus imperfecciones. Yo necesito a mi lado al Alatz dispuesto a secuestrarme, a besarme en un portal arrebatándome el aliento. El que le levantó la novia al

socio, empeñado en la idea de que soy la mujer de su vida, y no a un tío pendiente de mantener a los fantasmas a raya, porque eso, mi vida, se hacerlo yo sin ayuda.

—Te quiero, nena..., me he asustado. —Se apoya en mi pecho, igual a un niño buscando consuelo, y este Alatz también me gusta. Le peino con los dedos —. No puedes hacerte una idea de la tensión que he acumulado en cuestión de minutos.

—Bueno, algo de presión has descargado con el *mascao*.

—Menos de lo deseado.

—Ven, acuéstate, necesitas más mimos que yo.

—Y tú un calefactor, tienes la piel de pollo.

—Pues no quieras saber cómo tengo los pies.

—Voy al baño. Vuelvo en un minuto.

—Si son dos, tampoco lo tendré en cuenta.

—Si son dos, habré perdido uno entre tus brazos.

Sí, ese es mi chico, de repente le rompe la boca al ex amante de su ex mujer, como me regala frases de lo más tiernas que me hacen sentir única y exclusiva.

Ahora que ha desaparecido el brío de la adrenalina, estoy lacia como la lechuga avinagrada, cerraré un poquitín los ojos, así cuando vuelva del aseo estaré algo más despejada, algo más *despier*...

Después del primer día, el resto de la semana ha transcurrido de lo más entretenida. Las hermanas de Alatz, juntas son un pozo de risas, no pierden la ocasión de reprocharse una a la otra a la cara. No hay frase que una no exprese, que la otra no rebata y la madre, de juez de paz.

El padre de Alatz me ha pedido mil veces disculpas por lo sucedido, como si el apretón a la teta me lo hubiera dado él, y ha reprendido a su hijo severamente por su conducta inconsciente en cuanto a sus hábitos sexuales pasados. Yo desaparecí de escena como el humo en una corriente de aire. Las cuestiones y disputas entre padres e hijos, que se cuestionen y se disputen, entre padres e hijos. Considero que lo han llevado al extremo de la deshonra medieval; son ambos más cuadriculados que las hojas de una libreta Miquel Rius. Denuncié en los juzgados siguiendo su recomendación, más por esa conciencia social que a veces nos ilumina, que por sentirme ofendida o ultrajada. En fin, pasado ese imprevisto, previsible, la calma vuelve a reinar en los dominios Gorraiz.

Bilbao es una ciudad preciosa a pesar de sus reminiscencias industriales. El casco viejo, bello y noble, es increíble, tenía una imagen de ella gris y sucia totalmente equivocada.

Le he tomado cierto apego al vino blanco escanciado y a las tapas contundentes. Demos gracias a que todas las mañanas Alatz, Abraham, Maitane y yo salimos a correr por la playa, ¡a ver quién entra en los trajes de ejecutiva cuando regrese a Barcelona!

Me han obsequiado durante estos días, con una visita turística a modo de primera toma de contacto, presentándome los lugares emblemáticos, es decir, el Guggenheim, las plazas, los mercados, los puentes y miradores más pisados y valorados por los extranjeros... Uno de los lugares más sorprendentes ha sido el *Azkuna Zentroa*, pasamos allí un día muy ameno. Han transformado un antiguo almacén de vinos en un espacio de ocio y cultura, con piscinas, librerías, cines, teatros..., enmarcado entre columnas restauradas que le otorgan solemnidad y soberbia.

También he disfrutado de la naturaleza, recorriendo parajes de cuento, bosques densos, ríos, costas, espigones y marismas.

Mañana regresamos a casa, a nuestra casa, y la verdad, ya me apetece estar vagueando en la piscina comunitaria leyendo una novela mientras Alatz

aporrea el portátil; el ruidillo de repiqueteo del teclado me relaja, siempre que no sea yo quien lo emite.

—¿Cómo se te ocurre aceptar quedarte con el niño?

—Quedarnos, chaval...

—Declino toda responsabilidad.

—Perdona, pero el tío carnal eres tú. —Le paso a Bolita, llevamos una semana llamando a Iker así.

—Perdona, pero la que ha dicho: «*Salir y pasároslo bien*», ha sido la tita putativa.

—¡Alatz! No digas putativa delante de Bolita, habla a media lengua y solo faltaría que se confundieran los términos.

—¿A dónde vas? —¡Chica cara de susto! Cualquiera diría que tiene en brazos a un tigre de Bengala.

—¡Nene! Por el amor de Dios, es un bebé..., solo babea.

—¿Y por qué va desnudo?

—Es un niño y puede... ¡Qué fea es la envidia! —Le doy la espalda, podemos seguir con la discusión *besuguesca* hasta anochecer—. Voy a ponerle un pañal antes de que nos abone el patio.

—¡Olympia! —¡Qué se vaya a la playa! ¡Qué tío más pesado!—. ¡Olympia!

—*Pimpia*... —El eco del niño..., es para comérselo.

—¡Olympia! ¡Qué vengas ya!

—¡Cómo me vuelvas a gritar te sello la boca con silicona caliente!

—¡Cago en la mar...! ¡Olympia! —¡Será posible!

—¿Se puede saber...?! ¡Alatz! Pero..., ¿qué has hecho?!

—¿¡Yo!? ¡Es toda suya! —Tiene a bolita sujeto por las axilas, cagado de cabeza a pies, vamos que, de ponerle un título le llamaríamos: «*La deconstrucción de un niño en ocre fecal*»

—¡Ya me imagino que una paloma oportunista no ha sido! ¿Cómo le has permitido el retozo igual a un ministro en un lodazal?

—¡Olympia! ¿Quieres hacer el favor de cogerlo?

—¡Sí hombre! Es tu sangre, esa caca lleva tus genes, es como si fuera tuya...

—¡Me estás cabreando! ¡¡Como me estás cabreando!!

—Voy a por toallitas.

—¿Toallitas? ¿Piensas solucionar esto con toallitas? —¡Mátame por

buscar la solución rápida!—. Nena, ¡¿y si usas agua?! ¡Un baño, joder!

—No podemos entrar con él así en casa, la íbamos a liar parda... — nunca mejor dicho.

—¡Mira cómo me está poniendo de mierda!

—¡No digas mierda!

—¡Me cago en todo lo *cagable*!

—Creo que con la del niño ya tenemos de sobra... ¿Cómo un cuerpo tan pequeño puede acumular tanto deshecho?

—¡¿Quieres dejar de preguntarte tonterías y actuar?!

—Pues como no lo metas en la alberca.

—¡¿En la piscina?! —está llamándome tarada entre pestañeos y miradas furibundas.

—Sí, nene, igual que una galletita María, así lo gordo se queda en el agua.

—Eso es una guarrería... ¡Menudo ingenio te gastas! —¿Eso no lo soluciona después la depuradora?

—¡La manguera! Ponlo allí encima de esos setos...

—Es asqueroso, huele que apesta.

—Vigilando no tienes precio. —El niño se lo está pasando en grande, normal que los cerditos tengan esa sonrisa de felicidad cuando se cubren en heces.

—¿Qué iba a hacer? ¿Taponarle el *culete*?

—No hijo, pero dejarlo revolcarse en sus excrementos es falta de celo.

—Ha sido un minuto, ¡joder! —Abro la llave de paso y cruzo los dedos para que el agua que haya en la manguera esté caliente. He sido incapaz de usar la piscina en toda la semana. Ellos afirman que está a la temperatura ideal, yo metí los pies y se me amarataron hasta los tobillos.

—Anda, Iker, has de tener caca hasta en las orejas.

—Te dije que no me dejaras solo con el niño.

—Se hubiera cagado igual.

—Pero no a mí. ¡Mira cómo me ha puesto! —Llevo un rato aguantándome la risa, pero ya no puedo más—. ¡No te rías, joder!

—¡Qué no digas joder! ¡Joder! —Y le enchufo la manguera en la boca por quejica; poco rato, sostiene al niño y no es plan de ahogarle.

—¡Coge al niño!

—Me has tomado por muy tonta.

—¡Ohhh! ¡Olympia! ¡No sabes...! —Le enchufó la manguera de nuevo.

—¿Más tranquilo? —Sujeta al niño, ya limpio, con un brazo de costado y tira de la manguera, desarmándose—. ¡Ni se te ocurra! ¡Alatz!

—Iker, ¿quieres ver a la tita mojada? Es muy sexy.

—¡Tiii..., tita sesi...! —Y, a pesar de que he iniciado la huida, me dan alcance y me ponen tibia... Bueno en realidad, fría. El agua ya sale del depósito un grado por encima del punto de congelación. Escuchamos unas risas y me detengo. Los padres de Alatz, están observando la escena, no sé desde qué punto de la batalla, deduzco que hace un buen rato, Aroa lleva una toalla de *PAW Patrol* entre las manos.

—Hacía mucho tiempo, que no me reía tanto... Hijo, no conocía esta facultad tuya para la comicidad —¡si yo le contara Sr. Gorraiz!

—Esta mujer desquiciante tiene la culpa. —Le entrega el niño a la abuela que lo cubre y lo seca con maña.

—Pillareis una pulmonía. Subid a cambiaros, ya nos ocupamos del nene —comenta aún entre risas. Alatz, sale corriendo hacia el interior, con la idea de ocupar primero el baño, forzando la situación de ducharnos juntitos, pero va fino; por nada del mundo me bañaré en pecado con él desnudo en casa de sus padres. Hay que ser respetuosa. Le sigo sin prisas—. Olympia..., gracias por acompañarnos estos días.

—Gracias a ustedes por la invitación, me he sentido parte de la familia —y no miento. Últimamente miento poco.

—Llevábamos demasiado tiempo sin Alatz, hemos recuperado a nuestro hijo y eso es mérito tuyo.

—Él se siente muy orgulloso de su familia, les tiene siempre en cuenta.

—Eres una bendición, tendría que haberte encontrado mucho antes. Mi Alatz vuelve a ser, Alatz —determina la madre.

—Esto..., me... me voy a cambiar... aún no me hago al clima.

—Ve, hija, no te enfríes.

A trompicones entro en casa.

¡Ay las madres! Esa especie programada con la misma secuencia. Todas con sus «cosas de madre» transmitidas de generación en generación, y que es igual en cualquier cultura, porque en todas es típico escuchar al padre: «*Haz caso a tu madre que sabe mucho de... todo*».

Creo que el lenguaje se modifica durante la gestación, incluyendo en cada la frase el «mi» y el «me», por poner un ejemplo: «mi niña no me come».

Se vuelven posesivas hasta tal punto que todos los hijos ocupamos la «M» en la agenda del móvil: «Mi Paco», «Mi María» o en casos extremos; «Mi niño», que tiene ya cuarenta años y vive en casa todavía, aunque con hábitos de persona mayor.

Disponen de capacidades locuaces aumentadas, memoria ideática para todos los sonidos del hogar y sobre la posición exacta de cada figurita de las doscientas cuarenta que exponen orgullosas en el mueble del comedor; además de un peculiar criterio para el arte, siendo expertas en hablar un mínimo de dos temas a la vez de manera consciente; expongo representación:

—*Mami, ¿Podemos hablar?*

—*¿Dime nena? ¡No te muerdas las uñas!*

—*Estaba pensando en teñirme de rubia platino.*

—*¡Ya te has estado tocando los granos! ¡Te van a quedar marcas! ¡Ay, nena! Ese color no te favorece.*

—*De morena no me gusto.*

—*¡Uy! ¡Mil cosas más no te gustarán y tendrás que aguantarte! ¿Quieres hacer el favor de atarte los cordones? Mira que no eres modelo de agilidad....*

Y entonces, sin saber cómo ni por qué, ambos razonamientos se solapan y ellas zanja la conversación, pero barriendo hacia su terreno.

—*Para qué quieres teñirte de rubia si no sabes peinarte, ¡anda, déjate de disparates y estudia! ¡Solo te falta para cumplir con el tópico, teñirte!*

Y así por los siglos de los siglos.

Llevo una semana tratando de que la petarda de Thais me honre atendiendo a una de las doscientas veintisiete mil ochocientas sesenta y siete llamadas que le he hecho; estoy entre molesta y preocupada, no sabría baremar el porcentaje correspondiente a cada estado, diría que gana el primero. Me encuentro en pleno proceso de aprendizaje para controlar mis furores de bordería y debido a ese estado de gracia, me he auto convencido de haberla pillado en mal momento siempre que he intentado contactar con ella.

Evitando ser ácida, no le he dejado ningún recado en el contestador. La cólera aumenta atrocemente con cada salto de la locución mecánica e impersonal, indicando que le deje el mensaje. Tampoco he creído oportuno tratarlo a través del WhatsApp, aunque en honor a la verdad, ni miro si está en línea. La ira se apoderaría de mí, perdería la templanza y le montaría un *zapatiesto* de espumar por la boca y escupir fuego por la nariz, si sé que está pendiente del móvil y no responde.

Leo ha perdido la paciencia. Comimos juntas al día siguiente de regresar de Bilbao y está que trina, mejor dicho, que grazna. Consiguió, medio suplicando, quedar con ella y se presentó con Saúl, obviamente, no tuvo oportunidad de comentarle nada, así que, a base de morderse la lengua se ha envenenado.

Volver a la rutina debería ser progresivo, con un periodo de adaptación como los críos en sus primeras semanas de jardín de infancia. Un día un ratito por la mañana, otro un poquito por la tarde, otro acompañado por un familiar..., y así, paso a paso, recuperar el ritmo, porque no es justo empezar a las nueve y a las diez, ya tenga la primera visita técnica programada en la otra punta de Barcelona.

Eso significa que, muy a mi pesar, regresaré al despacho a gestionar otras visitas para volver a salir por la tarde, cuando el tránsito en la ciudad se paraliza y cruzarla sea desesperante.

Por si la recuperación de las funciones laborales sumadas a las

cuestiones circunstanciales paralelas, no fueran ya suficiente para saturar mi cerebro de buena mañana, Alatz me ha propuesto mudarnos a una casa a los cuatro vientos, no es muy amante de los complejos ajardinados comunitarios.

Yo no soy de adorar objetos e inmuebles, sin embargo, me asusta dar ese paso. Egoístamente el estar en mi territorio, en mi propiedad, me hace sentir más segura. Necesito madurar la idea, no consigo positivar ese cambio, para el rato que podemos disfrutar del jardín, tenemos la terraza, que es amplia y con buenas vistas.

¡Empiezo septiembre con asignaturas pendientes! ¡Qué tragedia esto de pensar!

Aparco en la plaza asignada y compruebo que el coche de Thais está en la suya. Bien Olympia, inspira..., expira..., y así, tranquilamente dirígete a la *meeting*, sonriente y educada, creyéndote mejor persona, y si consigues reprimir el impulso de ponerle chicles mascados deshilados en la silla, estarás lista para hablar sosegadamente sobre..., ¿en qué coño pensaba metiéndonos en sus calenturas?!

—Buenos días, Thais —sí, el tono es frío, tajante y seco. Soy buena mintiendo, pero sin incluir la interpretación.

—Lo siento. —No me mira.

—Eso ya me lo dijiste, y no es verdad, sé que lo volverías a hacer.

—Olympia, va mujer..., no lo está pasando bien. —Leo, permíteme que lo dude. No ha disfrutado tanto en su vida.

—A mí me costó una bronca con Alatz y un sentimiento de culpa que aún arrastro... Hubiera sido reconfortante que respondieras al teléfono.

—¿Te has peleado con Alatz? —Levanta la cara de la mesa, no tiene buen semblante. ¡Bah! ¿Ya qué más da? Somos cómplices de sus engaños, preferimos secundar la *jaimitada*, ¿sirve de algo acomplejarla por eso?

—Con Alatz voy a bronca por día, nos discutimos hasta por darnos la razón.

—No quiero seguir disculpándome. Esto me sobrepasa.

—Es que, *neni*, pasas de llevar faja a ir sin bragas —ahí Leo, demostrando la finura del lenguaje castellano.

—A ver, si me entero, ¿sigues viviendo en mi casa o has alquilado un apartamento?

—Vivo con Saúl —titubea la tontorróna al contestar.

—Me refiero a dónde «vives» para Omar.

—¡Ah, bueno! Pues... —murmura al manchado descafeinado con una nube de nata—, en el piso de soltera de Leo.

—¿Desde cuándo? —pregunta la dueña del piso.

—Desde que Omar llamó a Olympia y seguido me llamó a mí.

—¿No sabías que la tenías de inquilina? —Retiro el café de entre las manos de Leo, no sé si está rumiando tirárselo por encima a Thais o estrellarlo en la papelera.

—No, por lo visto le ha pegado la patada a la puerta y es una ocupa con k.

—Tengo las llaves, era más... creíble —es una bolera nivel experto.

—Y ahora..., ¿qué?

—Nos vamos a separar, no tiene caso seguir de esta manera, mira... —Baja la cabeza y nos enseña el cogote.

—¿Qué te ha pasado? —Tiene un eritema que le cubre todo el espacio de las collejas.

—Me ha dicho el especialista que provocado por los nervios.

—¿Cómo se lo ha tomado Omar?

—Pimpi, ¿piensas que se va a preocupar por esa súper pupa sabiendo que va dejarle? Eres muy Disney —¿le contesto o espero a que mágicamente se le ordene la mente?

—Leo, le ha dado la patada, pregunto eso... —Thais rompe a llorar... Tengo la boca más grande que el culo.

—Cree que es por culpa suya, que no se ha comportado bien..., y yo dejo que siga pensando eso, por tapar el adulterio.

—Adulterio..., suena feo —determina Leo.

—Es feo.

—No criminalices los sentimientos, es un término en desuso, mujer. No somos patrimonio, somos personas, e irracionales cuando nos pica el gusanito del amor. —Cuando pienso que Leo se está normalizando, resurge de sus cenizas.

—A ver, Thais..., a las diez tengo una visita en Collserola, me vas a acompañar, así hablamos tranquilamente, que desde que estuve en casa de Alatz, en donde la sección femenina se manifiesta a gritos, soy incapaz de escuchar cuchicheos.

—¿Has estado en Bilbao?

—De haberme cogido el teléfono, lo sabrías. —Tenía que enviarle la

notita de cargo. Esa actitud me ha fastidiado bastante.

—Gracias por apoyarme, a pesar de que nada de todo esto está bien.

Nos damos un abrazo en grupo, muy al estilo yanqui, y nos dirigimos a nuestros despachos. Solo tengo tiempo a revisar someramente la correspondencia, compruebo que no haya nada por modificar o anular para incluir algún apremio. Tomo el maletín, no es plato de gusto cruzar Barcelona y llegar a casa del cliente sin el metro. Pedirle una escalera para subir a un altillo es comprensible, presentarse con mil chirimbolos y dejarte el instrumento de precisión imprescindible para realizar lo que has ido a realizar, te hace sentir más inútil que la primera rebanada del pan de molde.

Suena mi móvil. Alatz seguramente. Miro el dial y no reconozco el número, aunque tampoco sé, ni tengo en la agenda, el de su despacho.

—Diga —silencio— ¿Diga?

—Buenos días, ¿es usted la titular de la línea?

—No, he robado el móvil a un niño que cazaba *Pokemon*. ¿Caza usted *Pokemon*?

—Ah..., entiendo —qué bien se lo toma para estar hablando con una delincuente—. Le llamo de *Redphone*, ¿tiene un segundo?

—Uff, pues no sé, es demasiado tiempo.

—Verá cuánto le recompensará brindármelo.

—No estoy interesada.

—¿Si aún no le he ofrecido nada?

—Ya, pero sé que no lo estaré, predigo el futuro a corto plazo.

—¿No desearía pagar menos y hablar más?

—El teléfono es robado, más barato que no pagar, no hay nada.

—¿Sabe que estoy obligado a denunciar si descubrimos un hurto?

—Hágalo, dudo que se descuelguen por las ventanas y lancen botes de humo dentro del edificio para detenerme.

—Se burla de mi trabajo.

—Más bien le estoy haciendo más amena la mañana. Por lo general, no me molesto ni en saludar.

—Podría dedicarme unos minutos, será de su utilidad, es un producto altamente recomendable.

—¿Dónde compra usted los muebles? —silencio—. ¿Disculpe?

—Bueno, mi llamada es comercial, la idea es que conozca las nuevas ventajas de la compañía. —Suena un pitido, aviso de correo, es mi teléfono.

—La mía también, como no tengo pensado cambiar de operador, si me indica cómo es su vivienda y sus preferencias, podemos presupuestarle una reforma a la vanguardia del diseño. ¿Qué le parece?

—Señora, no puedo tratar temas personales en horas laborales.

—Pues justo lo que me sucede a mí, estoy perdiendo un tiempo semi precioso, que debería de emplear en mis obligaciones profesionales, por eso intentemos sacar algo en positivo. ¿Has de cambiar la decoración de tu casa?

¿Me ha colgado? ¡Qué grosero!

Impresionante mi capacidad para molestar cuando me aburro. Estoy algo arrepentida, un algo muy efímero, de esos algos que se superan cuando mudas de abstracción, pero sí, creo que el muchacho no se lo merecía... Espero no haberle causado desmotivación laboral, yo también he pensado que las tablas de planchar eran tablas de surf que dejaron de perseguir sus sueños y encontraron un trabajo real. ¡Dios Olympia!, cada día estás peor de lo tuyo.

Compruebo el dial, un mail de Alatz.

De: A.gorraiz@gorraizdespachojuridico.net

Para: Olympiafasol@icloud.com

TE QUIERO

9:16

Te quiero, nena.

Cuando me marché aún dormías plácidamente, un hilito de saliva junto a un silbido al soltar el aire lo atestiguaba, y me trae sonriendo lo que llevo de mañana.

Te quiero, nena, y quererte me hace mejor para el resto y para mí mismo.

Estas semanas que hemos compartido me han devuelto parte de mi buen humor, sin embargo, lo más reconfortante ha sido con diferencia, acostarnos y despertarnos juntos, sin prisas, sin exigencias.

Te quiero, no sé si te lo digo bastante, o doy por supuesto que ya lo sabes y lo pienso mucho, expresándolo poco, pero te quiero inmenso.

Y luego nos discutiremos, porque tú eres Olympia y yo soy Alatz, para hacerme reír un minuto más tarde, alborotándome el corazón con una mirada.

Te quiero, nena..., como se quiere a la propia vida.

Alatz.

¡Wow! Vaya una declaración de amor en toda regla. En este momento tengo una mueca de estupidez romántica, de tontita enamorada, de entusiasmo y bragas flojas, que de estar cerca lo desmontaba a besos. Repasando mis relaciones anteriores, nadie se había molestado en demostrarme el afecto en palabras, siendo honesta conmigo misma, el Sergio Saúl fue el primero que manifestó un interés, que ya intuía no ser tan intenso, ni tan cierto...

Ser amada y valorada, cambia hasta la proyección de la propia imagen. Uno yergue la espalda, pone recto los hombros, sonrío y levanta el mentón, mirando al frente con energía, con determinación invencible. Y no deja de ser un espejismo, porque, cuando estás enamorado hasta las trancas, eres vulnerable en la misma proporción.

Alatz me quiere, y lo más bonito, no se corta y me lo escribe..., Redacta mails de amor, la versión contemporánea de las cartas aromatizadas con esencias y carmín de otras épocas...

¿Se enviarán los adolescentes cartitas perfumadas? Lo veo poco probable, si ya les cuesta escribir un mensaje utilizando todas las palabras, pedirle a alguno que componga un texto emotivo; sin usar ese lenguaje tan cuidado en la expresión donde de cada seis palabras, cuatro son ordinariieces, y las dos restantes, una conjunción copulativa —y no me refiero a los nexos y, e, ni o que—, es ilusorio.

Thais toca en el marco de la puerta.

—Estoy lista. ¿Nos marchamos?

—Sí, envíe un mail..., vamos saliendo.

—Espero, hay tiempo.

—Es para Alatz, le contesto desde el móvil. —Y eso hago.

De: Olympiafasol@icloud.com

Para: A.gorraiz@gorraizdespachojuridico.net

RV: TE QUIERO

9:32

Te quiero, nene.

Olympia.

Ahora no puedo explayarme más. A la vuelta, entre las tres y las cuatro y media, antes de que empiece el *Rock & Roll* de la tarde, contestaré como se merece, aunque no prometo tanto dulzor, no soy de expresión azucarada, me asusta que se me caríen las muelas.

—Parece que lo tuyo con Alatz, va viento en popa.

—Progresas adecuadamente.

—Eres tan cansina, ¿por qué andas dudando siempre?

—Thais, no dudo, es pronto para plantearse largos plazos. Además, es obstinado como los escolares...

—Así..., ¿cómo tú?

—Yo no soy terca. —Levanta una ceja, pestañea y niega.

—Eres muy borde, que es incluso peor.

—Thais, no estás en la posición de reprender a nadie.

*«Tiene una llamada de: El Porculoso.
diga: Responder o rechazar».*

Avisa la señora del navegador a través del bluetooth. Thais vuelve a negar, pero ríe. He de cambiar el nombre en la agenda, no es serio.

—Responder. —Se conecta el tono de llamada a los altavoces—. Buenas, nene.

—Buena estás tú..., aunque estoy molesto contigo.

—No esperaba menos, no serías mi *porculoso* de no tener discrepancias diarias que reprocharme.

—Prensas mi entereza como las manzanas en los lagares.

—A ver..., abogado, ¿cuál es el delito que se me imputa?

—Falta de diligencia, previsibilidad y omisión del deber de celo.

—Alatz, si ser tonto fuera ilegal, estarías en busca y captura... ¿Cómo arguyes semejante perorata?

—Es insultante dedicar media hora escribiéndote un mail y tú contestes con un OK.

—¡Mientes!

—Ha sido una respuesta mecánica, semejante a un pulgar levantado.

—Mejor ese que el corazón... ¿No crees?

—Uno dejándose el alma y la otra limándose las uñas.

—No dramáticas, seguro que estabas aburrido...

—Sabes que no.

—Me ha gustado mucho, pero Thais y yo vamos a visitar a un cliente y no he tenido tiempo para ser más explícita.

—Hola, Thais. ¿Qué tal todo? —el tono divertido ha cambiado.

—Bien, gracias.

—Nos vemos en casa. Hasta la vista, Thais.

—Nos vemos.

—*Adèu, maco.* [\[105\]](#)

—*Agur, ederra.* [\[106\]](#)

La radio vuelve a conectarse, suena una canción actual, *In the name of love*, vamos ni escogida a propósito.

—Saúl entró en cólera cuando supo que estabais juntos.

—La mente masculina es demasiado visceral, no medita, todo lo traduce en una ofensa a su honor. No avanza.

—Fui tajante, le dije que, si seguía pensando en ti, yo no pintaba nada en su casa, tampoco esperaba demasiado de esto nuestro, pero que algo de orgullo aún me quedaba.

—Saúl no está dolido por nuestra ruptura, como mucho, enfadado por el engaño...

—Él ya presentía que Alatz se había encaprichado de ti desde poco después de conoceros, aunque lo relacionó con los intercambios, para nada este giro.

—Y vosotros, ¿qué? ¿En qué situación os encontráis?

—Hemos descubierto que estamos bien juntos. Aunque yo estoy muy enamorada y él solo acompañado.

—¿Te sientes bien en ese papel?

—Por ahora, sí.

—Ya somos todos mayorcitos.

—Sí... —Se lleva las manos a la cara para taparse la nariz y la boca—. ¡Qué peste! ¡Por el amor de Dios!

—¡Yo no he sido! —las cosas claras, no se me ocurriría desahogarme furtivamente en un lugar tan reducido, y menos siendo dos, que no se pueden repartir las culpas—. Y no huelo nada.

—¿Qué no hueles nada? Se me han desintegrado los pelillos de la nariz.

—Pues chica, debo de tener olfato de fumador. Además, quien lo dice y lo huele, bajo la cola lo tiene.

—¡Qué rústica eres! Abriré la ventana.

—Thais, el olor que solo tú percibes, viene de fuera, si bajas la ventanilla, será peor. Espera, pondremos el clima reciclado, algo ayudará.

—Así que ya te ha presentado al clan Gorraiz. —Sonríe con picardía...

—¿Qué puedes decirme tú del clan Gorraiz, Thais... —comprobemos cómo circulan los chismorreos entre ex.

—No le doy mucha credibilidad a lo que Miranda pueda decir de ellos, por lo visto no los visitaba ni en Navidad.

—Alatz, quiere apartarla como si no hubiera existido, yo no comparto del todo esa idea.

—Me imagino el por qué.

—Que te ignoren y te rechacen como un juguete roto, es duro, con o sin motivos.

—Piensas que hará lo mismo contigo —suspiro, no me apetece contestar a esa pregunta, ni afirmar—. No has de cuestionarte tanto el por qué te prefiere a ti, el por qué te desea o el por qué lo ha dejado todo sin más... porque en realidad, ¿importa?

—No sé chica, el hombre se pregunta cosas desde el principio de los tiempos, es algo que nos diferencia de los animales. Por lo que tengo entendido.

—Y solo lo interesante para el resto de la humanidad perdura. ¿Has visto en Altamira dibujos rupestres como los de las puertas de los baños de los institutos?

—Menudo consuelo para tontos, tía...

—Más bien, de adúltera orgullosa de serlo. —¡Olé su higo!

—Ese comentario es de Leo, sé más genuina.

—De veras, Pimpi..., tu posición, aun siendo molesta para otros, no debería de ser incómoda para ti. Alatz te quiere, y todavía mejor que eso, lo

demuestra.

—Esto de quererse es la mayor incógnita del cosmos... Desgasta emocionalmente.

—¿Tú? ¡Bah! A otro perro con ese hueso... No pasas ni una, ojalá yo pudiera perder tan rápido el peso, como tú la paciencia con los tíos. Sin embargo, con Alatz es distinto, te asusta que termine..., porque tú también le quieres.

—Estás muy filosófica.

—A mí me sucede igual con Saúl, con la diferencia que el sentimiento no es mutuo. —Si fuera otra persona, le daría apoyo moral mintiéndole, pero es Thais..., a Thais no se le puede mentir.

—Y sabiendo eso, ¿por qué sigues en su casa?

—Estar con él a medias, es mejor que no estar con él.

—Thais, hija... te has convertido en una masoquista emocional. Terminas con Omar al no obtener lo deseado y te encamas con otro tío sabiendo de antemano que solo va a procurarte poco más de las migajas.

—Sí, ¡divinas migajas, nena! ¡Me han resucitado!

—¿Sexo? ¿Todo se limita a unos buenos polvos? —En realidad hay parejas que se mantienen unidas por motivos menos pasionales.

—He descubierto mi sexualidad..., hasta llevo tangas invisibles.

—Thais..., tú y Saúl..., hacéis, ya sabes... *guarradillas* de esas que le gustan a él...

—Vamos a un club muy selecto que hay en la ciudad.

—Vais a clubs, vaya... —Espera un momento—. ¿¡Clubs...!?! ¿Qué clubs? ¡Oh! ¡¿A esos... «clubs»?! —Sí, acabo de ganar el premio a la elocuencia.

—No, Pimpi..., a esos no, vamos a clubs de lectura..., a leer versos de Bécquer buscando las golondrinas. ¡Olympia! ¡¿A qué clubs va a ser?! —

—¡Ay, mujer! Perdona... Hasta no hace demasiado, te ponías enaguas para que no se transparentaran las piernas con los vestidos largos.

—Sabes que Saúl no es muy clásico en ese sentido.

—Thais, no pienso compartir mis experiencias sexuales contigo, y mucho menos entrar en comparativas... No me gustan los tríos y predominando las tías, menos. —Por algo se definen como relaciones íntimas.

—¿Por quién me tomas?

—Pues ahora mismo, alucino pepinillos...

—Una noche me llevó a cenar a uno. —Lo encuentro algo asqueroso, en mi mente se mezclan salsas tipo *Mornay's* con fluidos análogos en densidad y tono, desapareciendo la cena, el postre y la gracia—. Los platos eran todos de temática erótica con ingredientes afrodisíacos, dispuesto en un reservado con música muy sugerente.

—Para aclimatarte...

—Sí, luz tenue... y juegos.

—¿Qué juegos? —Puestos a escuchar marranadas, aprenderemos algunos trucos.

—Me tapó los ojos, para darme de comer y de beber, mientras..., bueno, él también comía..., ya me entiendes —no, no la entiendo, pero le diré que sí. Soy la prima del pueblo de hace cincuenta años.

—Sí, ya... Y luego calentitos a acabar en el coche.

—El reservado tiene una puerta que conduce a unas habitaciones muy especiales.

—¿Cómo de especiales? —*¡Uff!* ¡Cuánta perversión! Este veranillo de Sant Miquel es asfixiante...

—Son dormitorios con camas enormes, con cabezales de forja y espejos en el techo.

—¿Espejos en el techo?, qué cosa más perturbadora —No estoy muy docta en decoración porno, pero si verme salir de la ducha ya es para gritar, no quiero ni pensar en momentos más álgidos.

—Es muy erótico, excita ver los cuerpos entrelazados o disfrutando con otros...

—Déjalo Thais, prefiero no conocer más datos, sobre todo si hay más mezclas.

—No, Pimpi, no te imagines rollos raros —tiene su gracia que eso me lo diga ella. Así que no eludo una mirada rápida de reprobación, ¡so *cochinácea!* —. Nosotros somos simples *voyeurs*, ni nos ven, ni participamos en orgías entre parejas.

—Thais, ya puedes marcar bien los límites de la tolerancia con esas prácticas, el morbo es un arma de doble filo, se convierte en adictivo si solo se sustenta con sexo, a la larga has de aumentar las dosis y los riesgos para conseguir la gratificación deseada...

—Yo controlo —esa es la frase más pronunciada por un toxicómano. Hablando de drogas.

—Thais..., ¿entre todos esos mejunjes no esnifaréis coca? —De suavizarlo, le daré demasiadas vueltas y, qué coño, al pan, pan y a la coca, coca.

—No, ni Saúl tampoco. No soy tan necia.

—Sé que Saúl nunca las ha tomado, pero Lady Pádel y Miranda, sí.

—Esta peste es insoportable... —Ahora empiezo a notar algo. ¡No me lo puedo creer! La ha percibido a cinco kilómetros de distancia de un camión de cerdos de matadero.

—¡Nena, a ti esto del sexo de las mil sensaciones, te ha despertado el olfato! ¿Cómo puedes haber olido la peste desde tan lejos? —Ni los rastreadores Siux.

—Lo añadiré al currículum como uno de mis talentos.

Al escuchar ese comentario, enlace con los negocios que maneja el Sergio Saúl con los Suredas, no es el momento para sacar a colación ese tema, además de que hemos llegado al domicilio del cliente.

Está situado en uno de los barrios periféricos de Barcelona, en donde el boom inmobiliario construyó casas adosadas, ya que la otra opción, ante la falta de terreno edificable, eran estudios de una habitación menos rentables. Ahora deben de tirarse de los pelos de la nariz, casi todas ellas son propiedad del banco, tapiadas para que no entren los ocupas y, en consecuencia, restando el poco atractivo, que de por sí ya tienen.

Estuve comprobando los planos y me había hecho una idea de las proporciones y las estrecheces de la edificación, no debería haberme sorprendido tanto que al abrir la puerta nos encontráramos con un recibidor de no más de un metro cuadrado, y una escalera que sube y otra que baja.

La asistenta nos conduce hasta el comedor, que está en la planta inferior. Es alargado, en dos ambientes separados con un escalón. Ese maldito escalón que nunca ves a la primera, con el que he tropezado, obligándome a andar trompicada tres pasos con tal de no *esmoñarme* patéticamente, ante la atenta mirada de la mujer que nos guía.

Venir con Thais ha sido todo un acierto, es un *tríplex*, y entre las dos, no nos ha llevado más de cuarenta y cinco minutos.

De vuelta a la oficina, se queda dormida. ¡Menuda guerra debe de darle el Sergio Saúl! La deja exhausta.

Es una tía valiente, la tenía por conformista, puede que haya estado germinando en su interior las ganas de gozar de la vida, sobrecalentando el

magma de debajo de su manto de mujer insatisfecha con todas esas lecturas románticas..., y ha erupcionado *krakatoánicamente*, sepultando todo aquello que tenía a sus sueños sostenidos, retenidos..., paralizados.

Siempre he creído que abandonar un sueño no es otra cosa que morir por fascículos, con la diferencia de que esta colección no la completa el individuo; probablemente sea la propia antología la que acabe con el humano. La sociedad, muy dada a apuntar con el índice y señalar lo que, presuntamente es poco ético y a ponerle nombre a todo, puede que vea amoralidad en la determinación de mi amiga, sin embargo; quien escribió las leyes de la ética y la moral, ¿se vio envuelto en una situación similar? ¿Siguen en vigencia decálogos tipo: «cásate y sé sumisa»?

Es la sociedad la que pone la línea entre el bien y el mal, no hay nada divino en eso, ¡qué va! Los que corrigen y determinan cuáles han de ser las conductas aptas para encajar, son los principales patrañeros, porque el que hace la ley urde la trampa. Y lo peor no es que nos mientan, lo realmente malo es que estamos acostumbrados..., estamos tan mentidos que hasta la verdad la creemos falsa. Somos carne de opinión, sujetos a lo que otros piensan. También esa es una pose cómoda, y hay demasiada gente que delega sus pensamientos, prefiriendo que se los devuelvan mentidos, para evitar planteárselos.

Miro a Thais, y a pesar de que una parte de su conciencia, la maquinal, la que va imbuida por la arbitrariedad de terceros, no la deja ser ampliamente libre de hacer lo que le venga en gana, sé que es más feliz que hace unos meses... Y me pregunto yo, ¿no debería ser esa la finalidad en la vida?

La gente con buenas intenciones o de intenciones corrientes, o no tan corrientes, pero sin maldad, deberían preocuparse de sí mismos y de encontrar esa chispa que ha descubierto mi amiga, apartándose de tantas milongas, que, al fin y al cabo, no ayudan ni enderezan lo que nace torcido.

Nos aproximamos a Navidad. Los meses que han sucedido desde el regreso de las vacaciones han sentado unas bases saludables de convivencia y respeto por el descanso. He logrado a fuerza de enfundarme en un ridículo *esquijama* de estrellitas y lunas en tonos pastel, evitar sus asaltos a deshoras. Me acuesto muy sugerente, sin incitarle, pero exponiendo todo el género. Como ya hace frío y Alatz es una fuente de calor ecológica, me acerco y me pego, intentando calentar los pies en sus pantorrillas, hasta que al final, el roce lleva al cariño y mi mozo dando cariño no tiene igual. Luego, con la excusa de una inesperada micción me coloco el pijama *antivioliciones*, me meto en la cama, me abrazo a él y acabamos la noche durmiendo, como mandan los cánones de las buenas costumbres.

Aunque ya me ha puesto en sobre aviso, si le continúo sujetando el *joystick* cada noche, la felpa no va a impedir que me ponga mirando *pa' Cuenca*. No sé qué manía tan obscena padezco, no hay mañana que no amanezca sujeta al manubrio, desconociendo el propósito. Al final tendré que comprar una cama articulada para elevar los pies y su circulación sea la adecuada.

Por lo demás la rutina es la que impera en nuestros días, y no lo digo con desdén, siento plenitud al estirarme como los gatitos antes de despegar las sábanas del cuerpo, con la certeza de que tengo el desayuno preparado adjuntando una nota, siempre con toques irónicos, que me recuerdan lo enamorado que está de mí y lo mal que se lo hago pasar cada noche.

—Vente a Valencia conmigo, va...

—¿Cómo excuso una semana en el trabajo?

—Ponte mala.

—¿Y qué le digo al médico que ha de firmarme la baja? —Mire doctor, mi churri se pierde en una cama de dos por dos...

—Que no puedes vivir sin mí.

—Con ese síndrome me conceden la pensión por enfermedad crónica. O me envían a una clínica de reposo, porque..., ¡qué paciencia contigo!

—¿Y el fin de semana?

—Ves, eso suena mucho mejor.

—Aprovecho que tengo el iPad encendido y te reservo billete en el AVE.
¿Viernes a las siete?

—¿Estás borracho? No llego ni en broma.

—Sal un par de horas antes, así me acompañas a la cena.

—Ufff... Qué pereza...

—Te recompensaré...

—¿Cómo a una *escort*^[107]? —Deja el iPad en la mesita.

—¿Noche completa? —Sonríe con picardía a la vez que gesticula con las cejas.

—Negociemos.

—¿Contrato mercantil en texto legal a espacio simple?

—No, verbalmente, sellado con un apretujón de manos con refriego de escupitajo, como en el Oeste.

—Aún gracias que no prefieras tatuármelo en una nalga.

—Alatz, ¿en qué película has visto que se haga eso?

—Negociemos —replica entornando los ojos, y es curioso que sea él el desesperado, cuando la sandez más gorda ha salido de su boca.

—La cena del viernes, a cambio de una comida el domingo con las chicas. —Expongo.

—Qué chicas. —La vamos a tener, lo percibo en el ambiente. ¡Ains! ¡Qué hombre más inmenso!

—Las de oro.

—Olympia —cuando pronuncia mi nombre marcando la eme, con gusto le estiraba de la lengua hasta que pudiera tocarse con ella el codo.

—¿Por qué te cuesta tanto?

—Sabes que con Elido y Leo no tengo inconveniente alguno.

—Thais es mi amiga también.

—Ella no es el problema.

—Saúl tampoco debería de serlo, habéis compartido mucho y no solo cosas. —Podía ponerme un puntito en la boca de tanto en tanto, por la nariz también se puede comer.

—Justo por eso, porque te hemos compartido, no me apetece sentarme con él a la mesa.

—Ese comentario ha sido de muy mal gusto.

—Igual que tu insinuación.

—Empecemos a separar o a diferenciar situaciones, porque yo no estuve simultaneando lechos.

—Estabas con él, pensando en mí..., no puedes negármelo. Me deseabas, mis sensores recibieron la señal. —¡Míralo! No lanza besos al aire por no malgastar oxígeno.

—Alatz, vamos a ver si no confundimos estar en la flor de la vida con ser un capullo.

—¿Por qué narices tengo que pasar un mal rato?

—Lo mismo digo yo, así que, para evitar pasar malos ratos, ni tú vienes, ni yo voy.

—¡Todo lo llevas a los extremos!

—Mira, *porculoso*, me tienes hasta el mismísimo potorro con los extremos —estallé, tenía que pasar, porque me lleva al límite cada vez que tocamos el tema—, tú no quieres, yo no quiero, fin del drama.

—¿Has dicho potorro?

—Sí, cuando me lo hinchán a estupideces, es potorro. —Me destapa y se plantifica encima *¡Shit^[108]!* No llevo el *esquijama* de las estrellitas—. Tampoco lo tengo para ferias.

—No llevas el pijama, te tengo calada, nena.

—¿Tú piensas que puedes cambiar una bronca por sexo?

—¿Probamos?

—Alatz, levanta.

—Ya está tiesa, ¿no lo notas?

—Quita, tonto... —caí, ese tonto no es convincente, es de abrir paso.

—Cuando acabe lo que he empezado.

Me he despertado con una expresión de aturdimiento y embriaguez, que ni haciendo muecas en el espejo logro disimular. Esta noche no me he puesto el traje de buzo para dormir, por lo tanto, no ha desperdiciado la oportunidad de saciar sus instintos cada vez que le ha venido en gana. Tampoco he puesto empeño en impedirlo.

Se está preparando para tomar el tren a Valencia, mi humor se resiente, aún no se ha marchado y ya le echo en falta... Además, como él no transige con el tema de quedar con Thais y Saúl, yo decido no acompañarle ni a la cena ni el fin de semana. Es decir, no ceder conlleva a fastidiarme a mí misma. ¡La historia de mi vida! Si estuviéramos en épocas más sádicas, estoy convencida de que llevaría un cilicio sujeto al muslo, en plan protesta... Por pecar, no.

—¡Olympia! ¿Estás lista?

—¡Sí! ¡Voy! —Salgo del baño, calzándome a saltitos. Me observa apoyado en la mesa del comedor. ¿Cuándo empezaré a verlo menos guapo?

—Hoy vas a provocar más de un incendio. —Se acerca y me abraza por la cintura. ¿Cuándo su mirada no me desleirá igual a un azucarillo en agua?

—Sí, de rabia... Tenemos reunión con los Sureda.

—Piénsate lo del viernes, me harías muy feliz.

—Piénsate lo del domingo. Tú a mí también.

—A terca no te gana nadie.

—Sí, tú.

Llego al despacho demasiado pronto, de hecho, he coincidido en la entrada con los operarios, cuya jornada laboral comienza y acaba antes a la nuestra.

Matando el tiempo, saco un purgante, también conocido universalmente como «café de máquina» y hago lo que todos en esta década, trastear con el móvil. Antes había algún diario de estos gratuitos que te dan en el metro, o la revista que, tras hojear, dejaba algún compañero; sin embargo, todo eso pasó a la historia, ahora el teléfono los suple todo.

Alguien debe extrañar ese tiempo en el que un pliegue de periódico en el baño debió de sacarle de algún apuro; siempre es mejor llevar las cachas *tiznaditas* de letras despintadas que no de... ¡Dios Olympia! ¿Podrías pensar en flores?

Llega Thais, no parece que haya dormido demasiado, tiene cara de haber

estado matando mosquitos toda la noche.

—Thais, hija..., menudas ojeras.

—Sí..., debí de cenar algo en mal estado y llevo vomitando toda la mañana.

—¿Y para qué has venido?

—Me encuentro algo mejor, aunque sigo revuelta.

—Bueno, desvía tus llamadas a mi centralita, solo te pasaré las que no pueda filtrar.

—Eres un sol.

—¿Vendréis este fin de semana a casa?

—Yo sí, Alatz está en Valencia.

—Saúl estará hasta el viernes en Madrid.

—¿Por qué no te quedas en mi casa? Nos acompañamos y venimos juntas a trabajar.

—¿No se molestará Alatz?

—Es mi casa, al fin y al cabo, él es un invitado.

—Pues no se hable más, me quedo en tu casa... ¡Oye! ¿Por qué no me tiñes? —Así, a voz de pronto, dice teñir como podía haber dicho callos a la madrileña.

—¿Eso no es preferible que lo haga una profesional?

—Un baño de color, nena, para que tome algo de brillo. Debe de haberme cambiado el PH porque está más áspero, me cuesta peinarme una barbaridad.

—¿No te irá mejor un acondicionador a un tinte?

—Quiero verme diferente. ¿Pasamos por el Corte Inglés y pillo uno?

—Vale. Neni, si sigues en esa línea de regeneración, terminarás por cambiarte el nombre. —Leo acaba de hacer acto de presencia, radiante, para acentuar más si cabe la cara de muerto viviente de Thais y la de perrito triston que es la mía.

—Buenos días... Pimpi, ¿cuándo te bajó la regla? —Lo de esta mujer y su descontrol con los ciclos ovulatorios, es demencial.

—Hace dos semanas. Oye, ¿por qué no te lo apuntas en el iPhone? Seguro que la *Siri* te pegará un berrido o te pondrá la pantalla en rojo en plan aviso.

—A ver... —Abre la agenda del teléfono empieza a contar—. ¡Uff! Voy bien, hasta final de la semana que viene no me toca. Me has descontrolado,

Thais.

—¿Yo? ¿Por qué? —Así es nuestra Leo, ¿que no se acuerda de su periodo menstrual? Pues busca al culpable de su despiste...

—Porque no te ha bajado. —¡Joé! No sabe cuándo le ha de venir a ella, pero dispone de un radar para la soviética de las demás.

—Tengo que ir al *gine*, en septiembre se me retrasó y manché un día, luego en octubre me bajó a finales dos veces, en noviembre desaparecida en combate...

—¿Y eso tomando anticonceptivos?

—Sí, chica..., estoy algo asustada.

—¡Coño, Thais! ¡Pues menos mal que estás asustada! ¿Sabes que podrías tener un tumor ovárico? —sí, Leo, para qué enumerar otras causas más amables.

—O un desarreglo hormonal..., pide cita con el *potorrólogo*, pero ya —suavizo y recomiendo, para que Thais vuelva a parpadear.

—La amiga de una amiga, le pasó lo mismo y le estalló un ovario —si meditara alguna de sus afirmaciones... las compartiría igual, nuestra Leo es así.

—Pásame el teléfono de tu médico, Pimpi. —Saco el móvil y le envío un mensaje con el contacto del doctor.

—Leo, esta tarde Thais viene a casa y se queda a dormir. ¿Te apuntas?

—¿Los seis? ¿Ahí todos revueltos? No sé si estamos dispuestos a contribuir en la dinámica *Random* que les mola a vuestros maromos —lo peor de la pregunta es que realmente lo piensa.

—Tienes una mente algo enferma, Leo...

—¡Cualquiera se atreve a pensar normal! Con el follón para follar que os traéis.

—Nena, eres tosca como un *chupachups* de cemento. Bueno, ¿qué? ¿Te apuntas y hacemos un trío femenino?

—No puedo, he prometido ayudar a Elido a colocar unas estanterías de metal en el taller.

—¿Os vais a ayudar uno al otro? ¿Los dos con taladros y destornilladores? —Se matan, esos instrumentos entre las manos de cualesquiera de los dos, generan la precuela de la *Matanza de Texas*.

—Sí, aprendió a usarlos correctamente hace unas semanas atrás. —Me temo lo peor.

—Leo, mi niña..., ¿qué ocultas? —Thais achina los ojos, esperando la respuesta; yo los abro expectante.

—Bueno, este verano, colgamos unos cuadros y el reloj de cocina. Elido desconocía que la taladradora tiene dos y realizó los agujeros en las baldosas... con la de desatornillar.

—¡No! ¿Pero? Habrá destrozado la máquina.

—Sí, el motor acabó oliendo a pescado podrido, lo achicharró.

—¡¿Qué animal?!

—Sí, tardó seis horas para 5 agujeros, se dislocó la muñeca y el codo, además de provocarse una tendinitis en el hombro.

—Leo, esta tarde, pasead, Barcelona tiene múltiples distracciones seguras para ambos, y andando a ser posible, alejaos de las máquinas y las herramientas..., vivid.

Rompemos a reír, exagerando más si cabe, aunque parezca imposible, la imagen mental de un tío como Elido, con buenos brazos apretando el taladro contra las baldosas, mientras la broca giraba al contrario, resistiéndose a agujerear la pared y el otro, terco, perseverando en su determinación en demostrar a Leo lo manitas que es rompiéndose los tendones... ¡Jesús qué pareja!

Entrar en un centro comercial con Thais es como soltar a un niño en el Toys " R " Us. Me ataca los nervios, la ves moverse de un lado a otro, poseída. Todo es susceptible de apreciación y de palpo, para luego decir «*están tarados, en el mercadillo no vale más de cinco euros*». Yo, mujer atípica en ese sentido, me levanta tal dolor de cabeza, que solo pienso en analgésicos y taburetes. He llegado a sentarme en la peana de un maniquí, con una jeta de fastidio más aburrida que la del propio muñeco.

Cuando ya ha tocado, comparado, cogido y devuelto todo lo que hay en todas las plantas de ropa y zapatos del Corte Inglés, regresamos de la que nunca deberíamos de haber salido, la principal, en donde se encuentran los cosméticos, la perfumería, la parafarmacia, la joyería y los bolsos... Sí, el popurrí es paradójico, aunque estadísticamente las ventas de los artículos de joyería y belleza se despachan más si te los ponen directamente en los ojos que si has de montar un dispositivo de localización para hallarlos.

Y claro, el problema de la saturación de productos, en donde «supuestamente» se garantizan resultados óptimos, es tomar la decisión correcta.

Los hemos visto todos, los caros, los asequibles y los baratos, los sencillos, los complicados, los más naturales y los menos... Finalmente, opta por una marca que está avalada por mil millones de estudios que aseguran que el brillo es espectacular, que son respetuosos con el cuero cabelludo y que, de tener canas, las cubren al cien por cien. En fin, que cumplimos el objetivo fijado, comprándose el tinte tono chocolate cereza luminosa, que a la chica de la caja le cae sensacional.

—Pimpi, he de pasar por la parafarmacia. —¡No, por Dios! En mi casa hay de todo..., no volvamos a dedicar otra hora de nuestras vidas a mirar algo que no comprarás.

—Tengo compresas, tampax, salvaslips, cremas para manos, pies y cara... Vámonos..., puedo suplicar, sé hacerlo ¿quieres que me arrastre?

—¡Qué *idiotona* eres! ¿Tienes un test de embarazo?

—¿Para qué necesitas un Predictor?

—Para remover la mezcla del tinte —no me merecía otra respuesta.

—Vaya tela...

—No conjetures, me ha dicho el doctor que he de realizar uno con la

primera orina de la mañana.

—Ah, vale.

Entramos en el stand y nos dirigimos directamente a la dependienta, que nos enseña todos los dientes blanqueados, con afán de atesorar minutos de nuestra tarde de chicas.

—¿Puedo ayudarles?

—Sí, necesito un test de embarazo.

—¿Para cuántas semanas? —¿Cuántos test ha de hacerse para asegurar el resultado?

—Solo queremos uno —respondo por no eternizarnos. Calculo mentalmente el tiempo que nos resta, sabiendo que aún tenemos que llegar, darle la manita de tintura y pedir la cena... Cocinar queda descartado.

—Sí, pero en función del retraso, le puedo mostrar el más fiable.

—No está retrasada. —Thais me ha mirado confundida, creo que no entiende el por qué contesto yo si es para ella, pero si se deja embaucar, al final el test lo hará aquí.

—Entonces, de predicción inmediata —no creo que nadie que se piense en estado de buena esperanza, pida una prueba de embarazo para saber los resultados a los seis meses—. Disponemos de varios laboratorios, este es digital e indica las semanas de embarazo con un máximo de tres semanas.

—Con más, digo yo, que hacerse la prueba es absurdo. —Thais, me da un codazo.

—Luego, están las tiras reactivas, que no son muy precisas ya que, en función de la cantidad de orina puede no apreciarse el resultado, y, por último, el tipo termómetro, en donde el absorbente es más eficiente, se empapa con más facilidad y la ventanita es más clara.

—Deme uno de estos de la ventanita.

—Le recomiendo que se lleve un par. Son muy sencillos de usar, una vez impregnados lo tapa y lo coloca en plano, en un máximo de 5 minutos aparece el resultado, sin embargo, la marca de control debe de surgir en cuanto la banda se humedece, en caso contrario ha de repetirla...

—De acuerdo, deme un par.

—¿Cuál de ellos? —Le tiende una docena de cajas. Estiro la mano y al azar, cojo dos.

—Estos. —Thais saca el billetero y paga. Le entrega la bolsa y, ahora sí, nos dirigimos al parquin...

—Eres tan desagradable... ¿Por qué te comportas así?

—¿Por qué para todo han de darle tantas vueltas?

—Su cometido principal es informar, como tú cuando le explicas a un cliente las diferentes opciones para decorar su casa.

—Yo soy concisa.

—Ella también, hace su trabajo y tú deberías de ser más transigente, o de vieja no te aguantarán ni tus gatos.

—Pienso morir joven como las estrellas del rock...

—Eres más complicada, que mear tosiendo dentro de la taza.

Preparamos el ritual del tinte en el baño de mi habitación por ser más espacioso.

Dentro de la caja siete componentes: el color, un reactivo, un champú, una mascarilla, una esfera tipo «sorpresa del huevo *Kinder*» en donde hay unos guantes de látex, un blíster con un gorrito de baño y un folleto de instrucciones —más arrugado que el culo de un salchichón—, que leemos en diagonal. Tiene pictogramas, a estas horas, dedicar media al estudio aplicativo de ungüentos capilares no apetece.

—Aquí pone, póngase la toalla sobre los hombros, a ser posible una capa.

—¿Tienes una capa?

—¿Cómo voy a tener una capa? ¡Ni que fuera *Alatriste*!

—¿Una toalla gastada?

—De playa... —la saco del armario del baño, de hecho, la utilizo cuando elimino las durezas de los talones y me arreglo los pinreles; está limpia y esponjosa. Igualmente, no informaremos de su uso actual.

—A ver..., mezcle el bote uno con el dos y agite unos minutos. —Sigo las ilustraciones.

—¿Pone los minutos? —El brazo empieza a dolerme.

—No, supongo que cuando la mezcla sea homogénea.

—¿Lo he de determinar yo?

—Sí.

—Está perfecta..., qué más. —Frunce el ceño, niega y sigue leyendo.

—Pimpi, dice que el contacto entre el contenido y los ojos, puede causar ceguera.

—Las pestañas no pensaba teñírtelas..., aunque si no te fías, tengo unas gafas de buceo. ¿Te las traigo?

—Confío en tu pulso —manifiesta desconfiada—. Procede.

Reparto el producto lo mejor que puedo, nunca lo he hecho antes, así que estoy improvisando, recuperando recortes de películas y spots. Entiendo que la gracia es que todo quede por igual, para que cubra el tono natural algo desgastado por este más divertido.

Hemos decidido cenar mientras el tinte actúa, ahora que me fijo, le he pintado media frente, parte de la mejilla y las orejas completamente. Durante el tiempo de exposición, ha ido pasando de color crema a burdeos, así que las manchas de esas zonas son muy evidentes.

No quiero decirle nada, aunque tengo el mal pálpito que el uso de vaselina era para evitar eso..., la figura dos no era demostrativa.

Y efectivamente, cuando retiro el tinte, lavo con el champú especial, aplico la mascarilla y después vuelvo a aclarar, me doy cuenta de que como no se difumina por osmosis durante el sueño, mañana necesitará un pañuelo para tapar la frente. Me da susto que se mire al espejo.

—¡Olympia! —Se acaba de ver. No sé si entrar con la escoba, vi no hace demasiado en un episodio de *Desafío Extremo* a Jesús Calleja protegiéndose de los tiburones con el palo de un mocho—. ¡Para esto era la vaselina!

—Te dije que yo no uso... Creo recordar que alguien comentó que era prescindible.

—¡Coño! ¡Cómo que lo dijiste tú! —Con tanto enfado se le rizará el pelo.

—Ves... sabía que lo había dicho alguien.

—¡Olympia! ¡Quítame esto! ¡Ya!

—¡Cálmate! Pareces una *Drag Queen* histérica. ¿Si le damos con acetona...?

—No tendrás un soplete de oxiacetileno, así directamente me arrancas la piel.

—¡Tienes un chocho! ¿Y yo qué sabía? No me he teñido en la vida.

—Pero si lo pone será por algo.

—La verdad es que no puedes salir así a la calle, llamas más la atención que un japonés crespo. A ver, deja que pruebe con el quita esmalte.

Tras cuarenta minutos de restregar su piel hasta con un guante de crin, he conseguido que la rojez sea estimulada por la abrasión. Eso en cuanto a la frente y el pómulos, las orejas deberá de ocultarlas tras su cabellera recién estrenada de un bonito tono otoñal que le sienta francamente bien.

Exhaustas, dormimos juntas en mi habitación, tras despotricar sobre las chapuzas estéticas que unos doctores de cirugía plástica intentan solucionar.

He conseguido desconectar un poco mi pensamiento de la imagen de Alatz. Tener amigas y apoyarte en ellas, ayuda a mejorar sustancialmente el ánimo, aunque en realidad me hace más falta estar a su lado de lo que presuponía.

El llanto de Thais en el baño me acaba de despertar de una semi pesadilla muy rara.

¡Dios mío, que no se le haya caído el pelo esta noche!, insistí por pasiva y por activa en que era mejor ponerse en manos de un profesional... Ahora, peor debe de ser la cara, la ha de tener llena de arañazos.

—¿Qué pasa?

—¡Mira! —Me señala la bañera. Está todo en orden.

—¿No hay agua en la caldera? —El termo está programado para calentar en tarifa nocturna, a no ser que se haya ido la luz... ¡Cómo esté llorando por eso, le hiervo el agua y la baño a cazos!

—¿Qué agua! Mira el predictor... —*Oh... my... goodness!*

—Bueno..., puede ser un falso positivo... —Niega y me enseña el otro —. Oh..., vaya...

—¿No entiendo cómo ha podido pasar? —Yo me hago una ligera idea.

—Esto..., ya sabes que..., bueno, si mezclas las *antibaby* con alcohol o vomitas..., o se te olvidan.

—Solo me pasó una vez.

—¿El qué?

—Me olvidé de tomármela un par de noches, tres a lo sumo... —decirle que es idiota, no va a solucionar nada, seguramente ya lo sepa.

—Thais, escucha..., estamos en el siglo XXI, hay opciones.

—¿Y qué hago ahora?

—Ducharnos, ir a trabajar, después te acompaño al ginecólogo y con toda la información, decides qué deseas hacer.

—¡No es justo!

—¿Quién sabe de justicia? Va, levanta..., ahí sentada lamentándote no solucionas nada.

—Me voy a casa... —La verdad es que por como tiembla, y poniéndome en su pellejo, ir a trabajar no la ayuda.

—Como prefieras. Te acerco. ¿A qué hora tienes el médico? Pasaré a recogerte y vamos juntas.

—Prefiero ir sola, Pimpi...

—¿Estás segura?

—Sí. Creo que sí... Pimpi, a Leo...

—No hacía falta la advertencia.

La semana va transcurriendo tan lenta e igual de aburrida que en un acuario de almejas. Se prometía movidita tras el *notición* del miércoles, pero la calma y el silencio se instaló en el despacho.

Thais ha solicitado permiso por asuntos propios, y hasta ahí puedo leer, la llamo para escucharla llorar. Intento ser amena, explicarle lo gracioso de la jornada procurando que no se le oxide el teléfono con humedad, pero no hay manera de que abandone su congoja... Todo le provoca el llanto, vamos que lloraría hasta despidiendo a un avión de carga.

Su situación es delicada, y tomar la decisión correcta no es fácil, tampoco tiene quince años, puede asumir cualquiera de las opciones disponibles, a pesar de no ser demasiadas.

Y yo sin poder hablar de esto con nadie...

No sé si el humor deprimido de Thais me está afectando o me he acostumbrado demasiado a la presencia de mi *porculoso*, ahora que no está, soy capaz de sentir los retumbes del eco en casa. Además, duermo fatal, paso frío, no me arrullan sus ronquidos, la almohada es demasiado dura, la sábana más áspera, la cama más grande... Un asco, en definitiva.

Hablamos todos los días, cómo no. Nos enviamos continuamente mensajitos y mails recordándonos cosas pendientes, también nos da para discutir, porque no seríamos Alatz y Olympia si no discrepáramos en algo, aunque son discusiones insubstanciales, sin trascendencia, solo para tomarnos el pulso y reírnos de nuestra propia idiosincrasia. También nos decimos que nos añoramos, sin embargo, yo no iré el viernes a esa cena en Valencia, ni él comerá con nosotros el domingo en casa de Saúl.

—Oye, ¿a ti qué te pasa? —Leo entra sin llamar; para qué molestarse, ya me ve a través del plexiglás con semblante de mascota abandonada.

—Tristeza melancólica por falta de *porculoso*.

—Ves a esa cena, no seas testaruda.

—Ya Leo, y que gane él.

—¿Se trata de eso? ¿Apuntarse tantos?

—No, pero... Sí, ¡oye!, ¡qué pasa! No quiero que crea que puede hacer de mí lo que le plazca.

—Qué tía más pánfila... ¿Tú quieres ir a la cena esa?

—Sí, me apetecía tomarme unas copas con él, vestirme de largo y encontrarme a una pareja muy divertida que conocí este verano...

—¿Y a qué esperas para pillar los billetes?

—Leo, te vas a ganar el título de *porculosa* dos.

—Mientras no grables mi número con ese nombre...

—No es justo para Thais. —Es eso en realidad, la angustiada sensación de traicionarla.

—Menos justo es para Alatz, al que obligas a hacer lo que no le apetece por capricho tuyo.

—Por amistad.

—Por amistad, quedas tú con ella... ¡*Joer!*, ¡qué sois pareja, no un pack indivisible de flanes!

—A mí tampoco me viene de gusto quedar con Saúl, es una situación tensa. —Más ahora que nunca, conociendo secretos.

—Aún peor para un tío... Es todo muy reciente, dale tiempo y si nunca se tercia, chica..., a casarla.

—¿Qué le digo a Thais? Está baja de moral...

—Nada. Quedamos otro día las tres, salimos a cenar, nos tomamos un copazo y que no nos esperen despiertas. Luego la llamo yo. —Si es que tiene razón, la familia viene impuesta pero los amigos se escogen, ¿qué motivos hay para que entre ellos fluya la cordialidad? Yo quiero estar con las chicas, sin andar preocupada por comentarios inocentes que acaben en malentendidos, o no tan inocentes que acaben en discusión. ¡Es qué mi Leo es un pozo del saber!

—Voy a llamarle para que me dé la dirección del hotel y saldré hoy un par de horas antes.

—Te dejo, luego me cuentas.

Marco el número..., primer tono..., segundo tono..., tercer tono..., cuarto tono... Debe de estar reunido..., quinto tono...

—Hola, Olympia, ¿qué tal? —¿Por qué *cojulllos* contesta Lady Pádel? ¿Qué hace ahí Lady Pádel? ¿Qué coño hace Alatz con Lady Pádel? Estoy boqueando como un pejesapo psicodélico en medio del Gobi—, ¿Olympia?

—Hola, Carol. ¿Me puedes pasar a Alatz? —Intento mantener la compostura, que mi voz no denote el ansia viva de hacerla tragar natrón para que se deseque como las momias.

—Lo siento, ahora mismo está en la ducha.

—Su teléfono es resistente al agua, por favor..., pásale el móvil.

—¿Cómo gustes? —Quedo a la espera—. Alatz, cielo..., Es Olympia.

Escucho el sonido amortiguado de tapan el micrófono con la mano, yo

inconscientemente pego más la oreja al auricular. Creo entender un «¿qué haces aquí?» y «¿por qué mierda has contestado?», también creo oír un «no me toques» y un «lárgate»; no sé, tenía la esperanza de que fuera una broma, cosa poco probable, porque Alatz no tiene precisamente voz de mujer y yo he marcado al *porculoso*. Sin embargo, sigo contenida deseando que me haya equivocado al pulsar y sea una jugada macabra de la fibra óptica..., aun a sabiendas de ser improbable.

—¿Olympia? —Pues es él..., no hay duda.

—Hola, Alatz..., perdona la intromisión, te he molestado para nada.

—No te vayas a montar una película, esto no es lo que parece. —¿Tiene los santos huevos de hablarme enfadado?

—¡Vaya por Dios! Gracias por sacarme del error, ya estaba yo imaginándome que el zorrón de Lady Pádel me había descolgado tu teléfono.

—¿Podemos hablar de esto más tranquilos?

—Alatz, en este instante me apetece mandarte tranquilamente a la mierda, de veras. Haz lo que tengas que hacer, reúnete con quien te tengas que reunir, cena acompañado de quien tengas que cenar, dúchate con quien te tengas que duchar..., pero intenta no llamarme, ni mandarme mensajes, ni contactar conmigo, como mínimo hasta el lunes.

—Salgo para Barcelona en una hora, te juro que no sabía que estaba aquí.

—No Alatz, no vengas, porque no me vas a encontrar.

—¡Joder, nena! ¡Es una puta...!, se ha metido en mi habitación...

—Nos vemos el lunes.

Tiemblo.

¿Por qué tiemblo?

Cuando he puesto fin a otras relaciones, lo que me ha invadido es calma, ligereza, como cuando en primavera dejas de llevar el plumífero o el abrigo de lana. Además, necesito llorar, pero nada de cuatro lagrimitas, no..., necesito llorar hasta que me tengan que rellenar los lagrimales, llorarme encima, ahogarme en llanto.

¿Y cómo se llora en un despacho con más ventanas que en un mirador? ¿Y cómo sostengo las lágrimas en los ojos? ¿Pruebo a cantar? El que canta su mal espanta, ¿no? ¿Y qué canto? Me viene a la mente la Tarara... ¡Por qué no me habré aprendido *La gozadera*!

¿Y si mejor recuerdo algo gracioso? ¡Pues Olympia, cómo no te lo

inventes o te cuentes un chiste!

Soy una mierda, pero no boñiga de caballo o de vaca que sirven como estiércol; soy una mierda de caca común, pisada y refregada con asco en un bordillo. ¿Tendrán alma las cacas? Porque claro, ellas ya vinieron al mundo siendo eso, cacas. Si bien es cierto que, entre cacas, también debe de haber clases, según procedencia, textura, color y hedor... ¿no?

—¿Olympia? —Leo entra asustada—, ¿qué sucede? Alatz ha llamado alterado porque no le coges el teléfono.

—Ni me he dado cuenta de que sonaba..., pensaba en cacas.

—Pimpi, ¿qué pasa?

—No lo sé...

—¿Qué semanita me estáis dando entre tú y la otra! ¿Por qué no quieres atender la llamada de Alatz?

—Está con Lady Pádel.

—Pero que está cómo.

—Pues Leo, sinceramente, no lo sé.

—Él qué te ha dicho.

—Que regresaba a Barna esta misma tarde.

—No es mala respuesta.

—He estado más ciega que un chino con orzuelos.

—No te precipites, que tú eres mucho de arranques viscerales...

—¿Puedes cerrar tú? —Sé que es un abuso, incluso una falta de profesionalidad..., estoy superada, necesito salir de aquí tan a prisa como un ladrón con diarrea.

—Sí, no te preocupes, ya contaba con eso.

—Me marchó, el lunes nos vemos. ¿Me excusas con Thais?

Asiente.

Le doy un beso en la mejilla y ella me abraza, a la vez que fricciona mi espalda con cariño y con la vana ilusión de animarme.

Conduzco en este momento sin un destino concreto, he tomado la A7 con la idea de esconderme en Sant Pol de Mar, en alguna de aquellas calas en donde pasaba la mayor parte del tiempo durante mi adolescencia, pero no he tomado la salida correcta y de seguir recto apareceré en el Mar de Bering.

Podría volver, esperarle con un chocolate deshecho, tan caliente que es imposible mantener la taza sujeta ni por el asa. Al punto de calor que al meterse la puntita de la cuchara en la boca le brote una llaga en el paladar con

una quemadura de segundo grado instantánea..., mostrándome comprensiva y servil, crearme todo lo que considere a bien de explicarme, sosteniendo la sonrisa de gratitud por haberlo dejado todo para comprenderle, entenderle..., y yo, en mi bondad inmensa..., ¡tirarle todo el chocolate hirviendo encima de la entrepierna! No, mejor no..., las conversaciones sobre infidelidades han de darse en un marco íntimo, sentados en el sofá y con ese acto irracional estropearía la tapicería.

Escucharle..., regresar para escucharle..., estoy cansada de escuchar..., o de no escucharme a mí misma desde el principio, a lo peor es eso, que no soy distinta al resto...

Esa es la realidad, ya nadie escucha a nadie; nadie repara en lo que comenta el otro. Vivimos sumidos en nuestro inmenso, solitario y ensordecedor silencio, y lo mismo da que nos digan, que nos expliquen, que nos cuenten, nos adviertan, nos berreen o nos bisbiseen..., exponemos el soliloquio fraccionado por breves mutismos, aguardando impacientes a que ese otro se calle y volver a escucharnos a nosotros mismos...

Salida ocho. Aeropuerto Girona-Costa Brava. Entro en el parking, es relajante ver despegar y aterrizar aviones. Entiendo que los vecinos de Vilobí d'Onyar de oírme decir esto, me correrían del pueblo a latigazos, pero como lo que piensas no se advierte, estoy salvada.

Paseo por primera vez por este lugar, la pantalla de Ryanair informa que en menos de cuarenta minutos despegará el vuelo a Luton.

Luton a Hempstead es como dos horas en bus..., sobre las doce en casa. No llevo las llaves, mis padres estarán con mi hermana. La vecina tiene un juego..., a esa hora le voy a dar un susto de muerte. Goza de buena salud, podrá superarlo.

Son las doce y diez cuando aterrizo en Luton. En el avión me he dado cuenta de que no llevaba el teléfono, estoy intentando recordar si lo cogí de la mesa del despacho, o se me calló en el coche, o me lo han birlado. Cuando llegue a casa contactaré con el operador para restringir las llamadas, por si las moscas de la subespecie *chorizaes chorizaes*, endémicas mundialmente, se han hecho con él. De ser así, aparecerá en la *cloud* una bonita foto de su careto, cuya utilidad será la de ponerle rostro al monigote vudú que confeccionaré para clavarle alfileres en las orejas o en las manos, enviándole un mal que enlace con la ignominiosa acción de mangarme el móvil. He dicho.

Mientras espero al último autobús tomo un café con leche; en realidad solo remuevo con la cuchara de palo el contenido del vaso de cartón mientras contemplo como la crema se funde con él, sosteniendo la cabeza con la mano libre, pensando por pensar, sin querer pensar en nada y pensando en todo... ¡Esto de pensar es un asco!

¿Qué hago en Londres? Leo tiene razón, soy chicha de arrebató. Debería de haberme quedado en Sant Pol, demostrando entereza, dignidad, valentía y no miedo, que, en definitiva, es por lo que llevo dos horas surcando la noche entre turbulencias y con un dolor de oídos producto del cambio de la presión para reventar tímpanos, y sin un repuesto de bragas... ¡Qué desastre de persona!

Y ya, así como de remate *hecatómbico*, he de molestar a mi vecina, para después llamar a mis padres, a los que voy a darles un disgusto horroroso, porque yo no soy de apariciones inesperadas, al contrario, casi han de rogar para que les visite. Está visto, el cerebro en situaciones anormales, también se torna anormal.

—*Excuse me, lady*^[109] —un chico de unos veinte años con un mapa de Londres desplegado llama mi atención. Por el acento parece italiano. No tengo yo el cuerpo y el talante para ofrecer información turística. Haremos el

esfuerzo, al menos, de escucharle—. *Good evening... and sorry..., could you help me, please?*^[110]

—*What do you need to know?*^[111] —Mi tono es desganado total, muy de «*don't disturb*»^[112], mas, intentaré ser cordial, y si no he de devanarme los sesos, contestar.

—*Do you know where I must take the bus to go to the City?*^[113] —A ver, ¿para qué diantre se sienta a mi lado? ¿Tanta lástima doy?

—*Wait at the bus stop.*^[114] —No tiene pérdida, todos los caminos conducen a Roma y en este caso, también al centro. Además, chaval estás ocupando el sitio de mi amigo invisible.

—*Well, well... You don't want to talk with me?*^[115] —¡Señor! ¿Por qué me envías tantas pruebas de paciencia? ¿No crees que por hoy ya he tenido suficiente?

—*Exactly.*^[116]

—*I think that I have been kind with you.*^[117] —Confirmado, el mundo está lleno de idiotas distribuidos estratégicamente, para que te encuentres al menos uno al día.

—¿Olympia? —Escucho desde la otra punta del aeropuerto. Dicen que el mundo es un pañuelo y que la humanidad unos cuantos mocos repartidos en él, pero..., a ver, ¿cómo es posible que vaya a dónde vaya me encuentre los mismos moquetes?

—*Honey! Finally, you have come!*^[118] —Exclamo, saludando teatral y exageradamente al fondo del vestíbulo, prácticamente vacío. La idea de expresarme en inglés es para que el chico perdido ahueque el ala. Cosa que funciona, porque separa la silla y se levanta.

—*Thanks for the indications. Goodbye, until the next time.*^[119]

—*You're welcome.*^[120] —Fuerzo una sonrisa—. *See you... never.*^[121]

Esto último lo musito entre dientes mientras se aleja y se acerca mi dolor de cabeza. Hoy, debe de estar previsto que sea mi último día en la tierra y he de ir zanjando temas pendientes.

Me acerco a él, nos miramos por unos segundos, es una situación incómoda, tensa. Yo tiendo la mano, él obvia el gesto y me sujeta de los hombros saludándome con un par de besos, sin titubeos.

—¿Qué haces aquí? —Parece más confundido que cabreado. Espero, podamos hablar sin lanzarnos el mobiliario de la cafetería a la cabeza.

—He venido a visitar a mis padres —no se puede considerar embuste.

—¿Sola?

—¿Necesito permiso?

—No, Olympia, sé que no. ¿Por qué estás tan a la defensiva?

—La última vez que hablamos no fuimos muy amables el uno con el otro. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en Barcelona?

—Sí, debería. —Entrecierro los ojos intentando desentrañar esa mirada opaca y seductora, que es su sello de identidad—. Formalicé un negocio en el último momento y mañana he de visitar al cliente.

—El padre de Miranda.

—Vaya, estás bien informada.

—Thais no sabe nada. Aunque deberías de ser sincero con ella, si el único objeto de estar juntos es el mercantil.

—¿Crees que ese fue el interés que me llevó a conocerte?

—Sí.

—*Pussycat*, tras el zapatazo de bienvenida con el que casi me desfiguras, me dejaste claro que no tenía dónde rascar. —El recuerdo me provoca la risa que él secunda y elimina tirantez.

—¿Nos sentamos?

—He de ir a buscar el coche, voy algo justo de tiempo.

—Bueno, en ese caso, ya nos veremos.

—Va, te acerco a casa de tus padres... Aunque, podíamos tomar algo antes... ¿Sí?

—Sí.

Cruzamos la sala de Este a Oeste, yo con mi bolso y él, en plan ejecutivo, con su maleta de cabina negra y elegante a conjunto con la funda de piel del iPad. Recoge las llaves del Mercedes de alquiler y le sigo hasta el parking. No sé si es de mujer prudente y sensata, compartir tiempo con el ex en tierras lejanas, aunque ya no sé si ser equilibrada me va a servir de algo. Abre mi puerta, tampoco le gustan los coches ingleses.

—¿A dónde vamos?

—Al hotel.

—Mejor a tu habitación que a un club... —Sé cuáles son mis límites, cuando llegue al centro, tomaré un taxi a mi casa. Perdí algo de moralidad, pero no de lealtad.

—¿Por quién me tomas?

—Saúl, conmigo no has de disimular.

—Tomaremos algo en el pub del hotel, mal pensada —acompaña la respuesta con ese mohín tan insufrible de énfasis entornando los ojos.

—¿Has hablado con Thais? —Es una pregunta anti meteduras de patas. Olympia conoce a Olympia y su tendencia a cagarla.

—Sí, y se ha tomado fatal que haya enlazado los viajes. Me jode ese reclamo de atención.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Olympia, puedes preguntarme lo que quieras —claro, luego tú puedes contestarme lo que te venga en gana.

—¿Estás con ella por sacarle información?

—No —es tajante, pero yo mintiendo también suelo vacilar poco—, fue algo más emocional.

—Ah... —musito eso, como podría haber exclamado *metamoscopia*.

—Mira, no voy a atemperar la situación con palabras amables, mi conducta con las mujeres no ha sido nunca ejemplar, lo intenté con Carol y fracasé. Me lo planteé contigo y la verdad, mi vida parece moverse en bucle... Thais apareció una noche y, sinceramente, estoy mejor que nunca. —En este instante se desprende el lastre que me restaba dinamismo.

—Ostras, Saúl..., no me esperaba esa respuesta, pero me gusta lo que oigo.

—¿Nada de despecho? —Parece herido en su ego, aunque sonrío.

—Thais, te quiere.

—La echo de menos, eso ha de significar algo.

—Pues no la cagues, llámala y muestra más interés que conmigo. Ya deberías de saber que una mujer cuando dice: «*no me llames*», espera que lo hagas.

—Patronaje común.

—Casi siempre.

—¿Eso fue lo que nos distanció?

—Podría quedar bien y sostener esa justificación, pero no...

—Le di demasiada información a Alatz. Me desahogué con él, explicándole la bronca que tuvimos cuando viniste a Londres en Semana Santa... —Ríe y niega—. El muy cabrón no perdió la oportunidad.

—Alatz y yo..., ya nos conocíamos —¿para qué confieso eso? ¿Confieso algo más? Lo he dejado de piedra.

—¿Desde cuándo?

—Yo tenía dieciocho años. —Rompe a reír. ¿Dónde está el chiste?

—Y ahora me dirás que fue tu primer novio.

—No, no lo fue.

—¡No me jodas! —¡Ostras! ¡Cómo odio no pillar las expresiones a la primera!

—No lo pretendo.

—¿Vas a decirme que te desvirgó?

—No iba a decírtelo. —Las carcajadas inundan el vehículo. Se le escapan hasta las lágrimas. Yo intento guardar la compostura, sin embargo, finalmente rompo a reír con él.

—Ay..., Olympia, eres el ser más extraño que conozco.

—No sé si me gusta el término —sigo la broma.

—Y manteniendo este clima de sinceridad... ¿Qué os ha sucedido?

—Nada.

—Ese «nada», es como el «no me llames» de antes, ¿a qué no me equivoco? —Jo qué tío.

—No he hablado aún con él, prefiero no hacerlo con nadie antes.

—Buena respuesta.

—Saúl... ¿Puedo pedirte una cosa?

—Dime.

—¿Podríamos ir directos a mi casa? He de pedirle las llaves a mi vecina, despertarla a esta hora ya es imprudente....

—¿Vuelves el domingo por la tarde?

—No, mi vuelo de vuelta es de madrugada..., no preguntes, es el que quedaba.

—Tengo un conocido que hace magia con los pasajes. —Sí, creo conocer el nombre.

—Te agradezco la disposición, pero he de recoger el coche en el aeropuerto de Girona. —Me da vergüenza admitir que todo responde a un pronto estólido.

—No insistiré más.

Conduce en silencio camino de casa de mis padres, catalogo este encuentro como algo providencial. Aclarar así, sin reproches, nuestras miserias, es lo mejor que me ha sucedido durante el día, además, este lapsus me ha oxigenado, aunque no consolado. ¡Ay, qué triste es estar triste!

—Olympia...

—Me llamo...

—Voy a intentarlo con Thais. —Pues a ver cómo te tomas la noticia de que has plantado la semillita.

—Es una tía estupenda, no la hagas sufrir... Carol, no te quiere, solo te utiliza...

—Lo sé, es un capítulo que deseo cerrar, pero... no puedes hacerte una idea de lo mucho que la quise..., y a pesar de lo mal que nos lo hacemos pasar, cuesta disolver las sensaciones que me provocaba.

—Sí, me «coronaste», Saúl..., me hago una ligera idea.

—Dejémoslo en tablas, tampoco eres el ejemplo de sinceridad.

—Yo no te mentí.

—Dejaste que me auto inculpara.

—Si hubieras sido inocente no te habrías declarado culpable. —Se lo toma a broma, pero lo digo totalmente en serio.

—Te vino de perlas..., tú ya habías decidido.

—Sí, a ti... Curiosamente, aquel día tú eras la elección.

—No habría funcionado... —asume negando—, Alatz no se caracteriza por desistir y, el hecho de necesitar decidirte ya inclinaba la balanza a su lado.

—Nunca lo sabremos, suelo hacer lo contrario de lo esperado.

—Eso no es verdad, haces lo posible por ser feliz, y es maravilloso, porque consigues hacer feliz al resto.

—Eso es un pedazo de cumplido, Saúl.

—Sí, a la par de incuestionable. Aunque me jodió saber que estabas con él. Llegar a este vértice de reconocimiento de derrotas y certezas, es mérito de Thais...

—Seamos amigos, Saúl. —¿Es posible ser amigo de tu ex? Habrá que intentarlo, porque este ex es la pareja de una de mis únicas y mejores amigas.

—Con Alatz, no prometo nada...

—La relación que quieras tener con él, es cosa vuestra. ¿Tú quieres que seamos amigos? —Tuerce la cabeza para observarme con una sonrisa de medio lado.

—Sí, Olympia..., seamos amigos.

Qué curiosa manera posee la vida para enfrentarte a momentos incómodos. De haber tomado un avión a la República Checa, tengo el convencimiento, de que también me lo habría encontrado al salir de la

terminal. Mantenía una espinita de remordimiento que, realmente no me quitaba ni el sueño ni el apetito, sin embargo, molestaba con el roce. Nuestra relación estaba abocada al fracaso por una serie de aspectos que, para mí, eran incuestionables e incompatibles con mis peculiaridades; ya me había percatado de ello durante nuestra escasa convivencia; soy poco amante de que piensen, elijan y decidan por mí, y eso es un rasgo identificativo muy marcado en la personalidad de Saúl, al que le encanta ofrecerte el mundo según lo decida, piense o elija.

No obstante, conocerle fue el paso previo a reencontrarme con el ser más *porculoso* del planeta, con el que he conseguido descubrir lo positivo de compartir el día a día, apreciando la rutina y la novedad, aprendiendo a expandir mi paciencia, a solicitar su opinión y a valorarla, a asumir que el quererle me rearma como mejor persona, que me satisface hacerle feliz y que adoro que me cuide, se preocupe y lo demuestre..., aunque en este momento mi deseo inminente sea excavar un agujero y enterrar la cabeza, para que la susceptibilidad no se lo cargue todo.

Vuelvo a pensar en cacas...

Saúl y yo nos hemos despedido con un abrazo enfrente de mi casa. Lo necesitaba, creo que de no haber sido el suyo, se lo habría comprado a alguien..., y mira que he sido crítica con la Amma, esa gurú india dedicada a dar abrazos mercantiles.

Me ha costado mantener las lágrimas dentro de los ojos mientras nos despedíamos, saber que puedo llorar a gusto y sola durante toda la noche, ha ayudado a no montar el numerito lacrimógeno.

Camino hacia la puerta trasera para cruzar por allí a casa de mi vecina. No he llegado a abrir la cancela que se ha encendido la luz del porche.

—*If you don't leave the property, we will warn the police*^[122]—nunca le he preguntado a mi madre si nació de nalgas. Me sale todo como el culo.

—Papá, soy yo. ¿Qué hacéis aquí? —sí, la pregunta parece estúpida, pero nunca están. Mi padre, de tarde en tarde, viene a dar una vuelta y a comprobar que todo sigue en orden... Justo hoy hemos coincidido. Basta que una quiera un hueco en donde ocultarse apartada de todos, para que en el mundo se declare una jornada universal de puertas abiertas.

—*But?*... —Ese «pero» abre atropelladamente.

—¡Ni se te ocurra abrir! Serás imprudente... ¡Llama a la policía, ya! —

Oh, mamá... También está mamá... ¿Alguien más? ¿Avisamos al primer ministro? ¿A la reina? ¿Resucitamos a Lady Di?

—Es la niña. —«La niña...», qué eufemismo.

—¿Qué niña? —Me están atacando los nervios.

—Yo mamá..., soy yo. —Increíble, tardan más en quitar las alarmas y desbloquear la puerta que los guardas de un castillo medieval en bajar el puente levadizo.

—Hija, ¿cómo se te ocurre venir sin avisar? —me interroga papá oso, espachurrándome entre sus brazos.

—No sabía que debía de hacerlo —a ver si logro desviar la atención sobre el por qué estoy ahí con esta excusa tan pésima.

—Pasa, *tesorete*, estás helada.

—¿Has venido sola? —de existir otro ser más inquisidor que el cardenal Cisneros, el título lo ostenta mi madre.

—¿He de venir acompañada?

—Olympia...

—Me ha traído un amigo.

—¿Alatz? —¿No es paradójico? Hace unos meses era él «el amigo...» ¡Jesús, menudo trajín de amigos! En otra época ya me habrían puesto «nombre» y ungiría los pies de algún apóstol para expiar el pecado—. ¿Olympia? —insiste.

—Va, deja a la nena que acabe de llegar y entre en calor. No la agobies, Eli.

—Enric, amor, ¿ve a dormir? —No papá, por lo que más quieras, no me desampares, no..., por caridad.

—*Darling*, deja el tercer grado para mañana, la niña debe de estar cansada.

—Habrá dormido en el avión. —No, mami, hoy solo he pensado.

—¿Podéis dejar de hablar como si no estuviera delante?

—¿Quieres un té? No, mejor un cacao, sin azúcar y con leche entera.

—A ser posible, me gustaría ducharme y acostarme.

—Sube, dúchate y baja con el pijama, mientras te preparo un chocolate caliente, como a ti te gusta.

—¡*Ains*, mamá! ¿¡No habrá tiempo mañana?! —

—Quién sabe, eres una incógnita.

—Va, Eli..., dejemos que se acomode...

—Enric..., tú sí puedes ir a dormir.

—¡Lion! ¡Salía el vuelo diez minutos después del mío! ¿Por qué nunca acierto!

Exclamo enfadada, con los brazos abiertos, subiendo hacia mi habitación, pisoteando los escalones para hacerme notar. La próxima vez que me deprima escojo Nueva York o Los Ángeles..., o Cancún, ¡qué coño!

La desilusión se ha tornado mosqueo, ¿alguien ha probado a ducharse enojado nivel «¡He venido a hablar de mi libro!»^[123]? Es un despropósito tras otro, el agua caliente tarda en salir, entonces cuando logras el grado adecuado, «alguien» abre el grifo y un chorro helado te cae encima aumentando la furia, entonces giras la espita para que suba la temperatura y el mismo «alguien» cierra su llave; resultado, te abrasas de coronilla a culo... En ese instante, pierdes la compostura y con ella la educación, escupes sapos, culebras y arañas voladoras... ¿Qué sucede después? Sencillo, la cólera no te permite medir la cantidad de champú, te entra en los ojos y mientras te enjuagas con la alcachofa directamente en las pupilas y suplicas para que el «alguien» no vuelva a abrir el agua, las palabras que pronuncias ya son sapos, culebras y arañas voladoras con dos cabezas vomitonas. Para ese momento, la ira ya se ha apoderado de todos tus miembros, que están agarrotados por la irritación y pasas la manopla por la piel como si estuvieras descamando una merluza... Ahí, los sapos, las culebras y las arañas voladoras vomitan fuego y se cagan en todo lo *cagable*, porque la idea era ducharse, acostarse y llorar... ¡Y no! ¡Olympia no puede! ¡A Olympia aún le espera el examen de conciencia que le prepara mamá!

¡Cancún! ¡La próxima vez, Cancún!

Enfundada en el pijama con la imagen de *Kenny* de *South Park* de cuando tenía dieciocho años y descalza, regreso a la cocina. Mi esperanza de no encontrármela se evapora como el humo que desprende el cacao que huele a maravillas. Me siento enfrente y sujeto la taza... ¡Jo, mamá siempre sabe hacer el chocolate en el punto de calor y espesura ideal!

—¿Has venido con aquel chico?

—No es un chico.

—No, Olympia..., no lo es. Es un hombre, un hombre casado. —Venga, la primera en la frente.

—¿Ahora te importa? Recuerdo una conversación muy contemporánea

sobre ese tema.

—¿Te importa a ti?

—No.

—Pues a mí, tampoco. —¡Dios mío bendito, qué mujer más inmensa!

—Se ha separado de su mujer.

—¿Estáis juntos?

—Sí, mamá, estamos juntos.

—¿Dónde está ahora?

—Supongo que en Barcelona. —Frunce el ceño, malo.

—¿Y con quién has venido?

—Me encontré a un amigo y me trajo a casa. —Soy de género tonto, ¿por qué no miento? Me faltan las orejas de burro...

—Olympia, ¿qué pasa contigo?

—No colijas, es el chico de Thais, coincidimos en Luton. Pura casualidad.

—A Alatz también te lo encontraste en Londres por pura casualidad.

—No tanta, mamá.

—¿Por qué nunca compartes nada con nosotros? Sé que no nos hemos comportado como unos padres de libro, pero te queremos, Olympia, y nos excluyes.

—Eres de un drama...

—¿Me acusas de dramática? ¿Quién se ha presentado a las dos de la madrugada en Londres desde España?

—Era la una —esto último sobra—. ¿Qué quieres saber, mamá?

—Lo que me quieras contar. —Seleccionaremos un cuento de brujas y hadas.

—Alatz y yo nos conocíamos desde la universidad.

—Nunca me hablaste de él... Bueno, nunca me hablaste de ningún chico —afirma con disgusto.

—Fue mi primer chico, mamá... —qué calor me ha subido a las mejillas..., dudo que las madres y las hijas se confiesen estas cosas habitualmente, y mucho menos de manera desenfadada tipo: *«Ayer estuvimos desgranando el principio de incertidumbre de Heisenberg y por la noche me repasé al compañero de la derecha.»*

—¿Y qué pasó?

—¡Ay, mamá! ¿A estas alturas necesitas que también te detalle «eso»? —

¡Lo que faltaba! Esta mujer se pasa de moderna.

—Olympia, hija..., qué pasó después para que se casara con otra.

—Mamá éramos muy jóvenes... —¿cómo se le explica a una madre que fue cosa de un ratito y hasta luego cocodrilo?

—Es una bonita historia de amor... ¿Y qué más?

—¿«Qué más» de qué? —Sé que se muere por conocer los pormenores, le encantan las novelas de Nora Roberts.

—¿Qué haces aquí?

—Nos hemos enfadado. —Me mira, se muerde el labio y arranca a reír a carcajadas. Mi madre consolando no tiene igual..., es decir, al igual te consuela.

—Perdona hija..., es que me parece tan inusual en ti.

—¿Qué me enfade?

—No, eso no..., enfadarte sé que sabes, pero que te marches... Es inaudito.

—Está visto que haga lo que haga, no acierto. —Se levanta, se sienta a mi lado y me abraza, aún rota de la risa.

—Le quieres mucho, ¿a qué sí?

—No sé calcular eso.

—Obvio, Olympia, lo que se siente no se pesa, ni se cubica.

—¿Sirve de algo afirmar que sí? A mí reconocerlo no me reconforta.

—Sirve para que seas más condescendiente y medites con las entrañas.

—En realidad, mami..., he venido por eso, para enfriarme... Si lo pillo en caliente, no lo iba a escuchar, y quiero convencerme de que he de hacerlo.

—¿Puedo darte un consejo?

—Claro..., tú debes de tener más experiencia en estas cosas.

—Piensa en ti, escucha y decide, pensando en ti... Pero no actuando como dicen que debemos actuar, hazlo siendo egoísta, sabiendo que la decisión que tomes, es la que te va a satisfacer a ti.

—Ya lo hago mamá, y a pesar de eso, no es fácil.

—La vida en pareja nunca es fácil, siempre surgen discrepancias domésticas, laborales, familiares, pasionales..., pero todo se supera, porque el nexo si realmente está tejido con amor, es inquebrantable.

—Confianza ciega.

—Hija, tenemos los ojos para ver..., pero has de ver con los tuyos, no oír lo que ven otros, o montarte un film en base a esos chismorreos.

—Envidio al anacoreta que medita bajo un árbol trivialidades filosóficas. —Entorna la mirada.

—Olympia, esta noche ya no leas. Acábate el chocolate y ve a descansar, seguro que mañana la perspectiva es mejor.

Tras una tarde persiguiendo un objetivo que, cuando lo rozaba con la yema de los dedos, se escapaba igual que la arena en un cedazo, conseguí llegar a la madriguera, ahuecar y mullir el nido para llorar sola como me había propuesto. Yo que siempre he sido de lagrimeo fácil para las futilidades, que se me escapan del tamaño de un melón por emociones absurdas y ficticias, con anuncios, canciones o alguna película, cuando necesito hacerlo a placer y con un sentimiento real, lo postergo tanto que hasta casi se me olvida el por qué tenía que hacerlo.

El caso es, que cuando el clima ha sido el propicio, me he hartado a llorar y sé que nunca había llorado tanto, porque he descubierto que llorar, cansa. ¡Ostras qué si cansa! Creo que tengo agujetas de hipar, me quedé dormida con tremendo dolor de cabeza y me he despertado con resaca, ¡resaca de llorar! ¡Ahora entiendo por qué la gente prefiere emborracharse! Cuando pillas una *trusca* etrusca, no se te taponan la nariz hasta el punto de tocar la trompeta cada vez que te sorbes los mocos, que también se te caen a plomo producto de la llantina, ni se tumefactan los ojos como ciruelas maduras reventadas al caer del árbol.

La próxima vez que alguien insinúe que llorar ayuda a sentirse mejor, se lleva una colleja por hablar sin conocimiento de causa; porque yo, que sí he probado esa máxima tan extendida en las redes sociales, que aparece inscrita bajo la foto biográfica de científicos célebres, como Kepler, Franklin... Einstein, puedo constatar que... ¡y una mierda!

Estoy convencida de que ninguno de ellos, tan dados a confirmar sus teorías empíricamente, afirmarían que llorar es la solución a algo... Puede que algún filósofo tipo Coello o poeta como Benedetti, pero de físicas..., no.

Justificando la noche plañidera, compro la idea de que es inevitable, pero útil... ¡Qué va!, para nada.

Mis padres han salido al centro; por lo visto mi hermana ha pasado una época con uno de sus brotes depresivos y ahora que se encuentra más animada, mi cuñado y ella han previsto un crucero por el Caribe, son muy de amar las emociones baratas y sencillas.

Papá es más realista sobre la enfermedad de mi hermana, que, a pesar de

no negarla porque está diagnosticada y eso va a misa, opina que sus recaídas son bastante oportunistas. Yo no me manifiesto, suficiente tengo con entenderme a mí misma, como para intentar desentramar los pensamientos de una condesita consentida.

Creo que mamá ha puesto en antecedentes a mi padre sobre mi inesperada visita, o puede que le haya dicho que no me pregunte, porque ha esquivado el tema, a pesar de que mi cara en su conjunto, tiene el aspecto de un extinto flotando en una piscina.

El caso es que sigo triste y además me apetece estarlo, sin embargo, basta que desee lamentarme alentada con un día plomizo y melancólico, que hoy en Londres, en pleno invierno, ha amanecido soleado y con un cielo azul espléndido, con nubes de hacer bonito. No sé, a lo mejor si hubiera ido a llorar al Valle de los Reyes apoyada en una pirámide deseando deshidratarme, habría llovido de manera torrencial.

En vista de que todo se conjura para que yo sea feliz, escojo un libro de la biblioteca que no he leído, de Harold Kushner cuyo título: *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*, se adapta a mi humor taciturno.

Sopeso la opción de quedarme en casa, solo por fastidiarme a mí misma y no premiar a las isobaras con mi presencia en el jardín. Pero soy un individuo débil, y tomo el edredón de *patchwork* que cubre el sofá del estudio, el libro que no llega a las doscientas páginas y me estiro en la tumbona. Empiezo a leer.

Es una lectura dura, no pensaba que tanto, me esperaba una narración egocéntrica sobre situaciones desagradables, emociones más mundanas relacionadas con el desamor, pero es todo lo contrario, el escritor relata cómo se enfrenta a la vida al conocer que su hijo de tres años padece una enfermedad degenerativa que acortará su existencia en la pubertad, enfrentándose a todas esas cuestiones tan angustiosas como los por qué, todos los odiosos por qué, que alumbran cuando la tragedia golpea las puertas sin motivos aparentes. Lo devoro en menos de dos horas. Me siento imbécil.

Contemplo el pasar de las nubes, ahora son algo más esponjosas y regordetas, muy blancas. Pasan algo más deprisa que cuando me senté a leer.

Esa de ahí parece el mono que se hizo un selfie y, a medida que va desfigurándose, al *Sensei Shifu* de *Kun Fu Panda*, estreñado..., me pregunto si cuando las nubes observan a la humanidad desde las alturas, se distraerán diciendo: «mira, esa de ahí tiene forma de gilipollas».

Cerraré los ojos y al arrullo del viento y del sol, me dormiré un ratito hasta que regresen mis padres, no tengo apetito ni ganas de cocinar.

—Nena...

—*Uhhmm...*

—Nena, pillarás una pulmonía aquí fuera.

—*Uhhmm...* —estoy en la gloria aquí tapadita.

—Va a llover. Venga, nena... —¿Nena? ¡No, nena, no!

—¿Qué haces aquí?! —Me incorporo tan abruptamente que casi se pliega la tumbona y me convierte en sándwich de Olympia.

—Una pregunta algo ridícula, ¿no crees?

—Te dije que el lunes. ¡El lunes! —estoy desvariando histéricamente, lo sé y tengo permiso para hacerlo.

—Y yo que salía para Barcelona esa misma tarde... Nos has tenido a todos en vilo. —¡Caca! Olvidé llamar a Leo. ¿Y cómo que «nos»?

—Ya sabes dónde estoy, hala..., ya puedes volver a España. —Tiene aspecto de cansado... ¡No Olympia! ¡Tú estás dolida y muy enfadada! ¡*Stop* disculparle!

—No, hasta que no hablemos y por supuesto, volvamos juntos.

—¡Sí hombre! ¿Y qué más? El lunes hablamos... —Duro y a la manzana, duro y a la manzana, duro y a la manzana...

—¿Por qué me ocultas las cosas?

—¿¡Yo?! ¡Ay, Alatz! ¿Cómo puedes ser tan cínico?

—No es cinismo..., lo que me preocupa es que no quisieras hablar conmigo por miedo. —Tiene razón, ese ha sido el motivo principal de mi éxodo irreflexivo, pero si lo admito menguará mi enfado, ¡y quiero seguir enfadada! Un ratito más cómo mínimo.

—¿Qué esperabas, Alatz? ¿Qué aguardara tu llegada en bata y zapatillas con la cena preparada? ¿Llorando, sorbiéndome las velas? ¿Dándome cabezazos en las paredes? —Admito que se me pasó por la cabeza, la verdad... Dicen que el dolor tapa el dolor.

—Esperaba que te comunicaras conmigo, que me explicaras, que buscáramos la solución juntos.

—Me viene grande ser tan sensata, Alatz..., y no creo que sea una solución a tomar bilateralmente.

—Pues tenemos que hacerlo, porque esto es cosa de los dos y no voy a permitir que decidas sin saber lo que pienso, sin tener en cuenta mi opinión.

—Sé lo que vas a decirme, pero los *tópicazos* no me van.

—Porque los «*topicazos*» son las reglas más juiciosas. Crees que no puedo comprenderte, y estoy dispuesto a acatar tu proceder.

—Sería la primera vez que tú consientas algo sin argüir mil tesis.

—En este caso, no. Accederé a lo que resuelvas, siempre que no sea seguir sin mí.

—Entonces no veo en dónde está tu flexibilidad, yo he de disponer seguir contigo, sí o sí, ¡y que viva la Pepa!

—¡Por qué también me afecta!

—¿A ti? ¿Cuándo Alatz? Porque antes de que te llevaras la sorpresa, entiendo que no.

—No entraba en mis planes, no voy a mentirte, además ya lo habíamos tratado con anterioridad... Entiendo que en los tuyos tampoco. —Si me arranca la Aorta con suerte sale engrudo.

—Todo el mundo tiene derecho a hacerse el tonto, pero lo tuyo es un abuso, Alatz. ¡Aún postularás para que te canonicen!

—¡Mira nena! ¡Me niego a ser un simple espectador! ¡¿Lo entiendes?! Ha sucedido, asumamos las consecuencias, afrontémoslo como adultos.

—¿Cómo eres capaz de mostrar condescendencia? Igual que si hubiera de haberlo incluido en mis planes inmediatos. ¿Crees que me comporto como una desquiciada por no preverlo?

—No, en absoluto. Solo pienso que no lo estás gestionando con la naturalidad que se merece —hay dos palabras en su argot que odio hasta los extremos: innegociable y gestión. Cada vez que las escucho, le gestionaría innegociablemente tal patada en el culo que lo catapultaría a Marte sin cohete ni traje espacial.

—De verdad, Alatz, consigues que pierda la compostura y desee tirarte arena a los ojos..., así, a voz de pronto. —¡¿Ahora por qué sonrío?! ¡Tierra! ¡Ven a mí!

—Nena..., te quiero, y eso lo cambia todo, todo lo que creía o tenía como axiomático en mi vida. —Estira sus manos, busca calor humano... Y yo, que me conozco, que soy dura de dientes para afuera sé que, solo un roce, y estoy tocada y hundida, porque a pesar de seguir aquí indignadísima, ya me encuentro muchísimo mejor que esta mañana, e infinitamente más que ayer, así que me retiro un paso evitando que me alcance. He de mantener el posado un rato más. Aparte de que no me ha explicado nada de lo que sucedió en

Valencia el viernes, y que deseo, y no deseo averiguar.

—¿Qué cambia? Yo sigo con las mismas incógnitas de ayer tarde.

—Nena, en este momento, nos separan tres pasos, yo, daré dos..., ni uno más. Decide —¿encima con advertencias? ¿Pero qué se cree? Mira, pues aquí me quedo, cruzadita de brazos y cruzadita de todo.

Estoy en pleno frenesí de dignidad, con sobrecarga del sistema central, a punto de emitir los primeros rayos, cuando da dos pasos, me agarra de la muñeca y me obliga a dar el que falta. Y me abraza, mientras me mira, y me desbarato, y me permito vestir mi alma con el alivio de luto en tonos marengos, solo como posado y cara a la galería, porque en realidad, toda yo me contengo de estallar en colores flúor.

—Eres tan testaruda...

—Lo he pasado muy mal, Alatz..., ha sido con diferencia el peor día de mi vida. —Un pucherito se me permite, ¿no?

—Porque te has entestado en pasar por esto sola.

—Porque pienso que, si realmente es como deseas vivir tu vida, yo no puedo cambiar eso. —Otro *pucherín*..., ¿a qué lloro y todo? Si es que me quedan lágrimas, después del hartón que me di anoche, no sé si habré gastado hasta las del reservorio de los llantos espontáneos.

—Yo solo deseo vivir mi vida a tu lado. —Baja una de sus manos y la coloca sobre mi tripa. Vale, puede que los aleteos de las mariposas hayan revolucionado mi estómago, pero no ha gruñido—. Y si lo deseas, y si es lo que quieres, de nuestro hijo.

—¿Qué hijo? —Las pupilas no las tiene dilatadas, porros no ha fumado...

—¿No pensabas decírmelo?

—Decirte, ¿el qué?

—Olympia, no disimules, te dejaste el test de embarazo sobre el mármol de la bañera. Pasé por casa pensando que te encontraría allí.

—¡No estoy embarazada!

—No creo que el predictor se lo hayas hecho a las carpas de la pecera.

—¿Has venido pensando que estaba preñada?

—He venido en parte para impedir que hicieras algo de lo que podrías arrepentirte.

—¡Pues no! ¡No me largué por eso! ¿Quieres explicarme qué hacía Lady Pádel en tu dormitorio?

—¿Ha sido todo un conato celoso? —Intento escapar de entre sus brazos, regresa mi indignación, aunque imperceptiblemente, casi no la noto ni yo.

—No sé, Alatz..., ¿cómo catalogo que, la tía con la que marraneabas mientras estabas casado, te pasara el móvil en la ducha? —llámame mal pensada, exagerada..., tonta las coles.

—Se hizo pasar por la camarera de la habitación y se coló, he emprendido acciones legales para evitar el acoso..., pensé que confiabas en mí.

—¡Si es qué soy de un receloso!, es de lo más habitual que las ex amantes aparezcan en otra provincia y se cuelen en la habitación de un hotel, mientras el huésped se ducha; vamos, está a la orden del día. ¡¿A quién no le ha sucedido?! —Repasando el pasado inmediato, a Saúl lo conocí en una situación de lo más accidental... Solo que aquello no fue premeditado, ¿o sí? ¡Oh, claro! ¡Cuándo vea a Saúl prometo despellejarlo!

—Sobre las cinco de la madrugada recibí una llamada imprevista, informándome de en dónde podía encontrarte. ¿Debería de acusar suspicacia, nena? —Sí, le despellejaré a tiritas de centímetro, y al contrario de la dirección de la grasa. Lo lamento por Thais.

—No compares, porque coincidimos en el aeropuerto, un espacio público. —Que no público.

—Y le agradezco que te acercara a casa y que tuviera la voluntad de avisarme.

—Sé que Lady Pádel puede ser muy convincente, Alatz. —La he visto actuar, es como una mantis, después de la cópula se come la cabeza del macho.

—La única persona en el mundo capaz de conseguir que cambie de opinión, es Olympia Fasol. ¿Has oído hablar de ella?

—Sí, ayer se sintió más fea que nunca, más poca cosa que nunca, más traicionada que nunca..., más Olympia que nunca.

—Eres tontita.

—También descubrió que tienes la capacidad de dejarla sin poder de reacción.

—O de reaccionar de manera desproporcionada...

—Podías haberme traído unas flores, un ramo de rosas y orquídeas... —
So rancio.

—No te las mereces, me has dado un susto de muerte. Además, estaría disculpándome sin motivos.

—¿Pero tú no venías pensando que me habías hecho un bombo?
—Sí, ¿y?
—¿No deberías traer algún detalle para la futura mamá?
—¿Pero vamos a ser papás?
—No.
—¿Y el test?
—De la carpa blanca y naranja.
—Me puedo hacer una ligera idea de quién puede ser el pescado padre.
—¡Cuánta suficiencia!
—No insistas, Alatz.
—No lo haré...
—Ya te has quitado un peso de encima, ¿eh, chaval...?
—Me había hecho ilusiones. —¿Perdona? —. Sí, durante el vuelo, mientras serenaba los nervios e intentaba minimizar mi cabreo monumental, también tuve tiempo de ilusionarme con la idea.
—No quieres hijos, siempre te has mostrado muy lacónico con ese tema.
—No quiero hijos con nadie que no sea contigo.
—Alatz, eso son unas «súper palabras» con las que me has dejado muda.
—Sonríe, busca la mano dentro del bolsillo del abrigo.
—Tienes la facultad, de hacerme improvisar continuamente, de ayer a hoy, de hoy a hoy... —Saca la mano y busca la mía—. Cuando me lo entregó mi madre este verano, pensé en Navidad...
—Alatz... —Estira mis dedos y acaricia el anular de mi derecha.
—Fue la sortija de pedida de mi abuela materna. —Desliza el anillo hasta colocarlo en el dedo, estoy en shock—. Quiero colocarme de nuevo la alianza y no quitármela jamás. Olympia, voy a casarme contigo.
—Algo tendré que decir yo, ¿no?
—«Sí quiero», ante el juez, familia y testigos.
—¡Pero qué seguro estás! —Disimula Olympia que descubres la emoción.
—Ya me conoces, nena..., ¿para qué andar con astucias?
—Me lo tengo que pensar, para siempre es un montón de tiempo..., y eres tan *porculoso*.
—No te canses, nena...
—Entonces, estoy pedida... —Y cagada..., de miedo, pero cagada.
—Considérate desde este momento Sra. Gorraiz.

—No, por ahí no voy a pasar, mi apellido no se omite, en todo caso el tuyo acompañará al mío.

—Eso es un sí.

—Tú lo has dicho, ¿para qué voy a cansarme? —Sonríe canalla, con esa picardía sexi triunfal.

—Te quiero, Olympia.

Toma el óvalo de mi cara con ambas manos, para este momento yo ya no eludo la sonrisa entusiasta de pecho henchido, repasa con sus pulgares el dibujo de mis labios, y me observa, con una mirada de admiración, de plenitud, de felicidad contagiosa. Posa sus labios, fríos en mi frente y besa después mis párpados humedecidos —no de tristeza—, sigue cubriendo mi rostro de pequeñas muestras de su amor hasta llegar a mi boca, que le espera entreabierta, anhelante y ávida de ofrecerle calidez a sus labios. Nos besamos despacio, entrelazando nuestras lenguas que danzan sensuales un tango de caricias y deseos. No sé si han pasado cinco minutos o cinco horas, pero al parecer, no tenemos previsión de separarnos. Nos desvían del empeño unas toses inoportunas.

—Buenas tardes, Alatz, ¿te hacía en Barcelona? —ni el tono ni el comentario de mi padre es amistoso, y el codazo que le da mi madre acaba por darle la razón a mi juicio.

—Disculpen que me haya presentado en su casa sin aviso previo.

—Alatz, no necesitas avisar para venir a visitarnos. —Mamá, siempre atenta, nos sonrío mientras le ofrece asilo.

—Esta casa se está convirtiendo en una romería. —Creo que, al próximo comentario, mi madre le propinará una colleja a papá.

—Hijos, entremos, la tarde pinta pasada por agua... Olympia, recoge la manta y el libro.

—Sí, mamá.

Tomo a Alatz, a mi Alatz, a mi esposo en funciones, de la mano y así pasamos al salón, en donde le daremos la noticia a mis padres de que, por fin, van a conseguir casar a la niña.

Llueve.
Cuando debería de ser un día radiante, con el cielo más azul e inmenso; de esos que te apetece salir a comprar compulsivamente, paseando ufana y sonriente para dar envidia al resto de los humanos menos afortunados, llueve. Está visto que el clima y yo, no nos hermanamos.

Sin embargo, podría declararse una pandemia de hongos plantares, de los que pican a rabiarse, contagiosos a través del contacto visual, que yo seguiría con mi cara de felicidad y mis mil suspiros... ¡Ay, sí...! Dejo de respirar inconscientemente y el corazón late más rápido emocionado, inspirando sonoramente para abastecerme de oxígeno. Descubriéndome en ese sentido igual al resto, con comportamientos típicos de cualquier enamorado, reconociendo que sin Alatz no puedo vivir. Con algo de aliento podría vegetar, deambular inánime, traspasar la *plutonía*, morar allí; pero existir como un ser autónomo y útil, ¡qué va! ¡Para nada!, ya no.

Aterrizamos hace una hora en Girona, recogimos mi coche y nos dirigimos a casa. Él conduce y yo lo observo, me mantengo calladita porque..., ¡chico mosqueo gasta el mozo! No sin razón, pasar dos horas sentados, y otra horita larga en coche, por un pronto rabioso-tristón, crispa.

Yo finjo estar enojada, molesta por la reprimenda —me tiene que durar como mínimo hasta llegar a la provincia de Barcelona—, pero tal como identifique los carteles dándonos la bienvenida, terminará mi comedia.

Es una pena que el mejor día de mi vida esté nublado, sería de novela rosa si hubiera amanecido brillante y soleado, porque sé que hoy es mi día. Me explico, todos tenemos un día que es la leche, la hostia en patinete, lo más. Un día estupendo en el que te encuentras a la gente que deseas ver, te sirven tu comida preferida y cualquier cosa que sucede es lo que esperabas, mejorado. Si pones la radio, la música es una sucesión de tus artistas favoritos; si te llaman del *Pasa palabra*, aciertas el rosco al completo, te llevas el bote, el rebote y el súper bote; y eso acontece una única vez en el transcurso de nuestro

existir. Debemos de estar alerta y no permitir que se escape. Sería algo así como una variante en tu camino habitual desviándose hacia otro enclave, y de ir hablando por el móvil o riñendo, o pensando en otras historias, te lo saltas y la jodiste, porque la senda no es de doble sentido y no está permitido dar la vuelta. El mejor día de nuestras vidas es un atajo, que puedes tomar o no, y has de estar bien atento, no se regalan demasiadas oportunidades para disfrutar de cosas buenas y si las pierdes por ir distraída con el Facebook, sería una tragedia.

—¿Te va a durar mucho la bordería? —¿Mande?

—Te enfadaste tú primero. —Continuaré un pelín con el teatrillo.

—No me quites el protagonismo, porque tengo motivos. ¡Desde Girona, Olympia!

—La próxima vez, te consulto, a ver desde dónde quieres que arranque mi dramatismo.

—¿Próxima vez? Anda, duerme, a ver si se te activa el sentido común.

—Perdona nene, pero puedo marcharme a ver a mis padres cuando me rote y desde donde me rote.

—Siempre que me avises y a ser posible, yendo juntos.

—Nadie me había explicado que esto de comprometerse llevaba anexa la transformación a híbrida de la pareja.

—Compartir, nena..., compartir.

—Los cabreos son irracionales y, Alatz, tiendes a cabrearme con frecuencia.

—¡Qué gira tortillas eres! El numerito, me ha dejado fatal delante de tus padres.

—¿El numerito? Alatz, eres más tonto que el que fue a cagar con capa.

—No exagero si digo que tu padre no me traga —no, no exagera.

—Hubiera sido peor si llevaras *pearcings* en la nariz, *tattoos* en los brazos y las orejas con dilatadores... —Niega. Me lo estoy pasando en grande. Disimulo.

—Tu padre no da el perfil de prejuzgar por el aspecto físico.

—Tienes razón, tú aspecto es inmejorable, y de los dientes no le pasas.

—¡Menudo papelón! Faltó poco para que me echarán cuando le dijiste que nos íbamos a casar. —Gracias a que mi madre estaba de su lado, fue un momento tenso.

—Te conocieron casado y flirteando conmigo. Es un padre al uso,

protege su manada —si dijera que no me ha sorprendido su actitud, mentiría, por lo tanto, no insistiré.

—¿Insinúas que es un comportamiento reiterativo? ¿Deduces que volvería a sucederme? —¿Le miento?

—Mi padre cumple con su papel de padre al desconfiar.

—No preguntaba por lo que piense de mí tu padre.

—Te quiero, Alatz.

—Pero no confías en mí, el amor y la desconfianza no ligan bien.

—La ingenuidad está limitada por la edad y la experiencia. Yo te quiero, quiero estar contigo porque soy feliz a tu lado, sin embargo, ni tú ni yo, podemos averiguar si esto que nos sucede está fechado.

—Pues yo sé con total seguridad que voy a caducarme contigo. —Jo, esto de dejarme alelada debe de responder a virtudes sistemáticas.

—Bien, nos pasaremos de fecha, hasta el punto de abrir el bote y que salgan murciélagos. —Rompe a reír.

—Tres murcielaguitos. No es mal número el cinco, ¿qué opinas? —¿Qué estás como un cencerro!

—Alatz, ¿te escuchas?

—Sí, y suena perfecto.

—¡Como tú no has de parir! Por mucho que aumente el diámetro del orificio, sigue siendo estrecho, chaval. —Y no hablemos de una cesárea, ni de las hemorroides.

—Estoy bastante familiarizado con esa abertura, nena, me encanta pasar tiempo ahí dentro... —¡Tíos! Aunque, a mí también me gusta que esté ahí metido, revolviendo mi organismo. ¡Olympia, indígnate, que no es momento de *gusigustos!*—. Si yo pudiera, te evitaría ese sufrimiento.

Muy convenido el comentario, muy de hombre perfecto y protector. Bueno, es justo eso, lo demuestra sin reparos, y no es que yo precise de alguien preocupándose hasta de sonarme la nariz si me resfrío, sin embargo, saber que lo haría, reconforta y satisface.

—La que, por nada del mundo, permitiría que parieras tú, soy yo... Conocí al Alatz resfriado y prefiero sufrir los malestares del embarazo, a escuchar tus quejas durante cuarenta semanas, más el alumbramiento y la cuarentena.

—Eso es una percepción tuya que responde al tópico que os habéis formado todas las mujeres...

—Alatz, no atiando ni respaldo generalidades, lo he vivido, hablo con conocimiento de causa. —Niega. Esta partida la gano yo.

—También podríamos adoptar.

—Sí, esa también es una opción a tener en cuenta. —Se me escapa la risa. Vaya cambio de actitud la suya.

—¿Por qué sonríes? —pregunta contagiado.

—Sigo asombrada con esta vuelta de tuerca tan surrealista.

—No te lo he dicho, pero me siento algo desilusionado, ya me veía con él en brazos.

—Hubiera pagado por ver tu cara al encontrar el Predictor.

—Me entraron unos sudores..., y una mala hostia al no responder al teléfono. Llamé a Leo, me contestó algo molesta..., muy molesta en realidad, y me dijo que habías salido antes y que tu móvil estaba en la mesa del despacho... ¡Oh, Olympia! ¡Nunca...! ¡Jamás, he utilizado tantas palabras mal sonantes!

—Si te fueron de ayuda, hay estudios que aseguran que atenúan el malestar.

—¿Si te das un martillazo en un dedo! ¿Puedes imaginarte la cantidad de supuestos que especulé hasta que me llamó Saúl?

—¿El mismo número que de insultos? —Me observa de soslayo, se muerde el labio superior. La parodia no le ha agradado.

—Luego pensé que necesitabas sentirte respaldada por tu familia, me sentí absurdo por no haberlo sospechado desde el principio. Aunque que todo este desasosiego, tenga como consecuencia tu falta de fe en mí, aún escuece.

—Habría de verte a ti en la misma tesitura y no me salgas con evasivas y ejemplos más inocentes, que no me he dejado caer de una higuera.

—Hubiera hablado contigo.

—Y yo pensaba hacerlo hoy lunes.

—Dejando que esa mente tuya que no para de cocer y cocer, fuera incrementando tu propia desconfianza o..., ¿era una excusa para dejarme?

—Tienes más estupideces en la cabeza que tonterías el salpicadero del coche fantástico.

—Qué símil más caduco, tan primitivo como los dinosaurios.

—Mira si es importante recordar el pasado, de no haberse extinguido los pobres bichillos, tú y yo no estaríamos debatiendo sandeces.

—¡Qué irritante eres! ¡Y cómo me gusta que los seas! —Palmea mi muslo

izquierdo y aprieta los dedos, a la vez que ríe.

—Haré que te arrepientas de tus palabras, lo sé.

—Anda, intenta dormir la media hora que falta para llegar, se te va a hacer la jornada muy larga.

—No he cerrado los ojos por solidaridad, me sabe fatal la paliza hasta casa y luego al despacho.

—Por solidaridad, quédate conmigo esta mañana.

—¿No vas a ir al bufete?

—No —y lo dice sin remordimiento ni culpa. ¡Jo, qué tío!

—¿Y eso?

—Soy el jefe, estoy cansado, no hay nada urgente. No voy.

—Tenía entendido que el jefe era el más currante de la empresa. —
Excluyo a los Suredas, que se cansan lo mismo al fotógrafo del BOE.

—Me tomo licencias, más si cabe, cuando he volado a Londres de manera inesperada y vuelto veinticuatro horas después...

—¡Qué *porculoso* eres, Alatz!

Cierro los ojos.

¿Hay algo más terco que un hombre con razón? Necesito indagar, seguro que, dentro de todos los estudios presentados como tesina para superar el grado de psicología, debe de hallarse alguno explicando ese rasgo tan característico. Lo he vivido en la idílica relación que une a mis padres; el hombre se las trae, y no es que yo sea dócil y mansa, sin embargo, cuando tomo una decisión acertada o estoy segura de algo que afecte a un acólito, nunca me dedico a hurgar y hurgar, a repasarlo y repetirlo, básicamente porque se desvirtúa.

Alatz, no iba a ser la excepción, y aun reconociendo que es uno de los individuos venidos al mundo para mejorar la especie, su testarudez es el rasgo masculino afianzado en sus genes para perpetuarla.

Con tal de ganar tiempo y ducharme, vestirme, y si me sobran diez minutos, pintarme un poquito; en lugar de llegar al apartamento, paramos en Sant Pol, así luego no nos meteremos en pleno centro con todo el tráfico de los oficinistas, transportistas y la especie más temida cuando tienes prisa: las mamás dejando a sus hijos en la puerta de los colegios. ¿Cuántos alumnos puede tener un aula? ¿veinte? Formulemos una ecuación sencilla: «*Si Pablo es una alubia, y cada alubia viaja dentro de su vaina para llegar hasta la olla de P-3 compuesta por veintidós judías y lo mismo le sucede a su amigo*

Pepelu que es un garbanzo de P-4, multiplicado por todas las legumbres hasta el Bachillerato y por todas las ollas de la ciudad, ¿qué le sucede a Barcelona todas las mañanas?»

La respuesta es sencilla, tiene gases.

Entiendo que vivimos limitados en espacio, pero..., ¡respeten el código de circulación! ¿¡Qué es eso de parar en medio de la vía para que se apeen los críos?! Tienen los santos ovarios de detener el tránsito con el temido pretexto del *momentito*.

Otra cosa molesta que he observado, ¿no pueden llevar a los niños besados de casa? Pobres criaturas, si corren hacia la entrada y se les ha olvidado, el berrido se hace sonoro en Júpiter. En ocasiones, si me percató de que el nene se va a ir sin que mami le apretuje la cara, le recoloque la mochila y le retire las legañas, dispuesta estoy a dar el aviso con tal de que el chiquillo se ahorre el desandar el camino y la vergüenza ante los otros niños.

También existe otra subespecie, las *mamis corrillo*, pases a la hora que pases, el coche en doble fila y ellas tan ricamente, allí, explicándose lo acontecido desde las seis de la tarde del día anterior a las nueve del siguiente. Han de ser grandes oradoras, porque ni yo poseyendo fuente de argumento para casi todo, sería capaz de mantener su ritmo. La periodicidad delimita los temas de conversación o los vuelven repetitivos..., Aunque podrían ser las integrantes de algún grupo de *Tupper Sex* y debatan sobre a qué huelen las cosas que no huelen, por decir algo.

Y pensando en mamis..., ¿qué habrá decidido Thais? No la he llamado, a Leo sí y mejor no recuperar ni el tono, ni las palabras, porque, ¡chico rapapolvo!

—Llegas tarde. —Demos gracias a que Leo es de las que se enfadan poco, porque, ¡Señor de los Corajes Amistosos!, ¡cómo lo alarga la tía!

—¿Sabes lo que cuesta ponerse las medias con las piernas mojadas?

—Haberte puesto pantalones. —Es el mejor día de mi vida, no me lo estropees.

—Cuando te haga efecto la vacuna de la rabia, si te apetece, hablamos.

—Anda, mira de animar a esa, de haber nacido con la cara que trae, habría aprendido a andar sola a las dos semanas, ¡nadie osaría cogerla en brazos!

—Leo, cariño, ¿has desayunado?

—Es que, ¡de verdad!

Entro directa a su despacho, Thais enreda con unos albaranes mientras se limpia repetidamente la nariz con la almohadilla de la mano. Nota mental: «*No archivar el mes de noviembre*».

—Hola, neni..., ¿quieres un *kleanex*? Vas a desollarte la nariz.

—Me desconté —responde sucinta.

—¿Para qué cuentas los albaranes si van numerados?

—Me has interrumpido. —¿Los contará otra vez? ¡Vaya pérdida de tiempo!

—Como es pasado inmediato y has suspendido la acción, pasamos a la segunda parte.

—Estoy de 14 semanas. —*¿Ehh?! Y yo me considero despistada, si no la asustamos se entera pariendo.*

—Eso es mucho, ¿no?

—Es un bebé, Olympia, perfectamente formado.

—*¿Si no tienes tripa?!*

—Tenía pérdidas, lo confundí con la menstruación..., me apretaban los pantalones, pero lo achaqué a los excesos con Saúl. —Tampoco iba desencaminada—. Pienso si pudo ser un día en un lavabo, o en el club, o en la piscina...

—Thais, hija, puede haber sido en cualquier sitio de esos, pero siempre..., follando —farfullo enfático, por no darle un pescozón.

—Pimpi, por favor.

—¿Has hablado con Saúl? —Niega. Es para flipar—. A ver, nena, ¿a qué esperas? ¿A que nazca? ¿Se gradúe...? ¿Se case?

—No sé cómo afrontarlo, no sé cómo planteárselo...

—Entiendo, que no es prudente envolverle el test de embarazo y dejárselo con las tostadas del desayuno..., sin embargo, sentaros y tratar el tema íntimamente, es una opción.

—No voy a abortar. Dar vida es un regalo. —Nadie pide nacer, ni no hacerlo..., prefiero no compartir este pensamiento.

—Si es lo que has decidido, tienes mi apoyo incondicional.

—Mira... —Saca del bolsillo trasero del pantalón una imagen en 3D de un bebé, algo raquíptico, pero con todos los rasgos humanos bien definidos. Yo tampoco podría deshacerme de él. Si no lo veo o no es más que una especie de ameba, en otro momento de mi vida..., pero ahora, sé que no.

—Me encontré en Londres a Saúl.

—¿Qué hacías en Londres?

—El imbécil, la verdad. Lady Pádel quiso reconquistar a Alatz.

—¡Joder con Lady Pádel!

—Él fue quien se chivó a Alatz de en dónde estaba.

—¿Te largaste sin más? ¿No es una actitud algo infantil? —Los genes de madre están aflorando.

—Sí, pero estaba dolida, y dolida no se piensa como adulto, se piensa como dolido.

—Vale, Olympia..., te entró una pasión de celos y drama, pero... ¿Londres? ¿Sin avisar?

—El caso es que me encontré a Saúl. Hablamos, me confesó que le haces bien, que es feliz a tu lado, que quiere intentarlo —¿qué he dicho? ¿Qué he hecho?—. ¿Por qué lloras?

—Lloro por todo, no puedo evitarlo..., me refugié en casa de mi madre y está que se estira de los pelos, lo atribuye a mi ruptura con Omar...

—¿Y es normal qué llores tanto?

—En unas webs dicen que sí y en otras lo desmienten, pero es algo extremo, puedo llorar hasta hipar con la música del anuncio de Desigual.

—¡Si es muy efusivo...!

—Pues me hartó a llorar..., a lo mejor es el subconsciente avisándome de que no entraré en un vestido de esos nunca más.

—Debe de ser cosa de las hormonas.

—¿Tú arreglaste el tema con Alatz?

—Pensó que me encontraba en estado de buena esperanza.

—¡Oh! Lo siento..., vaya compromiso, él no estaba dispuesto a tener hijos.

—Me ha exigido que me case con él. —Le muestro mi alianza, orgullosa. La mira de cerca sosteniéndola delante de sus narices.

—Pero..., ¿sabe qué no estas embarazada? —Me da qué pensar esa pregunta, es similar a barajar la idea de que me lo pidió borracho. ¡Jo, con Thais!

—¡Claro que lo sabe! No me ha gustado nada tu insinuación.

—Me has malinterpretado, me parece un gesto muy bonito... ¿Tú qué le has contestado?

—No me ha dado opciones.

—Pues sí que le ha dado fuerte. —Olympia, no se lo tengas en cuenta,

está desquiciada hormonalmente.

—Thais, te dejo para que sigas esparciendo mocos sobre los recibos... No estaría nada bien mandarte a la mierda en tu estado.

—Pimpi, es que estoy tan desanimada... Me alegro por vosotros de verdad... —¡Faltaría más! —, solo que lo veo precipitado.

—¡Coño, Thais! Que me lo digas tú resulta confuso, llámame cortita...

—¿No estáis bien así? Hacéis vida de casados, ¿importan los papeles?

—Bajo esa fundamentación, ¿importa firmarlos?

—¿Sabes el marrón que tengo yo ahora?

—Nena, no hay nada que una más que una hipoteca..., aunque no hubierais contraído matrimonio, estarías en la misma situación.

—Eres una tía resuelta e independiente..., ¿te ves en disposición de compartirlo todo? ¿Decisiones? ¿Espacio? ¿Pensamientos?

—¿Crees que no puedo hacerlo? ¿Qué no lo deseo? ¿Qué no lo necesito?

—No, no lo necesitas.

—Pues te equivocas, Thais. Solo me alejé unas horas de él y repentinamente, me anclé en el gris.

—Mejor no me hagas caso, no soy quien para dar consejos.

—Yo sí te daré uno, utiliza el sentido común que siempre has demostrado tener y habla con Saúl.

Toma aire, lo sostiene y lo expulsa en un suspiro.

No me gusta ser guía de nadie, ni aconsejar, ni sugerir, ni inspirar, ni proponer. Hablar desde enfrente no es lo mismo que hacerlo desde dentro, animar a alguien a tomar decisiones que no me afectan, me parece algo mezquino, cada cual sabe lo que puede ganar o perder resolviendo sus cuitas, ¿quién soy yo para instigar? Aunque en este caso, a pesar de lo denso del trago, será peor si va alargándolo, más si cabe, siendo algo que no podrá esconder o disimular eternamente.

Leo se enteró a mitad de semana que Thais nos hará titas. La noticia la dejó paralizada, y la formó cuando le dijimos que Saúl no sabía nada.

Hemos conseguido llevar esto con discreción y calma. Ninguna de las dos envidiamos la situación de Thais, acostarte con ese secreto manteniendo al artífice de la proeza al margen, no ha de ser ni sencillo, ni agradable... Si a eso le añades el humor llorica que se gasta, el clima será de cualquier parte menos caribeño.

No comprendo cómo saca valor para no explicárselo, yo desde que lo sé

la veo tripona y con las catalinas de una talla más, fijo, ¡imposible qué Saúl no se haya percatado! Los hombres miden a palmos las estructuras femeninas, las analizan, las memorizan y si cambian, ya sea culo, tetas o caderas, lo manifiestan; cada uno según su clase y estilo, por ejemplo, el gracioso —que tiene la gracia en el culo— lo haría con un «¡Joder, vaya pandero has puesto!», acompañando el detalle con una palmadita en la nalga; o el grosero manifestando: «¡Tía, te estás poniendo bonita! Te voy a comprar una bici estática y te la pongo en la cocina», y el muy asqueroso te la regala en San Valentín. Estaría también el amoroso, que es todo ternura expresándose: «Cielo, tus formas redondeadas me seducen cada día más» y las admira, gesto que te obligará a ponerte a dieta. Las mujeres somos así, leemos entre líneas, a pesar de que los hombres no se esfuerzan en enviar mensajes subliminales. Y por no alargarme, entre muchos otros, también estaría el medica, que diga lo que diga, sabe que la cagará, por lo tanto, nunca es una apreciación, siempre es la respuesta a un «¿me ves gorda, nene?» y el aludido, sonrío, se mueve hasta la puerta marcándose los *moonwalker*^[124] que nunca le habían salido, hace la croqueta por el pasillo, se mete debajo de la cama y espera allí a que un anuncio de pañales desvíe su atención.

Pañales... Thais..., *ufff*, qué situación.

Con tal de que se oxigene y también por evitar la pérdida de clientes —al parecer el embarazo le provoca acidez y la comparte telefónicamente trasformada en bordería extrema—, hoy realiza ella las visitas técnicas programadas para firmar el fin de obra de los proyectos terminados. La acompaña Leo, y sé que no nos jugamos la devolución porque está acabado y no habrá nadie. Los próximos seis meses, de seguir así, le restringiremos las llamadas salientes, entrantes y le taparemos la boca con cinta americana. A Dios gracias de que se enteró pasado el primer trimestre...

¡Genial! Empieza la gresca..., primera llamada de la mañana.

—Buenos días, soy Olympia.

—Hola, buenos días, yo Marina. Tenemos paralizada la reforma de las oficinas y me gustaría hablar con Leo.

—Leo ha salido, pero si lo desea puedo intentar ayudarla.

—Nos ha pasado un presupuesto algo disparatado. ¿Podrías comprobarlo? —¿Le habrá propuesto colocar los asientos de un Ferrari en la sala de reuniones?

—Compruebo que tiene diferentes proyectos, ¿se refiere a la última?

—Sí. En el punto de estructuras, nos ha incluido «*reparar capilaridades*» y además de que nunca nos ha mencionado esto antes, es del todo innecesario. —Esta Leo..., le encanta añadir a los presupuestos algo tan prescindible como el aislamiento de las paredes, ¿a quién le importa el moho?

—Compruebo, que tomamos medidas por primera vez la semana pasada, no había constancia de esa particularidad durante la toma de contacto inicial.

—No es por poner en duda vuestro criterio, pero yo sé de esto, estuve trabajando en un despacho de arquitectos y sé de lo que hablo. —No hay cosa más surrealista que el chuleo bajo el pretexto de «*que sabe*», cuándo no tiene ni idea, ni nada más odioso, que desacrediten mi formación comparándola con otra en las que no estoy formada.

—¡Oh! Genial, entonces estará de acuerdo de que en esa pared hay daños.

—Eso, sería algo así como asegurar que en el desierto hay arena. —¿Mande? ¿Eo? ¿Hablando con ese coco hueco que tiene una ingeniería por ósmosis?

—No, los edificios sanos no tienen ese problema.

—¿Y eso lo dice usted en base a unas fotos y una visita de una hora?

—Y porque la experiencia nos acredita.

—Esos hilos a modo de tela de araña, están en la parte inferior, no es un problema de humedad, de todos es conocido que nunca llueve hacia arriba. —¿Esos hilos? ¡Anda!, igual a Rajoy cuando se hundió el Prestige, también describió el desastre como hilos de plastilina. Menos mal que ha hecho la aclaración, seré condescendiente, seguro que borra el lápiz con *típex*.

—La capilaridad es la propiedad de ascensión del agua por poros del suelo o fisuras. Gran parte del agua retenida es por tensión superficial, presentándose alrededor de los puntos de contacto entre las partículas sólidas, en los poros y conductos capilares del firme. Desempeña un papel muy importante en las formas de agua llamadas humedad de contacto. Un ejemplo común sería lo que sucede cuando se moja el bajo de un pantalón y la humedad asciende hasta las rodillas, cuando por todos es sabido que nunca llueve hacia arriba. —La arquitecta de solapa, está muy callada. Le doy tres segundos.

—*Ejemmm...*, esto... Bien, el caso es que se puede solucionar colocando un panel que oculte y aisle la pared —eso en jerga gremial es una *chapuza*.

—Hay un par de inconvenientes a tener en cuenta: uno, la madera no es un aislante, el aglomerado es absorbente y se deteriora. Dos, responde a la política de la empresa el no cubrir paredes sin sanear, por ser un foco de enfermedades respiratorias.

—Pediré una segunda opinión, seguro que encontraremos a alguien con menos remilgos. —Seguro.

—Podemos ajustar el presupuesto prescindiendo de elementos menos trascendentes, acotar las calidades...

—Para nada, la imagen es primordial. Hablaré con un familiar, también tiene una empresa de reformas y podrá mejorar sus precios.

—Lamento no poder ayudarla. En todo caso, si necesita de nuestros servicios, contacte con nosotros, el presupuesto tiene validez de un mes.

Pues vaya, primera llamada y pierdo al cliente, se tendría que haber quedado Leo, su candidez persuade más que mis conocimientos. Ruego que la mañana no sea una lucha de precios, con lo poco dada que soy yo en aflojar la pasta, a final del día nos declaramos en quiebra técnica.

Los santos que custodian el empleo del resto de los operarios de esta santa casa, han permitido que no me atosiguen tomando recados y solventando imprevistos, así ha llegado la hora de comer y me propongo ir al restaurante habitual, con tal de airearme.

Hoy llevo el *discreto* —léase la ironía— coche de mi futuro esposo. Oye, qué bien suena, ¿no? Esposo, lo esposo a mí. Si lo piensas bien es algo medieval eso de engrilletar a alguien. Si enlazo esto a otra reflexión, yo lo ligo a mí y yo me ligo a él, *yo mí me contigo...*, ¿en qué? A ver, lo de la fidelidad se supone, él es virgen en eso de mojar el churro en la misma taza, y por lo visto, tampoco le es imprescindible probar el cacao de otras procedencias. A mí, con lo que me cuesta entenderme con uno, como para disponer de un cortejo, debería de agendar las horas de las peleas, soy muy despistada, mezclaría nombres y conflictos, ¡qué va! Hay quien no nace para ser infiel. Aparte de amar con locura a mi *porculoso* marido de hecho y lecho. No sé en qué puede diferenciarse la vida de pareja a la de casados, ¿cambiará algo? Me gusta mi vida tal como está ahora, en todo caso la mejoraría, una pincelada por ahí otra por allá, y no es conformismo, nunca me he encontrado tan feliz al lado de nadie, a pesar de las dudas y del arranque de *pavez* del otro día, me reconozco ilusionada y dispuesta a luchar por nosotros... ¡Uy! Me ha quedado de telenovela, de esas desgarradoras de pasiones imposibles y lujuria

moderada... ¡Olympia qué te transformas!

¡Ay, lo qué no consiga mi *porculoso* de mí!

—¡Olympia! —Señor de los Espacios Infinitos, helitranspórtame a Bali, cualquier otro sitio también serviría si es cálido y tiene playa.

—Buenas tardes, Miranda, ¿qué tal? —Yo aquí intentando montarme en el *Tricerátóp* de tu ex que ahora es mi *in...*, Olympia: mala nivel junior.

—¿Comemos juntas? —No.

—Voy con el tiempo justo, la verdad.

—Eso no es excusa, no soy de apetito desmedido, puedo mantenerme todo el día con una tostada y un café solo. —Pues no entiendo cómo puede conservar el casi metro ochenta que ha de medir tan erguidos. A mí el hambre me arruga y el aliento me apesta..., claro, cuando uno roza la perfección, hasta las ventosidades expelidas son de *aromaterápia*.

—De acuerdo, ¿me sigues? —Obviamente, tu huesudo culo no va a tocar mi exclusivo asiento de piel... ¡Ups! No es «mí» es de tu ex que es mi *in...*, Olympia: mala nivel senior.

—Sí, por supuesto.

Menuda, ¡sorpresa, sorpresa! De todos los supuestos planteados para hoy, en donde se incluía hasta la abducción marciana, el encontrarme con Miranda no estaba contemplado, y mira que soy de montarme unas películas la mar de entretenidas; careceré de innumerables aptitudes, pero la imaginación la tengo bien activa, si no, ¿a qué liarme semejantes soliloquios? Ciertamente, esto de barajar miles de vicisitudes es beneficioso, posiblemente de todos los casos referidos de carácter interno cada día, me habré visto en la pugna resolutiva, siendo optimista, en cinco ocasiones, sensata, en tres; pero..., ¡oye! ¡Qué bien sienta tener respuesta borde e irónica de cerrar bocas!

En definitiva, dispongo del intervalo del trayecto para intentar descubrir qué quiere de mí. Ya estará en sobre alerta de que Alatz y yo vivimos en plan *contigo pan y cebolla*, y no sé qué clase de mujer puede ser la Miranda despechada ante su rival. ¡Wow, Pimpi! ¡Cómo suena eso!

Traerla al restaurante habitual jugará a mi favor, me sentiré algo más arropada. De todos los días que tiene el mes, extrapolados al año o al lustro, ha escogido hoy, que no cuento con el apoyo de Thais y Leo. ¿Y qué iban a hacer las almitas de cántaro de mis amigas? Thais, sin género de dudas, llorar, se deshidratará a este paso antes del parto; Leo, escucharía y soltaría alguna barrabasada que empeoraría la situación.

Hemos llegado. Qué Dios reparta suerte y el toro esté dopado.

—Parece un sitio muy popular. —¿Qué esperaba? ¿El Drolma?

—La chef fue la ganadora de un concurso, se come muy bien. —Ahora que no cocina, soy amante de las costillas de cabrito y el chocolate... por separado, ese maridaje es repulsivo.

—Ya te he comentado que no le doy demasiada importancia a la comida. —Nada, chica, pide un palillo con un vaso de agua, y a mojar.

—Pues, si no has venido a comer, entiendo que la idea es hablar.

—Eres muy perspicaz —es mi segundo nombre—, también tienes pocos escrúpulos.

—No creo que sea cuestión de escrúpulos, más bien es la ley de la oportunidad.

Se acerca el camarero a tomarnos nota, y este paréntesis le dará ventaja. Yo pido el especial del día, una sopa, así entro en calor o en un arrebatado se la tiro por encima y la achicharro, ella unas endivias con virutas de queso de cabra y pasas.

Se retira con la comanda.

Suena mi móvil, sé que es Alatz, sin sacarlo del bolso rechazo la llamada.

—Puedes atender, a mí nunca me llamaba. Si me esfuerzo en recordar, los tres primeros meses, cuando nos conocimos.

—Miranda, te seré franca, no estoy cómoda hablando de temas personales contigo.

—Ambas amamos al mismo hombre, la diferencia es que te lo has quedado tú. —*Sipí*—. ¿Por qué joderme? Saúl es un gran tipo y folla de lujo.

—Mi relación con Saúl acabó por motivos que ya debes de conocer. —Otro hombre compartido, ¿tendré alma de pendón?

—Claro, Alatz se entrometió entre vosotros.

—No. —Sin embargo, fue determinante, que viene a ser lo mismo—. Saúl seguía enamorado de Carol y a mí lo del *renting* o el *leasing*, solo para el inmovilizado material.

—¿Qué te hace pensar que Alatz no lo precise? —¿Qué puñetera la *jodia*! Sabe en qué hueco clavar el cuchillito.

—Me quiere y sabe que no participo de ese tipo de sexualidad. —La despiadada Olympia, saca la capa y cabalga en su caballo negro...

—Te quiere —susurra.

—Sí, me quiere —repito, por regodearme. Olympia: mala nivel alto.

—Qué suerte..., es un hombre poco dado a expresarlo, te lo imaginas, siendo un acto de fe, has de creértelo sin oírlo.

—A mí me lo repite sin pausa, nunca se cansa de recordarme lo mucho que me ama y lo feliz que se siente a mi lado. —Olympia: mala nivel experto.

—Vaya..., pues sí que ha cambiado su forma de actuar. Cuando aún había algo de comunicación entre nosotros, me confesó que solo sería capaz de decirle a dos mujeres que las quería, una era su madre, la otra, a una tontuna de juventud. —¡Qué dulce! Esa tontuna era yo, supongo..., mejor no pregunto, ahora estoy crecida y si me llevo un chasco me aplatano.

—Ya hemos tratado este tema, Miranda. Estás emperrada en mantener la foto de pareja ideal, asumiendo que no te ama, y esa actitud entra en conflicto directo con mi manera de pensar. —Aunque el sueño no me lo arrebatara, cada cual es muy libre de dejarse pisotear y manipular si eso le hace feliz.

—Te abrí las puertas de mi casa, te incluí en mi lista de amistades. —¿Cuál debe de ser mi ordinal? ¿El noningentésimo noveno? Leo tiene cerca de ochocientos amigos en Facebook y con suerte hay diez que sigan sus publicaciones o le asignen un *like*, y eso colgando genialidades de las de morir riendo.

—El reproche sobra. Yo realicé una visita profesional, posteriormente solo como acompañante. La amistad es un proceso de habituación, y es muy apresurado por tu parte darme de alta en tu club, más si cabe, cuando nos movemos en distintos ambientes, ¿no crees?

—Pues no sé qué decir, tu cuñado se codea con la mayoría de los *Lords* conocidos, incluido mi padre. —¿Me ha estado investigando? Tiene cara de ángel y alma de demonio... A esta en los entierros le lanzan la corona a ver si es la siguiente.

—Fíjate si soy desconfiada, que me ha parecido leer en tu comentario, algo afín a una advertencia, y no era una advertencia, ¿verdad? —Jugaremos al ratón y al gato.

—Es una sugerencia. Has de permitirme reconquistar el amor de mi marido, así no se extenderá el rumor de que tu hermana está algo..., desequilibrada —menuda soplapollez de amenaza—, puedo ser tu peor pesadilla.

—Eres una terrible realidad —bisbiseo sin perder el contacto visual y con una sonrisa mezquina de suficiencia. No me conoces tú en plan siniestra

—. Mi hermana sufre bipolaridad, nunca ha escondido su enfermedad, y cielo, quien se acerque o se aleje de ella, a mí ni frío ni calor... Aunque, chica —me levanto de la mesa, paso de padecer un corte de digestión de la rabia—, a mí estos chantajes de antagonista de dibujos animados para nenes de seis añitos, hablando en plata, me los paso por el culo.

—Groserías..., nunca se ha de perder la delicadeza, esos detalles son los que me sitúan por encima de tu vehemencia y esa superioridad que se ha puesto tan de moda. ¿Te depilas las axilas? Lo veo improbable, seguro que tu pubis también está bien poblado... —Accedo a que se meta con mi hermana, al fin y al cabo, son pastadas, pero con mi pubis... ¡No!

—Cuando me tocan el pubis, me convierto en la mentora de satán escapada de las entrañas del infierno, capaz de hacerte desear no haber nacido... Luego tras desintegrarte, ya feliz, horneo pastelitos y demás. —Sé que ha temido que le soltara un *gañipazo*. Me he contenido, no por ella; me gusta venir aquí a comer con las chicas. Ha sido un momento de indecisión, he estado tentada a comprobar si había otros restaurantes por la zona y desahogarme estirándole de las pestañas postizas. Me he fijado y son postizas.

—Aléjate de mi marido. —¡Vaya por Dios! ¿Esa voz trémula denota julepe? Qué ganitas de hacerle *¡Buhhh!* Y que le salga una almorrana de tanto apretar el esfínter.

—No, va a ser que no y te diré más, ¿ves este anillo con este pedazo de *pedrolo* brillante? Es de compromiso..., por lo tanto, te recomiendo que comas, así la bilis se neutraliza, aunque tampoco me importa que no lo hagas.

Con una sonrisa maléfica de la de asustar a la propia bruja del cuento, tomo mi abrigo y con el cuello estirado como las *padaung*^[125], salgo sin probar bocado. No iba a invitarla, ¡solo faltaba eso!

Se me hace incómodo ofrecerle el parte a Alatz, no es mi estilo ir de acusica, pero si no se lo explico yo, se enterará por otro y me reclamará la omisión de datos. No obstante, no le llamaré para calentarle la cabeza, se había hecho la ilusoria quimera de que, después de unos meses sin noticias de ella, aunque de mal agrado y resignada, había aceptado la ruptura. Nada, nene..., está dispuesta a dejar los vicios demostrándote que es una dama de pies a cabeza, saltándose el chumino, claro está, ya que lo ha internacionalizado, mostrándolo al mundo y dejando que probara todas las churras con las que se ha cruzado...

Me tomaré un sándwich de surimi con mayonesa, llevan en la máquina expendedora desde que la montaron, aunque inocularé más veneno yo al morder en el pan, que estragos puedan ocasionar las enterobacterias de la *salmolenosis* en mi organismo.

Caducado no está.

¿Y por qué lo he cogido de sucedáneo de cangrejo si lo había de pavo? ¿Se puede considerar esto un suicidio subconsciente? ¿Existe eso?

Suena nuevamente el teléfono, si descuelgo, Alatz pagará el enfado. Descuelgo.

—¿Para qué narices costear la línea si no atiendes a las llamadas, Olympia? —Aquí, cielo, intentando comer algo para no llenar después el estómago de golosinas. ¿Y tú qué tal? ¡Seguro que, reclinado en tu ergonómica silla de piel, zampando el menú gourmet del *Take eat easy by Serhs!* ¡Olympia, calma! Responde con talante displicente, le fastidia más.

—Para fardar. —Bufido de gato. Objetivo cabrear a Alatz, conseguido.

—Es muy molesto intentar comunicarse contigo y que salte continuamente el buzón de voz.

—También es incómodo escuchar timbrar con insistencia, cuando no quiero atender la llamada.

—Nena, ¿te ha picado una avispa africana? —No, una inglesa con poca carne.

—Estoy sola en el despacho, muy entretenida.

—¿Se encontraba mal Leo? —¿Leo? ¿Por qué deduce que está enferma?

—Acompaña a Thais a las visitas de hoy.

—¿Te encuentras bien? —Con lo hipocondríaco que es, estará recordando algún programa de epidemias y tiene el miedo en el cuerpo.

—Estoy perfectamente. —Mosqueada, pero bien.

—No entiendo que hace Leo saliendo del despacho, ya me lo contarás en casa.

—Si tanto te preocupa la ubicación y estado de salud o ánimo de Leo, llámala, pregúntale..., queda a merendar con ella.

—¡Ehhh! Frena, frena... ¿Eso es otro ataque de celos rabiosos?

—Es que me atascas la cabeza a cuestiones intrascendentes.

—Se llama conversación, de uso común entre humanos con la finalidad de comunicarse... ¿Eres humana?

—El propósito de la comunicación verbal es transmitir una idea útil para los interlocutores.

—O entretenerse, o saber más de ellos...

—¿Estás falto de amigos, nene? Hay abuelos que estarían encantados de que te sentaras con ellos un ratito en el parque.

—No nena, me conformo con que mi esposa lo haga de tanto en tanto, sin suplicarle. —Pasaré directamente al punto de ruegos y preguntas.

—A ver, incomprendido marital, ¿qué quieres?

—¿El sábado tienes algo planeado?

—No. —Dormir hasta tarde, ¿puede considerarse plan?

—Vale, he quedado con Saúl para una barbacoa en su casa.

—¿Cómo?

—Sí, hemos almorzado juntos, tratando temas laborales y personales..., y me comprometí en llevar el postre.

—¿Y quedas sin avisarme?

—¿No lo estoy haciendo ahora?

—No, me estás informando, porque, si vamos a llevar el postre, ya está confirmada la asistencia, ¿no crees?

—A ver, nena..., hace una semana tuvimos una bronca porque no me apetecía acompañarte a comer con ellos, y hoy me montas un pollo justo por lo contrario, ¿de verdad que no estás embarazada? —soslayaremos la pregunta por no desviarme del tema. ¡Insinuar que soy una histérica! ¡A mí!

—¿Y se puede saber por qué ahora sí y la semana pasada no? Son los

mismos. —¿Estará al caso Thais? El Sergio Saúl es muy de hacer lo que le sale de los cataplines.

—Porque me ha invitado Saúl, ¿comprendes la diferencia?

—Pues, no. ¿Piensas que el domingo pasado nos auto invité?

—Fue Thais quien lo hizo. —¿Es esto una guerra de sexos?

—Claro, porque vive con Saúl.

—Pero no es su casa.

—¡Qué feo! Vive con él, es su casa también. —Espera, espera..., que me acabo de indignar—. Alatz, mi casa es ahora tu casa, ese concepto lo tenemos claro, ¿verdad?

—La semana pasada, Saúl y yo teníamos temas pendientes, ¿comprendes? —No tengo la serenidad hoy para omitir ese *¿comprendes?*

—¿Me estás hablando cómo si tuviera las neuronas de leche, Alatz?

—Olympia, ¿vamos o no?

—Si has dicho que sí, tendremos que ir, ¿no?

—Puedo llamar y decir que no vamos.

—¿Y qué excusa darás?

—Que no quieres ir. —¡Venga ya!

—¡Sí hombre! ¿Y qué más? Eso no es una excusa.

—Nada, nena, invéntate algo, eres más imaginativa, yo seré el emisario.

—¿¡Pero si has quedado tú?!

—¿Y por qué tengo que mentir?

—¡Ay, Alatz! ¡No te arrastrará la Parca al inframundo por eso!

—Y tú, ¿cómo lo sabes? ¿Conoces el tamaño del pecado para que te introduzcan una fruta con pinchos por el trasero? —¡Lucifer, manifiéstate con un higo chumbo aumentado en tamaño y número de púas!

—Pues supongo que irá en consonancia con la maldad. Además, si quieres ir, solo tienes que decírmelo.

—Olympia, llevo cerca de media hora haciéndolo.

—Eso también es mentir, ¿ya no te asusta que venga el coco?

—Has interpretado de manera ambigua mi pregunta.

—Porque una pregunta no afirma. Mira, da igual, no le digas nada a Saúl.

—A ver cómo se lo toma Thais—. A partir de hoy, cuando quieras hacer algo, sé directo, y si vamos en lote, contén los impulsos y me consultas antes.

—Lo he hecho. —¡Dios mío de mi vida! ¡Cómo pase por la frutería compro la piña más grande y más verde que vea!

—Alatz, por mí te puedes ir a hacer *puenting* desde el pico de la pirámide de Keops. —Se parte de la risa, ni se digna a disimular un poco—. Ríe, monino, ríe..., que el que ríe el último...

—Es porque piensa más despacio.

—Eres lo más súper *porculoso* que he conocido en mi vida.

—Y por eso me quieres.

—¡Qué creído te lo tienes! —Y qué razón tiene el *porculoso* de mi alma.

—No tardes, tengo previsto preparar una cena de enamorados, con baño espumoso y música selecta. —¡Hala, Olympia babeando y paveando! Dicen que los peores resfriados se pillan en los cambios de temporada, ¿qué sucede con los cambios de ánimo? Mi hermana es bipolar...

—Mañana es jueves.

—Lo que desees alargar la noche, es cosa tuya..., te dejo preparado el conjuntito de la Perla y el *esquijama* mata pasiones, a fin de cuentas, la que siempre acaba decidiendo por los dos..., eres tú.

—Tienes razón en eso de que te quiero..., lo que no encuentro son los motivos.

—Ay, nena..., nena..., luego te muestro algunos ejemplos prácticos para que adjuntes a la teoría.

En el tiempo que mi vasco y yo formamos pareja —iba a definirnos como un tándem y prefiero obviarlo por ser una definición pretenciosa—, hemos compartido lo común del día a día, y la verdad, es gratificante tener a alguien con quien contar, sin embargo, hoy nos desvirgamos de nuevo. Sí, ¡realizando la compra semanal juntos! ¡Yupiiii! ¡Esta Olympia cómo mola, se merece una ola!

Yo intento no pisar el súper, en más de una ocasión he comido soso por evitar adentrarme en esa jungla de lineales metálicos con cientos de productos repetidos, la luz blanca espectral me aturde, me levanta dolor de cabeza, entro con miedo, salgo con ansiedad..., creo que sufro algún rasgo agorafóbico que solo se manifiesta en los hipermercados.

¿Qué nombre tendrá esta derivada del miedo? Si existe la *anatidaefobia*, que es el miedo irracional a que en algún determinado momento y desde algún lugar, un pato te esté observando, a la fuerza la mía debe de estar descrita.

En definitiva, acabamos de aparcar en la planta menos dos del Hipercor, cerca de la puerta, para no olvidarnos en dónde dejamos el coche.

—¿Has traído las bolsas?

—¿Qué bolsas? —yo llevo mi bolso de *shopping* colgado del hombro, muy a la moda.

—Las bolsas para meter la compra, ¿o pretendes que lo carguemos en los brazos?

—¿Ya no se estilan los carros esos de metal con los que te destrozan en la cola los tobillos?

—La compra ya hecha, ¿piensas volver a casa empujando el carrito del súper?

—En todo caso, tú que te has empeñado, tú lo empujarías. Pensaba que daban las bolsas.

—Has de pagarlas.

—¡Qué me estás contando! Pero..., ¿por qué? —Me hago la tonta..., y lo sabe.

—El exceso de peso puede amputar los dedos, así evitan alguna demanda. —Me la ha devuelto, así no hay quien gane.

—¿Y a razón de qué debía de acordarme yo? —suspira. Toda la mañana llevo renegando.

—Nena, en serio, escoger tú misma los productos bajo el criterio de la observación, no provoca daños sensoriales. —Me reiré en otro momento, cuando la pérdida neuronal facilite la risa tonta.

—Es una soberana estupidez emplear tiempo en esto cuando lo puedes hacer desde la web, te la traen a casa y nadie se olvida las bolsas.

—Pero no puedes comparar con los botes entre las manos.

—Acabas comprando el más caro presionado por la publicidad y los colores atractivos. Desde la página vas a tiro fijo, ¿qué necesitas lejía? Conejo floral de toda la vida al carro virtual y a buscar los yogures. Además, no se olvidan las cosas, en la compra presencial como cambien los lineales o no vayas siempre al mismo sitio, te haces una maratón en la búsqueda de un artículo, que finalmente no encuentras, dejando en el camino lo imprescindible: film transparente, bolsas de basura, sal o azúcar, rollos de cocina y papel higiénico. No te rías que estoy en lo cierto.

—Me apetecía hacer esto contigo, llámale ritual a cumplir. —Dudo que, con Miranda, haya llegado a adentrarse en un centro comercial para rellenar la nevera.

—¿Y lo tendremos que repetir muy a menudo?

—No, nena..., no.

—Si aún pudiera utilizar el carrito de patinete, sería divertido. —Un punto gracioso, te permito reír a mi costa, vamos, como de costumbre.

—Hay demasiada gente, jugaríamos a los bolos. También podrías ir sentadita dentro.

—No veo problema en entrar, para desmoldarme a lo peor has de llamar a los bomberos.

—En tal caso, lo más inteligente será realizar la compra fingiendo que eres adulta, ¿sí?

—Veré lo que soy capaz de hacer.

Y aquí el vasco, al no estar habituado, viene a comprar «a pelo», sin lista, haciéndolo de cabeza; él va introduciendo en el carro, productos de todo tipo por si faltan condimentos o en el próximo siglo precisemos ¿*Smörgåskaviar*? Yo a la que se gira, los saco y lo dejo en el primer estante que encuentro, disculpándome mentalmente con el empleado que *frontea*.

Si algo he aprendido de vivir sola, es a no avituallarme de artículos por tenerlos, en ocasiones he sacado alguna lata de un armario caducada desde hacía tres años, de ahí extraigo dos lecturas; a) la asistenta no hace los fondos

de las alacenas, b) yo no me preocupo si los hace.

La curiosidad me ha tentado a abrirla, sin embargo, por pavor a provocar una nube tóxica o ver salir de ella un ente *ectoplásmico*, decliné la osadía. Quedé muy tocada tras leer *Konrad o el niño que salió de una lata de conservas*, no debería de ser tan susceptible, pero mi imaginación a falta de amigos, se libertó.

He de sincerarme y confesar, que hace un par de años, utilicé una crema hidratante ya pasada desde hacía ni sé cuántos. La dejó mi madre olvidada en la casa de Sant Pol y yo, tras una exposición prolongada al sol, decidí untármela. Cuando abrí el bote, la pastosidad me dio pistas, sin embargo, me la extendí por cara y torso... Una semana anduve con la piel en llamas, temiendo que tras aquello mi fealdad se acrecentara, con una urticaria abrasadora y unas ronchas de vestido de faralaes escandalosas. Lo bueno de ser físicamente poco agraciada y borde, es que la gente no pregunta. Aprendí de la experiencia, que las fechas están para algo, no solo de treta comercial para reactivar la economía, como muchos afirman.

—Nene, si sigues más tiempo delante de las legumbres, te confundirán con un reponedor.

—Quiero preparar el domingo unas alubias a la vasca.

—¿No puedes cambiarlo por lentejas?

—Pimpi, las alubias a la vasca tienen como ingrediente principal la alubia roja.

—La cocina está en continua evolución...

—¿Puedes hacer el esfuerzo?

—Vale, pero hazlas caldosas y me pones pocas...

—Pensaba que tu única aversión era a los garbanzos.

—Nunca hagas nada que lleve garbanzos.

—Me quedó claro.

—Alatz, se nos hará tarde..., aún tenemos que pagar, llegar a casa y guardar la compra.

—Dame un minuto. —Esto lo arreglo yo. Me dirijo a la estantería, tomo el paquete con las judías más grandes que veo.

—Estas.

—No sé, el tiempo de cocción es importante.

—Las ablandamos con bicarbonato.

—¿Estás de coña?! Si te escucha mi madre te prohíbe la entrada en

Bilbao.

—Pues la Termomix, tú debes saber cómo se usa.

—Las alubias a la vasca solo se pueden cocer en cazuela de barro, ante una emergencia en puchero, nunca, *never ever*, en olla a presión... Han de cocer a fuego lento, si no hace *chup-chup* no se pueden considerar cocido casero.

—En la vitro, *never ever*, se va a utilizar el barro como útil de cocción, me costó encontrar una con el cristal en blanco y con forma de arco, así que si la raspas te destierro.

—No pretenderás que haga mi especialidad en un camping gas en la terraza.

—Por mí como si enciendes una hoguera en la playa y convidas a todo el vecindario. El fango no va a tocar el cristal vitrificado.

—Mis alubias no cocerán en la olla rápida.

—¿Estas entonces?

—No, mejor estas, a ver si con una noche en agua se hidratan lo suficiente para que mañana no comamos perdigones.

—¿Perdigones? Con el tamaño que tienen, esos judiones se pueden considerar cartuchos de caza mayor.

Logro sacarlo de la sección de legumbres secas y ¡por fin! Llegamos a la caja, pero... ¡Oh, horror! Todas tienen un mínimo de cuatro carros esperando. ¿Se habrá declarado un holocausto nuclear mientras comprábamos? ¿La gente necesita todas esas garrafas de agua? No llegaremos a la hora convenida a casa de Saúl y Thais.

Si el Señor nos envió internet para evitarnos las esperas comprando, ¿quién es Alatz para obligarme a perder el tiempo así? ¿Qué será lo próximo? ¿Cazar los alimentos? ¿Comerlos crudos? A no, me niego..., hemos cumplido la liturgia, si quiere tocar el producto, a partir de hoy va a venir solo.

—Perdona, nena. —Una abuela me da unos golpecitos en la espalda.

—Sí. —Es un «sí» seco, lo siento, es lo mejor que puedo ofrecer en este momento.

—¿Me dejas pasar? Solo llevo esto —Con esto se refiere, ¿a un cesto lleno?

—Tenemos prisa, lo siento.

—Yo también, he de hacerle la comida a mis hijos.

—¿Qué edad tienen sus hijos? —Con ese orgullo mostrado por todas las

madres cuando se disponen a hablar de los vástagos, sonrío y se yergue.

—Pues el mayor, tiene 42 años con dos niños de diez, tremendos, y la pequeña, 39 y una nena... —fantástico, muy bien...

—¿Y no cree que ya son mayores para guisar solitos?

—Olympia —recriminación de *El porculoso que susurraba a la Olympia*.

—Bueno, mejor que su mamá...

—Entonces, pueden esperar, no morirán de inanición.

—Pase, por favor. —¡Será posible!

—¡Seguro que luego se encuentra a la vecina y no se acuerda de que ha de hacer de cocinera para la familia gorrón! —balbuceos exclamativos..., mientras le cobran saltándose mi carro.

—Pillas unos enconos más infantiloides, ¿qué más da? Son cuatro cosas..., si estuvieras en su situación, ¿no te gustaría que alguien mostrara la voluntad de dejarte pasar?

—Yo habría hecho la compra el viernes, desde la web.

Niega y no se molesta en convencerme que nos acabamos de ganar el pase al paraíso. Ahora que ya me han cobrado la compra y las bolsas con el logotipo de la tienda, cosa que también me encabrita —encima que las pago les hago publicidad—, nos dirigimos al parking empujando el carrito, que, como todos los carros de los súper, cojas el que cojas, tiene una rueda atascada de porquería y no gira, por lo tanto, no se desliza con suavidad. Lo lleva Alatz, así entrena esos bíceps tan *torneaditos* que tiene y que tanto me gustan a mí.

—¡Vaya, por Dios! Me he descuidado los postres.

—No voy a entrar otra vez, ni harta vino.

—Subo a la confitería del Corte Inglés, ves metiendo la compra en el coche.

—Anda, dame las llaves.

Con el mando me da un beso, Alatz nunca sale o entra de un lugar, sin darme un beso o regalarme una caricia. Me encanta ese gesto tan frugal e inocente expresando lo que siente por mí, a pesar de estar con un humor bastante agrio e insolente.

Me detengo en el parking dirigiéndome a la plaza, estaba cerca de la puerta..., esto..., ¿dónde está el coche?

Entro de nuevo en el vestíbulo y miro el número de la planta, no sería la

primera vez que me bajara en el piso equivocado..., pues es la menos dos. Vuelvo a salir.

El Lexus de Alatz no pasa desapercibido, se vería entre los que están aparcados... ¡Dios, qué calores que me están entrando!

¿Pero?... ¡Se están llevando el coche!

Abandono el carro y salgo corriendo tras el vehículo; vamos, que al igual podría detenerlo agarrándolo del guardabarros. Distingo a un empleado de seguridad recorriendo el perímetro, yo sin resuello, hago señales de auxilio.

—¡Cierren las puertas! —grito a pleno pulmón.

—¿Qué sucede, señora? —¿Cómo qué señora? Bueno, eso ahora no es lo importante.

—Ese coche es mío, de mi marido..., mi futuro marido. ¡Me lo están robando!

—¿Está segura?

—¡No! ¡Es que me gusta el modelo y le voy a pedir al chorizo un cambio!

—¿Ha comprobado la matrícula?

—Era nuestro coche. ¡Va a permitir que se lo lleven! ¡Haga algo! ¡Por el amor de Dios! ¡Pongan una banda con clavos en la salida!

—¿No estará confundida de planta?

—No. Sé que era la menos dos... ¡Igual que sé que ese era mi coche!

—¿Olympia?

—¡Alatz!, nos acaban de afanar el coche, y este hombre no quiere llamar para que cierren el parking, ¡ni ha sacado la porra! ¿Para qué lleva el *walkie*? Dale la matrícula, yo no la recuerdo. —Ni la recordaría nunca, básicamente, porque no la sé.

—Disculpe, ha sido un error... —¿cómo que un error? ¿Tú acabas de llegar?—. Olympia, has tomado el ascensor equivocado, esta no es la puerta por la que hemos entrado.

Sí, esa es Olympia Fasol, la mete patas más grande del reino *metepatil*. Si ahora mismo se abriera un agujero a mis pies y me tragara, me sentiría agradecida con las malas infraestructuras por existir.

Tras disculparme con la cara roja de semáforo de leds, nos encaminamos al coche. Alatz empuja el carro muerto de la risa, a mí me gustaría reírme también, puede que, en un futuro, cuando se lo contemos a nuestros nietos, ahora el ridículo me abraza y solo me apetece desaparecer con la caja de tartaletas de frutas y queso del postre.

Me recompondré haciéndole jurar que no comentará nada.
El sábado promete, ¿qué nos deparará el resto del día?

Decir que me entusiasma ir a casa de Saúl es faltar a la verdad flagrantemente. Imagino esa situación incómoda en la cual, podría encontrar la sal sin indicarme en dónde la guardan, y digo la sal por no nombrar nada más comprometido.

Thais no es una mujer muy dada a espolear sus intimidades, o era, o fue... Tampoco nos hemos sentado las tres a explicarnos los pormenores sexuales con todos sus pelos, pecas, arrugas y señales, sin embargo, sí que ironizábamos con ellas, mostrándonos poco dispuestas a las exigencias masculinas en cuanto al número y la frecuencia. Disfrutábamos de conversaciones de críticas con las que llorábamos de la risa. Ahora, eso es impensable. ¿Cómo comentar algo sin imaginar el momento concreto? O insinuar...

Seguro que, entre los tíos, esto no sucede, o bien alardean y comparten —acto de lo más ruin—, o bien no le otorgan ninguna importancia.

Y por si esto no fuera ya rocambolesco, la sección femenina de la reunión, custodiamos un secreto. ¡Esta Thais se está cubriendo de gloria! Y a nosotras de remordimientos...

—Estás preciosa. —Alatz, me toma de la mano tras bajar del coche. Después de la épica mañana, está de un humor estupendo. Yo tengo el bochorno demasiado presente como para disfrutar de la anécdota, no obstante, ¡qué bonito es mi vasco!

—Pues cuando me bajo de los tacones, me encorvo y me veo una hormiga culona.

—Ven hormiguita... —me besa arrancando a reír en mi boca.

—Alatz, a cagar.

—Nena, lo siento..., lo siento..., pero es que no puedo evitarlo.

—Embustero..., no digas que lo sientes, cuando se te desencajará la mandíbula.

Estoy tentada a meterle un dedo en el ojo y excusarme diciendo que me

he equivocado pensando que era el timbre, lástima que no sea justificación creíble, el pulsador está a metro setenta del suelo.

Nos abre Saúl.

—Hola chicos. ¿Qué tal? —Ellos se estrechan las manos y nosotros nos damos un par de besos en las mejillas.

—De un humor inmejorable. —¡Habla por ti! Este Alatz tiene la gracia donde los gatos la cola.

—Me imagino, Olympia es una fuente de supuestos esperpénticos. — Daros la palmadita en los hombros, creeros los amos del universo.

—¿Y Thais?

—Con Leo y Elido en el jardín.

Nos conduce hasta la parte trasera de la casa, por donde yo me arrastré hace unos meses mientras Saúl practicaba zumba con Lady Pádel —o se la zumbaba—, y allí están los tres muertos de la risa.

—Hey... ¿Qué tal? —Elido siempre tan efusivo y versátil.

—Genial. Hemos roto el clima jocoso por lo que observo. —Me siento al lado de Leo.

—En realidad, estaba explicando lo que nos pasó ayer justo cuando nos marchábamos.

—¿Sucedió algo? —Alatz frunce el ceño, se lo habría contado si no me hubiera asaltado tal como abrí la puerta. Poco faltó para que la vecina entrara a formar parte del sarao... Aunque, con ochenta y largos años no sé si tendrá el cuerpo para jotas. También podría sorprendernos y en la intimidad la abuela utilice un *dildo* del tamaño de un calabacín... —¿Olympia?

—¿Sí? —Estaba divagando en un mundo para mayores—. Perdona, nene, pensaba en el viernes.

—Ya... —esa sonrisa te delata chaval—, ¿y?

—Luego te lo explico en casa..., es por no repetirnos.

—Alatz, por lo visto, el viernes tuvieron una visita inesperada cuando cerraban el despacho. —Thais tan dispuesta a ofrecer información desinteresada.

—¿Qué visita?

—Nada..., Leo escuchó unos pasos en el tejado de la nave cuando todos se habían marchado.

—¿Pasos? —Ahora le entrará el pánico por todo lo que podía haber pasado que no pasó..., ¿por qué nos gustará tanto el drama a los humanos?

—Sí, nene, eso que se da al caminar... —En Alatz, el atractivo es de aumento directamente proporcional al grado de cabreo..., ¿será por eso que se lo discuto todo?

—El caso es que —Leo retoma la narración de los hechos—, decidimos llamar a la policía, y aparecieron enseguida.

—Un tío en una *motillo*, tan asustado que ni se quitó el casco.

—¿Y dónde estabais vosotras?

—En ese momento en la calle, esperándole.

—Seguido llegó una patrulla de apoyo.

—Sí, *Papá dos*.

—¿*Papá dos*?

—Es algo así como el *Charlie* de los americanos. —Une las cejas. Qué poca cultura televisiva—. La jerga para llamarse entre ellos por el *walkie-talkie*.

—Entró y revisó el edificio, no encontró a nadie...

—Por suerte, nosotras íbamos detrás mostrándole las instalaciones. De haber un ratero, él llevaba el casco puesto y una linterna..., aquí, Pili y Mili, íbamos sujetas a nuestros bolsos antibalas.

—Nos pregunta si eran dos personas y respondo: «*Agente, dos no lo sé, pero uno seguro*», y la gran Leo apostilla, «*uno fijo, y gato no era.*» *Papá uno* debió de pensar que íbamos fumadas. —Entiendo las risas.

—¿No dieron con el ruido? —Mi *porculoso* parece estar más preocupado que divertido. También he de sacar un minuto y explicarle el encuentro con Lady Peo, porque entre que no me apetecía lloriquearle y que paso de invertir nuestro tiempo en pareja hablando de Miranda, lo fui dejando y se me olvidó. Soy de olvidar nombres y conversaciones insustanciales con una facilidad asombrosa.

—*Papá dos* creyó haber visto un animal merodeando por el tejado..., pero eran pasos de dos pies con peso de persona, no cuatro patitas ingravidas que ni se sienten.

—Nos comentaron que probablemente habría cruzado por allí para llegar a otra nave.

—¿Y se quedan tan tranquilos? —Ahora Saúl conecta la mirada con Alatz, es como si se estuvieran transmitiendo información confidencial por ondas electro encefálicas..., me vienen a la mente los *Power Ranger*. A Alatz, el rojo le sienta divino, a Saúl le imaginaremos en verde...

—Chico, yo qué sé.

—Alatz, Elido, vamos a preparar la lumbre, estrenaremos la barbacoa, hasta ayer estaba adornada de geranios y rosas, no sabía ni de la existencia de la leñera.

—Esto..., Elido, cielo..., tú mejor, observa.

—Recordad, los carburantes inflamables no son un método adecuado para encender cuatro palos secos. —El día de Sant Joan los bomberos, en previsión al desastre, se aparcaron delante de mi verja.

—Sois las dos de gracia íntima, solo entendéis vosotras las tonterías que decís.

—Ay, cariño, cariño, cariño..., como diría una *Marikuki* que conozco, no ofende quien quiere, sino quien la tiene más larga. —¿Uhm, Leo?

—¿Te refieres a la lengua? —Elido dando muestras de su suspicacia..., impagable.

—Tú mantente alejado de las cerillas y de la gasolina, que ya me he acostumbrado a verte por casa.

Aquí andamos las *Tres Gracias*, disimulando mientras ellos desaparecen de escena y así ponernos al día con un nuevo capítulo de *Compuesta y con bombo*. Observando el conjunto, y con lo astutos que son nuestros maromos —excluyendo a Elido que es la clase de hombre atento que no se fija en nada—, lo extraño es que no se huelan la tostada. Bajo mi punto de vista, fingimos tan pésimo, que recordamos a modelos posando artísticamente para anuncios de perfumes navideños con un toque de aburrimiento estético, salvando las distancias, por descontado.

—Bueno, ¿qué?

—Pues nada. —La respuesta de Thais a Leo, es imprecisa..., no sé cómo se atreve, conociéndola, a contestar con evasivas.

—¿Nada, de nadar?, ¿o nada de, «*se lo diré cuando asome la cabeza por el chumino*»? —Sí, cuando Leo se ofusca pierde su delicadeza característica, emerge esa choni que todas llevamos dentro y que solemos mantener a raya, para que socialmente no nos encasillen y poder criticar a las que lo manifiestan como forma de vida.

—Hija, tienes la boca del tamaño de una tronera —apoyaré a Thais, a pesar de pensar como Leo.

—Como una tronera se le pondrá el potorro por pensar que era *impreñable*.

—Dejad de discutir, por favor..., y Olympia, no defiendas lo indefendible, Leo tiene razón. Ya no puedo abrocharme la falda del traje, he de dejar la cremallera a medio subir y los tejanos..., mirad. —Los lleva sujetos del botón al ojal con una goma de pollo.

—¿Y a qué esperas?

—Intento averiguar indirectamente, cómo se lo puede tomar...

—¿Indirectamente? —Leo frunce el ceño y yo pestañeo mientras indago —, ¿cómo? ¿Veis documentales de embarazos y partos? ¿Películas de niños traviosos?

—Al paso que va, mejor que le deje un díptico con la línea educativa del colegio mayor...

—De hoy no pasa. —Sí, ya.

—Tú, a tu ritmo... No hay torpeza peor que intentar cruzar un precipicio, en dos saltos.

Y que sea yo quien exponga esta máxima es paradójico.

Yo, que utilizo el embuste de manera social evitando alargar conversaciones con tal de no entrar en discusiones sobre tamaños, culpabilidad y razones, que no aportan ni interés ni ayuda. Yo, que aprendí a esquivar preguntas y afirmaciones malintencionadas con sarcasmos e ironías; que le insista a Thais para que reaccione poniendo el útero sobre el tapete, parece de chiste.

Estar siempre a la greña con mi *porculoso* particular a tiempo completo, acaba por descomponerte ese talante pasota-pasivo emergiendo el originario, que es más de enredarse a opinar y defender lo contrario, por molestarle en realidad..., si no le subiera el guapo cuando se enfada —porque es un *enfadica* —, yo sería más convenida a sus consejos, o no, ¿quién sabe?

Y es que Alatz, es un tío intenso en todos los aspectos de su vida, no entraré en detalles, pero es la definición más adecuada a su personalidad obstinada. En su amplio vocabulario de abogado insigne, no está contemplado el adverbio de negación sin más.

La próxima vez que vaya a Bilbao he de informarme si de niño ya daba muestras de ser el típico *martillo pilón*, que no aceptaba el «no porque, no». Seguro, debía de tener respuesta para todo y, como en su casa tienden a comunicarse en un tono muy efusivo, convertirían una orden en un debate.

En la mía, si mi madre decía que no, era que no, y si tenías el día guerrero, añadía «¡Olympia!, ¡y punto!», y hasta ahí la rebelión.

Por mucha vidilla que aporte a la relación tener opiniones distintas, no veo imprescindible discutirlo todo o someterlo a votación, ni consensuar cada idea. También es de agradecer, tomar la iniciativa y hacerlo sin más o que de tanto en tanto, piensen por una..., muy de tanto en tanto... No, mejor no, que el hábito se convierte en regla y a mí eso de seguir al rey me provoca insubordinación.

Estamos acabando de comer, hace frío para la mesa del jardín. Inicialmente me resultó incómodo y un poco violento sentarnos en la del salón, imaginé que habría más tensión, sin embargo, está siendo un día muy ameno.

Leo y Elido, se han encargado de hacernos el rato bien divertido. Con una de las últimas anécdotas hemos llorado todos de la risa. Se fueron a Zúrich la semana pasada y Leo quiso marcarse un tanto llevándolo a un balneario con un circuito de baños exteriores, que son una gozada, el agua se mantiene constante a treinta y ocho grados, mientras que afuera no se deben de superar en esta época los menos dos.

Está alejado de la ciudad, en la montaña y se quedaron a dormir en un hotel de la zona. Les resultó curioso que todos los vehículos tuvieran los limpia parabrisas levantados del cristal y Elido, por lo visto estuvo haciendo burla y sorna sobre detalle común en todos.

Durante la noche nevó y no cuatro copitos. Al día siguiente había un metro de nieve, que en Suiza ya es lo normal pero no deja de sorprenderte, en Barcelona ver llover ya es difícil. El caso es que, tras el primer impacto bucólico y romántico, el muchacho comenzó a moverse nervioso, como si oxeara, asustado porque debían de llegar al aeropuerto, entregar el coche y tomar el avión. Tras eliminar el grueso del cristal y las ruedas, levantó los limpias de un tirón, entendiéndolo en ese instante el motivo por el cual el resto de los autos los habían dejado tiesos la víspera anterior. Elido, con su destreza distintiva, dejó pegadas las gomas en el cristal.

Ya lo dijo algún filósofo contemporáneo: *«solo cuando un mosquito se posa en tus testículos, comprendes que no todo en la vida se soluciona con violencia»*.

Seguimos riendo con las dosis de ironía añadidas por Leo, a las que él responde siguiendo el juego.

—¡Ostras, Pimpi! —Malditas confianzas..., al final en mi epitafio colocarán el alias por acortar—, os hemos traído un regalo.

—¿Pero si no tenemos fecha de boda todavía? —Leo parece no entender

nada, como si no hubiera participado. De hecho, su cara es de confusión total mientras le observa dirigirse al coche.

—No teníais que haberos molestado... —Aparte de no ser elegante hacerlo delante de todos, por mucha complicidad amistosa que se respire en el ambiente.

—No es por hacerme la desentendida, pero no tenía la más remota idea. —Leo tiene un semblante de confusión extremo, a mí esa cara me asusta.

—Mi enhorabuena, pareja —no sabría determinar si Saúl es del todo sincero.

—Gracias, aunque no tenemos fecha fijada, estamos buscando una casa que nos guste y Olympia tiene más exigencias, que tonterías un indio en el ropero—. Espera, cielo, deja que mire a ver si encuentro la gracia al comentario..., pues no, no acabo de hallarla, miraré en tu culo, ¡qué es ahí en donde la sueles tener!

—Es un gran paso y me alegro por vosotros. —No llores Thais... Entra Elido y a Leo se le acaba por desencajar la cara, de buscar un símil podríamos compararla con las pinturas cubistas de Picasso. El chico, entre las manos, porta una caja verde con topos pequeños y blancos, con un lazo de satén rosado enorme.

—Espero que os sirva de ayuda. La dependienta nos comentó que es lo último en chismes de estos y que tiene doble vibración. —Esto..., ahora mismo, de buscar un símil a mi gesto, solo se me ocurre compararlo con el hombre del cuadro de Edvard Munch, *El grito*.

—Elido, mejor en otro momento más íntimo. —No, Leo..., mejor te lo quedas tú. Alatz busca mi mirada también algo desconcertado. Saúl, lo vive divertido. ¡Señor, dime cuándo olvidarás que existo para ridiculizarme!

—Venga mujer, os va a encantar, es muy práctico.

—No insistas, Elido. —Leo se acerca para quitarme el regalo de entre las manos, esto se hace el día de los Santos Inocentes, no en la sobremesa en casa del ex. ¡Qué poca vista! —. Mejor, Pimpi, quedamos otro día.

Se lo voy a entregar, Leo lo sujeta del lazo, este se deshace. Intentamos evitar la caída y la apertura de la caja haciendo malabares. Nuestros esfuerzos son infructuosos. Todo parece suceder a cámara lenta. Lo que no deben de superar los diez segundos, se trasforman en una hora de caras sorprendidas y ojos desorbitados.

Saúl se agacha y me entrega el vigila bebé último modelo en diseño y

prestaciones, mal disimulando la sorpresa. Alatz se coloca a mi lado algo más serio de lo que se espera en un orgulloso futuro papá.

—Vaya, me alegro por vosotros. —Saúl busca la mirada de Thais. Ella la esquiva.

—Gracias, aunque no hemos dicho nada porque es algo precipitado. —Alatz miente, a pesar de que yo no le había comentado nada y él presupuso que era Leo..., tan equivocado como Elido.

—Tú con hijos, con la de veces que te he escuchado negarlo. —El tono de Saúl no expresa lo que piensa, es como si afirmara y negara a la vez, el cerebro se ralentiza para poder asumir la dualidad.

—Olympia siempre ha deseado ser madre..., me hizo ver todo lo que puede aportar a la pareja.

—¿Y eso? ¿Tan apresurado? —¿me preguntas a mí? Pues nada chico, me picó el mosquito picha. Por no contestar semejante ordinarietz, mejor me encojo de hombros—. ¿Tú lo sabías, Thais?

Thais está inoculada e infectada, por otro mosquito de la misma especie. A mí, por ahora me funciona la vacuna.

—No..., solo lo sabía Leo, porque se... —Saúl no me atiende a pesar de ser yo la que contesta, inyecta una mirada acusadora a Thais. Eso me cohibe un poco, estoy a la expectativa, balbuceo y el embuste no suena creíble.

—Déjalo, Olympia, no te esfuerces..., sé que no estás embarazada. —Oh, oh, oh..., qué papelón.

—Cielo, se nos hace tarde... —Alatz, sacándonos a todos del atolladero.

—Nosotros también nos marchamos, tenemos que hacer..., cosas.

¿Y qué hago yo con el regalo? ¿Me lo quedo a cuenta? ¿Le doy con él a Elido en los dientes por ser tan *Urkel*^[126]? Pensándolo mejor, se lo devuelvo a Leo y que ella decida. Aunque, por el mosqueo exhibido, sacándolo medio a empujones del salón, barajo la posibilidad de que utilice los avisadores infantiles a modo de supositorio, a ver si consigue que deje de ser tan metepatas.

No obstante, la actitud de Saúl me confunde. Si bien no ha dado muestras durante toda la comida de conocer el estado de buena esperanza de Thais, ha dejado claro que lo sabía.

—Pimpi... ¿Compartes? —Lo bueno de tener pareja de *pica flor*, es la facilidad de pensar sin que el otro esté a la expectativa de tus silencios.

—El chicle casi no tiene sabor —chavalín, por el bien de tu *Astrolopitecus*, no me preguntes obviedades mientras maniobro para meterlo en la plaza de parking sin dañar la columna.

—No me gusta mentir, ni verme envuelto en vuestros desastres.

—Cualquiera diría que estabas bajo el tormento de la gota malaya. Sé que los de Bilbao lo arregláis todo a hostias y lleváis lo de la sinceridad a extremos demenciales, aunque tú con la de mundo que llevas recorrido, podrías ser algo más comprensivo.

—Desconocía que uno de los comportamientos arquetípicos catalanes eran los embustes.

—Revisa los tópicos, somos negociantes y, ¿qué hay más farsante que un vendedor de *crecepele*? Es un hecho constatado que mentir es un mecanismo de adaptación al medio. —Los aspavientos sobran, qué culpa tengo yo de que leas solamente códigos y mamotretos legales. —No intentes refutar mi argumento, tú este verano fuiste incapaz de decirle a tu madre que las lentejas eran argamasa, al contrario, alabaste aquel plato de hormigón armado.

—Mezclas conceptos, a una madre nunca se le critica la comida.

—Mentiste y exageraste.

—Tu arte en desviar el tema principal, hoy no te va a servir.

—Contesto a tus acusaciones, abogado. —Qué bonito se pone cuando me mira así, molesto tirando a cabreado.

—Podías haberme dicho que Leo no era la futura mamá.

—No preguntaste.

—Esa justificación es muy lacia, tampoco me hubieras contestado y, quiero presumir que no serías capaz de mentirme.

—No te columpies, mi nariz aún tiene las dimensiones normales de un adulto.

—Porque no eres de madera. —Eso me ha dado en la patata, de refileón, pero me ha raspado el corazoncito—. Estarás de acuerdo conmigo en que es inaceptable mantenernos en un segundo plano a Elido y a mí, cuando la realidad es que estamos en todo el meollo.

—A Elido, podríamos quitarle el polvo de dentro del cráneo soplando, no encontraríamos nada entorpeciendo el aire.

—No es justo que hables así, de habernos informado, no habría sucedido.

—No defiendas lo inexcusable... ¿O encuentras normal que te entreguen un regalo cuando estás invitado a comer en casa de otro?

—Nena, eso lo determina el grado de amistad, y entre Leo, Thais y tú, las normas protocolarias están en desuso. —Se puede ser más *remilgadito*, pero no más Alatz.

—¡No me jorobes! ¡Es más bambarria que *Superlópez*^[127]!

—Se ha quedado igual de descolocado que un cerdo en una perfumería. Como yo, vamos. —Ahí el toque rústico, lo echaba en falta.

—Dispones de la misma delicadeza de un troll.

—Dijo la reina de la mordacidad. De necesitar el antídoto para salvarme de la picadura de tu lengua, *Silverado* ya no tendría una gota de sangre. —¿Acaba de llamarme serpiente marina mortal? ¡¿Dime Señor, por qué *cojull*os he de aguantar esto?! ¿¿Qué tienes reservado para mí?!

—Aquí el único que habla sin retén eres tú, que pareces una asistenta mal finiquitada.

—¿Perdona? —Salgo del coche, no tengo el menor interés en mantener la discusión ahí dentro, el habitáculo se está cargando de estática.

—El primer paso para perdonar, es asumir que el otro es imbécil y que lo va a seguir siendo siempre, ¿de veras quieres que te perdone? —Uy..., esa sonrisita canalla, entrecerrando los ojos, demuestra intenciones algo indiscretas. No ha sido muy brillante salir del vehículo.

—Olympia, ni necesito que me perdones, ni vas a callarme con tus comentarios provocativos..., de hecho, me encanta el chisporroteo de rabia con el que me miras mientras intentas ofenderme.

—¡Venga ya, tío! —Está enfermo, de clínica de reposo, ¡no doy con uno sano!

—¿Me has llamado tío? —¿Y ahora por qué no camina?

—Disculpe su vucencia. —Estira de mi mano y me empareda entre su cuerpo, la puerta del coche y la pared del garaje... ¡*Ains!*, mira si seré de calentar motores en los sitios menos apropiados, que, en este instante, mi mente efervescente ya no tiene capacidad verbal para decir basta.

—Denoto cierto tono..., travieso —no empieces que no respondo.

—Y yo cierto deje granuja bellaco. —Sí, justo esa entonación cargadita de intenciones perversas, para acabar pervirtiendo mi alma llena de candidez...

—Soy de la opinión que hay que follar más y joder menos, Olympia. —Olé la elegancia del verbo amar.

—¿Y a qué viene ponerse tan bruto?

—Cuando vas de estupenda emanas feromonas a litros...

—Es sudor, si me irrito, sudo. —Es casi invierno, *porculoso* mío..., llevamos mucha ropa, entre abrigos, camisetas interiores, jerséis..., esto del *aquí te pillo aquí te mato*, se nos va a complicar.

—Abre el coche.

—Alazt, no lo estarás diciendo en serio.

—Abre el coche.

—Nene, nos pueden pillar.

—Olympia.

—Qué.

—Abre el coche.

—Pues en la parte de atrás, que los cristales son más oscuros y los asientos más cómodos. —¿Olympia, te escuchas?

—Ves, esa es la actitud adecuada, *mandica* pero dispuesta. —Obedezco, ¿quién es capaz de ponerle puertezuelas al campo?

—¿Sabes la de capas de tejido que llevo encima?

—Te dejaré los calcetines, me gustan las mujeres con misterio.

Debemos de tener cierto arte a la hora de desvestirnos, no había acabado de estirarme en el interior que ya estaba exactamente igual al día que vine al mundo. Mención especial al ingeniero que inventó los asientos *calefactados*, se agradece no tocar con la espalda desnuda la piel helada.

Nos entregamos al placer de nuestras ansias impúdicas morbosas, entre risas y gemidos encendidos, producto de ese exangüe temor a ser descubiertos. Es muy excitante comprobar como nuestros jadeos, son capaces de entelar los cristales, que por muy opacos que sean, si alguien se acerca lo suficiente y mira hacia el interior puede comprobar la fiestecita que se han montado los dos insensatos del ático, que, aun disponiendo de todas las comodidades para mantener sexo en las condiciones íntimas marcadas por las buenas costumbres, retozan dentro del coche.

No seré yo quien saque a relucir immoralidades en nuestro desatino particular, la adultez no es sinónimo de locuacidad, y creo con firmeza que el amor es importante pero la chispa que lo inicia y el oxígeno que lo mantiene, también. La atracción bilateral que nos unió superando los cuatro meses de prueba, ha conseguido que me encuentre por primera vez flotando en lugar de ahogándome dentro de una relación sentimental.

No obstante, como esto no funcione —está comprobado empíricamente que la palabra *eterno* es imprecisa—, y mi reacción ante el atractivo de los tíos sea medida comparándola con el físico de mi vasco, voy lista..., está tan bueno que parece de fantasía o hecho proporcionado a mis preferencias masculinas..., ¿le sucederá a él igual? Es poco probable.

Algo tomé ayer, que me ha sentado como un tiro y, lo peor del tiro, es lo que ha afectado. Llevo desde las cinco de la madrugada sentada en la taza del inodoro. Evacuando la intoxicación por los dos orificios más alejados de mi anatomía en perpendicular, que, por lo visto, solo me ha afectado a mí.

Ya he perdido el reducto de dignidad íntima que reservaba con Alatz, y con tal de recuperar una partícula, le he suplicado que saliera del baño casi con lágrimas en los ojos, frenando la guía de la puerta corredera evitando que vuelva a entrar. Sin embargo, una no puede entregarse al descanso del vómito o de la deyección, siendo consciente de que está al otro lado participando de todos los sonidos desagradables emitidos por mi cuerpo, sin tocar el tema del olor, que estoy segura de que no solo se concentra en el baño.

En el aseo del despacho tenemos una caja de cerillas, aunque sea un tema vulgar sobre el que meditar, es una necesidad fisiológica ineludible, y ayuda conocer ciertos trucos para evitar que, el que venga detrás lo inhale, lo saboree y lo duplique. En definitiva, el fósforo quema el metano, gas producto final de la putrefacción anaeróbica de ciertas moléculas generadas durante la fermentación, y al desaparecer el elemento, se lleva consigo el hedor a coliflor.

De encender un misto en mi casa, tal como está el asunto, salimos por los aires.

Espero que este malestar remita para el lunes, ya es domingo y soy incapaz de retener nada ni en el estómago, ni en el esfínter.

Llamaré a Thais dentro de unas horas, para saber si ella también está igual que yo..., y enterarme de cómo acabó la tarde.

—Nena..., ¿puedo pasar?

—No, ve al otro baño.

—Quiero saber cómo estás.

—Sigo sentada, en la misma posición en la que me dejaste. —Con una pierna dormida, de tanto rato cortando el riego de mis extremidades inferiores.

—Voy a entrar. —¡Santo Niño de los Vascos *Porculosos*! ¡Quiero cagar tranquila! ¡¿Señor, es que pido demasiado?!

—Alatz, por el amor a lo que más ames..., me encuentro mal, no me hagas sentir peor.

—Lo que más amo es a ti, y paso, y punto.

—Eché el pasador de la corredera, no se puede abrir.

—¿Qué no?

—No podrás..., traba la guía.

Ahí está, haciendo cabecear la puerta, por pura tontuna terca.

Parece que ya se ha cansado.

¿Pero qué leches?

—¡Alatz! ¿Se puede saber qué carajo haces?

—Entrar —responde cuando ya está dentro, después de haber sacado la *Krona* de las guías. Demencial.

—Aún suerte que no has encontrado un hacha.

—No pensé... —Me pone la mano en la frente—. Ten, bebe. Es agua con azúcar.

—Vomitare, y no quiero.

—No seas niña..., tómatela a sorbitos, piensa que es un cappuccino.

—Y que estoy en Venecia.

—En épocas de *acqua alta*...

—¡Vete!

—Va mujer..., era una broma. A todos nos ha sucedido alguna vez. —Se ríe... Habría que verte a ti en las mismas... Mejor no, de todas las parafilias existentes, la coprofilia queda descartada de las prácticas amatorias a las que me sometería..., llámame clásica.

—Alatz, vete al pedo.

—Porque sé que te vas a súper mosquear, eludiré el chiste fácil. —Cómo me gustaría tener energías para hacerte un *Kame-Hame-Ha*.

—¿Por qué no buscas en el neceser de viaje un *fortasec*?

—Porque los medicamentos los ha de recetar el facultativo. —¡KA... meeeeeee... Haaaaa... Meeeeee... Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—Vale, pues ya voy yo.

—Ahora te ayudo a bañarte, el médico está en camino.

—¿Pero? ¡¿Quién te manda tomar esa determinación?! —¡Ehhhh!

—El sentido común. —Y mírale, tan pancho, preparando la bañera. ¡¿Cómo pretende que me meta en el agua si mi cuerpo no retiene ni el gas?! —

—Alatz, sé sincero..., tú no me quieres, buscas un saco de arena para

eliminar estrés.

—Me encanta torturarte, nena... —¡Calla tontito!

—No quiero ver al médico.

—Eso es sencillo, cuando escuches el timbre cierras los ojos.

No me voy a molestar en mandarle a algún sitio lejano y maloliente, tampoco hoy encontrará uno peor que en donde está. En vistas de que mis fuerzas están depositadas en el fondo del retrete, dejaré que ejerza de *marido en funciones* y haga de mí su *Dolly Poop*^[128], me lave, me vista, me arrulle, me medique, me dé de comer, me cuide y me mime.

El médico se ha marchado. Pobre, debe de haberse sentido veterinario en una pocilga. Mi casa apesta a purines y para rematar, Alatz en un intento por mitigar mi bochorno, ha vaporizado los cien mililitros de *DKNY* entre el baño y el dormitorio, suerte que el *Chanel n.º 5* está dentro de su caja y no invita a tocarlo, llega a vaciar el frasco y el que se caga es él.

Aquí estoy, estirada en la cama, mi cuerpo lo ha dado todo. Por suerte vómitos y náuseas me han otorgado una tregua, aunque en realidad es una trampa química. El doctor me ha recetado «nada» para atajarlo al no encontrarme deshidratada, bajo su criterio profesional, es preferible dejar al organismo eliminar la toxina que provoca mi malestar.

¡Chachi! A punto he estado de concretarle detalladamente el estado de mi zona perianal, temerosa del fuego que expulsa. Y como sé que no habría servido de mucho, a lo sumo, me hubiera recetado alguna crema pastosa para remediarlo. He simulado escucharle con atención.

Ha traído un par de botes de suero con un lejano sabor a fresa y a —dice el tetrabrik— plátano. Por no pensar más en excrementos no revelaré a lo que realmente sabe.

A Alatz le ha llamado un amigo de la facultad que hacía mucho tiempo al que no veía. En ocasiones los planetas se alinean y me conceden mis plegarias mentales, lo amo, pero no puede ser más *fatigoso*.

Controla mi temperatura cada cuarto de hora, se ha tomado al pie de la letra lo de beber a sorbitos el mejunje asqueroso y juraría que utiliza el reloj del horno para controlar las tomas. Entra a preguntar ochocientas veces cómo me encuentro, a la vez que atusa la almohada y estira el nórdico. Yo necesito paz, amor ahora no, solo paz.

Por lo tanto, esa llamada me ha sabido a deseo cumplido.

Ha faltado poco para arrastrarme a sus pies, con tal de convencerle para que se marchara y pasar al plan B: buscar en uno de los neceseres que hay bajo la cama el antidiarreico. En estos momentos me alegro de que tenga motor y se abra solo, no estoy para hacer esfuerzos agachándome. Y ahora ya, con las *cagarrinas* controladas, me siento feliz y dispuesta a dormir durante todo el día.

¿Quién está cantando dentro de mis oídos? ¡Vaya por Dios! ¡Es el teléfono! Pues, no estoy.

¡Santo Niño de las Sintonías Molestas! ¿No se aburren de llamar? Si no estoy, no insistas..., aunque a lo mejor por eso llaman al móvil... ¡Maldita tecnología que nos tienen localizados en todo momento!

Palpo lastimosamente la mesita, sin energías, y sin mirar el dial, descuelgo.

—Sí... —Menuda voz de *hecha polvo*, también hay algo de cuento, lo reconozco.

—Olympia... —¿El Sergio Saúl? ¡Caca de la súper vaca! Se acabó el teatrillo.

—¿Qué pasa? ¿Y Thais?

—Estamos en la Dexeus.

—¿Qué hacéis en el hospital?

—¡De *after*! ¡Joder, Olympia! —¿Dónde narices tengo la ropa? ¡Sí, hija, dónde siempre, en el armario!

—¿Quieres decirme qué sucede?

—Thais tiene pérdidas...

—Saúl, por tu bien y el de tus cataplines, espero que solo sea un desafortunado contratiempo.

—¿Vienes? Estoy algo desconcertado.

—Salgo en cinco minutos.

—Estoy en urgencias, te espero en el vestíbulo.

No sé si con esta cara es conveniente entrar a una clínica, me alejaré de las camillas y las sillas de ruedas. Menos mal que pasé de las indicaciones facultativas, solo faltaba verme asaltada por una pasión de caca en el trayecto o con el susto se escapara algún efluvio furtivo premiado.

Mi idea inicial era ir en chándal, en vistas de mi decrepitud, mejor sacar algo de energías para ponerme un tejano y un jersey. De pintarme sí que pasaré olímpicamente, total, la única manera de mejorar hoy mi aspecto es

trasplantándome la cabeza y voy con prisa para meterme en una operación de cirugía mayor.

¿Y mis llaves? ¿Se ha llevado mi coche! ¿Para qué demonios se habrá comprado un carro tan grande si siempre se lleva el mío? Caballo grande, ande o no ande, para luego pillar el poni. ¡Qué hartura de *porculoso*!

Pues nada, a cruzar *Barna* en su tanque exclusivo, estoy segura de que ocupará dos plazas del parquin del hospital.

Intento no pensar demasiado en el suceso, pero el mayor inconveniente de un lector empedernido es la capacidad inventiva, ver más allá y ponerle esa pizca de dramatismo literario para matizarlo.

Solo deseo que nada de las quinientas teorías propuestas por mi cerebro sobrealimentado de fantasías y fatalidades, se produzcan.

Como había sospechado, las plazas del garaje están previstas para motos o bicicletas, por lo tanto, hoy realizará las maniobras de aparcamiento el asistente. No lo he usado nunca, es algo lento y la lentitud en esta ciudad se penaliza con pitidos y groserías de las más feas. No tengo espíritu para encajarlo entre dos columnas, sin golpes ni rascadas, mi percepción natural para tantear distancias está alterada.

Camino a los ascensores mi cabeza sigue en plena cocción, voy a necesitar ibuprofeno de mil doscientos miligramos. ¡Menuda faena nos ha hecho el *demoniete* de las enfermedades comunes!

Menos mal que Saúl está atento, y tal como se han abierto las puertas, ha detectado mi presencia.

—Olympia, ¿te encuentras bien?

—Virus intestinal, todo controlado. Explícame porqué estoy aquí en lugar de en la cama.

—Le están practicando un cerclaje cervical, por lo visto hay riesgo de aborto.

—¿No tendrás nada que ver tú en eso?

—No, Olympia, no te hagas películas. —Si yo te contara, ahora mismo tengo un tic en el pómulo que contrae hasta el labio. Así soy yo, ¿para qué conformarse con espasmos en un párpado pudiendo deformar la cara al completo?

—Me tomas por imbécil, ¿piensas que voy a creerme que después de la escena de ayer por tarde, estuvisteis de celebración?

—Esto nuestro es surrealismo en su máxima expresión..., ¿entiendes que

necesitaba meditarlo?

—¡Si ya lo sabías!

—Intuía algo raro, por su comportamiento en las últimas semanas... —
¿Y los *pechotes*? ¡Venga ya, hombre!—. Solo le dije que debía de pensarlo.

—¿Y?

—Subió al vestidor y estiró de la maleta del altillo..., empezó a sangrar.

—De verdad, Saúl, ¡no das una!

—No me sermonees.

—No estoy aquí para alabarte el gesto.

—Estoy solo, Olympia..., toda mi vida rodeado de gente y estoy completamente solo. —Baja la cabeza, mira al suelo y solloza..., malo, yo soy de llorar por simpatía y por lo general, me emocionan más las lágrimas de un hombre a las de una mujer.

—No lo estás.

—Thais es muy especial, me aporta una especie de seguridad que me hace feliz. No quiero que le pase nada a nuestro pequeño, necesito que esté a mi lado...

—Vamos a tener fe.

—Gracias por venir, aunque no lo hayas hecho por mí.

—No he pensado por quién lo hacía, estoy aquí por los tres.

—Eres de otra galaxia, estoy convencido.

—Llamaré a Leo, ¿te importa?

—No. He aprendido más de la amistad desde que os conozco, que en todos los años de mi vida.

Me limito a sacar el móvil del bolso, no voy a contestar. Yo tengo un concepto de la amistad diametralmente opuesto a la mayoría, básicamente no creo que exista, por eso Leo, Thais, Elido y Saúl, son parte de mi familia. El resto, conocidos, que, de desaparecer, no lamentaría.

Leo visitaba a sus suegros en la montaña, allí en donde Zeus perdió el *himatión*, así que tardarán en llegar un par de horas.

—Olympia, vete a casa..., no estás en condiciones de estar aquí esperando.

—Estos bancos son cómodos, me marcharé cuando sepa cómo está Thais y haya llegado Leo, así que evita la insistencia.

—¿Te traigo algo? —Suero.

—Si llevaras un ibuprofeno, me harías dichosa.

—Ahora regreso.

¿A dónde va? ¡Ah sí! A por mis calmantes..., me arrepiento de no haberle pedido opio... ¿Existirán aún los fumaderos de la flor maldita? No sé demasiado sobre narcóticos ni estupefacientes, aunque seguro que habrá alguna en sustitución a la amapola, o directamente los porros, esos son atemporales, nunca pasan de moda.

El teléfono, otra vez..., oh, oh..., mi vasco *porculoso*..., creí que regresaría yo antes a casa.

—Dime.

—Dime, tú.

—Tú.

—¡Olympia! ¡Cago en la hostia!

—¿También tienes la tripita descompuesta? —No estoy animada para un partido Norte versus Este.

—¿A dónde has ido?

—Estoy en la Dexeus, me ha...

—¿Qué haces en el hospital!

—Eso iba a explicarte..., ¡ansias! Han ingresado a Thais por pérdidas y la están operando.

—¿Y no me podías haber avisado?

—¿Qué ibas a hacer aquí? Te iba a llamar más tarde, cuando nos diera el parte el ginecólogo. —Eso lo he pensado sobre la marcha, pero lo hubiera hecho.

—Acompañarte... ¡Qué mujer! Salgo ahora mismo.

—No vengas.

—¿A razón de qué?

—No me dejarás regresar conduciendo, y como dejemos toda la noche el coche aquí aparcado, mañana tenemos cuarenta euros de garaje.

—Eres desesperante. En ocasiones, me haces sentir la funda de un paraguas.

—Alatz, ¿de qué hablas? —hoy no tengo talante poético.

—Cuando la quitas, la guardas en algún bolsillo y no vuelves a acordarte de ella.

—Yo siempre le pongo la funda.

—Voy a recogerte...

—Está que trina el vasco —resoplido sumado a susurro, que ha sido

audible, y he emitido con esa idea.

—Lo tienes bien contento al vasco —bufa.

Como es costumbre cuando no le siguen la beta. Espero que Saúl tenga la deferencia de traerme un analgésico, he visto films de muertos vivientes con mejor aspecto que el mío y con más brío.

—Por cierto —¿no hay manera de juntar un poquito el párpado superior y el inferior sin que alguien tenga que comentar algo? —, ¿y Alatz?

—Acabo de hablar con él, está de camino. —Se ríe contenido, evitando carcajearse.

—Deberías contratar una tarifa plana en el móvil —¿estará ensayando para alguna comedia? Le faltan tablas artísticas.

—Con Alatz el plan es *Premium*.

—No me cabe duda alguna, Alatz consigue siempre lo que quiere.

—Yo también.

Voy a probar de cerrar nuevamente los ojos, no me apetece iniciar una conversación sobre pensamientos trogloditas. La mujer, al fin y al cabo, para bien o para mal, es la que decide la pareja, a no ser que esté integrada en una etnia, religión, secta o cultura machista.

—¿Familiares de Thais Márquez? —Esos somos nosotros. Por lo visto, le insistió a Saúl que no avisara a sus padres. Así que nos levantamos para dirigirnos hacia la enfermera—, acompáñenme al despacho del doctor, por favor.

Les seguimos en silencio, y reconozco que ambos intranquilos.

—Pasen, tomen asiento, en un instante les informarán.

Repaso la sala, por no concentrarme en mis cavilaciones proféticas de malas noticias. Si el instante se convierte en diez minutos, le remodelo la oficina, solo por controlar los nervios de manera constructiva, aunque me nace romper las típicas cortinas enrollables de color hueso, enredando las cuerdas entre sí.

—Disculpen la espera. —Nos levantamos, se acerca bordeando la mesa, nos estrecha las manos y con la misma, nos invita a tomar asiento.

—¿Cómo está mi mujer, doctor? —*¡Wow!* ¡Cómo suena eso de fuerte! Teniendo en cuenta que Thais es la mujer legalmente de otro..., esto es lo más parecido a una *sitcom*, pero sin las onomatopeyas enlatadas.

—Bien, le hemos practicado un cerclaje profiláctico con tal de evitar el aborto. Ha de quedarse ingresada unos días para estudiar la evolución.

—Tendrá que hacer reposo, imagino.

—Lo deseable sería que, pasado el descanso hospitalario, su actividad física fuera moderada. Le facilitaremos las pautas, una vez sepamos si todo se desarrolla dentro de la normalidad.

—¿Podría pasar a verla?

—Sí, ya está en planta, la enfermera le indicará la habitación.

—Gracias doctor.

—No se merecen.

Al abandonar el despacho noto cierta sensación de alivio y pérdida de peso mental.

—Sigo algo alterado. —Y lo que te espera chaval.

—Bueno, el médico parecía satisfecho.

—Mira, está Alatz con Leo y Elido. —Tras la tensión acumulada, saldría corriendo y me lanzaría a sus brazos. Sin embargo, si corro, se me enredarán las piernas entre ellas como si fueran alambre. De lejos parece más preocupado que enfadado—. Hola, gracias por venir.

—¿Qué ha dicho el *gine*? —con gesto angustiado, pregunta Leo.

—Todo marcha dentro de la normalidad, ha de hacer reposo y esperar.

—¿Y a ti? ¿Te ha atropellado un ciclista?

—Estoy pachucha. Mañana no te va a quedar otra que, controlar el imperio Sureda sola.

—A no ser que se despierte con el ánimo de un espartano —comentario de mi vasco con advertencia encubierta.

—Saúl, es preferible que yo no la visite hoy, no es plan de contagiarle este virus tan incómodo.

—Lo entiendo, le diré que habéis estado aquí..., muchas gracias, Olympia.

El tono revela gratitud y es conmovedor.

De vuelta a casa, medito sobre todo lo acaecido, a la vez que escucho de fondo a Alatz, aún molesto por no haberle llamado en cuanto me avisó Saúl. Le dejaré que hable y que, me arrulle su voz varonil y el calorcito del asiento.

Que haya decidido ir hoy a trabajar, saltándome las recomendaciones facultativas, han provocado entre nosotros una de esas broncas estúpidas que solo intentan marcar los roles aprendidos, que mal que nos pese, es la extensión amable del machismo. Se agradece se crea en la obligación de velar por mi bienestar o ejercite su deber moral intentando disuadirme, pero si resuelvo bajo mi responsabilidad ir al despacho, el hecho de que él espume por la boca, no me hará cambiar de idea, incluso si tenía alguna duda, ese estado de crispación gratuita, la despeja y, aunque me viera en la necesidad de ir arrastrándome con el bote del suero colgando, no me quedaría en casa.

¿Y en dónde acaba todo eso? Pues en una mañana larga y tensa, más pendiente del teléfono que de las obligaciones laborales, con un sentimiento de culpa y un humor más agrio de lo que ya es habitual para un lunes.

Si hay algo que me disguste más que una riña entre nosotros, es una riña sin resolver en la que tengamos que pedirnos perdón, y como me he ido de casa dando tremendo portazo, ahora me toca descender del pedestal de orgullo en donde llevo empollada toda la santa mañana.

El orgullo..., ¡menuda emoción más ambigua! Y es que no deja de ser el amor hacia sí mismo, y eso en su justa medida, es imprescindible para poder dar amor al resto, por lo tanto, es un arma de doble filo, que puede resultar destructivo en ciertas ocasiones.

Las relaciones sentimentales son el caldo de cultivo para que emerja el orgullo insano, que siempre juega en tu contra, pero..., ¿hasta qué punto es deseable? ¿es aliado o enemigo del bienestar emocional entre la pareja?

Entender que un poco de vanidad es positiva, es de cajón; permite valorar tus logros, apreciar tus cualidades, reconocer tus virtudes y el trabajo bien hecho, llevando a fortalecer la autoestima para no permitir que nos pisoteen ni nos manipulen. Quien no dispone de él, fusionada con una personalidad carente de asertividad, que inhibe su temperamento para contentar a su pareja, pierde el pulso ante la vida.

Sin embargo, en exceso, nos aísla y sé de lo que hablo, porque por miedo a ser menospreciada, siempre lo he llevado a los extremos mostrándome arisca o montaraz. He morado encerrada en mí misma, apartada del resto porque descubrí que así no me dañaba nadie, no obstante, me ocasionaba yo las heridas.

Con Alatz estoy aprendiendo a dosificarlo. Él también, y reconozco que, en gran medida, su insistencia en discutirlo todo es lo que nos acerca a esa línea de entendimiento.

Hoy, me toca dar el paso y claudicar. Aprovecharé que esta tarde tengo una visita inesperada, prevista a caso hecho e iré primero a recoger de improviso a mi chico y comeremos juntos. Sé que dejo a Leo con el trasero al aire, peor será si ha de aguantarme.

La recepcionista del *World Trade Center* me saluda sonriendo, mientras atiende una llamada.

—Subo al despacho —susurro, y ella me guiña un ojo perfectamente delineado en dorado. A esta muchacha hasta un perro colgando del párpado le sentaría bien.

—*O.K.* —contesta cubriendo el micrófono del *Headset*.

Sé que estos detalles a Alatz le encantan. Ya lo he hecho en alguna ocasión y siempre agradece la sorpresa animándole la jornada. Tonterías de pareja.

Pulso el timbre de la puerta de cristal glasé que lleva serigrafiado el nombre del despacho con letra muy elegante, como si lo hubieran escrito utilizando un cálamo, y medio minuto después la descarga eléctrica me permite entrar.

—Hola, Olympia. ¿Cómo te encuentras? —Nília es muy atenta, por hábito me ofrecerá un café mientras espero a que Alatz se desocupe. Hoy parece algo atribulada.

—Mejor, gracias. —El antidiarreico que me estoy tomando a espaldas del médico y de mi enfermero *buenorro*, me ha ido divino, ni el café de máquina han conseguido purgar mi intestino.

—Me comentó Alatz cuando llegó que no había conseguido que te quedaras en la cama. —Habla en un tono demasiado contenido, y parece vigilar las puertas de los despachos intranquila.

—Nília, ¿sucede algo? Si Alatz está con alguna visita me espero, o le saludo y me marcho.

—Eh..., bueno..., *uff*..., qué situación... Mira, mejor pasa a la sala de juntas ahora te aviso.

—De acuerdo.

—Te traigo..., ¿algo?

—No, gracias.

Estoy esperando en plan contemplativo y ausente, confusa, porque de ser un cliente, ¿qué problema hay en comentarme que está reunido?

Si me acerco a la puerta que hay entre la sala y su despacho, podría saber de qué va tanto secretismo. Está feo, no es nada elegante pegar la oreja con tal de espiar qué se está cociendo ahí dentro, pero..., hay tantas cosas desagradables en el mundo que esto es solo un hecho apreciativo.

Igual que si fuera un delincuente de medio pelo o un detective del CNI, me aproximo de puntillas y pego la oreja al cristal de la puerta que, por suerte, es totalmente opaca y, ¡cojullos! ¡Qué fría que está!

«—No comprendo qué haces aquí, Miranda..., ¿tú cambiar? ¿ahora?»

Vale ahora la temperatura de mi cuerpo y la del vidrio compiten por acercarse al menos cincuenta.

«—Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad y mejorar por conseguirla.»

¿¡Pero!? ¡La madre qué la parió!... Porque la parió una madre, ¿no? En este momento y con toda la silicona de la que se compone, dudo que su creador no fuera *Plasticstein*.

«—No es cuestión de oportunidades, es cuestión de prioridades y, Miranda..., mi prioridad tiene nombre y apellidos.»

Soy yo monina, Olympia Fasol, ¿te suena?

«—Sé que encontraste lo que andabas buscando, ojalá hubiera sabido que nunca fui yo.»

¡Qué trágica! Si es igual en todos los ámbitos de su existencia, ¡Jesús, menudo sainete!

«—Nos equivocamos, Miranda, como tantos otros.»

«—Nuestra vida era perfecta, no recuerdo otra cosa que no fuera felicidad.»

Esta mujer pierde la memoria con la misma facilidad que yo la paciencia.

«—Sabes que eso no es cierto.»

«—Yo no puedo pasar página igual que has hecho tú... ¿Sabes? Me despierto preguntándome si llevarás el traje azul que tan bien te sienta..., si tal vez, esperabas que hiciera esto, presentarme así humilde, encogida..., asumiendo que no lo he hecho del todo bien..., si por casualidad quieres que vuelva..., y me angustia que no sea así.»

¿Está llorando? ¡Me cago en la leche! ¡Qué está llorando! Cómo sea

verdad que la vida pone a cada uno en su lugar, en la zona de las harpías van a tener que instalar gradas supletorias.

«—No quieres ver la realidad, eso solo te daña. Has de avanzar.»

«—Alatz, bésame, y después escoge.»

Dicen que si tienes miedo a las arañas hay más posibilidades de que aparezca una en tu habitación, ¡a esta le voy a meter el insecticida dentro de los ojos!

—¡Tú! —sí, he entrado sin llamar, pasándome la educación por donde se pasan las toallas *chumineras*—. Ve a llorar a la consulta del cerdo de tu cirujano.

—¿Olympia?

—¡Tú, calla! Tanto palabreo, tanto palabreo. —Sé que mi vasco finge contrariedad, esa sonrisita que disimula le delata.

—No es la mosquita muerta que has mitificado, Alatz, me lo dejó patente el otro día.

—¿Qué otro día? —las moléculas de esa mujer están compuestas de *Malvadonio*.

—Pues otro día que no es hoy —¿qué hay que explicártelo todo! —. ¿Miranda, sabes quién era *Procusto*?

—Nena, va...

—¿Jamón en portugués? —Sí, ibérico.

—Cómo vuelvas a acercarte a mi marido, ¡mi marido!, te va a salir el jamón por las orejas —he dicho.

—¿Tu marido? —Futuro, pero para el caso.

—Nília, por favor, ¿puedes solicitar un taxi para Miranda?

—No es mujer para ti Alatz, le falta clase, estilo —sigue hablando, y a ti te van a faltar los dientes.

—Eres tan lela, que de tragarte un mosquito tendrías más cerebro en el estómago que en la cabeza.

—De estas escenitas te aburrirás, amor, la gente vulgar es así como demuestra su disenter, insultando o gritando.

—Es mejor tu estilo, mudita y sonriente, que por no molestar se bebe hasta la colonia, y elegantemente, se tira a todo el que tiene cola. —Alatz está entre las dos, con los brazos cruzados y tapándose la boca con el puño. Es decir, está disfrutando de la función.

—Tienes mucha lengua para ofender y poco decoro para ofrecer. Normal

que tu familia te mantenga relegada a las fiestas puntuales.

—A mi familia déjala fuera de tus desvaríos fanáticos. Te lo dije el otro día te lo repito ahora.

—Olympia, ¿te amenazó?

—Sí, su padre debe de ser un *Al Capone* inglés, por lo visto. —Aquí cambia mi vasco la impostura y apunta a Miranda.

—Acabas de perder cualquier posibilidad de relación cordial entre ambos. Si tu padre intenta la más mínima acción contra la familia de Olympia, profesión o allegados, me encargaré personalmente de que a la tuya los negocios no le sean fructíferos.

—Me has usado y me has tirado, Alatz...

—Deformas la realidad.

—La tuviste siempre en tu mente, ¿es ella? Sé que sí, no me habrías dejado por otra.

—Entonces, ¿dónde está el engaño?

—No te va a complacer, es solo una mitificación adolescente.

—Se acabó el lloriqueo, ¡no te vuelvas a acercar a mi vasco! —Aquí atajo yo la pantomima de raíz.

—Ya la has escuchado, Miranda. Ya no tenemos más que decirnos.

—Ya veo... estás a su merced. Sé esperar.

—Ahí te confundes, estamos uno a merced del otro. —Oh, mi *porculoso*.

—No eres muy dada a guardar ausencias. —So pendón—. Tampoco importa, pienso quedármelo entre toda mi vida y eternamente.

Busco la mano de Alatz, que al tomármela la aprieta fuerte y la acompaña con una sonrisa.

En ese momento se deslizan las puertas correderas y pasa Nília, con semblante contrito y ademanes nerviosos.

—Disculpad, tuve que atender una llamada. Ha llegado el taxi. —Nos miramos entre sí unos segundos y Nília entiende que allí no tiene nada que hacer, se gira sobre sus tacones y marcha.

—Miranda, desde hoy todo aquello que hayas de comentar o concretar, a través de tu abogado.

—¿Pero?

—Pero, nada. Te espera el taxi. —Arrea que aún sales por la cristalera.

—Os deseo lo peor.

¡Ahí es nada! Mírala toda digna ella, con el mentón en alto, retirándose

con ademanes de suficiencia su melena de salón exclusivo y tratamiento de células madre de *Drangontea*. Ninguno de los dos replicamos, y abandona el despacho.

Alatz se muerde la carnosidad del labio inferior, mientras me observa haciendo muecas con la ceja derecha, estoy por levantar el índice y metérselo en el ojo con tal de detener la muestra gesticular.

—¡Oye, lo siento! —No es verdad, no siento en absoluto la escena, paso de soportar reflujos por contenerme.

—¿Qué es lo que sientes, Olympia? —No haber utilizado su sedoso cabello de fregona, básicamente.

—Haberme entrometido en la conversación. —Tira de mi mano y me pega a su pecho... ¡Qué bien huele el *jodío*! Así una pierde la fuerza y el tanga.

—Pues yo no, estoy encantado.

—Me he comportado como una amante despechada.

—Has defendido lo tuyo, que soy yo.

—Sé que me quieres, debería haberme quedado detrás de la puerta.

—Pues fijate, yo también, pero tenía dudas.

—¿Qué dudas? ¿Tú dudas? ¡Bah! Si eres más chulo que un ocho con lazo.

—Nena, sé que me quieres, pero no sé si lo suficiente para implicarte y defenderlo...

—¿Y?

—Necesitaba ver una señal, ahora me tienes rendido a tus pies. —¡Este vasco cómo mola se merece una ola! Le voy a dar un beso concentrado. Adoro como acaricia el óvalo de mi cara mientras sus labios y los míos se saludan fervientes. —¿Cómo te encuentras?

Casi ahogada por el morreo...

—Bien y mal —sin premeditación, acompaño la frase con un suspiro y un mohín de desazón.

—Desarrolla —¿Cómo no! Si es que soy de género tonto.

—Bien, porque mi organismo se ha recompuesto..., mal, porque soy consciente de que nunca llegaré al nivel de elegancia y exquisitez, de Miranda.

—Olympia, el ámbar gris es un elemento muy valorado para los perfumistas y no deja de ser vómito de ballena. —¡Señor, gracias por dotarme de curiosidad para las rarezas y paciencia para soportar a semejante *porculoso*!

—Eso no lo sabe casi nadie.

—¿Qué importa? Lo sé yo y sé que todo lo que hay en ti es mucho más que belleza.

—Es decir, soy simpática.

—Oh, no nena..., no eres simpática..., eres Olympia Fasol. El amor de mi vida.

Y de premio me abrazo a su pecho y le estrecho con fuerza.

Me apetece gritar que le quiero a pleno pulmón, que encontrarle ha sido un regalo de la vida, no sé en recompensa a qué, pero me lo merezco; por si está escuchando el amigo invisible que me hizo este pedazo de obsequio y me exige que lo devuelva por desagradecida.

Sí, conseguí lo que, a priori en mi trayectoria vital, parecía imposible: recuperar un anhelo adolescente que ha marcado en gran medida las efímeras relaciones anteriores, y sentir amor.

¡Jo! Menudo sentimiento más abstracto y complejo. Lo considero un conjunto de comportamientos y actitudes desinteresadas e incondicionales, que se manifiestan entre seres con capacidad para desarrollar inteligencia emocional. Tampoco opino que sea un concepto biológico, para ello debería vincularse con la supervivencia de la especie, y, aunque es muy gratificante, no es imprescindible.

Yo señalaría tres componentes fundamentales para definirlo: compromiso, intimidad y pasión.

Y lo puedo expresar con total conocimiento de causa. Por una vez, sé que no estoy equivocada, sé que amo a este vasco *porculoso*, con toda mi alma, igual que aman los patos:

¡Patoa la vida!

Soy la hostia.

Me miro al espejo y me sobra el marco.

¿Gano algo mintiéndome? Si fuera más incómodo de ver, tendría que fomentar otras aptitudes, pero cuando uno nace con esta cara y este cuerpo, es imposible que las chavalas no se volteen al pasar, es garantía de éxito. Por buscarme algún defectillo insignificante, admito que mi musculatura en brazos y piernas no está todo lo desarrollada que me gustaría. En el Norte los mozos son más recios y yo paso por enclenque, sin embargo, en Barcelona es lo habitual en tíos de mi edad. Y aunque mi estómago ya muestra un principio de Toblerone, espero en este par de años que restan para finalizar la carrera, logre elevar mis atributos naturales a la cualidad de sublime.

Yo nací con una siembra de flores en el culo, además de guapetón soy carismático, un don social muy apreciado que me ha acompañado desde niño, beneficiándome de él cuantas veces se ha presentado la ocasión. Un ejemplo representativo sería mi cargo como delegado en la escuela desde primero; fui elegido por mis compañeros curso tras curso, permitiéndome saltar algunas clases sin pasar por haragán. Al llegar al bachillerato me cansé de serlo, las obligaciones son más serias que el solucionar un conflicto entre dos niñas que se pelean, y opté por ceder el puesto al siguiente en popularidad. Así funciona la democracia. Generalmente, un líder de masas mantiene su estatus cohesionando a los borregos, saca pecho ante alguna injusticia superficial, cuenta algún chistecillo ingenioso..., y es que, no solo has de estar bueno, también has de ser ocurrente. Un genio ni más ni menos.

Quien diga que el físico no facilita la vida, es por ser feo y manifiesta eso a modo de terapia.

Lo que jamás haré, será burlarme de otro menos agraciado, al fin y al cabo, la belleza y la fealdad, es un criterio subjetivo y óptico. Hasta yo, podría resultarle horroroso de gritar a alguna tía... ¡Qué va! Eso es completamente imposible, en todo caso, fingiría que el tanga no se le está

resbalando hasta los tobillos.

Provoco excitación en la zona del cerebro que alimenta sus fantasías eróticas y, no me restaré méritos en ese aspecto tampoco, ensayo desde los catorce años cómo sacarles partido a mis dotes innatas para dar y obtener placer.

En Bilbao, he de mantener a raya esos instintos, mi padre es un prestigioso letrado de un reconocido bufete de prestigio, además de prototipo de las cualidades de un vasco de ciudad —diferenciados de los de campo solo en la ropa de diario—, luciendo a gala las particularidades topográficas y muy orgulloso de ello. Yo también, y por eso vine a estudiar a Catalunya, para poder hacer lo que me viniera en gana sin avergonzar a nadie.

En Barcelona, escojo la muchacha que me atrae, la miro un poquito juguetón y cae sin más esfuerzo. Huyo de las relaciones estables, es el momento de desfasar y disfrutar. Dejaré que las tipas sueñen conmigo e imaginen escenas edulcoradas, con vestidos blancos y anillos con diamantes, mientras yo voy fijando mis próximos objetivos, inversos a sus quimeras rosadas...

¡Joder! ¡Pero qué bien me expreso! Conmigo se rompió el molde. Menos mal que no declaro en alto lo que pienso de mí mismo, ir de sobrado no agrada, ser simpático y vacilón sí... Justo es lo que exploto de mi carácter, para ser glorificado por las nenas como al mamón del anuncio de *Invictus*...

En alguna ocasión puntual me da por pensar —sin dedicarle más de tres minutos y habitualmente, asociado a la nueva pareja de algún conocido o la separación de otra—, si seré capaz de encontrar a alguien a mi nivel en todos los aspectos. Si comparamos perfiles posibles, basándome en el físico, debería enamorarme de una modelo, por no desentonar, ni que las lenguas aburridas de vivir su vida, les diera por hacer conjeturas y supuestos raros. De escoger a una normalita, se sentiría a mi sombra, opaca, acomplejada. De todos es conocido, que los defectos son más evidentes si se ponen frente a la perfección y, a la larga, la relación se resentiría; aparte de que, como todos, tengo un estándar de belleza.

En cuanto a su inteligencia, tampoco soy exigente, con que sepa mantener una conversación cordial, me conformo... Vale, eso no es del todo cierto, me aburren las típicas tías solo pendientes de gustar y posar. ¡Ups! Reunir en una mujer todas esas virtudes, es ilusorio.

Hoy salgo de copas con Jaime y Raúl.

Antes de que empiece el semestre hay que desfasar todo lo posible, mis padres confían en mí y si deseo mantener mis privilegios, no puedo eludir las responsabilidades prioritarias.

Mis colegas son dos tíos majos. Para compartir piso y cervezas, son geniales, pero tienen ambos un trasfondo *marujón* que no me acaba de agradar. Se fijan en detalles de lo más insignificantes y se parten de la risa. De tanto en cuando, consumen yerba, aunque, hasta sin ir fumados, los cabrones tienen gracia.

—Joder, qué de gente guapa hay en este antro.

—¿Antro? —Raúl no ha estado muy acertado con la descripción, y ahí está Jaume para puntualizar.

—Sí, aunque la música es basura comercial —digo basura comiendo mi lenguaje. Es una mierda de arte mayor.

—Para ti todo es basura.

—Todo no, solo la basura.

—Comercial. —Raúl postula a resonancia o a mosca cojonera.

—¡Joder! Han entrado dos tías de las que no llevan bragas —comentario de salido. Ya tardaba.

—Yo veo tres. —Son tres, no he bebido lo suficiente para tener la visión borrosa o nublada.

—La de la derecha no cuenta, no entra dentro del recuento de *buenorras*.

—¡Qué cabrón! Algo tendrá la muchacha. —Supongo, desde aquí no se aprecia.

—A de ser la hermana de alguna de ellas. Aún no le deben permitir ir vestida con ropa de asalto.

—La pequeñita para ti Raúl, seguro que eres capaz de engañarla.

—¡Capullo! —Con esas dos tiene las mismas oportunidades de ligar que de hacer gárgaras con talco.

—A ver, Alatz, ¿a ti cuál te mola? —Ninguna.

—Escoge tú primero, respeto el orden.

—Pues te vas a tener que conformar con la que está a medio hacer, porque a mí me mola la rubia y dudo que Jaime le apetezca acabar la noche tomando *Cacaolat*. —Tengo el pálpito de que esas dos están acostumbradas a comer churros después de la fiesta..., o durante.

—Sin problemas, más baratas me saldrán las copas.

Las chavalas se han dado por aludidas, sonrían nerviosas. Matizo, me

sonríen nerviosas las mayores de edad, la niña ni mira. Debe de ser la primera vez que la sacan de casa, no parece sentirse cómoda y se mueve como si tuviera dos pies izquierdos y fueran de madera. Sin embargo, la muchacha tiene una melena impresionante, dan ganas de enredar los dedos en ella.

Vamos acercándonos. Las que se rifan mis amigos, se exhiben sin pudor, me lanzan miradas con sonrisas seductoras, pero la verdad, no me atraen lo más mínimo; debo de haber salido desgano. Todos tenemos nuestros días apáticos, sin embargo, la chiquitina pasa de nosotros. Es una sensación nueva, no grata, aunque divertida.

Saludaremos a las mozas, a ver qué sale de todo esto.

—Hola, guapas. —¡Joder, con la nena! Menudos ojazos y vaya color, parecen láser—, ¿qué hacéis aquí arrinconadas?

—Hay mucha gente para meterse ahí en medio —esperaba que contestara ella y ni mira.

—Me llamo Alatz, estos son mis amigos, Raúl y Jaime.

—Yo soy Ágata, ella son Sandra y Olympia.

—¿Olympia? —No había escuchado ese nombre fuera de los libros clásicos.

—Sí, ¿necesitas que te lo deletree? —¡Vaya ladrido!, todo lo que tiene de chiquitita lo dobla en mala leche.

—No, guapa..., sé juntar las letras. —Qué chulita eres para faltarte dos palmos.

—Te felicito. —¿Será posible? Debería de estar medio alelada, nerviosa e intentando mantener el tipo, y en cambio la colega, me clava esos ojazos en plan: *«a los tíos como tú me los meriendo con Nutella.»*

—¿Sois de por aquí?

—No, pero había escuchado de este sitio y nos apetecía venir.

—¿A ti también? —No hay manera de hacerla entrar en la conversación, me siento menospreciado.

—No, yo he venido para comprobar que no se excede el aforo. — ¡Hostias, qué borde! ¡Cómo me mola!

—¿Eso no lo controlaban en la puerta? —No puedo apartar mis ojos de los suyos, son increíbles. Jaime está intentando sacar tema con las amigas *más de lo mismo* a las que acompaña. La actitud de la chiquitina es pasiva, me atrevería a decir de aburrimiento e incomodidad en grado extremo. Se mueve entre nosotros, ¿se marcha?

—¿A dónde vas, guapa? —Creo que baraja mandarme a la mierda.

—A mear.

Me acaba de meter un *zasca* en toda la boca, de esos de bajar las orejas y salir por la puerta de atrás. Y me ha mentido, la tía se larga sin despedirse de sus amigas —que no deben de serlo tanto— ni de nosotros. ¿Seremos invisibles? He de preguntarle si realmente nos ha visto, al parecer ha ofrecido sus borderías a una voz imprecisa, y yo no soy nada impreciso, ni etéreo... He de aclarárselo.

—Esto..., ¿Sandra? —Creo que una de las *Barbies* se llamaba así—, Olympia se va.

—Estará a disgusto, cuando no se siente cómoda se las pira sin más, ella es así. —Esta chavala debe de tener complejo de bolso, se ha colgado de mi brazo igual que uno de ante, que no deja de ser el primo pobre del cuero.

—Ah, vaya. ¿Vivís por aquí cerca?

—No, qué va, somos de Sant Pol..., supongo que me llevarás de vuelta a casa —supones mal.

—Y Olympia, ¿regresa sola?

—Es mayor de edad, si decide venir y no quedarse hasta el final de la fiesta, es cosa suya. —Subrayo la evidencia, Olympia no sabe escoger amigas.

—Jaime, te acompaño a la barra. —Suéltame bicho.

Cuando estamos más alejados de las dos reinas de la belleza de paleta de color *Srta. Pepis*, le comento a mi amigo que voy a llevar a la pequeñita a su casa. Veo crudo que estas quieran algo más con ellos, puede que la más creída, se entretenga con Jaime, pero Raúl hoy no moja.

A ver dónde se ha metido esta muchacha. Mírala, ahí sentada, esperando el autobús, que no va a pasar.

—¿No ibas a mear? —Esta tía es increíble, agrede hasta mirando.

—Me perdí de camino al baño. —Debe de haberme abandonado el desodorante, se aparta como si fuera infeccioso.

—¿Qué haces aquí? —Estamos sentados bajo la marquesina del bus, la pregunta no es demasiado brillante y esta chiquilla me desconcierta.

—Esperar al mesías..., ¿tú que crees? —¿Quieres jugar con el sarcasmo? Repartamos las cartas.

—Pues tienes más posibilidades de que se te aparezca Dios a que se detenga el bus de línea. Es jueves, hoy no hay servicio. —Escalera de color, mano para el vasco.

—Pues nada, hoy taxi. —Vaya carita de resignación más guapa. ¡Uy! Alatz, prepárate, que frunce el ceño..., ¡a cubierto!—. Tus amigos te estarán esperando.

—No, les he avisado de que me marchaba —¿qué he dicho para que se ría a carcajadas? ¿Será bipolar? Por cierto, qué bien suena. Tú Alatz, no bajas la guardia, tiene recursos de *knockeo*—. ¿Te ríes de mí?

—¿Y tú de mí? —No, son los nervios, y mira que tengo temple, nena... Esto no me había sucedido nunca.

—No, aunque me resultas divertida.

—Yo te encuentro algo cargante. —Escalera real de color, mano para la catalana—. Aunque tampoco me reía de ti.

—¿Por qué eres tan borde? —podría ser una gótica siniestra rehabilitada y de ahí las réplicas a lo *Wednesday Addams*—, ¿vas a contestarme?

—No. —¿Qué ganas de..., besarla! Deben haberme puesto algo en la bebida.

—¿A quién llamas? —Espero que no sea a su chico... Espero que no tenga chico.

—A los *Cazafantasmas*. —¿Será estúpida! ¿Irá con segundas? Pues claro, para qué engañarme.

—Tía, estás a la defensiva, cuando yo solo pretendo echarte una mano. —Y porque no puedes escuchar lo que pienso, chiquita... Desprendes un aroma especial, una fragancia que tienta al capricho, algo similar a lo que sucede cuando pasas por delante del obrador de pan y pastas recién horneadas, en donde el efluvio se introduce desde la nariz al hipotálamo en conexión directa y activa la glándula golosa..., sí, nenita, me encantaría comerte.

—No te molestes, puedo volver sola a casa. —Es muy joven para adoptar esa actitud tan desconfiada. A no ser que acabe de salir de un convento, y por lo *lenguaruda* que es, lo descarto.

—No pretendía llevarte en brazos. —Al resoplar, mueve el flequillo y el azul grisáceo le brilla de rabia..., de llevar un fusil de asalto, yo sería un queso *gruyere*.

—Pues tampoco es necesario que me escoltes.

—Acompáñame a mi piso, cojo las llaves del coche y te acerco. Tus amigas me han dicho que sois de las afueras, el taxi te costará un cojón. —Si sigues pestañeando me resfriaré.

—¿Qué te hace suponer que haré lo que me pides? —Estoy planteándome utilizar técnicas de psicología inversa con esta muchacha.

—Nada, chica, eres imposible. Espera aquí, ahora vuelvo. — Definitivamente, no soy su tipo y... ¡Hostias! ¡Cómo jode!

—¡Albert! —¡No se acuerda de mi nombre! ¡Increíble! ¡Yo soy inolvidable!

—Me llamo Alatz.

—Pues Alatz. —Ni se inmuta, tendría que haberle dicho Robustiano.

—Yo sí sé que te llamas Olympia.

—Es poco común.

—Como el mío. —¿Me ha sonreído? A lo mejor es solo una contracción involuntaria, una especie de tic—. ¿Y qué haces saliendo de fiesta con unas tías tan...?

—Tan, ¿qué? —Gilipollas.

—¿Agradables?

—A ver si se me pega algo. —Nena, ya lo debería de saber, algunas personas pasan por nuestras vidas para enseñarnos a no ser como ellas.

—¿No te gusta cómo eres?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque a mí, sí.

—¿Te gusta cómo eres? —¿Se estará haciendo la tonta? Por cómo me observa, escudriñando mis gestos, no me ha entendido.

—Sí, claro... Me refería a que me gusta como eres tú. —Se detiene, parece contrariada. Me encantaría entrar en su mente, saber su opinión sobre mí y la motivación de tanta tirantez.

—¿Por qué?

—Chica, no sabría decirte..., mola que no te comportes imitando a tus amigas. Marcas la diferencia.

—Soy diferente y eso mola —afirma pensativa, con esa hermosa mirada dispersa.

—Sí, aunque estés con la espada en alza.

—¿Cuántos años tienes? —¡Si lo sé, me sincero antes! Estos malditos nervios traducidos en risa floja me están dando la noche—. Pensaba que solo era una pregunta incómoda entre las mujeres.

—Me ha resultado sorprendente el cambio de actitud.

—¿Ahora me parezco más a mis amigas? —Ahora, cuando ríes pareces

una ninfa.

—No, ahora molas más.

Hemos llegado al edificio en donde vivo, me sigue sin abrir la boca. Entiendo que, si ha conseguido superar todos sus recelos, podremos tomar una copa en casa y escuchar música tranquilos. Respira más deprisa, no sabría determinar si cansada de subir las escaleras o temerosa de entrar en casa.

—Pasa. No te asustes por el desorden, aquí solo viven tíos, te puedes hacer una ligera idea de cómo está todo. —Y porque he recogido algo esta mañana, la asistenta cualquier día pide la cuenta y nos denuncia a los de sanidad.

—Yo vivo con mi madre, y también te puedes hacer una ligera idea de cómo está todo. Siente verdadera obsesión por el almacenamiento de cachivaches en un orden concreto, pobre de ti como se te ocurra mover una figurita o el marco de alguna foto... En pleno estado de ira, capaz sería de cortarte las manos a la altura de las muñecas. —Entorna esa mirada tan especial mientras se explica, es divertida y yo le debo de parecer imbécil, con este *jeto* Disney y la risilla nerviosa, demos gracias a que no tengo la cara como una paella de granos pajeros para completar la estampa de pardillo. ¡Coño, Alatz! ¡Espabila! Se supone que esto se te da bien.

—Cierra y siéntate, por favor.

Sugiero riendo. No se siente demasiado cómoda, gesticula con las cejas, debe de estar considerando un sinnúmero de supuestos que no soy capaz de imaginar. Con esta chiquita voy a tientas y me fastidia, habitualmente no me cuesta enlazar con los pensamientos femeninos, de algo debe de servir haber vivido rodeado de mujeres con mucho carácter y a las que no puedes ocultar nada.

¿Dónde habré metido las llaves del coche? Esta casa tiene tanta basura que cualquier día salen los ratones pidiendo bicarbonato. No debería de haberla invitado a pasar, su mente buscará símiles desagradables con los que compararme. Me siento tan inseguro que, de caerme de espaldas, capaz soy de romperme la nariz.

¿Y por qué me preocupa tanto lo que diga, o lo que haga, o lo que no diga o no haga?

—¿Estudias filología? —*Uff*... ¡Bienvenidas sean las palabras!

—No, derecho. Esos libros ya estaban aquí cuando vine.

Revisa distraída —como si no hubiera nada más interesante en qué

dedicar su tiempo—, los grandes clásicos acumuladores de ácaros prehistóricos de una estantería desvencijada por el peso. Jules Verne, Dostoievski, Poe, Dante..., no puedo dejar que toque ninguno, podrían contener algo más que papel impreso, Jaime alinea los cigarros de tanto en tanto y esconde ahí las piedras de chocolate. Me acercaré e intentaré que se siente en el sofá.

El cabello le huele a champú infantil. Lo reconozco, era el que usaban mis hermanas de un aroma suave y agradable.

—¿Te gusta alguno?

—Los he leído todos. —No me esperabas tan cerca, nena. No intentes disimular, te ha afectado.

—Son muy buenos, se pueden leer más de una vez. —Esos no, les faltan hojas.

—Sí, los he leído más de una vez, ya.

No puedo resistirme a acariciarla, podría probar de recolocarle un mechón detrás de la oreja, comprobar su reacción. Me lanzo, y parece no incomodarle mi osadía. Le sorprende el contacto, como si nunca antes la hubieran tocado. Es todo un mundo esta Olympia.

—¿Te apetece una cerveza? —Mueve la cabeza negando, atribulada. Se humedece los labios, ¿está insinuándose? ¡Ostras, ando más perdido con esta tía, que una gamba en el Kalahari!—. Tienes unos ojos preciosos.

Sigue paralizada, pues..., allá que voy, aun temiendo recibir un sopapo después. Intentaremos hacerlo bien, con dedicación y sin ansiedad, que pueda comparar con el noviete imberbe que debe de ser tan imbécil como sus amigas.

No sabría decir si es falta de actitud, de ganas o experiencia, pero solo se deja hacer. No se aparta, pero no se implica. Como si lo viera, ahora cuando me separe de estos labios tan jugosos, va a soltarme un *galleto giracuellos*. ¡Tanta tensión me desconcentra!

—¿No te gusta? —Templo el cuerpo para recibir el *gañipazo*., disimulando y fingiendo estoicismo, con tal de no encoger los hombros ni cerrar los ojos, si se decide a levantar la mano o a cerrar el puño.

—Sí..., solo que es la primera vez que alguien se atreve... —¿¡Eh!?

—¿Nadie te ha besado antes? —Sus amigas dijeron que era mayor de edad y es preciosa, ¿cómo que nadie...?—. ¿Puedo besarte más?

Me lo permite con una timidez demasiado sensual, demasiado sugerente.

Sabe tan jodidamente bien. Intentando cooperar, nuestras lenguas se acarician. Quiero seguir besándola toda la noche.

Me ha regalado su primer beso, puedo intentar que me conceda otros beneficios. Repto hasta uno de sus pechos, da un respingo, pero no rechaza el atrevimiento. Sus mejillas han tomado un tono sonrosado muy atractivo.

—¿Quieres que siga? —como diga que no, a ver como bajo esto luego.

—Sí.

—Vamos a mi dormitorio, será más íntimo. —Y está limpio.

—Es que yo..., bueno...

—Si no te han besado nunca, entiendo que tampoco te habrán follado antes.

He sido algo recio utilizando esa expresión, pero cualquiera le dice *hacer el amor*, con ese carácter bipolar que gasta, le entra el pronto y me veo tocando un solo de zambomba para poder ponerme el pantalón del pijama. En la habitación, he de demostrar que soy el maestro. No recuerdo haberlo hecho con una virgen, o de haberlo hecho, no se ha mostrado tan cohibida, ni que a mí me importara tanto que su experiencia fuera grata y que quisiera repetirla conmigo.

—Primero, nos desharemos de toda esta ropa.

—¿Todo?

—Sí, es más práctico. —Me desnudo de cintura para arriba, no quiero asustarla, bastante nerviosa está ya, parece incapaz de desabotonarse la camisa—. ¿Te ayudo? —Asiente tragando saliva—. Tienes una piel muy suave. —Recorro con mis dedos sus hombros, su estómago..., es tan exquisita, tan perfecta.

—¿Sí? Gracias... —La guío hasta la cama, empujándola con mi cuerpo a la vez que intento eliminar algo de esa tensión primeriza, con besos y caricias.

—Voy a intentar que sea placentero y no lo recuerdes como algo frustrante..., para mí no es la primera vez.

—Es evidente.

¿Volvemos con el sarcasmo? No es el momento, chiquita. Tus contestaciones me provocan incertidumbre y ahora quiero demostrarte que no soy un niño sin tablas ni delicadeza. Así, que no lo estropees.

Estamos los dos desnudos, me tumbo a su lado y busco sus labios. Aprende rápido, es exquisita.

No pierdo la oportunidad de saciar mi necesidad de sentir su piel entre

mis manos, así que, a modo de preliminares, dedico tiempo en tocar todas las zonas vírgenes de su anatomía. Es de alto voltaje comprobar mientras sigo besándola, como responde su cuerpo a mis caricias. Esa entrega es deliciosa. Jugueteo en su vientre antes de seguir el descenso a lugares más íntimos mientras reprime gemidos en mi boca, que se acentúan en mí, haciendo visible mi excitación sin remedio.

Mis dedos han reptado y focalizan sus atenciones descubriéndole un nuevo placer, y se deja arrasar por esas sensaciones que le proporciono iniciáticamente esta fierecilla.

Sigo hasta que presiona mi mano con sus muslos, aún en pleno éxtasis..., A mí también me está costando lo mío. Esto de estimularse tanto tocando a otro es tan nuevo para mí como para ella.

—¿Estás bien?

—¿Tendría que estar mal? —¡Es la polla...! No me separo de su boca, ni dejo de reír.

—No..., ahora, me apetece estar ahí dentro, ¿me lo permites?

—Sí, creo que lo necesito.

Profilaxis, ante todo, no vayamos a joderla, jodiendo. Ya impermeabilizado, retomemos el juego en donde lo habíamos dejado.

Es tan bonita, con una mirada tan penetrante, con unos labios tan tentadores, con un rostro, aún algo infantil, pero tan lindo, que se me antoja insólito que nadie se haya fijado antes..., también podría ser que no le sirviera cualquiera. Pues si es eso, sigo siento un tío con mucha, mucha suerte.

—Tienes unos ojos preciosos. —Voy abriéndome camino entre sus piernas. Me cede el paso y yo, muy servil, lo hago delicadamente..., tanto que temo que me dé una rampa.

—¿Estás bien? ¿Sigo?

—Sí.

Y así lo hago, sin brusquedades, hasta llegar a ese momento tan especial en el cual ambos nos adaptamos y son nuestros impulsos los que corrigen el movimiento, adecuándolo para alcanzar el clímax.

Es tal el gozo de percibir como su intimidad me absorbe, como se contrae, como se expande... Hasta para mí es una novedad. Es más que plenitud eyaculatoria, he follado muchas veces..., y esta noche puedo asegurar que es la primera vez que no lo he hecho.

Estamos uno al lado del otro, ella contemplando el techo y yo

observándola mientras todo vuelve a su sitio. No me atrevo a abrir la boca, sus muecas pestañeando, frunciendo el ceño y respirando apresuradamente, son indicativo de cocido argumental íntimo y mordaz, que, con seguridad prevé dedicarme en breve... En este instante solicitaría una tregua a sus conjuras.

De repente se levanta, parece avergonzada, se cubre con la ropa arrugada. Se ha ido al rincón más alejado de la habitación y hace equilibrios vistiéndose apresurada. Miedo me da preguntar.

—¿Qué haces?

—Recojo mi ropa, y por no ir con ella en la mano, me visto.

—¿Te ha gustado? —Tampoco tiene con qué comparar.

—Sí.

—A mí también, nunca lo había hecho..., ya sabes, con alguien como tú.

¿Qué he dicho? ¡Por el amor de Dios! Con esta muchacha no doy una. Mírala, con qué rabia está subiéndose los pantalones..., ¡y qué torpe es!, se va a matar entre malabarismos y saltitos calzándose, dos veces se ha golpeado ya con el armario.

—¿Te vas?

—Sí. —¿Ya?

—Espera, que me visto y te llevo a casa. —Cualquiera le insiste, menudo enojo tiene, no sé por qué.

—No.

—Pero..., tía, ¿qué te pasa?

—Qué eres un gilipollas. —Genial, hay quien se fuma un cigarro después del sexo, debería de haberle ofrecido uno de los de Jaime, por relajarla. ¡Nena, eres desquiciante!

—¡Oye, córtate un poco!

—Ya puedes salir de nuevo y explicarles a tus colegas, que te has tirado a la rarita..., que encima era virgen y más simple que el mecanismo de un botijo en el cuerpo de un..., ¡botijo! —Flipo en colores, ¿un botijo?

—Tía ¿de qué vas? Tampoco he dicho nada para que te pongas en ese plan tan estúpido.

—No, mejor no digas nada.

Sale de la habitación como alma que lleva el diablo y yo la sigo en pelotas, menuda estampa. No quiero que se marche, y no seré capaz de impedirlo, como mínimo que me permita llevarla a casa y poder entender algo

de su abstracta manera de interpretar mis palabras. Estoy aturdido entre tantos cambios de humor inesperados, sumados a esta atracción atroz y súbita que siento por esta adolescente excéntrica.

—¿Por qué eres tan estúpida? ¿Yo solo pretendía ayudarte?

Es lo último que le pregunto a la desesperada, en medio del salón, y en porretas. En respuesta, se larga pegando un portazo. ¡Será borde!

¡Ahhhhh! ¡Mierda de conciencia! ¿Cómo voy a permitir que se vaya sola a estas horas?

Me debe de haber picado algún bicho venenoso, a qué si no intentar ser amable con esta tía agriada que es tan... bonita como desesperante.

¡Joder! Con las prisas me he pillado el periscopio con la cremallera. ¡Malditos pantalones! ¡Qué dolor de pito! ¡Dios! ¡Pero qué daño! ¡Se han quedado todos los dientes pellizcados en la carne! ¡Jesús qué aspecto más horroroso! ¡Y ahora a tirar para abajo! ¿Cómo lo hago? ¿Lento y noto hasta la rotación del planeta, o rápido y me circundo? Eso te pasa por no pensar en ella, si no con ella. ¡Venga, Alatz, demuestra que eres del norte!

Cualquiera que me vea bajar las escaleras pensará que me he convertido en un lagarto Basilisco, de esos que corren espatarrados sobre el agua.

¿Dónde se habrá metido esta mujercilla?

¡Qué escozor! Me he puesto los tejanos a pelo y me están desollando la pilila. No sé si podré conducir, esta noche todo me sale del revés, lo natural es que se averíe el coche y no el chófer... ¡Lo natural es que la piba no salga expeditada, enfadada, por, ve tú a saber qué palabra mal entendida!

Llevo recorridas dos manzanas desgajado y dolorido. Ni rastro de ella, nada de Olympia. Debió de parar algún taxi. He de hablar con Raúl para que sus amigas intenten contactar y me aseguren que ha llegado a casa.

Sí, Raúl o Jaime tendrán el teléfono de esas mal llamadas amigas. No voy a pegar ojo sin saber de ella, acordándome de ella.

Mañana intentaré conseguir el número de esa loca preciosa por la que casi me quedo sin picha.

No tengo por costumbre perder el tiempo en meditaciones íntimas filosóficas, prefiero dedicarlo a otras aficiones que me proporcionan relax y desconexión real. Últimamente me estoy saltando estas convicciones en pos de mis obsesiones, o mejor dicho a mi obsesión recuperada: Olympia.

Ha sobrevivido a cualquier recuerdo, formó parte de mis sueños más húmedos y de tanto en tanto, cruzaba como un asteroide por mi mente dejando su estela, iluminando las zonas que se apagaron hace demasiado, justo cuando tomé la sabia decisión de casarme con una mujer con la que nunca he tenido nada en común. Creo que seguimos sosteniendo esta pantomima de matrimonio, acogiéndonos a la ambigüedad sexual de una sociedad enferma, e instigados por la publicidad más atroz a sobrepasar los límites.

También mi nivel de exigencia se redujo a lo físico, rindiéndome ante la evidencia de no hallar a otra Olympia en el mundo; que de existir algún sucedáneo válido postulando a ser el amor de mi vida, formaría parte del cúmulo de solicitudes de amistad en Facebook que no quise aceptar.

Sin embargo, el azar me ofrece la oportunidad de cambiar este segmento de mi existencia esencialmente mediocre y que, en consecuencia, endurece y ensombrece mi carácter.

Ahora le doy crédito a las insistentes palabras de la *amatxi*, que incluso sin venir a cuento; según su sabiondez testamentaria ancestral, el porvenir está escrito con tinta indeleble e invisible.

¡Ahí es nada! Y a ver quién era el guapo de llevarle la contra. Tomó el testigo mi madre tras su fallecimiento, y ella, que desconoce todos mis desvaríos lascivos, insiste en que me separe de Miranda, que, cito textualmente: «*estoy haciendo el pepelerdo*».

Por lo general, por lo que he escuchado y por lo que he leído de los pensadores clásicos, perseguimos nuestro destino sin descanso, sin mirar a dónde nos lleva y con los ojos entreabiertos, de ahí las hostias que nos

atizamos. Le restamos importancia a su capacidad para desatar, destapar, descubrir o desentrañar nuestras miserias y valores, construyendo y derruyendo, obviando el hecho de que somos personajes secundarios de nuestra propia vida, ya que no tenemos capacidad para saber de antemano los trazos exangües definidos desde que se forma el ser. Supongo que ese libro existencial debe de estar lleno de garabatos enrevesados, confusos e indescifrables.

Muchos afirman que no existe, yo he sido fiel defensor de esta idea, y podría reducirlo todo a un fenómeno serendípico, sin embargo, como tengo decidido recuperar las riendas de mi vida y quiero que Olympia forme parte de ella, forzaremos los albures; la casualidad de la casualidad. No seremos dos versiones de una misma visión..., no, no seremos antagonistas, yo uniré la línea del destino y la ocasión..., las maquillaré para que no parezca del todo premeditado y estaré al quite aprovechando la oportunidad de encontrar a la mujer que en realidad llevo esperando desde antes de saber que existía.

Por lo tanto, debo encauzar mi sino, no abandonarme a la espera de efemérides. De todos es sabido que la providencia suele ser caprichosa, se aburre de lo sencillo, lo demerita..., prefiere joder sorprendiendo con cabriolas imposibles y se divierte colocando pruebas de fe. Sin embargo, yo estoy resuelto a conseguir lo que quiero. Es mi único anhelo en este momento.

Joder, Alatz, para no pensar habitualmente en las profundidades del existir. ¡Hostias, qué bien se! Aunque..., ¿se te da mal algo?

Siguiendo el plan urdido desde el día que reencontré a mi objeto de deseo sugerentemente bañada en lluvia, me acercaré a Saúl para, como el excelente abogado que soy, sonsacarle la información y utilizarla en mi beneficio. En estos casos, es de extrema ayuda a efectos de acallar la conciencia, el uso de refranes como: *en la guerra y en el amor, todo vale*.

Este Saúl es un tío de suerte exponencial, ¡cacho de cabronazo! Yo, no puedo quejarme de la mía refiriéndome al ámbito profesional; también le dedico un sinfín de horas para que no se agote, o me haga luz de gas; con estar infelizmente casado creo tener copada mi cuota de infortunio. Aunque, positivando la situación, conocer a tu adversario en toda la extensión de la palabra, pone a mi disposición una baza ganadora.

Él está acostumbrado a relaciones en las que organiza el tiempo y las actividades, impone sus deseos sin consultar y por lo visto, le va muy bien, sale con mujeres imponentes de las que se aburre rápido.

A Saúl, Olympia, le va grande. La recordaba mordaz, inconformista, compleja y bonita, muy bonita..., pero estos años han afianzado sus virtudes.

Repaso mentalmente nuestros últimos encuentros intentando superar el síndrome de abstinencia que padezco, corroído por los celos de manera atroz.

Maquinando mi triunfo, comeré hoy con mi adversario, ambos estamos en Bilbao por motivos distintos, él por negocios, yo por mantener los lazos familiares. Nota mental: «llevar un sobrecito de sal de frutas». Se van a mezclar los jugos gástricos con la bilis y bastante tendré con el regusto de la envidia, para añadir otros condimentos a la digestión.

Reconozco que el pádel es mejor opción para controlar mis nervios, e incluso, con la excusa de una torpeza puntual, la raqueta puede estamparse en su cráneo, partirle la crisma y..., ¿convertirlo en mártir? ¡Ni hablar! Quiero que se separen, en ningún caso que la desgracia los una.

¡Alatz! ¿Te escuchas? Desvarías por momentos. Sé cauto y disimula tus intenciones finales. Has de estar atento a los detalles, sé que Olympia me recuerda, la tensión que nos envuelve excluyendo al resto es la señal fehaciente indicativa de que le remuevo pasiones inconclusas.

Le afecto..., me desea, finge... ¿Importa? No, al contrario, sus reticencias incluso proporcionan una cucharada sopera de excitación al asunto. ¡Joder, esta mujer ha despertado en mí apetitos olvidados!

No me tengo por un hombre desalmado y con los escrúpulos mínimos para alejarme de los miserables, pero en este caso, levantarle el ligue a Saúl, no mancha mi moralidad en absoluto.

Aquí llega, haciendo gala de su puntualidad. Yo llevo algo más de media hora hablando solo, calmando mis recelos con un *Vermouth Rosso*. A ver qué averiguo.

—¡Hola, tío! ¿Qué tal? —Mira, aquí, más falso que Judas Iscariote, para saber más de tu chica, y que deje de serlo.

—Solo, Miranda está en Los Ángeles —habla más con ella que yo. Tampoco es que me importe, el tiempo que está al teléfono con él, ni bebe, ni me molesta.

—También sé que no te importa demasiado —¿ha sido eso un reproche? Te lo voy a perdonar porque el que se quedará solo en breve, vas a ser tú.

—Estamos en una situación complicada. Miranda insiste en darnos oportunidades, sin embargo, entre los remiendos siempre se cuela el aire.

—Nos pasó factura la excentricidad de los intercambios.

—Entre otras cosas. ¿Y a ti cómo te va? —preguntar directamente lo que me interesa en realidad sería una torpeza.

—Pues, no mejor que tú. Ayer Olympia se largó de casa y aun disculpándome, no responde a mis llamadas. Dijo que hablaríamos el martes que viene y por sus santos ovarios, hablaremos el martes que viene. —No puedo controlar la risa, ¡esa es mi chica!

—Entonces, tuvo que ser épica la bronca.

—Tiene planeado viajar a Londres a ver a su familia. —¿Londres? ¿No había otro sitio?—. Yo no puedo viajar con ella a Inglaterra.

—¿Por qué? —Se masca la tragedia.

—El padre de Mimi, quiere quedarse con Interiorismos Sureda. —Tenía el presentimiento de que había algo detrás del romance fortuito.

—¿Has utilizado a Olympia para manipular las cuentas de la empresa? —Me lo imaginaba. Demasiado idílica la historia del libro perdido.

—Unir en la misma oración la palabra «utilizar» y «Olympia» es tan improbable como intentar que el agua flote encima del aceite.

—Es muy densa. —No puedo evitar reírme.

—¿Densa? ¡Intratable! Me puso a caldo y no precisamente llamándome carcasa de pollo, con pelos de apio y nariz de nabo.

—Imagino. —Imposible sostener la risa proyectando la situación.

—No puedo presentarme en Londres, de una manera u otra, tu suegro se enteraría y si por algún descuido, Olympia se oliera algo, me manda a la mierda sin pestañear, ¡menuda es! —Mira tú, ya tengo con qué presionar si la muchacha no está muy por la labor de dejarte tirado. Anotado.

—Muy distinta a Carol. —Lanzo el dardo.

—Totalmente diferente. —Su recuerdo le incomoda, sigue encoñado con ella. Regresará a Barcelona con Miranda, podría hacerle una visita..., incluso reconciliarse. Le daremos un empujoncito.

—¿Le has explicado algo?

—No. —Se tensa. Seguiremos por ahí.

—¿Le has hablado de Carol? —el tono de la pregunta a sonado despreocupado. Era la idea, he de mostrar desinterés.

—Muy someramente. Olympia no da el perfil para nuestros escarceos pasados, y tampoco quiero recuperarlos.

—Es muy bonita.

—Es más que bonita, Alatz... —Acaba de marcar una línea imaginaria

que me voy a pasar por los huevos—. Aunque, no se siente segura con su físico, y mucho menos para exhibirlo ante Mimi.

—¿Y no será que a Miranda ya la tienes demasiado usada?

—Eso que acabas de insinuar es ruin, sigue siendo tu esposa.

—Sexualmente, la conoces mejor tú que yo.

—En connivencia contigo y con Carol... Alatz, no tengo intención de compartir a Olympia con nadie. —Ni yo—. ¿Te has planteado seriamente arreglar la situación con Mimi?

—¿Arreglar? ¿A qué te refieres? —Que sean confidentes no me incomoda, que pretenda proponerme disciplinas, sí.

—Reparar todo lo que le has roto. —Voy a dejar que acabe de aleccionarme, que se confíe el desgraciado—. Por ejemplo, aquel jarrón Göran Warff que le regaló su madre, o el espejo de Kare Desing que compró en Rogalleri...

—¿Algo más? —si le pregunto mirándole aún perderé los papeles.

—Su vida.

—De eso se ha encargado ella solita, no soy yo quien le rellena la copa de champagne ni le corta la cocaína.

—Necesita tu apoyo.

—Carece de voluntad, y, eso no mérito mío.

—Si te mostraras más dispuesto...

—No seguiré al lado de una *poliadicta* que disfruta de sus excesos. Ella lo sabe, y en lo sucesivo, evita emitir juicios de valor gratuitamente.

—Fuisteis felices.

—Afirmas..., yo lo cuestionaría.

—¿A qué lo achacas?

—¿Sabías qué la mayoría de la gente confunde el hambre con la sed?

—Sí, algo había oído en algún documental de los que ve Olympia. —Se me retuercen los intestinos hasta anudarse, cada vez que ensucia su nombre con su saliva.

—Ahora que lo he entendido, necesito agua fresca, limpia... transparente, en lugar de tanto trampantojo.

Durante unos incómodos minutos comemos sin levantar la mirada del plato. Me es indiferente lo mezquino que le pueda parecer. Fui claro con Miranda, solo tendríamos una oportunidad si abandonaba sus excesos, prometió enmendarse y ni echó un vistazo a los programas de rehabilitación

que busqué para ella. No obstante, de haberlo intentado, de haberlo conseguido, la aparición de Olympia me situaría en el mismo lugar en el que me encuentro ahora, aunque con algún que otro remordimiento.

Retomada la conversación tras la flema dramática, hemos conversado sobre trivialidades. Me ha resultado una sobremesa pesada, no veía el momento de estrechar las manos y salir zumbando a casa para preparar mi inesperado viaje al país que menos me atrae de toda Europa.

Me alojo en casa de mis padres cuando vengo a Euskadi, intentar convencer a mi madre de que, para mi comodidad es mejor un hotel, es tan absurdo como peinar a un calvo, con lo cual, ni hago la tentativa. Tratar de pasar desapercibido va a resultar complicado. Mi hermana llegará con la familia, así que, dentro de unas horas en lugar de un hogar, esto será una romería con gente subiendo y bajando, entrando y saliendo, riendo a carcajadas y parloteándole a un bebé, que ha de pensar el pobre, que la cigüeña le tenía manía. No soy capaz de comprender esa obsesión por hablarle a la criatura como si tuvieran un matasuegras en la garganta.

Estoy por acercarme a la Basílica de Begoña y encenderle un cirio de los gordos a la virgen, implorando para que se hayan marchado a dar un paseo con la idea de dormir a la fiera, y así, realizar todas las llamadas que necesito hacer para poder localizar a Olympia entre los ocho millones y medio de personas que habitan London *Posh*^[129].

—Hola, hijo. ¿No te he oído entrar? —Ese era el objetivo, mamá y he tenido la fortuna de esquivaros media hora para buscar un vuelo, y saltarme alguna que otra ley sobre la protección de datos y privacidad.

—Necesitaba gestionar un asunto urgente.

—¿No me digas que te vas! —He de llevar a mi madre a la tele, qué capacidad para leer la mente. ¿Vendrá de serie en todas las madres?

—Pues no te lo digo.

—¿Siempre igual, Alatz! Venías a pasar esta semana con la familia... ¡Esto no se hace!

—Ama, ven, siéntate..., he de ser sincero contigo.

—¿Es referente a Miranda?

—Sí, y no.

—Explícate, que me tienes en ascuas.

—Voy a hacerte caso.

—Ah, vaya, no sé si llorar emocionada o darte un zurriagazo por tardar tantos años..., por cierto, ¿en qué? —Sí, esa es mi ama, dulce como el caramelo.

—Voy a iniciar los trámites de divorcio. Continuar casado con ella no atiende a la lógica, nada nos une.

—¿Hay otra mujer? —¡Hostias, ama! No hay forma de adelantarme a lo que piensa.

—No y sí.

—Hijo, sigue por el camino de la ambigüedad y me saca la zapatilla. — Concretaré, mi ama, nunca bromea cuando habla de la zapa.

—Primero he de conseguir engañarla.

—¿Ella no está enamorada de ti?

—Sí que lo está, soy irresistible, ama..., solo lo reprime por orgullosa.

—Me dejas más tranquila. ¿Es soltera? —responde con ironía, pregunta circunspecta, no contesto... Tres..., dos..., uno... ¡Ignición! —¿En qué piensas hijo!? No me da un infarto, porque tus hermanas ya me han curado de espantos...

—Es soltera..., aunque, sí, tiene pareja —mejor exponerlo restándole acritud, hay datos que una madre es mejor que nunca conozca.

—¿Es lo mismo! ¡Te vas a entrometer por un capricho...! ¿Más equivocaciones, Alatz?

—No exageres, además, si no pruebas no te equivocas. Con Miranda no ha funcionado, sin embargo, sé que Olympia es el amor de mi vida.

—¡Por todos los Santos celestiales! ¡Qué ya no eres un mocito, hijo! Ni yo ingenua e ilusa, os conozco a los tres porque os he parido. ¡El amor de mi vida, dice! Cómo si te hubiera picado un bichito...

—*Pequeño, peludo..., con ganas de comer, maná-maná.* —He querido romper el hielo y estoy a punto de salir corriendo. Mi madre hace que recupere mi descaro semi adolescente y el temor a la reprimenda. Entrecierra los ojos, gira la cabeza unos sesenta grados y repentinamente rompe a reír.

—¡Ay! ¡Qué muchacho este! —No puedo por menos de abrazarla. Sin mi familia, no sería ni la mitad de lo que soy. Mi seguridad en gran medida se debe a la confianza que siempre han depositado en mí, a pesar de haber patinado en alguna ocasión.

—Si no estuviera convencido de que es ella, ni te hubiera hecho mención.

—¿Y cómo lo sabes, *Don Juan* de pacotilla? —qué faltona, no me ofendo por el entusiasmo.

—Porque me descubro observándola con la misma cara de tonto con la que te mira a ti el aita. —Punto, set y partido para Alatz Gorraiz.

—Eres un granuja... Explícame, ¿cómo es?

—Es todo. —Arranca a reír a carcajadas, en ocasiones consigue que me sienta un párvulo—. Si te vas a reír hasta troncharte, se acabaron las confidencias.

—Perdona, hijo. Entiende que me resulte extraña esta revelación. Me emociona verte feliz... Te ha cambiado el humor, hasta el aita, que parece estar siempre en la inopia, se ha percatado.

—Puede que sea esa su mayor virtud, consigue sacar algo de mí más profundo que una palabra acertada, una frase convenida, un gesto de cortesía... Sabe colmar todos mis espacios vacíos. —Eso es, repleta e ilumina huecos que antes estaban llenos de desesperanza. Mi ama, sonrío..., buena señal.

—Tráetela a casa. Será un gusto conocer a la mujer que ha devuelto la vitalidad y la jovialidad a mi chico.

—Bueno, aún tengo que persuadirla de ser la mejor opción.

—Hijo, si le hablas como me has hablado a mí, no creo que pase de la semana que viene.

—¡Uff! No es tan sencillo, convencerla solo con palabras bonitas no va a resultar, necesitare de todo mi ingenio.

—El querer es poder.

¡Ay, ama! Si supieras la de tropelías que he de confeccionar para llegar a mi destino me dabas en adopción..., de esta no me escapo, seré pasto de demonios y sátiros.

Amigos tengo pocos..., ¿tengo? Ni me planteo hacer inventario ni balance de ellos. Posiblemente la palabra amigo, para mí, haya de compilar una serie de parámetros y características, que a día de hoy nadie de los que conozco reúne. Sin embargo, de conocidos y colaboradores cuento en todos los continentes, y eso es fenómeno, decidme interesado, pero ¿no es así cómo se mueve el mundo? Lo de la traslación y rotación, es la versión romántica de la física elemental, cualquiera que desee tener una parcela visible entre este terrario de hormigas bípedas, ha de interconectarse con aquellos que pueden ofrecerte información útil para tu beneficio y estar dispuesto a devolverles el favor en otro momento.

Gracias a eso, conseguí tras horas aparcado en una calle de casas victorianas preciosas, escondido a la espera de que Olympia abandonara su domicilio, se presentara la oportunidad de acercarme a modo de encuentro fortuito e iniciara lo que, a partir de ese momento, podría considerarse una técnica de persecución y arrase.

Esto de los móviles facilita muchísimo la labor de localización, aunque hubiera precisado ofrecer menos excusas a un colega asesor de grandes cuentas para una empresa de telefonía, si la muchacha usara Facebook o Twitter y fuera socialmente activa. Entiendo que la obsesión enfermiza de hacer fotos evacuando y postear: *«aquí, entre el almuerzo y la cena, disfrutando del aseo en Ladonia»*, raya lo absurdo, pero no dar ni un *like* a los cinco amigos que tiene agregados, es de ser poco atenta..., y no hablemos de la foto de perfil, todos intentando retocar el selfie hasta lo irreconocible y ella pone a *Fiona de Shrek*.

Ayer fue un día redondo, la escena del cementerio quedó bastante creíble y está visto que la oportunidad la pintan calva. Salió rodado, surgiendo los encuentros como caen las fichas de un dominó, una tras otra, sin grandes esfuerzos.

¡Cómo me gusta! Ese pulso entre la ironía y la sinceridad es revitalizante, y lo más sugestivo es la sensación de que habla en serio enmascarándolo en mordacidad o sarcasmo, pero no se corta un pelo exponiendo su opinión.

«...Llegados a un punto, ya no es importante la ilusoria sensación de ganar ante una discusión con la pareja —comentó respondiendo a una afirmación—, si no, la satisfacción de ver como pierde el otro».

No me he arrodillado y le he besado los pies, porque hubiera seguido subiéndome palmo a palmo... ¡Uff! Qué noche más mala he pasado, acabando igual a *Ted Stroehmann* en *There's something about Mary*^[130], desahogándome como un adolescente hormonalmente alterado con una carga de meses de abstinencia, con tal de poder soportar estoicamente la presión de tenerla cerca y controlar el instinto de apareamiento que todos tenemos y que reprimimos por educación.

ver, un último vistazo al retrovisor. Perfecto. ¡Venga, Alatz! ¡Al ataque!

Toco, espero, tomo aire, retengo el aire...

—Buenas tardes, pasa por favor. —Esto es peor de lo que imaginaba. ¡Está tremenda! Elegante, sublime, bella..., ideal.

—Hola... No voy a preguntarte cómo estás, es obvio que preciosa. —Disimular con sutilezas, es inútil. Me defino extasiado, por mostrarme comedido.

—¡Wow! Nunca me habían dedicado un cumplido tan largo. Te lo agradezco, he hecho lo que he podido.

—Cómo si te hiciera falta... —musito por no repetirme.

—¡Ains! Se me olvidaba..., quería llevar un colgante, regalo de mi padre. No me lo pongo nunca, porque nunca tengo la ocasión de vestirme así. Dame un minuto.

Increíble, se recoge el vestido, se quita los zapatos y sube como un gamo las escaleras, es deliciosa incluso perdiendo el garbo. No ha tardado dos minutos en volver a la sala, intenta colocarse el colgante. Me ofreceré a hacerlo, asumiendo que mientras intento abrocharlo me consuma un fuego interno o no lleguemos a la cena.

Alatz, sé fiel a tu determinación de no abuso. Sé un señor y ayuda a la dama.

—¿Me permites? —Rozar con delicadeza no constituye saltarme la norma. Qué piel más suave..., se eriza, zona erógena. Tomo nota..., cómo cuesta cerrar estos divinos broches.

—Alatz, ¿necesitas las instrucciones?

—Precisamente, instrucciones no..., tiempo, sí.

—¿Eres torpe para los trabajos de precisión manual?

—No, para nada. Un día de estos, no tardando demasiado, te mostraré mi destreza. —Sí nena, ya no hay quién me frene. La culpa, tuya.

—¿Nos vamos? —te diría de quedarnos, pero haré lo contrario a lo deseado por civismo.

—Sí, mejor, no me gustaría ofender a tu familia —y no me refiero llegando tarde.

—Sigo sin entender por qué accedes a las chifladuras de mi madre. — Por estar a tu lado, nena.

—Ya te lo he dicho, aunque si prefieres, intento explicártelo modelando plastilina —solo la parte que no expreso lo que rumio.

—Mejor con dibujos, pero, si los pictogramas van a ofrecerme el mismo fundamento absurdo, déjalo.

—Olympia, no es una justificación, no me pareció una idea tan desatinada.

—¿Por qué no llevas el anillo de casado? —El: *armez, visez, feu!*^[131], con Olympia pasa directamente a: ¡fuego!, pero con metralla.

—Me aprieta.

—¿Te han engordado los dedos? —Genial... ¡Qué tía!

—Sí, tuve miedo de no podérmelo quitar, me cortaba la circulación.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás utilizando el doble sentido?

—Porque eres una mujer muy inteligente. —Me observa desconfiando del sentido real..., ahora no hay dobleces, cariño.

—Mis padres creen que somos amantes. —No peyorativamente, nena...

—¿Te conformarías con ser segundo plato?

—No. —Bien.

—Sería un completo idiota, para no considerarte plato único.

—Alatz, cambia de términos, eso de los platos suena rancio y demodé.

—Tienes toda la razón... ¿Introduces la dirección en el navegador?

Durante el trayecto va dándome datos sobre lo que hallaremos. Es tan ameno escucharla desgranar críticas descriptivas de maneras y talantes, que me arrepiento de llevar el GPS conectado. Podría perderme y vagar, cenar nosotros solos en un restaurant elegante o en un *burger* vestidos de etiqueta y seguir, entre risas, todo el tiempo posible.

Sé que está cómoda a mi lado, ha perdido los corsés típicos del lenguaje medido y pesado, se deja llevar por comparaciones de lo más mundanas. Yo río a mandíbula batiente. ¿Hace cuánto no me sucedía esto?

—Se me está haciendo el trayecto muy corto, nena —admito.

—Alatz, por favor, no me llames más, nena —qué tono más lastimero, no le hace justicia. La enfadaremos, la prefiero vikinga.

—Me gusta llamarte nena.

—Y a mí imbécil y mira cómo me contengo. —Es un resorte, ¡todo carácter!

—Tú llámame como prefieras..., nena. —Juego de cejas seductor, marca Alatz—. ¡Au! ¿Qué haces?

¡Coño! Me ha retorcido los dedos en la carne igual que intentando arrancar el cuerno de un cruasán.

—Comprobar tus graves...

—No me azuces a comprobar los tuyos, porque yo no lo haré pellizcándote un brazo..., nena.

¡No te resistas! Sé leer el lenguaje corporal y el tuyo me grita que te afecta mi tono y mis insinuaciones... Te sucede como a mí, pero finges y lo haces fatal. Tu piel habla, y dice que te apetece saltarte esas normas de conducta que limita el tema carnal. Seré prudente sin desesperar...

Aparco, no imaginaba tanta ostentación por parte de su hermana. Me incomoda la posibilidad de encontrarme algún conocido de mis suegros, muy dados a organizar estas fiestas de alto copete, en la que todos se miran y retratan al igual con envidia. Evidentemente, será una situación comprometida, aunque no más molesta que el zumbido durante la siesta de una mosca cojonera. La relación con mi familia política pasó de ser pobre a ser nula, y no es peor, porque la información es poder si están en las manos adecuadas, es decir, en las mías.

Mi nena no encaja entre tanto postureo, de hecho, ha perdido esa chulería que la diviniza, está seria, tensa e incómoda.

—Olympia, ¿qué te pasa? —a ver por dónde sale, que entre más obvia es la pregunta más borde es ella contestando.

— Me estruja el vestido y me rozan los zapatos. —¡Qué sorpresa! Me esperaba algo peor.

—Estás preciosa, eres preciosa..., es normal que tu hermana te envidie tanto. —Es de justicia que lo sepa.

—La última persona en este mundo a la que mi hermana podría envidiar, es a mí. Igual, te agradezco el cumplido.

—No era un cumplido, eres preciosa. —Tiene una sonrisa capaz de hincharte como un globo.

—Es entrar en esta casa y recordar a la naftalina —no podía haberlo descrito mejor, esto está lleno de individuos apolillados.

—Debe de ser duro para una diseñadora de interiores, estar rodeada de una decoración tan recargada.

—Mires donde mires, hay madera broquelada. Está carente de personalidad. No porque todo sea antiguo y churrigueresco...

—Parece un almacén en donde acumular objetos, para que los invitados aplaudan..., y que tú no elogiarás. —Mucho habría de equivocarme.

—Si no me queda otro remedio..., lo haré.

—En mi casa te mojaste poco. —Sin embargo, los gestos te delataron.

—No tuve la oportunidad, y si tratas de que me pronuncie, vas fino, estoy de vacaciones.

—Eres apasionante. Tampoco es algo que me descubras ahora.

—Alatz, qué imbécil eres.

Ya empezaba a echar en falta un insulto descriptivo, he de contener la risa..., pensarán que voy de María hasta las cejas, o llegarán a la conclusión de que promociono cepillos de dientes con el cabezal eléctrico, y los amargados, malpensados, enfermos mentales, considerarán que llevo uno metido en el culo.

Distingo a los anfitriones, muy elegantes, más de lo mismo, estirados y sujetos a cánones protocolarios de la era isabelina.

—Hola, hermana. ¡Qué ilusión que nos acompañes esta noche! —Quitándote el protagonismo. Menuda exclamación más forzada y poco creíble.

—Hola, Ethel. No es necesario que poses para mí, ya sabes, no me impresiona. —Esto promete.

—Buenas noches Olympia, estás bellísima. —Qué asco de cerdo, ¿cómo se atreve a repasarla babeando? Tienes suerte de vivir en Londres y no en Bilbao. ¡A la mujer del prójimo se la respeta!—. ¿Nos presentas a tu acompañante?

—Alatz Gorraiz.

—¿Entiende el inglés? —Le tiendo la mano, por no cerrarla y estamparle un puñetazo en todo el careto de *Snorkel* que tiene.

—Sí, trabaja en un *call center* de un tour operador. —¿Perdona? Vaya jarra de agua fresquita. ¡Qué cabrona! Ahí está, mordiéndose los labios aguantando la risa. ¿A qué habrá venido eso?

—Qué interesante. —Este tío hace que emerjan mis instintos agresivos

más retorcidos, con esa efigie de dibujo animado mal acabado, hecho a pellizcos.

—Pasad y tomad lo que gustéis.

—Gracias, Ethel, tienes una casa magnífica. —No me mires así, mujer, que me descubres...

—Intentamos mantener su esencia prístina.

Ni que lo jures, seguro que hay restos de cerámica precolombina.

Tras la presentación y el repaso, marchan a formar parte de un grupito de urracas tiesas en laca con tal de sostener peinados imposibles. Olympia pasa su brazo alrededor del mío. Vista como vista, siempre atraigo miradas, soy el prototipo de tío bueno —conmigo no van las falsas modestias—, y de etiqueta toco el punto de insuperable, para qué negarlo; que mi acompañante, una diosa del Olimpo, me exhiba orgullosa marcando las distancias, aún incrementa mi atractivo... ¿Por cierto?

—¿Por qué soy un teleoperador con idiomas?

—Me debes un favor.

—Bueno, ya me dirás como quieres que te lo pague. —Si elijo yo, en carne y a milímetros.

—*Oh, my God!* —¿De dónde debe haberse escapado esta mujer? Cada vez que me mira, me espelusco de la repulsión.

—¿Qué tal Sres. Clevintong? Les presento a Alatz.

—Un placer conocerles.

—Es la primera vez que Olympia asiste acompañada, llegamos a pensar que era seguidora de alguna ciencia *anacorista*. —Qué gilipollas.

—¿Quién ha dicho lo contrario? —¡Ataca, nena!

—¿Qué tal Alatz? —Muy oportuno el saludo de los padres de Olympia cargando de tensión el ambiente. Es duro saber que la primera impresión es tan desagradable...

—Bien, gracias.

—Te sienta divinamente ese color, realza tu figura, lástima de esas caderas tan españolas, debes utilizar una talla diez, ¿verdad? —Ya te gustaría a ti, vieja terrorista, tener una décima parte de su belleza—. Espero no lastimarte con mi sinceridad, querida.

—No, para nada. Me encantaría tomar en serio sus vaguedades, pero al hacerlo temo ofender a su inteligencia. —Casi me ahogo intentando tragar la risa.

—Tu respuesta insolente solo viene a afianzar mis convicciones.

—No hay nada tan repartido, ni con tanto equilibrio en el mundo como la razón, todos tenemos la certeza de poseer suficiente con ella. —No aplaudo por no avivar más el fuego.

—Por deferencia a Alatz, te suplico un poquito de mano izquierda —la madre de Olympia la reprende entre bisbiseos. Mientras nos dirigimos a la mesa. A mí no me molesta que se defiendan de semejante proyecto de orco, las ofensas aceptadas, son un reclamo para las mentes lineales.

—Él es abogado, encuentra cotidiano estos desencuentros.

—Por mí, no te cortes —siseo retirándole la silla—, es una vieja amargada. Eres con diferencia, lo mejor de la cena.

—No soy perfecta, ni lo intento, ni lo pretendo, pero al menos siempre soy yo misma.

—Pues eso, perfecta.

Durante la cena, intento escuchar lo que el cenutrio de su cuñado, *preñadito* de vanidad, expone a modo de tertulia. En realidad, él se pregunta y se contesta. Es el monólogo menos interesante y más aburrido que me he tragado en mi vida. Sin embargo, entre Olympia y yo hemos creado un micro clima de complicidad, criticándole en nuestro silencioso cruce de miradas, que nos lleva a sofocar risas que el resto no entiende.

Encuentro paradójico estar en Londres, ciudad a la que eludo viajar, compartiendo la velada con gente apergaminada y tiesa, con la que odio relacionarme, junto a la mujer que, siendo adolescente, impulsó el instinto de impronta y de la que me va a costar horrores separarme esta noche.

He descubierto una Olympia llena de temores e inseguridades, una Olympia que se quiere poco, pero se hace valer mucho. Una Olympia que no precisa de halagos ni galanteos, a la que no le impresionan las palabras, solo le satisfacen los hechos. Descubro a una Olympia, hermosa, que irradia su complicación en cada respuesta. Descubro a una Olympia, consciente de que el mundo se cambia con ejemplos, no con opiniones..., y he caído rendido a sus encantos cáusticos y a su agilidad mental. La quiero para mí, la quiero a mi lado.

Ahora, de regreso, duerme arremolinada en el asiento, tapada con mi abrigo. Sigo la técnica de los taxistas estafadores de guiris, dando vueltas por no llegar tan pronto al destino. De seguir así, tendré que parar a repostar, y ese detalle no se le escapará.

Mal que me pese, aminoro la marcha hasta detenerme en la puerta de su casa y abre los ojos, esos espectaculares ojos azules oscuros como el índigo.

Le ayudo a salir. Su aroma me subyuga, no consigo prorrogar la acuciosa necesidad de besarla, y sin darle tiempo de reacción, sujeto su rostro desconcertado y llego a sus labios con hambre retrasada. Me recreo disfrutando sin mesura de su sorpresa, y aunque no colabora en alargarlo, ni en mejorarlo, me permite que goce acariciando su lengua, satisfaciendo una fracción del deseo que siento por ella.

Me estoy aprovechando de su parálisis emocional y no me considero culpable, sé que este beso sembrará la duda en sus sentimientos, me pensará cada día... Nena, rendirse en el momento adecuado, también es una victoria.

Seguiría pegado a su boca, saboreándola toda la noche y mañana..., y pasado... Tal y como tengo pensado hacer el resto de mi vida, pero, lamentablemente, he de separarme y prepararme para la «acción-reacción».

—Necesitaba besarte, llevo contenido toda la noche, nena. —Esa mirada..., oh, oh... ¡Joder! ¡Menudo mandoble acaba de endiñarme! Aguantaré estoicamente como vasco que soy, pero..., ¡coño! ¡Qué hostia a mano abierta! Demos gracias a que no mide medio metro más...

—Y yo necesitaba *enhostiarte* desde ayer. Gracias por darme la oportunidad, ¡nene! —Rompo a reír, no sé si por disimular un lagrimón o porque el enamoramiento cambia los reflejos fisiológicos normales.

—Sabes que esto no va a quedarse así... —aviso, la próxima vez te besaré hasta el ahogo.

—No, espero que se hinche y que tu esposa te acose a preguntas, aunque ya se te ocurrirá algo plausible.

Me empuja indignada y se marcha con un cabreo que a mí me resulta cómico a la par de exquisito.

¿Pero?

¡Qué se mata! ¡Jesús! ¡Chico batacazo! Se ha sembrado entre las flores, ¿a quién se le ocurre meterse por medio del jardín?

¡Ups! Ha debido de pisar la tela y el elegante vestido negro de firma, ha dejado su exquisito trasero a la intemperie..., aún si llevara unas braguitas, no digo una faja, pero es que el tanga en estos casos cubre poco... Esta visión me va a perseguir toda la vida, y cuando luego llegue al hotel, la cosa se va a poner muy dura... ¡Pero que muy dura!

Me acerco presto a socorrerla, la tomo por los hombros.

—¡No me toques!

—No te puedo ayudar si no te toco.

—¡Pues no me ayudes! —Se gira, sentándose en el macetero, con aspavientos nerviosos para que retire las manos.

—¿Estás llorando?

—No, sudo por los ojos... ¡No te jode! ¿Por qué todos los tíos preguntáis obviedades? Si ves salir agua del lagrimal, es porque lloro, ¿qué pasa? No es un delito, no tengo intención de sonarme los mocos en tu elegante corbata morada. —¡La que se ha liado en un momento!

—Olympia, por favor...

—¡Vete, puedo sola!

—No me voy a ninguna parte hasta no asegurarme de que estás bien.

—O te largas, o llamo a la policía, y ni se te ocurra soltarme el rollito guay de la omisión de socorro. —¡Así no se puede! Terca tú..., terco yo.

—Llama a quien te dé la gana. —Solo faltaría dejarme intimidar por esas sutilezas. La levanto del suelo a pulso, sin tocar el innombrable. Con un guantazo, estoy servido. Sin embargo, imprudentemente, se me escapa la risa.

—¡Ojalá te hernies! —La siento en el banco del porche.

—No son más que unos rasguños con la madera y la gravilla, no obstante, ¿prefieres que nos acerquemos a un centro médico?

—Quiero que te largues.

—Olympia... —Va mujer...

—¡Ni te disculpes!, sé que vas a seguir cagándola.

—No tengo la menor intención de hacerlo. ¿Te llevo al hospital y nos quedamos más tranquilos? —Le limpio las lágrimas en un gesto de humildad y acercamiento, aunque, no está por la labor.

—Te repites más que un yogur de ajo... Vete, Alatz, estoy bien.

Y me deja sentado en el banco como un puerro en el huerto. No puedo por menos que reírme de la situación. Deduzco que para ella ha sido bochornosa. Tendremos tiempo de conversar del suceso en el futuro, será una anécdota divertida como las confesadas ayer.

Un futuro que vamos a compartir juntos, esto ya es imparabile.

¡Joder, qué fuerza tiene la colega! Demos gracias a que me cuido la dentadura, de lo contrario había escupido alguna muela.

Caminando junto al parterre no puedo evitar una carcajada.

Vaya..., se ha dejado los zapatos, uno de los tacones se ha partido y la

piel se ha marcado. Lástima, son unos zapatos muy bonitos y exclusivos. Tiene un gusto exquisito, son sobrios a la par de elegantes, así realzan el conjunto en lugar de eclipsarlo.

Podré compensar el desagravio.

Nos vemos Olympia... He de descubrir mucho sobre ti todavía.

Estoy reventado. Estos viajes tan precipitados baldan a cualquiera. Los que por trabajo no han de subir y bajar constantemente de un avión, pensarán que son quejas de puro vicio. Si bien es cierto, que cada cual se lamenta de sus rutinas, y que al optar por el Máster de Abogacía Fiscal Internacional se da por supuesto que la movilidad estaba garantizada —de hecho, era lo más atrayente de la especialidad—, no es hasta que tu vida cambia, tus prioridades mutan y necesitas repartir tu tiempo entre todo lo que te proporciona felicidad, que los desplazamientos largos se convierten en un incordio, al punto del castigo.

Sí, soy feliz. No moderadamente feliz, soy, ¡jodidamente feliz!

Aunque hoy, posiblemente el empleado de Aena, que ha sufrido la bronca por la ineptitud del servicio de pupilaje del aeropuerto, no ha encontrado en mí una pizca de dicha, al contrario, estoy convencido, de que el adjetivo no verbal más agradable asignado a mi persona ha sido el de amargado, y digo amargado, por no buscar otro peor mencionando a algún miembro de mi familia.

En mi defensa, justificaré el arranque de rabia asociándolo al hecho de tomar dos vuelos el mismo día de casi tres horas cada uno, con un intervalo entre ellos de cinco y media, en los que he formalizado y convencido a las partes beligerantes mediando con tal de alcanzar un acuerdo satisfactorio para todos. Almorzando con otro de mis clientes y dejando listo el papeleo de otro contrato mercantil con un sinnúmero de cláusulas y epígrafes, con lo cual, aterrizar y que nadie sepa decirme, ¡en dónde coño está mi coche! Mosquea.

Pues bien, a pesar de ese inciso, respiro felicidad.

—Siri —a esta aplicación si no le hablas en inglés, puede soltarte unos mocos en talante Olympia, de mantenerte en modo pestañeo más de media hora... Y si no, te contesta: *«ese no es mi idioma materno, por favor sé más claro»*, cayéndote la gotita de perplejidad como en los dibujos animados.

—*Hi, tell me. How can I help you?*^[132]

—*Disconnects the alarm from the main entrance and garage.*^[133] —solo faltaría que después de lo que cuesta que el nene coja el sueño, lo despierte...

—*They have been successfully disconnected.*^[134]

Todo está en silencio. Eso es buena señal, el orden en nuestra casa desaparece durante las horas de sol y comienza a recuperarse sobre las once levemente, lo justo para no ir dando patadas a los juguetes, o enredarte con algún trasto si te levantas a media noche a orinar.

La asistenta debe de pensar que, tras salir por la puerta, unas fuerzas telúricas activan unas bombas de aspersión y rocían *Playmobils* a gogó sin dejar un rincón a salvo del esturreo.

Desde la escalera hacia la segunda planta, el reflejo de la televisión indica que mi mujer, tan bonita como desquiciante, ha conseguido meterse en la cama antes de la una de la madrugada.

Entro con un miedo atroz en la habitación de mi hijo, nació con un sensor de temperatura y movimiento, percibe cualquier cambio que suceda a su alrededor y lo traduce en llanto... Se ciega y no importa que lo sujetes en brazos, le tapes la boca con el chupete, el biberón, lo mezas o le cambies el pañal, él a lo suyo, berrea hasta que de puro agotamiento se cierran sus párpados en un micro sueño de restauración energética. Tiene las cualidades del tábano, nos chupa la vitalidad. Y, aun así, es uno de los motivos por los cuales ayer me pasé parte de la jornada corriendo entre terminales.

Lo arropo, besándolo casi sin rozar su frente y sostengo un suspiro de plenitud. Si mi felicidad lo despierta, su madre me liquida.

Dejo el maletín a los pies de la cómoda, desanudo la corbata y por recordar dónde la dejo, la meto en el bolsillo de la americana.

Mírala, arremolinada entre las mantas, casi ni se la ve. Es preciosa, también muy borde, pero incluso lo que en otros sería un defecto, en ella es una virtud.

Toda la ansiedad por regresar se disipa y se recompensa con esta imagen.

—¿Alatz? —Hace poco que se ha dormido, no hay ronquera en su voz.

—¿Esperabas a otro? —No me voy a molestar ni en colgar la ropa, que se quede en la butaca, que espere ahí hasta mañana.

—Pues, siguiendo tu consejo, leía *El corazón de highlander*, y nene, no me importaría que cualquiera de los *protas* masculinos se saltara la dimensión

que fuera, surgiera por el sumidero del bidé y pasara a hacerme una visita...

—Para qué. —Nena, deberías de saber que puedo encelarme hasta de lo imaginario.

—Podrían enseñarme a montar a caballo, o a utilizar las espadas..., a colocarse el tartán...

—Aquí el único que va a enseñarte la espada, soy yo. —Fuera bóxer, no los voy a necesitar.

—Bueno, tengo entendido que los irlandeses descienden de los vascos...

—¿Eso quién lo afirma? Los vascos no, seguro. —Joder, qué calentita está. Qué gusto meterse en la cama y abrazarla. Aun sobrándole ropa.

—Serán los irlandeses entonces. ¿Serás tú mi *Keillan*?

—Te recomendé a Rossalyn Callum por su cuidada forma de narrar, por su brillante manera de tratar a los personajes e introducir al lector en la trama...

—Y así ha sido, me ha llevado a un mundo fantástico de esculturales maromos...

—No te permito que lames maromo a otro maromo que no sea yo.

—No se enfade, mi señor de todo lo que se menea... —¿Seré capaz de catar carne? Los astronautas van menos presurizados que mi mujer con el pijama en invierno. Se gira y pone sus manos en mi pecho..., y todo mi organismo dispuesto a saludar—. Maromo mío, ¿no deberías de darme un beso o rozarme la nariz?

—Estoy esperando a que dejes de cabalgar por los prados irlandeses. Solo faltaría que me llamaras, en pleno éxtasis, por un nombre que no es el mío.

—Qué tonto eres..., *Dougall*.

El intento de ofensa se torna gas cuando sus labios se posan en mi cuello. Todo mi interior es efervescente, ese calor que provoca en mí con un roce es un chute para reanimar y reafirmar los deseos motores. Gracias a eso, logro arrancarle esa ropa tan erótica como la música de psicosis y que me imposibilita acariciar su piel. Ella también responde al tacto de mis manos, que no pierden un segundo y se emplean sin reparos en repasar su cuerpo con suavidad. Me enredo entre sus piernas, me dedico a besarla mucho, a recibir los suyos, a beberme sus jadeos, a gemir con ella, a abrazarla mientras nos consumimos en el vaivén del deseo, a observar el brillo pasional que enciende nuestras miradas, a ahogarnos uno dentro del otro..., a disfrutar del amor que

nos une y de la madurez de nuestros sentimientos.

Una vez alguien dijo que el tiempo quita capas a todo lo que nos afecta, sea bueno o sea malo. Yo no comparto esa afirmación, el tiempo acoraza lo positivo si no deseas perderlo y en su favor, disipa lo negativo, aunque eso solo sucede si estás acompañado por la persona adecuada, aquella que te demuestra que le importas y te admira en la misma medida que recibe tu admiración.

La quiero mucho. ¡Qué coño! La adoro desde lo más profundo de mi ser, y cada día aumenta un exponente más a la ecuación que solo suma, y suma, y suma.

También me cabrea..., aunque eso no cuenta, incluso une. De acuerdo, no experimentas eso en pleno fragor de la batalla, cuando, enrocados en nuestras razones nos molestamos con sarcasmos; sin embargo, cuando consigo cambiar la perspectiva, sé que no era para tanto. Ni yo tenía todo el juicio de mi banda, ni ella tampoco, pero me sonrío y ya no tiene la menor importancia.

Qué bien duermo a su lado..., otro de los motivos imprescindibles para volver cada noche a casa, acurrucarme y recuperar el calor perdido.

Y cómo berrea mi niño.

—Viktor, hijo..., despertarás a mami. —Cómo si a él le afectara. De entenderme exclamaría: «¡Papá qué modorro eres! ¿Para qué crees que lo hago?»—, bibi no toca, ¿agüita y te duermes? ¿Tiene pupa en la *panchulina* mi niño?

¡Ja! Ni bibi, ni... ¡viva la madre superiora!, al próximo que escuche hablar de cólicos, le meto todas las bolitas del *Almiron Digest*, con peste a borrachera de anís, en un bocadillo con pan de espelta por el culo.

Esta noche he perdido la cuenta de las idas y venidas bidireccionales entre los mismos tres metros. Me declaré objetor de conciencia para no dar caminatas inútiles, y aquí me veo, desgastando el parquet, ¡izquierda, izquierda! ¡Izquierda, derecha, izquierda!

Qué huevos tiene el coleguita, se duerme, lo intento dejar en la cuna con la suavidad que cae una pluma en un estanque y el *jodío*, abre los ojos con las aviesas intenciones de retomar las protestas... Nos tiene a toda la familia *acojonaos*, cuando duerme hasta el gato persa de la abuela deja de ronronear.

Pues, aunque tú madre monte en cólera, hoy te adelanto la toma...

—Chaval, tú y yo, nos vamos a beber unas jarras de leche, y como le insinúes algo a mami, se acabó la ingesta nocturna. *Capisci?*

—¡Olympia! —¿He chillado? ¿O lo he hecho en sueños?

—¡Calla descerebrado! Me has puesto el corazón en la garganta. Si llegas a despertar al niño, te metes con él en la cuna. —Por lo visto, no solo ha sido en mi mente.

—Soñaba contigo. —Algo muy común..., sigue invadiendo mi subconsciente. Pensé mejoraría una vez casados y con familia, pero no, ha parasitado mis neuronas, y de ahí no hay quien la mueva.

—¿Y por eso gritas? Si vas a agraviarme, calla. Desde que nació tu hijo solo tengo paciencia de madre, no de esposa. —¿Paciencia de esposa? También debe de haberlo soñado, porque aún es el día que demuestre talante conciliador conmigo.

—Eran *flash backs*. Recordé cuando te conocí, cómo era..., cómo pensaba... —Lo infructuoso de conseguir localizarte, los paseos por Sant Pol con tal de tropezarnos casualmente... Sí nena, me dio fuerte.

—No debías de ser tú si entonces pensabas, fuiste un cretino conmigo.

—¿De qué hablas? —¡Todo al revés! Olympia siempre en negativo.

—No te hagas el tonto..., apostaste con tus amigos quién se llevaba a la fea al catre... ¿Qué ganaste? —¿Qué fea? Esta mujer es desesperante.

—Eso..., ¿de dónde lo has sacado? —es más retorcida que un alambre de malla de corral.

—Alatz, no hagas que me arrepienta de haberme casado contigo...

—Oye, nena..., relájate. No voy a declararme culpable sin saber de qué se me acusa.

—Me dijiste que me hacías *un favor*, ¿a qué favor te referías?

—¡Coño!, pues a llevarte a casa.

—Pero... ¡Serás hipócrita! ¡Si me fui sola!

—Porque, aquí, *doña Autosuficiente* no me dejó ni vestir... Aún me duele el pito cuando lo recuerdo.

—Tendrás el valor de confesar, haberte quedado con ganas de más.

—Así fue, aunque el dolor no venía por eso. Con las prisas casi me amputo la *zakila* con la cremallera. Desde entonces todos los tejanos de botones. —Tú ríete, casi me quedo cojo.

—Será verdad.

—Es verdad y la duda ofende. Te busqué Olympia... Tus amigas me

dieron un teléfono en donde nadie atendía.

—Los veranos los pasaba en Londres. —Y se expresa imputándome desmán por desamparo. ¡Qué chumino tiene!

—No me respondas como si debiera de saberlo.

—Te perdono.

—¡Será posible! Me irritas... —¡Vaya por Dios! Ya tenemos a Pavarotti despierto y orientado.

—¡Hala!, papi, acabas de despertar al niño.

—Te toca, yo he estado dos horas con él en brazos, los tengo entumecidos.

Se levanta a buscar a ese tercio de individuo con el mismo genio y terquedad que la madre que lo parió. Suerte de Arlette, que equilibra la tensión. Todo el mundo se la rifa por tenerla en casa, o llevarla de paseo, o compartir un rato con ella. Es tan adorable e inteligente..., copia constantemente a Olympia... Acéptalo Alatz, estás totalmente perdido.

—¿Qué hora es? —No saqué el móvil de la americana y mi reloj debe de andar por encima de la butaca o en la cocina..., o dentro del microondas. Tengo muy desdibujado lo hecho ayer entre las tres y las cinco de la madrugada. Ahora que lo pienso, es todo un alivio que Viktor se haya manifestado.

—Las once y veinticinco. —Hemos tomado los hábitos del niño, nos lo decimos todo a gritos desde la habitación o la colina en donde nos hallemos..., parecemos *Heidi* y *Pedro*.

—¿Vamos juntos a recoger a la *baldufa*^[135]?

—Si vamos los tres, tendremos que comer con mis padres..., sí o sí.

—No me importa. Aunque una cosa, sí me molesta.

—¿De mis padres?

—Sí. Le dan el capricho de dormir en su casa a Arlette y no hacen lo mismo con Viktor.

—Con Viktor nadie tiene reños a quedarse. —Tan cierto como injusto.

—Cuando alguna tarde he ido a recogerlo, casi ni me invitan a sentarme, tengo la sensación de que, de tardar diez minutos más, lo empaquetarían y me lo enviarían por MRW al despacho.

—Arlette, tiene casi cuatro añitos..., y aunque es un terremoto, sabe pedir las cosas. Cuando Viktor sea un poquito más grande, seguro que se quedará

con los *iaios* también, ¿a qué sí? Y bajará a la playa a pescar y a hacer castillos de arena con la *tata*...

—Ni hablar, a la playa no van a bajar solos.

—Se supone, Alatz... ¡*Ains!* Este papi que nos ha tocado, se le ha de explicar todo, todo... —qué bonita es incluso así, recién levantada, con ese pijama tan feo, despeinada y descalza. Se le ilumina el rostro cuando nuestro pequeño le sonrío. ¡¿Se puede ser más afortunado?! Yo no necesito más.

—Ayer me llamó mi madre. —Postulando para el galardón a la mujer más cansina de la galaxia.

—¿Vendrán al final como tenían previsto?

—Sí, aunque tuvimos otra enganchada.

—Esta vez, ¿qué ha sido?

—Pues, ¿no pretende traerse una garrafa de agua del manantial que brota detrás de la casa? —Sí, demencial.

—¿Con qué fin?

—Dice que sana, que es milagrosa.

—¿A sí? No tenía la menor idea..., ¿de veras es curativa?

—Quien ha bebido agua de ese caño ha tardado un mes en curarse.

—Dudo que tu madre conociendo eso, espere que se la demos a los niños.

—No, a los niños no, a mí... Me ve con falta de brío.

—¿Y te lías por eso? ¡Qué ganas de enfadarse gratuitamente!

—¿La beberás tú? —Va, *doña Bienqueda*, ¿le darías un par de tientos a la garrafa?

—Obvio que no, pero siempre pueden suceder accidentes y descuidos...

—¿Engañarías a la suegra?

—¿No llevas tú haciéndolo toda la vida? —¡Si es que me pilla en continuo!

—Total, el mal ya está hecho.

—Aunque no está tu madre carente de razones cuando dice que te falta vigor. —¿Perdona?

—Ni *Superman* vuela en un día lo que yo, y remata la jornada echándole un polvo a *Lois Lane*.

—Interesante reflexión autocomplaciente..., que no explica por qué ha explotado dentro del microondas un biberón con leche... y fideos.

—¿Fideos? —Hubiera jurado que metí la cuchara en el bote del

Nesquik... Alatz, mejor no porfies...

—Ten al peque, he de ir al baño.

—Hey, chaval..., menuda nohecita. ¿Y ahora me miras con esos ojazos de no haber roto un plato?, ¡cochino! Eso no se le hace a papá..., no, no... A mami, sí, que está muy pesadita esta mañana. Te ríes, malvado..., haces de mí lo que quieres. ¡Marranote...! ¿Y esa *panchota*...? ¡Uy! ¿Mira lo que me he encontrado en medio de la tripita? ¡El timbre de las pedorretas...! ¿Te hace papi pedorretas...? ¿Más?, ¿dónde tiene mi niño las cosquillas...? ¿Y quién te quiere a ti? ¡So golfo! Sí..., sí..., tú... Mira las ojeras del *aita*, pronto no necesitaremos bolsas para ir a la compra... ¿Y la *tata*? Claro, como ella no llora..., se queda con los *iaios*, seguro que cuando era tan pequeñita como tú también se quejaba..., ¿a qué sí? ¿Te ríes...? ¿Te ríes del papi, bandido?

—¿Le adelantaste la toma al niño? —¡Ups!

—¿Te has chivado, chaval? —Y sigue pataleando contento sin imaginar la que está a punto de caerle a su padre. —¿Por?

—No me preguntes y contesta.

—Un poco.

—¡Alatz!

—¿Qué hora es?

—La misma que hace cinco minutos, pero trescientos segundos más tarde.

—Eres inmensa, Olympia... —Así uno no puede remolonear en la cama un rato—. Se lo di a las tres y media, después de acunarle, cantarle todo el repertorio de los *Cantajuegos*, intentar engañarle con agua, ponerle trescientas veintisiete veces el chupete y hacer un surco en el suelo desde la ventana a la puerta.

—Si le cambias las horas no habrá manera de que duerma la noche completa. —¡Aquí, la experta!

—Voy a la ducha, toma a tu hijo y al monstruo que lleva dentro.

—Ven mi vida, que papá tiene atrofiada la glándula pineal y no necesita contacto humano esta mañana.

Ni voy a contestar.

Va de enterada porque cuando adoptamos a Arlette, toda la etapa de biberones y pañales ya estaba superada. Empleamos tiempo en que perdiera el temor a ser devuelta al centro de acogida, en convencerla de que este era su nuevo hogar, que los juguetes eran suyos y podía enredar con ellos hasta

aburrirse; que Senen, el hijo de Thais y Saúl no era un competidor, y que papá y mamá salían a trabajar por la mañana y volvían de nuevo por la tarde. Fue crucial para el desarrollo emocional de mi pequeña que mis suegros tomaran la decisión de apoyarnos sin reservas, abandonando Londres con tal de contribuir a la adaptación familiar, convirtiéndose en unos abuelos entregados. Así, poco a poco, conseguimos cambiar sus miedos por sonrisas y recibir esa luz con la que nos premia todos los días.

Arlette llegó apresuradamente a nuestras vidas, justo cuando Olympia, Leo y Thais, decidieron comprar el negocio a los Sureda. Su primer encargo como Leolymtha Room Desing, fue el proyecto de reforma de la casa de acogida en donde estaba nuestra niña. Caminaba de la mano de una de las maestras, arrastrando un perrito de peluche, aún le costaba andar sin tropezar. Canturreaba dichosa: «*Cargol treu banya, puja la muntanya, cargol treu vi, puja el muntanyí*», a media lengua... Nos miró, nos sonrió y nos escogió como padres. No pudimos dejar de pensar en ella. Que nos concedieran su custodia temporal y después pudiéramos ratificar su adopción, nos supuso una de las mayores alegrías que hemos experimentado ambos en nuestras vidas..., y justo cuando mi niña se estaba acomodando a su familia, a los amigos, a su nueva situación... ¡Se nos cuela por el larguero *Porculosín Junior*! Qué ya podría haber sido más tranquilo y menos absorbente, porque hasta la princesa de la casa se levanta a ponerle el chupete y nos manda callar a todos para no desvelar al llorica de su hermano.

¡Joder! ¡Esta mujer no piensa una buena!

—¡Olympia! ¡Me cago en la leche!

—No he sido yo, ha sido Viktor. —Ríe, ríe...

—Tendrás valor de culpabilizar a un bebé de cuatro meses de tus diabluras. —Ni ducharse puede uno tranquilo en esta santa casa.

—Ha sido él..., mira, pone carita de inocencia, pero su mano es la que ha abierto el grifo —no me engaña, pero obviamente, el niño sin ayuda no lo ha hecho.

—No le encuentro la gracia. —Y no la tiene. Hay que cambiar el ánodo del termo, la presión de la ducha de la suite es muy débil y cuando alguien abre un grifo de agua caliente, un chorro de fría te congela el alma. Ella lo sabe, tiene las mismas ideas de *Damien*.

—Eres muy soso.

—Con llamar a un lampista, sería suficiente. No es necesario esas

muestras de ingenio malvado para recordarme que está averiado.

—Dijiste antes de ayer: «*No avises a nadie, lo arreglaré yo.*»

—No estuve ayer.

—Llamaré a Saúl para que le eche un vistazo..., hace algún tiempo ya me reparó la lavadora.

—Saúl, por qué Saúl. —Tenemos muy buena relación, nuestros hijos van a la misma escuela. Pero, sigue sin gustarme que lo nombre con la idea de encelarme.

—Para que venga un tío con tripa cervecera y los pantalones caídos, revelando que tiene más pelo en el culo que en la cabeza, prefiero a Saúl, es mucho más agradable de ver.

—Esas insinuaciones son molestas y me tocan el *cimbrel*.

—No digas *cimbrel* delante del nene, ahora es una esponja y podría ser esa su primera palabra...

—Solo balbucea y el *ajo* no cuenta como vocablo, primero tendrá que decir papá.

—Lo primero que salió de mi boca fue *sausage*^[136], con lo cual, el nene puede decir *cimbrel* perfectamente.

—Mi niño es normal, dirá papá como los niños normales.

—¿Me estás llamando anormal...?

—Especial...

—Anda, tápate que le puedes causar complejos.

—Orgullosos les dirá a los amigos lo bien dotado que está su *aita*... ¿A qué sí, Viktor?

—O sus aptitudes de histrión. La profesora de la guardería aún se le escapa la risa cuando te ve llegar con él. —Me estará restregando toda la vida terrenal y toda la celestial o infernal, que le pedí a la maestra un resguardo conforme se lo entregaba.

—Yo cuando dejo los trajes en la lavandería, siempre me dan un recibo...

—Para que lo encuentren rápido, entre cincuenta muy similares.

—¿Y qué hay de diferente? —A mi Viktor lo descubriría entre un millón, mi psiquis reproduce su llanto incluso en los juzgados entre los recesos concedidos por el juez.

—¿Qué sabrías reconocer al tuyo, bobo!

—Y ellas, ¿sabrían quién es el padre? ¡¿Eh?! ¿Y si se lo entregan a otro?

—Lo devolverían rápido, tiene más genes vascos que catalanes.

—Sí, ya..., tienes tú, unas cualidades de catalana sociable de ejemplo para manual...

—¡Ep! No te pases, que me han hecho administradora del grupo de WhatsApp, *dels Dracs*. —Imposible, no se habla con ninguna de las mamás de la clase de la niña.

—Comprueba no te hayas quedado sola..., ¿desde hace cuánto no miras la actividad del grupo? Pásame la camiseta y unos gayumbos, anda sé útil. —Cómo eleva mi ego que todavía me mire y se recree.

—Ten... Lo silencié al día siguiente de darles el número, me consumía la batería del teléfono... cotorreando, que si el regalo para la maestra, que si el cumple de ese niño tan pegón, que si venden huevos ecológicos..., lo miro muy de tanto en tanto. —No lo hace, últimamente se ponen en contacto conmigo.

—Fijo que la única integrante del grupo eres tú.

—Luego le doy un vistazo, pero de ser así..., ¡qué feo!

—Nena, soy yo quien se chupa las infumables fiestas a las que invitan a la niña.

—Te haces fotitos con todas las mamis..., ¡menudos pendones! —¿Celos? ¿A qué pica? Estiremos el momento.

—Son muy majas y agradables.

—Se imaginan guarradas contigo, esas risitas tontas las delata..., ¿a qué sí?

—Olympia, que tienes al niño en brazos... —Sí, es una amonestación para eludir la respuesta, porque yo opino lo mismo.

—No se entera... ¿Verdad, Viktor? —Mi niño la mira y le sonrío con embeleso, qué lazo tan estrecho tienen los hijos con las madres, parecen estar conectados en la misma fase en paralelos distintos..., incluso aunque biológicamente no tengan nada en común.

—Yo no tengo más ojos, que para ti. —Es la mujer más hermosa del universo, y es mía.

—Aunque, viendo el elenco de padres en la puerta del colegio, es natural.

—Exactamente lo mismo pienso yo del elenco de madres.

—Alatz, cariño, brillas... —Aún logra sorprenderme. Pasa del agravio al halago en un pestañeo, exactamente igual que Viktor de la alegría al llanto.

—Me hacéis brillar.

—No, Alatz, brillas en el sentido literal de la palabra..., ¡Coi!, ¡pareces un Cullen^[137] al sol! —¿Eh?

—¡Dios mío de mi vida! —El espejo no miente, soy brillante, refulgente, ¡va a acabar conmigo!

—¿Qué le has puesto al gel?

—Nada... Te lo prometo y no estoy cruzando los dedos... ¿Cuál has usado?

—¡El que había en la ducha! ¡El que uso siempre!

—El de siempre se acabó ayer, creo que has utilizado el de Arlette, de chispitas de estrellas... —Se acerca y me olfatea el pecho—, con aroma a cereza.

—¡De verdad! ¡Esto raya lo insólito! ¿Cómo pretendes que salga así a la calle? ¡Y oliendo a caramelo!

—Bueno, no te queda nada mal y los vampiros luminosos están de moda..., o estuvieron... ¿Qué más da? Podrías pasar por uno..., o por una *Drag Queen* con restos del maquillaje *waterproof*^[138]—No sé qué me molesta más, si parecer una cabaretera o el tono de burla de mi amada esposa.

—¡Calla! ¡Te lo imploro! ¡Qué suplicio me ha caído contigo!

—¡Ep! No te alteres...

—¿Y con qué elimino la purpurina esta?

—Con agua y jabón.

—¡¿Pero si no hay gel?!

—El del niño no te va a servir..., no hace espuma...

—¿Y qué me sugieres, cariño? ¡Porque es festivo y todo está cerrado!

—Hay dos opciones...

—Al grano, Olympia.

—O te lavas con detergente líquido para ropa de bebés..., ya sabes, el de la ovejita... —Dame paciencia Señor de los Pacientes... No me va a servir de nada saltar por la ventana, caería en el inflable de los niños y desde poca altura... Es lo que tienen las casas, no garantizan el suicidio.

—¿O? —Sí, lo reconozco, estoy desesperado.

—O te apañas con mi gel íntimo.

—¿Gel íntimo? —¡Qué no sea lo que pienso que es!

—Alatz, Dios mío de mi vida, el que uso para lavarme ya sabes..., la flor.

—¿Qué me lave con jabón *chuminero*?! —Esto es extremo... ¿Qué soy vasco, coño!

—Nene, si sirve para una zona tan delicada, sirve para el resto del cuerpo.

—¿Y a qué huele?

—¡A limpio! A qué va oler, ¿a marisco?

—¡Yo qué sé...! Pensaba que usabas un jabón para todo. —¡Perdona por no plantearme esas cuestiones tan trascendentales!

—¡Claro hombre! Prueba de meter el Moussel por el agujerito del pito, y no das menos de siete vueltas brincando por todo el jardín en pelotas.

—Anda trae..., iré emitiendo señales equivocadas... Un *tiarrón* del norte, con aroma a chocho limpio. ¡Demos gracias a qué hoy es fiesta! De sucederme el lunes, con reuniones y acuerdos, ¡acabas con mi prestigio!

—Eres muy tonto, Alatz... Toma, es mousse, si pones mucha cantidad hará demasiada espuma... Intenta calcular una nuez por zona.

—¡Mido prácticamente dos metros! ¿Puedes ser más concisa con el tamaño de la nuez? Entiendo, que la recomendación es una nuez para una flor, yo, ¿cuántas flores soy, Olympia?

—¡Ay, nene! Pon lo que tú veas, estás imposible.

—Acabas de pisotear toda mi hombría...

—Tengo un ejemplo de tu hombría entre los brazos, no seas remilgado.

—Mami, necesito intimidad...

—Oh, sí..., por descontado... Disfruta de la experiencia.

Sale rota de la risa. Yo no me río. Ahora mismo no puedo; luego más tarde, cuando compruebe que no emito feromonas, a lo mejor le encuentro el qué.

Cuando estaba soltero, marchar de casa era tan sencillo como coger las llaves, la cartera, abrir la puerta, salir y cerrar tras de mí. La cosa empeoró con Miranda, tomé por costumbre mentirle en cuanto a la hora concertada, si quedábamos a las diez, para ella sería a las nueve, de esta manera nos retrasábamos solo unos quince minutos... Con Olympia logré corregir la situación, tampoco es que sea fiel seguidora del segundero, generalmente lo deja todo para el último instante, con lo cual lo frecuente es verla correr removiendo objetos y papeles, dando saltitos colocándose los zapatos a la vez que estira del bolso, sujeta bajo la axila el iPad y abre todos los cajones del taquillón buscando el mando del coche que nunca deja en el mismo sitio. Un desastre, aunque programada para aparecer en el emplazamiento concertado dentro de los cinco minutos de cortesía.

Desde que tenemos hijos, vivimos en una encarnecida lucha contra *Chronos* y perdemos inexcusablemente. Podríamos empezar a prepararnos para salir el día de antes, el mes de antes, el año de antes..., es indiferente, el momento de atravesar el umbral es un espejismo.

Sí, la puerta está ahí, con su marco, su maneta, dispuesta a brindarte paso... Sin embargo, se aleja..., incluso en ocasiones, desaparece, y sabes de antemano, que será imposible cruzarla, que todo se ha puesto en contra para cumplir ese objetivo, y cansado, te sientas en el sofá y no lloras, porque los hombres no lloran por no poder cruzar una puerta, no obstante, mentalmente hasta hipas con la llantera imaginaria de desahogo.

Y no deja de ser una rutina diaria, pero, o no hay manera de pillarle el tranquilo o nuestra memoria a cortísimo plazo es del tamaño de un cacahuete.

Todos los días, indefectiblemente, haga sol, llueva o nieve, Arlette decide que la ropa que escogió la noche anterior no es la adecuada a la mañana siguiente, y ahí empieza la negociación, que si el color no me gusta, que si el jersey pica, que si la costura del pantalón es gruesa, que si las braguitas se le meten por el *culete*..., ¡tentado he estado en buscarle un tanga!

Yo al cole iba con uniforme de color gris, con polo blanco y chaqueta, no había discrepancias estéticas, todos iguales y arreando. Ahora, eso está en desuso porque los niños necesitan expresar su personalidad y su estilo... ¡Por el amor de *Dior*! ¡Solo tiene tres años y medio! Su gama cromática ideal es del rosa a la lila...

Cuando consigo sentarla a desayunar, con la ayuda de Elisa, la asistente —¡una santa!—, voy a la cuna de Viktor, que ha tomado por costumbre quedarse dormido profundamente media hora antes de despertarle y pilla tal rebote, que se amorata, hasta deja de respirar con la rabieta. Al principio me asustaba, ahora cuando monta en cólera, le soplo dentro de la boca y así, logro que tome aire para llorar más fuerte y que no se ahogue.

Odio profundamente los leotardos, me superan. Creo que para mi mujer deben de ser una prenda fetiche, no contenta con encasquetárselos a Arlette, que es muy repipi, también se los pone al niño..., ¡al niño!, que tiene alma de contorsionista. Tres veces —que recuerde— ha ido con los pies metidos en donde tendría que ir el talón..., la última, la profesora delicadamente comentó: «—*Papá* —se dirige así a todos por papás y mamás, la técnica para no equivocarse con el nombre, algo similar a llamar cariño al marido y al amante —, *no es necesario que le pongas leotardos al niño, hay calefacción en las aulas*». ¡Díselo tú a mi mujer! ¡Yo no tengo huevos ni a insinuárselo!

Suerte que con el biberón no hay problemas, es un aspirador de leche, tal como la tetina le toca en los labios, traga como si fuera el último. Y las ansias provocan gases y los gases, después del atracón, vienen con premio, y justo cuando ya lo tienes todo preparado, un tufillo indica que el pañal ha cambiado de tono.

No sé dónde leí o escuché, que la caca del lactante no huele..., como encuentre quién lo afirma, le envío el contenedor de pañales, a ver si se le despierta el olfato. El camión del vertedero que recoge los residuos orgánicos terminará por enviar al vecindario el de desechos radioactivos...

Llegados a este punto exclamas: ¡genial!, *pompis* limpio, niños desayunados, ¡arreando qué es gerundio!

Pues no, cuando consigues meterlos en el coche, colocarlos en las sillitas y abrochar las cintas de seguridad, mi niña, ineluctablemente, aunque haya ido al baño antes de bajar las escaleras hasta el garaje, dice con su tierna y preciosa voz: «*Daddy, I have wee wee*»^[139], y sí, entonces te reconoces paciente, aunque por dentro estés en plena batalla de las Termópilas.

Al llegar al despacho, casi estoy para meterme en la cama de nuevo, y ni me sorprende encontrar en el maletín, el peluche preferido de mi niña, o uno de los chupetes de *my warrior*, o unas medias de su madre... Cualquiera día aparece Rosi de Palma con una compresa.

Por las tardes Pimpi los recoge, y creo que esas horas son mucho peor, porque el cansancio a los niños no los aplatana, al contrario, descargan las baterías mediante pataletas y verraqueras, todo es no quiero, no gusta, eres feo... ¡Feo a mí!

Recuerdo un día, Viktor debería de tener un par de semanas de vida, abrí la puerta de casa y me encontré a los tres llorando desconsoladamente, el niño porque sí, en su línea, su madre por loca hormonalmente sensible y Arlette, por simpatía.

Cierto es, que la situación ha cambiado y hemos aprendido a convivir con ese soniquete quejica a modo de hilo musical..., supongo que, cuando tenga veinte años ya no llorará tanto.

No obstante, a pesar de este ritmo frenético, no cambiaría absolutamente nada.

Hoy es nuestro quinto aniversario de casados, mis padres están de visita y, como ellos no tienen la enorme suerte de disfrutar de la compañía asidua de los nietos, se van a ocupar de ellos hasta mañana. Otra cosa es que a raíz del endose decidan no volver a Barcelona.

—¿Crees que estarán bien? —Y le entran las dudas cuando estamos fuera de la provincia.

—Mi madre ha criado a tres hijos y recuerda que dos son gemelas.

—No lo digo por los niños. —Sabia preocupación.

—Tus padres viven a dos manzanas, pueden solicitar apoyo logístico.

—Cuando volvamos van a necesitar terapia de relajación en una clínica de reposo.

—A base de caracoles y pastillas... —hago alusión a un libro muy ácido que estoy acabando de leer de una escritora contemporánea, Dublineta Eire Perceval..., muy loca.

—Les compensaremos a los cuatro con un viaje en el Transiberiano, el domingo pasado estaban muy animados los cuatro con la idea.

—Es bonito que haya unidad entre las dos partes de la familia, me gusta. —En el concepto de familia Gorraiz-Fasol, la hermana de Pimpi no cuenta, tengo entendido que le sale un sarpullido hasta el punto de inflamársele la cabeza cada vez que alguien nos nombra.

—Sí, es una suerte poder juntarnos sin incomodidades ni tensiones.

—¿A dónde me llevas?

—¿Es cosa mía o al detenerte en un paso de peatones, en dónde solo

espera una única persona, repentinamente aparece hasta la banda del pueblo?
—Técnica de despiste absurda marca Alatz.

—Es cosa tuya. ¿A dónde me llevas, esposo?

—Te secuestro para mí, esto de compartirte continuamente me pone muy celoso.

—Bien, no me contestes.

—No te contesto.

—Con salir al cine, ya me daba por satisfecha.

—Todas las películas eran bodrios comerciales.

—Tú, todo lo consideras bodrio comercial, a mí las películas de autor me gustan, pero los *superalgo*, con súper músculos tienen su qué, no argumental, pero sí visual.

—Estarás hablando de los efectos especiales..., ¿no?

—Claro..., a eso me refería, *my love*.

—Pensé que ya tenías en mí tu referente masculino sublime.

—Si no comparo, ¿cómo puedo afirmarlo? —ese tonillo de ingenuidad ya no convence.

—¿No tuvisteis suficiente con los bomberos ayer? —Elido por suerte estaba allí reformando la instalación cuando se incendió la nave contigua y nos puso en antecedentes. Chicos chascos se llevaron...

—¡Oh, sí! Clavados a los de los calendarios solidarios.

—¿Qué calendarios, mami?

—Pues esos que salen los meses con sus días..., incluso algunos incluyen los santos.

—¿Inocentes?

—Todos..., todos inocentes... —Cuánta perversidad.

—Por lo visto, llegaron los primeros —sugerido en tono de burla.

—Los primeros después de las dos unidades de policía local, otra de *Mossos d'Escuadra* y dos ambulancias, estos últimos con una lucidez pasmosa.

—De eso no sé nada...

—El personal de todas las naves adyacentes, en la calle, más los curiosos, menos los bomberos, y pregunta el médico: «¿alguien con intoxicación por inhalación de monóxido de carbono?»

—¡Será verdad!

—De ponerse a vender calcetines a granel, tampoco nos hubiera

sorprendido demasiado.

—¿Y cuándo aparecieron a sofocar el incendio?

—Después de que los *Mossos* entraran en la empresa de los vecinos, y extinguieran las llamas con un par de vasos de agua.

—¡Qué exagerada! Cómo te va la crítica punzante.

—Tras su intervención, pudimos regresar al despacho con todas las garantías... Un cuarto de hora más tarde, tres dotaciones de bomberos fueron a levantar acta..., y no, no son como los de New York.

—¡Qué decepción! —en caso contrario la charla resultaría algo irritante.

—Mira, pues sí..., una tiende a mitificar ciertas profesiones de acción, da alas a su entelequia con los uniformes..., y había uno de ellos que, de deslizarse por esa barra típica en los parques de bomberos, lo taponaba, fijo. — Ay, me conmueve la pena.

—Ah, vaya..., mi profesión no excita tu imaginación.

—La toga no marca el trasero...

—No sabes la suerte que tienes. Estás casada con un portento de la naturaleza y no le sacas partido a tu fortuna.

—No soy de la misma opinión, aunque no me apetece debatir eso ahora.

—Mami..., nuestras vidas se definen sumando todas las oportunidades que tenemos, incluyendo las que perdemos.

—Y los Picapiedra festejan la Navidad morando una era antes que Cristo. —Cinco años y aún me cuesta admitir que, si avisa de que no va a hacer, decir o admitir algo, no va a hacerlo, decirlo o admitirlo, por mucho que lo intentes.

—Perfecto, mami..., capto.

—Se agradece. —Cambiaremos de tercio.

—Y, finalmente, ¿dónde celebrareis la despedida de soltera de Leo? — Ese sentido que identifica las miradas suspicaces en el cogote, hacen que giren todas las alarmas.

—¿Y vosotros?

—He preguntado yo primero.

—Y yo después... —si me obstino con la posición de la respuesta, cambiará la prioridad de la pregunta. Cedo.

—Este tío conoce a medio planeta, su hermano ha alquilado una nave y le montan allí la fiesta.

—Entiendo.

—Qué entiendes.

—Catering del malo, bebida sin control y algunas guarrillas...

—Es feo menospreciar profesiones tan arraigadas en la cultura popular.

—Sí, os van mucho las mujeres populares de potorro alegre. — Celosilla...

—Es un *striptease*, te has pasado veinte pueblos.

—No entiendo esa necesidad casquivana de ver cuerpos ajenos al de la pareja en bolas.

—Que me lo digas tú, cuando hace un momento estabas ofendidísima por el poco fondo del cuerpo de bomberos, tiene guasa.

—Lo sacas de contexto, a nosotras las mangueras no nos impresionan..., además, considero que el hombre desnudo, en desnudo integral, pierde encanto. —¿Pero?! ¿Qué me estás contando?!

—¿Crees que pierdo *sex-appeal* mostrando todos mis atributos?

—Eres un dios heleno, pero no ganas en atractivo exhibiendo el pingajo.

—¿Pingajo? ¡Ostras Olimpia, hay que joderse!

—El cuerpo de la mujer está mejor acabado, todo es más equilibrado. Piénsalo de manera objetiva, tienes unos bíceps bien torneados, unos pectorales sublimes, la tabletita de chocolate definida, los oblicuos marcados majestuosamente junto al vientre terso y musculado y, repentinamente, ahí colgando..., *Calamardo*.

—Es humillante adjetivar al órgano que más placer te provoca con ese término tan desafortunado...

—No estoy hablando de sus usos y utilidades.

—Humillas mis inocencias solo por celos motivados por observar el cuerpo de otra mujer.

—No es grato, aunque tampoco es una justificación.

—Tus palabras podrían ocasionarle una baja por depresión.

—Tengo recursos tácticos para reanimarla. —Ni a mí, ni a mi ultrajada picha, se nos pasa el tono pícaro..., y tiene razón, la resucitaría incluso muerta.

—Volviendo al inicio de este vilipendio gratuito..., ¿me contestas?

—Nosotras nos vamos a Menorca.

—¡A Menorca! ¿No había nada más cerca?

—Menorca está cerca. Cuarenta minutos en avión, se tarda más en llegar a Girona en coche.

—¿Y tenéis pensado ir y volver el mismo día?

—No, será un fin de semana completo...

—¿No te entristece dejarme solo ante el peligro?

—No. Además, podéis juntaros Saúl, Elido y tú en casa, así los niños pueden teneros controlados.

—Bueno..., ya me darás todos los datos para poder organizarme.

—No sufras por eso, en breve te pasaré las fechas para que las incluyas en la agenda.

—Creí que no se casarían, Leo no estaba muy por la labor.

—La han presionado para que tomara la decisión de cambiar de estado civil.

—Odio profundamente a esa gente que en las bodas pregunta a las parejas solteras: «¿y vosotros para cuándo?», poniéndoles en un aprieto.

—Yo les haría la misma pregunta si me encontrara a esos mequetrefes, metomentodo, aburridos de su vida, en un funeral. —No puedo por menos que romper a reír imaginándome la escena, a sabiendas que mi Pimpi es capaz de sugerirles hasta la fecha del sepelio.

—¡Ay, nena! ¡Cómo te quiero!

Entre tanto hemos llegado al destino, una casa rural en una zona apartada en Lleida, en plena montaña.

Escogí esta en concreto porque tiene un jacuzzi climatizado en el jardín, mi mente intemperante ya ha dispuesto como repartir las horas y las actividades, centrándolas *indoor /outdoor* a partes iguales. Me relamo en mis fantasías, todo sea que, con la falta de sueño que arrastramos ambos, no pasemos más allá del primer revolcón.

Por si acaso y en previsión a no llegar al segundo asalto nocturno — porque del matinal no se libra—, envié por mensajería urgente al propietario del chalet, una botella de Krug Clos d'Ambonnay, para que a nuestra llegada estuviera en su punto idóneo.

—¡Hala, chaval! ¡Hala, chaval! —Efecto jacuzzi humeante y cromo terapéutico.

—Es muy sugerente... —La abrazo por detrás y beso su cuello.

—¿Nos desnudamos aquí o dentro? —¡Los preliminares, nena! ¡los preliminares!

—¿Tienes prisa? Pareces la abuela de la fabada. —Se da la vuelta dentro del arco de mis brazos y rodea con los suyos mi cuello.

—Espero que no te sobes mientras me desvisto.

—¿Quién ha dicho que vas a desnudarte tú solita?

—Has dispuesto celebrar nuestro quinto aniversario en horizontal.

—Entre otras posiciones... Vamos a dentro, entramos en calor y luego salimos a relajarnos, o no...

—Ves bajando la temperatura del agua si no quieres que se evapore...

La alzo en volandas, ella aprovecha a besarme el cuello y un escalofrío de satisfacción me cruza en vertical. Mira que nos habremos besado veces, pero mi organismo experimenta una sensación nueva con cada uno de ellos.

Me apaño como puedo para abrir la puerta y no soltarla, mientras continúa erizándose la piel, entre otras cosas.

—Esto le gusta al nene.

—La nena lo sabe.

—¿Quieres ver la casa? —que diga que no, que diga que no...

—Me paso el día viendo estructuras y revistiéndolas..., podemos saltarnos las presentaciones. —¡Bien!

—Pues directo a nuestros aposentos, mi señora —expresión muy ampulosa para ir abriendo puertas a patadas, y eso aún vestidos.

—¿Ahora quién es la abuela de la fabada?

Desnudarla es uno de los mayores deleites con los que cuento en mi vida, siempre que no lleve el pijama alpino, impermeable e irrompible, que no permite ni obtener unos grados de calor de su cuerpo, ese cuerpo que es mi templo.

Todo en ella es digno de alabanzas. Se queja de que el embarazo hizo estragos en él, nada más lejos de la realidad, es muy sugerente, extremadamente sensual, solo consiguió aumentar su atractivo, además de que albergaba a nuestro *porculosín*, y eso lo convierte en único e inigualable.

Tenerla entre mis brazos, acariciando con mis labios cada milímetro de su piel es excitante sin parangón, poderlo hacer sin la presión de escuchar un llanto o de que una niña con la melena lacia y larga arrastrando un peluche raído, entre sin avisar en la habitación sin hacer ruido, se sitúe al lado de la cama para pedirte agua en plena marcha larga, es una experiencia religiosa... Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Creo no disponer de suficientes apéndices para llegar a todos los recovecos en donde saciar mi apetito y satisfacerla como se merece. Doy gracias por tener las llaves de su intimidad, de poder gozar de ella a mi antojo, tomarla lento, cambiar el paso, que se muestre brusca, decidida,

alterada, excitada..., sedienta... Doy gracias por reencontrarla en el momento preciso, cuando ambos habíamos fracasado lo suficiente sentimentalmente para descubrir que juntos triunfaríamos.

—¿En qué piensas?

—En ti..., en lo bonita que eres, en lo bien que te sienta el sexo...

—Te quiero, *porculoso* mío. Me haces muy feliz.

—Y yo, tía borde.

—Gracias, Alatz —no parece sorna, y si se acurruca en mi pecho en lugar de darme un empujón, es porque estoy en lo cierto.

—No se merecen, aunque esto solo es el aperitivo, nena.

—Alatz, jamás se me ocurriría darte las gracias por echarme un polvo.

—No rompas el clima y fundamenta tus palabras. —Resopla. A mí me gusta escucharte hablar, nena.

—Pues, te agradezco que me buscaras, que persistieras, que no me hicieras caso, que decidieras apostar por lo nuestro y no te dejaras disuadir por mis inseguridades...

—Nena, cuando te vi aquel día con Saúl, a él lo hubiera descabezado y a ti te hubiera secado la ropa... —ríete, no sabes tú lo que me removiste por dentro, no hubo ángel ni demonio que no pelearan sus argumentaciones.

—Tengo la sensación de que esa ha sido nuestra única casualidad.

—¡Ay, nena! No se te escapa una... —Reímos los dos, sabe mucho la esposa y madre de mis hijos. La estrecho con fuerza afianzando el instante— Te recuperé en un momento oscuro y la verdad, iluminaste mi vida desde aquel segundo.

—Siempre me has hecho sentir como si yo fuera suficiente..., como gritando al mundo: «¡*Ep, esta es Olympia, mi todo!*!» —no podría haberlo expresado mejor.

—Necesitaba a una Olympia Fasol en mi vida..., te llevaba inscrito en mi secuencia cromosómica... Te he querido siempre, nena —esa confesión es merecedora de un beso con sustancia y no me deja con las ganas.

—Me encanta nuestra familia, a pesar de las ojeras, el estrés y nuestra escasez de tiempo en pareja..., y adoro todos esos detallitos que tienes conmigo, como traerme el desayuno a la cama los domingos, levantarte a consolar a los niños sin pereza, tomarte la paternidad de manera responsable implicándote al cien por cien, haciendo encaje de bolillos para poder bañarles, contarles un cuento...

—No lo considero un sacrificio, nena..., al contrario, me da vida. Agradezco efusivamente a mi buena estrella por ponerte aquella noche en mi camino. Estoy tan enamorado de ti, que solo deseo que entiendas que tú me haces mejor. ¡Mira cómo hemos crecido!

—Quiero quedarme contigo hasta que nos aumenten de tamaño las orejas y la nariz, y estemos muy arrugaditos...

—Pues yo, quiero quedarme contigo incluso cuando seamos fantasmas, te prometo que ni la muerte nos va a separar.

—Jo, nene, no sé cómo tomarme eso..., eres muy *porculoso*.

—Y tú muy borde.

—Ya no tanto, me he reformado bastante.

—Eso es lo que tú piensas, solo aparece la Olympia de dulce caramelo con los niños, pero con todo el que supera el metro veinte..., no, todo sigue igual de crudo.

—¡Bah! —se arrellana más si se puede a mi torso y yo me siento el amo del universo, de mi universo Olympia—, ¿Oye...? ¿Por qué no encendemos la chimenea?

—¿La de la habitación?

—No, cielo, la de la barbacoa..., y asamos unos churrascos. —No da tregua.

—Estoy en bolas, mami.

—Ya salgo yo a por la leña.

—¿Cómo vas a ir ahora a buscar leña? ¿A dónde?

—¿A la leñera? Si tienen hogar, tienen leñera..., no me planteaba coger un hacha y talar medio campo de pinos.

—Anda, dame esa bata minúscula y transparente, que ni tapa el frío ni cubre el cuerpo...

—Si no te va a ser útil, ¿para qué te la vas a poner?

—Para no rasparme con las ramas. —Se parte, yo me trago el orgullo varonil y ella se ahoga en carcajadas.

—No me la rasgues, es muy bonita.

—Aunque del todo absurda, no la llevas puesta lo suficiente para darme cuenta de que la llevas puesta.

—Y eso va a ser culpa mía. No me desnudes a la velocidad de la luz y así podrás descubrir su sutileza... Pensándolo bien, mejor que lo vas a notar en este instante, nunca.

Saldré a buscar unos troncos para darle el gusto a la muchacha. Es curioso que ahora se obstine en encenderla y cuando proyectamos nuestra casa, se negó en rotundo a que se diseñara una en el salón, no recuerdo cuántas pegas le ofreció al arquitecto, el pobre hombre aún debe de tener pesadillas con mi mujer.

Menos mal que en este enclave alejado de núcleos urbanos, no hay vecinos que puedan estar al acecho, mi aspecto es deplorable, una imagen de aquellas de comedia inglesa de humor ridículo..., que, justamente es como me siento ahora mismo, ridículo.

La leñera está visible, hay troncos finos y por suerte unas pastillas de encendido. Este chalet está acondicionado para fines de semana románticos, no le falta detalle.

Con un par de leños ya será suficiente para satisfacer su antojo.

¡Vale genial! Se me ha cerrado la puerta con las llaves por dentro y no tiene maneta, ¡menudo atraso!

No es pleno invierno, pero hace frío para estar con una gasa dorada a la intemperie. Mis pelotas son canicas y esta mujer, ¡qué no abre!, amanecerá antes... Me veo solo tomando calor en el jacuzzi...

—Ejem... ¿Disculpe?

—¡Ahhhhhhhh! —¡Joder qué susto! No me he meado porque tengo la picha del tamaño de un ganchito—. ¡Quién es usted!

—Soy..., soy la propietaria —se presenta tapándose los ojos con una mano y con una botella de champagne carísimo estirada hacia mí, ¡mi botella!

—¡No puede aparecer aquí sin avisar! —Espero que la teoría de los seis grados de separación no cuente con esta mujer como nexo..., fijo, pierdo toda la reputación de abogado serio y diligente.

—Solo le traía la botella, mi marido pensó que era un obsequio para él. Disculpe la intromisión. —La deposita en el suelo como si fuera una pistola y retrocede dos pasos enseñándome las palmas. Y yo aquí, ataviado con una sexi bata de tul abrazado a un par de ramas secas—. Me marchó..., que disfrute de la velada... Esto..., me voy.

Camina visiblemente abochornada. Estoy trasformando mi vergüenza en irritación.

—¡Olympia! ¡Me cago en la mar!

—¿Qué pasa? —¡Ole la parsimonia con la que se menea! Cuando por lo general todo lo hace corriendo.

—¿Que, qué pasa?! ¿Que, qué pasa?! ¡Abre o tiro la puerta!

—¿Había algún bichito entre los leños? ¿El de la mala leche? —Entro y es tal el grado de rabia, que no noto ni el cambio de temperatura.

—¡Mira! —Señalo la botella, frunce el ceño.

—¿Se te ha caído en un pie?

—Olympia, no estoy en este momento para escuchar tus *memes*.

—¡Tío, respira y relájate, qué yo no sé en qué momento estás!

—¿Dónde andabas?

—Meando, hijo..., meando.

—Pues mientras tú meabas, nos ha visitado la dueña de la casa.

—¿Y te ha visto así? —Le entrará hipo del ataque de risa—, pues debe de haber gozado como nunca...

—Tienes poder de atracción para las situaciones insólitas.

—Es sugestivo, lo induces tú mismo, llamas al mal tiempo y llueve.

—Haz el favor de coger la botella y meterla en la fresquera. Antes de abrirla, he de borrar el estigma del recuerdo.

—¡Tú sí que estás hecho un buen estigma! ¿¿Cómo se te ocurre comprar esta excentricidad de vino con burbujas!? A mí ya me parece exquisito un cava Juvé i Camps.

—Calla, te lo suplico, y cuando me halle más calmado, menos avergonzado y más dispuesto, saldremos al jacuzzi y nos tomaremos la botella entera y tú dirás que es excelente, soberbio, maravilloso..., lo mejor que has tenido en la boca. —Se muerde los labios para no replicar, o por no estallar a reír.

—¿Enciendes el hogar? Te va a resultar sencillo, estás que ardes.

No tiene remedio, en lugar de responder compasivamente, ¡venga a darle leña al mono! ¡Que es de goma! Y hablando de leña..., está húmeda..., pondré las hojas de las revistas, no creo que las echen en falta son tan antiguas como el diablo, la que estoy desguazando, tiene en portada a Belén Esteban con nariz.

¿Qué le pasa a esta chimenea? No traga, ¡joder, me estoy ahogando con el humo!

—¡Alatz! ¿Qué haces?

—¿Encender la puñetera chimenea?! —Leña, humo, fuego..., ¿cuántas pistas necesitas, amor?

—¿Y por qué no has abierto la válvula de paso? —¿Y por qué no

activamos el condensador de *fluzo*?

—En mi vida he tenido que encender una chimenea.

—Pues en tu casa tenéis tres —comenta abanicándose mientras se acerca. La habitación es un ahumadero de cochinos.

—Por no repetirme, ¿en qué punto me has dejado de escuchar?

—De veras, nene..., estoy por lanzar una baliza para que vengan a rescatarme. ¡Llevas un ratito imposible! —Salta por encima de la cama buscando el lado más oculto de la maldita chimenea—. Aparta, te mueves menos que los dientes de arriba.

Respira Alatz, no contestes, iba a ser una noche especial, y a este paso vendrán hasta los TEDAX.

Acciona una palanca a la derecha, se abre el obturador y cae en la hoguera un nido con una paloma que ya debería estar muerta... Olympia ha pegado un grito de pánico, yo ni me he inmutado, y no lo hubiera hecho ni cayendo San Nicolás por el hueco.

El animal chisporrotea y Olympia se abraza a mí..., ¿puede suceder algo más?

—Nena, ¿has metido el champagne en la fresquera?

—Sí, papi.

—¿Te apetece un baño mirando las estrellas?

—Sí, papi.

—¿Y dormir en el sofá?

—Sí, papi.

—Pues abre las ventanas, cierra la puerta y sigamos el plan establecido.

—Sí, papi.

Y sumisa la alzo nuevamente. Pasamos por el mueble bar, cogemos la botella y nos disponemos a continuar la noche donde la dejamos, amaneciendo dónde sea, cómo sea, pero abrazados..., como quiero que suceda el resto de nuestras vidas.

—∞ Epílogo ∞—

El método más eficiente en la planificación familiar, sin lugar a dudas, sin peros, sin excepciones rompiendo la regla, es tener hijos. Sí, así es, puedo aportar pruebas confirmando mi hipótesis.

Mi vasco y yo, éramos muy del aquí te pillo aquí te mato y un poquito más adelante, te remato. Ahora, si nos vemos asaltados por un súbito arrebató pasional —eso, gracias al divino pecado original, no ha cambiado entre nosotros—, alguno de nuestros mocosos aparece y con todo el morro, sin pedir permiso ni perdón, se mete por medio, buscando su cuota de besos y mimos.

También tienen la mala costumbre de caerse, cortándote el rollo con el porrazo y el berrido de después. Nuestro Viktor goza del don de la oportunidad y le pone tanto drama a un rasguño que le dura el disgusto como mínimo veinte minutos, enlazándolo con otro en la mano, pierna u ceja contraria. También suceden toda clase de infortunios domésticos provocados con sus juegos. En nuestra casa ya queda poco por romper, todo aquello que estaba suelto o sujeto con una alcaayata, se encuentra en la planta de reciclaje del municipio. ¡Ah!, y casi descuidaba ese maravilloso instante en el cual estamos en plena efusión de besos de mayor, entre mayores, y entran como un vendaval exigiendo ejerzas de consejero entre sus disputas. Yo ahí me desmarco, papá tiene más experiencia en solucionar conflictos llegando a acuerdos entre las partes.

Aquella sexualidad espontánea se acabó, cualquier día de estos, no tardando mucho, empezamos a agendar los horarios para nuestros encuentros íntimos. Me veo en plan: «*el martes tengo un hueco entre las doce y las dos*», y en respuesta: «*mejor por la tarde, las mañanas se me complican en los juzgados*».

Yo he descubierto una parte de mí desconocida hasta que nuestra princesa nos adoptó, aprendí a pedir ayuda, y con el nacimiento de mi *porculosín*, a echarle morro.

En ocasiones siento una especie de culpabilidad por tener a mis padres de canguros oficiales, ellos aseguran que cuidan de las fieras encantados, yo

no insisto en sacarles de su error.

Los padres de Alatz, también deseosos de compartir tiempo con sus nietos, vienen a menudo, y nosotros encantados le cedemos el honor de escucharlos pelearse y llorar por cualquier menudencia.

Otra cosa desvelada por el tiempo, es que los vascos han heredado la bizarría de hecho y fe, porque, ¡Santo Niño del Llanto Eterno!, Viktor lleva tres años y medio llorándolo todo. En fin, otro mito que a Olympia se le ha venido al suelo.

Y soy feliz, mi familia me hace tremendamente feliz. Mi vasco me pone al límite, como acostumbra, es nuestro roll, pero me siento plena a su lado. Hasta soy menos borde..., él asegura que no es así, pero yo me lo noto. El resto no lo sé, deberían. Puede que no todos los días, posiblemente uno de cada cinco..., yo lo considero una media aceptable.

—Mami... —¡Jo! La noche durmiendo se pasa en un suspiro.

—*Uhm...* ¿Qué hora es?

—Aún es pronto..., o no, a juzgar por cómo te lías cuando has de dejar a los peques en el cole. Y eso que hoy, te será más sencillo, solo has de llevarte a Viktor.

—Alatz, ¿no se te hace tarde para tomar el avión? —Si me despiertas a las cinco, te expones a marcharte insultado y más avasallándome con la ironía.

—Voy bien de tiempo, soy más organizado.

—Y más creído.

—Con mejor talante..., más comprensivo. Y, con una cuarentena qué ya desearían muchos veinteañeros.

—Eres abogado, Alatz, no Dios... Además, domésticamente, eres blandito, muy blandito.

—El puesto otorgado, mami. Tú el poli malo, yo el poli bueno.

—Pamplinadas, te hace un *pucherín* Arlette y casi lloras tú.

—¿Celos?

—Eres muy tonto, Alatz. —Me besa riendo—. ¿Cambiaste el vuelo para regresar hoy?

—Sí, aunque embarcaré muy tarde. Si no quería hacer escalas, no me quedaba otra.

—Tardarás lo mismo en llegar.

—Pero llegaré, es lo que cuenta. —El mundo está tan revuelto, que me angustia mi imaginación catastrófica. Me incorporo y le abrazo apoyando la

cabeza en su pecho.

—No te preocupes. Te llamaré en cuanto aterrice.

—Me asusta. Lo sabes.

—Si viajas más veces tú que yo.

—Yo sé que no va a sucederme nada.

—¡Ay..., mi loquita! Pues igual que a mí. Aunque, sigue sin gustarme demasiado esa salida de chicas a Dublín.

—Pensamos Manhattan, pero para un fin de semana es justo. —Ni barajé la idea, ¿cómo iba a justificar el vuelo privado? ¿Cuántas remodelaciones gratis iba a costarnos eso? Pero, con tal de chincharle, todo vale.

—Nena, no me sorprendería. La despedida de soltera de Leo era en las Baleares y acabasteis en Las Vegas. Por cierto, ¿Saúl conoce el destino? Me veo incapaz de aguantar otra taladrada sobre inconsciencias y magnitudes.

—Magnitudes..., ¿de qué?

—De vuestros ovarios, medidas y peso. —Pobre Saúl, se ha ido a enamorar de una persona con poco carácter para las cuestiones cotidianas sin importancia, pero con un genio para lo que a él no le gusta, de aúpa.

—Llamaré histérico. Le propondré un trueque: disminución de mosqueo por una noche liberado de deberes parentales.

—Prefiero hacerme cargo de sus hijos a padecer su indignación ante la liberación femenina —le sonrío en respuesta a su mohín de impotencia—. ¿Qué?

—Al final vas a tener razón.

—Yo siempre tengo razón... Pero, en qué.

—En que íbamos a estar juntos hasta viejitos.

—No, te equivocas.

—¿Ya no piensas lo mismo?

—Te equivocas en la medida de tiempo empleada, te dije para siempre, eso engloba el más allá.

—Suena a amenaza.

—Tómalo como gustes, si he de soportarte en vida, paso de andar solo de muerto.

—Haces que un intento de piropo se convierta en un drama metafísico.

—¿Tenías pensado vagar sin mí entre mundos desconocidos?

—De un poco de espacio, sí esperaba disfrutar. Siendo fantasma podría sacar mi lado..., malvado.

—Haremos maldades juntos.

—Entonces, juntos para siempre. —Finjo, a través de un suspiro, desaliento.

—Eso me prometiste ante el juez de paz.

—Debo de empezar a medir mis juramentos, ¿llevas la cuenta de todos?

—No pierdo dato de ninguno.

—¿Los voy cumpliendo? Soy mucho de jurar en vano.

—Sí. Continúas haciéndome inmensamente feliz.

Nos besamos un ratito y le acompaño a la puerta con el camisón de Mafalda y los calcetines a juego. Otra de las cosas que cambian cuando eres madre, la lencería.

Arlette, arrastraba un peluche a todos lados. Al acabar el día podía mantenerse tieso. Durante el baño, su padre aprovechaba a meterlo en la lavadora con el programa de secado. Un día lo dejó en casa de los abuelos y no lo echó en falta, los dos suspiramos aliviados, habíamos llegado a visualizarla en su graduación lanzando el birrete con una mano y con la otra, acarreando el maldito perrito de trapo raído. Aún, disfrutando de ese hito, apareció Viktor, y de todas las peripecias superadas juntos, los cataplínes de mi niño han sido de las pruebas más duras. Lloro hasta para pedir agua.

La paternidad se basa en la ley del error y el acierto, y no concretamente en una proporción cercana al *fifty-fifty*^[140]. Si relato nuestra experiencia, la ponderación es de cinco a uno, y eso solo contando las decisiones tomadas intentando atinar con nuestra hija, que es menos obstinada. Con Viktor, cualquier estimación es imprecisa, rompe con la estadística.

Un día, estando yo de viaje, a Alatz la noche se le hizo muy larga, no conseguía calmar el llanto con ninguna de las técnicas ya experimentadas y efectivas, así que, como último recurso, fue al cesto de la ropa sucia —en lugar de al vestidor— y no se le ocurrió mejor idea que la de darle al niño mi picardías de raso gris antracita. Pues bien, la criatura adoptó la lencería a modo de madre en funciones al no estar la titular —y eso, que soy yo la encargada de hacerle los lavados nasales intentando eliminar la mucosidad. Llegué a pensar que acabaría siendo para mi niño, más tortura que consuelo—. Pues bien, si todos en casa deseábamos dormir, Viktor debía de acurrucarse con el chupete y la prenda tan poco apropiada. El problema se origina cuando la guardería te pide un juguete u objeto especial para las siestas y los

berrinches. Ahí la cosa se complica y yo, en un alarde de valentía, le pasé el testigo a Alatz. Es todo un padrazo y no siente pereza alguna en ocuparse de sus hijos, en el resto de supuestos y situaciones, sigue siendo la cosa más *porculosa* del cosmos.

Viktor, le ha tomado más cariño al camisón que Arlette a su peluche Agallas —el perro cobarde—, suerte que una vez pasan a ciclo infantil, se acabaron las siestas y utilizan el diálogo para solucionar los conflictos. Eso también me tiene maravillada, dialogar con mi hijo, es entrar en un bucle atestado de porqués, no quiero, qué asco y eres feo.

—Mi amor. Levanta, tenemos que ir al cole.

—*Ota ves.*

—Sí, hijo, de lunes a viernes, hay cole. —Por suerte.

—¿Y *daddy*^[141]? —¿Qué jaleo tenemos con los idiomas en esta bendita casa!

—Se ha ido al despacho, te lleva mami —de explicarle la verdad, el gimoteo está garantizado. Prefiero dejarlo para la vuelta, si no tengo prisa soy más paciente con sus llanteras.

—¿Y la *teta*^[142]? —si no le corto, va a preguntarme hasta por la familia que no conoce.

—De colonias. Viktor, arriba.

—*Cuato minutoz.*

—Vale. —Los niños no conocen las unidades de tiempo, cuatro minutos puede no llegar a diez segundos, como va a ser el caso. —Ya han pasado.

—Tan *gápido*, con el *daddy ez maz*.

—Papá es de letras, no sabe contar.

Aun argumentando, me ha costado un rato sacarlo de la cama, asearlo y vestirlo. Tiene una capacidad sobrenatural para mutar mi humor.

—¿Has hecho caca?

—No tengo *ganaz*. —Ese «*no tengo ganas*», ya me lo conozco.

—¿Vas al aseo y pruebas?

—*Mammy*, si no *zurt no zurt*^[143].

—En la calle no la harás, y no me pararé por muy insistente que seas.

—Vale.

No lo voy a convencer, mejor nos marchamos. Conozco sus horarios orgánicos, solo espero que nos dé tiempo hasta llegar a la escuela. No hay ni

un *pipi-can* de la ciudad en donde no haya dejado una muestra biológica, tiene cierta tendencia al exhibicionismo. Su padre insiste en que es pronto para asustarse, pero sinceramente, a mí me preocupa.

Vamos cantando a pleno pulmón. El desgañitarnos en los desplazamientos en automóvil es otra técnica para que Arlette se mantenga en la silla adaptada y Viktor se olvide de llorar durante un corto espacio de tiempo.

Ni me molesto en buscar aparcamiento delante de la puerta del colegio, prefiero pagar a llegar despeinada y con la bilis trepando por la garganta al despacho.

—Bueno, chaval, se acabó el billete. —Desabrocho el arnés y un olor particularmente desagradable, pero al que ya estoy acostumbrada, me alerta. Espero que sea *llufa*^[144].

—*Mammy, tinc caca.* —¡Lo sabía!

—Venga, sé un campeón y aguanta hasta el cole. —Lo saco del vehículo, impregnado de los efluvios pestilentes. Cuando abra la puerta de regreso, aún persistirá el hedor.

—*Mammy, no puero. Cezcapa.*

—Viktor, los aseos están en el piso inferior. —También conocemos la ubicación de todos los urinarios públicos—. ¿Vamos?

Se lleva las manos atrás moviendo las piernas en plan danza de la lluvia. ¡Otro glorioso día para Olympia!

—¡Mamá, me cago! —Esas son palabras mayores, ahora rezaré al Santo Niño de la Mierda para que no sea deshecha.

—Ven, nos pondremos detrás del coche. ¡Tienes la gracia de la eventualidad!

Es un parking público, hay cámaras, ¡Señor del Zurullo, intercede y que no sea diarrea!

Mis súplicas han sido escuchadas, está aglutinada y con consistencia de morcilla. Siguiendo paso, hacerla desaparecer.

—*Mammy, ¿qué hases?*

—Hijo, recogerla.

—*Oh..., qué azco.*

—¡Pues es tuya!

—Ya, pero *ez azquerozo.*

Sin pensar demasiado en mis opciones, me hago con una bolsa de la

farmacia —de esas pequeñitas—, y gastando dos paquetes de cleanex, la meto dentro y la anudo.

Todo lo digna que una puede ir con una bolsa de excrementos colgando de la mano, salimos del parking hacia la escuela. Rastreo ansiosa el perímetro buscando una maldita papelera, y ¡ni una! Deben de estar escondiéndose de mí, avisándose entre ellas: «¡Ep! Maripapel, date la vuelta. Esa de ahí, viene con una cagarruta entre las manos». A todo esto, Viktor continúa todo el camino dando su opinión sobre lo antinatural de llevar el «regalito matinal» de paseo.

—¡Vaya, Viktor! Hoy te trae mamá al cole. —No puedo con esta mujer. En realidad, no aguanto a ninguna de las *guardianas* de la puerta del centro, pasan la jornada de tertulia *despellejativa*, no sé si hacen un alto para comer o se toman un café haciendo una pausa, pero cuando vuelves a buscar a los peques, ahí siguen, en la misma posición, no perdonan ni los días de lluvia.

—Sí, *daddy*, *eztá* en *Milano*. —¿Ahora lo recuerda? ¡Qué tío! Y siempre ofreciendo más información de la necesaria. Tiene más lengua que estatura.

—Marçal, nunca viajaría dejándome sola con los niños. Es muy celoso de nuestro bienestar. —O no se fía de encontrarse la casa en pie a la vuelta.

—Te felicito. Me quedaría aquí un rato en el corrillo, pero no llegaré a tiempo a la mina de carbón en donde trabajo. —Sí, en ocasiones aún pierdo el temple... Se me ocurre una idea—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Eh..., sí, claro.

—No he encontrado ninguna papelera de camino, podrías hacerte cargo de tirar esto. El contenedor de materia orgánica sería perfecto. Muchas gracias.

Y ahí la dejo, con los residuos de desecho colgando entre el índice y el pulgar. Por su bien, que su curiosidad no le exija abrir la bolsa, declino cualquier tipo de responsabilidad.

He conseguido atravesar la ciudad sin incidentes reseñables. Leo se encarga del *briefing* esta mañana y Thais visitaba a un cliente. A ver si la suerte sigue acompañándome y fluye el día sin alteraciones, bastante tengo con el peso absurdo del estómago cada vez que Alatz no está en el país, como para aderezarlo con incidencias e imprevistos.

El móvil. No puede ser mi vasco, no ha aterrizado todavía..., a no ser que haya sucedido algo... ¡Esto es un sinvivir!

El dial me tranquiliza, conozco el número. Me armaré de paciencia para

la sarta de reproches que me esperan. Descuelgo ya suspirando.

—Dime, Saúl.

—¡Estás tarada! —Bien, empieza suave.

—Buenos días, Saúl. ¿Te has tomado las medicinas para tratar la paranoia? ¿Te ha mordido un caniche rabioso?

—No me vaciles. ¿Cómo se te ocurre? —Sé por dónde va, pero vamos a llevarlo al límite, a ver si consigo de esta que espume por la boca. Estoy por activar el *FaceTime* y disfrutar con el espectáculo.

—A ver, hijo..., intenta concretar, ya sabes que soy una mujer muy creativa.

—¿Lo sabe Alatz?

—¡Pues claro!, según él es una de las cualidades que más valora de mí.

—Pimpi, intento limitar mi enfado, aprecio nuestra amistad, tengo mucho que agradecerte..., no hagas que pierda los papeles.

—Pues grápalos, no sé a qué tanto resoplido.

—Liam ha dejado un mensaje en el contestador confirmando el vuelo a Dublín del viernes. —Y eso, avisándole, insistiéndole, de que no marcara a otro teléfono que no fuera el de Leo o el mío. Debería de haber sospechado de su competencia cuando preguntó qué era un bimestre.

—Ese Liam es tan eficaz como un preservativo de tela.

—¿No pensabas decírnoslo? —De acuerdo, no es algo fácil de escamotear, aún no domino el desdoblamiento corporal completo.

—Saúl, ¿has desayunado?

—¡Olympia!

—A mí no me grites.

—Aún me veré obligado a pedírtelo por favor.

—Prueba, a lo mejor consigues que coopere con tu curiosidad.

—Pimpi, por favor...

—Sí, nos vamos a Irlanda el viernes.

—¡Eso ya lo sabía!

—¿Y?

—He llamado a Liam y me ha confirmado que habéis alquilado un jet privado, ¡un jet privado! ¡¿Cómo se os ocurre?!

—Hijo, no te enteras de nada.

—En eso te doy la razón. ¡¿Puedes explicármelo?!

—¿Recuerdas a *Sir Backery*?

—El magnate de las confiterías baratas al que le estáis remodelando todos los establecimientos y su propio castillo.

—Nos ofreció su avión para los traslados.

—¿Pero?! ¡¡¡Os vais de fiesta!!!

—*Sip*.

—¿Y lo sabe?

—*Sip*. Accedió gustosamente —obviaré comentar un par de reformas de balde en gratitud.

—¿Y no podíais escoger otro destino más cercano? ¿Menorca?

—*Fillet meu!* ¡Qué fijación la tuya con las Baleares! Empiezas a recordarme a otro con la Cerdanya.

—Te has pasado dos pueblos.

—Lo siento.

—No mientas.

—Pues no lo siento.

—¿Lo sabe Alatz?

—Me paso entre aeropuertos internacionales la mitad del mes, no se va a alterar por un viaje más imprevisto...

—¿Y Elido?, ¿está en la inopia cómo yo?

—Deja que cada cual libre sus batallas.

—¿Quiénes vais?

—Nosotras tres y las escritoras.

—¿Cómo?! ¡¡No!! ¡¡Me niego!!

—Pues niégate y reniégate. Tú no estás invitado. Es una *party girl* y a no ser que seas una *girl*, no entras en el avión.

—Tantas mujeres juntas, mujeres inteligentes...

—Sopeso el dilema de agradecerte el cumplido o mandarte al campo y sin papel.

—Enumera...

—Saul, me toca la moral que me exijas explicaciones que no me pide Alatz.

—Por favor.

—Eres insufrible.

—He dicho la palabra mágica. Te toca.

—Me toca un pie, tus *por favor* con deje de orden.

—Cristina Del Moral y Eva Molina, ¿os acompañan? —vaya una

pregunta, si es ella la encargada de reunir al elenco de escritoras.

—Sí.

—¿Y quienes más?

—Si no falla ninguna, Hadha Claim, Rossalym Callum, Coral Moon, Anais Dedebe, la Blogger Cristina Marcos y...

—¡No! ¡La Dublineta, no! —La verdad, unir en los mismos metros cuadrados a Leo y a Dublineta Eire, es promover cambios en la física conocida.

—Sí, cómo iba a faltar, a Thais le gusta todo lo que escribe.

—Y también Arturo Pérez Reverte, Eduardo Mendoza, Carlos Ruiz Zafón..., y no están invitados.

—No cabemos todos en el avión y te recuerdo, la fiesta es solo para chicas.

—De mil maneras podéis hacerle especial el día de su cuarenta cumpleaños. ¿Qué hago yo para llegar a vuestro nivel? Me habéis dejado con el culo al aire.

—Tienes tiempo para pensar en algo más elaborado que cuarenta rosas...

—¿Pasa algo si quiero regalarle rosas?

—Saúl, tío..., no le gusta que le regalen flores. Te lo dice cada vez que le traes un ramo.

—Eso no es cierto.

—Sí, Saúl. No de manera directa, pero te repite una y otra vez, que evites ese tipo de detalles.

—¡Pues pienso seguir regalándole flores!

—Chico, tú veras.

—Entonces, flores no. —¡Ayyyyy! ¡Qué cruz de hombre!

—No, flores no. Busca otra cosa y ni se te ocurra algo para la casa.

—Pues estoy en blanco..., tiene de todo.

—¿Sabes lo que no tiene?

—Dime.

—Tiempo.

—¿Un reloj? —Thais dice ser feliz a su lado, es guapo, aunque la inteligencia se le presume.

—No, hijo, no. Tiempo para ella o para vosotros.

—Organizar nuestras agendas ya es complicado, si encima, nuestros mal llamados «amigos», nos boicotean los días libres, a ver cómo lo hago.

—Anda, llorica, busca un fin de semana y nos dejas a los niños. —Sé que me arrepentiré, si con dos me fundo el blíster de aspirinas, con cuatro empezaré a valorar el suicidio como una liberación. Nos iremos a Sant Pol, ocho ojos son mejor que cuatro.

—¿Estás segura? —No, pero la palabra dicha es como el agua de molino.

—No preguntes obviedades. Dímelo con antelación para tenerlo en cuenta.

—Pues te tomo la palabra...

—Evita *Les Illes*. París le encanta.

—Pimpi.

—Dime, pelmazo.

—Eres fastidiosa..., y cojonuda.

—¿Ahora qué me quedo con las fieras?

—No, chavala, siempre.

—Lo llevas todo, mami. —Ese deje *quejumbbrero* es el típico *Alatziano* de cada viaje.

—Son solo un par de días, no te va a dar tiempo a echarme en falta.

—No habrás entrado en la terminal y ya penaré tu ausencia, nena. —Nos estamos volviendo muy empalagosos. No sé si es producto de la edad, pero de ir a Jellystone, *Yogi* nos confundirá con tarros de miel.

—¿Me prometes no preocuparte más que de los niños?

—No.

—Genial, Alatz. ¿Lo estás haciendo para aumentar el sentimiento de culpa?

—Sí.

—Pues muy mal. Cuando tú te marchas no te monto este drama.

—Yo raramente pernocto fuera del hogar conyugal, en donde nos encontramos tus hijos y yo, esos hijos y este marido, a los que abandonas sin remordimientos —de sus palabras extraigo un cuarenta por ciento de sarcasmo y un sesenta de tortura psicológica.

—El domingo estaré aquí para seguir disfrutando de todos los *porqués* de Arlette, el llanto de Viktor y de tus reproches.

—¡Tendrás valor! ¿Cuándo te he reprochado yo algo?

—Ahora, por no ir más para atrás en el tiempo. Aunque si me esfuerzo, podría escribir un libro.

—Hablando de escribir, saluda a Eva y a Cris, que últimamente coincidimos poco.

—Están de promoción del libro de cuentos *Una aventura flipant*.

—¡Ah, sí! El que destina los beneficios íntegramente a la investigación sobre el cáncer infantil.

—Exacto. Sus agendas y las nuestras no tienen los mismos huecos libres.

—Menos para este fin de semana de chicas.

—Alatz, no empieces, tanta matraca solo conseguirá mosquearme hasta subir en el avión. Y recuperar el enfado cuando aterrice el domingo y te vea en el vestíbulo de llegadas.

—Capaz eres.

—¿Lo dudas?

—Te quiero —se está convirtiendo en la frase comodín para cambiar de

tercio.

—Voy tarde, *porculoso* mío.

Con esa sensualidad característica y que por suerte no disimula conmigo incluso con el paso de los años, aun viéndonos todos los días, toma mi cara y sujetándola entre sus manos la acaricia con los pulgares. Sonríe, sonrío y nos damos un jugosito beso de despedida temporal. Y ese *te quiero* que nos dedicamos ya no es para desviar preguntas o afirmaciones incómodas, brota lleno de sentimiento y admiración.

Antes de entrar en la terminal corporativa para vuelos privados, me giro y agito la mano como los concursantes de *Tu cara me suena*, pero se ha ido, y aquí me hayo con la gotita cayendo por la sien, despidiéndome de la mujer que conduce el coche escoba que repasa el suelo. Debe de estar acostumbrada a ver gente haciendo el ridículo, porque alza la mano para difuminar la estupidez con la que me giro y salgo.

—¡Por fin! Tengo a Thais maniatada en el baño. Ya temía que los de seguridad me detuvieran. —No sé si Leo viene despeinado de casa o se ha despeinado esperando. De ser la segunda opción ¡Diosito menudo vuelo nos espera!

—No he llegado tan tarde.

—Es que ella ha llegado muy pronto.

—Pues no entiendo el reclamo.

—Ven, le vendaremos los ojos y nos la llevaremos, el resto esperan allí.

—¿Cómo llevas la primera separación de Uxía?

—No muy bien, la verdad. Me asusta dejarla con Elido, ya sabemos que él solo es hábil para las tareas profesionales.

—Uxi cuidará de que no le suceda nada a su padre.

— *Padres...* Jo, Pimpi, qué palabra tan grande. ¡¿Quién me lo iba a decir?!

La estrecho por los hombros emocionada, orgullosa de tener como amigos a personas tan comprometidas y de un calado humano tan extraordinario. Ellos son espíritus libres, unidos, pero sin necesidad de hondear papeles de propiedad. Cuando nos concedieron la reforma de un hogar infantil, Thais ya era mamá de Senen, y eso desentumeció el gusanillo de la maternidad en ambas, aunque sin llegar a despertarlo. Arlette vino al mundo para ser la alegría de nuestro hogar, mejorándolo. Uxía, para iluminar la vida de Leo y Elido con su risa contagiosa. En un principio, solo iba a quedarse en

su casa mientras se recuperaba de la intervención ortopédica que la ayudó a caminar mejor, pero no solo se instaló en su domicilio, se les coló en el alma. Por ella decidieron formalizar su relación con tal de no encontrar obstáculos durante el proceso de adopción. Hace unas semanas la ratificaron y ahora legalmente son los únicos padres de esta maravillosa criatura dulce e inteligente, con un tesón y una fortaleza tan fuera de lo común, que lo menos es rendirte a sus pies y adorarla.

Son unos padres entregados y preocupados en exceso, porque Uxi les demuestra día a día que, con arrojo, todo se supera. De hecho, opino que, incluso con la movilidad reducida de uno de sus brazos y el equilibrio algo comprometido, tiene menos probabilidades de caerse, golpearse o lesionarse, que su padre sin aparentemente problemas motores.

Cómo han cambiado la vida de las tres en estos últimos años.

—¿Y cuál es el plan? —Lo reconozco, me he despreocupado, han sido unas semanas complicadas y he intervenido poco en los preparativos.

—Darle la sorpresa. —Ni se me había pasado por la cabeza.

—¿Y para qué arrastro yo la maleta?

Entramos en los aseos, Leo, exageradamente, mueve la cabeza comprobando que no hay nadie más, cosa de lo más absurda, hemos entrado solas y no se escuchan ruidos delatores del uso de los inodoros por terceros, algo que sería normal. Con sigilo, va empujando las puertas. Ve demasiadas películas de suspense y no aprende nada de ellas. De haber algún intruso, estaría en la última, como mandan todos los cánones de *thrillers* en los que siempre muere la jefa de las animadoras, la amiga entradita en carnes, el chico negro y en donde el puesto de fruta del centro de la plaza, aún montado con cimientos para sostener rascacielos de ciento catorce pisos, salta por los aires en una persecución.

Qué ingrato ser figurante de frutero, nadie se fijará en su saber estar tras el tenderete, todos en el cine esperan los apoteósicos cuatros segundos en donde los melones y las sandías, ruedan o revientan sobre el pavimento.

—Thais, ¿sigues ahí?

—Tengo pis. —¿No llevaba escondida en el retrete un rato?

—¿Y por qué no lo has hecho ya? —Leo también parece desconcertada.

—¡No puedo bajarme los pantalones! —si Thais susurra exclamando, lo más probable es que en su próxima intervención, nos insulte.

—¿La tienes atada de verdad? —nunca sé cuándo Leo habla en serio.

—No me fio de su palabra.

—¡Leo! ¿Qué haces?

—Bajarte los pantalones.

—¡Desátame! ¡Ya! Con la edad que tengo, prestarme a esto... ¡Ojo con cortarme las perneras!, tú tiras más *Kruger* que a *Edward Scissorhands*.

—Va, mea..., te estás volviendo una vieja pelleja prematura.

Tras la micción, entre improperios dedicados a Leo —por ahora me estoy librando—, la llevamos hasta el vestíbulo de control de pasaportes y una vez mostramos las credenciales, le tapamos los ojos y nos conducen a las tres hasta la sala de embarque en donde ya espera la sorpresa principal. La situamos en el centro, levantamos los dedos contando hasta tres y gritamos todas a coro: «¡Felicidades!».

—¿Pero? —Se lleva las manos a la boca y luego a la frente. Sé que va a llorar, y yo también. Sufro de *lagrimitis* crónica, la emoción me emociona—. ¡Qué pedorras sois!

—Hola, guapa... —Cristina se acerca y la abraza. Es la madrina de Senen, Thais insiste en que Paula, a pesar de ser un personaje ficticio, la animó a romper las barreras morales establecidas y aprovechar la oportunidad de ser feliz al lado del hombre que deseaba, disfrutando del momento. ¡Lo que dio de sí un *Dichoso favor!* Su segundo hijo se llama Pau en honor a la protagonista. No habrá un tercer intento, por lo visto, no cree que Saul atine para niña y, según sus palabras, no se ve capacitada para soportar a un cabezón más.

—¡Estáis todas! ¡Qué ilusión!

—No ha sido complicado, les dije: «*Chicas, fin de semana en Irlanda, sin firmas de libros, ni posados, ni presentaciones...*», y casi te adelantan el cumpleaños.

—¿Irlanda? ¡No puede ser! —Me busca con la mirada, le sonrío y me encojo de hombros, mientras voy saludando al resto.

—¡Por supuesto! Esa era mi condición para montar en un avión de manera consciente. —Dublineta es clara y meridiana, en caso de no ir allí, la cita era en El Campello, que espacio para una fiesta hay de sobra.

—¡Qué Pili eres, Dubli! —Rossalyn la reprende, buscando la asociación con el personaje de su primera novela icónica, *Días de caracoles y pastillas*. Tengo marcadas algunas escenas de ese libro, y cuando el día no ha sido gratificante, o he de cambiar el chip, la repaso para garantizar un rato de risas.

Enfrentarse a reuniones soporíferas de buen humor siempre da mejores resultados.

—Claro, como aquí la moza tiene más visto ese país que la puerta de la nevera, da por hecho que las demás estamos internacionalizadas en la misma medida. —Hadha, puntualiza guiñándole un ojo. En ocasiones me pregunto, cuánto de Eva puede haber en ella, y sé lo infantil que es asociar a un personaje con el escritor, pero a mí me cuesta separarlas cuando la escucho ironizar. Además de ser una mujer con un temperamento y una capacidad de recuperación ante la adversidad, digna de admiración, merecedora de una cama de princesa.

—Rossa, hubiera preferido Londres, está deseando cruzarse a un tal Henry Cavill en uno de los aeropuertos por donde transita, o paseando por la ciudad o tomando pintas en un pub. —¡Nos ha jodido, Coral! Yo cada vez que cruzo el vestíbulo de llegadas, me convierto en *rastreator*, buscando ansiosamente a David Gandy. ¡Ains! ¡Cuántas hay suspirando por encontrar el amor como en las novelas de esta muchacha! ¡Cuántas andarán tras la estela de la protagonista de *Te miento o te digo la verdad!*

—¡Vaya obsesión más tonta! Si contempla la bandeja de los cruasanes de cualquier pastelería lo tiene ahí, más tostadito y sin ofender a nadie por hincarle el diente. —El perfil de hombre ideal para Anais, es algo similar al mío. Sin excesos y sin defectos, por eso le dedicó el protagonismo a Lucas, que ejercía como Policía Nacional en *Confía en mí, Silvania*.

—Incluso le puede pintar una «S» al bollo en chocolate y tiene la versión antagonista de *Superman*. —A todas nos tiene enamoradas *El corazón de highlander*. Lo peor que hizo la escritora fue poner rostro a los personajes. A Eva, en concreto, de no gustarle el género fantástico con los típicos héroes americanos, pasó a tragarse todas las películas en las que *Keillan* y *Dougall*, han participado. A mí, la historia me encanta, pero *Abby* y *Víctor*, tienen una conexión más divertida que los propios protagonistas. Yo, a la Jessy, la encuentro algo sosainas.

—Os pongo en aviso, aquello que a partir de este momento se diga, se haga o se oiga, pasará a formar parte de la *Crónica de once locas en Dublín...*

—Cristina Marcos, tiene la espinita clavada desde la despedida de soltera de Leo en Las Vegas. En esta ocasión, no va a perder dato. Todo sea que al final acabe escribiendo un anecdotario. Talento no le falta, su blog sobre el arte en general, es un éxito, cualquier artista que se precie desea tener un huequecito

en él.

—¡Muchísimas gracias! Que estéis aquí ya es un regalo.

—¡Venga chicas! Brindaremos en el avión. *El Café en Seine* nos espera.

—¡Mandan huevos! ¡Viajamos a Irlanda y nos metes en un antro ambientado en el París de principios del XVIII! —¡Qué poca vista, Leonor!

—Pimpi, ¡será por pubs!

¡Presiento que debería haberme traído las deportivas!

¡Qué fin de semana más completo! Estoy agotada, con los pies tan doloridos y rozados, que he llevado un *salvaslip* pegado en el calcañal para evitar la fricción. Era eso o ir descalza.

Al llegar al Prat, a Thais, Leo, Cris, Eva y a mí, nos esperaban nuestras familias entre ramos de rosas. Estos hombres saben cómo sacarnos una sonrisa, a pesar de que a ninguna nos ilusionan las flores que has de poner después en un jarrón y tirar antes de que se agosten y ofrezcan al entorno, el siniestro ambiente de un cementerio.

Una lástima que a Hadha, Rossa, Dubli, Coral, Anais y Cristina, aún les reste, a unas otro ratito de avión comercial, a otras un trayecto en AVE, y a nuestra *Blogger* unos kilómetros en carretera.

Viktor se ha pegado a mí como un sello, Arlette ha buscado su hueco para chivarme todo lo que papá les ha consentido hacer en mi ausencia. Mañana ya pasaremos cuentas él y yo sobre horarios, cambios de menús e incremento de dulces y chocolates.

Mientras mi vasco recoge la cocina, yo repaso la agenda de mañana, con un café y una nube de nata sin remover. Lo mejor de viajar, es volver a casa.

—*Mammy!* —Agua, como si lo viera. Viktor, es tocar la oreja con la almohada y duerme como un bendito, al pasarse el día entre la guerra y el llanto, cae en la cama rendido. Con Arlette no es tan fácil, siempre va retrasando el momento de unir los párpados.

—¿Qué pasa, *baldufina?*

—He tenido una pesadilla horrible.

—Vaya, cielo, lo siento mucho. Aunque ha debido de ser cortita, hace nada que os habéis acostado. —Vamos, el tiempo de subir los pies a la mesa auxiliar y recuperar la pose de descanso.

—Pues se me ha hecho muy larga.

—Eso se soluciona soñando una cosa bonita.

—Lo intentaré. *Mammy*, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Dime, cariño.

—¿Tú quieres más al tete porque estuvo en tu barriguita?

—No.

—Entonces nos quieres igual.

—No. Os quiero mucho a los dos, pero os quiero a los dos diferente.

Cada uno sois especial y lo más importante en mi escala de valores. Esto, no se te ocurra decírselo a *daddy*, es muy celoso. Pero..., ¿por qué me preguntas eso?

—Uxi, dice que los titos quieren tener un bebé. Yo le he dicho que tener un *tete* es *chuli*, porque puedes jugar con él y es divertido, pero ella cree que, si el bebé da mucho trabajo, tendrá que volver a la casa de los niños sin papás.

—Cariño, los papás de Uxi, son la tita Leo y el tito Elido, y eso ya no se puede cambiar. Si tuvieran otro bebé, aumentarían la familia y la felicidad.

—Se lo diré a la hora del recreo.

—Perfecto. Ahora, *baldufa*, a dormir. Mañana papá no podrá sacarte de la cama.

—*Mammy*, ¿me traes agua?

Al final, entre agua, cuento y advertencia, he logrado escaparme de su dormitorio. Arlette no recuerda su período en el hogar infantil, era muy pequeña. La memoria en la infancia empieza a grabar datos a partir de los tres años, y para entonces ya estaba con nosotros. Uxía, ya era más mayor, tiene esa etapa más presente y siempre que habla de ella es en positivo, sin embargo, sentirse amparada y querida en exclusiva, es lo que todos deseamos desde niños. He de hablar con Leo, han de lograr se evaporen todos esos temores antes de lanzarse a una nueva maternidad.

—Olympia...

—*Uhhmm...* —Los brazos de mi *porculoso*, rodean mi cuerpo y me alzan del sofá. Muchas veces, hoy en concreto es una, me hago la dormida para que me lleve a la cama como si tuviera cinco años.

—Me encanta cuando finges dormir. —¡Así no se puede!

—¿Cómo lo sabes? Ensayo y ensayo, y me pillas siempre, siempre.

—A peso muerto, no sé si podría alzarte.

—Alatz, gracias por ofrecerme la razón para no venerarte.

—Tú me crispas a menudo y sigo idolatrándote.

—La idolatría es insana.

—Cuando adoras a ídolos mudos. —No estoy para misticismos.

—¿Me has echado de menos?

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti.

—¿Y por qué no lo haces?

—Evito que me mientas. —Me deposita en la cama y sin preguntar, ni

esperar, ni insinuar, se dedica a desabrocharme la camisa.

—No iba a engañarte, he pensado en ti.

—No más de las tres veces que me has llamado preguntando por los niños.

—Te equivocas, tío listo. —Te he estado comparando con los tipos *buenorros* con los que nos hemos cruzado y has ganado todas las veces.

—Nena, aunque os han acompañado una representación de las mejores escritoras de la romántica actual y Dublineta, que no sé encajarla en ningún género, intuyo una media hora dedicada a la literatura durante estos días. —No ha llegado a los diez minutos, y no analizando contenidos, más bien perfiles para próximos protagonistas masculinos.

—¿Esperas que admita haber observado el mercado irlandés?

—No, justo por eso no te he preguntado. —Me retira los pantalones de un tirón.

—Entreveo que no me has traído hasta aquí, como Hércules acarrearía a Megara, para ponerme el pijama.

—Nena, ten por seguro, que nunca te desnudaré para meterte en ese saco.

—Nada, pues me vas a obligar a desnudarte, mira que hoy estaba algo *Lazy*^[145].

—Todo es ponerse, nena.

—Me encanta cuando me llamas, nena.

—Lo sé, nena.

—Te quiero, nene.

Ahora, tras darnos la bienvenida como nos merecemos, regalándonos caricias, besos, arrumacos, palabras..., muchas palabras llenas de pasión. Ahora, cuando todo está en silencio e intento encontrar el camino del sueño reposando la cabeza sobre el pecho de mi esposo, arrullada por los latidos y acariciando su cuello rítmicamente, recupero los recuerdos de estos últimos años.

Durante mucho tiempo pensé que no había un sitio previsto para mí en el mundo, que a mi alrededor nada se adecuaba a mis expectativas. La amistad nunca ocupó un lugar importante, aunque envidiaba las placenteras relaciones fraternales de los protagonistas de películas y novelas. Sin embargo, el tiempo me ha dado la oportunidad de conocer a personas que han mejorado mi trayectoria vital. Thais y Leo, ya no son amigas, son hermanas, y es genial que hayamos logrado formar una familia numerosa entre nosotros, plagadita de defectos y virtudes.

Con las escritoras hemos alcanzado un círculo de poder, un espacio en donde la magia creativa que las envuelve te ayuda a comprender el día a día a modo de novela, probablemente sean menos pasionales a los de Coral Moon, sin la fantasía idílica de Rossalyn Callum, con una vida más fácil a los de Hadha Claim, sin las excentricidades de los protagonistas de Dublineta, ni tan compacta como los de Cristina. Sin embargo, compartir con ellas un rato ayuda a creer en lo insólito como posible.

Mi vida no es particular ni excepcional, es solo la vida de una mujer, de cualquier mujer con miles de incógnitas e inseguridades, de verdades absolutas contrapuestas a diferentes realidades que las desbaratan.

Sí, todas las mujeres con título de mujer son fuertes y dispuestas, temerosas del brinco de un saltamontes, pero resueltas a enfrentarse a sus miedos por quien se lo merece.

Que lloran y al segundo ríen, que insatisfechas consigo mismas aprenden a reconfortar recalcando: *«Todo va a ir bien, tal vez no hoy, pero sí con el tiempo»*.

Que culpabilizan al síndrome premenstrual durante todo el mes, pero no obvian ninguna de sus obligaciones.

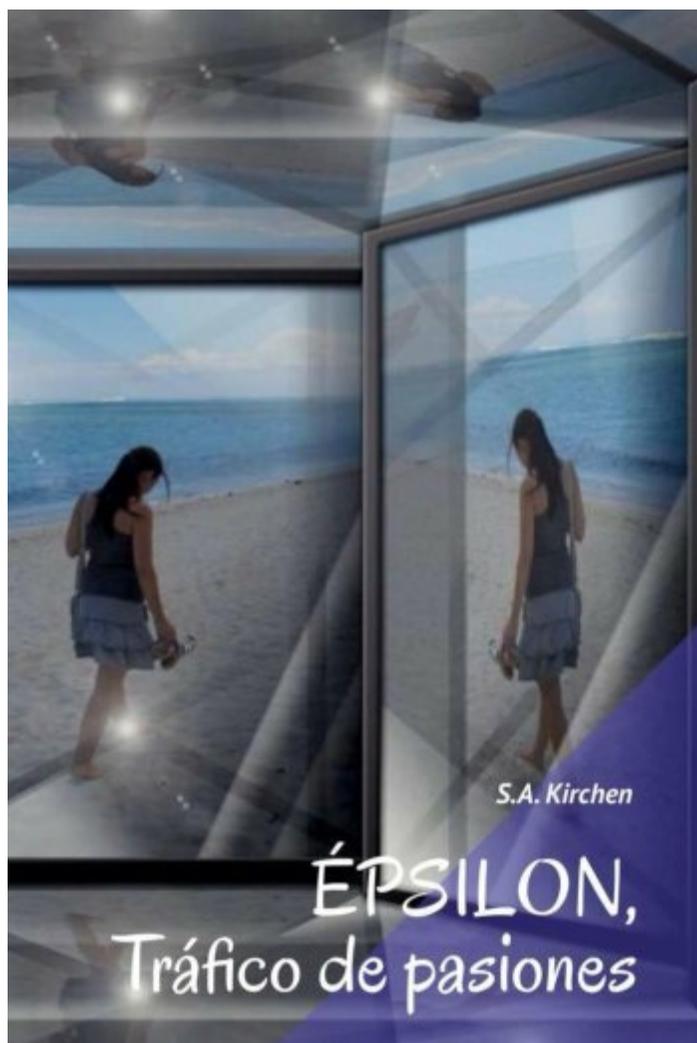
Que cuestionan los múltiples riesgos hasta lo imposible y toman las decisiones trascendentales en medio segundo.

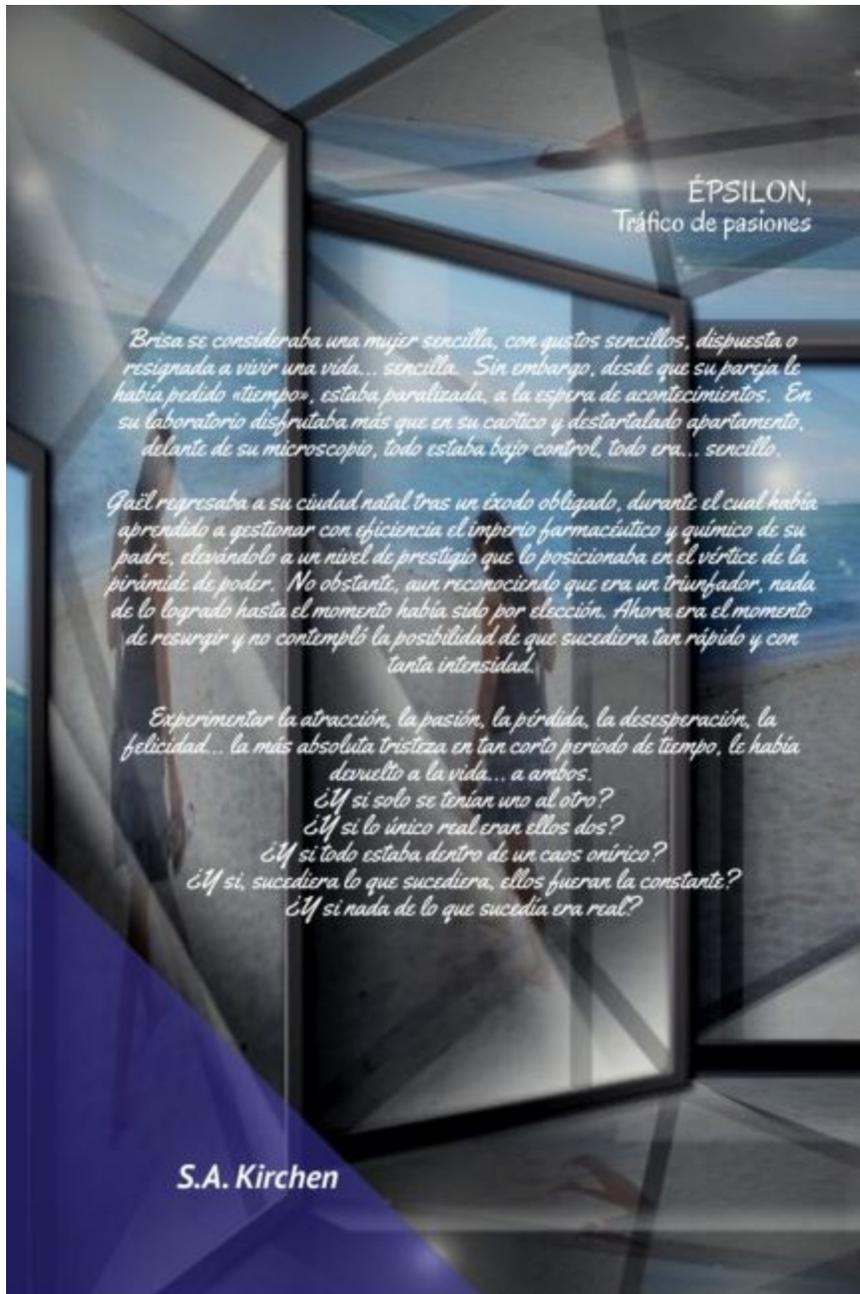
Yo soy una mujer entre muchas mujeres, enamorada de su familia y de su profesión, sintiéndose culpable por no llegar a todo, otorgándole escaso valor a lo alcanzado.

Soy una mujer común, una de tantas. Yo soy, Olympia Fasol.

Fin.

—∞ *Otros títulos* ∞—





Épsilon, tráfico de pasiones
de Sònia A. Kirchen
Enlace: <http://amzn.eu/hlTZOOs>

[\[1\]](#) Chico malo

[\[2\]](#) Útil para sujetar papeles, hojas o folios taladradas con dos agujeros. Consiste en dos piezas, una macho con dos patillas que se meten por los agujeros del papel, y otra hembra

que sujeta el papel para que no se mueva.

[3] Personajes ficticios del libro *Charlie and the Chocolate Factory* del autor británico [Roald Dahl](#).

[4] Sesión informativa.

[5] Papiroflexia.

[6] Hasta luego, gatita.

[7] En catalán, chico.

[8] En catalán, agricultor.

[9] Reunión. También utilizado para designar las salas de descanso de los empleados.

[10] Es un [picosatélite](#) artificial cuyo diseño, así como desarrollo y operación, se realizan en el [Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial](#), INTA. Fue lanzado con éxito el 21 de noviembre de 2013 y se mantiene activo en órbita de forma satisfactoria desde entonces.

[11] Calificativo popular catalán que hace referencia al miembro viril masculino desmereciéndolo por su tamaño.

[12] Medicamento indicado en el tratamiento sintomático del insomnio ocasional.

[13] ¡Dios mío!

[14] Tazón

[15] Balón de [voleibol](#) de la empresa [Wilson Sporting Goods](#), que en la película *Náufrago* (*Cast Away*, estrenada en el [2000](#)) el protagonista, [Tom Hanks](#) convierte en su amigo.

[16] Un pueblo, un Imperio, un esfínter.

[17] Etnia más aislada y particular del mundo. Tiene su hogar en la isla Sentinel del Norte, en el archipiélago indio de Andamán. Recibe su nombre por la isla, nadie sabe realmente cómo se llaman a sí mismos.

[18] Tradición popular en Inglaterra, Alemania, USA, entre otros países, en donde los niños ruedan un huevo duro decorado por una colina y corren tras él.

[19] Lluvia muy fina y continua.

[20] [Queso fresco, sin sal, suave y cremoso francés](#), de la región de [Normandía](#).

[21] Judías o habichuelas cocidas, escurridas y sofridas.

[22] Eckes-Granini, es una empresa con más de siglo y medio de historia desde la constitución de una pequeña destilería por un granjero alemán. En la actualidad es líder en la

UE en las ventas de zumos y néctares.

[23] Feliz, feliz, muy feliz.

[24] Socio, pareja, compañero.

[25] En catalán apelativo coloquial del pene.

[26] Buenas tardes, ¿quién es?

[27] Buenas tardes, me llamo Olympia Fasol, vengo en nombre de Interiorismos Sureda.

[28] ¡Oh, bien! Entre, por favor.

[29] Sea bienvenida, el señor y la señora, llegarán inmediatamente.

[30] De acuerdo, les espero.

[31] Si no es inconveniente, voy a empezar a medir las habitaciones

[32] ¿Quiere un tentempié?

[33] No, gracias por su amabilidad.

[34] Si me necesita, estaré en la cocina.

[35] Uno de los enanitos del cuento, *Blancanieves y los siete enanitos*.

[36] Jane, cariño, Tengo que colgar. Hablamos en otro momento. Hasta luego, mi amor. Adiós...

[37] Mi dulce hogar.

[38] Adiós.

[39] Hola osito.

[40] Superficie no porosa compuesto por cargas inorgánicas minerales, principalmente cuarzos utilizado principalmente en baños y cocinas

[41] Me vuelves loco.

[42] ¡Calla!

[43] Maruja Alonso Pedrete o Venancia Lengüeta (nacida en 1936), es un personaje de la [tercera temporada](#) de [La hora de José Mota](#), es una anciana que escucha las conversaciones de los demás detrás de su ventana y se lo cuenta a otros ciudadanos de [Alcafrán](#).

[44] Adiós.

[45] ¡Oh, cariño!

[46] El poliestireno expandido (EPS) o corcho blanco, es un [material plástico](#) espumado, derivado del [poliestireno](#) y utilizado en el sector del [envase](#) y la construcción.

[47] Término francés que describe un acuerdo doméstico de tres personas para mantener relaciones sexuales y formar un hogar.

[48] Willy Wonka es un [personaje de ficción](#), propietario de una fábrica de chocolate y protagonista de dos libros de [Roald Dahl](#): [Charlie y la fábrica de chocolate](#) y [Charlie y el gran ascensor de cristal](#).

[49] Despierta, cariño.

[50] ¡Tú ganas!

[51] [Película estadounidense](#) de [1987](#), de género [ciencia ficción](#) y [acción](#), dirigida por [Paul Verhoeven](#).

[52] [Pseudónimo](#) por el que se conoce al [humorista](#), [dramaturgo](#), [cantante](#) y [actor cómico español](#), Gregorio Esteban Sánchez Fernández ([Málaga](#), [28 de mayo](#) de [1932](#)).

[53] Hola, chicos.

[54] ¡Oh! ¡No me lo puedo creer! ¡Mi canción favorita!

[55] Apodo de José María Martínez-Bordiú y Bassó, XVIII [Barón de Gotor](#), ([Madrid](#), [22 de octubre](#) de [1962](#)) es un aristócrata, economista, empresario hostelero y personaje mediático español polémico y alocado.

[56] Dios mediante, el Sábado Santo.

[57] Bienvenida, Olympia, es todo un placer tenerte iluminando este país tan gris.

[58] Sobrenombre por el que se conoce a los policías ingleses.

[59] Centro comercial de tiendas exclusiva de Reino Unido y Escocia.

[60] La ribera de la Noche Plutónica.

[61] Batido.

[62] Conviene nacer rey o tonto.

[63] Olympia Fasol, cinco del cinco de 1985, acuda a la cabina de vuelo, por favor.

[64] Usted dejó olvidado esto en el aseo.

[65] Estilo diferente e informal de jardín inglés, en donde se mezclan materiales tradicionales, con plantaciones densas, plantas ornamentales y otras comestibles.

[66] Fin del juego, papi.

[67] Fin del juego, mi amor.

[68] ¡Siéntate!, ¡duerme!, ¡vámonos!

[69] En España equivale a la treinta y ocho.

[70] Sexo gratis.

[71] Antigua plaza de toros en el centro de la ciudad, reconvertida en un centro comercial.

[72] Derecho de pernada o derecho a la primera noche

[73] Aplicación con funciones de asistente personal, a veces con su propia personalidad para [iOS](#). Se utiliza el [procesamiento del lenguaje natural](#) para responder preguntas, hacer recomendaciones y realizar acciones mediante la delegación de solicitudes hacia un

conjunto de [servicios web](#).

[74] Explícame, por favor

[75] Código de regulación de contenidos, llamado así por la figura que se usaba para indicar la calificación del censor. Fue un sistema usado por TVE entre [1963](#) y [1984](#), con dos niveles: un rombo (*mayores de catorce años*) y dos rombos (*mayores de dieciocho años*).

[76] Todo incluido

[77] Fiesta de chicas

[78] Tema principal del Álbum Lobbo interpretado por Iván Sevillano Pérez, Huecco.

[79] Quiero follarte como un animal, quiero sentirte dentro.

[80] Arrorró, pequeña, arrorró.

[81] Érase una vez.

[82] Escuadrón de demostración acrobático de la Fuerza Aérea de EE.UU.

[83] Buena pregunta.

[84] Nunca jamás.

[85] Perdida.

[86] Hola, guapa, ¿qué no te acuerdas de mí?

[87] Lo siento, la verdad es que no.

[88] Soy Marina, tu madre y yo asistíamos a clases de Pachtwork.

[89] Le daré recuerdos la próxima vez que hable con ella.

[90] Sí, por favor. Aunque hace tanto tiempo de eso.

[91] ¿Qué tienes perro ahora?

[92] Y eso ¿Va bien?

[93] No lo había escuchado nunca.

[94] Una bajada de azúcar o algo así, supongo.

[95] Agobia.

[96] Robot aspirador doméstico.

[97] Marca comercial de suavizante textil utilizado comúnmente en el proceso de lavado de la ropa.

[98] Tetas.

[99] Muecas.

[100] Hoy no tengo el chichi para farolillos.

[101] ¿En qué puedo ayudarte?

[102] Abre los ojos.

[103] Serie infantil protagonizada por un gato-robot cósmico del siglo XXII. Su rasgo característico es su bolsillo mágico, del que saca los inventos más extraordinarios.

[104] ¡Vete al infierno!

[105] Adiós, guapo.

[106] Adiós, bella.

[107] Acompañante remunerada con alto nivel de estudios y excelente presencia, que ejerce de acompañante en reuniones y eventos. La contratación puede incluir, o no, sexo.

[108] ¡Mierda!

[109] Disculpe, señorita.

[110] Buenas noches y perdone, ¿podría ayudarme, por favor?

[111] ¿Qué necesita saber?

[112] No molestar.

[113] ¿Sabe dónde debo tomar el autobús a la ciudad?

[114] Espere en la parada del autobús.

[115] Bien, bien... ¿No quieres hablar conmigo?

[116] Exactamente.

[117] Pienso que he sido amable contigo

[118] ¡Cariño! ¡Finalmente has llegado!

[119] Gracias por las indicaciones. Adiós, hasta la próxima vez.

[120] De nada.

[121] *See you later*, es una fórmula inglesa de despedida, traducida como «hasta la vista», en este caso la protagonista lo cambia por *never*, que significa «nunca».

[122] Si usted no abandona la propiedad, advertiremos a la policía.

[123] Exclamación a modo de bronca, que el escritor Francisco Umbral dedicó a Mercedes Milá, en el programa *Queremos saber* (abril del 93), al estimar que no se le estaba prestando la atención prometida a la presentación de su libro *La década roja*.

[124] Movimiento de baile que fue popularizado por [Michael Jackson](#). Consiste en una serie de pasos deslizando un pie tras otro sin despegarlos del suelo, de tal manera que se produzca el efecto óptico de deslizamiento hacia delante, mientras la persona se desplaza hacia atrás.

[125] Mujeres de cuello de [jirafa](#), forman parte del [grupo étnico](#) o [tribu](#) Kayan, Karen o Karenni, una de las minorías étnicas [tibeto](#)-birmanas de [Birmania](#) que se compone aproximadamente de siete mil miembros y pertenecen al estado [Shan](#). Desde los cinco años, se va presionando poco a poco la [clavícula](#) hacia abajo mediante la adición de [anillos](#),

haciendo que parezca que tienen el cuello más largo.

[126] Más conocido como *Steve Urkel* (interpretado por [Jaleel White](#)), es un [personaje ficticio](#) de la [comedia de situación](#) estadounidense *Family Matters* (*Cosas de casa*) y cuenta las anécdotas diarias de una familia afroamericana de clase media que vive en [Chicago](#).

[127] Es una serie de [historietas](#) protagonizada por el [personaje](#) homónimo, creada en [1973](#) por el [dibujante español Juan López Fernández](#) (Jan), nacida como [parodia](#) a [Superman](#).

[128] Vendría a ser una muñeca que hace caca.

[129] Pijo o elegante. En el Reino Unido se les llama así a los londinenses, de manera despectiva.

[130] Película estrenada en 1998, en España titulada *Algo pasa con Mary*.

[131] ¡Carguen, apunten, fuego!

[132] Hola, dime, ¿cómo puedo ayudarte?

[133] Desconecta la alarma de la entrada principal y el garaje.

[134] Han sido desconectados satisfactoriamente.

[135] Vocablo catalán cuya traducción literal es peonza. Se usa para llamar cariñosamente a los niños pequeños.

[136] Salchicha.

[137] Familia de vampiros de la saga *Twilight* (*Crepúsculo*) que al sol emitían destellos.

[138] Impermeable.

[139] Papi, tengo pipí.

[140] A partes iguales.

[141] Papi.

[142] En catalán, hermana.

[143] Se refiere al verbo *sortir en catalán*, cuya traducción sería *salir*.

[144] En catalán, ventosidad sin sonido.

[145] Perezosa .